

LOS
PROBLEMAS DEL SIGLO XIX.

B^o 974

CONFERENCIAS DEL EMINENTÍSIMO ALIMONDA

CARDENAL ARZOBISPO DE TURIN

TRADUCIDAS POR

DON JOSÉ MARÍA CARULLA

ABOGADO DEL ILUSTRE COLEGIO DE MADRID

y

Director de LA CIVILIZACION.

TOMO TERCERO

MADRID

IMPRESA DE JOSÉ PERALES Y MARTINEZ

12, Calle de la Cabeza, 12

1888

B P. de Soria



61120697
D-1 2272



D-1
2272

LOS

PROBLEMAS DEL SIGLO XIX

CONFERENCIA DEL INSTITUTO VENEZOLANO

DE INVESTIGACIONES DE TURNO

DE ECONOMIA

Don José María D'Amador

Director del Instituto

Caracas, Venezuela

1910

IMPRESA

DE LA

UNIVERSIDAD

PARTE TERCERA



PROBLEMAS FILOSÓFICOS.



CONFERENCIA I.

SI PUEDE LA FILOSOFÍA ESTAR CONTENTA

DEL SIGLO XIX.

La marcha de las cosas, cuando es ordenada y lógica, manifiesta su pura índole y la importancia que tienen. *Incessu patuit dea*, canta el poeta.

Para mí, señores, la diosa que se abre, por decirlo así, en este lugar y se manifiesta, es la verdad; ella, mucho más hermosa que la Venus de Virgilio, su índole, sus preciosas dotes y su imperio, se me patentizan en el procedimiento que sigue, y en el esplendor que difunde, surgiendo de ahí la serenidad de las ideas en mi mente, y aquel fuego que salta dentro del corazón haciéndome hablar.

Establecido por mí el razonamiento en forma de problema, porque hoy el problema es el pan que más se aviene á la boca de los hombres, descubrí á la verdad caminando por dos distintos órdenes con pasos maravillosos.

Busqué ante todo el ente absoluto é infinito. La verdad salió fuera y me dijo: Dios existe: tú dormitas, mortal, y caes en feo delirio cuando piensas que Dios es un concepto producido por tu mente, ó una obra fabricada por tus manos. Puesto que Dios existe, necesariamente debió descubrirse al hombre, lo cual ha hecho, marcándole, además de la norma de la razón, un sendero de luz celestial con las bíblicas revelaciones, y aprestándole una cierta é infalible guía en la religión católica.



He inquirido despues en la naturaleza y en el mundo, preguntándome si éste se formó por sí. La verdad brilló para mí de los átomos y de todos los elementos de la materia; brilló para mí del sol, de las vísceras y de la corteza de nuestro planeta, respondiendo: ¡Insensato! ¿Recorres las huellas divinas y no adviertes á Dios? Habitas una casa que te fué dada con inteligencia y amor, sin advertirlo, ni dar gracias al amo clementísimo? La materia, la naturaleza y el mundo son de Dios.

Ahora es preciso que me traslade á un orden nuevo de cosas. Colocado delante de Dios, y colocado tambien delante del mundo, debo particularmente considerar al hijo predilecto del uno, y al habitante príncipe del otro, es decir, el hombre. Debo considerar al hombre en su parte más noble, más pura y más potente, por la inteligencia que lo define y mejor le ilumina. Parece que voy á trabajo egregio y feliz, porque la inteligencia humana tiende á la verdad, complaciéndose mucho en ella: ¿acaso no es la verdad, señores, precisamente mi suspiro, mi diosa y mi consuelo? Si llamo yo aquí é invoco á la verdad, me responderá casi como si estuviera presente, siendo mi hermana.

Quisiera, mas no me puedo alegrar desde ahora. Así como el error se me puso en contra, é hizo sus pruebas en los problemas de la Religion, y así como no dejó de darme cuidado en los problemas paleontológicos, ahora que dilucido los problemas de la filosofía, con redoblado furor me asalta.

¡Filosofía! ¿Acaso puedo yo proferir este augusto nombre, sin oírme gritar de todas partes que la filosofía indagadora de la verdad, á que da incremento, es el fruto que madura en el árbol de la tierra? ¿A qué fin hacernos entrar á Dios cuando en su constitucion intelectual es el hombre su autor? ¡Filosofía! ¡Educacion y culto de lo verdadero! Retírense la revelacion divina, la Iglesia y los sacerdotes, porque á la sociedad civil corresponde tener en esto el primado. La luz, por último, se ha hecho, y el mundo, que no quiere ser en adelante teólogo, goza manifestándose filósofo. De aquí la era novísima de la filosofía. Son filosóficos nuestros estudios, filosóficas nuestras artes, filosóficas nuestras leyes, filosóficas nuestras empresas, y hasta filosóficas son nuestras revoluciones.

Entendí. Los enemigos de Dios, confundiéndola siempre, no han expuesto nunca la verdad rectamente, continuando con su mal juego. Con tal que de Dios se aparten, esto les parece su mayor bien y su gloria mayor. Las conferencias que despues sigan dirán si dan ó no en el blanco.

Mas puesto que la filosofía entretanto se llama el fruto que madura sólo en el árbol de la tierra; puesto que ahora se dice abierta su era

nueva y magnífica, yo establezco á modo de introduccion el problema siguiente: ¿Puede la filosofia estar contenta del siglo XIX?

Tres condiciones son precisas para que prospere: que se cultive con ardor, que se trate con órden, y que se siga en su propio fin.

Pues bien; nuestro siglo, á cambio de las tres condiciones estas favorables, tiene tres contrarias, por lo que mata la filosofia.

Lo miro en sus pasiones sociales, y no la quiere de ningun modo.

Lo miro en sus mismas tendencias filosóficas, y veo que la embrolla.

Lo miro en sus negaciones religiosas, y veo que la hace retroceder.

Ocurre con la filosofia lo que con todo arte y con toda disciplina: á fin de que pueda ir adelante y florecer, es preciso que los hombres la conviertan en objeto de laborioso estudio y que la favorezcan.

Decid: ¿cómo principiaron á prosperar la lingüística y la arqueología? Por el número y la superioridad de los ingenios, que se dedicaron con ardor al exámen y á la comparacion de los idiomas y de las ciencias. ¿Cómo progresó la náutica? Por el estudio incansable del mar, de la geografia y de otras materias semejantes. ¿Por qué goza hoy la química tan hermosos incrementos? Porque sus amadores, á fuerza de análisis y de síntesis, se complacieron más en sus propios hornillos y retortas, que los reyes en la corte y los galantes en el teatro.

«Quiero ser el primer orador del foro y del Senado,» dijo Ciceron: estudió gallardamente y lo fué, adquiriendo la elocuencia latina gloria desmesurada. «Quiero crear un poema único,» dijo Dante: se consagró tambien al estudio; *durante muchos años enflaqueció*, surgiendo en su virtud la *Divina Comedia*, y se ciñó la poesía épica con un laurel que aún le faltaba. «Quiero crear la tragedia italiana,» dijo Alfieri: á pesar de su pelo blanco y de su calvicie, se dedicó como si fuese niño á los estudios; presentó personajes admirandos en el teatro de nuestra patria, y brilló la dramática con el resplandor de una nueva estrella. «Quiero ser flarmonico,» dijo Paganini, dominado por una especie de frenesí, hartísimo de cuanto no fuera su violin, del que sacó las sinfonías, que hicieron enamorar y gemir á la Europa. «Quiero ser astrónomo,» dijo Guillermo Herschell; y, dejada la banda de la milicia de Durham, roto su pequeño instrumento musical, se dió á construir telescopios, con los cuales fué descubierta una familia desconocida de astros. Ya en siglos anteriores otro docto habia exclamado tambien: «Quiero ser astrónomo y matemático.» En la catedral de Pisa, á los diez y ocho años, observaba las oscilaciones de la lámpara; despues de medio siglo de trabajo y estudios, nos daba la invencion de su péndulo;

por el entusiasmo científico de Galileo Galilei las matemáticas y la astronomía consiguieron éxitos inesperados.

Todo esto es claro, señores. La ciencia ó el arte se agitan por el ardor con que son estudiados; aunque hayan muerto, vuelven á la vida y prosperan. Mas esto, que nos basta para la primera dirección del discurso, no lo dice todo, y es demasiado exiguo por lo que hace á la filosofía principalmente. Aun concediéndose que prospera por la circunstancia de consagrarse á ella y cultivarla, ¿qué clase de ardor deberán tener sus discípulos? ¿Qué deberá nuestro siglo hacer para mostrárnosla establecida en el trono verdaderamente, adorada y querida, como ansía que lo sea?

La filosofía no puede ni quiere ser cultivada con los hornos de los químicos, ni con el escarpelo de los escultores, ni con el ritmo de los poetas, ni con el triángulo de los matemáticos, ni con el fusil del soldado, ni con la brújula del navegante: pide ardor, alegrándose y apacentándose con el estudio; empero tal estudio y tal ardor deben ser de un temple propio y más exquisito que el necesario para los demás estudios.

En los tiempos antiguos vivía un hombre, que reputado era un prodigio de facundia y de juicio. Vivía en la punta meridional de nuestra Italia donde, desde las playas rientes de la Magna Grecia, en la que tenía su nido, dedicábase á sublimes contemplaciones: sobre las alas de las ideas espaciábase por los cielos, corría por el universo, y penetraba en los abismos del mundo, dándole, por decirlo así, sonidos y misteriosos concentos cuanto aparecía á sus ojos en la creación: cuando retornaba con la mente de sus peregrinaciones cósmicas, consignándolas en los libros, reducíalo todo á número y armonía. Un día oyó cierto rey hablar á este hombre: sin duda debió estupendamente armonizar sus conceptos y sus palabras, porque así exclamó el monarca dominado por la elocuencia: «Hé aquí que tengo delante un verdadero *sophus*: un sabio.» Pitágoras, el ilustre personaje que os describo, inclinó la cabeza, respondiendo con una modestia que nuestros filósofos y nuestros filosofastros no saben siquiera intentar reproducir en sí mismos: «No, rey mío: no lo adivinas de ninguna manera. Solamente Dios es *sophus*; yo soy únicamente *philosophus*, esto es, amante de la filosofía.»

Así nació el vocábulo de la filosofía: es el amor á la sabiduría, y este amor que supone precisamente deseo, cultivo, entusiasmo, sólo pide para que tenga efecto el uso del pensamiento, de las ideas, de las concepciones intelectuales, y en suma, de cuanto corresponde á la índole de la sabiduría, ó de cuanto se relaciona con el descubrimiento y adquisición de la verdad, porque verdad y sabiduría, en buena filosofía, sue-

nan casi como una cosa idéntica. En su virtud, señores, para lograrla, es óbvio en qué género de trabajo nos debemos ejercitar: preciso es que nos valgamos, no de los pies, ni de las manos, sino de la mente.

Consignado esto, hay que ver si nuestro siglo, que se reputa cultivador de la filosofía, usa de tal ardor, dando prueba de sí, con los vuelos metafísicos é ideales. Más aún; puesto que oigo anunciarme que una era filosófica potente se ha inaugurado entre mis contemporáneos, importa considerar también otra cosa. Cuando enseñoreóse la filosofía de las inteligencias humanas verdaderamente, y produjo una época nueva, reinó sólo difundiendo por las naciones sus gimnasios y sus palestras. En breves palabras: no hubo gran momento histórico de la filosofía sin monumentos filosóficos. El mismo Pitágoras, maestro de la filosofía que se conoce, sembraba en torno de sí sus propias academias, fundándolas en Cirene, en Crotone y más allá. El viejo Egipto, cuna de las ciencias, tenía como monumentos filosóficos los templos, los colegios hieráticos y sus numerosas reuniones de sabios. Más tarde entre los Griegos, cuando la filosofía consiguió tan alto renombre, florecían á millares los colegios de los filósofos, siendo célebres sobre los demás el Areópago, la Stoa, la Academia y el Peripato. Pues bien; si nuestro siglo tiene la creciente ansia y la gloria de la filosofía, haciendo que cada cosa esté modelada en este sello, pongámonos á buscar nuevos monumentos filosóficos.

¿Qué dije? ¡Pobre filosofía! Miro el presente siglo en sus pasiones sociales, viendo que absolutamente la olvida y desdena.

No tengo el gusto de Calderon, el cual daba voz y figura de hombre á las virtudes morales, como personificaba también los sacramentos de la Iglesia: aborrezco la literatura del nuestro seiscientos, tan docta; pero á la vez tan aniñada y campanuda, pareciéndome que, sin caer en las hinchazones del uno y en las befas del otro, puedo representaros modestamente á la filosofía con semblante de mujer.

Allí está, pues, la filosofía, dando vueltas por las calles del siglo XIX; como quien ansía contar sus fuerzas propias y reconocer á sus adeptos, busca las nuevas casas y los nuevos establecimientos científicos que le pertenecen.

Se le presenta á un monumento verdaderamente de construcción nueva, nacido con nuestro siglo, pero ya pintado y vuelto á pintar, como si fuese de las edades viejas y de mal gusto: cúpula tiene á guisa de Panteon, y además una muy sutil aguja en el aire lanzada. La filosofía llama y entra.

¿Por dónde das vueltas, filosofía? Has llegado inoportunamente. Aquí dentro no está de seguro tu reino: aquí no se habla de ideas, axiomas,

teoremas, categorías, corolarios y esquemas; por el contrario háblase sólo de cilindros, de tubos, de barrilitos, de partículas carbónicas, de carbonos, de hidrógeno sulfúreo y de hidrógeno bicarbonato. Ve, incauta, tu engaño fastidioso; no estás de ningún modo en academia, sino en un gasómetro.

Observa la filosofía otro gran edificio, reciente también: en su recinto se mete mucho estruendo; mas ¡quién sabe! ¿no hay igualmente su batahola en las asambleas de los filósofos, cual en los Parlamentos políticos? Entra. ¡Oh inconsiderada! ¡Te hallas en país extranjero! Alza los ojos y mira si como genios tutelares de la escuela presente se hallan tus famosos hombres; si hay allí un Platon, un Aristóteles, un Bacon, un Descartes. Los bustos de otros célebres hombres dominan: un Newcomen, un Bulton, un Watt, un Stephenson, los cuales se apartan tanto de tus filósofos, que parecen gente de otra clase y de otra naturaleza. Llevas en la cabeza tus sistemas metafísicos y morales; mas de tales cosas aquí dentro no se comprende nada. ¿No escuchas? Cilindros, locomotoras, calderas, regulador de fuerza centrífuga, máquinas de alta y baja presión, «paralelógramo» articulado, «kilogrametro,» son las palabras que resuenan bajo las bóvedas del salón, muy diferentes de las que se oyen en uno de tus clásicos edificios. Estás en la fábrica de las máquinas de vapor.

Va por distinto sendero la filosofía, y corre un poco amargada, por que debe tragar ásperas repulsas: alientanla sin embargo las esperanzas risueñas, mayormente porque marchando mejor en sitio abierto, encuentra un pequeño hermoso palacio, donde públicamente penetran los ciudadanos. El palacio se levanta entre dos hileras de álamos, y está situado en medio de un jardín. También rodeados de jardines y entre la dulce sombra de las plantas se abrian en los buenos tiempos las escuelas atenienses. La filosofía entra.

Allí hay lindeza y elegancia; hay sillas de terciopelo y un sofá, donde se acomodaron los que primeramente fueron. No falta el doctor, el cual, si le interrogais, os dirá que ha querido inquirir los fenómenos de la luz: os hablará de mercurio, de una plancha de cobre cubierta de plata, de los vapores del yodo, de la cámara oscura, de la prueba negativa y de la positiva; os mostrará, en suma, cómo los rayos luminosos pintan exactamente vuestra imagen. En el momento en que la filosofía se ha metido en aquel salón alegre, está el doctor en un cuarto contiguo por un trabajo suyo; vése allí una joven señora colocada sobre un cojín, atentísima, inmóvil, manifestando interés vivísimo. Un instante después agítase aquella dama, muy ansiosa de contemplar sus facciones. «Me reconozco,» dice, «¡Soy esta misma!» ¡Ah, filosofía! ¿Por qué

tardaste tanto tiempo á dolerte de haber entrado allí? ¿Es que ansias que tambien saquen tu retrato? Empero tan sutil, tan flacucha y tan descuidada, presentas un tipo que llenaría de miedo á los muchachos, ¡Arrepiéntete! Aquí no está preparada tu cátedra; estás en un gabinete fotográfico.

Siguiendo por sitio descubierto, la filosofía encuentra una empalizada que se prolonga. Mira y sobre un adorno central de la puerta lee: *Escuela*... sin lo demás borrado por la lluvia y el sol. ¡Escuela! ¿Qué cosa enseñan aquí los filósofos del siglo XIX? Por una sospecha, ó por un movimiento de curiosidad que la impele, se decide y la filosofía entra.

Ve una deliciosa arena, donde se fijan grandes astas; ve unidos á ellas anillos de hierro é instrumentos de acrobática; ve las paralelas y el trampolin; aquí ó allá por el circo distingue un enjambre de niños y de muchachos que dan tumbos y saltos, ó se adiestran en el pugilato, ó sostienen enormes pesos en el puño con aquella facilidad con que sustentaba el viejo Atlante sobre sus espaldas el mundo. Ciertamente aquellos niños y aquellos muchachos son estudiantes, por lo que pudieran pertenecer á la filosofía; más, prescindiendo de que no es aquella la hora de considerarles filósofos, pues entonces no reciben lecciones de la ciencia especulativa, pensando sólo en fortalecer sus músculos, en otra bagatela es preciso fijarse: tanto les apasiona el estudio de los músculos y de los miembros, que fácilmente prescinden de la ciencia abstracta y de la metafísica. En Atenas, donde se cultivaban los experimentos de la gimnasia, se abrían en aquellas palestras los *pórticos exteriores*, debajo de los cuales los filósofos, los retóricos, los matemáticos y otros doctos intervenían, dando públicas lecciones, disertando ó leyendo sus obras. ¡Oh filosofía! Ve si en la arena donde penetraste descubres una sola faz de tales sábios. El doctor Pablo Mantegazza, poco curándose de tales sábios, grita distrayéndose que «no está bien dirigida la escuela donde los muchachos no se dan de puñadas.» ¡Cara filosofía! ¿Te placen las puñadas? ¿Las cambias gustosamente con tus silogismos? Mi siglo, mejor que si fuese toda Atenas, te las regala. ¡Vendida! Mira tus sienes y tu pecho. ¿No comprendes que fuera estás de tu camino? Vanamente buscas tu tribuna y tu templo en los modernos ejercicios de la gimnástica.

La filosofía vuelve á estar en medio de las gentes. Da pocos pasos, y encuentra un grandioso monumento. Ninguno de los siglos pasados puede alegar la gloria de un edificio semejante: no pueden jactarse de él los siglos bárbaros, por cuanto, en vez de construir, destruían; no los siglos guerreros, porque se complacían sobre todo en plantar tiendas y

conducir ejércitos; no los siglos caballerescos, porque se fijaban sobre todo en los torneos y en las justas de amor; no los siglos literarios, porque se deleitaban con los manuscritos, con las academias políglotas y con las arcadias. Se necesitaba el siglo del ansia desmedida del oro para edificar la Bolsa.

La filosofía, que paró el oído al entrar sin conseguir entender la cosa menor, halla, no bien allí se mete, una turba móvil é inquieta, que la conduce á la desesperacion ó á la locura. ¿Quién se fija en ella? Nadie. Además del orden especulativo de las ideas, tiene sin duda el orden moral de los deberes, y enseña ética: podría, por consiguiente, ser aquí una preceptora utilísima. ¿Quién piensa en esto? Nadie, ó poquísimos. Compradores y vendedores que aguardan frecuentemente á fin de juntarse; hombres que hacen juegos arriesgados sobre su propia fortuna y la de otros; arruinados que cogen lo que pueden, propietarios que son desposeídos; todos, cuál más, cuál ménos, impelidos por el demonio del dinero: tal es la institucion ambiciosa de la Bolsa. ¡Oh! ¿Por dónde das vueltas, filosofía? Cierra espantada los ojos, tápate los oídos, y huye.

Quiere la fortuna que arribe á un monumento, el cual parece le satisface. ¡Cosa sublime! Es acaso el monumento que más trabaja en nuestro siglo, mucho más fuerte que los monarcas y que los mismos pueblos, porque parte de allí el sacudimiento eléctrico que hace vacilar los pueblos y los monarcas. ¡Oh! ¿Llegará tal monumento por fin á ser un buen amigo de la filosofía? Entra precipitadamente y mira.

De los pantanos del Egipto salió el papiro, á fin de que allí esculpiera el hombre sus propios pensamientos: para componer sus libros los Chinos empleaban la seda; los Japoneses el algodón y el cáñamo; solamente á Italia toca el elogio de saber dar el papel, desde la mitad del siglo XIII, con el lino y los trapos viejos. Nombro las italianas fábricas de papel de Fabriano. Conseguido el descubrimiento del papel, necesitábanse máquinas para fabricarlo pronto, habiendo venido realmente, siendo las primeras las inventadas por el ingenio de Luis Robert. Pues bien; el sitio donde últimamente penetró y donde contemplando está la filosofía, es una de las cuatro mil fábricas ó fundiciones de papel que hoy cuenta el mundo civilizado. ¡Oh mi dulce consoladora, ó más bien mi hermana y mi madre la filosofía! ¿Estás por fin satisfecha? Hechos diligentemente los cómputos, el papel que anualmente se fabrica sube á mil ochocientos millones de libras, pareciendo además probado que una mitad destinase á la imprenta; una sexta parte á escribir, y lo demás á estuches ó adornos. Hasta el presente poca es la pérdida que sufres, oh filosofía; y quitada la parte que no hace para tí,

conozco que al salir de la fábrica el papel se irá trasformando en cuadernos y en volúmenes, así como que tanto en los unos cual en los otros podrás imprimir los sapientísimos conceptos de tu mente. De todas maneras si esto puede suceder, y yo en teoría lo concedo, ¿has visto si entretanto se realiza? Se fabrica el papel y las hojas vuelan desde aquí á nubes todas las horas del día; mas tales hojas sirven á los gacetilleros que llenan de chanzas, de importunidades y de revoluciones las ciudades; sirven á los escritores de novelas que oscurecen con feas pinturas las fantasías de los jóvenes y manchan las costumbres públicas; sirven á los partidarios de la utopia social, y á los hombres de la revolucion para difundir libelos de infamia contra los gobiernos y contra la Iglesia. Sí: aquellas hojas salen de aquí á nubes todas las horas del día; pero sirven á los regidores políticos para darnos su coleccion de leyes; sirven á los juristas para sus pleitos; sirven á los traficantes para sus cifras, y sirven á los literatos para sus composiciones: ¿dónde sirven un poco abundantemente para el filósofo? Reune los escritos, filosofía; reúne los libros que vienen nuevamente á la luz, y haz tu parangon: entre cien volúmenes, que se regalan á la sociedad, ¿hay solamente cuatro que se refieran á tu doctrina? ¡Ah! ¡Estás sola! Se fabrica el papel furiosamente, se redacta y se imprime; pero no para tí.

Procuremos concluir.

Es cosa, señores, averiguada que cuando un noble y vigoroso afecto domina cualquiera edad civilizada, aquel afecto no se contiene dentro del recinto del corazon, sino que produce llamas, sale fuera, inflama y pone á las naciones en poder de sí mismas: aquel afecto se transforma en pasion pública y la pasion de los pueblos se corona de monumentos. Ahora bien; si debemos admitir que para nosotros sonríe la era novísima de la filosofía, y que por consecuencia preciso es llamar filosóficas todas nuestras doctrinas, todas nuestras empresas y todas nuestras costumbres, de infalible manera el nuevo santuario de la filosofía se ha de ver dominar en el siglo actual: aludimos á las ráfagas de luz y á los rayos, que nos dicen se ha levantado el sol del cielo. Pues bien: ¿dónde se halla el sol de la filosofía? ¿Dónde sus mismos rayos reverberados en nosotros? ¿Dónde sus monumentos? Filosofía es ejercicio intelectual, sapiencia é irradiacion de verdad: esta verdad que nosotros aferramos por ideas, conceptos, altas especulaciones, siendo cosa no mecánica, sino espiritual, ¿por qué parte se nos presenta y dónde funda su reino? Repito: ¿dónde tiene los flamantes monumentos que la recojan y la manifiesten? Observo yo toda clase de monumentos que se levantan á mi alrededor; observo, hijos de la industria, vuestros palacios de cristal en las mayores metrópolis de la Europa; observo, traficantes, vuestros in-

mentos talleres y vuestras ruidosas plazas de comercio; observo, artistas, vuestras pinturas y vuestras estatuas; todo esto vislumbro y doy de su existencia testimonio alegre: admiro las arenas de la gimnástica, los gabinetes fotográficos, las grandes fundiciones de papel, las máquinas de vapor y los gasómetros; doy gracias al cielo de que domine así el hombre la materia, haciéndola servir de pedestal para su grandeza. Con todo, si la mayor grandeza humana está en la idea, y nuestra gloria más alta es de la filosofía, no me siento aún ni me reconozco todavía bastante grande, porque busco sus monumentos novísimos y no los hallo.

¡Oh contemporáneos míos! ¿Creerfais vosotros de buen juicio á quien os dijo que conviene hoy desterrar el cristianismo y la Iglesia, porque son maravillosamente sustituidos por la filosofía, habiendo venido á ser por último inútiles? ¿Afirmareis vosotros en alta voz que, para conseguir la sabiduría y obtener la verdad, nos basta la filosofía? Si vosotros sois obreros, fabricantes, arquitectos, soldados, navegantes, impresores, sábios, políticos, y no filósofos, aunque tengais la realidad del manubrio, la belleza de las tintas, la facilidad de la ganancia, el curso del águila, la fuerza del conquistador, no teneis lo que en el orden espiritual de las ideas es primer vuelo, primer ímpetu, primera hermosura, primera riqueza, primera realidad de las cosas, es decir, la verdad metafísica.

Escribase esto entretanto. Habiéndonos dado, en un tiempo de tan gran rumor filosófico, á ventilar el pleito de si la filosofía puede ó no estar contenta del siglo XIX, hemos venido á una negacion pronta: la filosofía es fieramente adulada y vendida; mirado en sus pasiones sociales, nuestro siglo no la quiere.

Despertado el ardor del estudio, que es condicion inicial de todo progreso científico y civil, se necesita trasferir el orden al estudio éste.

Nada, señores, se mueve al acaso y por descuido. Observad aquellos globitos lucientes que abrillantan el cielo por la noche: aun cuando parece que van errantes, dueños de su viaje y libres, no es así, por cuanto unos y otros están sometidos á diversas jerarquías de soles inmutables. Observad nuestras montañas; parece que nada existe menos regular; aquí nacen y allá mueren, las unas dulces y amenas, las otras ásperas y tortuosas; con todo es un engaño para los ojos del contemplador aislado, porque, generalmente tomadas, forman una cadena tal simétrica y bellísima, que la tierra á guisa de esposa se ciñe y se adorna con ella. Aun en la vida social, donde hay tanta movilidad y ruido

por las libres agitaciones del hombre, el órden es preciso, no cesando nunca por completo; no bien se interrumpe solamente aquí ó allá, estalla la revolucion, tragándose los pueblos una vorágine moral y física.

Hablando de las ciencias, el órden debe procurárselas con el método. Realmente las ciencias tienden á desenvolverse, á dilatarse, á enriquecerse con nuevas preciosas añadiduras, y á gozar de la plenitud de su vida, para lo cual es preciso que recorran un camino, como es menester para no pervertirse que se auxilien con una direccion. El método les proporciona tal ventaja. Escribe Romagnosi: «El método no es más que un curso de funciones mentales, científicas, analíticas y progresivas, encaminadas á conseguir verdaderos conocimientos (1).» Rosmini, con más amplia explicacion, llama el método «una industria, con la que se guía la mente para que consiga con presteza y seguridad el intento por el cual obra, haciéndole primero hacer aquellas operaciones que naturalmente van delante, y tener aquellas noticias que pueden dar, así como despues aquellas operaciones que naturalmente subsiguen, y tener de ellas las noticias correspondientes, de modo que las operaciones y las noticias sean distribuidas en la série de sucesion préviamente ordenada por la naturaleza (2).» En tal economía de camino, por el que hace pasar el método la mente grados por grados, de una verdad á otra y de un objeto de conocimiento á otro, el progreso de las ciencias es hermoso y natural.

Si para todas las artes y para todas las ciencias el método es necesario, á fin de conseguir órden y desenvolvimiento, no puede pasarse sin él la filosofía, princesa de los humanos conocimientos.

Sólo que, ¿qué método encontraremos conveniente, hablando de ella, la cual precisamente descansa en tan alto sitio, teniendo tanto extenso y desmesurado en sus cursos ideales? Toda ciencia tiene un camino propio, y tiene sus métodos especiales: el astrónomo, por ejemplo, y el físico, se ponen de acuerdo para demostrar que la tierra es esférica; mas así como el primero recurre á las matemáticas, esto es, á los puros cálculos abstractos, el segundo se sirve sólo en su demostracion de la experiencia. La filosofía es el amor á la sabiduría, y la indagacion ardiente que se hace sobre todo en los senderos espirituales de la verdad: ¿qué método, pues, le daremos, á fin de que halle la verdad y nos la trasmita?

No somos exclusivos, ni nos atamos demasiado rígidamente á método alguno, ni pretendemos uno solo sobre la derrota completa de los de-

(1) G. D. Romagnosi, *Vedute fondamentali sull'arte logica.*

(2) A. Rosmini, *Logica, libri tre.*

más: si el método, señores, es un modo, una industria, un proceso mental, cecedamos que la filosofía puede hallar más de uno á fin de proceder variamente con orden bello al exámen y adquisicion de la verdad. Afirmamos por consecuencia esto: Serán propios de la filosofía los métodos conformes á su naturaleza, haciendo que con unidad final de conceptos y armonía de explicaciones se gloríen de reposar en lo verdadero: mas si los métodos no consiguen esto, sino que, por el contrario, acerbamente combaten entre sí, conduciendo á contradecir la propia filosofía, tendremos motivos verdaderos para inferir que la desventurada de ningun modo ha encontrado el orden, ni ha sido dirigida para que gozase de la verdad.

Vengamos al siglo XIX.

Entro á nombrar las escuelas filosóficas de nuestros días: ¿existe, por lo tanto, la filosofía del siglo corriente? ¿No he dicho y no he demostrado que conducida es, digámoslo así, á la frontera?

Nadie pretenda encontrar en mis palabras contradiccion. Dije que no lo entienden los que se jactan de una era filosófica presente y encuentran compenetradas por su luz todas las partes de nuestra vida civil: á ser cierto cuanto aseguran, la filosofía debería comparecer en medio como reina, debiendo tambien mostrarnos sus monumentos novísimos y su reino. Ni ví el uno ni los otros; no encontré la filosofía en las pasiones sociales de mi edad, estando la razon de mi parte. Empero si no existe reino filosófico, ni nuevos monumentos filosóficos, puede haber y hay escuelas filosóficas: la filosofía vive olvidada, desconocida y puesta en lugar no conspicuo por el siglo presente; pero sin embargo vive. Pues bien; interrogándola en el estado infeliz en que se halla, y llamándola desde todas las escuelas racionales presentes, respóndannos: ¿puede estar contenta del siglo XIX?

No puede, por cuanto el siglo XIX, mirado en sus mismos métodos filosóficos, le niega el orden y el sabio procedimiento, embrollándola.

Parece que si hoy, segun declaran muchísimos, hemos adelantado mucho en filosofía, un avance magnífico y feliz deberíase haber hecho en la cuestion de los métodos filosóficos. Quien está instruido en la materia sabe que tal cuestion fué de continuo entre los filósofos muy enmarañada, conduciendo frecuentemente á la degeneracion de la ciencia: unos tomaron el método por la misma ciencia, y otros lo redujeron á simple crítica: fuera de que los métodos incluyen fácilmente los sistemas, y los sistemas, segun es sabido, sólo fueron para la filosofía el lecho de Procusto. ¿Qué ha hecho el siglo presente para quitar estas confusiones, é impedir tales daños? ¿De qué modo ha conseguido armonizar los métodos y hacer que sean rechazados los ruines é ilógicos, librando

así á la filosofía de los asaltos viles y de las horribles caídas? ¿Qué ha hecho? No ha hecho nada, señores; no ha resuelto nada ni relativamente al método analítico, ni relativamente al método sintético, ni relativamente al otro que se quiere domine á los demás, el cual descansa en el principio de contradicción: no ha conseguido desacreditar los sistemas falsos y locos. Por lo que hace á los métodos seguimos embarazados, como embarazados se hallaban los filósofos de las edades que pasaron; embarazados como los filósofos del Quinientos, embarazados como los filósofos de la Edad Media, embarazados como los filósofos del Bajo Imperio, embarazados como los filósofos bizantinos, y embarazados como los filósofos griegos, resultando igualmente de singular que, sin haber desechado los métodos viejos, se añadieron otros nuevos, entre los cuales los más famosos son dignos de vituperio. ¿Es progreso? ¿Es servicio de alegre desarrollo que hace á la filosofía el siglo XIX? Ahora suponeda desatendida por las inteligencias más activas, sin alma y sin vida, poniéndola además entre aquél espinar doble de los métodos y de los sistemas; ¿no descubris su aturdimiento?

En mi parte primera os representé á la filosofía con semblante de mujer, que va dando vueltas por la sociedad civil en busca de monumentos suyos: librémosla de tal afán aquí, y, para no verla fatigada en exceso, hagamos que siga en casa, donde debe recibir la visita y el saludo de los filósofos del siglo XIX.

Llaman á la puerta. *Adelante.* Hé aquí que penetra dentro un hombre alto y seco, que parece una sombra: es un docto, un filósofo, sobre cuya frente el surco del pensamiento está velado por blancos cabellos flotantes. «Bien venido seas, filósofo:» ¿á que escuela perteneces? pregunta la filosofía. «Soy idealista, exclama; idealista puro. Yo creo que, para inquirir la verdad, debe consultarse la idea que está en mi cabeza, esperando que dé la contestación. Tal es mi método. Por esto te venero, filosofía, por ser cosa simplicísima y espiritualísima.» Al decir esto se adelanta y besa sus manos. «Está bien, idea; pero tú ¿olvidas los sentidos y me los reduces á la nada? ¿No entran nunca los sentidos á lo ménos como medio ó vehiculo, para despertar la idea?» La filosofía pregunta esto. ¿Los sentidos! Nunca los hubiese nombrado. El filósofo idealista se irrita, vuelve atrás el rostro, bufa y se transforma en furia. El pensamiento sobre la frente colorea su faz como la llama de un volcan entre los hielos. Añade la filosofía: «Veo, veo que los sentidos, cuya virtud niegas, pueden aún en tí: no arderías ahora si no me hubieras escuchado con el sentido de tus orejas. Cálmate y siéntate.»

Llaman nuevamente á la puerta. «Entren los nuevos señores.» Es otro sábio, ú otro filósofo, no delgado ni enjuto, como el primero, sino

de fisonomía semejante, aun cuando más vivo y soberbio. «¿Cuál es, filósofo, tu método racional?» dice la filosofía, despues de verse por él saludada profundamente. «Yo soy rígido psicologista: pienso que el mejor de los métodos es partir del subjetivo, y al subjetivo por último retornar; yo, como el antiguo Protágoras, hago al hombre medida de todo. Así me persuado de poseer la verdad.» Acércase y besa las manos de la filosofía, como si hubiese sido reveladora de tan bella enseñanza. «Grande hombre de seguro eres, responde la filosofía; grande y sublime hombre, que reduces á tí todo el universo. Identificas el método con la ciencia. Tú, rígido psicologista, vas neciamente *objetivando* el subjetivo, porque sólo á tí descubres en la creacion; mas el *subjetivismo* es ciego: ve las cosas al revés, como el movimiento aparente del sol. El hombre terrestre lleva en el universo el movimiento de la tierra: así el espíritu lleva en Dios y en el universo la naturaleza del espíritu. Eres antropomorfa y *to'emaico* en la doctrina. ¡Reducirlo todo al hombre! ¡Pobre gente! Diría más bien con Ciceron: *divina mallem ad nos*. Mejor deificar al hombre que humanar á Dios. Puesto que me recuerdas al antiguo Protágoras, remítote á los antiguos: ve y lee tú el aforismo aquél: *Conócete á tí mismo*. Allí tienes una silla; antes de volver á la confesion de tu fé filosófica, descansa y medita.»

Llaman otra vez. «¡Adelante!» Sin más se introduce un tercer filósofo. Es un hombre grandilocuo, pareciendo arder en sus ojos el fuego de una vision universal: preguntado efectivamente sobre qué método filosófico profesa, dice con prontitud ardidamente: «Profeso el eterno abrazo, la compenetracion de todas las relaciones cósmicas, físicas, racionales y divinas, profesándola con tanto rigor que para mí estas relaciones llevan en pos la sustancia. Es un enlace de la tierra y del cielo, cuyo parto da el universo, de forma que para mi propio emblema tengo la sentencia de Anaxágoras: «Todo está en todo.» Se quita el sombrero; aproxímase y dispone los labios para el ósculo deseado. Le pregunta la filosofía: «¿Quiere decir que tú eres panteista? Mas sin quererte reprender á consecuencia de tomar el método precisamente por la sustancia, cuya cosa no está bien, óyeme: en la compenetracion que haces de todo destruyes las mismas relaciones que magnificas: ¿no conoces que sales con un gran despropósito? Mezclar las cosas y compenetrarlas equivale á desconocer su individualidad y la personalidad humana: tú pues, que me hablas, oh filósofo, ¿no eres por ningun concepto una persona? Vale predicar la identidad de los contrarios y de los contradictorios. ¿Reputas, pues, el mal bien y el bien mal? Sistema peregrino á fé mía. Dios es la piedra y la piedra es Dios: el bruto es el filósofo y el filósofo es el bruto. Propiamente me haces recordar aquella opinion

«trascrita por Plutarco, donde habla de la *Inscripcion délfica*, por la que algunos de Apolo y de Baco hacian un sólo dios. Mira que el decantado enlace de la tierra con el cielo no te dé por hijo un absurdo monstruoso que te mate. Ya Baco está parido en tí, por lo cual sales fuera del intelecto. Tu caro panteísmo es una mitología ideal. Puedes descansar allí, viendo si hallas modo de curarte.»

Llaman nuevamente. Asoma otro filósofo á la puerta, metiéndose dentro, sin esperar invitación ó licencia de alguna clase. Es hombre de carnes, redondo y alegre, á quien el estudio no ha turbado seguramente los sueños, ni envenenado la mesa: viste bien y deja escapar una sonrisa en cada uno de sus actos. Aun la filosofía muestra rostro jovial viéndole, y le interroga relativamente al método racional: «Soy sensista, dice gritando el recién venido, como si fuese portador de flamante descubrimiento. Aquí está todo mi método: el sentido externo, cuando excitado es, produce la idea; y porque somos excitados de continuo, las ideas se deben hallar de continuo en nuestra cabeza. No cabe tener ideas de otra suerte.» No bien ha concluido de afirmar esto, cuando se coloca entre las rodillas de la filosofía, buscándole la mano venerable. «¡Bravo! dice la filosofía tomando grave actitud; tu método filosófico es sencillo por demás. Empero corre demasiado, se gasta las junturas, se desnuda y cae. Si las ideas, como afirmas, vienen de fuera por los sentidos, la razón en tal caso es un don externo que se puede ingerir en el ánimo, como el agricultor injerta un fruto sobre otro, ó como Ruysch infunde el sentido en sus momias. Si, como las ideas lleguen por fuera, las bestias lo mismo que los hombres son capaces de disciplina, por cuanto son capaces entonces de razón. ¿No adviertes cuánto yerras? Aun en las bestias los sentidos son sin cesar fuertemente agitados; mas no producen ideas, ni ponen de reales razón alguna. El hecho es que, hablando del hombre, fuera excita la idea con señales; mas no puede darla, ni trasfundirla: así el ciego de nacimiento no puede nunca tener la idea del color, ni el bruto ningún concepto intelectual. ¡Oh sensista! ¡Cuán pequeño eres! Sacas las ideas de los sentidos y las extingués. Las ideas son una potencia: son la primera fuerza del mundo espiritual, en que por decirlo así, ejercen un oficio semejante al de los imponderables en el corpóreo. Conservan, crean, edifican, destruyen y renuevan. Vete, pequeño mío; cuanto eres atleta de cuerpo tanto es infantil tu inteligencia; vete como niño á meterte en el seno de tu madre. Antes descansa en aquella silla.»

Aún llaman á la puerta. «¡Adelante!» No te pierdas en tardanzas inútiles, ni estudies inclinaciones de cabeza y saludos. ¿Cuál es tu método filosófico, pregunta la filosofía al nuevo docto que se ha presentado? Cree-

ríais que había escuchado el último coloquio entre la filosofía y el *sensista*, proponiéndose continuarlo, aunque impeliéndolo á otra parte, porque, al declarar su propio método con sus lábios facundos, habla también de señales, de sentidos, de ideas, de externo é interno. Sin embargo se diferencia de los demás filósofos. «Yo juzgo, anuncia, que las ideas son excitadas por los sentidos; mas no las considero sus hijas: el padre de las ideas no está fuera del hombre, sino dentro: es el cerebro, el cual, cuando llegan las sacudidas se mueve, y según sus cavidades, sus pliegues y sus condiciones fisiológicas, produce los pensamientos, levantando la llama de los afectos. Soy un fisiologista á toda prueba, y soy más aún. Fué mi abuelo en las ciencias el doctor Forster, mi padre el doctor Gall, y mi tío Spurzheim: tengo muchos hermanos y primos en los doctores Froriep, Willers, Loeder, Reil, Soemmering, Bischoff, Berbeguierre, Hufeland, Bloode, Mayer, Adelon, Nacquart, Combe, Vimont y otros semejantes, resultando, pues, una familia muy abundante. En pocas palabras soy un frenólogo materialista.» Así habla, mirando á escondidas al filósofo *sensista* que tiene no lejos, y se sienta. Tú te escapas, responde la filosofía dirigiéndose al frenólogo; tú esquivas mis observaciones: si tú por el contrario tuvieras ganas de oirme, te preguntaría cómo el cerebro, solamente por ser sacudido fisiológicamente, puede producir la idea, cuando sé, siendo conocidísimo por los filósofos sin excepción, que las leyes del movimiento no se pueden aplicar de ningún modo á la naturaleza del pensamiento. Quisiera saber si para tí excitar el pensamiento equivale á engendrarlo: ciertamente admitiéndolo, me obligarías á reprenderte y á decirte que tú por tanto, en el sistema frenológico empírico, reduces el hombre á una máquina viviente, sin elección ni libertad, no á propósito para tener voluntad propia, ni para ser magnánimo ó vicioso, puesto que en él la protuberancia del cráneo ó del cerebro determinarían fatalmente su carácter personal. ¡Una máquina el hombre ó un tronco, en el cual no tiene mérito ni demérito el hombre mismo! ¿No te avergüenzas? Empero ¿por qué hago yo de maestra tuya? Mi querido frenólogo empírico; mira sentados allí otros dos filósofos, idealista el uno y psicologista rígido el otro: callaré, si quieres; pero ya que me citaste tu parentesco inmenso, procura entretanto entenderte con estos dos campeones de la ciencia.»

El permiso para cuestionar otorgado por la filosofía es como un tizon de fuego, y desdicha: equivale á enconar la úlcera filosófica. ¡Qué hizo la incauta! Al cabo de un instante se siente por los remordimientos herida; el frenólogo, tomando el brazo del *sensista*, fulmina excomuniones contra el idealista, excomulgando además á su compañero, los

cuales á su vez lanzan frases contra los adversarios. ¡Qué desventura! Una chispa es bastante á que los filósofos en el círculo de la idea se conviertan en gladiadores.

En esta disputa se oye ruido á la puerta, donde llaman gallardamente. Mejor es que se abra de par en par de un modo definitivo. Una vez franqueada, llega escandalizado un filósofo, el cual mira y dice: «¿Qué tempestad hay aquí? ¿Qué delirio, hermanos, os agita? ¿Así deshonrais con vuestros ultrajes el aspecto santísimo de la filosofía? Oid, oid. Traigo yo la paz: he hallado un método que une todos los demás métodos filosóficos: es la reconciliación de las escuelas racionales por el sistema del eclecticismo. Cesen los litigios, y acercaos todos á mí, para que os abraze yo en la verdadera filosofía: soy filósofo ecléctico.»

Así como en la plaza cuando interviene alguno en la lucha de dos del pueblo para impedir que se peguen y separarlos, los combatientes dirigen ambos contra el piadoso la furia de sus brazos, golpeándolo indignamente y volviéndolo á golpear, sobre la cabeza del pobre filósofo ecléctico cae la ira de los filósofos disputadores. «El ecléctico! ¡El conciliador de todos los sistemas! Si quieres unir nuestros sistemas filosóficos dejándolos íntegros, tales y cuales los hemos hecho, ¿no ves que te propones encerrar la filosofía en una jaula de enemigos? ¿No ves que aún es cosa peor si por el contrario descartas lo que reputas falso, y retienes lo que llamas verdadero? Entonces eres tú el más presuntuoso de los filósofos, y el dictador de la filosofía: consideras verdadero lo que te dicta tu juicio particular, y descartas como falso lo que para nosotros no lo es, hasta el punto de que nos entusiasma tanto que derramaríamos por ello la vida. ¡Y nos traes la paz! Eres ecléctico y abriste una nueva escuela: ¿qué número, andrajoso, cuentas de sectarios?»

Arde la cuestión: otro filósofo, de vieja estampa, pero que simula novedad y juventud, entra con brío en casa de la filosofía. «¿No dije ya, sostiene gritando, que todos sois dementes? Os acometeis y os golpeais, como si estuviera cada uno cierto de lo que dice. ¡Locos! Estudiad mejor, y vereis cómo es preciso dudar de todo; es necesario no creer en nada firmemente. El verdadero método filosófico es el escepticismo (1).»

Señores míos: el cuadro que os bosqueje es ya demasiado oscuro y desordenado en exceso, no sintiéndome ya con ganas de seguirlo. Dios no me ha hecho Dante, ni Byron, ni Crebillon: huyo de las tempestades y de los infernos. Ciertamente estando así abierta de par en par la puerta de la filosofía, algun filósofo de buen método racional entrará

(1) Dejamos para la conferencia V y las siguientes tratar con más extensión de los sistemas filosóficos, que hoy están en boga, y que hacen tanto mal.

dentro; pero para uno juicioso que vaya no pueden faltar tres ó cuatro malos ó sucios. ¡Miserable filosofía! Alienta en el siglo XIX, liba estas superiores auras, en las cuales da vueltas el grito estrepitoso de que ya despuntó entre los mortales su era dichosísima; ella entretanto, como si fuese poco verse desdeñada en público, y desatendida por los ingenios superiores, se encuentra rechazada entre el conflicto de los métodos más disparatados, así como alimentada, por decirlo así, de ironía y angustia: los idealistas, los «psicologistas,» los panteístas, los *sensistas*, los frenólogos, los eclécticos y los escépticos se la disputan y la maltratan de modo que es una desesperacion. ¡Y le besaron la mano! ¿No fué más bien un bofeton en la cara? ¿Puede quedar ella contenta del siglo presente? ¿Puede quedar contenta del siglo cuando los métodos racionales deberian, segun las promesas que hacen, alzarla felizmente á la sabiduría y á la verdad, y por el contrario la verdad se le oculta y la sabiduría queda trocada para ella en la necedad? No está contenta; sale con las orejas atronadas y estupefacta.

Sin intentar seguir el cuadro, hagamos una observacion que lo acaba en parte y lo explica.

Se dijo que las formas políticas, con que son regidos los pueblos, surgen varias y diversas, segun la diversa necesidad de las edades civiles: fué dicho igualmente y enseñado que la literatura reverbera la índole y la fisonomía de las costumbres públicas, entre las que florece. Decimos otro tanto de los métodos filosóficos: tendrán vigor estos métodos, segun lo que requerirá los afectos y las cosas que ocurran en la sociedad civil.

Empero ¿qué neto y terminante puede comprender la pobre filosofía del siglo XIX?

Al principiar el 1800, cuando en las escuelas dominaba el *sensismo* francés, aparecieron grandes filósofos, los cuales, dándoles asco aquel *sensismo* indecente, acometieron una reforma filosófica, y buscaron el triunfo de la idea humana. Fué Manuel Kant el primero que salió al palenque: con los *Prolegómenos de toda metafísica verdadera* procuró librar del empirismo el pensamiento, y salvar de las violencias del cuerpo la dignidad del alma: aun cuando estuviera mal dirigido su trabajo (no lo debemos examinar en este sitio), fué soldado de la idea. Como sucede que cuando se intenta una vasta reforma se corre á ella con excesivo ardor pasándose de la raya, detrás de las huellas de Kant surgieron en abundancia los racionalistas, como Lessing, Fichte, Schelling y Hegel. De semejante manera en la misma Francia la reforma filosófica procuró herir el *sensismo* volteriano dándole fuerte sacudida. Madama de Stael inaugurábala con su libro *L'Alemagna*: Federico Barard en-

carriónala mejor con su obra: *Doctrina de las relaciones entre lo físico y lo moral*; Giorget, Miquel, Bertrand, La Romiguierre y otros siguieron con éxito vario. Italia, compañera en esto de la Francia y de Alemania, salió asimismo al palenque: con la mano de sus filósofos rompió su lanza contra el *sensismo* gálico; aludo á Galluppi, á Ceresa, á Rosmini, á Luperti, á Defendi, á Gioberti, á Tedeschi, á Mancini y á Mamiani. Tales son en suma, bajo uno y otro cielo, los representantes de la escuela espiritualista.

¡Qué miro! Nuestro siglo que nace haciéndose de nuevo ideal en filosofía, continuando lustros y lustros sus batallas contra los *sensistas* y los materialistas casi deshechos ya en la tumba, apenas arriba á su mitad, vuelve á los amores del materialismo. Hasta tal punto se apasiona por él, que retrocede al siglo XVIII para sobrepujarlo. ¡En materia de *sensismo* era Voltaire un santón, y el inglés Condillac un ángel! Hoy los filósofos que más se saturan y más hieden á mecánico en la idea, son los filósofos más célebres y más reputados. Saludemos, pues, los Naquet, los Taine, los Littré, los Buchner, los Rouge, los Fewerbach y todos sus honorables compañeros. ¿De qué sirven los partidarios del espiritualismo? De nada; fantasean allá en las nubes, y dicen extravagancias ó tonterías que ninguno entiende. ¡Afuera los extravagantes y los tontos! Y vende por dos sueldos toda la compañía. El presente siglo principió acampándose así en la escuela espiritualista; mas parece desea concluir acampado, impenitente y rabioso, en la escuela materialista.

¡Desventurada filosofía! Si se fija en nuestro siglo como tiene obligación de mirarlo, ¿qué idea de sus cosas quereis que se forme allá en su cerebro? Hemos dicho que las tendencias sociales producen los sistemas filosóficos; mas relativamente á la filosofía, ¿cuál es el sistema por nuestra edad aceptado? ¿Es el espiritualismo ó el materialismo? ¿Dónde se instala la filosofía? ¿Dónde resplandece la verdad? ¿Está en la escuela primera ó en la segunda? Nuestro siglo enseña una cosa y otra: si lo deseais espiritualista, lo es: si le llamais materialista, os responde aún mejor y no falla. ¿Puede la filosofía estar contenta? ¿No se ve conduciéndola á perder entre muchísimos el poco cerebro que le queda?

La filosofía, mientras por mis contemporáneos es así mal apreciada; la filosofía, falta de todo método seguro, sin orden y sin progreso de ninguna laya, exáltase de todas maneras, levántase á las estrellas, se declara omnipotente, tesoro de sabiduría y de verdad: así la palabra de Dios en parangon con ella se oscurece, y Cristo es aconsejado á fin de que cierre su Evangelio: se quiere á la Iglesia desterrada como una indecente burladora. Nuestros tiempos son filosóficos: ¡no deben ser, ni de-

mostrarse creyentes! He probado ya que la buena filosofía desmiente tan hipócritas alardes: ¿por qué debo añadir y poner de realce nuevos dolores y nuevas vergüenzas tuyas, sin embargo de venerarla y quererla tantísimo?

Bástase á sí propia la filosofía del siglo XIX haciendo inútil la religión. ¡Mentira!

Hoy, señores, para poner muy en claro el asunto que desarrollo, he debido llevaros á muchos lugares y á los monumentos más frecuentados de la sociedad civil; he debido también referiros las visitas que la filosofía recibe de sus cultores. Ahora os hablo nuevamente de visita y de monumentos: sólo que aquí se trata de una visita que debemos hacer nosotros mismos: el monumento que nos espera no es el gasómetro, ni la bolsa, ni el circo de los gimnastas, ni el gabinete fotográfico, sino una casa muy triste, ó el hospital.

Dirijámonos á la hermosa ciudad de Vicenza, y entremos en su gran casa de refugio para los enfermos. En el salón destinado á los crónicos, en un mal lecho yace un hombre de aspecto extraño: casi siempre inmóvil, ó con poquísimo movimiento, no manejando bien las piernas ni los brazos, por tener contraídos sus miembros. Empero tanto como reposa su cuerpo, tanto presenta una faz visiblemente agitadísima: ojos inquietos y algo desdenosos; mejillas protuberantes, donde los colores vivos y rojos que se tiñen varían á cada instante; sus labios son trémulos y convulsos, mostrando un esfuerzo violento, mientras su labio inferior se contrae y se mete dentro; los dientes se clavan en el superior, de modo que han dejado allí sus huellas un surco prolongado. Con todo aquel hombre postrado, para quien lo sabe penetrar, no es de los vulgares: los pensamientos que residían en su mente, y que todavía saltan, por decirlo así, en su alma, dejaron sobre sus mejillas una especie de tinte ideal: en su pupila se ve la vibración del escudriñador y el orgullo de la ciencia en su frente, así como el aura moral que lo circunda, no ménos que su actitud física, revela que es un desventurado. Vemos, pues, como la cabeza de un Homero sin vista, y como la figura personal de un Campanella en la cárcel.

Si tuviésemos familiaridad con él, ó no nos desalentara su aire severo, sería para nosotros dulce acercarnos á él é interrogarle: pronto nos persuadiríamos de que hablábamos con un filósofo. Mas, no teniendo valor para departir con él, fuerza es que aguardemos, esperando que venga de otra parte la manifestación deseada.

Llega un día á la reunión de los crónicos un forastero de cara señorial, buscando y diciendo un nombre en los oídos del encargado de vigilar el salón aquél. Apenas le indican la cama descubre al impedido;

corre á él, arroja los brazos á su cuello, le besa y en alta voz le dice: ¡Oh Julian! Julian, el pobre impedido, exclama: ¡Oh Bernardo! A su vez quisiera él abrazarlo; mas no puede. Haciendo con todo un esfuerzo desusado, logra sacar sus brazos, y, separando la cabeza de su almohada, pregunta: «¿Cómo vienes aquí? ¡A duras penas, despues de tanto tiempo, te reconozco!»

La respuesta no sigue inmediatamente, por cuanto á impedirle es demasiado excesivo el ardor de los afectos; sin embargo, no bien puede hablar, dice: «No hablemos de mí, que llegué hace poco de Florencia, encontrándome sano y alegre: hablemos de tí, mi óptimo é infeliz Julian; de tí á quien veo caido en tan dolorosa enfermedad, y á quien veo recogido en esta casa, como á uno de los pobrecitos. Eras rico é ibas viento en popa, revelando al hombre feliz; ¿cuál es el origen de tan grande desventura? Cuando, diez años atrás, estábamos en la universidad de Pádua, y cuando, concluidos allí nuestros estudios, nos separamos, ¡qué bello jóven eras ingenioso y atrevido! Supe de tí por tus cartas, aún más tarde; pero ninguna calamidad me advertías. ¡Despues silencio entre los dos, y silencio eterno! ¿Por qué no fuiste franco conmigo, que siempre te amé y te amo? ¿Por qué no me dijiste: tu Julian es infelicísimo y pobre?»

Julian, trasluciendo en estas palabras al amigo sincero, estrecha entre sus dedos la mano de Bernardo colocada sobre su lecho, y dice: «Amigo mío; ¡cuántas desgracias y cuántas penas, despues que interrumpidas quedaron nuestras relaciones! Empero la desventura que lamentas en mí no es la que más me aflige; tú deploras la enfermedad de mi cuerpo, y deploras que haya desaparecido mi fortuna: ¡existió aún una herida peor!»

«¿Cuál es? ¿Por qué me la encubres?» pregunta Bernardo.

Entonces dijo postrado: «Me constriñes á una confesion que me cuesta la sangre del espíritu: nunca la consiguió de mí persona viva, ni la conseguirá.» Despues de pararse un poco, reunidas todas sus fuerzas para vencer su alma rebelde, dice: «Cuando, salidos de la universidad de Pádua, nos separamos, tú, siguiendo tu carrera, te dedicaste con tu mucho ingenio á los asuntos del foro; yo no, porque, contrario á las tareas forenses, de buena posicion por otra parte, y dueño enteramente de mí mismo, sentí amor á otros estudios, y ser quise filósofo. No frecuenté más escuelas, ni tuve otros maestros; mis maestros fueron los grandes escritores que tienen hoy el cetro de la filosofía. ¡Ay! Habiéndome convertido en su alumno, entrado en el campo metafísico, un órden nuevo de cosas me fué descubierto. Tú sabes que nací católico y que yo lo era: mis amorosos padres me habían imbuido la religion con

la leche. Ahora bien. El efecto primero de aquel estudio, que hice con tal especie de furor, fué conturbar en mí la creencia religiosa y hacerla venir abajo: ví, ó me pareció ver, que fé y razon, Iglesia y ciencia, no podían ir juntas. Volví por consiguiente á la Iglesia la espalda, no con estrépito, sino con acto mudo, en traje de solitario, con aquel desprecio que los anacoretas mostraban á la sociedad civil, abandonándola: mi monasterio, mi celda y mi contemplacion fué la filosofía. ¡Engañado! Mis contemplaciones filosóficas vinieron á ser tétricas y horribas. Tuve delante de mí los métodos racionales tan distintos y seductores; me fatigué con ellos, no siéndome posible hallar en ninguna cosa segura. Primero fui «ontologista;» mas del ente no ví cómo se podía descender bien al existente; me declaré «psicologista;» mas quedaba separado del ente por un intervalo excesivo; me declaré panteísta y «emanatista,» casi haciendo de Dios y del hombre una combinacion química; mas advertí un gran desórden: dejando aparte los métodos que habia yo adoptado, me hice «sensista;» me disgustó el «sensismo,» que para mí habia empezado de la causa ideal; saboroé de paso el sentimentalismo, y me disgustó igualmente; retrocedí, pues, haciéndome racionalista. En semejante alternativa de métodos y de sistemas, quiso mi fortuna que descubriese un dia el semblante de una cara jóven, bella como el pensamiento que resplandecía en mi mente; me apasioné, diciendo entonces: ¡Qué bien se unen entre sí el amor y la filosofía! Empero ¿por qué nombré la fortuna? Acabemos pronto y no discurremos de amor, ciñéndonos al asunto de los estudios: yo, si quieres saberlo, Bernardo, fui por último y soy resueltamente filósofo fatalista.»

«¡Fatalista! dijo Bernardo, interrumpiendo así el discurso medio pronunciado en boca de su amigo. ¿Acaso espero de tí esta relacion de tus males y de tus desgracias? ¿Qué haces por otra parte? ¿Qué frenesí es el tuyo? ¿Eres fatalista y lo confiesas, sin avergonzarte? Hombre de ingenio, nuevo estóico degenerado, ¿puedes hablarme con valor de cadenas espirituales y eternas?»

Enardeciéndose Julian, y con todos los músculos contrahechos en la faz: «No creas (respondió) que, al quererte contar mis desventuras, el fatalismo no entra en ellas, siendo una materia extraña. Considero este fatalismo legitima explicacion (si á tí no te place llamarlo teología), de toda mi personal iliada dolorosa. El fatalismo es doctrina terrible; pero verdadera. Dime si no es el hado quien me persigue. Era rico, y las quiebras de las casas devoraron mi caudal: era de cuerpo sano y robusto; mas la humedad de una fonda hizo de un modo inexorable que mis miembros quedaran contraídos: tenia pasion por los libros y amaba

la ciencia con avidez; pero me han prohibido para siempre todos los estudios: era esposo, y era padre...» Al pronunciar estas últimas palabras, no pudo contener sollozos terribles. No hablaba ya, sino que, por decirlo así, gemía y estallaba.

«¿Conque taniais mujer, oh Julian? dijo entonces Bernardo, fingiéndose ignorante de todo: ¿tenias hijos por añadidura?»

«Sí; aquella cara jóven, continuó diciendo Julian, que descubrí entre las visiones de la filosofía; aquélla de que mi padre procurábame alejar, y con la cual me casé al fin despues de inmensos suspiros; aquélla que hice compañera de mis desventuras; aquélla que estuvo siempre á mi lado bebiendo en la copa de mis padecimientos; aquélla que me consoló y que además enriquecióme con un niño.... ¡María! María era mi ángel; Pepito, el infante de cabello de oro y carrillos de leche, era sangre de mi sangre. La mujer y el niño, ya trasportado á la pública enfermería, venian á mi cabecera: sentados aquí, la madre me hacia preguntas sobre mis tormentos, y el hijo, saltando sobre mi colcha, me acariciaba. Desesperado yo, rugía y blasfemaba de la Providencia, en la que no creía; ella sufría mis furias compadeciéndome; yo llevaba las sábanas á mis dientes y las mordía, profiriendo imprecaciones contra el cielo y la tierra; ella, mujer pacientísima, calmaba mis furoras, y el niño, temiendo, lloraba. Dime si no era el hado despótico quien me angustiaba. María fué atacada por una fiebre mortal horrible, y, como si no pudiese huir sola del siglo, pegó su enfermedad al infante, tendido sobre la triste y aún caliente colcha de la madre. No les ví más. No ví más el semblante de mi amante, de aquella bellísima, y de aquella piadosa; no ví más los ojos lucientes de aquel infante suavísimo de ocho años; no escuché más aquellas santas voces diciendome padre y esposo. Quedé aislado, siendo tal vez el único entre los vivos que sufría mayor desdicha, volviendo á caer más y más desesperado en el seno de la soledad espiritual. ¡Oh Bernardo! Si quieres llorar por mí, llora, no mi pobreza, ni mis miembros encogidos, sino esta herida del corazon, que te descubro; lamenta mi pérfido destino. ¡Maldita la cadena del destino que me ciñe y me sofoca! ¡Malditos sean los filósofos que veneré! ¿Vino jamás alguno á sentarse aquí donde sentábanse para consolarme mi mujer y el niño? Tú has venido ahora; mas no eres filósofo: á serlo, no te hubieras presentado á mi. La filosofía es toda árida, toda hipócrita, toda falsa: tiene sólo una parte verdadera; la enseñanza que me dió demasíadamente tarde de que los hombres están condenados...»

Sentóse Bernardo al lado del lecho, colocó la faz en sus manos y se puso á decir en su interior: ¡Cuán desventurado es este hombre! ¡Cuán-

to ménos infeliz sería si creyera en Dios, y recibiera en su pecho la fé religiosa! Si en vez de la fatalidad se presentase á su imaginacion la Providencia divina que vela siempre amorosa.... Alzáse y dice: «¿Qué ganancia sacaste, Julian mío, de haber abandonado la religion de tus padres, y de haberte ido de la Iglesia, á fin de hacerte filósofo á tu manera?»

«¿Qué gané? contestó gritando. Una ganancia tuve: mi anticipado infierno sobre la tierra.»

«¿No crees, prosiguió diciendo Bernardo, que se puede dulcificar de algun modo en la tierra el infierno del alma?»

«No lo creo; lo niega mi teoria del fatalismo. Mi adverso destino debe sorber cuanto tengo vivo hasta la última gota de mi sangre; exterminarme debe. ¿Qué fuerza podría romper los anillos de su cadena de hierro?»

«Réspndeme, dice su amigo apremiándole: ¿No podría endulzar tu existencia, si volviesses á creer en Dios, la fé de tus padres, la fé de la Iglesia católica que los dias de tu infancia embellecía, y que alegraba tu primera juventud?»

«¡Dios! ¡Dios! exclama Julian. ¿A dónde se marcha este Dios? Veremos si sacará del sepulcro á María, cómo tambien si me dará nuevamente fresco y vivo á mi Pepe.» Abrió de par en par entonces sus pupilas teñidas en hiel, poniéndose á reir.

«Tú lo has dicho, respondió Bernardo; si Dios te restituyese á lo ménos la sombra de tus amados, y te trajese aquí sus semblantes vivos, cesaría tu desesperacion; tendrías alguna dulzura, y cambiarías tus maldiciones en bendiciones celestes. ¿No es verdad? Vamos; guarda tu fé.

Terminado aquel coloquio, Bernardo salió precipitadamente del hospital.

Junto á Vicenza, y á guisa de corona suya, se levanta el monte Berico, sobre cuya cima surge majestuoso un templo, el cual figura entre los bellísimos, dominando en su altura redonda y cortada su ardida cúpula, donde una cruz se dirige al cielo. Consagrado está el templo á la gran Madre de Dios y de los hombres, habiéndose dado hace siglos para que lo guardasen á los Siervos de María, que allí construyeron al lado un convento, enteramente atestado, como el mismo templo, de las más nobles pinturas de la escuela veneciana.

Dirigiéndose al edificio éste, da vueltas Bernardo entre los viñedos y entre los plátanos de la subida: tiene un pensamiento y un afecto en el alma que lo transporta, poniendo alas en sus piés. Llegado al convento, preséntase al Superior, y dice: «Necesito al infante; dejádmelo por

merced.» «Al parecer no quiere intermedio alguno de tiempo.» ¡Cómo! contesta el fraile: ¿Daros yo al muchacho? ¿Qué dirá la persona que lo confió á nuestros ciudadanos? Replicó Bernardo: «Dejadme hacer á mí.»

Nosotros, señores, que nos hemos ido al hospital, hallándonos como instalados en él, donde vimos un conmovedor espectáculo, mantengámonos en nuestro sitio firme, porque ya el drama está cerca de su desenlace.

Al día siguiente del coloquio en el hospital vuelve á él Bernardo, que lleva de la mano un niño; es el infante carísimo de ocho abríles, de cabello de oro y mejillas de color de leche. Julian nada ve y nada oye, por dormir en aquel momento: despertado por el amigo, que se ha puesto junto á su cama, abre los ojos y se pone á mirar: ¡Qué ímpetu de asombro y de alegría! Dice así, gritando: «¿Es que Dios resucita de veras á los difuntos? ¿Aquí está mi Pepe? ¿Veo realmente ó deliro? ¿Es este mi amado hijo? Lo toma con sus manos temblorosas, lo besa y lo llena con sus lágrimas. ¿Dónde has conseguido hallarle, Bernardo?» «Ve, dice Bernardo, la obra del divino amor en tu hijo. Te lo envía Dios á fin de avisarte de su providencia, y para que salgas de la desesperación. Murió tu buena María; mas no murió tu hijo, á quien puso tu suegro en casa excelente á fin de que le dieran educación, negándotelo, porque te habías acostumbrado á escandalizarlo con tus impiedades. ¿Acaso lo podía dejar aquí para que llenases su alma virginal de blasfemias é imprecaciones? ¿Qué hubiera salido de él, sino un odiador de Dios y de los hombres?—Ahora viene del asilo religioso, del santuario de María, donde le han enseñado, no á desesperarse, sino á que ame. Te lo devuelve Dios para que lo edifiques.»

Inclina Julian su cabeza sobre su pecho; con las dos manos se forma un velo para sus párpados, prorumpe luego en fuerte llanto, y exclama: «¡Iglesia y fé! ¡La fé de mis padres y el Dios de mi mocedad! Lo reconozco y lo siento: sentíalo áun cuando lo negaba; mas ahora de un modo inefable lo vislumbro bueno, elemento y pío: la filosofía incrédula y mis feas costumbres me arrebatában el hijo; pero la religion me lo devuelve: mi pecado me quitó en castigo la mujer; mas la divina gracia me da de nuevo el hijo, fruto suspirado de la mujer. Así los anillos de la cadena de hierro se rompen y los cuelgo rotos á la cruz de Jesucristo. Filosofando mal, fui incrédulo é infeliz: reniego ahora de la necia filosofía para volver á la Iglesia.»

Estrecha la mano del amigo, jurando que se convertirá.

Al cabo de diez días, quien hubiese estado en aquella parte del hospital de Vicenza, de donde nosotros ahora nos separamos, hubiese visto un espectáculo sumamente conmovedor.

Un fraile de vestidura negra y de aspecto venerable (el Superior del convento del monte Berico) hallábase sentado junto al lecho, encima del cual se veía la imágen de un Crucifijo; hablaba en voz baja con Julian, que deponía entre los brazos sacerdotales los secretos de la conciencia. Terminada la confesion, el fraile llevó á Jesús sacrificado al doliente, quien, llegada la comunión, exclamó, dirigiéndose al Señor con voz clara: «Os adoro, señor mío Jesucristo. Os pido perdon de todos los escándalos dados, y detesto mis grandes culpas. Al recibiros en mi alma, entro en el seno de la Iglesia católica otra vez.»

Se notaba que los circunstantes tenían el corazón muy conmovido. Bernardo estaba de rodillas á la izquierda; el pequeño Pepe, de rodillas y con las manos juntas, á la derecha del lecho: lloraban tiernamente.

Señores, en Julian de Vicenza, aquel extraviado, y arrepentido luego, que era víctima de los estudios racionalistas, á la vida volviendo en virtud de la fé, hay una demostracion elocuentísima de cuanto os enseñaba. A fin de que alegremente florezca, es preciso tratar la filosofia con orden; mas el orden propio de ella no existe de ningun modo en nuestra edad: el siglo actual procede de manera caprichosa, sin regla segura, saltando alrededor de los métodos y de los sistemas metafísicos; los mezcla, y, mezclándolos, los pervierte; da tambien á entender que se fatiga en la indagacion y que goza descubriendo la verdad; pero no consigue llegar á ella, sino á la mentira y á la torpeza. ¿Puede, por lo tanto, estar contenta de él la buena filosofia? No, el siglo XIX, considerado en sus mismas tendencias filosóficas, la enmaraña y la perturba.

De actos diversos depende la prosperidad de la ciencia; indicamos ya, señores, dos supremos.

Importa primeramente que la ciencia se cultive con actividad, porque si no hay resolucion en el ánimo, ni estudio vivo é infatigable trabajo, vanamente se buscará la prosperidad; tedio, flaqueza y nulidad estarán en su sitio enteramente. Preciso es despues que la ciencia se trate ordenadamente, porque, si reina el desórden, el mismo fervor del estudio, aún cuando exista, no sigue adelante y no da fruto, brotando de la mal dirigida ciencia la confusion y fácilmente además el error.

Empero pide la ciencia un tercer acto, que se relaciona con el segundo muy estrictamente, y es que se deba seguir en su propio fin.

A la verdad, el óptimo avance de todos los estudios encaminase á esto últimamente; á que se hagan llegar allí donde, por decirlo así, se halla el impetu de su curso. Las artes musicales llegan á su fin y resultan perfectas cuando producen el acento exquisito de la melodía. Cumple su propio fin la aritmética, cuando á fuerza de cifras y de cómputos

logra el número determinado que se quiere. El telégrafo llena su cometido cuando trasmite con prontitud el pensamiento. Resulta la belleza artística y el gozo de la razón humana, cuando los amantes de la ciencia obran de modo que la ciencia misma arribe mejor y más completamente al término que se propone, confiriéndole un progreso inestimable.

Llevemos el discurso á la filosofía.

Para que la pueda dotar el hombre de progreso real, es preciso que pase al tercer acto: es preciso que del estudio ferviente, principio de todo bien, y de la observancia del orden, en que se halla la prenda del bien, la filosofía continúe y dé auxilio en su propio fin: fuerte con las dos primeras condiciones, se ha puesto ya en camino para en esta última ejercitarse y deponer la corona, como amante feliz, en la cabeza de su amada. Todo esto egregiamente; mas, ¿á qué tiende, señores, la filosofía? ¿Cuál es, despues de todo, su fin? Necesitamos ahora saber esto.

Dijimos que la filosofía es el amor á la ciencia, que se la procura bien al investigar y descubrir la verdad; dijimos que la verdad por ella entendida y ansiada se refleja en el orden espiritual, en el orden de las ideas, y áun en el orden de la mecánica. Fuimos demasíadamente parcos é imperfectos, si bien exactos; al venir á poner ahora en claro la razón final de las cosas, preciso es que por nosotros se ultime la definición y el concepto de la filosofía.

Precisamente porque camina dentro del orden espiritual demorando en las ideas más que en los hechos, su movimiento irresistible, su anhelo y su gozo es ascender á las ideas más altas, ó más bien á la primera idea, donde la verdad reside, y donde, para conocimiento de los orígenes, procura explicar los seres y los fenómenos. Empero ved en qué propiamente está y cómo se debe definir la filosofía: no es la simple ciencia del pensamiento humano; no es, dentro del orden espiritual, el simple conocimiento de la verdad, sino su conocimiento profundo y el conocimiento científico de las cosas en las cuales se ocupa, lo cual consigue por el estudio é íntimo conocimiento de las causas. Escribe Aristóteles: «No se cree que nosotros tenemos la ciencia de una cosa, sino cuando reputamos que conocemos sus razones.» Afirma igualmente: «La verdadera sabiduría es el conocimiento de las primeras y de las más altas causas (1).» En su virtud, de la propia manera que no todo docto debe ser llamado sabio, por cuanto el simple docto se para en la consideración de los hechos, no subiendo á sus causas por las cuales se espacia el sabio; de la propia manera que no todo cristiano, que aprendió

(1) Aristóteles, *Metafísica*, lib. I.

el catecismo, debe recibir el título de doctor, por cuanto el doctor explica la religión y él no lo hace, no todo cultor de la filosofía merece la denominación de filósofo, si se ciñe al puro conocimiento de la verdad, no alzándose á fin de aferrarla en sus fuentes. Es cuanto enseña Santo Tomás, confirmando de nuevo la doctrina del Estagirita: «La ciencia de lo verdadero sólo se obtiene por el conocimiento de las causas... En toda ciencia llamamos sabio al hombre que sabe asignar la razón y las causas de cada sujeto, relativamente al cual es interrogado (1).» Os he dicho ahora con entereza en qué consiste la filosofía; si la quereis nombrar, el conocimiento de los seres mediante las causas, ó la demostración de cuanto asevera, repetís sobre la misma la definición dada por hombres entendidísimos, llamándola: *Habitus asserta demonstrandi*.

Dirijámonos otra vez al siglo XIX.

¿Qué dice del presente siglo la filosofía? ¿Lo alaba y lo celebra, ó por el contrario, al encontrarse con él, levanta lamentaciones y gemidos? A fin de que se alegre, señores, la filosofía por verdadero progreso, debe ser acorrida por el hombre para que obtenga su propio fin: quiere, por lo tanto, que los hombres filósofos procuren con ahinco subir al conocimiento de las más altas de las causas, respetarlas y ponerlas sobre cada una de sus indagaciones, á fin de que por su medio pueda descender á la recta explicación de los seres y de los acontecimientos. El fin que se propone incluye por necesidad el principio de todas las cosas. Pues bien, ¿de qué guisa el siglo XIX le contesta en esto? ¿Se le muestra buen amigo, auxiliador muy generoso ó enemigo?

Ay de mí, señores; si contemplo á mi siglo en sus negaciones morales y religiosas, cosa lúgubre se me ofrece; la filosofía no puede estar contenta de él, porque la obligan á retroceder del término á que anhela.

Nosotros hablamos realmente de fuentes y de causas; admitimos el conocimiento de las más elevadas causas como fuente de la filosofía, cuyo modo de hablar, en quien tiene orejas para oír, nos hace significar á Dios. ¿Cómo no, si Dios es la causa primera y la fuente de las fuentes! Interrogad relativamente á esto á los filósofos más célebres, y os dirá Pitágoras que Dios es el primer principio como unidad y como conceto; os dirá Sócrates que Dios es el sumo geómetra, el primer principio del orden; os dirá Platon que Dios es el sumo bien, el primer principio de la virtud; y más extensamente Aristóteles os mostrará que Dios á la cabeza está de todo, porque «todos los demás principios

(1) *Scientia veri non habetur nisi per causas... sapientem in omni sapientia dicimus, qui potest assignare causas cuiusque quaesiti.* Santo Tomás.

están en él constituidos (1).» Siendo, pues, Dios el principio de todo, es además el principio del saber, el primero y aun el único maestro del hombre; la frase de la Santa Escritura: *Qui docet hominem scientiam*, tiene la debida correspondencia en los escritos de los sabios de la tierra: se hace su expositor casi á nombre de todos Plutarco, allí donde, hablando de Dios, escribe que «todas las ciencias están en Él, con Él y en torno de Él (2).» Sumamente sabia parécenos en su virtud esta enseñanza de santo Tomás de Aquino: «La verdad, segun la cual el alma juzga de todas las cosas, es la verdad primera... De la verdad del intelecto divino ejemplarmente procede en nuestro intelecto la verdad de los primeros principios, según la cual nosotros sobre todas las cosas emitimos juicio. Y como no podemos por ella juzgar sino en cuanto es semejanza de la verdad primera, se dice que nosotros juzgamos segun la primera verdad (3).»

¡Alegrémonos! Príncipe de la ciencia universal es Dios; Dios es el objeto primero de la filosofía, su fuente y su inmenso valor. Pues bien: ¿qué hace de Dios el siglo XIX, al mismo tiempo que pregona la era grande, la era novísima filosófica? ¿Qué hace de él, señores?

Nuestro siglo le olvida y lo abandona. Más aún; lo deshonra: Dios se manifiesta en las leyes y en las maravillas de la creación. Decía Platon que «el mundo es una carta escrita por Dios á los hombres;» los hombres en todos los tiempos y en todas las naciones leyeron tal epístola, la entendieron prontamente, y á Dios respondieron con su fé, su adoracion y los ritos del culto religioso. Mas nuestro siglo, si nos fijamos en muchos de los físicos y naturalistas vivientes, no sabe leer esta divina epístola y nada entiende, ó lee allí la materia eterna, la energía y la fuerza de la naturaleza, sin leer la potencia y la bondad del supremo creador. Dios se manifiesta en la espiritualidad y en los arrebatos del alma humana: los grandes entendimientos, como los pequeños mortales, sentirán siempre á Dios en sí mismos: *Est Deus in nobis; agitante calescimus illo*. Mas nuestro siglo, en cuanto lo mueven los orgullosos definidores del hombre, en el hombre no siente sino al hombre: ó siente sólo en él la pura idea natural, ó siente en el alma el músculo, el movimiento atómico; no siente allí el sonido, ni allí descubre impresa la luz que de sí envía el eterno Hacedor de todo. Dios se manifiesta en el cristianismo, en la institución de la Iglesia católica: diez y nueve siglos aseguran que Jesucristo es Dios, y que reina este

(1) Aristóteles. *Metafísica*, lib. 14, 1 part. quest. 94. 2.

(2) Plutarco, *Opúsculos, disputas convivales*, VIII, 2.

(3) Santo Tomás. *Quaest 1, de veritate*, 4 ad. 5.

Díos en las familias de los bautizados. Optimamente: mirad un poco de qué guisa en el cristianismo y en la Iglesia reconoce nuestro siglo á Dios. ¡Qué caricias prodiga él á la Iglesia católica! ¡Cuán dócilmente la obedece! ¡Con cuánto amor préstase á sus incrementos! ¡Si ha dicho Cristo que cuantos escuchan en el mundo á sus sacerdotes á él escuchan: *Qui vos audit, me audit*; ¡ved cuán gustosamente nuestro siglo se pone á escuchar á los sacerdotes! ¡Qué respeto y que veneracion la suya á la palabra del Pontífice! Así actualmente es reconocido y adorado Dios.

En suma, quien reconoce, aprecia y quiere, habla sin cesar del objeto que guarda sagrado en el corazon. Mas nuestro siglo habla de puentes de hierro colgantes, de ferrocarriles, de buques de vapor, de túneles submarinos, de globos aereostáticos; no habla de Dios: nuestro siglo habla de comercio, de industria, de oficios, de profesiones, de artes; no habla de Dios: nuestro siglo habla de nacionalidad, de cultura, de civilizacion, de progreso, de escuelas, de plebe, de nuevas emancipaciones de siervos y de futuras emancipaciones de mujeres; no habla de Dios: nuestro siglo habla de sonidos, de bailes, de comedias, de teatros, de espectáculos, de carreras, de viajes de placer, de jardines, de palacios, de mejoras urbanas y tambien suburbanas: no habla de Dios.

Meditad un fenómeno, ó más bien un hecho que á ser viene de los más vulgares. En nuestros días el hombre adquiere el mayor movimiento en virtud de la electricidad ordenada para el telégrafo. El soplo prestigioso vuela sobre los hilos metálicos y zumba: ¿y qué dice este soplo que conduce la palabra del hombre? Dejad que llegue al fin de su viaje: habla de la compra hecha, de la letra vencida, del oficial ladrón que acaba de huir, de la señorita que ha llegado sana y rozagante, del viejo padre muerto, de la salida del príncipe retardada: habla del huracán desencadenado sobre la ciudad, de la gran multitud de la feria, de la *prima donna* que se indispuso, y por consecuencia de la representacion impedida; á cada momento, en mil lugares, en toda la vasta Europa y en toda la extension del gran mundo, dice un millon de cosas diversísimas. Mas ¿dónde entre tales cosas diversísimas hacen los hombres volar sobre el telégrafo eléctrico un himno á Dios? ¡Oh soplo locuacísimo, que tienes las alas del rayo! Necesitas un pobre presbítero que dirija, en alguna hermosa fiesta de la Iglesia, su saludo filial á Pío IX, para que puedas hablar de Dios. ¡Hé aquí á Dios en el siglo del inmenso movimiento y de la palabra!

¡Siglo desventurado! No tiene á Dios en el corazon. Jamás llegó á tanto desprecio y abyeccion tanta el dogma de Dios. Los bárbaros, con la supersticion y la ferocidad, echaban á perder este dogma; mas en-

tretanto lo conservaban y veneraban: nosotros, peores que los bárbaros, lo despreciamos.

Ahora bien; caído Dios del siglo XIX, se ha dado el golpe mortal á la filosofía, porque, si vive y prospera por el conocimiento de las más altas causas, no puede seguir bien cuando es menospreciada y desatendida la causa primera, y la primera de las fuentes. De manera que vosotros que promulgásteis la gran era filosófica, y que menospreciáis en el acto mismo á Dios, venís á ser sus pésimos amadores, y sois sus verdugos.

He abierto el paso al decir esto, á una ardiente disputa. Pongo á Dios como suprema fuente y como primer origen de la filosofía; hé aquí me gritan, hé aquí el sacerdote que convierte á la filosofía en la ciencia mirada por Dios con predileccion: quiere conducirnos con la fé más que con la humana razon: nos hace creyentes y no filósofos; cesa la filosofía cuando se cambia en teología. Perfectamente, si es su gusto; mas sepa el sacerdote que compenetrar así las cosas equivale á matarlas.

Os engañáis, amigos; nada hice de cuanto me reprochais, y nada intento seguramente hacer. Somos lógicos, porque distinguimos con certidumbre los dos órdenes: el teológico y el racional.

¿Cuál es el oficio del teólogo? Recoger la palabra, el conocimiento de Dios, apoyándose en los testimonios de la divina revelacion, anunciando aquella palabra y aquel conocimiento al mundo cual objeto de fé.

¿Cuál es por otra parte el oficio del filósofo? Recoger la palabra del hombre, y el fruto del conocimiento del hombre, apoyándose en los testimonios de la razon humana; significar aquella palabra y aquel conocimiento cual objeto de ciencia.

En su virtud el teólogo, sacando de Dios el curso de su doctrina, desciende á los hombres; el filósofo, por el contrario, llevando sus investigaciones á los séres creados, y procurando descubrir sus propiedades, se levanta á fin de aferrar su primera raiz, con lo cual llega razonando hasta el Creador.

Así el teólogo, al descender al hombre, tiene obligacion de dirigirle á su fin sobrenatural y divino; el filósofo, al ascender hasta el Creador, tiene obligacion de amaestrar al hombre sobre sus fines naturales y terrenos.

Tal es, según los mejores métodos de las escuelas, la radical diferencia que entre la teología y la filosofía se halla establecida.

Mas ¿no es hacerla cambiar de naturaleza, convirtiéndola en cosa sagrada y sobrenatural, sostener que la primera fuente de la filosofía y su origen primero está en Dios?

De ningún modo, amigos míos. Es decir, que así como sin Dios no

cabe la creación de las cosas, ni sin Dios puede ser ó entenderse la razón del hombre, para razonar con solidez no se puede restringir á sí solo, ni á sola la creación, necesitando al efecto á Dios. Por lo demás él, siendo filósofo, se mueve y á Dios va mediante la razón, como con más certidumbre y con más luz va el creyente á Dios en virtud de la fé: uno se ciñe al órden natural, y es caudillo de sí propio: el otro penetra en el órden sobrenatural, siendo su caudillo la religión.

¿He pues, compenetrado las cosas, si tal es mi dogma? ¿He suprimido la razón para únicamente hacerlos discípulos de la fé? No, no. Nosotros mirareis bien de qué modo debeis conducirlos sobre las alas de la razón humana; vosotros procurareis realizar felizmente vuestro vuelo evitando los abismos; teneis las alas en los hombros, y no intento siquiera, indiscreto, cortároslas.

Empero, vosotros mismos, que reprochais al sacerdote diciendo que os reduce á simples devotos y á puros creyentes, ¿que haceis de la filosofía? ¿A qué destinos la sometéis, negando que Dios es su origen primero? ¡Desgraciados! Rompeis de modo selvático, declarando enemigos entre sí los dos grandes órdenes natural y sobrenatural; introducís el cisma en la creación: vosotros decís: existe Dios para el teólogo, y para el filósofo, por el contrario... ¿Qué hay para el filósofo, si no se le permite hablar de Dios?

Separar la filosofía de la suprema causa de los seres y de los fenómenos, ó separarla de Dios, equivale á cortarle la cabeza. Es cierto que en lugar de Dios se pone para presidir el hombre; mas en tal caso el hombre, sér derivado, no puede hacer de fuente, ni servir de origen, ni marchar bien á la cabeza; en su virtud, colocado á la cabeza de la filosofía, se transforma en el cero de Guillermo Leibnitz, ó en la nada. Ved por otra parte que, destruido el dogma de la divina esencia según lo comprendemos nosotros los cristianos, Dios bajo otra forma vuelve á comparecer; no es ya el Dios bíblico y católico, sino el Dios inexorablemente buscado por la humana estirpe degenerada, de lo cual dan fé las mismas aberraciones filosóficas, que desde la mitad del siglo XVIII hasta su término se fatigaron peleando contra el Dios del catolicismo, el verdadero y único; mas en vez de anular este Dios y extinguir este sublime culto, hicieron pulular miles secretas y misteriosas sectas, dirigidas por sus nuevos pontífices. Mesmer, en París, Cagliostro, en Lion, Martinez Pasqualis, en Burdeos, Boehm en Strasburgo, Swedenborg, en Stokolmo, hasta el punto de que, dándole asco tales excesos, el protestante Benjamin Constant se vió inducido á escribir que «la tierra separada del cielo viene á ser para sus habitantes una cárcel, donde golpea el prisionero su cabeza en los muros, dentro de los cuales está

metido (1).» He aquí una demostración fortísima de que el hombre, filósofo ó no, no puede pasarse sin la Divinidad: así descartando al Dios verdadero, se acoge al falso: es cristiano ó gentil; jamás ateo.

¿Anhelais vosotros, amigos míos, una filosofía separada de Dios? ¿Sois obstinadísimos en pensar que, sobre las ruinas de Cristo y de la Iglesia, la filosofía marcha con mucho brío, haciéndose mujer?

¡Oh! ¡Dirigíos á mejor consejo! Filosofad según os plazca; pero, filosofando, mantened el dogma origen de toda la luz intelectual y física. Vestid el traje religioso: volveréis á ser los buenos hermanos de los creyentes, coronando la fé divina el edificio aquel que tenga la aprobación filosófica y racional. Los ilustres filósofos se eternizaron en el mundo á la luz de tan brillante estrella, es decir, de la creencia en la Divinidad. Marsilio Ficino, encontrando algunos sofistas incrédulos, vió en el suelo una pajita: cogióla, y, presentándola luego á los disputadores, dijo: «Esta pajita me convence de la realidad de Dios, mucho más que lo hacen vuestros razonamientos.» De Aristóteles se cuenta que, muriendo, dejó escapar de su alma este grito magnífico: «Causa de las causas, ten piedad de mí.» Seguid á los grandes hombres: haced que os hable áun la pajita el divino lenguaje; decid cada uno á vuestra vez, en alta voz: ¡Ten piedad de mí, oh causa de las causas, Dios mío! Tanto como Ficino y Aristóteles, cooperareis al progreso de la filosofía.

Queda resuelto por nosotros, señores, un problema, que abre camino á otros gravísimos problemas.

Hoy en la lengua de muchos suena el extraño elogio de que la filosofía llegó á una era felicísima, y que rige el mundo como emperatriz, de modo que no tiene necesidad de la divina revelación; al hombre sin fé le basta ser filósofo para inquirir la verdad. Nosotros, oyendo que nos habláis con tanto estruendo de la nueva era filosófica, preguntamos: ¿Puede la filosofía verdaderamente estar contenta del siglo XIX? Consignamos que para su florecimiento tres cosas absolutamente se necesitan, á saber: que se cultive con ardor, que se trate con orden, y que se siga en su propio fin. Esto sentado nos pusimos á indagar si en nuestro siglo se cumplen ó no estas tres condiciones, y vimos que no. El siglo XIX, es por el contrario, el enemigo fatal de la filosofía: en sus pasiones sociales la quiere mal; en sus tendencias filosóficas la embrolla; en sus negaciones morales y religiosas la impele á retroceder.

Refrénense, pues, las soberbias vanaglorias. Vosotros, señores, lo mismo que vuestros antepasados, teneis precisión absoluta de Dios y de

(1) *Cette terre, séparée du ciel, devient pour ses habitants une prison, et le prisonnier frappe de sa tête les murs du cachot qui le renferme.*—B. Constant, tomo 1, página 57.

la religion: no sois excelentes filósofos, precisamente porque no sois, como deberíais, creyentes.

Palabras acerbas se oyeron hace poco del púlpito éste, que habrán parecido ofensivas á la majestad filosófica. Habrán creído algunos que hablaba en el sacerdote de Cristo Diógenes, que á los mortales maldecía. Deploro el engaño fácil; quien sabe discernir habrá tomado á buena parte y explicado rectamente mis clamores, mis iras y mis ímpetus. Enfurecíme, sin duda, y grité; mas no para irritar á la filosofía, sino á fin de salvarla. Yo la descubrí agraviada y reprendida; como los caballeros de la Edad Media que, viendo insultar á la mujer, ídolo de sus corazones, se aferraban á su arzon, echaban mano de su acero y corrían al desafío, procuré yo arrancar á la filosofía de manos de quien se decía enamorado de ella, sin embargo de que la escarnece y despreciaba. Amé desde muy jóven á la filosofía cuando, con los preceptos de los retóricos y las elegancias de los poetas metidas en el cerebro, fui á su escuela; viendo el arte del razonamiento y las sublimidades de la metafísica, dí gracias al cielo porque la belleza tenia tanto campo para correr, siendo indagadora ó hija de la verdad. La filosofía enardecíó mi pecho siendo adulto, y siendo ya provector continuó entusiasmándome. Avidos los Griegos de saber, se ponían á viajar, yendo á la Fenicia; se paraban en Egipto para recoger los secretos de los sacerdotes y consultaban á los sabios de toda la tierra. Yo, señores, no me dispuse á los grandes viajes, no siendo de Grecia por esta parte: hice, sin embargo, mis peregrinaciones ideales, leyendo los libros filosóficos de los alemanes, de los franceses, de los británicos y de los italianos: también interrogué la ciencia de los sacerdotes; no de los sacerdotes del Egipto pagano, sino del cristianismo, recogiendo doctrina pura y grandiosa, que á mi pobre ingenio decía:—Ve que yo te hablo más altamente de Sócrates y de Platon.—Amo, pues, y venero á la filosofía; quien me acusa de ser su enemigo, miente.

Mas sí: hay una filosofía que detesto; es la filosofía que os dije manejada por sus pésimos amantes; la filosofía sacada de quicio, convulsa, charlatana, disputadora de todo, sofística é incrédula; la filosofía que reniega de la fé divina para no tener hermana ni madre, y hacer como un dictador en el mundo. Esta es la filosofía que ahora impera en el siglo XIX: os invito á que la reprendais y detesteis como yo, si deseáis verdaderamente que sus osadías no impidan los avances de la verdadera filosofía.

Concluyo con un pensamiento de Roberto Belarmino.

Dios, señores, dió á Abraham Agar y Sara; Agar como sierva y Sara como esposa. Mientras Agar y Sara se mantuvieron entre sí unidas y

concordes, Abraham se consideró feliz, procediendo sus cosas maravillosamente. Empero cuando Agar se levantó y quiso dominar á Sara, Abraham se halló embarazado de angustiosa manera y dijo: ¿Qué significa esta batahola y este fastidio á mi alrededor? ¿Quién me quitó la paz?» Y lanzó á la sierva de su casa.

De un modo semejante dió al hombre Dios la razon y la fé: la una como esclava y la otra como reina. Mientras la razon y la fé marchan unidas bien, la paz está en los corazones y en las familias de los hombres; mas ¿qué hacer cuando la razon quiere dominar y poner el pie en el cuello de la fé? ¿Cuándo por esto el mundo mete ruido y brama?

Imitad al Patriarca de los Caldeos; reprimid á la sierva Agar, es decir, á la razon soberbia é incrédula: echad de vuestra casa sus locos hervores. Dad el triunfo á la fé, vuestra esposa.

CONFERENCIA II.

SI LA FILOSOFÍA ES LA ÚNICA Ó SUPREMA MAESTRA

DE LA CUAL SE DEBE APRENDER LA VERDAD.

Sólo hay una cosa en el mundo, que tiene sobre las demás el primado inefablemente; una cosa, más antigua que todas, por ser coetánea de Dios, pero entretanto, siempre joven como Dios mismo, y que no envejece nunca; una cosa que, faltando al hombre, lo hace un enigma y lo extingue; en cambio si lo visita y demora en él, lo explica, lo sublima y lo salva: hablo de la verdad.

A la verdad levantamos, pues, nuestro cántico, saludando al propio tiempo con nuestros aplausos á quien nos la proporciona: en ella está el don de la vida. Plutarco y Epicteto escribían las siguientes palabras ilustres, que repetimos como cosa nuestra: «Triptolemo halló el trigo, con el que se alimentaron los hombres en lugar de las bellotas, habiendo recibido el honor de altares y estatuas; ¿qué bendiciones se decretarán para el sabio que halla la verdad y tiene corazón para promulgarla?»

Sólo que, tratando nosotros de los problemas filosóficos, debo inmediatamente pararme aquí, donde se halla el problema máximo, llave y resolución de todos los demás. Hé aquí el problema: ¿es firmemente la filosofía para el hombre la única y suprema maestra, de la cual aprenderse deba toda la verdad?

Si es maestra de tal género; si es la maestra única de que deba sacarse la verdad, precisa que se realice sobre la tierra un extraordinario trastorno de cosas, una suma cancelación de hechos. Es preciso

cerrar el mundo de los Hebreos, los cuales como fuente primera de verdad tenían las revelaciones divinas hechas á sus patriarcas y á sus profetas: es preciso cerrar el mundo del gentilismo, el cual ante todo buscaba la verdad en los oráculos de los dioses, y no en las escuelas filosóficas; es preciso cerrar el mundo moderno, para el que la principal irradiación de la verdad procede de las manifestaciones evangélicas; es preciso en este mundo moderno decir á los protestantes: «Quemad la Biblia, por ser un tejido de fábulas,» y á los católicos: «No deis oídos al Papa, por ser un necio fantasma de ignoro qué divino regenerador.» Haciéndolo así, al cerrar los tres mundos que compendian la humanidad, es preciso recoger la voz desolada y errante por los siglos de algunos discípulos y de algunos ateos, los cuales se reían de Dios, de la religión y de la eternidad, como se ríen aún en nuestros días pocos discípulos y pocos ateos: preciso es decirles, golpeándonos el pecho: «Fuimos dementes; vosotros, que otra maestra no queréis á fin de aprender la verdad universal, fuera de la razón humana, ó de la filosofía, sois los inteligentes, los avisados y los sapientísimos. Renegamos del género humano para ser ateos y racionalistas con vosotros.»

Mas, señores, si cuesta demasiado al alma y á nuestra misma razón hacer esto; si no es tolerable para nosotros cerrar los tres mundos habitados por nosotros y por nuestros padres; si no se debe pensar que los individuos y los pueblos erraron reconociendo en Dios al primer preceptor de la verdad, una terrible duda se apodera de nosotros, gritando así al espíritu: ¿No sería más bien falso, ó mejor no es falso evidentemente que la filosofía sea la única ó la suprema profesora, para elevarnos á la posesión de toda la verdad? Si es conveniente admitir esto, ¿no es un sacrilegio despreciar á Dios y su palabra, desgarrando el Evangelio á fin de atender solamente los dictámenes filosóficos? ¿No es un escándalo acusar á la Iglesia de mentecata? ¿No es un vituperio expeler al sacerdote, para oír sólo al que lo detesta?

En la pasada conferencia, donde principié á tratar los problemas filosóficos, noté ya que la filosofía principalmente hoy no es tal que nos haga descartar la revelación divina; pero aquellas palabras mías salieron á modo de discurso final, careciendo de directa demostración. Debo volver á dilucidar el asunto, que reconocemos es capital para nosotros, debiendo volver á él para confirmarlo nuevamente de un modo directo y absoluto. El Ajax de Homero pedía combatir á la luz esplendorosa del día; más afortunado que aquel héroe de Troya, veo traslucir el rayo de la victoria combatiendo con la faz descubierta.

Realmente si anhela el hombre la verdad universal por irresistible movimiento, y vive de ella, ¿de qué modo es necesario que se la mani-

fiesten y distribuyan en lo relativo á su propio sér? Tres condiciones se requieren: en primer lugar que le proporcionen la verdad de una manera pronta y clara, á fin de que no se fatigue demasiado; en segundo lugar que la proporcionen de un modo cierto, á fin de que no nos engañe; en tercer lugar que se la proporcionen de un modo acreditado ó estimable, á fin de que, buscándola, en el propio espíritu anticipadamente no se pierda.

Ahora bien. La filosofía, que nos dan como la única suprema maestra de la verdad, y que debería poseer dichas tres condiciones, no las tiene por varios conceptos. Obsérvola yo en su lenguaje, en sus medios de indagación y en su historia: ¿acaso no conoceis también vosotros, señores míos, lo que consigne?

Resuelvo así el problema:

Es oscura en su lenguaje: no puede por consecuencia transmitir la verdad de una manera pronta y clara.

En sus medios de indagación fácilmente vacila y disputa: no puede, pues, transmitir en todas partes la verdad de un modo cierto.

En su historia está llena de contradicciones y de horribles sucesos: no puede, pues, transmitir la verdad de un modo acreditado ó estimable.

No hablamos solamente de algunas verdades, sino de la verdad universal, esto es, de aquella más alta y mayor suma de verdad, de la cual es capaz el hombre, siguiendo lo que sigue: El maestro de lenguaje difícil, de medios controvertidos relativamente á su valer en el arte, seguido además en esto de muchas sombras y de muchas calamidades en la historia, no debe ser el único para enseñar á la humana especie. Es un preceptor terreno que debe inclinarse al preceptor divino.

Necesito la verdad; mi tendencia es alegrarme por las sublimes y más nobles verdades; mi necesidad es tan prepotente, que preciso es proveer á ella sin circunlocuciones ni retardo.

Si me viese devorado por la sed, y me dirigiese á vosotros pidiéndome agua con el fin de no morir; vosotros, que podríais poner fin á mi tormento, ¿no seríais bárbaros si por el contrario me detuviérais no poco con preguntas, conversaciones y extraños razonamientos? Si el hambre me apremiase, necesitando un pedazo de pan, ¿tendríais vosotros corazón para entretenerme mucho tiempo á vuestra puerta con promesas únicamente, lejos de poner incontinentí manos á la obra y darme alimento?

Pues bien, señores; yo tengo hambre y sed en el órden espiritual; yo, pobre hijo de los hombres, ansío conocer mi origen, y cómo vine

al mundo; ansío conocer mis derechos, mis deberes, mis relaciones, cuanto concierne á mí en la familia y en la sociedad civil, así como el suplicio ó el premio que me puede tocar; ansío ver el por qué de la vida, mi cometido, mi fin, el tiempo presente y el futuro; en suma, ansío tener toda la reunion aquélla de altas verdades precisas para que á ser llegue feliz. ¡Ved la terrible hambre y sed que me consume! ¡Ah! Si alguno puede iluminarme sobre todo esto, instruirme y salvarme, ¿no deberá darme con mano solícita la limosna de la verdad?

Sentíase con una poderosa naturaleza Lessing al hacer esta sublime hipótesis: «Si el Omnipotente, teniendo la verdad en una mano y la indagacion de la verdad en la otra, me dijera: Escoge, yo contestaría: Omnipotente, guarda para tí la verdad, y déjame su indagacion, que me será más útil.» Buena es la indagacion: aguza el espíritu en el trabajo, hiriendo la pereza; mas Lessing á lo ménos tenía un ingenio vivo y era docto: yo soy de muy distinta manera. Soy ignorante, y carezco de los necesarios subsidios para conducir á término mis indagaciones. Sin embargo, aunque me faltan los subsidios necesarios para las indagaciones, y aunque ignorante, yo, cual el filósofo tudesco, necesito la verdad. ¿A qué fin deberé, pues, penar mucho tiempo para descubrirla y poseerla? ¿Deberé vivir sin ella? Infeliz ya soy, y sería un hombre desesperado.

Cerebro de loco tiene Proudhon en demasiadas cosas; pero me parece que deliró por completo, cuando hizo salir de su pluma lo siguiente: «El pueblo que hasta hoy sólo ha trabajado y rezado, debe trabajar y filosofar. Trabajar y filosofar.» Prescindamos de que desde su infancia sabe orar el pueblo, lo que no sucede con respecto á la filosofía, como también de que saca de la oracion consuelos prontos y suavísimos: para filosofar no tiene facilidad, ni tiempo. Soy un artesano: ¿cómo puedo unir la filosofía yo al manejo de la rueda ó al uso de la lima? Soy un mozo de cordel: ¿cómo puedo alzar la mente á la metafísica? Soy un navegante, un grumete cuyo teatro son las velas: ¿cómo puedo departir con Descartes y Malebranche? Hombre del pueblo, con todo, cual los ricos burgueses y los aristócratas espléndidos, apetezco la verdad, de que tengo una precision indomable. ¿Quereis que viva sin el alma, ó que yo envejezca antes de que llegue á poseer cuanto necesito?

En breves palabras, señores; es preciso que se suministre al hombre de una manera pronta y fácil la verdad, celeste comida de los espíritus.

El Padre Joaquín Ventura dictó estas frases sabias: «Hablar bien y escribir bien es sólo privilegio de un reducido número de mortales;

mas es deber de todos vivir bien. ¿De qué modo pueden vivir bien los que no conocen la verdad? El conocimiento de la verdad es por consecuencia el necesario patrimonio de todos. El hombre adulto lo mismo que el jóven, el hombre lo mismo que la mujer, el hombre muy elevado lo mismo que el del vulgo, todos tienen de ella una necesidad permanente, natural é irresistible. En su virtud, segun la misma naturaleza, el medio de conocer la verdad debe ser universal, ó comun al hombre de toda edad, sexo y condicion.»

Seguía escribiendo así el P. Ventura: «El hombre no viene al mundo á estudiar la verdad, sino á practicarla, y, practicándola, hacerse feliz en esta vida y en la otra. No hay dos vidas que vivir en la presente tierra, de modo que pueda practicar en la segunda de tales vidas lo que aprendió en la primera. Debe hacer ambas cosas en una existencia sola, muy breve por añadidura, llena de tropiezos y de cuidados. Tiene, pues, precision de conocer muy pronto la verdad que le muestra su origen, su naturaleza, su fin y sus deberes. Necesita encontrarla en la cuna, recibéndola en sus brazos; necesita tenerla siempre á su lado, á su vista y entre las manos, á fin de trasformarla en maestra de la vida y consejera de todas sus acciones. Tal conocimiento hasta debe preceder al uso expedito de su razon, porque algo entra en la formacion de la razon; debe preceder al uso de la libertad, por ser la regla de la libertad. Es la regla de lo que debe creer y de lo que debe amar; la regla de su mente y de su corazon; de su intelecto y de su voluntad. Si no tuviese, pues, pronto desde el primer instante de su venida tal conocimiento, y si pudiese conseguirlo nada más despues de muchos años de estudios ó desvelos, veríase obligado á consumir la mayor parte de su vida y áun la vida entera, sin poseer una regla para conducirse. Es menester concluir lo más pronto posible el tirocinio de la verdad (1).»

Presupuesta tal admonicion, tan grave é indeclinable del todo, dilucidemos nuestro tema.

En la cabeza de muchos entró ahora el pensamiento de que, para conocer y adquirir las más altas y precisas verdades, bástale al hombre emplear sus fuerzas naturales (las de la razon y de la ciencia) prescindiendo de las fuerzas sobrenaturales ó religiosas, sean las que sean. En su virtud, no bien oyen hablar de Dios, de revelacion divina, de Iglesia católica, encógense de hombros, y os responden apelando á una denegacion terminante: ¿A qué fin recurrir á cosas que fuera están de nosotros? Bástase á sí mismo el hombre, haciéndose filósofo: en la flo-

(1) P. J. Ventura. *Curso de filosofia cristiana*, parte cuarta, cap. I, pár. 23.

sosía tendrá la única ó suprema maestra, para obtener la verdad. Y nosotros decimos: Admitase tal hipótesis en buen hora: si la filosofía es la única ó suprema maestra, de la que se debe aprender la verdad universal, es forzoso que se proporcione esta al hombre de una manera pronta y fácil, á fin de que, hallándose sin ella el alma humana, no muera. Ahora bien; ¿qué sucede, señores? ¿Proporciona realmente al hombre la filosofía la verdad de la manera debida? ¿Le da pronta y fácilmente toda la suma de conocimientos que le ilustran y le salvan?

De ningún modo; observo el lenguaje propio de la filosofía: es un lenguaje oscuro extrañamente, por lo cual le falta la manera pronta y fácil para distribuir la verdad.

Realmente, llamemos á un filósofo, y pongámoslo ante las muchedumbres civilizadas: vereis si su lenguaje puede conducir al fin deseado. No tratamos, señores, de cosas viejas. Conoci en la juventud un hombre muy extraordinario, filósofo que metía mucho ruido, á quien llamaban el «Platón italiano.» Tenía ingenio, saber y elocuencia para superar á sus muchos ó pocos émulos: daba vueltas hablando en público por las regiones de nuestra patria: procedía de Roma, y también peroraba desde un balcon de un palacio al pueblo genovés. Mas, señores, cuando hablaba Vicente Gioberti al pueblo, tenía la discrecion de prescindir del lenguaje filosófico, y de no hablar nada de filosofía. Así en medio de los genoveses manifestaba que había venido recientemente de Roma, donde había visto aquel Pontífice milagroso llamado Pío IX: decía que suma necesidad tenían los italianos de concordia y unión; anunciaba que sentía la mejor de las democracias y de las repúblicas el reinado de Carlos Alberto. Más añadía sobre nuestras grandezas «ligústicas,» como también relativamente al gran vehículo del Mediterráneo, del comercio y de la industria. El pueblo aplaudía su facundia; mas era la facundia del Abad trasformado en tribuno político; no la del Abad filósofo. Suponed que, al arengar al pueblo, hubiera empleado frases filosóficas; suponed que filosóficamente hubiera querido amaestrar al vulgo sobre los principios supremos que rigen la vida humana: ¿creeis que los aplausos y los elogios hubieran igualmente festejado su nombre?

Yo que conozco bastante á fondo los escritos de Gioberti, quiero intentar hacer cuanto él omitió; quiero con sus palabras hablar filosóficamente al pueblo. Abro sus volúmenes precisamente donde habla de los supremos principios de la vida: la *Protologia*. Ahora fijaos en mí. Vosotros para ser ilustrados y conseguir la salvacion, necesitais las más altas verdades; cual filósofo os las anuncio.—La fórmula ideal es el principio *protológico*.—Ante todo se necesita la *topotesia*; por consiguiente no planteais bien las cuestiones.—Las ideas están coordina-

das en el *Logo*, lo mismo que los cuerpos en el espacio cósmico.—La *protología* tiene dos *propedéuticas*; la negativa y la positiva.—La filosofía no debe ser una parálitica como el Purua de Capila.—El absoluto separado del relativo es la esencia ó *quididad* real de las cosas.—La aproximacion es doble; la de la *mimesis* hacia la *metesis*; otra de la *mimesis* y de la *metesis* hácia la idea.—La *logología* no es el Verbo, sino la imágen del Verbo; el verdadero Verbo de la mente.—Debe *polarizarse* la unidad finita en virtud de sus confines tendiendo al infinito; debe intentar destruir sus propios límites; esta tendencia es la dualidad y *polaridad*. La *infinitacion* del *cronotopo* es el pasaje infinito del discreto al continuo. La *infinitacion* del pensamiento es la aceleracion, la contracción, la intensidad de la reflexion infinitamente acercándose á la intuicion actual é infinita, esto es, al pensamiento divino y absoluto.—El discurso no camina varío sin *antiesquema* y *steresis*. El *antiesquema* absoluto fué el caos genesiaco: el *esquesmatismo* absoluto será el *cosmopalingeniaco*. La explicacion dinámica se hace en lo discreto del tiempo y del espacio. El discreto corta, desmenuza, limita la *poligonia* de la *mónada* dinámica, y nos enseña sólo un aspecto cada vez...»

Aquí, donde sólo saco dos ó tres granitos de un fárrago, cierro el libro y pregunto: ¿Entiende nada, señores, el pueblo de cuanto digo? Hablé, sin embargo, de las cosas que más pertenecen á la filosofía; hablé del pensamiento, de las leyes del discurso, de Dios, de la creacion, del mundo, del alma humana, de lo finito y de lo infinito, hasta de la resurreccion y de la vida futura. Sin embargo, las declaraciones mías, á pesar de referirse á los principios comunes, vinieron á ser más recónditas que lo eran en otro tiempo las respuestas sibilinas del oráculo, encerradas en las hojas, y echadas al viento del bosque. Ciertamente la filosofía no está obligada continuamente á emplear un estilo tan abstruso; mas es certísimo, por otra parte, que tiene derecho á emplearlo; certísimo que tal es precisamente la costumbre de muchos filósofos, que tambien hirvió en la cabeza efectivamente de nuestro varon celeberrimo. En su virtud, y no pudiendo los hombres necesitados de la verdad conseguir que varíen los filósofos del magno eloquio, ¿qué sucede? Pasa lo que dije: la verdad debe ser distribuida de una manera pronta y fácil; pero la filosofía no tiene la costumbre de distribuirla de tal suerte, por ser oscuro su lenguaje de una manera extraña. No es por consiguiente para el hombre la única ó la suprema maestra de la verdad universal.

Por si queda alguna duda, me apresuro yo á desvanecerla. Hagamos una observacion comun. ¿Debe haber cosa más clara ni más brillante, para quien se dispone al estudio de una ciencia, que la definicion misma

de tal ciencia? No. Bien: ¿qué es la filosofía? Hemos ya dado nuestra definición; ahora observemos lo que dicen los escritores. Para Platon y Aristóteles, la filosofía es «la ciencia del absoluto, del infinito, ó del ser en sí.» Para Ciceron, es «la ciencia de las divinas, de las humanas cosas y de las causas, en las que todas están contenidas.» Para Einuccio, es «el conocimiento de la verdad y del bien derivado de la recta razon.» Para Wolfio, es «la ciencia de los posibles en cuanto pueden ser;» para su maestro Leibnitz, es «la ciencia de las razones suficientes.» Para Locke, es «la ciencia de las cosas consideradas en sí mismas.» Para Hobbes, es «el conocimiento de los fenómenos mediante las causas conocidas, ó por medio de su generacion, ó viceversa.» Para Reid, es «la ciencia de los principios que sirven para dar vínculo á las cosas.» Para Stewart, es «la ciencia del sér humano.» Para D'Alembert, es «la ciencia de Dios, del hombre y de la naturaleza.» Para De Gerando, es «la ciencia de las facultades humanas.» Para Cousin, es «la ciencia del yo y de sus relaciones.» Para Doney, es «el conocimiento de los séres y de sus conexiones por medio del raciocinio.» Para Damiron, es «la significacion del humano pensamiento.» Para Kant, es «la ciencia necesaria de las leyes y de las causas de la actividad primitiva, como tambien de la espontaneidad de la razon.» Para Romagnosi, es «la ciencia del ser y de obrar las cosas por medio de sus causas asignables.» Para Tedeschi, es «la ciencia del espíritu humano.» Para Galluppi, es «la ciencia del humano pensamiento.» Para Rósmini, es «la ciencia de las razones últimas, la explicacion sucesiva de la primera noticia ideal.» No queriendo omitir aquí á Gioberti, para él la filosofía tiene muchas y varias definiciones: es «el estudio del absoluto y del relativo, es la ciencia del pensamiento humano, es la ciencia de las ciencias, es la enciclopedia razonada,» y más cosas, sí así os place. Esto baste: no alarguemos demasíadamente un trabajo que viene á ser casi de simple nomenclatura.

Este no es el sitio, en que deba poner de realce las contradicciones de los filósofos al determinar su propia ciencia: no quiero advertir si, al usar diversas formas de locucion, yerran algunas veces en la idea, y en el objeto mismo de la filosofía: mi cometido es mucho más fácil. Yo digo: empleando como lo hacen palabras tan diversas y aún tan intrincadas al definir su propia ciencia, ¿no engendran acaso en las mentes oscuridad profunda, confusion y enmarañamiento? ¿Cómo quereis que los pobres mortales necesitados de la verdad os entiendan, si vosotros que sois los maestros, os despepitais tanto y reñis al tratar de la definicion? La verdad debe ser distribuida pronta y fácilmente á los hombres; vosotros, señores filósofos, os perdeis en conceptos, en sutilezas menta-

les y en peregrinas oscuridades para decirme solamente lo que sois. No; la filosofía no es la única ó suprema maestra, de la que aprenderse deba la verdad en sus inmensos puntos de vista.

¡Ved, señores, cuán poco experto soy! Debía notar una cosa y la he olvidado. Debía notar que para entender de una manera pronta y fácil la filosofía, como también sus vocablos, es preciso hacer de modo que precedan en el hombre los estudios necesarios: es preciso disponerse antes en las escuelas con el tirocinio de las ciencias súbditas para llegar á ser idóneo en la ciencia madre y soberana.

Quiere decir que antes debo ser literato para convertirme luego en filósofo: debo aprender gramática y retórica, dedicándome además á la lingüística: despues seré lógico, metafísico, ético. Mas vosotros, que me manifestais esto, ¿no escribís con el propio puño vuestra condenacion? Si á fin de aprender (supongámoslo) á los quince, ó diez y seis años la filosofía—suponiendo además que pueda yo aprenderla,—me toca disponerme primero y principiar desde niño los estudios; necesario es que permanezca mucho tiempo novicio en el vestíbulo de las ciencias racionales: novicio de Pitágoras, Descartes ó Kant. ¡Ciertamente dura ménos el noviciado de los Franciscanos ó de los Cartujos! Si, como se ha dicho, la filosofía es la única ó suprema maestra de la verdad, preciso es igualmente que me resigne yo en este gran intermedio de mi noviciado científico á seguir sin la verdad. ¿Os place? A mí no me place de ninguna manera, porque vivir sin la verdad equivale á vivir ignorante, vicioso é infeliz. A prueba tan cruel me veo yo sometido, y se me rebela el alma.

¡Oh, Dios mío! Cuando se habla de la verdad, de las primeras y más altas verdades que absolutamente importan al hombre, se apodera de mí la compasion al oír vituperar á Cristo, y escarnecer á la religion ó á la Iglesia. No; Jesucristo, que también me proporciona la verdad, y aún exclama: yo soy la verdad, *Ego sum veritas*, no me somete á pruebas tan difíciles. No me dice, para proporcionarme la verdad: ante todo estudia gramática y retórica, procurando conocer á fondo también la lingüística. No me dice: disponte quince ó diez y seis años, si ansías entenderme, sino que inmediatamente que me hallo con él, y á él me dirijo, me proporciona la luz de la verdad. ¿Soy viejo? Me basto para entenderle. ¿Soy niño? Lo entiendo mejor aún. ¿Soy el ignorantísimo de los vivientes? Se dirige á los ignorantes, á los míseros y á los pobres de espíritu, á fin de hacer con estos andrajosos el reino de la Buena Nueva. Ciertamente así que sea secuaz de Cristo no poseeré incontinenti las sutilezas de las concepciones ideales, ni las hermosuras de las explicaciones filosóficas, que hacen arquear las cejas de los profanos: mas

si actualmente no poseo las verdades que reclaman *consecuencias* por obtenerlas el raciocinio humano, poseo cuantas verdades son llamadas *principios*. Tengo las verdades primitivas é inmediatas que sirven de fundamento á las otras, y todos los conocimientos que se requieren para mi gozo; el conocimiento de mi origen, el conocimiento de mi sér personal, el conocimiento del Creador de las cosas, el conocimiento de mis deberes, el conocimiento de la sociedad humana en que vivo, el conocimiento de mi fin último. Como cristiano lo consigo, siendo suficiente. Cuando me quiera distinguir entre los filósofos, franqueada está magníficamente la puerta.

Sin fatigaros, seguidme un poco más aún: el asunto del lenguaje, que parece cuestion de mera forma, lo es para mí de sustancia, y da nervio al discurso: he probado ya la oscuridad del lenguaje filosófico y lo pruebo todavía confirmándolo nuevamente para desengaño de todos.

Escribió Sócrates una excelente frase, la cual, caída en manos de los retóricos latinos, equivale á esta: *Loquere, ut te videam*: habla, con el fin de que te vea. En efecto, si el estilo es el hombre y el lenguaje la imágen viva del alma, para conocer á otros, nada mejor que hacerlos hablar. Ahora bien; á fin de conocer del todo si la filosofía es la única y suprema maestra de la verdad, procuremos que hablen una vez más los filósofos: *Loquere, ut te videam*.

Habla el filósofo, y si considerais bien su palabra, vereis claramente que sólo sabe hablar por sistema. El sistema es su genio familiar; el sistema es su pasión; el sistema es su fiebre, y el sistema es la divisa que lo distingue: de tal manera está empeñado en él que, antes de abandonar su sistema, preferiría no ser filósofo. Empero, ¿qué cosa es, señores, hablar por sistema? Es hablar con artificio. Sin duda el sistema, considerado en su propia etimología griega, significa «estar juntos;» en su virtud, es científicamente la union ó agregacion de varias proposiciones verdaderas ó falsas, sobre las cuales se arraiga una doctrina. Empero á fin de que las proposiciones se junten, se unan y compongan un sistema, se necesita el ingenio del hombre, porque las proposiciones no son de ninguna manera cual los átomos de Demócrito, los cuales, sin intervencion del hombre, y sin tener Dios siquiera en ello parte, se reúnen y forman el universo; no son siquiera como aquellos animalitos que Hartsoeker veía agruparse por sí mismos en las enfermedades epidémicas, y morder la carne del hombre, como lo hacen las víboras. Todo lo contrario: para que formen un sistema, preciso es que halles las proposiciones y las juntas: por consecuencia, el ingenio humano entonces obra eminentemente. Aquí el artificio parécenos muy evidente. Es preciso intentar una fabricacion ideal y científica; tú, pobre

arquitecto, ¿de qué modo levantarás el abstruso edificio? Acudiendo con todas tus fuerzas íntimas y exteriores, poniéndote á meditar, su- dando y gastando de mil modos el cerebro. El intelecto es facultad del todo cognoscitiva, y la fantasía es facultad más bien iuventora; por lo tanto, tratándose de una invencion, la mayor parte del trabajo será fantástico; ya Cuvier notaba sabiamente que la mayoría de los sistemas filosóficos eran parto de la imaginacion. Por esto tu sistema elaborado á ser venia fácilmente un engaño y un error, más que una cosa seria; la fantasía, que tan bella es cuando corre naturalmente, y que tanto esplendor manifiesta en los escritos de los poetas, encerrada, por decirlo así, en las envolturas de la ciencia, donde se violenta, se retuerce y se oscurece, producirá tinieblas. Divulgarás tu sistema, y los hombres harán calendarios, preguntándose unos á otros: ¿Qué dice?

Me habla Descartes de vorágines: me pide que le dé movimiento y materia: él con el juego de sus vorágines procurará constituir el universo. Mas yo respondo á Descartes: «No se puede pensar en tu creacion anhelada; habla más claro porque no te comprendo.» Leibnitz me habla de ciertas mónadas suyas, con las cuales no pretende crear el universo, sino explicármelo en su formacion. Empero yo respondo á Leibnitz: «No conozco estas mónadas: habla más claro, porque no te comprendo.» Gassendi me habla de algunos átomos torcidos, con los cuales se pone á describirme la bajada de los cuerpos hácia el centro de la tierra. Empero respondo á Gassendi: «Nada sé yo de los átomos torcidos, ni los veo; habla más claramente, porque no te comprendo.» Bonnet me habla de ciertas fibras del cerebro, vírgenes unas y otras no, con las que procura mostrar en qué difiere la reminiscencia de la simple percepcion. Respondo yo á Bonnet: «Caro filósofo; verás en el cerebro estas fibras tuyas vírgenes ó no vírgenes; mas yo no: habla más claro, porque no lo comprendo. Malebranche, en el propio libro que titula «Indagaciones de la verdad,» me habla largamente de ciertos espíritus animales por cuyo ministerio se realizan, á su modo de ver, tantas cosas en su cerebro. Mas yo á Malebranche respondo, cual respondí á los anteriores: «Habla más claro, porque no te comprendo.»

¡Bendito sea Jesús, que para instruirme no tiene sistemas ideales, ó mejor, fantásticos! Él, si quereis, tiene asimismo su modo; un trabajo suyo de locucion para enseñar la verdad: no tiene sistemas, sino parábolas. La parábola, que participa de realidad al mismo tiempo y de alegoría, es un discurso de claridad exquisita: muestra ingenio en quien la emplea perfectamente; mas no fuerza demasiado el ingenio á comprender en quien escucha. Pues bien; Cristo habla frecuentemente

con parábolas: *Aperiam in parabolis os meum* (1), y los hijos de los hombres fácilmente alcanzan su sentido.

Habla del sembrador, que muy de madrugada puso manos á la obra; empero al esparcir los granos algunos cayeron cerca del camino, y vinieron las aves del cielo y se los comieron; otros cayeron en pedregales, donde habia poca tierra, y, nacido el sol, se quemaron porque casi no tenían raices; solamente algunos cayeron en buena tierra y fructificaron. Los hijos de los hombres entienden la historia de la palabra de Dios, que devoran nuestras insensatas disipaciones, que son las aves del aire; que esterilizan nuestros afectos mundanos, que son las piedras de tropiezo; que cubren además ó extinguen nuestras pasiones contenciosas, que son las espinas. ¡Feliz quien se ve libre de tales males! En su corazon está la tierra buena, y la palabra de Dios produce fruto maravilloso.

Habla Cristo del reino de los cielos, afirmando que se parece á un mercader, que busca perlas finas; en hallando una de gran precio, vende cuanto es suyo, y la compra. Entienden los hijos de los hombres que, para conseguir el premio celestial, deben tener á Dios sobre todos sus pensamientos y despojarse de cuanto es inútil ó dañoso, para sólo atender á lo que supremamente sobresale.

Habla Cristo de las diez vírgenes, que van al encuentro del esposo y de la esposa. Cinco vírgenes son necias; habiendo cogido sus lámparas, no llevaron aceite: las otras cinco son prudentes, porque, á una con las lámparas, llevaron aceite en sus vasijas. Ahora bien. Llegada la media noche, se oyó decir: «Hé aquí que llega el esposo.» Las vírgenes necias buscan aceite para tener encendidas sus lámparas, y no teniéndolo, lo van á comprar: el Esposo llega, y ciérrales la puerta. Retornan las necias con el aceite y llaman á la puerta, diciendo: «Señor, Señor, ábrenos.» Mas El responde: «En verdad os digo que no sé quién sois.» Entienden los hijos de los hombres que preciso es vigilar en todo tiempo aguardando la hora del Esposo: el activo y circunspecto, es introducido á las bodas; el ignaro, dormilon y perezoso, queda fuera del eterno convite.

Habla Cristo del hijo pródigo. Aquel hijo suyo muy bien estaba en casa de su padre. Le pide la parte de la herencia que le corresponde, y se va. Se va el infeliz; gasta, derrocha, se divierte, toca y baila, quedando reducido al extremo de la miseria. Cuando se siente morir de hambre, y come las bellotas destinadas á los animales, piensa en la casa que abandonó y en su buen padre. «¡Oh, dice! ¡Cuántos criados y trabaja-

(1) San Mateo, cap. XIII, v. 35.

dores están mejor que yo en la casa de mi padre!» Se levanta y en busca va de su padre. Este lo descubre desde lejos, le abraza, le besa, y recibéndolo nuevamente, celebra con muchos amigos fiesta grande. Entienden los hijos de los hombres que cuantos de Dios se apartan se arruinan espiritualmente, viniendo á ser como bestias; pero que halla sin cesar misericordia el corazón santamente arrepentido. El mayor gozo para Jesús es perdonar y recibir á los pecadores.

Los sistemas de los filósofos y las parábolas de Cristo presentan una oposición elocuente. Sacad vosotros la deseada lección.

Loquere, ut te videam, escribió el preceptor griego; yo en la palabra de Cristo ví á Cristo, reconociéndolo: es el maestro de la verdad. Hablan también los filósofos: hablan demasiado, más seguramente que Cristo; mas no los entiendo ni los conozco: buscan la verdad y no la encuentran.

Alrededor de Jesucristo, que anuncia con parábolas su doctrina, se juntan las humanas generaciones, recibiendo los tesoros de la verdad, y nadie fatiga su entendimiento para tener lucidamente su significación. Alrededor de los filósofos, que proceden por medio de sistemas, caminan trabajosamente algunos pocos, mientras la humanidad sigue aparte, ó murmura contra ellos.

Decía Platon: «El pueblo nunca será filósofo; por el contrario, murmurará y despreciará siempre á los que se dan á filosofar (1).» Afirmaba Marco Tulio lo propio con otras palabras: «La filosofía es sospechosa y odiable para la multitud, de manera que, si alguno la quisiera vituperar alguna vez, hacerlo podría con los aplausos del pueblo (2).» En cuanto á las partes de verdad que se reflejan en el orden religioso, Varron advertía que ya en sus tiempos «el pueblo estaba más inclinado en las materias religiosas á creer las fábulas de los poetas, que á seguir la doctrina de los filósofos (3).» Los filósofos no tienen al pueblo de su parte, ni tienen á la humanidad, por cuanto la humanidad y el pueblo especialmente no alcanzan, ó comprenden á duras penas lo que sale de la boca de los indicados, caudillos de la ciencia humana.

Volvamos á nuestro principio.

Los que rechazan la divina revelación, nos dan la filosofía como única ó suprema maestra, de la que preciso es aprender toda la verdad. Mas supuesto que la filosofía (según declaramos nosotros) tenga tal importancia, necesario es, señores, que principie por cumplir el pacto de

(1) Platon. *De las leyes*, lib. VI.

(2) Ciceron. *Tuscul. Quaest.*, lib. I, cap. 1; lib. V. cap. 2.

(3) Varron según S. Agustin, *De Civitate Dei*, lib. VI.

proporcionar las verdades al hombre de una manera pronta y fácil, á fin de que no sucumba el hombre mismo hallándose lejos de ella. ¿Qué vemos ahora en el mundo? ¿Qué pasa en las escuelas de los filósofos? ¿Trasmiten la verdad segun las condiciones requeridas?

No, y nuestro problema recibe la primera solucion.

La filosofía es oscura en su lenguaje; no puede por tanto, como debería ser, si fuese la única y suprema maestra de la verdad, transmitir la verdad universal de una manera pronta y fácil.

Profiero nuevamente mi grito; lo repito con ímpetu y con pasion, por cuanto es en mí el grito dominador del alma: necesito la verdad, y de tal manera la necesito, que me debe ser dada no sólo con prontitud y facilidad, sino tambien con certidumbre.

¿No tengo razon? Si es la verdad la luz de mis pupilas, el alimento de mi espíritu y el hálito de mi boca, no me puede quedar duda en punto á si la iré á encontrar yo en lo que más me interesa con el fin de conseguirla. Abiertamente muchas cosas hay, en las cuales indago la verdad y no sé hallarla. Me resuelvo al estudio de los más altos teoremas geométricos; quiero ir hasta el cálculo infinitesimal: ¿llegaré á ser un geómetra excelente, coronado por éxito feliz? Lo ignoro. Soy un caballero andante de la Edad Media: ¿lograré una benigna estrella que me sonría, por decirlo así, sobre la frente, de modo que pueda yo victoriosamente caminar en la palestra? Lo ignoro. Siento en mí el genio de Cristóbal Colon, y echo mi barca en el mar: ¿encontraré las riberas desconocidas? Lo ignoro. Sin duda me pesa tal ignorancia mía, tal situacion de incertidumbre y de duda; sin embargo, no tratándose de cosas necesarias á la vida, ni de esta misma, me dejan vivir; y yo, segun os dije, puedo aún en la incertidumbre hacerme geómetra, caballero andante y navegador.

No me sucede lo mismo si de la verdad en general se razona, y si principalmente se habla de las primeras verdades, que deben marcar-me la norma del pensar, del creer y del obrar. Dejar olvidada la verdad en esta parte, y no curarme de conseguirla con certidumbre, es cosa que me oprime completamente: me hallo yo como se halla un hombre perdido. La Mennais, antes de adorar el nuevo dios del pueblo, cuando volaba por las sublimes regiones del pensamiento, tendía desde allí una mirada de indecible ira sobre la época que le había visto nacer, pronunciando en su faz una sentencia que ningun tribunal del mundo intentó reformar todavía. Escribió lo siguiente: «El siglo más enfermo no es el que se apasiona del error, sino el que prescinde de la verdad,

ó la toma como cosa de juego. Cuando el frio ha llegado al corazon y el pulso ha dejado de latir, sólo puede aguardarse una próxima é inevitable disolucion (1).» Pues bien, señores; ¡yo que aborrezco esta disolucion, y que no quiero ser el siglo moribundo, pienso en todo ménos en omitir ó creer cosa de juego la verdad! Pido, por el contrario, que me proporcionen con certidumbre la verdad, por la que vivo.

Dirijámonos á la filosofía.

Hablando de ella, fijádonos en su lenguaje, hasta el presente la oimos hablar. Ahora bien; esto no es bastante para nosotros, porque parecia siempre que nos parábamos en la lengua, cuando nos han abierto el camino para que nos introduzcamos en su cabeza. Hemos dado por supuesto que la filosofía enseña la verdad, y á lo ménos no nos place promover cuestion acerca del particular. Preciso es suscitar la terrible cuestion en el sitio presente. ¿Puede la filosofía proporcionarme en todo la verdad con certidumbre? (No olvidéis que disputamos sobre la filosofía con quien la juzga omnipotente, y entretanto se fatiga por conservarla incrédula): ¿es, por consecuencia, relativamente á la verdad, la única y suprema maestra en el mundo, de guisa que la palabra de Dios y la doctrina de la Iglesia católica puedan ser dejadas como inútiles y despreciables? Para contestar á esta pregunta, examino la filosofía en sus medios de indagacion, y resulta lo contrario. En tales medios es vacilante y se ve oprimida por fiera oposicion: no me puede, pues, de continuo y en todo asunto trasmitir la verdad de un modo cierto.

El medio, señores, el medio soberano que la filosofía posee para inquirir la verdad, es el intelecto del hombre. Aquellos escritores que disertan sobre la filosofía, queriéndola separada por completo de la Religion, son los primeros que convienen en esto: aunque le dan más medios ó instrumentos para inquirir la verdad, absolutamente colocan el primero aquí, donde colocamos nosotros el intelecto. Es sin duda este el ojo contemplador de la filosofía, su faro, su nervio, su ala, su caballero: si para todas las demás ciencias el intelecto es el punto de que parte la virtud del edificio científico, para la filosofía no es sólo el punto fundamental, y la virtud motriz del edificio racional, sino también su parte más alta, ó su cúspide. Afirmamos por consiguiente con exactitud que primer indagador de la verdad es el intelecto humano.

Sólo que, para poder inquirir y obtener la verdad como fruto de la indagacion, el intelecto no debe permanecer inmóvil, siendo preciso que obre y explique sus fuerzas. Nosotros, pues, para conocer

(1) F. R. La Mennais. *Essai sur l'indifférence*, tom. I. *Introduction*.

y seguir al intelecto, debemos pasar á lo abstracto que tiene ó á la inteligencia, así como considerar la accion por la cual se obtiene la inteligencia, que es el razonamiento, de modo que al tener, por decirlo así, en la mano la naturaleza y los efectos del razonamiento, podremos resolver si el intelecto del hombre es ó no capaz de inquirir bien la verdad y conseguirla.

Ahora bien; el razonamiento es sólo un complejo de ideas, como las ideas en el razonamiento son un complejo de juicios y de proposiciones. El razonamiento es la síntesis ó el análisis lógico, como la síntesis y el análisis son, digámoslo así, el razonamiento químico: á la manera que no se pueden hacer la síntesis y el análisis sino con elementos ó sobre cuerpos reales, no es dado componer ó dividir las proposiciones y formar un razonamiento sino con ideas y sobre objetos conocidos. Aquí surge inmediatamente la observacion. ¿Cómo están en el intelecto estas ideas, por las cuales el razonamiento existe? ¿Están, por virtud propia, suscitadas únicamente por la fuerza del mismo intelecto, ó más bien llegan allí desde fuera? El químico reúne los elementos por la síntesis, ó los divide por el análisis; pero no los hace: ¿no se podría asegurar lo semejante del intelecto que razona, esto es, que reúne por la afirmacion, ó divide por la negacion las ideas, sin que de ningun modo las invente? Es una pregunta que suscita una cuestion inmensa.

Realmente las escuelas cuestionan.

Antiguos y modernos filósofos sostienen la doctrina de las ideas innatas. Para ellos el espíritu humano tiene la virtud interna de engendrarlas, disputando despues largamente sobre la condicion en que las engendra el humano espíritu: unos por ejemplo colocan las ideas, no en estado latente, sino brillante sobre el alma desde su primer momento de vida: otros por el contrario quieren que las ideas innatas estén dentro del alma en un estado oscuro, confuso, no «discernible,» como las primeras líneas de una estatua en el mármol bajo el buril del artífice. Dejando esta cuestion, relativa únicamente al modo, las ideas engendradas por la sola virtud del humano espíritu son admitidas filosóficamente: las admiten Platon, Descartes, Leibnitz, Malebranche, Rosmini y Gioberti, con una larga hilera de otros menores. Por consiguiente, ateniéndome á estos, parece que debe ser cierto que yo formo el razonamiento como por virtud propia é intrínseca, sirviéndome de él para inquirir y obtener la verdad.

¡Qué afirmé! Los filósofos nombrados, aún cuando ilustres y de gran fama, no contienen toda la filosofía: más aún, los hay que me dan lecciones contrarias. ¿Cómo pare la mente la idea? Me contestan: La

pare en cuanto es fecundada y sacudida por los sentidos. Ya para el antiguo Demócrito las ideas son imágenes ó idolillos sensibles, que se destacan de los cuerpos, entrando mediante los sentidos en el organismo humano, donde se transmiten al alma: para Locke son empíricos enteramente los conceptos del entendimiento; Destutt Tracy identifica el sentir con el pensar; llama Condillac á la idea «una sensación transformada:» Helvecio, La Mettrie y Saint Lambert caminan sobre tales huellas: hacen más aún Buffon, que mide los grados de la inteligencia en la edad madura por los movimientos de las manos de la primera infancia, y Cabanis, que coloca entre todos los sentidos al ojo para suministrar al alma las perfecciones más variadas, más vastas y más prontas. Por consiguiente para los tales consigo el conocimiento y la seguridad de modo que nazca en mí el razonamiento, y donde me permitan intentar inquirir la verdad.

¿Veis? Tengo ya dos certidumbres para llegar á ser poseedor de la verdad; mas estos dos modos de certidumbre son entre sí resueltamente opuestos, combatiéndose y renegándose, lo cual quiere decir que hasta el presente no tengo certidumbre alguna, quedando sumergido en la duda.

¡Afortunadamente una tercera escuela de filósofos se me pone delante, queriéndome quitar del pecho el angustioso dolor! Me gritan. ¿Quieres rectamente observar el origen de las ideas y conocer con cuál virtud, intrínseca ó extrínseca, se forma tu razonamiento? Oye: nosotros, verdaderos analíticos del pensamiento humano, hemos descubierto que las ideas nacen y se realizan por decirlo así de cualquier modo, simple y mixto. Despues de todo, si no quieres errar, atente á esta enseñanza: hay ideas producidas por los sentidos, hay otras producidas por el intelecto; hay otras que proceden del sentido y del intelecto juntamente.

Me place esta teoría, la cual promete sacarme de muchos embarazos: sin embargo ¿cómo puedo yo recibirla confiadamente? Me parece que hacer brotar así las ideas de los sentidos no pocas veces, como tambien del intelecto, implica contradicción: mejor sería si la germinación de las ideas se hubiese dejado al alma, atribuyéndose á los sentidos su desarrollo: ¡no sería tan áspera la cosa! ¡Empero los filósofos que anuncian esta última teoría, son colocados entre dos fuegos, ruidosos y vivos! Tienen allí los sostenedores de las ideas innatas que los desmienten, y tienen acá para reprocharles los predicadores de las ideas sensitivas. Es una cuestión por lo tanto y una disputa de filósofos, los cuales me hablan sobre las ideas, disputando entre sí mismos. ¡A quién debo seguir? ¿Cómo puedo lucidamente aprender de qué modo se forma el pensamiento y emana el razonamiento? Víctor Cousin me da el aviso en sus obras, afirmando que «el pensamiento es un río que no se remonta

con facilidad, por ser su fuente un misterio, como el del Nilo.» Languidecía Antonio Genovesi, que se proponía explicar el origen de las ideas: ponía las manos entre sus cabellos y se roía las uñas: parecía un loco, y no entraba en estado normal. ¡Ah! ¡No me condeneis señores á ser loco! Debo descubrir la verdad y hallarla firmemente, con certidumbre. ¡Imaginad si quiero yo ser loco!

Entretanto, así es preciso concluir: negado Dios, y negada la divina revelacion, para inquirir y hallar la verdad suma universal, réstame sólo recurrir al hombre. Ahora bien; el hombre posee sin duda el intelecto, elemento máximo de indagacion en el órden del conocimiento; mas ¿dónde y cómo adquiere las ideas el intelecto? ¿Qué virtud tiene para subir á tan alto sitio el razonamiento? Vivimos en la oscuridad y en la duda; aquí está lo incierto. Pues bien; donde tanto incierto hay relativamente al modo de inquirir y de obtener la verdad, ¿deberé aguardar que me comuniquen la verdad con certidumbre? ¿Debo por tanto reputar la filosofía única ó suprema maestra, de la que aprender deba la verdad? He sufrido fuerte reproche, y parece que lo he promovido yo con fundamento. Exclaman mis críticos. Aunque pueda ser incierto el modo con que nacen las ideas en el intelecto, es innegable que forman el razonamiento. Formándolo, se sirven de él para inquirir y obtener la verdad. ¿Por qué te obstinas tú considerando nada más el modo, con el cual engendrado es el conocimiento en nuestra mente? Deja estar el modo que podrá ser incierto y oscuro, segun quieres: toma el hecho positivo.

Un cometido grandioso asumen ciertamente los honorables críticos: el de poner pronto fin á las disputas; pero aún no están en la mitad del camino. Por mereed, no canten la victoria.

Yo les doy gusto; dejemos aparte la incertidumbre del modo, con el cual engendrado es el conocimiento; tomemos más bien el hecho, es decir, el conocimiento mismo que nace del razonamiento. Digan: ¿creen que nos hasta esto? En otra ocasion escribió Cousin: «El raciocinio es sólo un instrumento excelente para el error como para la verdad (1).» Vemos que se realiza esto constantemente. ¿Creen, pues, con sinceridad que el conocimiento que procede del raciocinio, es tal por sí que nos haga llamar inútil la divina revelacion, y tener en cambio á la filosofía por maestra absoluta de la verdad? ¿Nunca oyeron hablar de *verdad subjetiva* y de *verdad objetiva*? ¿No ponderaron lo que importa la una y la otra?

Expongamos un poco de doctrina relativamente á la verdad.

La verdad, considerada en su objeto, es lo que es, segun en las es-

(1) V. Cousin, *Argument au Théotéte*.

cuelas se define: *Est id quod est*; considerada por el contrario en el sujeto suyo, es la justa percepcion de la cosa hecha por el hombre; para emplear la frase de Santo Tomás, es la ecuacion entre el intelecto y la cosa: *Aequatio rei et intellectus*. Por esto la verdad objetiva es la manera con que las cosas son, y la verdad subjetiva es la manera con que las conciben los intelectos.

Supuesta esta sencilla distincion, dos inmensos campos se nos abren diversísimos entre sí.

Por una parte vemos que las cosas son, es decir, vemos que las cosas y los séres subsisten con una especial virtud, independientemente del hombre. Ciertamente se relaciona él con ellas, tiene deseos de lograrlas, parece que las toca y que las domina: con todo no consigue tocarlas y dominarlas de modo que las cambie en su sér, lo cual haría él absorbiéndolas. Tienen, por lo tanto, existencia y vida propia: es la verdad objetiva.

Más aún; ya que con los excelentes filósofos sin excepcion admitimos á Dios, manifestamente descubrimos en qué consiste la propia verdad objetiva. La verdad objetiva, en su fuente tomada, es Dios mismo, el cual es absolutamente el que es: *Qui est* (1). El intelecto divino (él solamente) se identifica con su principal objeto, que es la divina esencia, en virtud de la cual comprende por necesidad todas las verdades. Aquí, hablando de Dios, se realiza trasformada, pero impelida al mayor grado de su excelencia, la definicion que relativamente al hombre dado hemos de la verdad subjetiva: «la verdad es la ecuacion entre el conocimiento y el sér.» Dios irradia con su luz; está en ecuacion ó en armonía perenne con cuanto existe ó hace libremente: armonía interna es la divina esencia, y armonía extrínseca el universo. Así la verdad objetiva en esta armonía extrínseca de que hablamos, es sólo la reverberacion del intelecto divino sobre la cosa, la cual proporciona cierta naturaleza, y cierto sér á la misma cosa que produce.

Así es, señores, la verdad considerada en su objeto.

Por otra parte, la verdad subjetiva se nos muestra de muy distinto temple y muy inferior: las percepciones del hombre no se pueden equiparar á las operaciones divinas. Sin duda, así como las cosas creadas, como piensa san Agustín, sólo son la sustancia real de las razones eternas ó de los conceptos del divino intelecto, la verdad subjetiva por el contrario es el puro reflejo de la cosa sobre el intelecto humano, lo cual se restringe mucho, quedando sometido á gravísimas imperfecciones.

(1) Exodo. Cap. III, v. 14.

Sigue en primer lugar que si el intelecto divino es sumamente activo, en cuanto es causa ejemplar de las cosas, en el hombre la actividad en cierto modo es por el lado de las mismas cosas, las cuales informan nuestras ideas, como escribe santo Tomás, imprimiéndoles su propia imagen, por lo que son la causa formal y ejemplar de las concepciones del intelecto.

Sigue en segundo lugar que si las cosas no determinan el pensamiento de Dios, sino que son la determinación realizada de los divinos pensamientos, relativamente al hombre pasa lo contrario: las cosas no existen por pensarlas el hombre, sino que las piensa el hombre por existir. En otros términos; las cosas no son la determinación de los pensamientos del hombre, sino que determinan el pensamiento humano.

Esto establecido, volvamos á nuestro asunto.

Dios, que contiene en sí la cima y el desarrollo de la verdad objetiva, que es la perfecta ecuación entre el conocimiento y los entes, es infalible, lo cual se debe admitir por necesidad, porque las cosas no existen ni pueden existir de otra manera que como las concibió desde la eternidad toda el intelecto divino. ¿Qué hallamos, por el contrario, relativamente al hombre? El hombre, que no crea, ni determina las cosas, siendo por éstas determinado, ¿es igualmente cierto al comprenderlas é igualmente infalible al juzgarlas? Parece que no.

Realmente la certidumbre objetiva de las cosas no se transforma en certidumbre subjetiva para nuestro intelecto, sino á tenor de la potencia ó de la fidelidad de las señales é indicios humanos, por los cuales representásenos al espíritu, siendo por éste acogida y seguida. Tales indicios son los criterios de la filosofía. Ahora bien; tales criterios para el intelecto razonador no resultan siempre, como se quisiera, ni en todas las cosas infalibles. Suponed cuantos queráis de semejantes criterios restringidos al orden racional y terreno; suponed la evidencia intuitiva ó «discursiva» que algunos tienen de las cosas; suponed el amor, el principio de contradicción, el buen sentido, el sentido íntimo, el testimonio, la autoridad, la tradición científica é histórica: vosotros, si excluís cuanto excede al poder del hombre, no tendréis nunca relativamente á todas las cosas conocidas ó cognoscibles, la certidumbre que se pide. Si así no fuese; si la certidumbre querida relativamente á las cosas sin excepción se hubiera concedido al hombre luminosamente, imposibles resultarían entre los filósofos las escuelas dubitativas ó acatalécticas. Entre otros, Cicerón no hubiera podido escribir que se contentaba con lo probable: *Nos probabilia sequimur; percipi quid posse negamus* (1):

(1) Cicerón, *Quaest acad.*

igualmente De Gerando no hubiera podido en los presentes tiempos escribir esta frase cruel: «Los filósofos piden una cosa, que sería ciertamente muy grata y muy cómoda, cuando quieren hallar un criterio... Empero piden una cosa enteramente imposible, y la inutilidad de las tentativas que se han hecho en todo tiempo para obtenerla, debería ser bastante á demostrar su imposibilidad (1).»

Mas adelante; no quiero echar á la filosofía en el escepticismo. ¡Dios me guarde! Admito que el intelecto razonador, ayudado por los criterios filosóficos, pueda por algun lado descubrir la verdad objetiva; mas esto, que tampoco es suficiente para quien busca toda la verdad y con absoluta certidumbre, se desvanece de golpe en medio de superlativos críticos, por los que surge la presente cuestion. ¿Qué desean éstos? ¿Qué hacen? Comienzan por destruir el edificio teológico, que á la par es altamente filosófico y racional; se rien de Dios, se rien de la divina revelacion, se rien del Evangelio: entre tales befas de incrédulos, y con estas ruinas de salvajes, se dan á inquirir toda la verdad, adjudicándose la certidumbre matemática de descubrirla. ¡Es imposible que la encuentren! Sobre vuestro paso existen ruinas detestables, que más y más se acumulan y se difunden, á medida que van adelantando: habeis destruido el centro de la verdad objetiva, que es Dios; sois genios nocturnos, que vais dando caidas entre las tinieblas de la creacion: ¿y quereis ser felices descubridores de la verdad? ¿Quereis hallar lo que con vuestra misma mano reducís á polvo?

Hecho he un discurso que á mis críticos da tedio. Verdad objetiva y verdad subjetiva: ¡Dios que á la cabeza está de todo: el hombre determinado en sus ideas por Dios y por las cosas! Ellos sienten con tanto ardor de su intelecto que razona y de la dignidad humana, que me inculpan diciendo que uso un lenguaje bajo, erróneo é indecente.

Perdonadme: no inventé yo las palabras *verdad objetiva* y *verdad subjetiva*: hace cerca de dos mil años que las conocen los filósofos: Aristóteles principalmente usa el vocablo *objetivo*: de todas maneras lo que más importa es que cuanto os dije yo está en la naturaleza de las cosas. Mas vosotros, que tal orden borrais; vosotros que lo reducís todo á la medida del hombre, ¿sois lógicos cuando haceis salir de él lo subjetivo no ménos que el objetivo? Si el hombre contiene la verdad objetiva en sí propia, sin más debe ser en todo infalible. Empero ¿quién querrá persuadirnos de tal cosa? Yo aduje argumentos ya y teorías bastantes á redargüiros; ahora, para mejor evidenciar vuestro error, remitome al buen juicio de otros.

(1) De Gerando. *Histoire des systémes comparés*.... v. I.

Entre las más lindas tierras de Toscana está Fiésole. Si bien para visitarla sales de Florencia llena la mente de los muchos portentos de sus artistas, teniendo aún en los ojos la gran cúpula de Brunelleschi, como también la torre de Giotto, llegado aquí, donde actualmente me acompaña, no quedas de ningún modo burlado en las expectativas de la belleza: cambiaste un arte con otro arte, y una ciudad suntuosa con un jardín. El jardín de Fiésole, según los antiguos Etruscos solían edificar sus ciudades, aparece sobre un grupito de colinitas, en las que la tierra está de continuo cubierta de yerba, el cielo es riente y embalsama el aire la fragancia de las flores; entre las flores, entre las yerbas frescas y entre la sonrisa del cielo viven habitantes de amabilísima naturaleza, que te dicen: No somos ya potentes como en el tiempo pasado, ni temidos, ni celebrados; mas somos siempre favorecidos por el genio artístico, siempre de ánimo joven y siempre bellos.

En este delicioso sitio, pasando un estío de fuegos, dos amigos, que cursaban el primer año de filosofía, se reunieron para meditar. Estaba ya cerca el tiempo de los exámenes; ellos, de nobilísimo espíritu, de vivaz ingenio, integérrimos por su honradez y por su religión, quieren disponerse bien á la pública prueba. Se han metido en una casita, á la que han llevado cuadernos y libros filosóficos de varias clases; leen y escriben juntos; determinado cada vez uno de sus temas peculiares, disertan relativamente á él, volviéndole y revolviéndole por todos sus lados, de modo que maravilla; generalmente gozan, estudiando, de la brisa matinal; otra parte relevante de su estudio lo hacen al entrar de nuevo en su casa por la tarde.

Un día Tulio, uno de los compañeros, dice: «¿Sabes? Hoy que nos ahoga el aire caliente, siento un deseo, un capricho. Pienso irme con un libro por el campo y buscar en él un poco de sombra; allí, solo y taciturno, abierto el libro, leer y pensar: veré si puedo coordinar mis ideas.»—«Perfectamente, respondió Gustavo; mas determinemos antes la materia del estudio; conoceremos después si se nos ha ocurrido lo propio. Yo tomaré también mi libro, y haré igualmente junto á las plantas estas mi solitaria meditación.» Convenidos en que debían ventilar el tema de la naturaleza y adquisición de la verdad, se despidieron.

Está cerca de Fiésole Pratolino, alegre y rico lugar, donde se abre un vasto parque inglés y domina un coloso de piedra que al Apenino representa: ¡cosa muy soberbia que se debe contemplar! En una de las grutas, que al parque rodean, que con arte portentoso brotaron del genio de Bontalenti, entre los surtidores de las aguas cristalinas y la frescura de los vienteceillos, llega Tulio y se sienta. Saca de su bolsillo un libro recientemente publicado por Augusto Conti, de Italia, cuyo

título es: «Evidencia, amor y fe;» lo abre, y lee atentamente, como sin respirar, un largo capítulo; es la lección primera que trata de los criterios de la filosofía: una vez ha leído, vuelve á leer el término de aquella lección, donde hablan á los jóvenes de un modo, que á la verdad conmueve; lee con voz esculpida y alta, por lo cual oímos que dice: «Grábese, jóvenes amados, en vuestro corazón, esta verdad certísima; que la filosofía se siembra y crece en el buen terreno de la naturaleza; que la naturaleza es nuestra afable maestra, y que, según sus enseñanzas, el hombre, para filosofar altamente, debe ser juicioso, civil y cristiano, debiendo ir de acuerdo con la verdad, con los otros hombres y con Dios; con la verdad que le habla de continuo en el secreto de su espíritu; con los otros hombres, que son de su misma especie, teniendo todos una sola luz de verdad y un destino único; con Dios, primer principio y fin último del sér, del conocer y del amar. Tened en la memoria que se necesita la evidencia porque la verdad es luminosa; el amor, porque la verdad es amable; la fé en la autoridad humana y divina, porque vosotros sois sociales y nacidos para Dios.»

Tulio, después de haber leído y vuelto á leer, cierra el libro, coloca en las manos la frente y piensa. Parece Pitágoras en la cueva de Samos, y Metrodoro en la gruta de Atenas. Aquel discurso egregiamente llevado sobre los criterios de la filosofía, le ha hecho recorrer de golpe cuantos medios poseen los hombres para conseguir la verdad; más cuando reflexiona que para llenar el número de los criterios filosóficos asignan asimismo el de la autoridad divina ó de la revelación religiosa; cuando ve con fundamento anunciado que, filosofando, necesita el hombre á Dios, entra en un campo lleno de inmensa luz. «Por consiguiente, afirma en sí mismo, el intelecto en el orden del conocimiento no es bastante por sí siempre; por consecuencia, no puede por sí apoderarse de toda la verdad, ni la puede adquirir con certidumbre. Existe sin duda la verdad objetiva, ¡y Dios es necesario al filósofo para su adquisición completa é infalible!»

Trabajando sobre tal principio que le parece innegable, se agita, contempla en torno, pasa en revista las cosas y los séres para obtener una confirmación mediante la observación y la síntesis.

Dice: «Algunos escriben y gritan más á guisa de furiosos que de filósofos. ¿A qué fin ocuparnos en la distinción entre la verdad subjetiva y la objetiva? ¡Palabras, palabras! En el hombre consiste la verdad; búsquela y la encontrará. ¡Necios! No son palabras estas, sino puras realidades. Si el hombre posee el centro de la verdad; si no existe verdad alguna fuera de él, es por consecuencia el creador de los séres y de las cosas, porque las cosas y los séres sacan su vida de la verdad. Absurdo

risible, que las cosas existan fuera del hombre. Yo soy justo; mas no soy la justicia. ¿Quién creó la justicia? Antes que yo existía y, antes que mi padre, antes que mis abuelos, antes que los hombres todos; tiene una vida abstracta, en cuanto no depende de nuestros hechos, ni de nuestras ideas; con todo su vida es real, por ser verdadera y eterna. Es la justicia verdad objetiva, como en mí conocerla y practicarla es verdad subjetiva. Así pasa con las otras virtudes y con la propia sabiduría. Yo no creo las cosas, sino que las sigo, sirviéndome de ellas. Bellas y olorosas son estas flores que tengo á mi alrededor, y son refrigerantes las aguas estas sobre cuya márgen me divierto; me dan la idea de la hermosura y de la bondad. ¿He creado yo por ventura la bondad? ¿He creado la belleza? Tengo la idea; no la cosa: la idea se forma en mi mente, porque antes existe la cosa. Entre las grutas estas, cubierta por la suave y amena sombra, daba vueltas en otro tiempo la célebre Blanca Cappello, tan espléndida por su generosidad, como sucia por sus vicios. ¿De dónde sacaban sus contemporáneos el concepto del bien y del mal que á ella referían? No nacía entonces de pronto; lo inferían de una verdad preexistente, que antes recibió de lo alto el primer hombre al comparecer en el mundo. Estamos siempre en la verdad objetiva.»

Prosigue Tulio diciendo en su interior: «Con palabra peor, por ser hipócritas, exclaman otros: Exista en buen hora la verdad subjetiva y la objetiva; pero á condicion de que la verdad subjetiva se reduzca más al sentimiento, y la objetiva se forme por raciocinio en el hombre. ¡Necios! De todas maneras colocais en vosotros la fábrica y el recibimiento de la verdad. Yo, pues, que con mi raciocinio concibo el universo, creo el universo; yo que con mi raciocinio concibo á Dios, creo á Dios. Y pregonan á los cuatro vientos que Dios es sólo una idea subjetiva, una creacion ó un delirio del hombre; pregonan que la razon humana es la fautora absoluta y la legisladora del universo.... ¡Desgraciados filósofos, en los cuales no cree ninguno de buen sentido! La idea de un ente superior á mí, no hecho por mí, aunque no se quisiera llamar innata, brotó en el alma siempre y brotará en toda la humana especie, de modo que al mismo tiempo que se jactan de atribuir al hombre la verdad objetiva, son renegados por el hombre mismo. Por esto se hallan en contradiccion positiva y palpable, no sólo ideal. ¿Tendrán valor para decirme: atente á nosotros? ¿A mí que tengo precision de la verdad, buscándola de modo seguro é infalible? ¡Pobres criterios de la filosofia caidos en manos de los tales! La filosofia incrédula no tiene criterios que valgan, porque, poniendo el absoluto donde no está, arranca del mismo modo los elementos divinos y los humanos; extinguen aquella con la negacion y estos con la exageración. ¡Con cuán hermosa luz bri-



llan, por el contrario, los dogmas del cristianismo! ¡Ah! sí: los criterios de la filosofía incrédula son hipótesis que desvanece el viento del mundo; los dogmas del cristianismo son principios estables, que subsisten de continuo con las edades y que sobreviven á los hombres. ¡Dios! Lo admito yo como centro de la verdad objetiva; inclino la cabeza y adoro.»

Así razonando, abunda Tulio en la meditacion; su mente no engendra otros pensamientos, porque lo dicho le basta; reposa en su virtud y calla.

Hé aquí, queridos señores, lo que nos corresponde contestar á los críticos, los cuales se irritan y enfurécense por la distincion hecha entre la verdad objetiva y la subjetiva: poneos primeramente de acuerdo con la humana especie, y con la humana razon; dejad el absoluto donde debe hallarse y donde se halla; reconoced la entidad de los principios, y luego vendreis á ser preceptores de la verdad: nosotros con respeto os escucharemos por cuanto, establecidas las cosas en su sitio, colocado Dios sobre todo, y el hombre cual súbdito de Dios, [podremos con certidumbre de vuestros labios aprender la verdad. Entonces del intelecto razonador seremos igualmente nosotros cultores y apóstoles. ¿No haceis esto? ¿Continuáis alabándoos de crear los principios de las cosas? Con Tulio, el filósofo jovencito, á quien oísteis, gritamos: «¡Necedades, necedades!»

No hay medio que sirva. El mal humor de los críticos no se calma, sino que por el contrario aumenta desmesuradamente con estas palabras. Entre tales filósofos, que son enteramente incrédulos, no pocos hay en los cuales está el pensamiento ó la simulacion de creer que si nosotros en la indagacion de la verdad somos tan ávidos de la certidumbre, podemos ser contentados, solamente deteniéndonos en las verdades más inmediatas á nosotros, cuales son las útiles y las sensibles. Ellos son los que primeramente lo hacen, porque más que admitir la «objetividad» de lo verdadero como decimos, esto es, colocándola en Dios Sumo creador de las cosas, renuncian á ella; resuelven prescindir de todo lo que llaman los cristianos «órden espiritual y eterno, ley eterna, principios ontológicamente ideales;» dispónense á quedarse con aquellas verdades, que vienen á ser sensible produccion del hombre. Estos filósofos, si bien idealistas rabiosos en un principio, gustosamente se unen por fin á los materialistas, los cuales fueron su parto carnal, y que ahora van por la Europa en tropel: hallamos efectivamente hombres y doctos, los cuales, al paso que no corre por ellos hábito de fé celestial, han formado la resolucion de vivir en el mundo, por falta de aprension, únicamente con aquellas verdades que la experiencia

nos muestra y acredita ser ciertas; verdades salidas del intelecto razonador, aplicado á las ciencias exactas y de cálculo, como tambien á los hechos exteriores, padre por consecuencia de las verdades civiles y mecánicas.

No niego, señores, que tales verdades se me pueden trasmitir con certidumbre; mas nosotros, queriendo ser filósofos, preguntamos: ¿Acaso comprenderé aquí, en estas verdades sensibles, toda la filosofía? Yo, espíritu ansioso, que aspiro á la posesion de la verdad y que comprender quiero la razon de mi existencia, así como la manera de ser feliz para siempre, ¿deberé declararme satisfecho?

Volvamos á Fiésole, y reanudemos la relacion de los dos jóvenes nobles, uno de los cuales nos manifestó su tranquila y solitaria meditacion, el otro no. Vamos en busca de Gustavo.

El, por un opuesto camino al de Tulio, se ha marchado á la catedral. Habiendo permanecido en ella un poco, hecho un acto de contricion, y dirigida una mirada á las estupendas esculturas de Mino, sale dando la vuelta por uno de los lados. Sólo se marcha de la iglesia, para dirigirse á la sombra de otra; subiendo un poco nada más, encuentra el monasterio de san Francisco, donde se mete por el flanco del claustro, llegando á la cúspide del poyo, adornada con árboles majestuosos. Desplega su pañuelo blanco y se tiende: entre aquellas plantas, que rara vez hiere con sus dardos el sol, y desde donde se contempla todo el valle de Florencia que aparece debajo, hay un airecillo fresco que place y recrea. Domínale, con todo, allí una impaciencia, no dejándole darse al ocio en tan dulce descanso: es el frenesí de inquirir algo referente á la naturaleza y á la consecucion de la verdad. Lleva consigo el primero de los tres volúmenes que Antonino Maugeri publicó con este título: *Corso di lezioni di filosofia razionale*; hojea las páginas, dándose á leer, procurando devorar todo el capítulo séptimo. Despues de un buen rato, ensimismado en la lectura, medio cierra el libro, dejando el índice por vía de señal: levanta la cabeza con el fin de inspirarse mejor, y dice: «Cuanto más en ella pienso, tanto mejor me parece la definicion de santo Tomás: en la ecuacion entre el intelecto y la cosa está la verdad. Empero, ¿cuántas verdades existen ó pueden existir? Tantas cuantas son las ecuaciones del intelecto con la cosa. El intelecto está en ecuacion con la cantidad; es la verdad matemática: está en ecuacion con el cálculo que manifiestan los signos; es la verdad algebraica: está en ecuación con el número determinado y «determinable»; es la verdad aritmética: está en ecuacion con los fenómenos y los movimientos celestes; es la verdad astronómica: está en ecuacion con las partes de nuestro globo que describe; es la verdad geográfica. ¡Qué variedad!

¡qué abundancia! ¡Qué hago, sin embargo, no subiendo á otras verdades superiores, deteniéndome yo en estas y en otras semejantes? ¿Quedo acaso satisfecho? No. Soy geógrafo, aritmético, matemático: soy (supongámoslo), obrero, artista, arqueólogo, lexicógrafo, políglota: admirabilísimas cosas por cierto; mas, aunque las poseyera íntegramente, sentiría dentro un vacío... Me doy á interrogar los pedazos de la tierra, y á estudiarlos bien, haciéndome geólogo: me dispongo á dirigir el surtidor y el agua de la bella fuente, que al pié del claustro se deja sentir. ¡Oh Dios mío! Dentro del alma existe sin cesar el vacío. Es necesario que mi intelecto vaya más allá; necesario es que se halle con la verdad en sitio más elevado.»

Apenas pensado esto, Gustavo cierra enteramente su libro, sacando de él la mano; fija los ojos en el templo de los Franciscanos, y exclama: «¡Oh fray Angélico! gloria de la region y de toda la Italia; tú que hiciste servir á la idea el arte de la pintura, y que sobre la frente de tus espirituales imágenes atrajiste un rayo; una de aquellas visiones que lograste recoger en el paraíso. Entendiste bien la cosa. Otro tanto necesito yo: yo, para vivir, necesito del paraíso, y necesito el espíritu sublimado á las últimas altezas ideales; mas el intelecto que se halla en ecuación con la cosa en el orden de las ideas, y me da la verdad lógica, señalándome al frente la verdad metafísica, es el acto ó el movimiento que sólo tranquiliza mis ansias internas; es el pan que me harta y que llena el vacío de mi alma. Esta es la verdad principal; las otras verdades sensibles que nombré; las verdades geográficas, aritméticas, algebráicas, arqueológicas, literarias y artísticas, son únicamente lejanísimos arroyuelos de la primera é inmensa verdad. ¿Qué importa que posea las verdades sensibles con certidumbre inmediata y palpable? Restringido á estas, no puedo vivir aún, ni respirar. No me apartéis más, hombres, de todos los medios, de todos los soberanos instrumentos, que Dios y la naturaleza me confiaron; provisto de ellos, podré así mismo elevarme con certidumbre á la verdad sempiterna. Seguidme, hombres; llenad el gran vacío del alma humana; si os cierran el orden espiritual de las ideas, estais muertos.»

La última palabra que dijo aquel jóven generoso, es la mía. Los filósofos incrédulos que, lejos de admitir con los cristianos el orden espiritual de la verdad, renuncian á él, ciñéndose con mal deseo á las verdades civiles y mecánicas, están muertos. Yo, sin el gran desarrollo de las verdades sensibles, podría vivir; ellos, por el contrario, no pueden vivir fuera del orden espiritual. Vivió el mundo cuando ignoraba el movimiento de la tierra en torno del sol; cuando no sabía la realidad y el movimiento de gran número de planetas descubiertos por nosotros;

cuando no conocía la causa de la aurora boreal, de los vientos, del flujo y reflujo del mar; cuando no adivinaba la composición del aire y del agua, ni tampoco la de la mayor parte de los elementos que componen los cuerpos; ha vivido sin las grandes investigaciones geológicas, sin los nuevos descubrimientos de los estratos carboníferos y «conchilíferos,» sin la luz subterránea de la época «pliocénica» ó «miocénica;» ha vivido sin los caminos de hierro, sin los buques de vapor, sin los prodigios artísticos de la electricidad: ha vivido sin juzgarse mísero, llenando siempre los siglos de hombres extraordinarios. Empero sofocadas las ideas bajo el peso de la mecánica, proscrito el orden espiritual para sólo admitir las verdades civiles y mecánicas, no concibo ya el mundo moral. Ante todo no hay vida eterna dentro de un estado futuro, de donde se levanta en mi conciencia el grito de la desesperación: después, destruido el orden espiritual, engendrador del orden material, todo aún temporalmente queda subvertido. La sociedad deja de ser iluminada, perdido el fulgor de la idea, no siendo ya virtuosa ni tranquila: la sociedad civil queda entregada en revolución á sí misma. Todo es dirigido por una idea espiritual. Los padres sin la idea de la paternidad no pueden educar á los hijos; los maridos sin la idea de la fidelidad no pueden contener á las mujeres; los amos sin la idea de la fraternidad no pueden seguir respetando á los servidores; los gobiernos sin la idea de la autoridad no pueden mandar á los pueblos; los pueblos sin la idea de la obediencia no pueden sufrir más á los gobiernos.

Me dicen que á mí, buscador de la verdad de un modo seguro, se me dió con esto satisfacción: la certidumbre me place. Es una ironía que me atormenta. ¿Acaso me salva la certidumbre de las verdades sensibles? Vosotros me dais la certidumbre del progreso industrial, me dais la certidumbre de los vapores y de los telégrafos eléctricos: lo agradezco, doy gracias y aplaudo; pero, ¿quedo por ventura salvo? ¿Queda salvo solamente con esto el mundo?

Veamos; llamemos á testimonio la misma moderna sociedad.

Ahora las verdades lógicas, las verdades ideales y morales salen peor libradas, precisamente porque dominan las verdades civiles y mecánicas: os ruego que me digais si la sociedad humana nos presenta de veras los caracteres de la salvación. Mirad en torno vuestro bien; ¿á qué punto habeis venido á parar? A pesar de vuestras invenciones y descubrimientos, vais en el orden científico esclavizados á las hipótesis; á cambio de haber hallado principios estables, sois escépticos: os falta toda firmeza en el orden político; no sabeis obedecer ni mandar; mudan los legisladores las formas gubernativas como las mujeres las

modas; en el órden social el descontento os entristece; vacilais con tremenda lucha entre el capital y el salario, entre la abundancia y el hambre; los proletarios engordan y amenazan engulliros: en el órden moral teneis un barniz bellísimo; mas no siempre la médula es inmaculada: al lado del pisaverde y del elegante aparecen vicios de bárbaros. Entretanto, prevaleciendo así las verdades civiles y mecánicas sobre las ideales, el ordenamiento de la fuerza material domina en nuestra sociedad: el fusil nos sirve de teorema, y el poder armado es el derecho. Hoy se dice que Prusia es la más civilizada de las naciones: ¿por qué? Por ser la más poderosa; tiene cañones que dominan, digámoslo así, los otros cañones, así como ejércitos que dominan los de Viena y de Francia: ha llegado por consiguiente á la cúspide del progreso. Esto pasa en días en que se habla mucho de libertad. Tengo la certidumbre de las verdades civiles y mecánicas; mas no me canso de preguntaros: ¿me contestais con esto? Envuelto en una sociedad que no cree sino en los hechos matando las ideas; en una sociedad donde hierven de modo extraño liberales y sayones, pródigos y mercenarios, soldados y prostitutas, ¿me salvo yo? ¿se salva conmigo la humana generacion?

Los dos jóvenes toscanos, de los cuales hemos hablado largamente, levantándose de Pratoelino el uno y del claustro de San Francisco el otro, congregados despues en alegre cambio de ideas, se trasmitían sus solitarias meditaciones sobre la naturaleza y la indagacion de la verdad. Fácilmente se ponian de acuerdo, experimentando tanto placer que, cual el filósofo de Samos, despues del más célebre de sus descubrimientos, resolvían dar gracias á Dios.

Yo, señores, que no he consignado una meditacion solitaria, sino un público debate, con el propio festivo éxito descubro dilucidada por mí aquella parte de nuestro problema, más recóndita y difícil. A los hombres, que declaran á la filosofía única ó suprema maestra de todas las verdades, renegando de Dios, del cristianismo y de la Iglesia, decía en segundo lugar que, si es recta y justa su escuela, así como falsa, por el contrario, la sostenida por mí, debía poder descubrir filosóficamente la verdad, no sólo de una manera pronta y clara, sino tambien cierta é infalible; porque de lo contrario permaneciendo agitado por las dudas, sentía la muerte en mí alma. Ahora bien; habiéndome puesto con sinceridad y con gran brio á inquirir en la filosofía la deseada verdad, no la he hallado de una manera segura y apodéctica, como la quería y la necesitaba; no la he hallado de ningun modo, considerando la filosofía en estado de incrédula. Ella en el gran medio de indagacion que posee, es decir, el intelecto razonador, se ve opresa por terrible

oposición y vacila: no me puede por consecuencia transmitir la verdad universal de un modo cierto.

Es supérfluo que torne á manifestaros la necesidad inexorable que tengo; vosotros, señores, la conoceis ahora enteramente. Mas pienso así: al inquirir la verdad y toda la verdad, necesariamente se me presenta una tercera condición de la cual nada he dicho hasta el presente: la condición de que pueda ir al encuentro de la verdad en sitio donde viva y se comunique de modo acreditado y estimable; de lo contrario resultarán demasiado afanosas mis investigaciones, y antes de que haya encontrado la región de lo verdadero, caerá mi espíritu debilitado y muerto. Si me pongo á inquirir la verdad procedente de la revelación divina, buscándola en Jesucristo, resulta un gozo y una confianza carísima del corazón: veo que ya el cristianismo iluminó con sus esplendores diez y nueve edades; veo un mundo restaurado en sus pensamientos y costumbres por la predicación del Evangelio; tengo, pues, valor y santo atrevimiento para llevar mis indagaciones á esta parte: aunque no fuese cristiano, diría deseando lealmente adquirir la verdad: ¡A qué fin temer? Saquemos ardidamente de la ribera nuestra navecilla y vamos, seguros de llegar á la orilla de la luz. ¡Es posible afirmar otro tanto de la filosofía, que me dan como la única ó suprema maestra de la que se debe aprender la verdad? ¡Tiene acaso atractivos ó garantías, para que pueda yo con ánimo alegre confiar en ella? Imposible: mirando la historia de la filosofía, tan llena está de contradicciones y terribles sucesos, que no me puede transmitir la verdad universal de modo acreditado y estimable.

Quien escribir quisiera la historia de la filosofía considerando sólo algunos de sus extravíos, llenaría volúmenes: debo contentarme con pocas páginas. Marcharé yo en tal asunto, como dicen los matemáticos, por *aproximación*.

Primer tema de la filosofía, ó bien su objeto máximo, plazca ó no á los ateos, fué y es en todo tiempo Dios. ¿Qué cosa enseñó la filosofía de Dios á sus discípulos y al mundo? A veces cosas bellísimas, como Aristóteles y Cicerón, los cuales del movimiento transmitido al mundo infirieron la necesidad de un supremo motor. Mas, establecida la realidad de Dios, doctrinas contrarias y locas patrocinan frecuentemente sobre la naturaleza divina, como también sobre las relaciones con las cuales Dios creador se une al mundo físico y á los hombres. Disputa Crisipo á Dios el ejercicio de la libertad, como si pudiera existir sin esta soberanía; Epicuro se mantiene firme negándole la providencia; Cleante desconoce

su simplicidad. Mas aún: transforman á Dios en un ente físico, lo multiplican, y lo dividen, echándolo á perder de mil maneras. El Dios de Empédocles se compone de cuatro elementos; el Dios de Pitágoras es el número; el Dios de Teofrasto es el zodiaco; el Dios de Parménides es una corona; para los platónicos asume Dios la figura esférica; para otros es de figura piramidal ó cuadrada. Identifica Tales á Dios con el agua; Anassimenes forma del aire á Dios; Anaxágoras pone sentimientos humanos en Dios; Crotoniates trasforma el sol, las estrellas y las almas de los hombres en otros tantos dioses; Anasimandro, que admite también dioses, los condena en diferentes intervalos á nacer y morir.

Otro gran objeto de la filosofía es, señores, el mundo. ¿Qué cosa enseña del mundo? No sabe convenir en un pensamiento firme y lógico. Defiende la materia eterna, como llama eterno también á Dios. Empero, ¿de qué modo se ha formado el mundo? Hé aquí el atomismo: un hervidero inmenso de seres imperceptibles que giran y chocan, no se sabe por qué mente informados, ni por qué potencia conducidos; hé aquí el dualismo, el principio del bien y el principio del mal, que presiden como soberanos la composición de las cosas; hé aquí el panteísmo donde el mundo es el cuerpo, y Dios el alma de tal mundo; hé aquí el fatalismo, que con nudos de hierro encadena el mundo y el hombre, aniquilando la libertad humana; hé aquí el ateísmo que de la teología de la casualidad ó del destino sale con fuerza innegable; hé aquí el escepticismo, donde en la mezcla y en el combate de todos los principios y de todas las leyes, se duda resueltamente de todo: Demócrito, Epicuro, Carpócrates, Eráclito, Teofrasto, Protágoras, Lucrecio y otros iguales ó menores son los géneos nefastos que dominan en la escuela cósmica.

Tercer gran objeto de la filosofía es el hombre. Ahora bien; ¿de qué nos amaestra relativamente á él? La pobrecilla es una curiosa que quisiera comprender y alcanzar, sin que acierte: es charlatana y dice muchísimas cosas, consignando grandes errores y embustes que fastidian. El hombre, ¿de dónde procede? Del fango ó de los peces: me hubiera complacido más oír de los pájaros, los cuales á lo ménos vuelan y cantan, no apareciendo bañados, ni mudos. ¿Qué cosa es el alma del hombre? Sutil aura, aliento, viento, ó fuego y llama, si quereis. ¿En qué consiste ó estriba el bien supremo del hombre? Erillo lo hace cifrar en la ciencia; Teofrasto en la riqueza; Pirrón en la apatía; Zenon en la indiferencia; Calistenes en la extinción de todos los dolores, Aristipo en la posesión de todo placer, Aristóteles en los goces del alma, y Epicuro en las delicias del cuerpo.

Audite portenta et miracula non disserentium philosophorum, sed som-

niantium, grita Marco Tulio (1). Sí; disponed las orejas: teneis aquí los portentos y milagros, no de los filósofos que disertan, sino de los delirantes que sueñan.

Igual á esta increpacion latina, escribió una griega Luciano, que golpeaba bien á los filósofos. Así dice: «Escandalizado de los indecentes relatos relativos á los dioses de Homero y Hesiodo, creí deberme dirigir á los filósofos; mas escogí mal, cayendo de la sartén en las brasas. A decir verdad, observándolos atentamente, hallé no poca ignorancia en ellos; principalmente sobre las verdades necesarias descubrí tanta incertidumbre, que los idiotas sin comparacion me parecieron más sabios que todos ellos. Los unos me decian que debía darme á la voluptuosidad y dirigir á tal intento todo el curso de mi vida, estribando en esto el sumo bien. Los otros decian que, nada concediendo á los placeres, debía fatigarme, sufrir y macerar el cuerpo con hambre, sed y vigilias, repitiéndome los famosos versos de Homero sobre la virtud, á la que sólo con el sudor y la fatiga se llega. Algunos enseñaban el desprecio de la riqueza; otros por el contrario cifraban su felicidad en el oro y en la plata. ¿Qué diré despues de la formacion del mundo? ¿Qué de las sustancias incorpóreas y de otras cosas inconcebibles? Lo que incluía el absurdo mayor de todos los absurdos es que cada uno afirmaba cosas enteramente contrarias. En este sentido, la misma cosa era por unos considerada linda y por otros fea. No sabía yo qué pensar, ni que responder, siendo preciso proceder como los que duermen sentados, los cuales con la cabeza indican que sí ora por una parte y ora por otra (2)».

La historia de la filosofía tiene un sello semejante; más que templo la llamaríais una bolsa, donde la verdad está metida y atormentada por el verdugo: su verdugo deshonesto es el error. En su virtud, apelo á la conciencia que teneis: yo que voy en busca de la verdad, debiendo hallarla so pena de morir, ¿elegí bien mi camino, entregándome á la filosofía? ¿Recibo alientos para seguir mis indagaciones laboriosas? ¿Tengo alicientes bastantes para no acordarme más con ternura de mi Dios, ni de Cristo, ni de la Iglesia, ni de los doctores católicos? ¡Ah, la bolsa, la bolsa!

Cometí una injusticia, señores, y me arrepiento. Trazándoos la historia filosófica, me atuve á los filósofos antiguos sin nada decir de los modernos. ¡Ya se sabe! Careciendo los antiguos de las aumentadas *luces* y siendo como eran paganos, debian sostener cosas enormes; mas los modernos filósofos,...

(1) Ciceron. *De natura deorum*.

(2) Luciano, *Diálogos* en el título *Menippo*.

¿Qué pretendéis decir de los filósofos modernos? ¿Creeis que su escuela es oro de buena ley? ¿Que la verdad está en su casa con ellos? Pues pide la justicia que os presente á lo ménos la historia en compendio, me sobra para satisfaceros perfectamente.

Hagamos de nuevo el ciclo de los tres grandes objetos de la filosofía. Victor Cousin, célebre sin duda entre los modernos, marcó precisamente á la filosofía estos tres distintos y supremos objetos: «Dios, el mundo y el hombre.»

Visteis ya que de Dios enseñaron los filósofos antiguos: cosas frecuentemente monstruosas y ridículas. Mas ¿qué hacen los modernos? Hablo de los modernos, para los cuales la divina revelacion es una hipocresía, ó una sonora chanza. ¿Qué hacen de Dios? En estos filósofos, Dios no tiene forma esférica, piramidal ó cilíndrica: no es el número, ni la corona, ni el zodiaco, ni el compuesto de cuatro elementos. Dios, por el contrario, si lo tomamos como ente ontológico y personal, es un sér vano, ó un juego de palabras. Con todo me hablan de Dios y lo admiten como un desenvolvimiento, una creacion necesaria de la humana «mentalidad:» ¡así llegamos incontinenti á la hermosura, á las doctrinas rectas, á la verdad seductora! Para Damiron, Dios es la razon humana que se desarrolla en el mundo, como esta razon, en el mundo desenvolviéndose y en el universo, es Dios. Para Gérusez, una revelacion necesaria, universal, comun á todos y á cada uno de los hombres es nuestra razon: en su virtud, se quiere relegar entre las fábulas á Dios, que habla y revela. Para Quinet, Dios es sólo la potencia de trasformacion, de que vemos dotada toda la materia, origen verdadero de todos los seres. Para Jorge Hegel, Dios se define en este vocablo: «ente nada.» Saca Fichte á Dios del fondo del *yo*, cual se saca el oro de la bolsa. Schlerer-märcher lo hace salir de la sensacion del hombre, como fuera de la piel nos sale el cabello. Para Bouterweck, Dios es «una simbólica lógica;» para Drobisch, es un antropomorfismo psicológico; para Ernesto Renan, es simplemente un parto de la razon; para Augusto Comte un impulso «fenoménico;» para Proudhon, el mal absolutamente. Otros muchos omito, cuyas definiciones de Dios igualmente irritan el alma, y avergüenzanla. ¡Oh! ¡Dejadme la esfera, el cilindro, la pirámide, la corona y el zodiaco de los antiguos, quedándoos con el *yo*, el antropomorfismo, el ente de razon y el mal! Más que los gentiles, dan asco los católicos que degeneran.

Vengamos al mundo. ¿Qué enseñan del mundo los filósofos modernos? Como los antiguos, que desprecian la divina revelacion y defienden la materia eterna; peores que los antiguos, de la eterna materia alejan con más rencor á Dios, mientras cruelmente lo destruyen. Tienen

también los átomos para componerlo, no regidos por una mente infinita: los tienen en su sistema del *evolucionismo*, del cual son campeones Tyndall, Spencer, y soldado novísimo Draper (1); tienen igualmente alguna vez el dualismo, con frecuencia el panteísmo y el escepticismo continuamente. La «nebulosa» que pare á su juicio el cosmos, y que ven preñada de la divinidad, los envuelve, los ciega, los ciega y los enloquece. ¡Los hijos de la «nebulosa» que suprimen á los bautizados y se burlan de los viejos, son ceñidos y caminan con envoltura! ¡Mirad que los pueblos no les quiten la venda!

Vamos al hombre, tercer gran objeto de la filosofía. ¿En que nos amaestran? Visteis á los antiguos; visteis que algunos sacaban á los hombres primitivos de la espuma del mar. Bien está: los filósofos de hoy, que han desgarrado las páginas de la Biblia, no tanto de los peces hacen brotar los primeros niños humanos, cuanto del cruel oso de las cavernas, ó del rencoroso perfidísimo mono. Dicen sin avergonzarse que los hombres se hallaban en un principio sometidos al imperio de los brutos. Lo dice Michelet, donde nos enseña que «el hombre, las plantas y las bestias son la misma cosa bajo diversas formas, y que hubo un tiempo, en el cual el hombre se hallaba sometido á las bestias.» (2) Supuesta tal enseñanza, ¿qué cosa es el alma nuestra? Un fenómeno empírico, una oscilación de la materia. ¿Cómo se ventila el problema del humano destino? El hombre acaba en un poco de amoniacó, donde se hallaría el fósforo del cual sacar ganancia. Santiago Moleschott, naturalista y filósofo, os da el consejo de pignorar y vender las urnas de los cementerios. Los déficit en los presupuestos de los municipios y de los gobiernos cesarian de golpe.

Tanto juicio llevan en la cabeza los filósofos modernos, que no creen en Dios, y que ahora se van difundiendo formando una falange. ¿Qué os parece? ¿Se diferencian de los antiguos, como de las tinieblas diferenciase la luz? ¡Ah! Si me remito yo á su escuela, ¿puedo conseguir los caracteres de la credibilidad, del gusto y de honor? ¿Puedo cerrar confiadamente los ojos á la doctrina del Evangelio y de la Iglesia, para saludar á la filosofía como única y suprema maestra en la indagación de la verdad? Juzgadlo vosotros.

Sin estudiar detalladamente los filósofos y escoger como tema de impropio las aberraciones mayúsculas de la filosofía, abrazamos esta con una sola mirada en su historia. Tenemos una síntesis, que lejos de animarme á ser filósofo, para descubrir la verdad, me descorazona más

(1) M. Draper. «Conflictos entre la ciencia y la fé.» París 1874.

(2) Michelet, *Origine du droit*. Introduccion.

bien, pareciendo que á mi espíritu corta las alas de la esperanza.

En la historia de la filosofía existen dos hechos que forman un espectáculo, y lo que más me duele, tal espectáculo es miserable. El primero es que la filosofía, en todas sus grandes épocas, en todos sus más famosos pueblos, tuvo el privilegio de arrastrar á sí é invadir con su amor las más altas, las más peregrinas y las más robustas inteligencias humanas: el segundo es que, no obstante los extraordinarios afanes y ardimientos de tales ingenios, la filosofía, en esto diferente de las demás ciencias, careció siempre de progreso, como está sin él aún. No es preciso poner en evidencia la primera parte del espectáculo filosófico, que admitís lo mismo que yo: desenvolvamos y aclaremos el segundo.

Para ver si la historia de la filosofía aparece ó no enriquecida con el progreso, escoged una cuestion filosófica, sea cual sea, Dios, origen de las ideas, comercio entre el alma y el cuerpo, ú otra semejante: notad el día en que, habiéndose suscitado la cuestion é introducido en la escuela, salieron á relucir los primeros sistemas para ventilarla ó resolverla; confrontad estos sistemas con los que se disputan hoy el honor de solventarla: ciertamente hallareis mayor perfeccion y desarrollo en estos últimos; mas descubriréis que su probabilidad peculiar no ha variado de ninguna manera; descubriréis que si cada uno, considerado aparte, es más fuerte, el equilibrio es el mismo siempre, y que su progreso, lejos de llegar á resolver la cuestion, sólo confirma de manera más refinada y más científica su primitiva incertidumbre. De modo que si cuenta pedís á la filosofía de lo que ha hecho desde que florece en el mundo, os podrá responder que ha iluminado un número cada vez más grande de cuestiones; os podrá despues añadir que ha producido y perfeccionado cada vez más grandemente los diversos sistemas, que pueden aspirar á la gloria de la solucion. Este os dirá; mas nunca os podrá responder que haya resuelto una sola de las cuestiones que ha iluminado; nunca os podrá decir que de los sistemas que ha producido para dar en el blanco, ha plenamente demostrado y probado uno solo; añadir no podrá tampoco que los sistemas por ella refutados han caido hasta morir, dejando prevalecer con absoluta paz los émulos y los rivales; ni afirmar podrá que las opiniones por ella corroboradas han logrado tanto vigor que han desvanecido las opiniones contrarias á las mismas, de arte que hayan cesado entre los filósofos los debates, ó que á lo ménos exista la esperanza de verlos terminados pronto. Nada de todo esto podrá responder la filosofía, ni decir, ni afirmar: si lo dijere hallar debería ejemplos, y descubrir el de cualquiera cuestion filosófica, que haya quedado definitivamente resuelta, como resueltas

definitivamente son numerosísimas cuestiones físicas ó químicas. Mas no; la filosofía no halla, y parece que no hallará este único ejemplo de cuestion terminada.

Con todo (volviendo á la primer parte del espectáculo), las cuestiones filosóficas fueron ventiladas por Pitágoras, por Demócrito, por Platon, por Aristóteles, por Zenon, por Epicuro, por Ciceron, por Bruno, por Pompanazzi, por Campanella, por Bacon, por Descartes, por Leibnitz, por Malebranche, por Locke y por Kant. No han dejado, pues, de ser resueltas por falta de genio. ¿Qué hay por tanto en las cuestiones estas? ¿Qué hay en la filosofía, que las abraza, que ha hecho impotentes todos estos humanos genios? ¿Cuál es la causa de que una ciencia manejada por tan potentes cultores, quede de continuo sin progreso? ¿Dónde la razon está de lo que sucede?

Digámoslo; resolvamos el enigma que otros vieron y afirmaron, sin atreverse á resolverlo. La filosofía queda sin progreso en su historia, é infecunda, porque, siendo la más alta, la más extensa y la más profunda de todas las ciencias, pide cierta especie de omnipotencia intelectual para ser tratada, y el hombre, no omnipotente para la verdad, sino por el contrario débil y misérrimo, nunca la consigue completamente. Peor hace si daña ó repele la divina revelacion, ateniéndose á las fuerzas humanas y engriéndose por orgullo. Entonces, sobre no apoderarse de la verdad, da en el error y en la estolidez; cuestiona embarazada y resulta estéril, no cesando jamás de cuestionar sin fruto. Aquí está la clave del enigma. Pues bien. Buscando la verdad, ¿deberé secuestrarme yo en la impotencia del hombre? ¿Quisiérais vosotros que donde más importa me ciñese á una escuela que vive de cuestiones eternas, y de cuestiones además necias, no brillando por su progreso?

Así como antes, al hablar de los filósofos antiguos, os hice oír á dos de sus increpadores solemnes, Marco Tulio y Luciano, aquí, relativamente á los filósofos modernos, quiero dejar el soberbio asunto trayendo dos emperadores nuevos y recientes.

Es uno Juan Jacobo Rosseau. Honda y retumbante su voz, es casi el grito del pasajero en el campo; donde aguardaba fragancias y bellezas, estrangulado es por la hiena: «Consulté á los filósofos, recorrí sus libros, y examiné sus opiniones diversas. Helos hallado todos presuntuosos, francos en afirmar y dogmáticos hasta en su decantado escepticismo. Pretenden saberlo todo; mas no prueban nada, escarneciéndose unos á otros; esta cosa comun á todos, me ha parecido la única en que tienen razon. Triunfantes cuando atacan, al defenderse quedan sin vigor y caen. Si ponderais sus razones, vereis que para destruir tienen muchas y no para edificar; si enumerais sus pareceres, cada cual no tiene otro

sino el suyo. Entre sí no se ponen de acuerdo, sino en disputar. Oírlos no era ciertamente para mí el oportuno medio de lanzar la incertidumbre mia. Bajo el pretexto vanaglorioso de ser sólo ellos los iluminados, los verdícos, los convencidos de buena fé, os someten imperiosamente á sus audaces resoluciones, y quieren daros por verdaderos principios de las cosas los sistemas ininteligibles, que construyeron en su imaginacion. Por lo demás, derribando y abatiendo todo lo que los hombres respetan, quitan á los afligidos su consuelo último en su miseria, y á los potentes ó á los ricos el único freno de sus pasiones; arrancan de los corazones el remordimiento del pecado y la esperanza de la virtud, jactándose, sin embargo, de ser los bienhechores de la familia humana. Comprendí que la debilidad del humano espíritu es la primera razon de tal diversidad maravillosa de sentimientos, y que la segunda es el orgullo. Mas aún cuando los filósofos pudieran descubrir la verdad, ¿cómo lo harían para conferirla? No hay uno solo, que, llegando á descubrir lo verdadero y lo falso, no anteponga el propio sistema, si bien errado, á la verdad descubierta por otro. Con tal que se levante sobre el nivel del vulgo, á fin de que ofusque su esplendor, y oscurezca la fama de sus émulos, está contento. Es lo importante pensar diversamente de los otros. En su virtud cerca de los creyentes es ateo, y cerca de los ateos se consideraría creyente (1).»

Otro de los recientes filósofos que da estocadas á sus propios hermanos es Teodoro Jouffroy. Es una lamentacion la suya, que no parece de un asesinado moribundo, sino de persona muerta; parece una voz que se levanta del sepulcro y dice: «No es preciso rendirse á creer que ahora está en su estado normal la inteligencia humana; en los tiempos presentes falta criterio sobre lo verdadero y lo falso, el bien y el mal, lo bello y lo deforme. Habiendo quedado destruido todo pensamiento, toda regla fija de juicio está suprimida; sin regla comun y reconocida de juicio es imposible cosa entenderse uno consigo y con los otros; es imposible llegar á una solucion cierta en algo. Ahora bien; ¿qué se sigue cuando la cosa se halla en estos términos? Síguese que cada hombre tiene derecho á creer lo que le place, y decir con autoridad lo que le gusta discurrir. ¿En virtud de qué se le podrá contradecir efectivamente cuanto enseña? ¿En virtud de una verdad superior reconocida? No existe. Queda, pues, la autoridad individual del que combate, que igual es á la suya, no pudiéndola juzgar. Es la época presente por lo tanto el reino del individualismo; del individualismo más exagerado y más completo. Ahora bien; engendrando naturalmente infinita diversidad de opiniones, que

(1) Rosseau, *Emilio*, tomo IV.

valen todas, el derecho de todo individuo á pensar como le place, teniendo igual autoridad, se sigue que tal estado de individualismo, en que nos hallamos, es al mismo tiempo un estado completo de anarquía intelectual (1).»

Teodoro Jouffroy, de inteligencia hermosa, pero engañada por la nueva filosofía, es luego escéptico y desolado de continuo; el pobre Jouffroy, que llora desde el fondo de su abismo, y contempla el lugar de la resurrección, sin tener valor para subir á él, añade con muchas lágrimas: «Toda la filosofía estaba en un agujero, donde faltaba aire, y donde sofocábase mi alma desterrada del cristianismo (2).»

Entre tales angustias y desesperaciones, que brotan contemplando las máculas de nuestra historia filosófica, ¿deberé yo resignarme á vivir? ¿Deberé yo enterrarme voluntariamente con ellas, teniendo sed ardiente de la verdad y queriéndola toda?

Habiendo inquirido los pensamientos de mis contemporáneos, advertí que, mientras todos ansiamos vivamente la verdad, no pocos creían poderla cómodamente obtener íntegra de la filosofía, volviendo las espaldas á la divina revelación. Queriendo desengañar á los que yerran, consigné las tres condiciones que á ser vienen indispensables para el estudio y adquisición de toda la suma de verdades, posible sin duda en el hombre: primera, que se debe conferir la verdad de una manera pronta y clara; segunda, que se debe conferir de un modo cierto; tercera, que se debe conferir de un modo acreditado y estimable. Toda escuela que se jacta de ser poseedora de la verdad, sin poder cumplir alguna de las tres condiciones estas, queda en su arte impotente. Me puse á examinar la filosofía en cuanto ser quiere separada de Dios y constituir ciencia por sí propia; inquirí su lenguaje, sus medios de indagación y su historia, viniendo por mano de la lógica guiado á esta conclusión. Oscura es en su lenguaje, no pudiendo por tanto transmitir la verdad de manera pronta y clara. En sus medios de indagación es fácilmente vacilante y discutidora, no pudiendo por consecuencia siempre y en todo transmitir donde quiera la verdad de modo cierto; en su historia está llena de contradicciones y de horribles sucesos, no pudiendo por consiguiente transmitir la verdad de un modo acreditado y estimable. Si esto es seguro, como lo es, conocéis que á la pregunta del principio forzoso es contestar con abierta negación. No es la filosofía la única y suprema maestra, de la cual aprender universalmente la verdad.

(2) Teodoro Jouffroy, *Cours de droit naturel. Du scepticisme actuel.*

(3) *Nouveaux mélanges.*

Empero no es suficiente haber yo, señores, empleado mi parte: donde termino, empezais vosotros.

Observad, cooperando con vuestro asentimiento y con vuestra servidumbre amorosa, la divina revelacion. Haced que no hable Dios en vano al alma vuestra, puesto que sacó los mundos de la nada. Aparezcan nuevas creaciones de mundos; mostrad los frutos de la religiosa palabra.

Responded, por tanto, así á quien pregunta por qué se deben reconocer dos luces sobre la tierra; la de la razon humana y la de la revelacion divina. Necesítanse dos luces, porque una no basta. El hombre necesita la una y la otra, porque con la razon aprecia la divina revelacion, y con ésta perfecciona la razon. La verdad, más alta que él, en parte sólo es contemplada por su razón; mediante la divina revelacion desciende mejor á su alma con el fin de alegrarle. Recordad á tales rehacios la doctrina de santo Tomás, que puso al frente de sus dos obras más estupendas y más relevantes: la «Suma contra gentiles» y la «Suma teológica.» «Es absolutamente necesario que reciba el hombre por la fé, no sólo las verdades que á la razon dominan, sino también aquéllas que por la razon pueden ser conocidas: esto por tres motivos. Primero; á fin de que lleguen más expeditamente los hombres al conocimiento de la verdad divina. Segundo; á fin de que sea más universal el conocimiento de Dios. Tercero; á fin de que sea cierta, porque la razon humana es demasiado débil para poder elevarse á las divinas cosas.»

A quien medio incrédulo y medio creyente os pregunta si la propia Biblia dice que «la verdad nació de la tierra,» contestadle: «Si; la verdad nació de la tierra.» *Veritas de terra orta est:* mas ¿cuándo nació? Despues que Dios os hirió con sus fulgores: nació en ella despues de quedar en ella fundado el divino reino, cantado por los profetas, y difundido por los apóstoles: nació en ella cuando en ella nació Jesucristo. Es la luz que al mundo ilumina despues de alzarse el sol por el oriente.

Al que por fin, fastidiado de los sacerdotes como de Dios, menea la cabeza, y sólo en la mente del hombre quiere poner el receptáculo de la verdad, decidle, señores: Hombre, tú eres todavía demasiado joven: haces cosas de niño.

Se cuenta de Platon que, habiendo llegado á viejo, se arrepentía de una cosa. Filosofando relativamente á las cosas, y metiéndose con valor en la cosmología, en sus férvidos años de estudio habia colocado el mundo como centro del universo; pensando despues en aquel teorema suyo nuevamente, añadiendo estudios á estudios, vió que se habia equivocado; mudó de opinion, vislumbrando que no en el centro del universo debia colocar el mundo, sino en una de las inferiores partes de la creacion sencillamente.

Decid, pues, señores, así. Jóvenes estudiosos y de buen juicio, imitad á Platon. Ahora que vuestra alma trae á la memoria lo que hacen los niños, colocais el templo de la verdad en la mente del hombre, de la que haceis el templo ideal del universo. ¡Oh! ¡Salid de la infancia y sed encanecidos en la ciencia! Es la mente del hombre apenas una de las infinitas partes creadas; una parte inferior en que habita la verdad. Sois dignos de compasion, por ser tan jóvenes; os esperamos mañana.

CONFERENCIA III.

SI EL CUMPLIMIENTO DE LOS DEBERES

SE HA DE DEJAR SÓLO Á LAS FUERZAS HUMANAS.

Es imposible tratar seriamente de filosofía y no promover discurso sobre los deberes.

Es cierto, como Ciceron observa, que son dos los problemas máximos que toda la filosofía comprenden: el del conocer, donde se halla el principio del filosofar, y el del apetecer, á qué toca el filosofar. En su virtud, si es lo mismo decir filósofo que decir hombre en el cual alienta el amor á la sabiduría, sabio seguramente no es quien, áun sabiendo dónde debe comenzar, no sabe dónde debe llegar. Así, á las partes de la filosofía por nosotros dilucidadas enlázase necesariamente la ética, relevantísima tambien; porque si la lógica, en la cual se informa el razonamiento, es como la virtud de la ciencia, la ética, que plega el razonamiento á los actos prácticos, es la ciencia de la virtud.

Veamos si los filósofos lo entendieron así. Empezaron por abstraer, inquirir, pasar aquí ó allá con la idea, y coger los principios de las cosas; mas cuando tuvieron los principios bien ó mal aferrados, preguntáronse: ¿Qué hacemos? Conocieron, ó por instinto vislumbraron, que, hallándose encaminado el hombre al bien, debian procurar ahincadamente conseguirlo. Y nació sin más la filosofía moral, ó bien la ciencia de los deberes. Los poetas gnómicos de la Grecia, los himnos «védicos» de la India y en la propia India más tarde el budismo aunque tan áspero, así como fuera de allí los institutos pitagóricos, la filosofía «orífica,» las academias socráticas os dicen más ó ménos lo mismo: mejor las escuelas de la Edad Media os demuestran que la filosofía en-

camínase al bien; entre los recientes filósofos, áun los que más tiznados están por sus errores, ó sea los sofistas y los críticos, pretenden ser moralísimos. Elocuente sobre todas las demás es aquella frase de Manuel Kant: «Yo dormía, y soñaba que la vida es Belleza; desperté, y ví que la vida es Deber.

Tratemos por consiguiente, señores, de los deberes.

Empero, ¿cómo tratarlos? No salimos nunca del problema: los segundos salen engendrados por los primeros, y los unos aparecen más graves que los otros. En la última conferencia se nos preguntó si la filosofía es la única ó suprema maestra de la que se ha de aprender la verdad. Respondimos que no, porque la verdad, tomada íntegramente, ha de ser conferida de una manera pronta y clara, cierta, y acreditada ó estimable, á cuyas tres condiciones falta la filosofía una vez abandónase á sí propia. Ahora de semejante modo nos preguntan si la filosofía que tiende al bien, es bastante á producir la virtud dando fuerzas al hombre para el cumplimiento de sus deberes. A nosotros nos duele muy en el alma; mas debemos responder otra vez negativamente. Debemos decir á esta interrogación nueva: Vosotros, hombres, que no podeis con vuestras fuerzas únicas adquirir y poseer convenientemente toda la verdad, no sois bastante tampoco para construir por vosotros únicamente, digámoslo así, la conciencia moral.

No presumo, señores, inventar con mi cabeza, ni quiero ser original: saco de los libros la distribución acostumbrada de los deberes de que discurre la ética; si bien esto disgusta mucho á los incrédulos, los cuales se proponen hacernos hombres nuevos en todo; admito un orden triple de deberes: deberes que tenemos con Dios, deberes que tenemos con nosotros mismos, y deberes que tenemos con nuestros semejantes. Noto, por una parte, lo que tales deberes importan; noto por otra cuanto el hombre vale por sí para poderlos cumplir, surgiendo una cosa desagradable y triste. Si el hombre, al poner en práctica sus deberes, piensa en sí únicamente, tropieza con facilidad y viene á producir inmensa ruina, porque sale de lo regular, por falta ó por exceso.

Así, observando al hombre confinado en sí mismo, resuelvo el problema negativamente.

Por lo que hace á Dios, mal cumple sus deberes religiosos, y le concede poco. Sólo la religión de Cristo le puede dar el debido cumplimiento.

Por lo que hace á sí, mal cumple sus deberes personales, porque concede demasiado á sí propio. Solamente la religión de Cristo le puede dar la debida templanza.

Por lo que hace al prójimo, mal cumple sus deberes sociales, porque

otorga caprichosamente á sus semejantes lo mucho ó lo poco con daño comun. Sólo la religion de Cristo le puede dar la debida distribucion de fuerzas.

Ante todo se nos presentan los deberes que tenemos con Dios.

No riáis, ateos, ni os enfurezcais, escépticos: la humanidad empleó de continuo el lenguaje que yo empleo aquí; lo emplea todavía y dispuesta no parece á renunciar á él. Al mismo tiempo que braman de coraje, y que los muchos no se fijan en los pocos que del sentido comun reniegan, Dios desmesuradamente domina en el órden de lo ideal y en el órden de lo real. El hombre dice: advierto el infinito, y el infinito no está en la idea del *yo*, ni en la idea del mundo, donde habitamos; esta vislumbre del infinito está en la idea del sér, es decir, de Dios; y Dios, cual es el eje de todo, es asimismo el centro de la razon humana. Privados de tal idea no podemos concebir nada; sin ella no podemos pensar, ni podemos hablar, porque todos los conocimientos de verdad, bondad y hermosura, en ella esencialmente descansan y á ella nos conducen. Es la doctrina de los filósofos discretos, entre los cuales es imposible no incluir á Maret: «Poneos á pensar sin que se halle la idea del sér en vuestro pensamiento nuevamente; haced por afirmar sin serviros del verbo *ser*: no podeis. La idea del sér en general entra en todos nuestros pensamientos implícitamente, y en todas nuestras afirmaciones. Ahora bien; la idea del sér en toda su extension es la idea de Dios: el SÉR es su nombre; así se definió Él mismo. ¡Feliz necesidad esta de no poder pensar sin confesar á Dios, aún no sabiéndolo nosotros! ¡Feliz necesidad la de no poder hablar sin proferir un himno á la gloria de Dios! En su virtud, el desventurado que á Dios niega, y el desventurado que pone sus raíces en Dios, como la planta las echa en el seno de la tierra ciegame; el desventurado que de los beneficios de Dios se sirve contra Dios mismo, negando á Dios, lo reconoce y da testimonio de su existencia, porque su negacion redúcese á decir que el Sér no existe (1).»

Está bien: si Dios es el sér; si todas las cosas, sin identificarse con El, viven y consisten en El; si entre las vidas terrestres domino yo, humana criatura, y dominando trasluzco mejor su excelencia y su bondad, por habérmelas proporcionado más abundantemente, la consecuencia que brota es clarísima é incontrastable: todas las cosas y todas las vidas deben inclinarse á Dios, sumo autor y dispensador de los

(1) Maret, *Theodicée chrétienne*. 5.^a leçon.

bienes; yo el primero, entre todos los seres que tengo á mi alrededor, privilegiado y enriquecido sin medida por Dios, debo más profundamente que otros caer de rodillas en su presencia; debo con una solemne voz, cuyo eco repercute en el mundo, llamarle rey, señor, creador, y padre; esto es, debo reconocerle, amarle, adorarle y servirle, como á su naturaleza importa y como requiere mi filial sumisión. Hé aquí una ley que á todas las precede; hé aquí, señores, la religion natural.

Ahora supongamos que el hombre, para bien dirigirse en este particular, no elige otro guía que su razon, rechazando por sí todo precepto de ley revelada y positiva, que á disciplinarle tienda: ¿qué hará? ¿Bastarále su razon á que cumpla del todo sus deberes para con Dios, que son deberes de gratitud, de adoracion, de amor y de servidumbre? Aquí está lo firme de la disputa.

Concedo que la religion natural, considerada generalmente, se juzgue necesaria: concedo además que donde brille su luz en la recta inteligencia del hombre, incline á Dios el hombre mismo: mas niego yo que en el orden presente de la naturaleza lo incline tanto allí como es preciso; niego por añadidura que así comunmente ocurra en la realidad.

Ahondemos en el asunto.

Quando se afirma que obligado está el hombre, por la religion natural, á reconocer la soberanía de Dios absoluta, como también á servirle, adorarle y quererle, no se dice cosa simplemente abstracta; ni Dios seguramente quedaría contento con una mera abstraccion humana. ¿Acaso Él, siendo el Sér como es, pediría sólo una tintura, por decirlo así, de nuestro espíritu? Se necesita, pues, una cosa real y perfecta: exige ir á la médula. La religion natural, bien comprendida, tiene dos partes: una teórica y otra práctica, que impone asimismo el derecho de la naturaleza. Empero si la religion natural con su parte teórica enaltece al hombre hasta conseguir la noticia del sumo Sér; si le da igualmente conocimiento de lo que debe obrar, con su parte práctica lo conduce á realizar cuanto le dicta el conocimiento; lo conduce á vestir la idea con las correspondientes obras saludables. Ahora bien; las obras que prescribe la religion natural estriban en que, para reconocer prácticamente, adorar, servir á Dios tambien prácticamente y amarlo, preciso es atestiguarle la servidumbre, el homenaje y el amor, interviniendo los hechos. En su virtud, señores, necesario es el culto religioso. El autor del *Sistema de la naturaleza* vió esto y lo confesó: «Si existe un Dios, ¿por qué no le rendiremos un culto (1)?»

Egregiamente: preciso es un culto para seguir los dictámenes de la

(1) *Sistema della natura*, tomo 11.

religion natural, encarnar debiéndose tal culto en obras: hasta el presente nos entendemos. Mas ¿de qué obras se habla? ¿De cuáles hechos? ¿Bastan los movimientos del espíritu y del corazón para rendir á Dios homenaje y para la virtud? ¿Es bastante un culto interno? ¿O necesitase además el externo con actos sensibles? ¿Deben andar siempre juntas estas manifestaciones de culto, interno y exterior?

La pobre razón humana, en el orden presente de la naturaleza, se fatiga en tal lugar, pone su cerebro en tortura y frecuentemente yerra: no concede á Dios con facilidad cuanto le corresponde de derecho, concediéndole poco. Supongamos que la mayoría de los hombres se resuelven por un culto interno y externo: ¿no descubris otros, y principalmente no descubris á los sublimes pensadores que colocan el dedo hasta en el empuje, tratando las plebes de la tierra como rebaños, los cuales entretanto cercenan el culto divino cruelmente? Son los filósofos eclécticos, como son, por otra parte, los deístas y los doctores racionalistas del protestantismo.

A los eclécticos se les ha metido en la cabeza un pensamiento caprichoso: para ellos la religion natural es sólo el simple concepto de las relaciones del hombre y del mundo con Dios. ¿Sabeis cómo definen por consecuencia el culto religioso? Cousin, Damiron y sus sectarios que van engrosando la escuela ecléctica, lo definen: «la significacion extrínseca de las referidas relaciones por vía de símbolos ó de señales exteriores.» Es suficiente, pues, el acto que se ve y se palpa; para suministrarnos la idea del culto el fenómeno es bastante, no siendo menester que intervenga el alma. Con tal doctrina, como cuanto existe se relaciona naturalmente á Dios, formando nosotros el concepto en virtud de tal relacion, necesariamente todo es susceptible de religion; cuanto produce señales sensibles, manifestándose por símbolos y figuras, supone culto religioso. En su virtud religion y culto, en el seno de la naturaleza, deben ser los pájaros que hienden con sus plumas el aire, la flor que despunta en la tierra, el pez que se desliza en las aguas, el león que ruje en la selva, y el rayo que desde las nubes estalla: religion y culto, en el mundo social, será cuanto el hombre hace y obra exteriormente; la palabra, la risa, el llanto, el estornudo, el comercio, la lucha, la danza, la ciencia y así sucesivamente: todo esto debe ser religion, porque todo tiene con Dios un enlace universal é infinito.

¿Os place? Aquí la religion natural viene á parar al culto externo, siendo símbolo y señal: el concepto que de tales cosas tenemos, es la única parte metafísica ó espiritual que posee. Empero si, cual por nosotros quedó probado anteriormente, para poder inclinarnos bien al Sumo Sér y adorarle, es preciso conocerle, ¿cómo lo haremos nosotros

para conocer á Dios, si nos ceñimos á lo externo y no ejercitamos nuestro intelecto? Si inclinándonos ante Dios, y adorándole, debemos amarlo al mismo tiempo, ¿cómo podremos nosotros hacer esto sirviéndonos del sentido únicamente y no trabajando con el corazón? ¡Ah! ¡Los filósofos ecléticos piensan adorar dignamente y servir á Dios sin afectuosidad, ni pizca de amor en el ánimo! Vosotros, señores, aunque sois hombres únicamente, ¿consideraríais buena tal estimacion que os mostrasen otros, excluyendo el corazón y el espíritu?

Dejemos á tales razonadores: demasiadamente templados somos al declarar que conceden poco á Dios; realmente le conceden poco, porque son insensatos y ciegos. Dirijámonos á otra parte.

Los deistas, que parecen armados de razones más poderosas, dicen: «Ciertamente sí; hay que reconocer, adorar, servir y amar á Dios; la ley de naturaleza nos lo prescribe; mas preciso es amarlo y servirlo en espíritu y verdad. Si exigís el culto externo y material, deshonrais á Dios, obrando contra la ley de creacion, porque Dios nos pide sólo el corazón: haceis además una cosa inútil, porque ¿de qué sirve orar con los labios, proferir suspiros, y hacer votos? ¡Como si Dios no viese vuestras necesidades! Vosotros lo injuriais. Basta el culto interno: el exterior es supérfluo y condenable.

¡Cuán extravagantes son estos! Ponedles al lado de los filósofos ecléticos: en el gran templo de la religion natural son el reverso del cuadro. ¡Que se las compongan los unos con los otros! Los unos quieren el culto interno sin que intervenga el exterior; los otros quieren el culto exterior sin interno. Aseguramos nosotros que así los primeros como los segundos no dan á Dios cuanto deberian; por un falso silogismo de la mente otórganle poco.

¡Deshonra el culto externo y material á Dios, porque la materia es vil y despreciable! Por merced, no habéis así con los físicos y los naturalistas, ni con los filósofos empíricos, todos los cuales fervorosamente con acto estupendo señalan la materia fecunda en fenómenos y prodigios. Empero aquí no es indispensable tanto. Dios que creó el espíritu, creó la materia: ¿pretenderíais que quedara El deshonrado por la intervencion de una general obra suya?

¡La ley de creacion veda el culto material y extrínseco, porque Dios pide sólo el corazón! Os lo ruego, señores; no apeéis á la ley de creacion. ¿Qué nos impuso Dios al crearnos? Nos imbuyó el principio y la obligacion de adorarle y servirle segun la naturaleza que tenemos, ó con operaciones humanas. Ahora bien; operacion humana es la que procede del hombre, es cuanto es hombre precisamente, y no ningun otro sér. Bien está; el hombre no es sólo espíritu, ni es cuerpo únicamente:

es una conjuncion maravillosa de los dos elementos, espiritual y corpóreo, que lo constituyen; por consecuencia la operacion humana resulta propiamente de tal conjuncion, llevando el sello de lo corpóreo y de lo espiritual. ¿Quereis que corresponda el culto religioso á esta gran ley? Haced que informado esté por el espíritu y haced que acompañado vaya por los actos del cuerpo.

A lo menos el culto exterior resulta supérfluo, porque Dios ve nuestras necesidades: ¡no sirve proferir suspiros ni orar con los labios!

Si Dios ve nuestras necesidades, á lo cual no me opongo; si de aquí sale condenado el culto exterior, mirad que de aquí sale tambien condenado el culto íntimo y espiritual, porque así como, de la circunstancia de ver Dios nuestras necesidades, sacais que son inútiles las oraciones y los votos, deduzco con igual motivo que son inútiles de la propia manera en el órden religioso los pensamientos de nuestra mente y los afectos de nuestro corazón, porque Dios, puro espíritu, los descubre. Ciertamente si Dios lo ve todo, y por verlo todo hace que sea inútil recurrir á él, ¿á qué fin deberemos emplear nosotros el espíritu? Como callan, por decirlo así, fuera las palabras, callen los afectos y las ideas en el interior. No hay, por consiguiente, necesidad de ningun culto, exterior ó interno.

Mas ¡cuán duros sois para entender! ¿Por qué se pide á Dios? ¿Por qué consideramos seguro que, si bien contempla El, y conoce del todo nuestras necesidades, acoge gustosamente las súplicas humanas? Por cuanto es ternísimo amante y goza viendo en torno hijos humildes enternecidos. Vosotras, madres, conoceis las necesidades de vuestros infantes, adivináis sus gritos y sabeis sus deseos; os es, sin embargo, muy dulce que os abran el corazón y os manifiesten por sí mismos los deseos de su alma virginal. Tú hombre, que lees en el corazón de tu esposa, y conoces las necesidades que la oprimen, ¿no ansías que confiese de viva voz su amoroso tormento, que manifieste toda su alma, y que la vierta en la tuya?

De crudo y aborrecible temple son los deistas. Al parecer no tienen padre, ni madre, ni esposa, ni hijos: si en la luz de Dios los contemplas, dices como por otra parte dijiste ya de los filósofos ecléticos: Tienen su corazón apagado. A la verdad, no dan á Dios cuanto segun derecho le deben; negándole su culto externo, pecan por ofrecerle demasiado poco.

Por último vienen los doctores racionalistas del protestantismo. Estos, educados bajo el influjo de una fé positiva y entre la ternura del Evangelio, cuando tratan de la religion natural, se sirven de un lenguaje menos enjuto; os hablan de moral correspondencia y de corazón,

cual os hablan de que debemos reconocer naturalmente, adorar y servir á Dios: asumen tambien alguna vez el misticismo de la piedad; sin embargo, diferentes de los deistas por la mayor abundancia de afecto, convienen del todo con éstos, y acampan contra los filósofos ecléticos, queriendo desterrado del siglo el culto externo.

Viven privados de sentimiento, y están en lo falso igualmente, mientras semejantes á los demás conceden poco á Dios. En efecto, impelidos por la mayor afectuosidad, permiten algunas cosas en el culto que tienen algo sensible; pero que significa poco, repudiando las otras más relevantes. Citaré, por ejemplo, al doctor Ahrens, para el cual el culto religioso prescrito por la naturaleza «es sólo una obra intelectual y espiritual, que debe abstenerse de representar con señales á Dios y sus atributos, aunque pueda llamar en su auxilio algunas artes, como el canto y la música; con que más vivamente son expresados los sentidos internos y las ideas que tenemos de lo infinito (1).» ¡Oh, caro doctor! ¿por qué sólo el canto y la música? Si estas artes nos ayudan en los conceptos del infinito, ¿por qué no se ha de permitir la predicación pública, ni la oracion, ni el sacrificio, cuyos ritos nos hacen volar mucho mejor á la idea del infinito? Vos sólo contentais el oido con las armonías sensibles: ¿por qué no contentar tambien los ojos y el corazon con el espectáculo religioso y las armonías espirituales?

¡Cómo resultan delicadamente lógicos! Tommasio, Dunz, Kemmerich y otros doctores semejantes, concediendo áun por otras razones que bueno es y justo el culto exterior como filósofo, lo recortan, lo adelgazan, á poco lo reducen ó á nada, porque sostienen que la razón, á sí misma limitada, no lo puede considerar preciso. En su virtud, al lado de los aludidos habrá el templo; mas el templo estará interiormente desnudo de ornamentos y sagradas imágenes: los fieles que acuden al templo rogarán; pero sin quererse ocupar en ceremonias religiosas. Así se sirve á Dios en espíritu y con pureza de ideas. ¡Oh qué bella salida! ¿Es acaso espíritu el templo donde se hallan los fieles reunidos y que vosotros admitís? ¿Son acaso espíritu, ó son idea los sitios que los fieles ocupan, y los mismos labios que oran? Cuando en el templo tocan la campana con el fin de marcar la hora de la oracion, como lo hacen no pocas sectas de tan nobles adoratorios, ¿es acaso ideal la ondulacion del sonido que se difunde por el aire? ¿Es semejante al contento metafísico que surge por la concordia de los teoremas en la mente del pensador? Puede decirse de los tales lo que á la boca venía de un hombre vulgar; pero inteligente, quien, pasando por delante de una

(1) Ahrens. *Cours de droit naturel*, parte 3, c. I.

iglesia de Valdenses, leyendo en el frontispicio: «Entrad; aquí se adora en espíritu y en verdad á Dios,» exclamaba en sus adentros: ¡Cuál espíritu! La puerta, los ladrillos, y la cal. ¡Cuál y cuánta verdad, cambiar en cosa espiritual la cal, los ladrillos y la puerta!»

Es gastar inútilmente razones y pruebas añadir otras. Basta ponderar por una parte los preceptos de la natural religion, y advertir por otra la marcha de quien á la sola razon humana se atiende para conocer con evidencia que los hombres, reduciéndose á sí mismos, faltan fácilmente por defecto sobre los deberes religiosos; conceden poco á Dios.

¡Qué hacer? Si la religion y la filosofía nos suministran tanta luz y tanta fuerza para llevarnos á cumplir una gravísima parte de nuestros deberes, ¿de dónde vendrá el consejo, el vigor y la virtud para cumplir delante de Dios nuestros deberes como es preciso? Veo que yo, según me hallo actualmente, no soy bastante, y veo que caigo por deficiencia; y pienso en Dios.

La palabra *Dios*, proferida por mí, es una de aquéllas que atraen un mundo; el mundo nuevo que aquí se abre y se representa es terrible para los hombres incrédulos. Pienso en Dios para que me ayude, á fin de no venir á ser indigno de Él; nombrando con esto la divina revelacion y la Iglesia. Hé aquí, gritan, hé aquí el sacerdote y el culto católico, el cual va siempre delante queriéndose impuesto á las gentes. ¡Culto católico! Lo esperábamos.

¡Qué quereis decir, amigos? Lo veo y lo sé: los labios de los incrédulos tienen para el culto católico una triste jerga; para ellos nada viene á ser más pueril, más estúpido, ni más asqueroso. Con mucha paciencia de todos invito yo á los hombres honrados á que se fijen. Lo que se procura cubrir de malvada vergüenza, nos parece necesario: el hombre que relativamente á Dios cumple mal sus obligaciones y poco le concede, por el culto católico logra cumplir debidamente.

¡Una puerilidad el culto católico y una cosa de niños! Si por ley natural debemos á Dios tributar un culto íntegro, interno y exterior, siendo infiel quien lo mutila y separa, el culto religioso que posee la Iglesia, elévanos á cosa perfecta. Este culto ante todo es interno, porque nace por la fé secundada por el consentimiento del alma; estriba en el obsequio de la mente, y en el afecto del corazón; el alimento de que vive es la caridad; esto con tanto vigor, que si la caridad falta y el culto no está informado por el espíritu, viene á ser fastidioso é insufrible, resultando vanas las oraciones, los ritos y las ceremonias; es una condenacion y una muerte. El culto de la Iglesia tiene una parte externa y sensible, que sirve al propio tiempo para patentizar el obse-

quiu de la mente y los afectos del corazon, así como para enardecer de rechazo tales afectos y tal obsequio, si es verdad que, mediante los sentidos, se fortalece la idea en el santuario del hombre interior. A cuyo efecto admirablemente contribuyen las bellezas y los esplendores de la liturgia, las preces, el aparato del sacrificio, los toques, los cantos, las artes, la poesía, la elocuencia y la fascinacion de las imágenes religiosas. De tal modo el catolicismo es un instituto y una representacion más bien única que rara. Existe una ley, no solamente filosófica é histórica, sino universal: es la de la dualidad. En la ciencia es el silogismo; en la naturaleza es la afinidad; en la historia es la fraternidad de las estirpes; en el órden sobrenatural es el connubio de la revelacion hebraica con la cristiana; de nuevo en la ley divina es el enlace del dogma con el precepto, y es en el hombre el comercio del alma con el cuerpo. Ahora bien; la ley de la dualidad, es decir, la parte interna y exterior, en el culto de la Iglesia se juntan benéficamente, porque mientras responde al proceso general de las cosas, completa en nosotros la ley natural que nos une á Dios.

¡Necio y estúpido el culto católico!

Explicándoos antes la religion natural, dije que nos impone la obligacion de reconocer, adorar, amar y servir á Dios, emanando de aqui la necesidad del culto religioso. Fué, sin embargo, la nuestra una explicacion incompleta, que necesita comentario.

Si nosotros, señores, al mismo tiempo que, por decirlo así, estudiamos á Dios, procurando con la simple luz natural conocerle, volvemos un instante la mirada á nosotros mismos comparándonos con El, cosa sumamente conmovedora se nos revela. Dios, visto por el ojo más alto que nuestra mente, es inmenso, eterno, infinito, sapientísimo, potentísimo y pródigo criador de todo; por esto las cosas, y especialmente los hombres, sólo pueden ser sus servidores humildísimos. Esto va bien; mas ¿qué resulta el hombre en aquel tremendo parangon? No sólo una criatura pasajera, restringida y débil, sino tambien decaída y enferma. ¿Qué contraste forma la santidad de Dios con la miseria del hombre? ¿No es verdad, hermanos míos, que nosotros tenemos una naturaleza degenerada? Somos por origen corruptos en la fuente de nuestra vida; la tentacion del mal nos asalta, el intelecto se ofusca, la voluntad se pervierte, se llena el corazon de podredumbre y de vituperio. Entonces, cuando el vituperio nos domina, no nos atrevemos á dirigir la frente á la luz del cielo; debemos seguir bajos, así como darnos al arrepentimiento y llorar. ¡Dios mio! ¿Por quién seremos ayudados para limpiar el alma con la lavadura de nuestras lágrimas? La religion natural nos muestra el Dios grande, el Dios perfecto, el Dios potentísimo, como he-

mos manifestado: no nos muestra también á Dios con facciones mansas, descendido hasta nuestra vergüenza y en busca de los pecadores: yo, pues, espántome de Dios, y, no teniendo la manera de ser nuevamente amigo suyo, me desespero. Lo confiesa el filósofo Saint Evremont: «El secuaz de la religion natural, el hombre de orden, no halla medio alguno para obtener el perdón de sus culpas (1).» El inglés Clarke va más allá, dictando estas palabras discretas: «La naturaleza no descubre al hombre si Dios para vengar el ultraje inferido á sus leyes, para sostener el honor de su gobierno y patentizar hasta qué punto está enfurecido contra el pecado, exige alguna cosa más que el simple arrepentimiento, antes de restablecer al hombre en los privilegios que ha perdido. No hay atributo de Dios que realmente acredite que Dios está obligado á perdonar al pecador arrepentido sólo en virtud de su penitencia. Por consiguiente, la sola naturaleza no puede calmar las agitaciones y las dudas del extraviado, relativamente al medio de aplacar á Dios ofendido (2).»

¡Ah! Yo, enfermo y culpable, siento que necesito arrepentirme y llorar; con todo, restringido á la luz de la naturaleza, no veo que Dios me socorra. Esto es poco: á la luz de la naturaleza veo por el contrario que arrepentirme y llorar no me basta. Dios ofendido requiere satisfaccion digna de su majestad; mas, ¿cómo puedo yo darle tal valor, si precisamente soy infelicísimo, encontrándome desde mi concepcion del todo dañado y sucio? Realmente (y Platon lo antevió) es preciso «alguno que venga del cielo:» no puedo yo ser el redentor de mi alma.

Para que cesen mis dudas, mis agitaciones y mis angustias está el culto católico. ¿Estoy echado á perder? ¿Estoy degenerado? ¿Qué importa? Esto no es un estímulo para desesperarme, sino para confiar. El culto católico me pone delante á Dios, que ha descendido hasta mi oprobiosa miseria, que se ha vestido de carne por mí, que ha sufrido y muerto por mí, dando con sus méritos infinitos condigna satisfaccion á la justicia eterna. ¡Oh mi buen Dios! ¡Cuán clemente, pío, benigno, dotado de amor inefable os veo en el culto católico! Necesito quien mis lúgubres y sediciosos pensamientos enderece: aquí Dios con guirnalda de espigas en la cabeza redime mi mente: necesito quien cure mis llagas morales y quite lo nefando de mis costumbres; Dios con sus manos llagadas me toca el corazón y lo santifica, infundiéndome, por decirlo así, el hálito de su boca, y haciéndome llevar nueva vida; necesito quien guíe mis pasos, no dejándome vagar por las soledades de la tierra; y

(1) C. Saint Evremont. *Evámen de la religion*, cap. XI.

(2) Clarke. *De l'existence de Dieu* v. II, cap. X.

Dios me abre su corazón de par en par: me transforma en puerta grandiosa la herida impresa en él, diciéndome: *Ven*. ¡Ah! ¡Lo pensaba y me lo repetía yo á mí mismo! Para mí, que hijo soy de la naturaleza, no era bastante Dios del cielo; mas á mí, cristiano, me basta en la tierra el adorable Crucifijo.

¡Que da el culto católico asco y es repugnante!

¿No descubris que, por las auras saludables y divinas del culto éste, soy arrebatado, atraído, renovado y socorrido? ¡Ah! ¿No tengo tambien un alma que de lo bello enamórase, sintiendo la verdad y el bien? Llevo conmigo un ansia prepotente que no me da paz; no quiero tener un espíritu muerto; quiero abandonar mi sepulcro, quiero vivir, quiero el perdón de Dios, quiero que respire mi corazón como inocente y justo; quiero saborear las alegrías de la virtud. Por esto el culto católico es mi despertador, mi tienda, mi tabernáculo. Sé que la vida humana es una pugna; sé yo que quien no pelea en el combate muerto está. Ahora bien; hallo yo en el culto católico la mejor de las palestras. Dejadme ser soldado, y dejad que aspire á la corona de los vencedores.

¡Repugnante el culto católico!

Los protestantes que lo destruyeron en sus tierras no lograron impedir que sus más poderosos pensadores, y sus más nobles ingenios, escribiesen en su favor alabanzas grandes. Leibnitz lo encomia, cual si fuese católico; alábalo Ugo Grozio; Klopstock recurre á él, embelleciendo así sus cantos; Müller lo propone como soberano elemento de la música y de las bellas artes; enamórase de él como novelista Goethe, y os hace oír los débiles toques de la campana católica, donde gime amargamente Margarita; los doctores Clausen, Villers, Menzel, De Wette, Ullmann, Schult, Wohlfahl, Schubart, se hacen sus panegiristas.

Ateneos aquí al joven é ilustre poeta de Alemania, el luterano Schiller.

Mortimero, hijo de la brumosa Inglaterra, educado en la secta establecida con la suciedad y la sangre por Enrique VIII, es introducido por Schiller, ante María Stuard, á quien da cuenta de su viaje á Roma: Dice: «Figuraos, oh reina, el tiempo en que celebra la Iglesia católica la festividad del jubileo; la semana santa. Afluían á cada calle los penitentes; hallábanse coronadas las imágenes de los templos, y me parecía que á los reinos del Señor dirigíase llena de gozo la humanidad peregrina. Aun yo, confundido entre la muchedumbre devota, llegué á la orilla del Tiber. ¡Que nueva maravilla me asombró al presentármeme ante los ojos un largo giro de pórticos, agujas, columnas y obeliscos, poniéndoseme delante además el monumento de San Pedro! El buen genio del arte me abrió en aquel instante sus espléndidos encantos. Aún no había sentido yo su potencia gentil, porque la religión que me edu-

có aborrece las formas, no dando satisfaccion á sentido alguno del hombre. La maravilla creció en mí al entrar en el templo, al oír en lo alto resonar la música, al ver que se destacaban de las paredes admirables imágenes, y al hacerse patentes á mis ojos las más santas sublimes cosas. ¡Oh reina mía! Ví al ángel en Nazaret con el eterno saludo; ví á Dios acabado de nacer y la Virgen Madre; ví al Trino y Uno bajado del cielo, así como al Redentor trasfigurado sobre la cima del Tabor. Despues, ceñido con las blancas estolas, ví al supremo sucesor de Pedro, que consumaba de rodillas el gran sacrificio, bendiciendo á todas las gentes. ¡Oh! ¡Qué son las piedras preciosas y los esplendores con que circundan el trono del rey del mundo? Su palacio es mortal paraíso (1).

Estos arrobamientos y estas alegrías que hace referir Schiller á Mortimero en el más perfecto tal vez de sus dramas trágicos, ¿significan tal vez para vosotros asco, abominacion, repugnancia?

Concluya nuestro razonamiento.

Hasta tal punto es verdad que la filosofía no es á propósito para formar en el hombre la conciencia moral, ni puede alzarle del todo á la consecucion del bien que, poniéndonos á observar solamente la parte primera de nuestros deberes, á saber, los que naturalmente tenemos con Dios, no resulta de ningun modo bastante. A lo más la filosofía nos aconseja la natural religion; mas, fuera de que ésta en el orden presente de cosas, es por sí demasiado limitada é incompleta, terrible tormento padece de varias maneras por la misma razon humana, que parece la creó: ondea entre los cultos interno y externo; abandona el primero aceptando el segundo, y abandona éste, ciñéndose al otro; no sabe además, de qué modo proveer á las necesidades del hombre corrupto, no pensando en ello siquiera. ¡Ved hasta qué punto está enferma la filosofía! Imaginásteis vosotros que omnipotente debía ser en manos del hombre. No y no; el cumplimiento de cada deber no se puede abandonar sólo á las fuerzas humanas; el hombre, secuestrado en sí, cumple mal sus deberes religiosos, y concede poco á Dios. Es necesario que la religion de Cristo le proporcione su debido cumplimiento.

Despues de Dios, señores, el hombre: por esto la parte segunda en que se ocupa la ética, versa sobre los personales deberes.

Ente perfectible sin duda es el hombre; la perfeccion á que tiende, abrazando el compuesto humano integro, esto es, el alma y el cuerpo, se refiere sobre todo al alma, en la cual encuentra las mejores dotes que

(1) Schiller. *Maria Stuart*, acto primero, escena cuarta.

prometen feliz éxito. Para quien perfectamente mira, estas dotes del hombre dominantes, pasando, por decirlo así, del intelecto al albedrío, enlázanse al elemento moral como á su término último. La razon es que para edificar (la moralidad es edificacion sublimísima), se necesita cemento y fuerza. Ahora bien: el cemento subsiste sólo en la conciencia, y la fuerza subsiste sólo en la voluntad.

Algunos hablan del perfeccionamiento humano á cada momento, sin descubrir dónde reside, digámoslo así. Hablan de ciencias, artes y oficios. Muy bellas son; mas ¿qué cosa es el artista sin moralidad? ¿Qué sin moralidad el obrero y el docto? Estudian la astronomía excelsa; mas olvidan la anatomía, que les parece minuciosa y vil. Prescinden de la anatomía física; mas ¿cómo florecerá vuestra excelencia personal, oh activos astrónomos, sin la moral anatomía de vuestros afectos y de vuestras pasiones? Otros conocen al dedillo los puntos de la cronología, las dificultades de la gramática y los procesos de la lingüística; mas ignoran los movimientos de su alma, por no fijarse en ella. Otros recuerdan fielmente los lugares que atravesó antiguamente, á guisa de rayo, Julio César, y en nuestra edad Napoleon; entretanto tales diligentísimos geógrafos é historiadores no conocen el mapa de su propio país; lo peor es que ignoran la geografía del mundo que recorren, y la historia que van escribiendo con sus acciones. Puesto en olvido el hombre moral, no existe perfeccionamiento humano.

Empero si la perfeccion moral es tan indispensable á los hombres, preciso es observar dónde nace.

Nace del exacto y vigoroso cumplimiento de los deberes personales. Aquí es preciso dirigirnos al exámen antropológico.

Es una enseñanza favorita de los naturalistas que va cuanto en el universo se produce y vive, á sacudidas, á vibraciones y á saltos; en su virtud, asi como reducen todas las fuerzas físicas al movimiento, ven obrar al movimiento mismo sólo por ondulaciones: es una vibracion la luz, un salto el éter, un empuje la mecánica celeste y la mecánica molecular: parece que toda la creacion procede del choque. Mas éste, si continuase aislado y roto, engendrar no podría la vida; por esto los naturalistas ahondando más en la cosas, ven que se halla por fin el impulso con la cohesion; el choque promueve, por decirlo así, el sonido, el abrazo, y el beso, del que brota el orden, en el cual se halla el constante prodigio del universo.

Este no es el lugar, donde me corresponda decir si resulta exacta en todas partes tal doctrina; la recuerdo simplemente y digo que si tanto place hoy hacer caminar por choques el mundo externo y cósmico, algo semejante y de belleza parecida puede descubrirse con razon en el

mundo moral del hombre. ¡Cuántos temblores, saltos, vibraciones y empujes se van sucediendo en él! Abundan más en la mecánica celeste que en la mecánica molecular; los ímpetus interiores que sufre cada hombre, ajústanse al número y al poder de las inclinaciones distintas, de las tendencias, de los afectos, de las pasiones que lo agitan secretamente, así como de las impresiones sensibles que se introducen en su sér, lo cual significa que sus ímpetus demuestran que proceden del infinito. Pues bien; elevar queriendo el hombre al perfeccionamiento moral, es manifiesto aquí qué cosa es necesario emprender; precisa que no caminen los ímpetus aislados y solos, ni á merced de sí mismos, sino coordinados á un fin; precisa que en el mundo interno del hombre, como en el exterior del universo, el impulso y la cohesion se hallen de modo que surja orden y armonía. Guiar tales ímpetus y dirigirlos constituye aquellos deberes relativos á nosotros, de la propia manera que el fruto de tal guía y de tal disciplina constituye la excelencia personal en nosotros.

Hemos mostrado cómo el hombre, criatura perfectible, puede ir á la perfeccion en sus actos internos y en sus costumbres. Hagamos ahora otro trabajo: abandonemos toda idea de religion positiva y divina; apartémonos de las leyes sobrenaturales; finjamos que no hay Dios en el cielo, ni tampoco Iglesia sobre la tierra. Decid, señores: reducido el hombre á sus naturales fuerzas, ¿creeis posible para él y áun fácil adornarse, cuanto es menester, con su excelencia personal? ¿A ser vendrá la filosofía para él suficiente maestra? Sostengo que no; por lo que hace á sí, el hombre que no cree en Dios, ni profesa religion cumple mal sus propios deberes: no se templa sabiamente y se otorga demasiado, rompiendo la noble armonía de su sér.

Saquemos la prueba de un estudio práctico y resolutivo.

Entre los ímpetus que más impelen al hombre á infringir sus propios deberes dos hay especialísimos, que me pongo á considerar particularmente: el sentido de lo concupiscible, y el estímulo de la presuncion. Sin aguzar demasiado los ojos para inquirir y poner en claro los secretos, todos veis cada día, señores, á vuestro alrededor áun en las personas cultas y gentiles, á cuáles excesos conducen estos dos procelosos ímpetus. Mas yo pienso: si tal estrago causan en quien se atiene á las reglas comunes, ¿qué será con los que desprecian la religion, pretendiendo obrar por sí mismos y obtener la perfeccion sólo por las fuerzas naturales? Engañados están y se hacen traicion á sí propios; el hombre confinado, si vale la expresion, en sí, concede demasiado á la concupiscencia, dejando de ser casto; concede demasiado al empuje de la presuncion, y cae por consecuencia en la debilidad.

Empecemos por la concupiscencia.

Malebranche, que al escribir sobre la concupiscencia, echarla quiso de fisiólogo al mismo tiempo y de moralista, atribuye su origen á las impresiones ocasionadas por los sensibles objetos en el cerebro de nuestros progenitores en el acto de su caída; tales impresiones se transmitieron y siguen comunicándose á sus descendientes. Esta teoría, que intenta explicar el nacimiento y el paso á los hombres de la concupiscencia, si bien es demasiado especiosa y empírica, no deja de arrojar una luz directa sobre la formación de la propia concupiscencia: los objetos sensibles tienen parte sin duda en ello, si no como primeros motores ó engendradores, á lo menos como instrumentos. La concupiscencia es el deseo inmoderado de las cosas sensuales, efecto del pecado de origen. Templadla y regídlá; no os limiteis á impedir sus excesos, á lo cual se restringían los antiguos Pelagianos; ennoblecedla dirigiéndola á santo fin; ella os servirá de instrumento y ejercicio hermoso para la virtud, por cuanto en sí misma no es, como los Maniqueos enseñaban, pecaminosa y ruin. Beausobre, que tal opinion atribuyó á san Agustín, maltratando por ello sus libros, no sabía leer. Por el contrario dejad que la concupiscencia no tenga límites, ni freno, dejando de dirigirse á un fin honesto; dejadla encender y bramar á su gusto, llamándola natural efecto y legítimo: es un cieno, y quedais entonces vosotros contaminados.

Me duelo, y se tiñen, señores, mis mejillas porque hablo de una vergüenza humana: la concupiscencia, cuando no es refrenada, ni está bien regida, ensucia la criatura racional, contando empero sus triunfos oprobiosos. El hombre tan enamorado de sí propio y tan pueril por sus afectos, corre como los infantes al resplandor de objetos deslumbradores, sin que sepa casi nunca castigarse de manera debida; aborrece las cosas evidentemente deformes y espantosas, pone su vida en peligro por la fascinación del honor; resiste alguna vez los tormentos á vista del mundo, queriendo ser magnánimo; mas no sabe resistir los deleites mórbidos. La concupiscencia es una sirena que simula hermoso semblante y canta bien sus canciones; ¿á qué fin no amar aquella frente ni agradecer aquellas armonías? Quiere la concupiscencia espaciarse por tierras sembradas de rosas; ¿á qué fin repeler las flores, ó detestar su hermosura y su fragancia? Ordinariamente preséntase la concupiscencia velada con luz clarísima, y suspirando por el bien; ¿á qué fin odiar el bien y la luz? Así pensando y rindiéndose, cae víctima el hombre de la traidora: aquella luz es oscuridad, aquellas flores hieden, aquel concerto es ruido de tempestad, y aquella sirena es verdugo. Debias, hombre, mandarte á tí mismo, y te diste á tu pasión como esclavo. Velo y llora: infringiste tu deber personal.

¡Empero existen la razón, el buen juicio natural y la luz de la filosofía, que proscriben las fealdades de la carne.

¿Las proscriben? Lo concedo; mas, ¿no sabeis y no lo experimentásteis ya, que, ciñéndoos á las fuerzas únicas de nuestra naturaleza, muchas cosas condenamos y proscribimos con palabras, por la doctrina de los libros, no menos que por la ley, y entretanto en las acciones las hacemos? ¡No recordais aquel verso latino, tan traducido y comentado en ritmo de Italia: «Veo lo mejor, y lo apruebo; mas sigo lo peor.»

¿La filosofía! ¿Tendrá la filosofía tanta robustez para conteneros y no dejaros manchar nunca? ¿Os mantendrá tan pulidos en las afecciones y en los sentidos, tan netos y lucidos, como imagina el esplendor de la idea? Recurrámos, pues, á los filósofos; observemos si, llena su mente y su corazón de preceptos filosóficos, supieron conservar costumbres inmaculadas. El Ginebrino, que del asunto entendía, no vaciló en lanzar á la cara de los filósofos este reproche: «Socavan los fundamentos de la fé, y aniquilan la virtud (1).» Mucho más vieja que Juan Jacobo, increpó la cortesana Lais á los filósofos de su edad y dijo con atrevimiento: «Llaman á mi puerta no menos frecuentemente que los otros.» A la verdad, la magna familia de los filósofos, si se compara con las otras clases de los ciudadanos, no resulta en la historia siempre muy casta. Segun el testimonio de Cornelio Nepote, que redactó las *vidas* de muchos hombres que habian sido ilustres, Sócrates se manchó con aquel vicio abominable contra la naturaleza, que reprocha el Apóstol á los antiguos sabios (2). Plutarco, escribiendo el catálogo de los filósofos que se dejaron llevar de su sentido reprobado, no se avergonzó de colocar su nombre al lado de los de Sócrates, Platon, Zenon y Cecilio. El catálogo de Plinio el Joven, relativamente á los filósofos tiznados con la misma infamia, es mucho más horrendo y más largo; además de los nombres de Sócrates y de Platon, se leen allí los nombres de Virgilio, de César y de Ciceron. Este último, representándose á sí mismo, en la persona de uno de sus interlocutores, nos dió esta confesion cínica: *Nos, probantibus antiquis philosophis, adolescentulis delectamur* (3).

Entre la turba filosófica, considerad aparte al que, colocado en medio de las edades, maestro del paganismo y admirador del cristianismo, puede, sin duda en materia de costumbres, deciros perfectamente lo que fueron los filósofos antiguos y los modernos. Hé aquí á Séneca, llamado el *moralísimo*, cuyos escritos están frecuentemente adornados

(1) Rousseau, *Emilio*, tom. IV.

(2) Cornelio Nepote *in Alcib.*

(3) Ciceron, *De natura Deorum*.

de doctrina evangélica, de tal manera, que se creyó discípulo secreto de San Pablo. Pues bien: ¿venció Séneca con la doctrina la concupiscencia contenciosa? ¿Fué casto? Allí están para responderos Roma, sus pompas y sus grandezas, el oro, el palacio imperial, los senadores y los libertos, los pretorianos y las cortesanas. Empero abandono á Roma, á fin de hallar mejor en Séneca al filósofo que obra por sí mismo.

Entre los monumentos con que adornadas están las costas de Córcega, sobresalen de maravillosa manera las torres, que aquí ó allá se levantan cual escoltas, pareciendo que con sus cúspides quieren sublimar hasta el cielo la isla. No diré que la más antigua de tales torres es la más hermosa; pero sí la más relevante por sus recuerdos históricos, además de ser verdaderamente admirable y estar llena de diversos encantos el lugar donde surge. A fin de visitarla preciso es penetrar en el país de Luri, valle casi siempre vestido de amenísima primavera, defendido por las nieves y los hielos, con su dorso puntiagudo de la montaña, fecundándola siempre las aguas de los pequeños torrentes que corren por la parte inferior, bajo la dulce sombra de castaños, nogales y olivos, viniendo allí á serpentear entre bosquecillos de cedros y naranjos. Con todo si en el valle hallais la frialdad y la belleza primaveral, sucede todo lo contrario en el cabo Corso que la domina. Allí donde hay un inmenso peñasco enhiesto y pendiente, se levanta como columna de humo la torre de que os hablo; allí está la tormenta y el invierno. La torre, siempre batida por los vientos, envuelta frecuentemente su cabeza en las nubes y surcada por el rayo, parece desafiar victoriosa el cielo y la tierra. El infierno está en las alturas y el paraíso en la parte baja. ¡Espectáculo solemne!

En el año cuadragésimo tercero de la era cristiana, entre aquel paraíso y aquel infierno, en la torre del cabo Corso fué relegado Séneca por orden del emperador Claudio.

Ahora bien; en la proscripción y en la soledad, ¿qué cosas hace el romano filósofo? Ha perdido la metrópoli, la Corte, las cortesanas, los niños, los senadores, los libertos, los aduladores y los amigos que le aplaudían. Todo lo perdió y pocos incentivos le restan para la concupiscencia. En lugar de los coliseos, del palacio imperial y de la ciudad grande, tiene una roca, un valle, castaños, nogales, flores, primavera y tempestad. ¿Qué hace? Escribe su obra «De la Consolación,» donde se queja de los Corsos. ¡Ah desgraciado! ¿Por qué no quejarse de sí mismo? El filósofo, habitante de la torre, llevó al enemigo en su compañía: es la malvada concupiscencia que no sabe refrenar; compelido por ella sale de la torre, al valle pasa de Luri, recorre toda la playa donde confinado está, y persigue mujeres, buscando así en el destierro á Roma con

sus orgías y sus vituperios. ¡Desgraciado! De tal manera parece un animal por la incontinencia, que allá en Mercurio, aldea no distante de Luri, surge una rebelion mujeril. Indignadas las mujeres y furiosas, se apoderanen mal punto del filósofo, lo despojan y desnudan, le atan como si fuera un malhechor, y con haces de ortigas le azotan implacables. Ultrajó las costumbres del país, pagando su crimen con la infamia y con su sangre: las vergüenzas de Séneca restituyen á Córcega el honor debido.

¡Oh! ¡Si el romano filósofo, cual acogió en alguna parte la doctrina de San Pablo, y admiró el cristianismo, se hubiera de veras arrodillado ante la cruz adorando á Jesucristo! El espíritu cristiano enseñoreándose de su alma y de su carne, le hubiera librado de aquellas acciones nefarias, de los azotes de las mujeres y del perenne vituperio. ¿No hubiera podido conseguir el filósofo moralísimo lo que hacen los grandes hombres con el auxilio del Señor, lo que hallan fácil áun los niños y las doncellas? Cristo dice al hombre: *Recibe el bautismo*. El bautismo no extingue la concupiscencia; pero la debilita: sus terribles efectos son moderados por la gracia santificante que distribuye Dios en la lavadura de la regeneracion. Cristo dice: *Usa de los sacramentos*. Los Sacramentos vienen á ser como el canal por el que los dones supernos llenan el alma necesitada, haciéndola hermosa con la belleza de Dios y fuerte con su fortaleza. Cristo dice: *Reza*. Y quien reza bien recomendándose al Omnipotente; quien se pone con Dios en directa comunicacion, no puede ménos de recibir favores señalados. Aprasta la religion así al hombre la templanza debida, á fin de que no se desvie. Empero los mundanos, los incrédulos, todos los de mente nécia, que se fastidian de Dios, confían en sí mismos, y hacen un llamamiento, no á la religion, sino á la razon humana y á la filosofía. Invocan la filosofía, á fin de que los libere de las costumbres feas. ¡Sí! Ya vereis de lo que sirve. ¡Pobre ciencia! ¡Pobre mortal! ¡Cuán engañado vas! Sin Dios, sin fé divina, el hombre fácilmente sale de su centro: concede demasiado al sentido de lo concupiscible y da en la incontinencia. Los deberes personales quedan por esta parte vilipendiados.

Hablemos ahora de la presuncion.

Tal empuje, que nosotros sentimos muy gallardo, por su de calidad demasiado abierto y no nos pide largos estudios para su definicion. Dejemos por tanto de notar hasta qué punto se arraiga en lo concupiscible y con cuánta fuerza se sirve de lo irascible para explicarse: bástanos simplemente advertir que hija es en nosotros del egoismo. Por tal razon tiene un carácter moral, que la deprime mucho en parte al lado de aquélla. Aparentemente le lleva ventaja, porque no inclina por lo co-

mun á obras indecentes y súcias, preñadas de vituperlo, sino que recorre las altas vías del hombre y tiende á las nobles apariencias: es deprimida en su médula, ó en su alma; porque mientras la concupiscencia, contenida en su órden propio, puede tener cara de inocente, ésta no puede mostrar su pureza y su inocencia: señores, ¿quién no sabe lo que supone la presuncion? Es pretender más de lo conveniente, lo cual es condenable. En su virtud, generalmente hablando, es ménos fea y repugnante que la concupiscencia; mas siempre no puede ser más excusable que ella.

Sea lo que sea de esto, la presuncion no sale tan viciada de su naturaleza, que no aparezca con alguna pequeña raiz de bien. El elemento bueno que produce es la fuerza del ánimo, y la tension de la voluntad, á la que no se niega, prorrumpiendo por el contrario; el valor, el ardimiento y el empuje para las fuertes empresas. Es verdad que se debilitan tales actos envenenados por el egoismo; mas si alguna vez los vemos obrar, no fijándonos en sí reconocen un malvado progenitor, cuánta parte de humana grandeza constituyen. Es quien no la tiene perezhoso, tímido, subyugado, nulo, pareciendo el hijo desheredado de la humanidad; mas quien se informa en tales actos llegando á poseer el ardimiento y el empuje, sobresale sobre la turba de los hombres vulgares, viniendo á ser mayor que sí mismo. Los arquitectos se prueban en el arte de construir: allí están Bramante, Brunelleschi y Palladio. Los navegantes se prueban con las longitudes del mar; hé aquí á Vasco de Gama, á Cristóbal Colon y á Marco Polo. Los soldados se prueban con el ejercicio de las armas: hé aquí á César y Alejandro.

Esto sentado, os invito á confesar si el empuje de la presuncion, reprovable por sí, pero que tantas dotes preclaras encierra, como no tenga otro guía que la razon humana y la filosofia, hace correr á los hombres muy tristemente. Creo en tales tristezas; dejado el hombre á su propio poder, concede demasiado al estímulo de la presuncion; en su virtud, inexorablemente paga tributo á la debilidad é infringe sus deberes personales.

Nunca tuve yo en las manos demostracion más fácil.

A la verdad, ¿de dónde nace la modestia en nosotros? ¿Dónde y cómo la humildad se forma, en cuanto es virtud? Por una parte brota de una consideracion interna cuando nos miramos á nosotros mismos reconociéndonos defectuosos, faltos de muchas cosas, llenos de fragilidad y dolientes; al mirarnos tan mezquinos no nos ensoberbecemos; mas se moderan los ímpetus del espíritu, á fin de que no vuele donde sería inevitable su caida. Por otra parte brota de una consideracion externa, lo cual sucede al compararnos con las obras de la naturaleza y las mag-

nificencias sociales que tenemos delante; en frente de tanta grandeza se nos manda la humildad.

Esta segunda consideracion, por más que parece cosa extrínseca, es muy necesaria. Ella desde los objetos exteriores refluye dentro y os estampa un sello que viene á resultar como la medida de nuestro sér. Frecuentemente hace más aún; suscita el conocimiento de nosotros mismos, mientras estaba en nosotros tenazmente adormecido ó muerto, porque ocurre frecuentemente que cerramos los ojos sobre nosotros y olvidamos nuestra personal miseria. El parangon establecido, señores, entre nosotros y los demás nos da nuevamente, si vale la expresion, á nosotros mismos. Imaginad un campesino delante de Carlomagno; es preciso que se sienta modesto. Suponed un estudiante de lógica al lado de Platon; necesario es que aparezca humilde y pequeño. Imaginad un amador de las bellas artes que á los trabajos asista de Sanzio y Buonarroti; preciso es que ante sus portentos artísticos se confunda. Suponed un soldado, ó un oficial junto á Napoleon I; preciso es que se reconozca de poco valer y que se mantenga bajo.

Despues hablemos del hombre que á Dios no admite, y que quiere sólo regirse con las fuerzas de su razon.

Mientras en Dios creemos y estamos seguros de caminar en su presencia, nos vemos sometidos á una comparacion terrible: esto vale para nosotros desmesuradamente más que al soldado correr junto á Napoleon y al campesino presentarse á Carlomagno, porque, tratándose del altísimo sobre todos los séres, hallamos delante el eterno, el infinito, el inmenso, el omnipotente, nuestro creador y padre, el juez de las humanas acciones; ¿quién, con esta fé viva en el pecho, podrá delante de Dios mantenerse orgulloso y atrevido? Preciso es que desaparezca la presuncion para que la reemplacen la modestia y la humildad.

Empero quitad vuestra fé viva en Dios, y anulad al Señor en vuestro concepto, considerándoos dueños absolutos del universo: en rigor no existe ya comparacion posible y necesariamente sois soberbios. Marco Aurelio dictó este apóstrofe: «Avergüenzate, hombre, de hacer alguna baja accion, pensando de qué inmenso universo eres ciudadano.» ¡Bellas palabras! Mas si yo imagino este universo vacío de Dios, en el que aún Marco Aurelio creia; si no hay en este universo quien verdaderamente me domine, quien me vea y juzgue mis acciones, el sentimiento de la vergüenza se atenúa tanto en mí, que ya no me alcanza. Si soy yo absoluto dominador en el mundo, soy libre; ¿por qué personal comparacion de mayor excelencia deberé yo avergonzarme? Escribe sabiamente Jorge Cuvier: «El hombre no es bien conocido cuando nada más

en sí propio es estudiado (1).» Los incrédulos, semejantes en esto á los Cartesianos, psicologistas rabiosos, presumen reducir á un grosero «psicologismo» el oráculo delfico, ó diré mejor, socrático: *nosce te ipsum*. No advierten que Dios y el sabio griego no enseñaron: *nosce te ipsum in te ipso*, sino en Dios. Ahora bien; no se quiere á Dios y es desterrado; el hombre viene á ser desconocido; no se conoce á sí mismo desconociendo su miseria. Por una ley que parece de fatalidad y es justo castigo de Dios, primero es pretendiente altivo; despues será débil y enfermísimo.

Mirad con cuánta estolidez infringe sus propios deberes.

El hombre tiene sin duda este deber muy grave, que inmediatamente refleja en su conciencia; no exponerse sin precauciones al peligro de la culpa; no desafiar el mal, ó, como los moralistas dicen, es un deber del hombre no ponerse en ocasion próxima de pecado. Amonestacion sábia. Porque probado está que quien con la iniquidad se divierte y la desafía, cae victima de ella; de continuo demuestran los hechos qué verdadera es aquella bíblica amenaza: «quién ama el peligro, en él perecerá.»

Sí; recordad tales advertencias al hombre en cuyos huesos sopla el espíritu de la presuncion tempestuosamente. ¿Por qué deberé yo temer afrontar el peligro? ¿Por qué retroceder y no desafiar el mal? ¡Miedos de la menuda gente ascética! No soy niño, ni soy una mujercilla; me siento fuerte, íntegro é impertérrito: haré yo el milagro mío, más que ciertos santos de la Edad Media los hicieron: entre las llamas saltaré, no quemándome. Pensando así, se lanza el presuntuoso y mátase á sí mismo: se vuelve al juego y gasta el resto de sus bienes; dedícase á versátiles operaciones de comercio y á la justicia ultraja: va con torpes amigos á la cena, la cual se trasforma en crápula; hártase y llénase de vino como no lo haria si fuera un animal; va frecuentemente con los de boca horrible, habla como un ébrio y blasfema; entregase al baile acostumbrado en aquellos salones deshonorosos y no danza sólo al borde del abismo, sino que da de bruces en él. ¡Ah! ¡Es débil espantosamente el presuntuoso! Quiso desafiar el riesgo, y el riesgo del mal lo devoró.

Tiene otro deber el hombre relativamente á su conducta externa, civil, y aun política: el deber á que me refiero es el siguiente: debe llevar el contrapeso entre las obras sociales y sus dotes personales. En su virtud se le prohíbe intentar cosas grandísimas, extraordinarias y

(1) *L'homme n'est pas bien connu quand on ne l'étudie que dans l'homme.*—Cuvier. Véase *Annales des sciences naturelles*, tom. II, p. 462.

nuevas, cuando exceden su capacidad de un modo abierto. Auxilia la fortuna ciertamente á los audaces, que de improviso la cogen por su resplandeciente cabellera; mas es un hecho asimismo que muy frecuentemente los temerarios no logran su intento y pagan á caro precio la culpa de su propia osadía. Salen fuera como tempestades; chocan y se deshacen; con las ruinas se forman gradas, suben y trepan: hasta parece que tienen alas en sus hombros, y que hienden las nubes con su cabeza. Ya os lo dije; cosa es de tempestad: ésta desaparece y véis á los temerarios caidos por tierra, desplumados, sin laureles y extinguidos. El pueblo bate las manos y grita: ¡Los que viajaban por las nubes se pararon en el polvo! Hollémosles.

En vano, señores, recordareis al presuntuoso estas razones y tales hechos: encógese de hombros y os deja plantados. En sus venas tiene una sangre tan atrevida, un fuego y una manía heróica, que á las estrellas le arrebatá; á las turbas humildes desprecia, y medita insólitos acontecimientos; su juramento es morir más bien que permanecer vulgar. Por esta razon os dejó plantado, y se fué á fin de atender á sus obras superlativas. Jóven aún, del primer vuelo se hace periodista: profesa el mundo una moral rancia, de sabor ingrato: él cambiará con sus hojas los ejes históricos de la pública moralidad. No sirviendo para tratar el manubrio, ní para levantar la pala, por ser frágil, doliente y casi tísico, se declara el apóstol de los obreros; tiene en la garganta un poco de facilidad para expresarse, lo cual es suficiente para sus arengas populares y ardientes; hástale para que los obreros maldigan su estado presente, para hinchar su corazon y alimentar en sus almas las esperanzas de un porvenir que nunca vendrá. Perdida su fortuna, de bajo nacimiento y sólo grande por su altanería, sobre los reyes se levanta, sobre los gobiernos, sobre las cámaras y sobre la nacion: anuncia y promete *un nuevo mapa político* á la humanidad. ¿A dónde van estos profetas, estos apóstoles y estos redentores de la plebe? ¿De qué manera termina el juego social de tales presuntuosos? Ved qué debilidad. ¡O la ola de la sangre de los ciudadanos les ahoga en la plaza, ó ven bajo su techo cómo se pudren las cárceles del Estado!

Aun por respeto al cuerpo, el hombre está sometido á la ley de los deberes. Aquí omitiendo lo demás, advertiré que sí él, por una parte, debe tener disciplinado, sóbrio y enjuto el cuerpo, de manera que se atempere á la virtud, tiene por otra el deber de conservarlo. Quien sigue el orden natural de las cosas y admite un primer creador, reconoce que los supremos derechos, así del cuerpo como del alma del hombre, se refunden en Dios, por lo cual Dios, y no el hombre privado puede disponer de la vida. Esto es prácticamente claro; el hombre que

por sí mismo no se procura el nacimiento, ni se dió la vida, no puede darse la muerte.

Hablad de estas, como de otras doctrinas morales y católicas, al hombre, en el cual se encarnó la presuncion satánica. ¿Qué os responde? Es una fábula fea la de la muerte: habeis visto siempre que al oír tal frase arrufa la nariz y hace muecas, tanto más vergonzosamente cuanto más incrédulo es. Con todo quiere reservar para sí el derecho de la vida y de la muerte: hasta llega el instante en que delibera poner en práctica tal derecho formidable. ¡El suicidio! ¿Qué cosa he nombrado? Sí; los incrédulos quieren colocar el suicidio entre las libertades personales del hombre: á veces juzgan un derecho suyo la muerte voluntaria y querida. Nos hallamos en la última debilidad de la presuncion.

Ved aquella nacion hermana nuestra, que tiene tanto de generosa, pero que tambien tiene tanto de bullanguera y de loca; ved allí donde tantas veces nos hemos dirigido, donde de continuo debemos aprender cosas nuevas y severísimas: mirad á la Francia del siglo pasado. Por merced mirad, señores, los filósofos aquéllos, que con la sola razon humana entienden regir el mundo; aquellos Titanes que los cielos escalan y buscan á Dios para extinguirlo en su mismo trono; aquellos legisladores que se sientan en el concilio de la media noche, promulgando la declaracion de los derechos del hombre; aquellos nobles que sucumben á causa de los burgueses; aquella plebe que pasa por encima de la clase media, paseándose sobre las cabezas de los patricios y de los reyes; aquellos feroces soldados que, una vez desafiadas á mortal combate la Iglesia y la patria, desafian á toda Europa en son de guerra. Pues bien: aquella edad y aquella nacion os enseñan la raza de los presuntuosos por excelencia.

Ahora bien. ¡Condenacion terrible! los presuntuosos que difuntos quieren á todos sus émulos, en la muerte tropiezan, siendo su propio suplicio, y con la muerte contraen monstruosas nupcias. Leed la *Declaracion de los derechos del hombre*: no encontráis allí este artículo, mas existe desde su principio hasta el fin en el espíritu de la ley; emperador de la naturaleza es el hombre y árbitro de la vida: puede, pues, por lo que hace á la muerte hacer lo que le parezca. Y en efecto, nunca se vió tanta facilidad de morir. No hablo de los que matan, sino del que libremente se quita la vida. Condorcet, el amigo tiernísimo de d'Alembert, de Clairault, de la Fontaine, el ilustre sabio el genio tal vez más progresivo de la revolucion, conturbado por las vicisitudes política y sociales, odia el mundo y la vida, maldice á los vivos, bebe un veneno, y se da la muerte. Pedro Lebas, compañero de Saint-Just, adulador de Robespierre, engañado y lleno de amargura, del mismo

modo pierde del todo la paciencia: se apunta una boca de fuego al cráneo y se hace saltar la tapa de los sesos. María Roland, esposo de la famosísima y astuta Juana, hombre de secta y revolucionario desde niño, por el mal proceder de su consorte, huye; tiene los cabellos erizados, abiertas de par en par las pupilas, y la espuma sangrienta en sus labios amontonada: recorre como un misántropo la campiña, siéntase junto al márgen de un foso, apoya en un árbol la frente, se saca de debajo un puñal y en el corazón lo hunde.

Dejad el campo, y dejad las ciudades abiertas, penetrando, señores, en las cárceles de París.

Entre los gritos, las blasfemias, los sollozos y lágrimas de los detenidos, de umbral en umbral y de pasadizo en pasadizo, vereis vosotros la figura extraña de un vivo, que visita las cárceles sin ser prisionero. Aquí ó allá se detiene, se acerca, habla quedo en el oído del condenado, se vuelve receloso á fin de asegurarse de que nadie le descubre, y ofrece al compañero proscrito una botellita: despues un apretón y se marcha. Así da la última prueba de amistad, repitiendo semejante acto con los demás amigos íntimos y caros que halla en el presidio. Os lo he descubierto yo; el vivo que ocultamente consigna la botellita del veneno y procura la voluntaria muerte de sus hermanos, es el célebre médico materialista Jorge Cabanis. Los amigos tan bien servidos, engullen y mueren. Son los *Espíritus fuertes*: con el suicidio se van al otro mundo.

¡Espíritus fuertes! ¡Cuán débiles sois, desventurados! Comenzásteis queriendo con la sola razón regir la tierra, y la razón os condena, porque la razón no es la muerte. Os alzásteis para lanzar á Dios de la creación, á Cristo de la historia, y á la Iglesia de la sociedad: hé aquí que sois vencidos. Subsisten Cristo y la Iglesia; mas vosotros desapareceis oprobiosamente. Os propusísteis abatir los émulos todos, que llamásteis «nobles, tiranos y ricos;» mas éstos viven aún y os gritan: «Aborcaos.» ¡Cuán débiles sois, desventurados! No teneis fuerza para educaros en la virtud con la prueba; no teneis fuerza para mandaros á vosotros mismos; no teneis fuerza para resistir el infortunio; no teneis fuerza para mirar tranquilamente la cara del enemigo triunfador; no teneis fuerza para vivir, cuando es ménos acerbo perecer. Por esta razón, el puñal, la pistola y el veneno; por esto la confesion de los pusilánimes: *No puedo más*.

¡Paz, señores, para estas sombras llenas de afán! No; ni pistola, ni veneno, ni puñal: es sangre de mis hermanos bárbaramente vertida; los hermanos se han hecho verdugos de sí propios, y es un espectáculo que me aterra. ¡Ah, si en lugar de darse incrédulos á la filosofía, se hubie-

sen servido de la religión! ¡Si hubiesen abrazado los pies del Crucifijo, implorando piedad! No hubieran tenido un fin tan miserando. Cristo dice: «Sed humildes; aprended de mí que soy humilde y manso de corazón; sed como los niños, si penetrar quereis en el reino celestial;» con tales consejos y tales preceptos divinos la pésima llama de la presunción hubiérase apagado en su pecho: la actividad, el aliento y el valor que hubieran quedado al hombre, no serían adulterados por la soberbia. Es herido en su raíz el presuntuoso; Jesucristo, para impedir sus excesos interiores y externos, exclama: «Huye de la culpa como de la faz de la serpiente: no pongas en peligro tu alma, ni tientes á Dios; tienes sólo un alma; perdida ésta, estás perdido para siempre.» Exclama: «Respetar el orden social; no invadas el mundo con tus impertinencias, ni te pongas á edificar sin poder concluir: busca el reino de Dios ante todo y su justicia, seguro de que todo lo demás se te dará por añadidura.» Exclama también: «No te desesperes cuando el dolor te domine, viéndote abandonado: sufre, ora y espera; existe la divina providencia que vela sobre tí; el que viste los lirios del campo y nutre los pajarillos del aire, no te dejará sin nada; según tus padecimientos será el galardón.» Tal es la enseñanza evangélica; donde tal enseñanza esté bien comprendida, el hombre huye de la ocasión próxima de pecado; no destruye los órdenes civiles ni los políticos, y conserva su persona en cualquiera circunstancia de su vida. ¡Amada y venerable religión de mi Jesucristo, anatematizada por los ímpios, escarnecida y hollada, como si fueses la maldición del hombre! Tú sola puedes salvar al hombre y hacerlo feliz.

Condensemos, señores, las muchas palabras en pocas.

El perfeccionamiento moral de nuestro ser es la más ardiente ansia que le domina; la ética es ciencia en verdad utilísima y nobilísima, porque nos muestra cómo el perfeccionamiento humano se reduce al cumplimiento de los deberes personales. Ahora bien; tales deberes se practican con valor, conteniendo los ímpetus de las pasiones, en cuanto tienen de vicioso. Quien á Dios posterga y rechaza la religión, no consigue refrenar los ímpetus de que hablamos; lo prueba el estímulo de la concupiscencia y el empuje de la presunción; donde los hombres se ven abandonados á sí mismos, se rinden á la una ignominiosamente cayendo en la concupiscencia; y no resisten fatalmente á la otra, cayendo en la debilidad. Lujurioso y débil, el hombre dista mucho de ser perfecto: es un miserable. ¡Qué por consiguiente? Si la filosofía no es bastante para la perfección humana, se debe recurrir á otra fuerza más excelente que la supla y complete. Con esto se demuestra cuanto en un principio os anunciaba. Relativamente á él, cumplen mal los hombres

sus deberes personales; conceden á sí mismos demasiado. Únicamente la religion de Cristo les puede dar la debida templanza.

Tomado Dios en consideracion, y estudiado el individuo tambien, la ciencia moral está más que medio bosquejada; saca la cabeza, inflamándose su corazon. Sin embargo aún le faltan las manos, siendo menester que las agite y extienda. En efecto, así como Dios no puede ser mirado por nosotros, sin que se reconozca como supremo creador de las cosas, el hombre no puede tampoco ser observado sin que se vea establecido en sociedad con otros hermanos. Hé aquí la tercera parte de la ética, donde se trata de los deberes que se refieren á nuestros semejantes: los deberes sociales.

Sería demasiado prolijo sí, sobre los deberes sociales, me pusiera yo á daros una minuciosa exposicion, refiriéndoos su origen y su desarrollo; en su virtud, restringiéndome á sólo notar el hecho por sus cosas culminantes, diré que algunos de los deberes con nuestros semejantes emanan de la justicia y otros de la caridad. Es absolutamente necesario cumplir los primeros, hasta el punto de ser injusto quien niégase á ello, vituperable y ruin; cae bajo el imperio de la ley, y debe ser condenado, como es condenable siempre por su naturaleza. Necesario de un modo más libre sin duda es el cumplimiento del órden segundo; es aconsejado de todas maneras, impuesto y querido por Dios, por el alma del hombre y por el sentimiento comun, porque si los deberes de la caridad no están prescritos por la ley, emanan de la naturaleza; en su virtud, quien á ellos falta no ve á su puerta el alguacil, ni entra en la cárcel; pero queda sometido á la censura universal. El hombre, pues, conversando con sus iguales, debe ser justo y es bello que respaldanza por su generosidad.

Esto va bien, señores: lo que más importa, sin embargo, es conocer cómo los deberes de justicia y de caridad serán mejor cumplidos. Tal es la cuestion última que me toca resolver.

Si con la mente volveis á las cosas dichas, se os manifiesta que dos son los medios que se proponen á fin de cumplir nuestros deberes: uno es valernos sólo de las fuerzas naturales y humanas; el otro valernos de cuantas fuerzas hay en nosotros por la naturaleza y el arte, pero sin dejar que permanezcan solitarias, añadiendo por vía de refuerzo las fuerzas sobrenaturales y divinas: quieren los incrédulos el modo primero, y los cristianos el segundo. Hemos dado nuestro parecer; hemos demostrado que, así para los deberes relativos á Dios como para los relativos á nosotros, la razon y la filosofía resultan insuficientes para que cumplamos en estas dos partes, como es preciso, por cuanto el hombre, ceñido á sí propio, concede poco á Dios, concediéndose por el

contrario, demasiadamente á sí mismo; en su virtud, es necesaria que la religion, que, relativamente á las obligaciones religiosas, nos proporciona el debido cumplimiento, y sobre los deberes personales nos proporciona la debida templanza.

¿Qué añadiremos de los deberes sociales? Estos deberes, que debemos cumplir por justicia y por caridad, deberes solemnes, inmensos, delicados, terribles y tremendos por referirse á toda la sociedad civil, ¿pueden ser á maravilla cumplidos si nos apartamos de la ley divina y de la religion? Observo á mi hermano que confía en sí únicamente y que de las fuerzas terrenas únicamente saca el cumplimiento de los deberes sociales, viendo cosa que me afana y me desalienta.

Martin Lutero, entre las imágenes que sacó de su magin, que fué un hormigueo, tiene una juiciosa y exactísima: «La sociedad, escribe, es siempre un poco semejante á un ébrio que galopa sobre un caballo; nunca puede mantenerse recto sobre su silla, inclinándose unas veces á esta parte y otras á otra.»

Lo que Lutero afirma de la sociedad civil, lo decimos del hombre privadamente. El hombre que quiere cumplir con sus semejantes los deberes sociales sin Dios, no camina rectamente: es un borracho, enteramente lleno de sí mismo; mientras el caballo galopa, va inclinándose unas veces á la derecha y otras á la izquierda. Dejando, señores, la figura: por lo que hace al prójimo, cumple mal sin Dios los deberes sociales, porque otorga caprichosamente á sus semejantes con daño universal demasiado ó poco.

Christiana religio liberat hominem ab his diis quos facit homo: libra la cristiana religion al hombre de los ídolos que se fabrica por sí mismo, dice sabiamente San Agustin (1). Mas vosotros, queriendo ser incrédulos, no teneis religion cristiana; no quedais por consiguiente libres de vuestros ídolos; sois, pues, caprichosamente movidos por ellos.

Teneis el ídolo de la simpatía, y por simpatía concedéis demasiado á vuestros iguales. Os tiranizan una frente blanca, dos ojos brillantes, una gentil persona, un trino, un canto; correis entre jóvenes astutos, y os juntáis para bailar con las hijas del siglo; teneis las pupilas obstinadamente cerradas para sus defectos, para sus vicios, para sus corruptelas y para sus pecados; las apariencias, los oropelos, las lindezas y los mentidos halagos cubren los pecados y los vicios, supliendo en vuestra mente á la virtud. Aquellos jóvenes y aquellas hijas son «criaturas simpáticas,» lo cual os basta: cuanto maldecís las almas pías, devotas y verecundas que miráis de reojo, tanto poneis aquellas sobre las

(1) San Agustin. *De civitate Dei*, lib. III, cap. 23.

nubes. El afecto de lo concupiscible, que arroja como vimos al individuo en la incontinencia, vuelve á tomar en vosotros el color de la simpatía en tratando con vuestros semejantes, pareciéndoos el más inocentísimo de los amores. Empero, ¿podrías decir inocente dar el brazo á los deshonestos? ¿Es inocente cosa gastar en su servicio profusamente tiempo, paz, corazon y dignidad? Teneis el ídolo, siendo esclavos: ¿y os llamáis inocentes? ¿Inocente quien, contaminado él, á los otros contamina? «Debemos, enseña Platon, los mayores deberes al alma del hombre, despues de los que se tributan á la Divinidad.» Ahora bien; ¿honrais vosotros al alma humana, echándola, por decirlo así, á lo abominable? ¿Magnificais así á vuestros hermanos? «No haremos esta cosa, decís; la razon y la filosofia nos preservarán de la caida.» ¡Oh los hombres verídicos y creíbles! ¿Hablo por ventura de lo que podreis hacer, y no más bien de lo que obráis? ¡Si habeis caido ya! ¡Si caeis todos los dias! ¡Si llegais al fondo del cieno! La razon y la filosofia, no bastantes por sí para librar al individuo de la incontinencia, no hieren á la simpatía en sus excesos; quien no consigue arrancar la raiz, no logra siquiera impedir en público sus venenosos frutos. La ciencia terrena, de tal modo halaga en el hombre la simpatía, que filósofos hay los cuales, parecidos á Adan Smith, hacen consistir en ella la moral. A la verdad el ébrio, colocado en la grupa de la bestia, inclínase por simpatía; pende á la derecha, señores, y da demasiado.

Viceversa, queriendo proceder como incrédulos, sois arrastrados fácilmente por el ídolo de la crueldad, de las antipatías y del odio. Un chiste que os hiere, una ofensa, ó sólo los indicios de una injuria que os hacen, alzan tempestuosamente vuestro espíritu, echando, por decirlo así, chispas de fuego de los ojos, de la boca y de las manos. Os proponéis vengaros: diente por diente y vida por vida: sois furiosos. ¡Ay de mí! ¡Con cuánta frecuencia, hombre, haces el papel de niño insolente! «Es verdad, fuí un niño, me contestas, cuando recobras la razon; mas esto acaeció porque no me atuve á los preceptos de la naturaleza.» Me place; mas si la pasion te venció porque no consultaste la naturaleza, ¿dejarás de ser niño para ser un héroe, despues de haberla consultado? Lo dudo, porque tu pasion y la naturaleza ocupan el propio nivel, no viendo fuerza superior que llegue y te cambie. Aunque así no fuese; si para esto bastase la naturaleza, Jesucristo, que lo entendía, no hubiera impuesto como un especial mandamiento divino amar á los hombres y perdonarles. ¡Ah! ¡Cómo la ciencia viene á ménos, al órden natural limitada! Eugenio Sué flagelaba el filosofismo, que domina en el mundo moderno con estas palabras: «Otro quehacer no teniendo los homhres, sino enemistarse, se miraron bien y vieron su

faz. El hombre profundamente indagó el corazón del hombre y se puso á inquirir cada una de sus fibras. Retrocedió espantado, porque habían sido sus descubrimientos horribles. Realmente vió en los otros lo que hallaba en sí mismo: el orgullo, el odio y la envidia... Creyendo vacíos los cielos, porque se los cerraron, se agitó miseramente con ímpetu en medio del día este falso y lúgubre... Cuando una fé saludable deja de poner un freno potente y sagrado al instinto irresistible que lleva al hombre á la venganza, la reacción de esta venganza es ébria, furente y ciega, porque faltando los culpables afronta los inocentes, asaltando con frecuencia el corazón y el gérmen de los siglos futuros (1).» ¡Cuánta envidia, cuánto odio y cuánta ferocidad en el corazón del hombre! Hecho es para que ame, y abomina, odiando aún á los oprimidos, á los abandonados y á los débiles. Si entre estos colocáis á los sacerdotes (los pobres sacerdotes casi en todas partes despojados hoy por los poderosos, y no dejados empero en paz), oid por merced qué vilipendios se regalan. El hombre que ahora presume tener en la mano el tráfico de la fama de los hombres, los llama «raza de víboras, hienas sedientas de sangre, y esbirros de la tiranía teocrática,» rogando en nombre de la libertad que «sean exterminados de la Italia y del mundo (2).» ¡Cuánta envidia, cuánta bilis encendida, y cuánta ferocidad en el corazón humano, donde Dios no permanece! Mas el hombre se arrodilla y al ídolo adora en esta oración suya de rabia. El borracho, señores, pende: inclínase á la izquierda por odio, y á sus semejantes da demasiado poco.

Procedamos adelante: busquemos otros tiranos y otras deidades; descubramos los altares.

Vosotros, abandonándoos al proceder incrédulo, caéis con facilidad en las garras de un ídolo nuevo fastuoso, pero feísimo: la prodigalidad. Si no hay Dios, ni religión, ni vida futura, contentemos los sentidos, dándonos todo lo posible al derroche. Haga ostentación en el mundo el hombre, casi Dios: coches, caballos, carreras, teatros, comidas, espectáculos, histriones y malas mujeres, un carnaval continuo: no se ahorre gasto, ni se mire lo conveniente; que se consuma y se despilfarre; lo único que importa es ostentar en el despilfarro gran lujo, porque tal despilfarro hace que sea grande la vida. Si fuese la Iglesia escuchada, recordaría á los dementes que la carne del hombre se pudre como el heno del campo; que quien gasta pierde y á ser llega pobre; que preciso es dar y no derrochar; recordaría que sin duda el pródigo es el más necio de los mortales; que lejos de ser feliz, da en el lodazal, envене-

(1) Eugenio Sué. *La Vigie de Koat-Ven*. Prefacio.

(2) El general José Garibaldi.

nándose; y que de todas maneras dándose á los deleites honrados, quiere que al carnaval sustituya la cuaresma. Mas ¿por qué nombre la cuaresma? Es la vieja con arrugas, que tiene de continuo en la garganta el acento desagradable de la penitencia; es la boba y la cruel, á la que bueno es no dignarse dar la menor respuesta. ¡Despilfarro, despilfarro! El ébrio sobre su caballo vacila y pende: inclínase, señores, á la derecha, compelido por la prodigalidad. Concede demasiado á sus semejantes.

¡No lo veis! Si os dais á las delicias de los incrédulos; si prescindís de la religion, aún no quedais bastante defendidos por una divinidad nefanda, cuando ya os hallais con igual fealdad tentados y tal vez cogidos por otra. El ídolo á la prodigalidad opuesto es la sordidez ó avaricia. Precisamente: si no hay Dios, ni divina ley, ni eternidad, está el gozo del hombre en los bienes del tiempo; mas, para poder gozar mejor estos bienes, preciso es no disiparles con el despilfarro, sino retenerles con la posesion. El incrédulo y el avaro hablan así, haciéndose avaros. Repugnante faz la del avaro; ¡tiene naturaleza y modales de tigre! A fin de acumular, coge, despoja y mata: con la presa de otros engorda. Empero cuanto más engorda y á ser llega poderoso, es tanto más inquieto y miserable. Si oír quisiérais á la Iglesia oíríais que calificale de tirano y de bárbaro; oíríais enseñar que los ricos son economos de la celeste providencia, y no dueños absolutos de las riquezas; oíríais recordado el deber de dar lo supérfluo á los pobrecitos. ¡Vana suposicion la mia! El avaro es duro de corazon y sordo de oidos. A la Iglesia no escucha, ni ve á los pobrecitos, ni percibe clamores, ni responde á los gemidos. Oro, y oro; el idólatra del dinero adora siempre su ídolo. Está mal sobre la silla del caballo nuestro ébrio, é inclínase á la izquierda por avaricia. Da demasiado poco á sus semejantes.

Todavía se me presentan ídolos y borracheras.

¿Seguís empeñados en no saber de Dios, y en profesar una doctrina moral edificada sólo por el hombre? Decid si teneis fuerza bastante á conservaros siempre con ánimo invicto contra la fascinacion del poder, ó los golpes de la desventura. Me indignan las molicias de los hombres. ¿Es preciso que tenga fin la cólera de un gran señor? ¿Se ha de conseguir un empleo? ¿Ha de conquistarse un elevado sitio social? Decia un griego filósofo que «los príncipes tienen las orejas en los pies.» Pues bien; muchos de los hombres, á fin de avanzar, van á poner á los pies de los grandes la boca: así hablan ellos y los exaltan, recomendándose á ellos si son pobrísimos. Para estos de abatido espíritu los grandes y los magnates son dioses. Fea y vil es la adulacion, é insufrible para quien tiene alguna dignidad personal, aunque sea poca. A Cristo, que nos

manda la humildad, disgusta esto de hinchar á otros con la propia vergüenza. Mirad en la historia cómo los cristianos verdaderos y magnánimos estaban delante de los emperadores, de los prefectos, de los poderosos: para un hermano [que se plega y se deshonra, mil hay que afrontan á los orgullosos con la cabeza erguida. Dios que «al hombre trata con respeto,» como está escrito en la Biblia, quiere que se respete á sí mismo. Mas negad á Dios, olvidad este consejo, y quedaos con la sola naturaleza delante del estímulo, de la utilidad y de la propia conveniencia... El borracho sobre su animal no va firme, y pende hácia la derecha, inclinándose, señores, por adulacion. Concede demasiado á sus semejantes.

Volved á mirar: ¿no descubris más? Nuevamente tienta un ídolo al hombre, y, como lo encuentre incrédulo, con facilidad le vence. Es el reverso de la medalla: en lugar de la adulacion, está la maledicencia.

Contemplemos á Venecia en el siglo XVI. Es la ciudad libre de Italia; la ciudad del estruendo y de la osadía; sede de los literatos, de los sabios, y tambien de los proscritos, de los bribones y de los aventureros: el oriente y la Edad Media le han promiscuamente impreso su carácter social: la ciudad de las Cruzadas es tambien la metrópoli de la virtud y del arte, como es la metrópoli de la desvergüenza y del vicio.

Mas de lo universal vengamos á lo concreto.

Escojamos el año 1530, dirigiéndonos al Canal Grande: vogando, vogando, en un punto de la laguna se nos pone delante un palacio muy bello, que pide ser visitado. Estatuas de valor lo coronan, cuyas bases, con las pequeñas columnas y cornisas bronceadas por la humedad, así como doradas por el sol, no quieren mostrar sus propios epígrafes y el adorno del estilo. El artista entendidísimo, que tanto estudió en las amenas calles venecianas, dió aquí en el *Canaletto* prueba de ingenio admirable. La puerta del palacio se abre á dos batientes; al entrar se ve una larga escalera pintada enteramente al fresco, que conduce á un vasto salon. Hay allí una tapicería de seda de color rojo mezclado con el azul, que levanta, por decirlo así, el viento de las paredes y que hacen brillar hermosamente los rayos del sol, siendo aquél un magnífico regalo del marqués del Guasto: allí estatuas, bocetos y dibujos que son los primeros esbozos de Giorgione y de Tiziano. En el salon algunas mujeres con sombreros de forma veneciana se dedican á sus trabajos, mientras una toca el «arpicordo,» guitarra un poco mayor que la moderna.

Esto es aún nada. Para conocer la importancia del sitio, preciso es mirar la gente que llega; es una multitud, en la que veis algunos orientales con espléndidas zamarras. Armenios que han llegado para cum-

plimentar, algun nuncio de príncipe, pintores célebres, jóvenes escultores ávidos de gloria, mujeres atraídas por un nombre que mete mucho ruido; criados, pajes, músicos, viejos soldados, todos los cuales apremian en el salon pidiendo ser introducidos en donde se halla el habitante del palacio.

¡Oh! ¿Quién es el señor del palacio?

Oid una extrañeza: es el paladin del tintero; uno de los primeros representantes de la prensa que habia surgido recientemente: Pedro Aretino. En el palacio donde le hallamos admite á la multitud en determinadas horas, y recibe visitas: á los unos un chiste, á los otros una sátira, y á los otros regala una sugestion maléfica; se acomoda más tarde en el escritorio, dicta en prosa y en verso, manda epístolas, difundiendo el tósigo en cada línea; acusa, trincha y maltrata: algunas veces por la tarde, despues de comer, cuando corren los bellos dias de abril y de mayo, asómase al balcon, donde, flanqueado por dos naranjos floridos, entre una guirnalda de plantas, cuyos ramos á festones tegan un arco gentil, entrégase á su oficio sin consideraciones ni pudor. Otros desde allí gozarian el espectáculo de Rialto, sobre todo encarecimiento bellissimo; contemplarian cómo van las góndolas ligeras, las agujas de los palacios, cómo se achican y se confunden al remar los nervudos gondoleros; cómo se desvanece luego el horizonte, teñido al llegar el sol á su ocaso con muchos colores. No él, otra siendo su alegría. Su oficio es decir mal de todos; allí sentado, y enfurecido locamente, lanza frases brutales contra las mujeres venecianas, los señores y los mozos de cordel de la ciudad; pasa los límites de las lagunas, motejando duques, príncipes, emperadores, obispos, cardenales y Papas. Es una boca de sepulcro, en cuyas cosas nefandas envuelve la tierra.

¿Cómo sucedió esto? ¿Por qué razon es Aretino el Zóilo de la literatura y el doctor de la maledicencia?

Os lo diré. Nombra Pedro Aretino á Dios y á Cristo, llamándose cristiano; mas le falta el espíritu del cristianismo; es un apóstata de Cristo y de Dios. Nacido en 1492 en Toscana, en el hospital de la pequeña Arezzo, hijo de la cortesana Tita, de la que servíanse pintores y escultores como modelo, educado sin fé religiosa, vino á ser un muchacho discolo: se instaló en el estudio de algun artista, robó y huyó: pobre, vagabundo y de malas costumbres, buscó astutamente fortuna; se puso á encuadernar libros, ganó y gastó por sus vicios; huyó de Perusa, como habia huido de Arezzo; vistió en Ravena el sayal capuchino; fué arrojado y echó á las ortigas aquel traje de lana: buscó la proteccion de Julio II y no la obtuvo. Empero con su lengua mordía y

— cortaba malditamente, habiendo sido la lengua su acero para derribar á sus enemigos. El muchacho libertino, vagabundo y ladron, tanto hizo y tantas vueltas dió dándose á la malidecencia, que subió al palacio de Venecia, flagelador de los hombres y ruin bufon de Italia.

¡Ah! Los que califican de inútil á la religion al instituir la doctrina moral, pensando que basta para freno válido la ley de la naturaleza y aun la opinion del mundo, mírense en el insolente Pedro Aretino; dejando aparte la Iglesia y Dios, hizo lo que hacen muchísimos, esto es, comprendió á su modo la ley de la naturaleza; en cuanto á la opinion del mundo, decid si le sirvió de freno para contenerle. El ruin bufon de Italia, el calumniador, el maldiciente, gana oro. Obtiene condicion señoril y gran fama, siendo consultado como un oráculo. Francisco I le honra, Ariosto le llama *divino*, y Cárlos V conversa con él familiarmente. En el poder á todos iguala; amigo es de Tiziano, corresponsal de Miguel Angel y de Jorge Vasari, audaz menospreciador de los rayos pontificios, más rico que un príncipe, más desvorgonzado que un mayoral de diligencia, más admirado que Tasso, y más enaltecido que Galilei. ¡Oh mundo! ¿Así castigas el vicio? ¿Siembras así la virtud en los corazones?

El ébrio, colocado sobre la grupa del caballo, no se mantiene firme; inclínase á la izquierda, señores (otra vez le veis), y se inclina por maldicencia. A sus semejantes da demasiado poco.

Concluida la demostracion, debo contestar á un reproche. Exelaman algunos de mis oyentes. ¿No puede obrar el bien por consecuencia, en vuestro sentir, el hombre que no quiere Dios, ni religion, ni sacerdotes? ¿Hállase sólo atestado de vicios? ¿Está por consecuencia extinguida su naturaleza?

No está, no, extinguida, guardándome mucho de asegurarlo. Aun suprimida la religion, siente sin duda el hombre la excitacion al bien; mas es un bien restringido al orden de la naturaleza: su realizacion encuentra tantos obstáculos y tantas dificultades, que fácilmente no logra el fruto. El hecho entretanto es que si ponemos en nosotros la raiz de los deberes, nos hallamos poquísimo acomodados para cumplirlos. Así quiero en esta parte el auxilio de la religion.

Ven, hombre, y dime. ¿Quién enriqueció la tierra con las grandes y sublimes obras? ¿Quién puso las bellas instituciones caritativas cuyos beneficios se perpetúan en las edades? ¿Acaso los hombres limitados á las dotes naturales, sin Dios ni religion, ó los hombres provistos de una ley divina y creyentes?

Veo la obra de los hospitales: languidece allí por sus enfermedades; mas por filantropía obtiene defensa contra el dolor, resucita y se re-

crea la humanidad atribulada. ¿Quién alzó aquellas bóvedas? ¿Quién fabricó aquellas salas y monumentos? ¿Quién acomodó en ellos á los hermanos que sufren? No los hombres que á Dios ofenden é incrédulos, sino sus hijos, por ser Dios el celeste padre de la caridad.

Miro la morada de las penitentes: mujeres jóvenes aún y de sangrentil que se corrompieron en el mundo, y que abandonadas en él cayeron víctimas del desvanecimiento, son allí recogidas, patrocinadas, defendidas y devueltas á noble vida. ¿Quién pensó en estas pobres Magdalenas? No los incrédulos, sino los creyentes, por ser Dios el padre del perdón y el amigo de la penitencia.

Se abren asilos infantiles. ¡Cuántos juvenes! ¡Cuántos infantes educados decentemente, alimentados é instruidos! No tienen madre, ó la tienen en el siglo demasiado miserable, hallando allí otra próvida: dejados en el siglo, serían el desecho de las calles y el burdel de la ciudad: aquí son las flores predilectas del Hortelano eterno. ¿Quién recogió á estos infelices? ¿Quién les hospeda y les dirige? No los incrédulos, sino los creyentes, porque Dios es el primer amante de los niños y el santificador de la juventud.

Otro establecimiento miro, donde hay pordioseros de todas clases, jóvenes y viejos, extranjeros y del país. Es la casa de los pobres. En la calle pública pedian limosna, estando con frecuencia ebrios y siempre ociosos; mediante ficciones, se hacían imbéciles y robaban á los verdaderos pobres la limosna; aquí trabajan, se adiestran y robustecen tanto su cuerpo como su espíritu: ya no son pobres, porque se hacen á sí propios la limosna con la fatiga, recobrando la humana dignidad. ¿Quién procuró su redención? No los incrédulos, sino los creyentes, por ser Dios el primer regenerador de los pobrecitos.

Ven, hombre, y tiende una mirada sobre la tierra, diciéndome:

¿Quién promovió con frutos óptimos la liberación de nuestros parientes esclavos? Una familia de viajeros parte de la Europa, llevando á su cabeza Juan de Mata, en cuyo pecho hierve la idea santísima; va y descendiendo sobre las costas del Mediterráneo, á los opresos rescata devolviéndoles su libertad. Juan de Mata no es un incrédulo, sino un creyente.

Dime: ¿Quién permitió á la edad moderna contemplar prodigios al convertir á los infieles, llamándoles á gozar de la civilización cristiana? Otro barco apártase de nuestras orillas y sale de Portugal, encaminándose á las Indias: Francisco Javier conquista para la Iglesia y la humanidad millones de bautizados. Ahora bien: Javier no fué un incrédulo, sino un creyente.

Dime: ¿Quién entre nuestros Alpes, sobre la soberbia montaña que se

dirige al mediodía, construye en el 962 un cenobio con frailes hospitalarios y perros amigos escudriñadores, por los que los viajeros perdidos entre los agujeros y entre la nieve, transidos de frío, son llevados á puerto seguro? ¿Quién coloca el ángel de la guía y de la salud en la más desastrosa puerta de Italia? Un generoso italiano: Bernardo de Aosta. Empero Bernardo de Aosta no es un incrédulo, sino un creyente.

¡Ah, señores míos! ¡Cuán maravillosamente se une Dios á todos los hombres de buena voluntad! ¡Cómo brilla el sello divino en los pensamientos, en las palabras y en las obras de los magnánimos! Aún no tienen los incrédulos un mundo que de ellos hable y que nos muestre con el dedo sus proezas: tal mundo lo deben crear todavía despnes de siglos y siglos que habitamos la tierra. No; extinguida no está la humana naturaleza, considerándola sin Dios. Sin embargo, como de veras quedase sin Dios y no profesase religion alguna, extinguírase.

El problema por todas partes queda resuelto.

¿Es acaso bastante, para que lleguemos á cumplir bien nuestros deberes y ser maestra infalible de la verdad, la filosofia, insuficiente á darnos toda la verdad con certidumbre?

En un principio lo negué y lo niego: el hombre confinado en sí, reducido á su natural actitud, no cumple rectamente las obligaciones suyas en el reino moral: en él se corrompe y excede los justos límites.

Relativamente á Dios, cumple mal sus deberes religiosos, concediendo poco al Señor. Solamente la religion de Cristo le puede proporcionar el debido cumplimiento.

Relativamente á sí, mal cumple sus personales obligaciones y se concede á sí mismo demasiado. Sólo la religion de Cristo le puede aprestar la debida templanza.

Relativamente á sus semejantes, mal cumple los sociales deberes: á sus semejantes otorga mucho caprichosamente ó poco con daño comun. Sólo la religion de Cristo le puede proporcionar la debida distribucion de fuerzas.

Repito, terminando, la frase de Manuel Kant, que yo escribí al principio: ahora, señores, la comento: «Yo dormía y soñaba que la vida es Belleza; desperté y ví que la vida es Deber.» Pues bien; despierto, miro á la luz del cielo, y veo que de Dios emana el mejor cumplimiento de los deberes humanos.

CONFERENCIA IV.

SI HAY UNA FILOSOFÍA CATÓLICA DIGNA DE LA RAZÓN Y DE LA CONCIENCIA HUMANA.

Os he recitado tres conferencias, y parece que han salido tres maldiciones de mi boca.

Maldición primera: He dicho que nuestro siglo, el cual se jacta de una era racional, está muy lejos de poseerla: es mecánico, industrial, económico y artístico; pero no filosófico.

Maldición segunda: Me puse á demostrar que, si bien suponen á la filosofía único ó principal medio para indagar é inquirir la verdad, no sirve para ello: preciso es que de la divina revelacion se sirva si quiere aprestárnosla íntegra, fácil, segura y autorizada.

Maldición tercera: He probado que así como la filosofía no es bastante para la deseada adquisicion de toda la verdad, no nos basta siquiera para cumplir nuestros deberes, ó llevar vida virtuosa. El hombre ha menester siempre de Dios, y la tierra del cielo.

Pues bien. Para los que no son de los nuestros, señores, ¿acaso tales tres razonamientos no equivalen á tres anatemas, ó á tres imprecaciones lanzadas contra la humana naturaleza, contra la ciencia y contra la civilizacion? Los incrédulos están furiosos: preguntan si el sacerdote, cuya crítica es tan acerba, tiene por su parte con qué suplir las cosas que detesta y maldice. Rechaza la filosofía de nuestros tiempos; ¿tiene á lo ménos una filosofía católica digna de la razon y de la conciencia del hombre? ¿Quién conoce esta filosofía, que deberíase admitir en lugar de aquélla? ¿Dónde se halla? Nosotros queremos la verdad con medios espontáneos y queremos la virtud: ¿qué filosofía nos dan los doctores de la Iglesia para conseguir la una y la otra?

Me preguntan á mí, sacerdote, si hay una filosofía católica que á los derechos más legítimos del hombre responda: me preguntan con aires entre incrédulos y cínicos dónde se halla.

Sí, señores míos; hay una filosofía católica digna del nombre que lleva; sé dónde se halla y se encuentra: opto, sin embargo, más bien por manifestaros dónde al presente no está.

La filosofía católica no se halla en nuestras universidades. Errores de varias clases engañaron] los ingenios, surgiendo metafísicos, psicológicos y cosmólogos no cristianos, quienes, no bien hubieron dado vueltas aquí ó allá, se metieron en las universidades, cuya puerta fué cerrada inexorablemente á la filosofía católica en su faz.

La filosofía católica comunmente no se halla en los liceos, en los gimnasios y en las academias, donde proporcionan sin] embargo la enseñanza filosófica: ella no está de ningun modo allí, porque place otro método: otros teoremas, que no son los suyos, dominan en los intelectos. A los maestros y á los discípulos en materia de doctrinas, placióles plegarse al viento de las novedades, y dijo la filosofía católica: ¿Os gustan sólo las cosas jóvenes? Haced lo que os acomode: yo soy vieja, y no me ocupo en vosotros.

Existen otros lugares donde no se halla. Escribía Platon que «los pueblos serían felices cuando los filósofos subieran al sόlío á reinar, ó los reyes se hicieran á su vez filósofos.» Recuerdo esta frase para deciros que la filosofía católica no está con los reyes, ni con los gobiernos, ni con el régimen de los asuntos públicos, como no está con los pueblos ni con las plebes. En lo alto y en lo bajo otros gustos, otros amores y otras ciencias arrastran los espíritus y los cuerpos.

Empero al ver así dónde no se halla la filosofía católica, abierto queda el camino para conocer dónde se halló en otro tiempo y dónde aún puede hallarse hoy.

Es digno de observacion lo que pasa en las canteras de piedra: los primeros estratos que se descubren no tienen ningun valor, porque se deshojan, digámoslo así, fácilmente y se deshacen hasta el punto de convertirse casi en polvo: sólo despues del segundo estrato ó del tercero, sale la piedra magnífica, que permanece dura si se toca, y resiste á la fuerza disolvente del hielo y del sol.

Volved, señores, á mirar los pueblos y los gobiernos; mirad nuevamente los liceos y las academias, como tambien las universidades. El primer estrato filosófico que se os pone delante no tiene valor: es sofisma, error, esfuerzo de imaginacion, que se deshoja y se disipa. Mas cavad debajo, é id al segundo estrato y al tercero: hallais principios fundamentales, comunes y solemnes; hallais los vestigios de un edifi-

cio intelectual, sobre que gravitó malamente la ciencia moderna; ésta se deshace; mas aquel edificio queda firme con los elementos que subsisten. Es la piedra magnífica, que á la fuerza disolvente resiste: la filosofía católica. Eran católicas en el pensar y en el entender nuestras universidades; católicas las academias; católicos los gobiernos y los pueblos. A esta filosofía católica me remito: aquí está ella.

¿Hago, pues, la apología de un extinto? ¿Intento yo que un difunto y sepultado reemplacé á la filosofía deseada por el progreso y la civilización? La filosofía católica, que hoy está muerta, y muerta de nuevo, ¿no era la hija de los bárbaros? ¿No iba desligada y sin orden racional? ¿No se consumaba en la acerbidad de los conceptos y de las obras?

El muerto, contra el cual vosotros más que si fuéis sacerdotes lanzais vuestras maldiciones; el muerto, que vosotros catedráticos, académicos, políticos y hombres del pueblo adornásteis con las mortajas fúnebres, no está verdaderamente muerto, sino que vive; vive aún bajo vuestros piés, no dejándoos del todo caer en el abismo; vive además luminosamente adherido al seno de la Iglesia católica, de la que saca el espíritu de una duración inmortal.

Yo presento hermoso é incorrupto al siglo XIX, por lo tanto, que no es cadáver, ó es sólo un cadáver en nuestras manos; lo propongo á fin de que sea recibido y se admita de nuevo como soberana filosofía de las gentes modernas y futuras; de tal modo al problema que me han planteado «si hay ó se halla sobre la tierra una filosofía católica,» respondo sin más: «Existe sin duda la filosofía católica, pareciéndonos enteramente digna de la razón y de la conciencia del hombre.»

Siguiendo el orden de las acusaciones, si considero cómo nació, cómo establecióse, y cuáles efectos produjo, salen tres verdades de incomparable vida.

Reconoced, señores, estas tres verdades, y admiradlas.

En primer lugar, la filosofía católica no nació de la ignorancia y de la barbarie: fué, por el contrario, un verdadero parto científico.

En segundo lugar, no se hizo con pedazos y centones, sin orden metafísico: fué, por el contrario, un verdadero trabajo racional.

En tercer lugar, no se desvaneció en rabias y reeriminaciones, produciendo, por el contrario, verdaderas hermosas producciones sociales.

A fin de colocarnos en la cuna de la filosofía católica, y ver cómo sale fuera, consiguiendo un nombre propio, preciso es adivinar bien la hora de su nacimiento.

Ahora bien; queriendo hablar de ella, nos ocurre decir lo que Roberto Stephenson afirmaba del más ruidoso descubrimiento de nuestros

días, ó sea la máquina de vapor: «Es el trabajo no de un hombre solo, sino de una nacion de ingenieros habilísimos.» A la verdad, por lo que hace á la filosofia católica, en vano buscaríais el hombre ó el doctor que por sí solo la constituya, dándose la mano una generacion de doctos: ¿cuál será la hora de su nacimiento, si quereis hallarla?

No dudemos. Como en nuestro siglo podemos encontrar el instante para decir en alta voz: «La máquina de vapor se ha hecho y camina;» en los tiempos pasados existe perfectamente sin duda el punto ó el momento, en que lleito es decir: «Ha nacido la filosofia católica. Contempladla: es niña; pero piensa ya como profesora, y enseña.»

A fin de hallar con juicio este punto ó instante histórico, detengámonos poco despues de trascurrido el mil, entre los siglos XI, XII y XIII. Es ciertamente aquél un tiempo por muchas razones duro y terrible: con todo (tal es el fenómeno estupendo que vengo á describir), no nace la filosofia católica de la ignorancia, ni de la barbárie, sino que, por el contrario, se nos manifiesta como verdadero parto científico.

Realmente desde los tres primeros siglos que trascurren despues del mil, retroceded para observar é inquirir lo pasado: ¿qué descubris vosotros? Ya en los principios de la era vulgar vemos conmovido en sus ejes el imperio romano; vemos la corrupcion universal invadir y cambiar en mujeres afeminadas á los descendientes de Rómulo y de Augusto; vemos que se abren las puertas de la Germania y que, bajando del Danubio y del Rhin, llueven multitud de guerreros: son los vencedores del occidente y los enterradores de Roma: cabañas incendiadas, ciudades deshechas, cetros rotos, lenguajes diversos, costumbres distintas, el humo de las devastaciones tan denso que oscurece al cielo; debajo del humo y de la pólvora, corriendo de los montes hasta el mar, un río de sangre. Es un mundo que muere; aquella terrible agonía, lejos de durar algunas horas, extiéndese á larga edad.

Perfectamente: vosotros descubris un mundo que muere; mas yo, dentro de la agonía y de la muerte, descubro un mundo que nace.

Opuesta enteramente á los esfuerzos de la ignorancia y de la barbárie, al fin de cuentas su afortunada triunfadora, veo nacer además de otras cosas, la filosofia católica. Ella ya, uniéndose á los destinos del cristianismo, habia tenido en otro tiempo su elocuente tribuno en Tertuliano, su gran docto en Origenes, su inmaculado testimonio en san Justino, su intérprete metafísico en Severino Boezio, su levita en san Atanasio, su crítico en san Jerónimo, su vengador en san Ambrosio, su genio sintético en san Agustin, su historiador en Paulo Orosio, su apologista en Clemente de Alejandria, su tutor en san Leon Magno, sus oradores en san Juan Crisóstomo y en los dos Basilios. Mas eran rayos

que de lejos la embellecían: eran más bien los crepúsculos del nacimiento. Ahora bien; al considerarla más de cerca de nosotros, podemos confiadamente aguardar su aurora.

Entre el choque de las armas y los acontecimientos que se realizan, ved, señores, cómo se buscan libros, se fundan escuelas y se promulgan doctrinas; mirad detrás de los bárbaros, en la creciente sociedad de los cristianos, como se levantan los filósofos. Sistemas nuevos, más ó ménos racionales, rectos los unos, y los otros errados terriblemente, principian á germinar. Scoto Erigeno dicta especulaciones ardidadas, referentes al misticismo; Gerberto, bajo el nombre de *trivium* y de *quatrivium* enseña las artes liberales, entre las que da honrado sitio á la lógica; Berengario promulga una rígida dialéctica; Lanfranco divulga el tradicionalismo erudito y popular; san Anselmo adopta el misticismo por una parte, y por otra el realismo; Roscelino, por el contrario, es racionalista; Abelardo, también racionalista, inventa la duda metódica; entrambos hacen con su problema resonar las academias del occidente; Amaury de Chartres se hace promovedor del panteísmo; David de Dinanto es panteísta y materialista contemporáneamente, mientras san Bernardo, Pedro Lombardo, Guillermo de Champeaux y Alejandro de Hales, que desmienten las insanas de los temerarios, van por opuesto camino.

Nunca se vió un combate más vigoroso de los intelectos; nunca tanto amor á la novedad; nunca surgió tanta riqueza de pensamientos, y tantas fecundas teorías. Al mismo tiempo que produce con la fé los creyentes, el cristianismo hace inquirir los motivos de la credibilidad, para lo que aguza la razon y á los pensadores suscita. ¡Cuántos pensadores, señores, y de qué importancia! La razon del hombre que á punto está de manifestarse y da pruebas de su juventud, viene con facilidad á ser altanera, intentando emanciparse de la fé divina. Para impelerla más á su apostasía, dos sacudidas terribles y extrañas se añaden. Una es el Judaísmo que á su vez fermenta, se pone traje filosófico, haciendo venir abajo con la secta de los Karaiti la jerarquía rabinica y produciendo sus hombres eruditos, Saadia, Ibn Gebirol, Avicembron, los cuales continuaron hasta el mayor de todos, Moisés Maimonides. La otra terrible sacudida es la generacion árabe; España es el oriente, donde los secuaces de Mahoma, despues que suspenden un poco sus correrías, se dan á filosofar y se apasionan locamente de Aristóteles: en aquel frenesí peripatético ó simplemente griego, Alkendi, Al Farabi, Avicena, Gazali, Avampaccio y Averroes, consiguen famoso renombre. Pues bien: tomada en medio de los Arabes y de los Judios, cuyas doctrinas son extrañamente idealistas, y con frecuencia panteístas, man-

chándose alguna vez aún con el materialismo, la filosofía católica corre fatales peligros y amenaza extraviarse del todo. No importa: el cristianismo, institución joven y divina, llena de vida insuperable, afronta con seguridad el asalto; surgen de su seno los verdaderos é invictos filósofos, habiendo nombrado algunos ya: éstos al mismo tiempo que reprimen los indisciplinados ardimientos de la razón entre los creyentes, victoriosamente rechazan el ímpetu de los Arabes y de los Talmudistas.

En este formidable choque entre la razón y la fé; entre la selvaticueza del Norte y la cultura de occidente, se madura el parto de la filosofía católica.

Empero, ¿cuándo nace por fin?

Dejadme seguir. Os he mostrado ya los preparativos que nos anuncian su venida, y os he mostrado sus precursores: antes de que la salude nacida y la dé yo el nombre de bautismo que le corresponde, debo presentar por completo los nueve meses de la incubación. De los precursores emanan sus próximos fundadores.

Fundador inmediato de la filosofía católica es Alberto, hombre por ingenio y por estudios tan extraordinario, que sus contemporáneos le dieron el nombre de *Grande*, que le ha conservado la posteridad. Además de ser ilustre teólogo, es matemático, físico, médico y metafísico sumo: el sello que imprime á la filosofía católica, es la inmensidad y la prodigalidad, por decirlo así, de sus conocimientos; es la composición que hace con el poder de su intelecto de una nueva enciclopedia científica y racional, donde las cuestiones sobre los universales, y la doctrina referente al alma humana, se presentan marcadamente desenvueltas con tal maestría que superan todas las alabanzas. A frecuentar su escuela concurren oyentes sin número, pareciendo una peregrinación de las naciones; desde los escaños de la universidad de París, trasferido á Colonia para que allí establezca su cátedra, viene á ser el doctor primero de Alemania.

Fundador también más inmediato de la filosofía católica, y sobre lo demás excelentísimo, es santo Tomás. De mente más aguda que Alberto Magno, de quien es discípulo; más ordenado, más seguro y recto, mientras es complexivo de la propia manera, este genio verdaderamente creador tiene sin duda el mérito incontestable de poner al lado de la teología una ciencia nueva, que no recibe sólo el nombre de filosofía, sino también su personalidad distinta en todas partes y su realidad. Aristóteles reinaba en las escuelas como supremo dictador; mas bajo su nombre y aún por sus sentencias, defendíanse contradicciones y quimeras; el propio Alberto había sido acusado de adicto demasiada-

mente al Stagirita. Ahora bien; con semejantes errores libres, querían edificar una psicología, una ontología, una moral y una política dignas de los nuevos tiempos y de los futuros. Se determina santo Tomás, poniéndose á mirar bien la cara de Aristóteles, ídolo de las escuelas: sin abatirlo ni adorarlo, teje una filosofía que tiene aún en las venas sangre aristotélica; pero que se purifica con su sangre y la de todos sus grandes predecesores en la doctrina. Así dicta sus volúmenes, surgiendo la sutileza, la profundidad, la precision y la sagacidad filosofica; surge aquella obra maestra, de que habla todo el mundo, sin excluir los que no la leen, como hablan todos de las pirámides del Egipto, si bien nunca las vieron.

Aún se me asoman fundadores inmediatos de la filosofía católica.

Esta, si bien firmemente puesta, ampliada y determinada por Alberto Magno y por santo Tomás, mostrar puede á varios sus lagunas, es decir, una falta de doctrina en la direccion experimental del ingenio hácia las cosas terrestres y físicas, así como una falta de desenvolvimiento en la direccion afectiva hácia las cosas espirituales, contemplativas ó místicas. Pues bien. En la celdilla de un oscuro monasterio de Inglaterra, la inspiracion que produce los grandes descubrimientos, desciende sobre un pobre religioso que se llama Rogerio Bacon. Otros doctos y otros filósofos estudiaban en los elementos físicos: mas este, que hizo de jóven sus estudios en Oxford y en París, ocupando entonces una celda, es una maravilla: desde los rayos del cielo hasta el estruendo de los cañones; desde los prodigios del fuego hasta los del agua metidos en máquina, camina él como profeta revelador del porvenir. Así la filosofía enlázase á la física. Por otra parte, salido de Bañorea, un eminente Toscano viste la lana de los Franciscanos y da en las ciencias estupendos avances: es san Buenaventura, que mientras escribe sobre filosofía, plega la mente al afecto, abriéndole las vías místicas y superlativas del mundo invisible, de la sociedad espiritual: muchos de sus libros y opúsculos, el *Compendio*, *l'Itinerario della mente verso Dio*, la *Scala dorata delle virtù*, *le Sette strade dell'eternità*, esto se proponen directamente, y le proporcionan el título de *Doctor seráfico*. De tal manera la filosofía contrae matrimonio con el misticismo. Esto nos basta: llenos aparecen ya los vacíos, que acaso podían lamentar algunos.

Os he manifestado cómo se apresura el parto de la ciencia que celebró; ahora, señores, para contentaros, os aseguro que ha nacido.

¿Ha nacido? contestais vosotros. Mas ésta, que nació entre los siglos XI, XII y XIII, la cual recibe la denominacion de *Escolástica*, ¿no quedó de pronto parada en medio de la ignorancia y de la barbarie? ¿No fué impelida tambien á retroceder? De modo que, considerándola

entre las tinieblas de la Edad Media, se podría, sí, llamar una manifestación de luz; pero de luz fosfórica, que sale de los sepulcros, la cual, apenas ha nacido, cuando se atenúa y se desvanece.

Os engañais, amigos. La *Escolástica*, ó bien, como yo la llamé, la filosofía católica, como no nació de golpe, no desapareció de improviso: como se desarrolló durante muchas épocas combatiendo á los bárbaros y á los ignorantes, siguió tambien muchas épocas combatiendo y derrotando á los sectarios de la ignorancia y de la barbarie. Es verdad: los tres siglos recordados por mí, marcan en la filosofía católica los días de su más bello esplendor. Cierta tambien que despues de Alberto Magno y de santo Tomás; despues de Bacon y de san Buenaventura, surgen en el cristianismo filósofos que se muestran ardidos y llenos de ingenio; pero que, por el abuso hecho de la dialéctica, producen en la ciencia un período de decaimiento: los principales entre los aludidos son Raimundo Lulio, Guillermo de Lamarra, Duno Scoto y Occamo. No creais de todas maneras que la filosofía católica decaiga y degenera para morir; no creais que si decae, se meta con la ignorancia y la barbarie á fin de hacerse su hermana. Aun cuando los tiempos cambiarán mucho y vendrá para Europa la novedad de las civiles costumbres, ella, ya en parte rechazada por el mundo, se recogerá en las manos de la religion, para desde aquí pelear siempre y vencer la ignorancia y la barbarie de la corrupta civilizacion.

¿Quereis una prueba que no falla relativamente á la vida duradera de la filosofía católica? La tengo pronta y tal, que á los profanos debe placere de un modo extraordinario.

Admito, pues, volviendo á la historia, que decaiga la filosofía católica; la imagino deshecha y moribunda. ¿Qué importa? Mientras al parecer espira, se levanta con semblante más bello. Lo que generalmente da la inmortalidad á los escritos y salva la misma ciencia es la forma: ¡hasta tal punto las amenas letras tienen valor con su hermosura! Pues bien; en uno de los solemnes momentos, en que la prosperidad se transforma en melancolía, porque teme sentir llegar á su fin; en la hora del canto del cisne, la filosofía católica produce su poeta. Lo produce aquí en Italia, tierra de la forma y de la belleza, sede de las creaciones y de las restauraciones científicas. Alberto Magno y santo Tomás se habían ido; la voz de Rogerio Bacon no se oía ya, y el seráfico Buenaventura, siguiendo las sendas místicas y contemplativas por él anheladas, había subido al cielo: para restablecer y eternizar la obra de los monjes filósofos, se acercaba el poeta filósofo. Era Dante Alighieri.

Vosotros conoceis de Dante los más bellos pasajes del *Inferno* y del *Purgatorio*; vosotros me recitais el canto del Conde Hugolino, los amo-

res y penas de Francisca de Rímíni, y otros semejantes: poco me decís, ó nada, de su *Paraiso*. Ahora bien; nunca os reputéis muertos vosotros mismos en cuanto á la filosofía católica: el *paraiso* «dantesco» es todo un ilustre tratado de la filosofía católica.

No os guío á contemplar las moradas rientes por él descritas, como las primeras siete esferas, y el cielo empíreo; ni os paro delante de aquellos colores, de aquellos iris, de aquellas luces, de aquellas flores cuya fragancia es inmortal; de aquellas ondas de carísimo sueño, ni de aquellas imágenes de perfecta hermosura, que halla en sus vuelos por el *paraiso*. El viaje ideal de Dante Alighieri es una conversacion perenne: halla en todas partes personajes, con los cuales se pone á discurrir; además su coloquio con Beatriz, que le conduce, es intenso é inefable. Fijaos, señores, en este hablar extendido de los séres á Dios en puntos variadísimos, y tendreis la enseñanza filosófica segun la profesora la Iglesia católica. La musa florentina, trasportada al cielo, tiene la cátedra del doctor al mismo tiempo y expresa las teorías del filósofo. Imitando Alighieri al Magno Alberto en la vastedad del designio científico, viene á ser, como él, inmenso y enciclopédico: como santo Tomás es sutil, agudo, profundo, determinado y seguro: tal veneracion le profesaba, que cuando en el círculo solar lo encuentra hace que surja silencio altísimo; á guisa de jóvenes bailadoras al canto de una balada, que se detienen un instante para oír la nueva estrofa, y despues repitiéndola, siguen su baile, apenas, allí en el sol, el alma de santo Tomás de Aquino principia su plática con Dante, se detienen las almas que habian hecho una especie de corona en torno de Beatriz y del poeta. Por lo que hace á Rogerio Bacon, no sabemos que Dante Alighieri estudiase sus libros ó conociese sus descubrimientos; sin embargo él, como el fraile inglés, trasfirió á las ciencias físicas la filosofía; si no inventa, previene á los doctos en muchos conocimientos astronómicos, geográficos y geológicos. Pone de realce la universalidad de los entes, sacados de todas partes y dilatados de algun modo por el amor que les comunica una rotacion infinita; indica la gravedad que al terrestre globo comprime y hace que se precipiten los cuerpos pesados; previene así la ley de la universal atraccion, que Newton leerá en los cielos (1). Siente la necesidad de una construccion simétrica del mundo, lo cual le hace presuponer en otro hemisferio vastos é incógnitos países: antevé así América, á la que llegará Cristobal Colon (2). En sus conjeturas álzase á imaginar antiguas subversiones que cambiaron la faz de la tierra; altera-

(1) Dante. *Paraiso*. I, 25, 26—XXIII, 38—XXVII, 34. Purgatorio, XXVI, 20.

(2) *Infierno*, XXVI, 27—*Paraiso*, XXVII, 28.

eiones anti-diluvianas del Océano; vorágines ígneas que inflaman el suelo bajo nuestros pies: anticipase así á las hipótesis cosmológicas, en que harán esfuerzo de ingenio Keerl, Delitzsch, Westermayer y Liell, (1). Esto por lo que hace á los estudios físicos. En cuanto á san Buenaventura, el cuarto de nuestros sumos, lo estudia Dante á modo de un enamorado, tomando de él, sobre todo, el simbolismo y el misticismo, aquella vena de afecto, que no se calienta con el bajo ardor terrestre, por cuanto se colora y se inflama para las visiones del cielo. Más aún. Vedlo; mientras ama tanto á los grandes fundadores de la filosofía católica, uniendo á los nombres de san Buenaventura y de santo Tomás otros beneméritos y excelentes, prescinde por completo de Raimundo Lulio, de Scoto y de Occamo, los cuales son en la cristiandad los filósofos del decaimiento. Quien á la ciencia enmaraña y detiene, no ha de campear en la *Divina Comedia*, grito de la resurrección poética, artística y filosófica. Un hijo devoto de la Iglesia levantó este glorioso monumento, que debe figurar á la cabeza de la moderna literatura y permanecer con los siglos: en su virtud, cuando se declare muerta la filosofía católica, bastará que se abran las páginas del paraíso «dantesco» para responder: *Mentis*.

En breves líneas encarnado he la idea mía; ahora, señores, me dirijo á vosotros.

Tuvimos en cuenta los reproches que á la filosofía católica dirigen nuestros adversarios: el primero es que viene á ser una producción de los tiempos oscuros, hija de la barbarie y de la ignorancia. Habiéndonos puesto á marcar históricamente sus orígenes, vimos, sí, la ignorancia, y vimos igualmente la barbarie; pero contra una y otra, confederada con la fé de Cristo y amiga del Evangelio, se nos apareció una tremenda luchadora: la católica filosofía. De modo que donde nos recuerdan á la barbarie y á la ignorancia para denigrarnos, está el título más hermoso del honor nuestro.

¿Cómo no? La Iglesia, á cuyo hábito nace y entre cuyos brazos se desenvuelve la filosofía del catolicismo, ¿de qué modo se podría someter á la increpación de bárbara? ¿Es quizás un bárbaro Inocencio IV, que con indómito valor domina el siglo XIII y quiere que reine la inteligencia; el que de ciudad en ciudad, perseguido, huye, y para ornamento de su proscripción lleva consigo un séquito de sábios, que componen una universidad completa; el que hasta publica una bula con el fin de que sean amigas las mentes y los estudios filosóficos? ¿Es por consecuencia un bárbaro también Urbano IV, que defiende á la filosofía del orgulloso

(1) *Inferno*, XXXIV, 41, 42.

desprecio de los histriones cubiertos de oro y de los ignorantes cubiertos de hierro; que funda en Roma, bajo la vigilancia de santo Tomás de Aquino una escuela de física y de moral, á que acude, y entre sus Cardenales hace promover filosóficas disputas? ¿Serán bárbaros Clemente IV, Inocencio V, y Juan XXI, en los que hay un ardiente deseo de cultivar con amor las materias filosóficas y un celo apostólico para difundirlas? ¿Cuánto mejor que los críticos nunca contentos piensa César Balbo, á quien oigo exclamar en justo encomio de la historia cristiana: «La Iglesia, nuestra santa es toda filosófica y razonada religion (1).»

¿Cómo no? ¿Cómo no llamar filósofos, de la moderna filosofía fundadores, á la mayor parte de los Santos Padres y de los escritores católicos? En gran parte oísteis sus nombres y sus obras. ¿No será por consiguiente filósofo Alberto Magno, sino un ignorante y un bárbaro? ¿Será un bárbaro santo Tomás? ¿Será un bárbaro Rogerio Bacon? ¿Será un bárbaro san Buenaventura? Es poco. ¿Será un ignorante y un bárbaro Dante Alighieri?

Anteriormente, comparé, si lo recordais, el nacimiento de la filosofía católica con el de la máquina de vapor. Aquí hago un parangon semejante. Mirad el telégrafo eléctrico. Es día de gran tormenta; los vientos gritan y los rayos estallan. Mas vosotros recomendais á los hilos sutísimos aquéllos vuestro pensamiento, ó mejor dicho, vuestra palabra. Pues bien; vuestra palabra corre, pasa por en medio de la tempestad y conduce cerca ó lejos vuestras órdenes, el anuncio del gozo, del saber y de la victoria del hombre. Mejor hizo la filosofía católica: pasó entre las tempestades de la Edad Media, llevando el anuncio del gozo humano y de la verdad; no solamente pasó, sino que afrontó intrépida las tempestades aquéllas, vencíéndolas.

¿Y vosotros la llamáis hija de la ignorancia y de la barbarie?

Señores; todas las propensiones del humano espíritu, buenas ó malas, habíanse manifestado; los errores de todas las escuelas habian salido para dar la batalla contra la verdad, que habíase aguerrido en la defensa, preparada por su parte al asalto: de aquel trabajo lento, pero terrible de formacion brotó finalmente la filosofía católica. Esta es un verdadero parto científico.

Arduo y aún más vital cometido hállase asignado á la segunda parte de la conferencia.

Tenemos bajo nuestra mirada la filosofía católica, no pudiendo ya decir: *llora en la cuna, es una muñeca*; porque, habiéndonos puesto á consi-

(1) C. Balbo, *Pensteri ed esempi*; Obra póstuma: *Dei divertimenti*, XX.

derarla desde su nacimiento hasta todo el siglo XIII, y más allá, aparece adulta. ¿Adulta? Empero aquí, donde nos convendría mucho alegrarnos de su plena manifestacion y de su vida, descortesmente nos hallamos impelidos. ¿Qué cosa, segun el parecer de no pocos críticos, poseemos nosotros entre tanto en la filosofía católica? Poseemos una criatura, que se deformó desde su nacimiento; una criatura hecha con pedazos ó centones, que tiene solamente algun suspiro filosófico; pero sin composicion ni estructura, privada generalmente de orden metafísico; en su virtud quien la quisiera proponer como norma de ideales estudios, intentaría una cosa nécia y grotesca.

Entiendo: se quiere destruida la obra realizada por mí al poner de realce sus nobles principios y su proceso histórico: nació la criatura de la filosofía católica; pero son tantas las acusaciones dirigidas contra ella, que casi hubiese debido preferir no haber mostrado su semblante al sol. Empero, ¿tienen razon los críticos que se dan á los ardientes improperios? No. Yo, señores, me pongo á examinar las partes y condiciones que constituyen una real y potente filosofía; busco éstas en la filosofía católica y las hallo todas en ella de arte maravilloso, no sirviendo vituperarlas, ó fingir que no se ven. Ella en su propia estructura es un verdadero trabajo lógico y racional.

Primera condicion, para que la ciencia reuna naturaleza filosófica, es que tenga la materia ó el sujeto, y que por tanto, como tal se defina.

Ahora bien; la filosofía católica tiene la materia ó el sujeto que se pide: trata de la sabiduría y le profesa vivísimo amor: usa de las fuerzas de la razon, estimándolas, en el orden natural, como las principales del hombre, procediendo con ellas á la indagacion de la verdad. El sitio por donde marcha es vastísimo, á saber, el universo y cuanto existe. Esto se demuestra con la propia definicion que asume la filosofía católica, la cual, si bien varían sus frases segun los varios escritores que disertan relativamente á ella, resulta idéntica en la sustancia. Hé aquí por qué, si oimos á santo Tomás, «la filosofía comprende todas las verdades accesibles al hombre, en virtud de su luz natural, y es la obra de la razon á la indagacion de la verdad aplicada (1).» Si nos dirigimos á san Buenaventura, oimos que nos enseña: «La filosofía es el estudio de las verdades inteligibles; como tales verdades se refieren á las palabras, á las cosas ó á las costumbres, es racional, natural ó moral. Como racional, comprende la gramática que tiene por objeto la significacion de las ideas, la lógica por la cual las trasmite, y la retórica que produce los afectos. Siendo natural, es menester que abraza la

(1) S. Tomás, *Summa*, 1, q. 1, art. 1.º

física en el punto, en que se trata de la generación y de la corrupción de las cosas; las matemáticas, donde son consideradas las formas abstractas y las leyes generales; la metafísica para conducir las nuevamente á su causa, al tipo, á su fin. Por último, como moral, toma los diversos nombres de monástica, económica ó política, según procura el bien del individuo, de la propia familia ó del Estado (1).» Dejemos de consultar á otros doctos, y á otros escritores de la Iglesia; ya tenemos de positivo que sería inútil desear materia filosófica más dilatada, ó definición más precisa de la filosofía.

La filosofía católica tiene después los criterios justos y rectos, que para el filosofar son necesarios. Tales criterios sólo vienen á ser indicios ó medios, de que precisamente se aprovecha en la indagación de la verdad; para ella tales criterios se reducen ordinariamente á tres: el testimonio de la razón para las cosas inteligibles; el testimonio de los sentidos para las cosas sensibles; el testimonio de la autoridad para los hechos históricos, y para cuanto supera las fuerzas de la mente humana. Cada uno de tales testimonios, acompañado por sus condiciones naturales, viene á ser un indicio seguro, un criterio fiel de las verdades en las cosas que les corresponden.

Apenas profiero tales voces, despiertan las iras de los adversarios. ¡Los criterios de la filosofía católica! Los conocemos. Aunque hablen frecuentemente de razón, y á la razón hagan un llamamiento, en la teología se refunden: parten del supuesto *a priori* de Dios, que anula la libertad de la razón: son un descubrimiento de la teología escolástica, porque quiso con los profanos parecer filosófica. Por lo demás, verdadera filosofía no hay en aquellos criterios, sino pura y divina revelación.

Empiezo asegurando á los censores que mi anuncio no es una ficción, sino realidad. Nuestra filosofía no coloca el único y supremo criterio de la verdad en la divina revelación, porque colocarlo en ella no es posible. Realmente no lo puede colocar en lo que por sí engendra sólo pura fé; tal es la divina revelación. No lo puede colocar en lo que, para ser conocido, requiere antes de sí la noticia cierta de alguna verdad ya poseída por nosotros mediante algún otro medio; nuevamente tal es la revelación divina, que no puede ser á nosotros manifiesta si á lo menos no se presupone nuestra existencia. Si nos ceñimos al primero de los tres criterios, que hacemos consistir en el testimonio de la razón para las cosas inteligibles, siendo el verdadero criterio filosófico que importa más á los incrédulos, válganos la misma autoridad de los Santos

(1) S. Buenaventura, *De reductione artium...*

Padres para poner en claro nuestra opinion: el criterio es terminante obra racional. Os aduzco á santo Tomás. Realmente para santo Tomás el criterio interior de verdad, hablando en general, se debe colocar en el ser mismo de las cosas, en cuanto á nosotros se manifiesta, es decir, en la verdad objetiva que se nos presenta evidente. En su virtud, establece que propiamente la verdad reside sólo en el juicio. De aquí nace que pedir el criterio de verdad, equivale á pedir el criterio de la rectitud de nuestros juicios. ¿Y cuándo es recto el juicio? Cuando se conforma con el ser de las cosas: *Quando dicit esse quod est, et non esse quod non est*. El ser, por tanto, de las cosas, á que debe corresponder, es el criterio de su rectitud, ó sea de la verdad. Ciertamente fuera está de nosotros el ser de las cosas. Empero está fuera de nosotros en su existencia real; no en su existencia ideal. Es de recordar el dicho del propio santo Tomás: *Cognoscens actu fit cognitum in actu*. En el conocimiento cognoscitivo el objeto se reproduce á sí mismo y manifiesta su propio ser; en el conocimiento intelectual, por lo que hace á su «quiddidad;» en el conocimiento sensible, por lo que hace á la subsistencia suya concreta. Para el uno y el otro es el mismo ser, que á nosotros se presenta y brilla. A tal ser deben conformarse inmediatamente los juicios primeros de la razon, y mediatamente los juicios deducidos. En él por consecuencia tienen unos y otros el criterio de su verdad (1). Tal es el criterio filosófico segun los Padres de la Iglesia lo entienden. ¡Hallais aquí el ejercicio de la fé? ¡No es, por el contrario, todo pura razon? Tengan, pues, calma y paz mis críticos. Hemos dicho cómo y dónde la filosofía católica pone los criterios del filosofar: los coloca en el hombre y racionalmente del todo. No los coloca en la revelacion divina, donde no puede.

Vengo inmediatamente á quitar otro desaliento.

Concedamos que la filosofía católica parte del supuesto de que hay un Dios creador del hombre y del universo; concedamos que, partiendo de la humana razon, á Dios gustosamente se alce, y de Dios vuelva para mejor explicar los séres y los fenómenos: esto no es cosa que impida el ejercicio libre de las humanas facultades. Esto es verdaderamente un círculo; pero no vicioso: un círculo semejante á todos los orígenes; al de la certeza en lógica, de los deberes en moral, de los derechos en política, de la palabra en literatura, por cuanto en todos los orígenes hállase Aquél que principió es y fin, el *alfa* y el *omega*: el círculo que tiene donde quiera el centro y en ninguna parte la circunferencia. En efecto, si en literatura podeis producir lo bello aunque presupon-

(1) S. Tomás, Q. q. Disp. Q. 1. *De veritate*.

gais la palabra; si en política con presuponer el derecho podeis lograr la justicia, ¿por qué quisiérais que la filosofía se hallase impedida, trastornada y no libre para la verdad, por presuponer á Dios? Ella libremente lo busca; ¿qué culpa hay si lo encuentra y lo transforma en pedestal para sus explicaciones universales? ¿Os quejais acaso de Dios que al hombre sostiene, y de la verdad que lo alegra? Nada os comprendo, críticos.

Demostrado esto, así como demostrado que falsa es y de ningun valor la queja, la filosofía católica es sólo pura y divina revelacion. Cuando la una mueve de Dios y la otra mueve del hombre, cuando de un polo tan diverso parten, ¡identificadlas vosotros, si podeis!

¡Mas ellas en el giro que hacen, en el giro descendente de la teología, y en el giro ascendente de la filosofía, se hallan y vienen á ser entre sí mismas parientes!

¿Qué precision hay de romper su parentesco y de hacerlas enemigas? Decidme; vosotros que me hablais siempre de union y sois los apóstoles de la fraternidad, ¿por qué aquí os deleita la enemistad y quereis desunir á las dos hermanas? Tocais con la mano que la filosofía no sufre por ello detrimento, sino que por el contrario se refuerza, por convenir con la teología en hallar á Dios. Vuestras lamentaciones serian ménos extrañas si patrocináseis la causa de la teología; es decir, si temiéseis que padeciera detrimento, por ser amiga y aliada de la filosofía. Empero tales lamentaciones convendrían muy mal á vosotros. Por lo demás, nosotros católicos, nosotros sacerdotes, á fin de no proceder demasiado severamente por fé, deseando ser amigos vuestros, resolvimos admitir la filosofía en los tratados teológicos ó religiosos; esto hicimos antiguamente como la historia declara: por enamorarnos de la filosofía ganamos á veces los reproches de nuestros enemigos. Acusa Mosemio á los doctores cristianos «de haber querido introducir sus opiniones filosóficas en la doctrina del Salvador, así como de regular la fé y la piedad con las débiles luces de la propia razon (1).» Escribe Le Clerc, «que su adhesion á la filosofía llevó á los Padres de la Iglesia á fabricar nuevos dogmas (2).» Así Brucker combate á santo Tomás «por haber compuesto una teología demasiado filosófica y medio pagana (3).» Aquel protestante de cogulla y docto envidioso, que se llamó Pablo Sarpi, se duele de que «el concilio de Trento, antes que los herejes,

(1) Mosemio, *Hist. eccl.*, sec. 11, part. 1, cap. 1, 5, 12; é *Hist. christ.*, sec. 11, 5, 25 y sig.

(2) Le Clerc, *Hist. eccles.*, sec. 2, a. 101, 5, 21.

(3) Brucker, *Histor. crit. Philosoph.*, t. III, p. 805.

no condenara fuertemente á los escolásticos, por haber colocado como fundamento de la religion cristiana la filosofia de Aristóteles (1).» Pues bien; los católicos venimos á ser creyentes y filósofos á un tiempo, con lo cual corremos el peligro de ser vituperados por el mundo. Vosotros, señores; vosotros, generosos críticos, ¿no descubristis nada de esto? Por una parte nos mordeis porque vamos con capa de plomo, y por fé, desprovistos enteramente de filosofia: por otra parte quereis arrebatarnos la filosofia con violencia, así como reducirnos á las desnudas paredes del santuario, hasta no poder más decir de veras: «Somos amigos vuestros.» ¿Qué delirio os impele? No, no entiendo lo que haceis.

Volvamos á tomar nuestro asunto, señores.

La filosofia católica, además de tener la materia ó el sujeto de una verdadera filosofia; además de tener los racionales criterios que para filosofar se necesitan, tiene un sistema suyo peculiar. ¿Cuál es? Es una especie de eclecticismo. Vosotros la visteis nacer y dilatarse mucho entre el choque de todas las opiniones filosóficas; el realismo y el nominalismo; el dogmatismo de los creyentes y el escepticismo de los incrédulos; el misticismo de los santos y el racionalismo de los mundanos; ahora bien: escogiendo en ella aquel fárrago, y contrapesándose, por decirlo así, en el combate aquél, descartó lo vicioso, tomando lo verdadero y lo bueno; conservó lo verdadero y lo bueno, resultando de algun modo ecléctica. Mas no lo fué segun la moderna significacion de la palabra, por cuanto el eclecticismo de Cousin y de los recientes filósofos, partiendo de la incredulidad ó de la duda en todo, no posee ninguna piedra de paragon, ni regla de ningun género para bien obrar en la eleccion; se reduce á enseñar que: «cada uno tome como verdadero lo que individualmente le parezca verdadero:» lo que sólo puede conducir á la tolerancia de todos los errores, á la indiferencia para todas las verdades, y al escepticismo universal. Por esto nuestra filosofia educa hoy una generacion de pirrónicos é incrédulos. Por el contrario, la filosofia católica tuvo un gran medio para determinar su eleccion: lo tuvo en las doctrinas cristianas que había examinado racionalmente y encontrado verdaderas, habiéndolas constantemente seguido: *Omnia autem probate; quod bonum est tenete* (2); admonicion gravísima de San Pablo, que, á la turba de los bautizados dirigida, no quiso dejar aparte á los filósofos, los cuales al experimentar una cosa y otra, tenían delante el espejo del Evangelio, y segun aquella luz, retenían lo que para ellos resultaba bueno. *Quod bonum est tenete*. Así la filosofia

(1) Pablo Sarpi, *Storia del Conc. di Trento*, 1, 11, pár. II, n. 93.

(2) San Pablo, 1.^a á los Tesalonicenses, cap. V, v. 21.

católica enhiesta sobre tal piedra, poniéndose á juzgar de las opiniones extremas, pudo conseguir de ellas con éxito feliz cuanto en el orden intelectual, moral y político necesitaba para conservarse en justo equilibrio como ciencia racional. Hé aquí el sistema ecléctico católico; y hé aquí por qué en tal sistema no podía la verdad ser asesinada por el error.

También salió el método, que nunca del sistema se aparta. El método de la filosofía católica fué precisamente conforme al sistema, por cuanto se complació en ser inquisitivo y demostrativo á su tiempo. Fué inquisitivo, pero templado y lógico, porque no se dispuso á la inquisición, empezando por hacer *tabla rasa* de todas las cosas. No dijo, como la presente filosofía dice: «¡Para mí no hay nada; pero yo, buscando é inquiriendo, lo hallaré todo!» Esto no. El método inquisitivo católico dió por supuestos los primeros principios y por supuesta la revelación divina; admitiendo esto, tuvo curso libre el exámen de la razón en los diversos órdenes de la verdad, y la indagación de ella, ó *inquisitio*. Entonces, habiendo venido verdades en abundancia, siguió su exposición. Es el método demostrativo, que sucede al inquisitivo; tal método, por estudios continuos, por el número de los cultores, y por los frutos exquisitos, superó al primero en la Iglesia. Es el método soberantemente católico.

Si se comparan los dos métodos, considerándose el uno sólo inquisitivo, y el otro demostrativo elocuente, preguntándose despues si se condujo mal la filosofía católica echándose más en brazos del segundo que del primero, no sabré recibir la palabra mordaz. Es preciso determinar mejor los dos métodos.

Siendo dos los modos de filosofar, segun notó Juan Locke: «el de querer por medio de la reflexión descubrir una verdad escondida, y el de querer rendirse cuenta, logrando la prueba de una verdad conocida,» la filosofía católica, inclinándose á este segundo modo más que al primero, tuvo razón evidentemente. En la historia se ve que quien se ciñe á la reflexión para descubrir las verdades escondidas y se hace inquisidor independientemente de todo lo restante, queda en la especulación demasadamente solitario: impide los arranques del espíritu, que son repentinos y llenos de una luz súbita, cumpliéndose aquel dicho del propio Cousin, cuando afirma que «la reflexión no puede ilustrar el intuitu espontáneo sino aniquilándolo (1):» además el filósofo de la reflexión rechaza también las verdades, cuya existencia conoce por la boca del género humano, que á descubrir no llega él por sí solo. Por

(1) V. Cousin. Fragm. t. I, pág. 253.

esto es fácilmente un inquisidor escéptico. Por el contrario, el método demostrativo, sin negarse á recoger las verdades ocultas que le son transmitidas, gusta y goza iluminando las verdades descubiertas, alegrándose de ofrecer la prueba. Enemigo de la duda absoluta, caballero de los dogmas, y confederado de las tradiciones científicas y populares, hace como el sol, que se levanta despues de las tinieblas de la noche: alumbra y suaviza las inteligencias humanas. Así la filosofía católica, con su método inquisitivo templado, y más con su método demostrativo elocuente, iluminó los siglos de la Edad Media, estando á punto de dar luz á los futuros.

Ni careció de frases filosóficas. ¡Qué dije! Tuvo la filosofía católica tan grande abundancia de términos racionales, hallándolos tan sutiles, agudos y eficaces, que cosa igual no se había visto despues de la edad de los Griegos: excedió á las escuelas de Roma, como desde su aparición primera excedido había las del Egipto.

Me siento aquí oprimido por lo demasiado, y como en lo demasiado hay abuso, siendo que se rien. No me pondré yo á defender todo el lenguaje de los escolásticos, ni á calificar de necesarias las *quiddidades*, *las esseidades*, *las categorías*, *los predicados*, *los blictros*, y cuando entra en la jerga de la decadencia: en su lugar haré una observacion relevantísima.

Probado está que cuanto mayor es la perfección que tienen los términos de una ciencia, tanto más perfectamente hacen que sea entendida tal ciencia, magnificándola y enalteciéndola, por cuanto el término es sólo la significacion de una idea. ¿Os reis de los vocablos de la filosofía católica? Pregunto: ¿Os podeis reir igualmente de los grandes principios, que por aquellas frases y por aquellos vocablos os son lucidamente manifestados? Además la filosofía católica sabe hablar aun sin términos abstrusos y recónditos.

Entablemos un diálogo: vosotros me preguntareis, pasando en revista algunos principios de la filosofía, y yo, señores, responderé. Creo que nosotros podremos poner de realce que la filosofía católica sabe hablar con claridad, y con escasos humildes acentos expresar doctrinas altísimas.

¿Quién es Dios?

«Es el sér por sí en el verdadero sentido de la palabra.» Aun cuando Dios no sea definible, añadiré: Dios es «un puro acto.» Con esta sombra de definicion, vosotros, por lo que hace á Dios, teneis cosa excelente: teneis el ente que subsiste por sí, significado en el verbo *sér*; teneis la simplicidad significada por el epíteto *puro*; teneis la actividad absoluta, por la agregacion de las dotes que le acompañan, significada con la voz

acto. Buscad una definición diversa; os fatigareis por encontrar otra que mejor á Dios convenga, librándoos de los errores del antropomorfismo y del panteísmo.

¿Qué es la creación?

Un acto en Dios libre; pero sumamente amoroso: la creación ó el universo es un complejo de ideas reverberado del ejemplar eterno.

¿Es eterna la materia?

No lo es. Si fuese tal por su naturaleza, resultarían dos entes absolutos y dos orígenes, esto es, la materia y Dios, lo cual repugna.

¿No se podría considerar á la materia ente absoluto en lugar de Dios?

No, por cuanto en su sér la materia prima es pasiva, mientras Dios en su sér es activo.

¿Qué es el alma humana?

Una idea simple y muy bella, desprendida de la mente divina; no una parte pequeña de la divina sustancia.

¿Cómo produce Dios el alma?

El alma humana es producida por Dios en cada uno de los hombres inmediatamente por creación.

¿Cuándo es avalorada para que dé prueba de sí en el cuerpo?

Cuando ha llegado el cuerpo á poseer sustancialmente su propia organización, como el ulterior desenvolvimiento mediante la nutrición se realiza después por la acción del alma.

¿Cómo el alma se une al cuerpo?

Hipostáticamente, ó sea por un vínculo íntimo y recíproco, del que resulta el sér humano; vínculo que Dios estableció, que ninguno de los filósofos ha explicado nunca claramente, y que ninguno explicará.

¿Dónde habita el alma en el cuerpo humano?

Habita en todo el cuerpo, y en cada parte del cuerpo integralmente. No sutilizo, pues, buscando su sede en el cerebro ó en el corazón: obra más vivamente allí, porque más exquisitos se necesitan los órganos del instrumento corpóreo.

¿Qué cosa contiene en sí el alma humana?

Contiene de algun modo todas las cosas, porque mediante los sentidos encierra los elementos sensibles sin excepción, y mediante el intelecto encierra los inteligibles.

¿Qué es la razón del hombre?

Es el hábito de los primeros principios poseidos por el alma; ó, si quereis, la mente iluminada por la verdad.

¿Qué es la verdad?

Lo que es; ó bien la ecuación entre el intelecto y la cosa.

¿Hay ideas innatas?

Lo que ciertamente nos consta es que innata en nosotros es la virtud de formarlas, porque fuimos enriquecidos por el Criador con ella: las ideas vienen por el ejercicio de nuestras facultades.

¿Qué es la palabra?

Un pensamiento hablado, lo que demuestra la racionalidad del hombre, al contrario de los brutos, los cuales no hablan y no son racionales.

¿De dónde viene el hombre?

De Dios.

¿Para qué se puso el hombre á vivir en este mundo?

Para glorificar á Dios, perfeccionándose á sí mismo con la verdad, la justicia y el amor.

¿A quién tiende por último el hombre?

A Dios.

¿Qué es el bien?

El bien es la perfeccion; y la perfeccion absoluta es la más alta potencia, esto es, Dios mismo. El bien por lo tanto está en cumplir la voluntad de Dios, acercándose á él.

¿Qué es el mal?

Es el apartamiento de Dios, la privacion del bien.

¿Qué cosa es la ley civil ó política?

Una disposicion, una regla, ó una medida de lo que se debe hacer ú omitir, al bien general dirigida, promulgada por quien tiene el cuidado jurídico de la comunidad.

¿Que cosa es la libertad?

El poder de libremente realizar la ley: poder libremente obrar el mal, no es libertad, sino licencia.

Os lo he dicho, señores, y me parece que ahora se conoce con claridad: la filosofia católica, si bien acusada de hablar un lenguaje propio de una Esfinge, sabe hablar claro, y no dudosamente sabe hacer lo que afirmaba el Vizconde de Bonald, escribiendo en elogio suyo: «Ha dado la sagacidad á las mentes, la precision á las ideas, la concision á las lenguas modernas (1).» Empleando tal lenguaje, que comprendido es por los inteligentes todos, expuso altísimas enseñanzas, sacó al palenque los principios del filosofar, los ilustró y los fortaleció; halló las teorías metafísicas y morales, que formaron el honor de los más ilustres ingenios venidos despues; inventó todo lo que luego se creyó inventado por los ultramontanos ó los nuestros; no dejó correr objecion sin respuesta, ni problema sin solucion.

(1) De Bonald. *Recherches*, vol. I.

Siendo así, ¿cómo pueden permanecer firmes las acusaciones de los adversarios, con las que di principio á mi segunda parte?

Se nos dijo que la criatura de la filosofía católica, contrahecha y manca desde los pañales, resultó sólo una obra desarreglada, sin valor ideal, á pedazos y á centones. Como si los sublimes y penetrantes intelectos, que compusieron la filosofía católica, hubieran debido darnos un *Curso elemental, didascólico*, á semejanza de Caro ó de Mancini, para uso de nuestros colegios. ¿Acaso no sabeis que los *Cursos elementales* son para los jovencitos, ó para los estudiantes, al paso que las disertaciones, y los solemnes tratados, más á propósito para formar adultos, son redactados por los maestros? ¿Hallais acaso en Platon semejante *Curso elemental, didascólico de filosofía*? ¿Lo hallais en Séneca? ¿Lo hallais en Leibnitz? ¿Lo hallais en Descartes? No; sin embargo no les acusais de haber dilucidado la filosofía sin enlace, ó de habérnosla dado á pedazos é incompletamente. Tened paciencia: leed sólo alguno de nuestros doctores filosóficos; hallareis un hilo de ideas, un tejido de doctrina ideal y antropológica, tan continuado y sintético, como profundo y luminosísimo. Lo repito: haceos inteligentes compiladores: haced pasar á vuestro cerebro aunque sean sólo dos de nuestros doctores filosóficos más grandes: san Agustín, que precede á la filosofía católica en lontananza, y santo Tomás de Aquino, su ordenador inmediato: me dirán despues si no volvereis dignos de acometer con honor el exámen de toda la filosofía ante la humanidad.

He dado, señores, la prueba que de mí se aguardaba.

Inquirí las partes y las condiciones que constituyen una real y excelente filosofía, habiéndolas hallado íntegras en la filosofía católica. Posee la materia ó el sujeto filosófico; la justa definición; el propio sistema; el método; los vocablos convenientes; no está por consiguiente hilvanada de cualquier manera, ni va tampoco á pedazos y á centones; no carece de valor metafísico. Es un verdadero trabajo lógico é ideal.

Despues que has referido el nacimiento y la juventud; despues que has descrito los modos, el ingenio, las costumbres y áun la palabra de una noble criatura, te ves llevado á inquirir más todavía, y preguntas: ¿Qué huéllas ó memorias dejó impresas en el mundo de sí esta noble criatura?

Cuando se habla de Julio César, pregunto á la historia: ¿Qué hizo? Veo que desbarató á los Pompeyanos, y con los Pompeyanos la república, fundando en Roma el imperio, por no ser ya posible la democrática libertad. Si me hablais de Carlomagno, os interrogo: ¿En qué consisten las bellas obras de Carlomagno? Oigo que, habiéndose colocado en el centro del cristianismo, afrontó la barbarie, y estableció reinos

cristianos, los cuales, si bien no durables, bajo su cetro echaron las semillas de la moderna civilizacion. Hablando de los tiempos caballescicos y de las Cruzadas, hallamos que, así como los caballeros ocasionaron la caída de los señores feudales, los cruzados hicieron desaparecer de nuestros países á los caballeros afeminados y extinguidos, por decirlo así, en las canciones de amor.

Parece que si de los efectos producidos se quiere inferir la realidad de la humana grandeza, en mala situacion debo yo encontrarme hablando de la filosofía católica. Mis críticos, que piensan de ella tan pésimamente, por lo que hace á su modo de nacer, y por lo que hace á cómo se fué consolidando, peores cosas me cuentan al inquirir los frutos que fué produciendo. La descubren armada á guisa de sayon con el silogismo; descendida tambien al palenque de los *Tomistas* y de los *Escotistas*, atenta del todo á encender la disputa en todas las mentes y en todas las bocas; sin ver nada más en sus obras notables, concluyen gritándonos que se desvaneció en rabias y recriminaciones.

Ante todo tomo nota del ardiente reproche, que pareceme muy bien. ¿Disputaron los filósofos católicos? ¿Aplicaron, digámoslo así, á todos los labios de los estudiantes la interrogacion y la respuesta? Luego los católicos no somos los canes mudos de que hablan, puestos bajo la verga de un tirano pastor: luego al recibir la fé y al enseñarla, ponemos en movimiento al alma, y manifestamos con vivas palabras nuestro pensamiento: luego damos libre desarrollo á los derechos de la razon. Más aún, señores: puesto que disputa el siglo XIX, como disputan los periódicos y disputan los Parlamentos, debemos ser bien recibidos y celebrados por la presente generacion. ¿Y vosotros nos mordeis? Ved quién nos acusa: los disputadores de hoy acusan á los disputadores de ayer.

Mas cortemos; prescindamos de inútiles reproches. La verdad es que, más que la disputa, el rencor y la rabia, transmitió la filosofía católica á la sociedad civil otros frutos en herencia. Dejad ahora en paz á los *Escotistas* y á los *Tomistas*; ¡dejad aparte las cuestiones del género y de la especie, saliendo del palenque de las escuelas! En vuestra compañía, ved salir de la arena escolástica los atletas del pensamiento que parecen gigantes; sus obras, que al mundo enriquecen, os asustan, como aquellas grandes espadas de siete pies, que servían á sus belicosos contemporáneos. Abandonada la escuela, entre tales volúmenes y atletas, seguidme á mí en campo más extenso. Si deseais que os recuerde sus reales y legítimos efectos, para mí los principales se manifiestan en los tres siguientes bienes sociales: la filosofía católica imperando al mismo tiempo con la Iglesia entre los pueblos, promovió la armonía de la razon y

la fé, la de la ciencia con la humanidad, la de la obediencia civil con la autoridad pública.

Abrimos el cuadro social, donde campean las figuras personales de nuestros padres. Aquellos padres nuestros eran cultores tan generosos como sinceros del cristianismo; no sólo lo amaban la mujer, el niño y el pueblo bajo, sino también los doctos y los literatos. Corría influyendo en el urbano consorcio una benéfica aura, que envolvía tierra y cielo como en alegría de bodas. Era ciertamente un producto directo del Evangelio; mas dentro de la aura evangélica había otro soplo y otro producto que á corroborar venía el propio Evangelio, y era el producto de la enseñanza filosófica. Partían los filósofos de la suposición de Dios, como hemos dicho; no aceptaban para guía la duda metódica, distinguiéndose ellos mismos por sus firmes creencias; la fé divina no tenía por consiguiente, ante la humana razón actitud de adversaria, sino de amiga; no de rebelde, sino de compañera. ¿Quién hubiera osado gloriarse públicamente del grito este: *No creo?* Ni los extraviados llegaban á tanto y procedían con respeto. En su virtud, Abelardo era veraz cuando escribía estas frases hermosas á Eloisa: «Yo no quiero ser filósofo, si debo dirigirme contra Pablo; ni un Aristóteles, si debo separarme de Cristo (1).» Así la filosofía dejaba reposar en las almas la fé; dejaba cuando ménos permanecer seguras sus raíces: la conciliación entre la razón y la fé, no era sólo posible, sino fácil y deliciosa.

A fin de conocer mejor cuanto aquí afirmo, parangonemos la sociedad de los padres con la sociedad de los hijos.

Así como en nuestros padres se inclinaba el intelecto á Dios con adoración profunda; así como, en lo relativo á la fé, la autoridad de las Sumas Llaves, la divina representación del Papa recibía un obsequio dignísimo, ¿qué sucede con nosotros? ¿Qué hacen nuestros filósofos, ahora que no hay en nuestras escuelas filosofía católica? Parece que no saben filosofar, si primero no se hacen incrédulos; parece que no saben hablar, si no ensucia su palabra con la blasfemia. Hay quien mira de mal modo el Evangelio; quien escarnece la divina providencia; quien escribe contra Dios, reduciéndolo á un concepto vago de la fantasía: otros se dirigen al Vicario de Cristo, como Satanás volvía al Salvador, y exclaman: «Si eres lo que promulgan, haz que las piedras estas, las piedras de tu cárcel lamentada, se conviertan en pan, y habrá bastante para dar de comer á la tierra.» ¡Infelices siempre de todas maneras los pobrecitos, á los cuales mascan y devoran los demonios huma-

(1) *Nolo sic esse philosophus, ut recalcitrem Paulo; non sic esse Aristoteles, ut secludar a Christo.*—Abelardo, *Opp.* Parisiis, 1849, in 4, t. 1.º, p. 680.

nos! A la verdad, la armonía entre la razón y la fé se ha roto de una manera salvaje.

Podeis añadir que domina en tal rompimiento con belleza la osadía del hombre, y que la Iglesia concluye de pesar demasiado sobre el mundo. Mas yo digo, señores, que tal ardimiento es manía de temerarios; digo que, si la Iglesia pesó sobre el mundo, pesó á fin de abrazarlo bien, y enaltecerlo á la luz del cielo; digo además que del rompimiento se alegran no más los locos: los creyentes, ó á lo ménos los juiciosos, lo deploran. Alberto de Humboldt, que no se preocupa mucho de las cosas religiosas, condena, sin embargo, «la deplorable lucha entre la ciencia y la fé; lucha encendida de nuevo bajo varias formas en todos los siglos, la cual fué un impedimento para la indagacion de la verdad (1).» ¡Y mis reverendos criticos se gozan! Empero ved: en la buena edad de la filosofia católica era hermoso ir á las casas de nuestros mayores; se hallaba la familia religiosamente concorde; el marido pensaba como la mujer, los hijos como los padres, y los amos como los sirvientes: todos en las cosas de Dios tenian un mismo espíritu. Suponed, por el contrario, nuestras discordias religiosas; suponed á los filósofos que no creen, sino que blasfeman; á los hombres no filósofos, es decir, los artistas, los traficantes y toda clase de ciudadanos, que participan de semejante incredulidad: ¿dónde se halla, señores, la paz? ¿Dónde la compostura doméstica y social? ¡Celebrad el ardimiento del hombre que contra Dios se rebela! ¡Cruelles! ¿No veis las dudas de las almas? ¿No veis las ansias de los corazones que se desgarran? ¡Cruelles! ¿No sentís los lamentos de las víctimas que causa el error?

¡Oh Teodoro Jouffroy! Tú que ya me confesaste otra vez las traiciones de la moderna filosofia; que la encontraste toda encerrada en un agujero, donde faltaba el aire, y donde tu alma recientemente proscrita del cristianismo, se sofocaba; tú que apreciaste la filosofia de los viejos y la filosofia de los descendientes, dime si te ofreció mayor alegría la razón amiga de la fé, ó la razón rebelde á ella.

Me cuenta lo siguiente Teodoro Jouffroy, hermosa y pobre inteligencia cogida en los lazos de la filosofia incrédula, escéptica, en su virtud, y de continuo desolada: «Fuí envuelto de la peor manera; sin embargo, la autoridad de los maestros y el fervor de los discípulos me detenian, sin osar hacerles conocer mi estupor, ni mi agitacion.... Más tarde me ví bajo el techo donde pasé la infancia mia, en medio de las personas que me habian educado tan tiernamente, ante objetos que habian ale-

(1) A. de Humboldt, *Cosmos; Puntos cardinales de una historia de la contemplacion fisica del mundo*, pár. 4, tomo 2.

grado mis ojos, conmovido tantas veces mi corazón, é inclinado al bien mi inteligencia, en los más hermosos días de mi existencia juvenil. Cada voz que oía, cada objeto que miraba nuevamente, cada sitio á donde dirigia mis pasos, avivaban de nuevo en mí los recuerdos extinguidos, y las impresiones borradas de mi existencia primitiva. Mas, volviendo á entrar en mi alma, tales recuerdos é impresiones no encontraban allí los mismos nombres. Todo era como en otras ocasiones; pero yo habia dejado de ser lo que fui. En este templo se celebraban aún los santos misterios con el propio recogimiento de espíritu; á los campos aquéllos, bosques y fuentes, ibase todavía en la primavera con la cruz para bendecirlos: en aquella casa erigíase aún en el día marcado un altar con flores y hojas, donde se oraba; aquel párroco, que me habia enseñado la fé, habia envejecido; mas seguía creyente de continuo; cuanto yo quería, cuanto me circundaba, tenia el mismo corazón, la misma alma, la misma esperanza en la Fé: sólo yo, tan sabio, nada sabia; yo sólo estaba vacío, agitado, sin luz, ciego é inquieto (1).»

¿Deberé yo alegrarme de vivir entre tales angustias, y entre tales desesperaciones, que se sufren contemplando los males presentes y los bienes perdidos? ¿No deberé más bien amar aquella filosofía que promueve un acuerdo entre la razón y la fé? ¡Oh techo hospitalario, donde nací y donde aprendí la fé divina! ¡Oh casa de mis padres! No. Si logro yo aún la fortuna de veros nuevamente, no me hallareis distinto de cuando era jóven; llevaré á vuestras estancias, entre las flores de vuestro jardín, aquella misma oración, aquel mismo fuego de amor y de esperanza, por el cual empezó en mí la vida del espíritu. ¡Oh pastor querido, que me llamaste á recibir por la primera vez el pan de los ángeles! ¡Si vivieses aún! ¡Si á lo menos se me pusiese delante tu pia y venerable sombra! ¡Ah! Descubrirías que yo, anciano, creo en Dios, como creía en El durante mis verdísimos años; que amo á Jesucristo y le adoro, como le amaba y adoraba en tu presencia. ¡Oh compañeros de mi infancia, parientes y viejos amigos míos! ¡Conced que yo, católico, no cambio! Dios no permitió en mí la desventura de un extraviado Jouffroy: pareceme que si la hubiese permitido, y hubiese muerto mi alma, viendo resplandecer la verdad de la escuela católica, surgiría nuevamente de sus cenizas para correr á fin de alegrar mi espíritu famélico y coronarme con ella. ¡Ah! ¡Deja que siempre te bendiga, eterna verdad! ¡Ah! Quien me quiere bien y en mí se fija, esté sobre aviso, á fin de que no abandone la realidad de las cosas por un sueño racional, ó por

(1) T. Jouffroy, *Nouveaux mélanges: De l'organisation des sciences philosophiques.*

una químera: ¡no trueque la calma y el gozo de la fé por las tempestades del corazon!

La segunda armonía difundida en la sociedad civil por la filosofia católica es entre la ciencia y la humanidad.

Alguna cosa contraria á la reserva, á la piedad y al provecho fraterno tiene la ciencia en el hombre. No es que sea por sí cosa triste y mala. Esto no; mas la ciencia exalta fácilmente, como nota San Pablo; hincha fácilmente á los que la poseen y engendra espíritus soberbios. Ahora bien: nada más contrario al provecho comun que la soberbia. El cristianismo habia principiado desde muy atrás á someter á los doctos, conduciéndolos al pie de la cruz, y enviándolos al mundo como apóstoles. Más; bellísima sierva de Cristo, procuraba la filosofia católica cada vez vencer mejor á los hombres de ciencia y á los sabios, como tambien mejor amansarlos y hacerlos agradables, porque obraba ella en la inteligencia del hombre como en el corazon. Entonces vieron todos lo que no se habia visto todavía. Figuraos un Aristóteles predicando á la plebe corrupta penitencia, ó un Plutarco enseñando doctrina á los niños. El mismo Epicteto en el hospital, enjugando las lágrimas de los enfermos, es una extrañeza que no se sufre. Empero dentro del reino de la filosofia católica, y con sus recomendaciones, vióse á los doctos partir en la puerta de su casa el pan con los hambrientos, cubrir en las calles á los desnudos con su capa, visitar en los presidios á los condenados, enseñar en la iglesia y en las escuelas el catecismo á los infantes, y predicar el arrepentimiento al pueblo engañado; en las universidades, maestros ó rectores conservaban en los jóvenes las costumbres íntegras. Esto que aún no se habia observado fué visto por todos: ayudada la ciencia por el razonamiento, se rebajó de una manera ejemplar; la ciencia se hizo humilde, viniendo á ser caritativa.

Se burlan nuestros críticos de aquellos sábios, no pocos de los cuales eran monjes y frailes, que ejercian la caridad por profesion: se burlan de aquellos sábios y de aquellos filósofos, que, si bien seglares ó burgueses, iban á las cofradías, se instalaban en los oratorios, y decian los salmos penitenciales. ¡Hermosos eran aquellos santos viejos, que, si visitaban á los enfermos en el hospital, subian despues á la cátedra con los rosarios al cuello! ¡Bello y estupendo aquel rector magnífico de la Universidad, con su abundante peluca, y con la embellecida coleta rizada, que caia sobre sus espaldas! Encendíase su rostro y á los estudiantes expelía de la clase, si dejaban de oír la misa en la capilla, ó si no se confesaban con el sacerdote correspondiente. ¡Sí felices, tres veces felices los tiempos de la católica filosofia!

Queridos señores, yo relato la armonía moral que hubo en los tiem-

pos de oro de la filosofía católica entre la ciencia y la humanidad, no sabiendo reír sino admirar, al encontrarme de veras el bien y la virtud. Decid; vosotros que en la persona de los filósofos no queréis ya frailes, ni sacerdotes, ¿encontrásteis preceptores que los dejen atrás en el ejercicio de la perfección y de la pública misericordia? ¿Os parece, por ejemplo, que supera mucho en el bien un Descartes, un Kant ó un Hegel á un Alberto Magno, á un santo Tomás, ó á un Buenaventura? Vosotros mismos, que no asistís á las congregaciones, ni cantais los salmos penitenciales, ¿hicisteis una ganancia bella dejando las prácticas religiosas? Vosotros además, que nunca oís misa en la capilla, ni en el templo, y que tampoco confesais vuestros pecados al sacerdote, ¿os habeis más fácilmente corregido de vuestros vicios? ¿Sois más sóbrios? ¿Os habeis hecho mejores? No espero de vosotros confesion formal, si os pesa tanto: un poco de meditacion á lo menos en vuestro interior.

¿Creeis por otra parte tan indignos de gratitud á nuestros ancianos filósofos escarnecidos, con la peluca y el rosario, que no deben ser mencionados siquiera? ¿Fuí yo por consiguiente necio y reaccionario recordándolos?

Dejemos pasar las edades, que os parecen demasiado devotas y aun pobladas de frailes: descendamos á tiempos más inmediatos á nosotros; pero tales que, bajo la influencia de la filosofía católica, conservan el hermoso acuerdo entre la ciencia y la humanidad.

Dirijámonos á Bolonia, señores, y entremos en una casa donde hay un marido y una mujer, con varios hijos frutos del matrimonio; todos bellos y todos amables, cuanto es benigno el padre y dulce la madre: hay en la casa un amor que mucho encanta.

Mas el pobre marido, el padre, todavía muy joven, hace meses muchos está tendido en la cama, por consumirle la tisis; su consorte que ve cómo empeora y se pierde á simple vista, á fin de socorrer bien al enfermo y no dejar á sus hijos abandonados, ha ideado un recurso sobre todos maravilloso. En las horas en que la tos más aflige á su marido, y la necesidad de vigilarle es suprema, se pone á la cabecera del lecho, da de beber al doliente, con sus dos palmas alza su debilísima cabeza, y enjuga los sudores: despues cuando entra nuevamente la calma y el sueño sigue, inclínase con ternura inmensa sobre la cabeza muy amada, toca con un beso los brunos rizos aún bañados y húmedos, y se aparta del lecho; con paso rápido, casi furtivo, se dirige á una salida, situada en un ángulo de la alcoba, levanta con mano temblorosa la cortina, se vuelve otra vez para observar al dormido, que descansa plácido é inmóvil sobre las blancas almohadas; como si sacase fuerza y va-

lor de aquel pálido rostro, entra sin irresolución en la vecina estancia, dejando caer nuevamente tras sí el cortinaje.

¿Qué hace allí la mujer?

El marido es profesor de anatomía en la universidad de Bolonia; allí dentro está su gabinete, donde pasaba los días y frecuentemente las noches preparando sus predilectos estudios anatómicos, y donde aquel pobre, de complexión muy débil, gastaba su vida. Pues bien; la mujer allí metida, tiene una idea fija en su cerebro: trabajar mucho, hacerse anatómica, continuar del todo los estudios del marido, para suplirlo en la cátedra de la universidad, con lo que no faltará de comer á su esposo, ni á sus hijos. Estudia realmente aquella magnánima mujer, impone á su ingénita vacilación y á sus instintos medrosos un horrible sacrificio, consulta obras médicas y quirúrgicas, y modela en cera esqueletos anatómicos de perfección rara. Persevera en el trabajo alguna vez hasta que se hace de día en el gabinete, ó hasta que la tos del marido la conturba. Entonces, cuando percibe la fatal tos, ó el estertor, deja los modelos, arroja la cera y vuelve á su marido diciéndole: «¿Necesitas algo? Valor, mi dulce bien: toma un poco de agua.» Y le presenta la pequeña botella.

¡Con cuán tierno é inmenso amor se aman estas dos suaves criaturas! Se habían conocido niños en casa del padre de la mujer, y desde niños habían principiado á quererse bien. En una ocasión, al ver Anita cómo degollaban un cordero, más parecía muerta que desmayada; el joven Juan, que tanto la quería, sostuvo á la joven sin sentido, diciéndole así: «Anita, Anita, ten valor; ha muerto ya. ¡Oh! ¡Aquella sangre no era nada!» Bien: así amándose siempre y entendiéndose, como si tuvieran una alma sola, llegó un día del enero del 1736 en que Juan Manzolini y Ana Morandi fueron esposos. ¡Qué placer! ¡Qué fiesta! Juan, lleno de ingenio, era escultor, pintor y excelente anatómico, brillando en las escuelas de Monti y de Lelli. Hallábase Ana llena de ingenio también, amaba las bellas artes y era docta en algunas ciencias: ambos tenían un corazón angélico; como los tiempos eran cristianos, aquellos dos ángeles, con seis angelitos menores, se arrodillaban ante Dios, adorándolo y enaltecándolo en su iglesia.

Reanudemos, señores, nuestro hilo. Ana Morandi Manzolini, la mujer amada que dedicase á los estudios anatómicos, consigue realmente suplir á su marido en las lecciones de la universidad.

Un día, no distante de los indicados por nosotros, dentro del vestibulo monumental de la universidad de Bolonia, se ve un gentío inmenso: acuden jurisconsultos, médicos, matemáticos, y toda elase de sabios; vuelan todos los estudiantes, llenándose pronto el patio vastísimo, las

escaleras y los corredores. Suenan las diez, y anuncia el bedel con voz estentórea: «Principia, señores, la lección de anatomía.» Abrese la puerta de par en par, precipitándose dentro la multitud.

¡Cuál espectáculo! El Rector Magnífico, que adornado va con la gran peluca y con la coleta, que le debe caer sobre las espaldas, está en el sitio principal del aula; no bien ha entrado la gente y ha surgido el silencio, tiende la mirada en torno, y dice con grave acento: «Señores; atendida la persistente indisposición del profesor Manzolini, tengo el honor de manifestarles que la señora Morandi Manzolini ha sido elevada, por decreto del Pontífice, al encargo de sustituirle en la cátedra de anatomía en esta magna universidad de Bolonia.» La nueva profesora doña Ana sube incontinenti á la cátedra y da principio.

Es una profesora estupenda. Enseña desde el 1741 hasta el 1774, en el cual fué arrebatada por la muerte. Enseñando tiene la dicha de proveer noblemente á sus hijos y á su esposo, que aún continuó enfermo catorce años; enseñando tiene la dicha y la gloria de verse aplaudida en el mundo como doctora ilustre de la ciencia. La fama de su doctrina resuena por Europa, y las más insignes academias científicas se honran inscribiéndola entre sus profesores; le hacen proposiciones magníficas las cortes de Viena, de Londres y de San Petersburgo. Ella no admite; prefiere que los extranjeros, viajando por nuestro país, la vean en Italia: le place que donde nació, donde digna y trabajosamente vivió, terminen sus días. Duerme allí, al lado de su Juan, en el humilde sepulcro que sus ocho hijos le construyeron en la iglesia de San Procolo, bajo la sombra de Dios.

He referido, señores, y he demostrado á la vez. ¡Cuánto amor á la ciencia en los hombres que nos precedieron! Mas ¡cuán amante del bien su ciencia! ¡Qué solemnes testimonios de la verdad esta en Ana Morandi, en el mismo Rector Magnífico de la universidad, en la religion y en el Papa! Los tiempos de la filosofía católica ofrecen muchos de tales ejemplos: es la armonía decantada por mí entre la ciencia y la humanidad.

Viene por último la armonía entre la obediencia civil y la política autoridad.

¡Quién podría desconocerlo? Así como la filosofía católica, obrando en los intelectos, hacia que la razón fuese amiga de la fé; así como pasando á las obras y á las costumbres, hacia que la ciencia fuese amiga del bien moral y de la piedad, paso á paso adelantándose hasta las últimas fibras de los pueblos, les hizo amigos y reverentos con los gobernantes. Imaginad con el pensamiento la sociedad civil segun era antes de la Enciclopedia francesa, ó más bien antes del protestantismo

aleman y británico: la filosofía católica dominaba en Europa, que no tenía entonces cerca el demonio de la revolución, que ahora la precipita y hácela delirante.

Haré yo que hable por mí el célebre Saint-Simon.

«Antes de que concluyera el siglo XV, todas las naciones del mundo formaban un solo cuerpo político, pacífico en su interior, armado contra los enemigos de su constitucion y de su independencia. La religion romana, puesta en práctica desde un cabo hasta el otro de la Europa, era el vínculo pasivo de la sociedad europea, y el clero romano su vínculo activo. Esparcido por todas partes y por todas independiente, compatriota de todos los pueblos con propio gobierno y propias leyes, era el centro, de que la voluntad procedía, que animaba este gran cuerpo, y el impulso que hacía obrar. El gobierno del clero era como el de todos los pueblos europeos, una aristocracia jerárquica. Un territorio independiente de todo dominio temporal, demasiado grande para ser fácilmente conquistado, demasiado pequeño para que sus poseedores pudieran llegar á ser conquistadores, era la sede del Jefe del clero. Con su poder, que la opinion elevaba por encima del poder de los reyes, refrenaban las ambiciones nacionales; con su política sostenían la balanza de la Europa, entonces saludable; pero que vino á ser tan funesta no bien un pueblo la hizo suya. Así la Corte de Roma reinaba sobre las demás Cortes, de la propia manera que reinaban éstas sobre los pueblos; era la Europa, una grande aristocracia, dividida en muchas aristocracias más pequeñas, todas dependientes de ella, todas abiertas á su influjo, á sus juicios, á sus órdenes... Lutero, disolviendo en los espíritus aquel antiguo respeto que constituía la fuerza del clero, desorganizó la Europa. Entonces media Europa quebrantó las cadenas del papismo, esto es, rompió el único vínculo que á la gran sociedad la ligaba (1).»

Aquí, donde calla el filósofo, digo yo: Lutero, pues, *desorganizó la Europa*; del mismo modo que Voltaire, concluyendo la obra del hereje, la echó en el abismo; mas antes de que Voltaire viviese y de que Lutero se presentase, «todas las naciones de la Europa formaban un solo cuerpo político, pacífico en su interior, armado contra los enemigos de su constitucion y de su independencia.» ¿Qué tiempos eran los aludidos? Conviene repetirlo: eran los de la Iglesia soberana y de la filosofía católica. No importa que Saint Simon considere dichas edades rígidamente aristocráticas: enamorado de una libertad frenética, la colora según su propio gusto, esto es, con su animosidad misma: quien más rectamente juzga, las llama aristocráticas templadas y á la buena democra-

(1) Saint Simon. *A los Parlamentos de Francia é Inglaterra.*

cia nunca hostiles. En esto consiste la tercera armonía, que declaramos en gran parte fruto de la filosofía católica, entre los pueblos y los gobiernos.

Cumplo la palabra que yo empeñé en un principio.

El problema á nosotros propuesto era si el sacerdote, que censura las escuelas filosóficas de nuestros días, tenía medio de presentar al mundo una filosofía propia, digna de la razón y de la conciencia del hombre. Nombrándose á la filosofía católica, se condenaba por los más inconsiderados anticipadamente: llamábase nacida de la ignorancia y de la barbarie, sin conexión lógica, que pronto se desvaneció en rabia de escuelas y recriminaciones. En su virtud, parecía una criatura muerta, á la cual no se debía el honor de sacarla de su sepultura.

Ha llegado el tiempo, señores, de juzgar á este muerto tan escarnecido, pero tan venerando. No está por otra parte muerto, sino que vive y habla. *Defunctus adhuc loquitur*. Vive y exclama: «Mirad bien mi cuna: no nací de la barbarie, ni de la ignorancia; fui por el contrario un verdadero parto científico.» Vive y dice: «Mirad bien mi vida íntima; no me compongo de piezas y centones, sin vínculo alguno; soy por el contrario un verdadero trabajo racional.» Vive y dice: «Mirad bien los frutos salidos de mis manos: no me desvanecí en rabias ni en recriminaciones: fui por el contrario, un verdadero beneficio social.

Habla de tal forma: yo que recojo su grito, enviándolo en medio de vosotros, ¿haré una obra desatinada? ¿Insultarán mi palabra, si propongo á los modernos la filosofía católica?

Os propongo á la vencedora de los ignorantes y de los bárbaros: una falange de sabios, desde los primeros Padres hasta el Magno Alberto, y desde Alberto hasta Dante Alighieri, que pugnan contra la oscuridad de los siglos y los iluminan: ¿quién no presentará buen semblante á los triunfos de la civilización?

Os propongo la más segura y la más excelsa de las sabidurías humanas; que tiene sujeto, criterios, sistema, método y vocablos altamente filosóficos: ¿quién no querrá ir con esta noble guía de la verdad?

Os propongo á la operaria moral por excelencia, que se corona en la historia con tres bellas armonías: que tiene la armonía de la razón con la fé, de la ciencia con la humanidad, de la obediencia civil con la autoridad política: ¿quién no querrá contribuir á su comun restauración?

Con todo, muchos miran á la filosofía católica con sobrecejo y bramando.

Pues bien; quedaos por consiguiente con vuestras teorías heréticas y con vuestras incrédulas filosofías. Quedaos con la identidad de los con-

tradictorios, y la doctrina del *porvenir* de Jorge Hegel; con las iluminaciones internas de Schwedenburg, con el sonambulismo de Mesmer, con la frenología de Gall, con el panteísmo de Cousin, con la circulación de la vida de Moleschott, con el naturalismo de Renan, con el positivismo de Comte: quedaos con los racionalistas, que hacen de Dios un simple juego de idea, y con los materialistas que del hombre hacen una bestia.

Yo católico, yo sacerdote, os he descubierto en la filosofía católica la ciencia digna de la razón y de la conciencia del hombre: era obligación mía. Cerrar los ojos á la luz de la verdad no está en vuestro derecho; mas sí en vuestro poder. Quien los cierra, es culpable y misero. Entre vosotros vuelvo á ver aquel Cremonino, que arroja los lentes de Galilei para no verse precisado á reconocer que la bóveda cristalina del cielo es aberración de su mente.

EL LOS SISTEMAS TI OBSCUROS

7 COMENDADOS POR LA IERESIA

DEBEN CONFINARSE A UN RACIONALISMO

El mundo es la casa de los hombres, y no la casa de los ángeles. El mundo es el teatro de la vida humana, y no el teatro de la vida divina. El mundo es el campo de la acción, y no el campo de la contemplación. El mundo es el lugar de la lucha, y no el lugar de la paz. El mundo es el sitio de la guerra, y no el sitio de la armonía. El mundo es el campo de batalla, y no el campo de juego. El mundo es el teatro de la tragedia, y no el teatro de la comedia. El mundo es el campo de la muerte, y no el campo de la vida. El mundo es el lugar de la desesperación, y no el lugar de la esperanza. El mundo es el sitio de la desesperación, y no el sitio de la esperanza. El mundo es el campo de la desesperación, y no el campo de la esperanza. El mundo es el teatro de la desesperación, y no el teatro de la esperanza. El mundo es el campo de batalla, y no el campo de juego. El mundo es el teatro de la tragedia, y no el teatro de la comedia. El mundo es el campo de la muerte, y no el campo de la vida. El mundo es el lugar de la desesperación, y no el lugar de la esperanza. El mundo es el sitio de la desesperación, y no el sitio de la esperanza. El mundo es el campo de la desesperación, y no el campo de la esperanza. El mundo es el teatro de la desesperación, y no el teatro de la esperanza.

CONFERENCIA V.

SI LOS SISTEMAS FILOSÓFICOS

CONDENADOS POR LA IGLESIA,

DEBEN CONDENARSE AÚN RACIONALMENTE.

Hórrida fué la frase proferida por Caracalla: despues de matar á su hermano Geta entre los brazos de Julia su madre, subido en su lugar al imperio de Roma, se dirigió al Senado, para que á Geta decretase los honores de la apoteosis, diciendo: *Sit divus, dum non sit vivus.* Considerémoslo divino, con tal que no viva.

Temo que los fogosos representantes de la ciencia moderna quieran exclamar otro tanto de la filosofía católica. He celebrado, señores míos, esta filosofía, demostrando que digna es de la razon y de la conciencia del hombre: parece que aún resuena en vuestros oídos mi conferencia última para recordároslo. Pues bien; los que procuraron extinguir la filosofía católica entre los brazos de nuestra comun madre, la Iglesia, y pusieron en su lugar á la hermana orgullosa con el fin de que reinase, se ven inducidos aquí á decir gritando al sacerdote: «Dijiste que sobre todas ilustre y bella es la enseñanza filosófica del catolicismo. Está bien: decretemos su apoteosis; mas exaltémosla sólo á condicion de que se considere divina, sin que viva en nuestras escuelas. *Sit divus, non vivus.*»

¡Qué filósofos estos tan caros! ¡Matan y elevan al cielo! Despues de la opresion el insulto. Empero, ¿por qué no debe seguir reinando en nuestras escuelas la filosofía católica, siendo meritoria sumamente á los ojos de la razon y de la conciencia humana? ¿Por qué para siempre ha de ceder á la filosofía racionalista ó empírica el derecho de ser la guía de los intelectos, y la emperatriz de nuestra juventud?

¿Se pregunta la razon? Oidla: es intolerable por su naturaleza, no pudiendo amarla la época presente. Plazca ó no plazca, corre hoy tal morbidez de ánimo y de opinion, que los hombres se rebelan contra todo lo exclusivo; la misma razon humana tomó tal temple y tal hábito que no tolera á quien no es tolerante. ¡Ved la filosofía católica! Es como la Iglesia que le dió la vida: suele proceder á guisa de autoridad; se impone á los ingenios, y quiere ser dueña exclusiva del campo. Cuanto á ella no se inclina y no se uniforma es basura, suciedad y cosa nefanda, lo cual es demasiado. El presente siglo la rechaza.

Esta bravata, señores, de muchos doctos modernos, que yo aguardaba, se presenta favorable para mí: compadezco á sus autores por ella; mas no la desdeno.

Despues de haber probado que realmente hay filosofía católica, la cual de seguro se puede seguir, me veo yo conducido nuevamente donde me hallaba; enardecíame contra las filosofías errantes y vocingleras, que hoy están de moda; la tacha de intolerante que ahora dan á la filosofía católica y á la Iglesia, llévame á establecer, como continuacion del argumento, el siguiente problema: ¿Deben asimismo condenarse ó no en nombre de la razon los nuevos sistemas filosóficos condenados por la Iglesia? Si esto no resulta claro por la fuerza del discurso, dejaremos seguir impresa sobre la frente de la Iglesia y de la filosofía católica la increpacion de intolerante y aún de intolerable; mas si resulta lo contrario, debiendo condenarse aún racionalmente los sistemas filosóficos condenados por la Iglesia, ¿qué concepto deberá formarse de los que nos hostilizan, de los doctos incrédulos y de muchísimos incrédulos «semidoctos?»

Creed seguro que para juzgar rectamente un sistema filosófico es preciso suponerlo encaminado á inquirir la verdad, y ver dirigido el fruto de tal indagacion á cosechar el bien. Esto sentado, examinemos tres sistemas filosóficos, que vienen á ser de los más famosos de nuestro siglo: el sistema que, como punto máximo del filosofar, reconoce el hecho, y es el positivismo de Comte: el sistema que se viene á refundir en el sentimiento puro, inaugurado por el doctor Jacobi: el sistema que como primer criterio de verdad admite al pueblo, saludando á La Mennais como su gran caudillo.

Estos tres sistemas filosóficos están condenados por la Iglesia. Ciertamente; mas la razon humana, si es atentamente interrogada, los condena igualmente, de modo que, cual la Iglesia católica, quiere ser en esto intolerante.

Me apresuro, señores, á dar la prueba.

Ante todo, el hecho, establecido como punto cardinal de la filosofía,

tiene las condenaciones de la razon humana, por cuanto nos pierde la vida de la ciencia y el sentido de la justicia.

En segundo lugar, el sentimiento, colocado para sostener el edificio filosófico, tiene las condenaciones de la humana razon, porque nos pierde su buena luz demostrativa, la pureza y la sublime mirada de la eternidad.

Por último el pueblo, ó el sentido comun, escogido como primer criterio de la verdad, tiene las condenaciones de la razon humana, por cuanto nos pierde el hilo de la lógica y la oportunidad de la grandeza social.

Antigua cosa, llena de gusanos, que se resiente demasiado de las frias cantatas de Lucrecio, llevando encima los andrajos y los jirones de los tres ó cuatro filósofos griegos, que se llamaban Leucipo, Demócrito, Epicuro y Protágoras: hé aquí sin embargo el positivismo, señores, que sale fuera con aires de jovencito, y muestra en sus labios infantiles la leche, diciendo que nació ayer, y que atempérase, no á las necesidades de los latinos, ni de los griegos, sino de los europeos del siglo XIX.

Quien lee la vida ó mejor la crónica del célebre fundador del positivismo, conservando lo mucho que de él se cuenta, se ve compelido realmente á la maravilla. Imaginad un hombre serio y profundo, nada burlesco; pero un poco satírico y siempre quejumbroso, que dominado está por una fuerte pasion de meditar: meditando, ve ir las cosas de mal á peor; en la cabeza de los hombres ve falsificadas las ideas, pervertida en las escuelas la doctrina, y corrupta en el pueblo la opinion pública, pensando así en su corazon: Quiero detener esta marcha de bestialidad; quiero dar á las mentes justos conceptos; quiero hacer cambiar en las escuelas la enseñanza; quiero en los pueblos sustituir al viejo impulso un impulso nuevo. Tal es Augusto Comte.

Había nacido en Montpellier dos años antes de que muriera el siglo XVIII; habiéndose puesto desde allí á dar vueltas por Francia, y deteniéndose por último en París, vino á ser ciudadano del presente siglo y contemplador de sus coetáneos, cual Diógenes era ciudadano de los tiempos «helénicos» y contemplador de las costumbres de Atenas. Para él la época «napoleónica» que hace vacilar la Europa sobre la punta de los fusiles empuñados por los grandes ejércitos, interrumpe apenas, sin hacerlo cesar, el curso de la revolucion del ochenta y nueve: es una tormenta que pasa; precisamente como despues de la tempestad, las plantas, las yerbas y las flores se alzan nuevamente y consiguen más hermosura, desaparecido Napoleon, las ideas, los amores, las propuestas y las tentativas de la revolucion francesa vuelven á

germinar. Es un frenesí de pensamientos, y una fiebre de los intelectos: oscila todo y todo choca entre sí, nada quedando incólume. ¿Cómo proveer? Augusto Comte dice: A fin de que la raza humana no perezca en el ímpetu de los extravíos, fundo una sólida y real filosofía, con la que se quebranten las olas de la revolución. Esto delibera; sin advertir que aún él es conducido por la terrible revolución como una pajita del campo, pone como eje de su elaborada filosofía el hecho.

Estamos en el «positivismo,» pues. Mas el hecho, considerado como regla del pensar, como palanca de la sabiduría, y seguro indicio de la verdad, ¿puede darnos la filosofía salvadora del siglo XIX? ¿Qué os enseña relativamente á esto la razón humana? Irrítase la razón por el hecho elevado á tan relevante dignidad; rechaza la razón el hecho en tal parte, porque nos pierde la vida de la ciencia y el sentido de la justicia.

Hablemos ante todo de la ciencia.

¿Es posible que haya filosofía que no se reduzca á poderoso trabajo científico? No. ¿Qué cosa es, señores, la ciencia? Es un enlace de conocimientos, con sus principios, con su marcha y con sus consecuencias: la ciencia es constituida por los principios; su base descansa en la fuerza de los axiomas, y sus fundamentos están en los primeros datos de la razón. Equivale á decir esto que no existe sin ideas ciencia ninguna. Ahora bien: ¿podrá suplir el hecho la idea? ¿Podrá, desterrando ésta, tener el valor objetivo de los principios, y ejercitar el oficio de los axiomas? Escribe Gioberti: «No lo entienden los que dicen que la ciencia se reduce á solos hechos (1).» Si en efecto es la ciencia un enlace de conocimientos que son esencialmente ideales, pierde sin duda el carácter de ciencia no bien los conocimientos ideales se hacen empíricos absolutamente.

Mas el hecho despierta la idea.

Reconozcámoslo. Decid entonces simplemente que aprovecha el estudio de los hechos para el desarrollo de la ciencia y de la filosofía; nos hallaremos así concordes. A la verdad, así como las ideas, cuando se trata de los entes creados, si no se unen á la observación, resultan abstracciones vacías, faltándoles la solidez, y no siendo concretas, la observación de los hechos no puede suministrar un conocimiento científico, si no la fecundan y rigen ideas, que tengan vida por sí propias. Empero los positivistas, los adoradores del hecho, no se contentan con cuanto afirmamos: para ellos es poco que sirva el estudio á la ciencia y á la filosofía, queriendo que reemplace á la misma idea. Echan así á perder la ciencia y la filosofía.

(1) V. Gioberti: *de la Protologia propeãutica*, pár. VI.

Las echan á perder, quitándoles la sinceridad del lenguaje.

Newton por la caída de una manzana elevase á establecer la ley de la gravitación universal. Hé aquí, exclaman, el hecho, que es una verdadera idea, viniendo á ser autor de los descubrimientos sublimes. No es verdad; viene á ser ocasión de los descubrimientos y no causa: está la causa en la mente, donde, anteriormente al hecho aquél, corrían las ideas sobre las leyes de la gravitación cósmica; á no existir tales ideas, hubiera sido lo propio caer la manzana entre las rodillas de Newton que sobre las espaldas del campesino. Vauban, por la vista de un castillo derribado, eleva la doctrina de las fortificaciones militares á principios generales. Exclaman nuevamente: Hé aquí el hecho, que ocupa el sitio de la idea, á ser viniendo padre de la ciencia. No es verdad; el hecho es nuevamente ocasión y no causa. ¡Cuántos no entendidos en las cosas de la guerra veían el castillo derribado, sin llegar por esto á ninguna conclusión científica! ¿Y por qué? Porque no tenían las ideas que tenía Vauban en la cabeza: el hecho para los tales nada era, y sin embargo existía. No da el hecho sensible á los grandes hombres las leyes generales de la estática y de la dinámica: el hecho á lo más es un empujón, una chispa que la llama del genio enciende; mas preciso es que preexista el genio del hombre al hecho: los potentes pensadores meditan, y de la rica fuente de la meditación surge la aplicación de la teoría al hecho. Afirmar lo contrario es hacer mentir á la ciencia.

La maltratan, llevándola feamente á desconocer su naturaleza.

En sentir de los «positivistas,» todas las cosas vienen á ser puros hechos, resultando mecánicas. Yo sostengo, por el contrario, señores, que no todo es materia en el universo: dejo estar uno de los lados del hombre, y digo, que, aún fuera del hombre, hay el elemento simple. ¿Cuál es? Es cuanto está sobre la misma materia, moderándola. David Hume prestó un útil servicio á la ciencia cuando puso de realce la verdad esta, despreciada por el materialismo. «La solidez, escribe, la extensión, el movimiento son cualidades en sí mismas simples. El espectáculo del universo se somete á un cambio no interrumpido, á una nueva vida, á nuevas generaciones, y esta metamorfosis admirable hace siempre bella y alegre de continuo la eterna juventud de la naturaleza. Mas el poder ó la fuerza que preside al orden de tal máquina, las cualidades intrínsecas de los cuerpos, por las cuales revístese de mil formas fugitivas el mundo, todo se sustrae á nuestros sentidos, nada ofreciéndonos un dato que nos los pueda descubrir. El hecho nos advierte que inseparable del fuego es el calor, como el frío de la nieve; mas, ¿podemos por el hecho solo conocer qué fuerza une los dos

fenómenos estos contrarios, en dos cuerpos distintos? (1). La fuerza, por lo tanto, que á la materia rige, no es mecánica, sino una cualidad inmaterial ó simple. ¿Veis? No todo es material en el universo físico; no lo es todo lo que más importa y existe como ejecutor primero de las leyes creadas. Siendo así, ¿cómo pueden los positivistas alegar el hecho, es decir, el elemento material como eje de la filosofía? Son ciegos: no advierten las leyes que al gobierno del mundo presiden; no advierten tampoco el elemento más noble y operante, á saber, el elemento simple: se relegan á los últimos grados de la creacion, y su ciencia es pura ignorancia.

La echan á perder, condenando los hombres al retroceso intelectual y á la confusion.

El catedrático Salvador Tommasi, que por cierto no pertenece á la escuela de los clérigos, hace tiempo escribía palabras sapientísimas contra el dominio del hecho. Decía: «Reducid la ciencia únicamente á los fenómenos sensibles; quitad al entendimiento el derecho de sacar de aquéllos las nociones generales y las leyes; negad que la razon puede admitir más allá de lo contingente lo necesario, más allá del fenómeno la sustancia, y más allá de los efectos la causa: ¿sabeis á qué reducís entonces vosotros el universo y el saber? A nada sino á una exposicion numérica de fenomenales hechos, en los que no existiría primero ni despues, ni el uno contendría la razon del otro, representando sin excepcion el verdadero caos.» (2). ¡Cosa terrible; pero verdadera! La humana mente, al hecho constreñida, limitada al círculo de éste, pierde sin duda el raciocinio, pierde la especulacion, pierde sus deducciones: es una máquina que se mueve y que se desmonta por las solas impresiones externas, nada teniendo de propio. ¡Gracias á los señores positivistas por el hermoso regalo que nos hacen! Su filosofía, que constituyen sobre los puros hechos, es agregacion de señales y cifras. No razona: expone. Es el sordo mudo de la ciencia.

La echan á perder; mas así maltrecha vive aún tanto, que con sus gritos vehementes y lamentaciones los desmiente.

Corroboramos el último razonamiento con este otro: ¿Sale propia é inmediatamente de la física ó de la fisiología el conocimiento de causa ó de fuerza? Comte dice que no, creyendo tener razon. En virtud de semejante principio, prohíbe á los físicos y á los fisiólogos la indagacion de las causas, persuadiéndose de que tal indagacion está prohibida del todo al humano espíritu; mas, si tiene razon Comte, no sólo la

(1) D. Hume. *Ensayos filosóficos referentes al entendimiento humano*, sec. 7, cap. 4.

(2) Salvador Tommasi: *Prolosione letta nella Clinica médica di Pavia* en 1853.

física, la fisiología, y todas las ciencias de la naturaleza deben renunciar á conseguir alguna causa; no sólo el espíritu humano se debe prohibir á sí propio toda investigación del género este, sino que ni existe ya la idea de causa. Realmente, ¿de dónde vendrá si los sentidos no la suministran; si la ciencia de la naturaleza no puede dar cuenta; si, por otra parte, nada existe más allá de la ciencia de la naturaleza, y nada más allá de los sentidos? Saisset reputa invencible tal objecion, estrechando del siguiente modo á los positivistas: «Confiennos el secreto que poseen para construir las ciencias matemáticas y físicas sin ninguna de las ideas por ellos llamadas absolutas, como son las de causa, unidad, espíritu, tiempo é identidad. ¡Cómo! ¿Pretenden construir la mecánica racional sin las nociones de fuerza y de tiempo; la aritmética y álgebra sin la idea de la unidad; la geometría sin la idea del espacio y sin los axiomas? ¿Cómo? ¡No existen ideas absolutas, y todo es absoluto en las matemáticas? ¿Existen sólo hechos relativos, y todo es necesario en geometría? ¡Rara filosofía que tiene la presuncion de ordenar las ciencias positivas, siendo así que desconoce las más simples condiciones de su vida! ¡Singulares filósofos, que hacen á los sistemas la guerra, y despues tienen uno que hasta el punto los ciega de hacerles perder aún el sentimiento de los hechos! (1)» Por suerte buena, en esta perversion de ideas, en esta ceguedad de intelectos, en este palpable desórden de cosas, el maleficio cae sobre la cabeza de los positivistas, y el daño es todo suyo: la filosofía, en vano buscada para estrangular, sale de tan fea escuela, abandonándola; sale y retrocede á fin de proferir su condenacion.

Sin embargo Francisco Bacon, el gran restaurador de la filosofía, la impelió con la clava en la mano confinándola toda en el hecho, queriéndola subyugada por el experimento.

Aunque Bacon, al tratar de las doctrinas ideales, se extralimitara, es filósofo de muy distinta talla que los tales enanos de espíritu y de cuerpo grosero, que no se componen con él. Bacon, sin duda, recomendó en el filosofar la experiencia y la observacion; mas ¿sabeis qué cosas son para él las observaciones y los experimentos? «Nada sino las letras del abecé, las cuales, si bien dan el fundamento de todo lenguaje, aún cuando con ellas se puede urdir cualquier sublime discurso, cuando están divididas y solas, permanecen como mudas é insensatas, sin conducir á nada (2); imágen ésta tan apremiante que la repite va-

(1) E. Saisset. *De la philosophie positive*, en la *Revue des Deux Mondes, nouvelle série*, tomo XV.

(2) F. Bacon: *Novum Organum*, lib. I, afor. 121.

rias veces (1). Sin duda Bacon no juzgaba posible interpretar la naturaleza sin el socorro de los hechos; mas ¿sabeis en qué intérprete, por añadidura, puso su mayor confianza? Os repito sus palabras: «No hay intérprete de la naturaleza más fiel y más seguro que el humano espíritu, que penetra donde no pueden llegar los sentidos, en las profundidades de la tierra y en la elevación del cielo (2).» En otra parte, hablando de los cuerpos, escribe: «Es preciso escoger y separar la naturaleza, no con el fuego, sino con la mente, fuego divino.» En suma, Bacon, si bien admite el hecho y la observación, reconoce una potencia en el hombre, un fuego divino, que vuela por encima del hecho, lo estudia y lo juzga, reputándose señor del campo donde se agita: este poder y este fuego divino, como él mismo declara, es la mente del hombre, ó la idea. ¿Son del mismo parecer los positivistas? Para ellos el hecho lo es todo; el hecho suple la idea; el hecho equivale á la mente, siendo el punto en que consiste su filosofar. Ahora bien; obrando así, dan muerte á la ciencia.

Os he descubierto ya por uno de sus grandes lados la filosofía de Comte; mas la he descubierto condenándola. ¿Quién la condena? La voz que al positivismo proscribía es al mismo tiempo la mía y la vuestra: es la voz de la razón. Es un acento de indignación, que rechaza un sistema filosófico, admitiendo el cual se pierde la vida de la ciencia.

Perdido al mismo tiempo queda el sentido de la justicia.

Basta este anuncio en mis labios, para que todas las falanges positivistas se irriten y escandalicen. ¡Paciencia si es tachado el positivismo de lógicamente falso! Mas herirlo con tal espada en el corazón, llamándole no justo, sino bárbaro, es cosa que no se puede sufrir. Inferí un agravio cruel á la santa memoria de su fundador. ¿No le conocéis hace mucho tiempo?

Cuando poco antes os bosquejaba yo á Comte poniendo sus oídos en torno, y mirando, con el fin de recoger todas las corrientes siniestras y todos los gritos lamentables que llegaban siempre á él de la revolución del ochenta y nueve; cuando por esto lo señalé á vosotros ocupado en construir una filosofía, que pudiese salvar del error á la Francia y á la Europa enfermas, no se restringía este trabajo mío á los órdenes supremos del saber, y no era la escuela mi palenque único. Nuestro gran hombre positivista, además de ser un ilustre docto, es un filántropo ardiente: no se ciñe sólo al saber, sino que pasa de un salto á obrar. ¡Recordadlo! Mientras ve subvertidas las mentes y trastornadas

(1) F. Bacon: *De Dignit. et augm. Scient.* IV, III.

(2) F. Bacon: *Novum Organum*, lib. XI, afor. 16.

las escuelas, ve corruptas las costumbres públicas; mientras al pasar observa con traje destruido á los filósofos, observa tambien convulsos y contaminados los reyes, los sacerdotes, los jueces, los guerreros, los ricos, los burgueses, los nobles y el pueblo; observa, llorando muerto al protestantismo, y al catolicismo moribundo. Es un funeral de la humanidad.

¿Lo creerfais? El filósofo se hace sacerdote; él, muy amigo de Saint Simon, para redimir el mundo completamente, da gran cabida, en su sistema filosófico del positivismo, á la religion. Adora el Gran Sér, nombra tambien la Santa Virgen, y quiere que sus sectarios la celebren; lee cada dia un capítulo de la *Imitacion de Cristo* del abate Juan Gersen; ora cada dia tres veces y á los ángeles custodios se recomienda. Hé aquí otra vez el hecho que con la religion se viste, brillando y embelleciéndose así más y más: sobre tal hecho la filosofia de Comte se apoya robusta, como decimos está el universo en manos de Dios. ¡Afirmad ahora, si teneis para ello valor, que reniega el positivismo del sentido de la justicia!

Disgústame, señores, á mí, sacerdote, combatir al sacerdote. De todas maneras cobremos bríos: entre mi sacerdocio y el de Comte la semejanza es tan grande como (con permiso de la teoría hegeliana) la que tienen los contradictorios: se diferencian en la especie, y en el género y en la naturaleza. Os retrato á este hombre, segun Willem y Littré, dos amantes suyos apasionadísimos, lo ponen fielmente á la escena, sacándolo de la oscuridad (1). El Gran Sér que nuestro amigo adora, es la humanidad; la Santa Virgen que celebra, y quiere celebrada, es el atributo femenino de la humanidad: los ángeles custodios á que se recomienda, son los conceptos que pasan por su mente, como la idea de lo verdadero y de lo hermoso, por cuanto ellos deben tener un culto distinto en la religion de la humanidad: la oracion, en la cual ejercitase tres veces cada dia, se dirige á la humanidad, de modo que se ora él á sí mismo, en cuanto forma parte de la humanidad: esto es muy alegre y muy grato si se imagina. Ignoro qué aprende de su Gersen, ni conozco de qué le sirven las vivas jaculatorias del alma: lo que conozco es que siendo un jefe supremo, que se denomina el gran sacerdote de la humanidad, que hace admoniciones, y que hasta lanza la excomunion, es uno que ha salido de golpe fuera de la humanidad: no es un religioso, sino un demente.

(1) Willem, Baron de Constant Rebecque: *Reflexiones sintéticas sobre la filosofia, la moral y la religion, consideradas bajo el punto de vista del positivismo*.—E. Littré: *Sistema de la politica positiva. Discurso sobre el conjunto del positivismo*.—*Catecismo positivista*.

Quitando de nuestro alrededor el fárrago de la piedad y de la religión positivista, tornamos, señores, al hecho: el hecho, el hecho inexorable sigue ante nosotros cual eje de la filosofía; aquí donde descendido hemos á examinar la parte práctica del positivismo, esto es, la operación social, indago si conserva, ó más bien repudia el sentido de la justicia.

Lo repudia ferozmente.

El hecho puede ser mirado bajo distintos aspectos, como tiene por sí frecuentemente diversas significaciones. Sólo que, consignado como eje de la filosofía, según quieren los positivistas, ¿cuándo en la humanidad civil viene á ser para ellos norma moral y se transforma en criterio absoluto de la verdad? ¿Por ventura cuando el hecho se achica y decae, perdiendo casi del todo su vigor, ó cuando se agranda y predomina, de manera que atrae las miradas de todos? Es demasiado evidente: el hecho predominante, no el hecho deprimido y derrotado es para los positivistas seguro indicio de la verdad. Sería como preguntar á un capitán ilustre: ¿Cuándo tocas el himno de la victoria? ¿Por ventura cuando es tu estandarte arrojado al suelo y oprimido por las falanges invasoras, ó cuando conduce adelante tus guerreros enhiesto y enarbolado, con su ala magnífica extendida al viento? Por lo tanto esto es positivo, señores: primer elemento filosófico, regla infalible para los positivistas, es el hecho predominante.

Ahora bien; entristézcome yo por la suerte infeliz de la justicia: veo germinar ante mis ojos la barbarie.

Allí dos jóvenes se irritan por un puntillo de honor; no siéndoles posible aquietarse, pasan á los hechos. Se afrontan sobre la arena del duelo. El uno cae sumergido en su propia sangre; el otro, incólume y vengado, se va. ¿Quién tiene razón de los dos miserables? Los positivistas, sin más exámen, dan la razón al matador, y al muerto la culpa. Se ponen á contender dos doctos: enmaráñase su discurso, rasgándose, sin que se resuelva en la disputa. Uno de ambos tiene voz gallarda; sacándola ó haciéndola retumbar del todo, impone silencio al adversario: el docto de la embestida tremenda tiene la imprecación y el insulto, por lo cual el contendiente, para no deshonorarse, le deja plantado. Es otro duelo y otra victoria material. El hecho prevalece por una parte; los «positivistas» han de otorgar al impudente y al furioso la palma.

Continuando con ejemplos históricos, Mirabeau en la asamblea de Francia posee una elocuencia tan fascinadora, que arranca los aplausos de los más ardientes tribunos, venciendo: ¿tiene razón de continuo al lado de los defensores medrosos de la monarquía? Los «positivistas» deben decir que sí. Robespierre, caudillo de la Montaña, tiene tanto ar-

dor al arengar con insolencia que vence á los oradores de la Gironda: ¿tiene pues razon? Los «positivistas» deben decir que sí.

Dejemos á los individuos á fin de hablar de los pueblos.

Habia Jesús venido para salvar el mundo con el amor y la verdad: pasaba por la Judea sembrando frutos de vida eterna. Era su reino la cátedra de la palabra: quería que reconociera el hombre al hermano en el hombre. Los Hebreos, instigados por los sacerdotes y por los potentes, pusieron las manos sobre Cristo y lo crucificaron. ¡Contemplad el espectáculo! Cristo sucumbe y Jerusalem prevalece. ¿Quién tiene razon? ¿Quién lleva esculpido el sello de la verdad en la frente? Vosotras, almas despiadadísimas; vosotros, verdugos y sayones, que me arrebatásteis al Maestro, y extinguísteis la luz de mis ojos en él, sois los triunfadores. Pues bien; celebremos á los triunfadores: hagamos las apologías de Judas, Pilatos y Herodes. Es el Calvario el monumento de la verdad, no porque allí muere la infinita Víctima, sino porque allí triunfa el deicida. El «positivismo» contamina mis labios con estos ímpios elogios.

Los turcos, bajo la bandera del árabe Profeta, prorumpen del Oriente, talan por extensas edades los países más florecientes de la Europa. Tienen mano ladrona, y roban; corazón de hiena, asesinan. Sobre sus pasos ved el desierto, y, peor aún, el abismo. En este abismo caen jóvenes estrangulados, mujeres contaminadas, campesinos quemados, ciudades deshechas y reinos dispersos. ¡Ah! ¡Es el abismo del Occidente! ¿De qué parte se halla la razon entre Occidente y Oriente venidos á feral batalla? La culpa la teneis vosotros, viejos, madres y niños degollados ó maltrechos bajo el carro del Profeta; teneis la culpa precisamente, porque vosotros quedais sometidos, y prevalece. El hecho que os aterra escribe la condenacion y la infamia en vuestra frente.

Si hubo país que más soportase la invasion extranjera fué Italia. ¿Qué cosa es el elemento extranjero que aplasta el carácter nacional? Es el dominio del hecho, erizado de picas y espadas, cargado de pesadas leyes, y con frecuencia manchado con brutales costumbres; es la voluntad que á la razon sustituye: es en suma el hecho con su mayor atractivo, y dueño absoluto del campo. Si el hecho constituye la razon y es regla esplendente á fin de asegurarse de la verdad, la invasion es el primer criterio de lo verdadero y el primer derecho de gentes: los conquistados son una raza de justamente opresos; los conquistadores son una raza de hombres honrados y verídicos. ¿Os parece bien, señores?

Direis que los conquistados prevalecieron finalmente contra los conquistadores.

Lo concedo; pero atended. Para una vez, y muy tarde, que me asegurais hicisteis prevalecer la razon, librándoos de los extranjeros, muchísimas hay en nuestra historia en que los extranjeros os dan la culpa, dominándoos. Alarico con sus Visigodos os domina, y tiene razon; Ataulfo os domina con sus Godos, y tiene razon; Atila os domina con sus Hunos, y tiene razon; Genserico con sus Vándalos os domina, y tiene razon; os domina Teodorico con sus Ostrogodos, y tiene razon; os domina Ricimero con muchos hombres diversos, y tiene razon; os domina tambien Agilulfo con sus Longobardos, y tiene razon. Las invasiones continúan: sobre vosotros adquieren predominio Tudescos, Franceses y Españoles: todos tienen razon porque son conquistadores, y vosotros, conquistados, teneis la culpa. Y si teneis la culpa, italianos, ¿por qué mordeis bramando la cadena de la servidumbre? ¿Por qué maldecís á los extranjeros? ¿Por qué me recitais largas elegias y canciones fúnebres sobre las desventuras patrias?

Parece que me doy á la irrisión, y yo mismo sufro mucho: Digamos más bien; ¿parécenos cosa que á la justicia honre inferir del hecho la verdad y sólo del hecho deducir la razon? ¿Admite la doctrina del hecho, conserva y fortifica el sentido de la justicia, segun es por los «positivistas» promulgado, ó por el contrario lo destruye? ¿Lleva la civilizaci3n, ó lleva la barbárie?

Grito contra el hecho elevado á tanta gravedad, y grito, señores, contra la filosofia «positivista,» porque verdaderamente señores veo surgir en su seno la salvajez y una herida nueva. Otros podrán creer que yo en vano me irrito y peleo, por cuanto el positivismo, como sistema filosófico, está relegado á la escuela, y no debe amedrentar al pueblo con el espectro de la injusticia, que será siempre injusticia científica y no real. Mas yo respondo que los tales tienen ojos y no ven; tienen manos y no palpan. ¿No es Augusto Comte acaso el primero que quiere pasar con su sistema filosófico á la sociedad civil? Mas dejémosle á él. Escribió el Vizconde de Bonald excelentemente: «De continuo, donde hubo errores, no faltaron los desórdenes (1). Con la misma discrecion observó Balmes: «Cuando los filósofos cuestionan, cuestiona la humanidad (2).» ¿Existe por lo tanto un positivismo que vive y disputa en nuestras escuelas? Pues bien; positivista es asimismo el consorcio social. Hé aquí por qué me irrito: no condeno solamente una injusticia metafísica y privada, sino tambien una injusticia práctica y pública. ¡Vive Dios! ¿No descubris el positivismo que ha pasado á los órdenes

(1) Vizconde de Bonald, *Pensees*.

(2) J. Balmes. *Filosofia fundamental*.

de la sociedad civil? Vosotros me anunciáis, como invencion vuestra, la teoría de los hechos consumados. ¿Que cosa es esta? Es la idolatría del éxito material. No importa que fuera honrado el suceso ó triste: tuvo buen éxito y basta. Cuando corona el hecho un resultado próspero, engendra el derecho, y es preciso aceptarlo alegremente; tú, si además de aceptarlo alegremente, empuñas la trompa épica y lo decantas, eres uno de los mil héroes en que abunda el siglo XIX. Os lo dije, señores: la filosofía positivista está en boga socialmente, y vosotros frecuentemente, sin advertirlo, sois los discípulos de Augusto Comte.

¡Horrible maestro! ¡Deplorable y horrible filosofía! Ha establecido su cátedra hoy en los gabinetes de las naciones, así como en la plaza y en el pueblo; desde lo alto á lo bajo y desde lo bajo á lo alto se admite la enseñanza de que la fuerza equivale al derecho. ¡Oh! ¿Por qué nosotros los italianos, al mismo tiempo que deploramos las invasiones sufridas de los extranjeros, no sentimos indignada el alma nuestra por esta teoría salvaje que nos invade? ¿Por qué no detestamos al nuevo extranjero? Nos vemos reducidos á tal punto que la filosofía positivista se burla de nuestro nombre y nos pone entre los déspotas: la fuerza es el derecho. Decidnos si nosotros, ciudadanos de la civilizaci6n presente, podemos vivir más, como los pueblos nobles viven, con aquella libertad *libre*, segun la llama Maquiavelo: ¡decid si podemos seguir adelante, sin que la fuerza física, como primer puntal, ciña nuestra grandeza!

José Toscanelli en pleno Parlamento hablaba de la fuerza material y de la fuerza moral que rige nuestra patria, viendo disminuir la una segun agrandábase la otra. Decia: «Por lo que hace á la fuerza moral, en otras épocas y en otros momentos, ocupaba el sentimiento religioso un lugar importantísimo; mas la lucha sostenida por nosotros con Roma, las leyes pretorianas que votamos y están delante de nosotros, han grandemente minado la base de la pública moralidad:» Proseguía notando que «todos los Municipios del Estado no piden hoy libertad, independencia, emancipacion, ni nueva vida, sino estaciones de carabineros reales (1). «Los pedia él asimismo para tutela de la seguridad pública.

Yo, lo mismo que aquel diputado de Toscana, respeto grandemente á nuestros carabineros. Digo que se les debe gratitud; digo que son el arma más benemérita tal vez de los ciudadanos probos y pacíficos. Empero hé aquí entretanto, señores, lo que ocurre; por el predominio que adquirió el hecho entre nosotros sobre el elemento moral, y por la

(1) El Dip. Toscanelli, en el Parlamento de Roma, año 1870.

necesidad inexorable de oponernos al hecho nudo y crudo, los reprehensores públicos vienen á ser más y más necesarios. Algunos dicen: «Tiene Italia diez y siete millones de personas que no saben leer y necesita escuelas;» los Municipios del Estado gritan aún con más fuerza: «Manillas se requieren; primero manillas y silabarios despues; antes los carabineros y despues los profesores.» El carabiniere es un hombre indispensable del todo en la Italia regenerada; es nuestro bienhechor y nuestro ángel tutelar. Podemos estar sin ministros, sin diputados y sin senadores; pero no sin carabineros.

Habiéndoos descrito por todas sus partes el positivismo, tiempo es de que venga yo á la conclusion.

El positivismo que declara el hecho eje del filosofar, es doblemente detestable. Considerado como teoría doctrinal, destruye la ciencia, porque hace prevalecer el experimento sobre la idea y los fenómenos sobre los principios, con lo cual el razonamiento viene á ser imposible del todo en el verdadero sentido de la palabra: no es preciso preocuparse de la verdad, sino atenerse, por el contrario, á la realidad, sea cual sea. Considerado como teoría práctica ó social, reniega de la justicia, porque hace prevalecer el hecho sobre la razon, y la fuerza contra el derecho: en su virtud, la justicia es herida en el pecho con golpe mortal, siendo preciso que el mundo, dejando que salten á su cuello los positivistas, se resigne á una oscura y vergonzosa barbarie nunca vista. Os repito, pues, que por esta parte y la otra es detestable, siendo preciso condenarlo.

Recogisteis vosotros vuestras condenaciones formales y solemnes. Sólo que, confesadme, ¿quiénes pronuncian tales condenaciones? Hasta hoy no escuchásteis hablar á la Iglesia católica: pronuncia las condenaciones la razon humana, fieramente indignada con el sistema filosófico de Comte.

¿Con qué valor, siendo así, con qué vergüenza se arroja el reproche de intolerante á la faz de la Iglesia? ¿Por qué se llama enemiga de la moderna filosofia? ¿No lo veis? Si reniega y repudia el sistema filosófico de Augusto Comte, hace una cosa racional: condena lo que proscribela razon humana. No la censureis, señores: ¡admiradla y bendecidla! Entiendo con vuestras manos quitar un sistema filosófico, en el cual, bajo la tiranía del hecho, se pierde la vida de la ciencia y el sentido de la justicia.

No sé si debo llamarle un viejo con traje de jóven, como hice con el positivismo, ó si, por el contrario, me corresponde llamarlo jóven de veras, con los huesos aún no fortalecidos y sin el pelo aplicado á las

mejillas; es lo cierto que el sistema filosófico del sentimiento, que ahora se nos pone delante, tiene todo el afán de aparecer nuevo y de hacerse admitir como la filosofía más acomodada á las necesidades de nuestros tiempos. No vituperemos, señores, tal ansia; declaremos nuevamente, si os place, que verdaderamente es nuevo, como sistema filosófico: debo añadir, como complemento de la pintura, que si es joven, resulta sin embargo tal, que poco se diferencia de los viejos, por ser flaco, de piernas muy débiles, sin espíritu, ni valor; en su virtud, si lo considerais un decrepito sin dientes, no diré que tomáis una cosa por otra.

Mas yo bosquejo un gran sistema de filosofar; identificada con el sistema, os dejo imaginar toda una suntuosa compañía de filósofos. Ahora bien, ¿cuál es el caudillo de tales filósofos?

Fijémonos en Alemania. Allí hay un hombre que inventa el sistema filosófico del sentimiento. Verdaderamente debería ir con mayor modestia y recordar que tiene derecho el ginebrino sofista en el libro del *Vicario Saboyano* á ser reconocido predecesor suyo, como en Inglaterra Shaftesbury y Hume tienen igual derecho, y como quiere ser su compañero íntimo en Irlanda Francisco Hutcheson. Mas dejemos tal cosa. El hecho es que Jacobi el tudesco procura con mucho afán reunir discípulos á su alrededor, y hacerse celebrar como ingenio creador en filosofía. Considerad esto, señores; Jacobi, aquí semejante á Comte, fué conducido á tal creacion, porque le desalentó el espectáculo de todas las precedentes filosofías germánicas. Vió la filosofía racionalista de Hegel y se horrorizó; vió la filosofía idealista de Fichte, y quedó dominado por el vértigo; vió la de Schelling, y perdió la cabeza; vió la otra más antigua de Kant, y le pareció peor. Son filosofías irónicamente *trascendentales*: filosofías escépticas y panteistas: es preciso echarlas por tierra, y reformarlas desde sus cimientos; en ellas la razon hace de moza demente, corre, no tiene miramiento, y todo lo quebranta en su ímpetu. Preciso es llamarla nuevamente á casa, y meterla en su sitio, á fin de que respete al hombre y al mundo. ¿Quereis una filosofía edificadora, no belígera, sino pacífica? Hacedla descender de la esfera ideal y haced que se instale como soberana en el sentimiento. Así, de un exceso escapando al otro, el doctor Jacobi construye el edificio del *sentimentalismo*.

La Iglesia católica pone mal semblante á esta filosofía novel; como condena el positivismo, fulmina sus condenaciones contra la doctrina del sentimiento puro. No pocos escandalizanse de que ni aun con doctrina tan mórbida y manuable pueda vivir en paz. Mas dejemos á la Iglesia: ¿qué dice la razon humana en el presente lugar? La razon, como si fuese Iglesia docente y dogmática, proscribese semejante sentimiento:

lo proscribe, por perder con él su buena luz demostrativa, la pureza y la sublime consideracion de la eternidad.

Aduzcamos las pruebas.

No me propongo, señores, descartar de la filosofía el sentimiento humano: no llevo yo mi hoz al campo de los nobles cultores de la ciencia para segar con golpe descortesísimo toda la mies filosófica que al sentimiento se refiere. Mi cometido se restringe al sentimentalismo (permitaseme tal vocablo) que, mientras intenta asumir carácter racional, no puede ser admitido por mí como razonable.

Realmente, con el sentimentalismo pierdo yo incontinenti la luz demostradora de la razon, y toda buena filosofía se me impide.

¿De dónde emana el principio de filosofar? Del conocer. Entre las obras de Dios sobresale la creacion de la luz; de semejante modo entre las operaciones humanas la luz quiere tomar el primer puesto. *Fiat lux*. ¡Que yo abra los ojos, y vea! ¡Que alboree en mi mente la llegada del conocimiento! Con esto soy filósofo. Mas, volviendo al doctor Jacobi y á sus sectarios, debo comenzar á filosofar de otra manera y por otro concepto: para llegar al descubrimiento de lo verdadero y á la consecucion del bien, debo atender, no á la inteligencia mia, sino al sentido moral aquél, de que se dice ricamente dotada mi naturaleza. Esto que, ora se llama *sentido*, y ora *moral instinto*, me debe proporcionar el bien, y hacerme huir el mal por un acto sensible, á saber, por tal sensacion ó gusto, que no dependa del raciocinio, ni de la reflexion. Es cosa «autónoma» este tacto moral y goza vida por sí: ¡como si en el ánimo sólo hubiese una facultad, y en el cuerpo un órgano único! Esto sentado, hé aquí que me conduzco por tacto y por sentido más que por fuerza de conocimiento; ¡qué puedo yo demostrar más filosofando? ¿De qué puedo más adelante dar razon? No conozco, sino que siento: obro á guisa de un vegetal, ó de un bruto, los cuales tambien sienten, sin embargo de que no tienen por ningun concepto el conocimiento metafísico. ¿Os parezco filósofo? No me lo decís, porque soy hombre sensitivo, y de ningun modo conocedor.

Hay más. De tal modo me falla el valor de la demostracion, que fuera de mí la naturaleza y el mundo se reducen á cero. Escribe asi el tudesco Jacobi: «Estudié, ahondando en todas las filosofías; mas todo se reduce á una existencia inmediata, y á un profundo sentimiento de individualidad;» sobre tal individualidad coloca el monumento de la propia filosofía. Por consecuencia el sentimentalismo se compendia en el individuo, no pudiendo salir de él; no tiene paso ni ala con el fin de marcharse léjos: es el pájaro á quien falta el espacio del aire para volar. En su virtud, señores, si vosotros me pedís que os explique yo

las relaciones de los cuerpos, las propiedades de los fósiles, las cristalizaciones químicas, no podré contentaros, porque ¿cómo podría yo alcanzar estas cosas, no encerradas en el individuo, que se hallan fuera de mí? ¿Qué podré hacer, yo, pobrecillo, si me pedís una explicación referente á los fenómenos del éter, ó al curso de los astros? ¿Creeis que se puede lanzar hasta las estrellas mi persona insignificante? No es asunto de «individualismo,» por lo cual me deberé juzgar ignorante y mudo. Aunque me impelais á decir alguna cosa sobre tantos movimientos ó actos que pasan en mi cabeza, si quereis que os explique qué diversidad hay entre la idea y la percepción, entre la memoria y el entendimiento, podré yo fantasear extensamente, sin afirmaros con todo nada seguro ni neto, porque, áun cuando permanezca en mi casa, el sentido moral no bate tan alto; el individualismo, si lo quereis saber, no es trabajo del cerebro, sino del músculo que debajo está del corazón.

En mí aumenta muchísimo más la deficiencia. Todo completo sistema de filosofía es ceñido por tres condiciones: debe tener su motor, su fin y la regla para conducir las acciones. Si una de tales tres condiciones es falsa, en lo falso caen las otras dos. No hablamos aquí del motor, ni del fin con que cuenta el sentimentalismo; empero, buscando la regla con que dirige las acciones humanas, hallamos que ni es universal, ni estable, sino limitada y arbitraria. La razón es que la filosofía del sentimiento tiene por carácter propio la *variabilidad*, el *relativo* y el *individuo* siempre: en la sensibilidad se refunde; y ésta, bien que á ciertas leyes suyas atendida, en gran modo depende de los tiempos, de los lugares, de los sentidos, de los temperamentos y de otras mudables coyunturas. La pasión que á un hombre domina es casi extraña á gran número de sus semejantes: el clima desarrolla determinadas tendencias de la naturaleza humana debilitando algunas otras: en la misma persona una afección va sujeta en un instante á una grande alternativa de vigor y de flaqueza, según varían las circunstancias exteriores. Todo esto está bien conocido, y es histórico. Ahora bien: la filosofía de la sensación y del sentimiento, que parte de un principio variable, ¿cómo puede proveer á sus secuaces de una regla segura y firme? Un principio, individual y relativo, ¿cómo puede dar una regla universal y absoluta? En su virtud, si me hago filósofo del sentimiento, ¿qué buena demostración me pueden conceder sobre las cosas y los seres? Vario con los individuos; vario con el variar de los lugares y de los tiempos; inglés, siento una cosa y la sigo; español, siento otra y la celebro; francés, otra siento enteramente contraria y la quiero; con los tudescos me aparto enteramente de los italianos; italiano, siento y quiero lo que

ni los tudescos, ni los franceses, ni los españoles, ni los ingleses sienten y quieren: sin embargo, no me reputo de tacto menos exquisito, ni menos noble que los tales. ¿Qué cosa demuestro yo con mi teoría de la sensación ó del sentimiento? Nada, ó bien demuestro la exclusion y la mezcla. ¡Miserable filósofo!

Ved de qué brotan las reprobaciones y las severas condenaciones que os anuncié, fulminadas por la razon humana contra el sistema filosófico de Jacobi. La razon, si la ponemos á filosofar, quiere ir provista de su buena luz demostradora: quiere principiar por la luz para correr potente y juiciosa por los órdenes de la ciencia; mas aquí, en el sentimentalismo, le quitan su buen nervio demostrador. Resulta sin vista, envuelta en lo bajo, constreñida, en fin, en cada pais á mudar de juicio y de lenguaje. ¿No está en su derecho si se avergüenza, y proscribire además el sistema llegado en mal hora! ¿No es recomendable su cólera?

Acusacion formulo contra el sentimentalismo, que á los ánimos muy tiernos erizar hace los cabellos. ¡Cómo! ¿Consideraremos deshonoroso tal método filosófico que tan amigo se presenta del corazon humano? ¿Consideraremos el corazon una suciedad por su naturaleza, y un depósito de inmundicias?

Escribe Manuel Kant: «De comun acuerdo han sostenido los hombres que principió el mundo con el bien, pero que pronto se manifestó la caida del mal (1)». Esto es lo que me importa recordar, señores: era el hombre bueno en un principio, porque fué creado inocente y hermoso: perdió aquella hermosura primitiva, manchóse con el pecado, y la mancha señaladamente se marcó en su corazon. En su virtud hay en nosotros dos potencias y dos leyes, que luchan entre si: la ley del espíritu, que vuelve á pedir el bien perdido, y la ley de la carne que acomódase al mal presente: el espíritu aquí abajo representa la inteligencia y la libertad divina, encontrándose sin duda el mundo de la grandeza y de la luz en él: la carne, por el contrario, es la region tenebrosa, donde se agitan con ímpetu salvaje los deseos sin freno, las concupiscencias devoradoras é insaciables. ¡Que lucha! ¡Cuán íntima en nosotros, incesante y perpétua! Es la lucha de que hablaba Platon en sus *Diálogos*, y de la cual mejor nos amaestra San Pablo en sus admirables *Epistolas*. Mas, señores; os digo una cosa sobre todo encarecimiento amarga y desgarradora. Así como nuestra razon en la lucha del espíritu voluntariamente se mezcla y se hace su guia, en la lucha de la carne está envuelto por el contrario el corazon. «Del corazon, enseña

(1) G. Kant: *De la religion en los limites de la razon*.

Jesucristo, parten los malos pensamientos (1);» si á los enemigos del Redentor les parece que afirma demasiado, oigan á Juan Jacobo Rousseau, que comenta el texto del evangelista con estas palabras: «No hay hombre que, siguiendo el movimiento de su corazón, no llegue pronto á ser el mayor malvado (2).»

No calumnié yo: en el corazón se aduna el curso de la depravación antigua; en el corazón brama la naturaleza corrupta, difundiendo allí á manos llenas sus orgullos, sus envidias, sus abominaciones y sus vilezas. Pues bien: ¿levántase aquí á dictar sus lecciones y á regir al hombre la filosofía de la sensación ó del sentimiento, que sólo puede consistir en el corazón? ¿Desde aquí, escarneciendo la ley del espíritu, y siguiendo la de la carne, se jacta de ser la mejor de todas las humanas filosofías? Compadézco, señores, al hombre: en él pierde la razón el virginal lirio de la pureza.

Esto se manifiesta claro, si observais á qué clase de vivos deleita, viniendo á ser familiar, la filosofía de las sensaciones: vereis que son los espíritus ya tiznados por el cieno moral, ó fáciles para la contaminación.

El sentimentalismo es la filosofía de los hombres selváticos y melancólicos. Tienen un propósito tétrico que los azota, y un humor misántropo que les consume: fastidiados de la sociedad civil después que abusaron de ella, se apartan de las ideas comunes, como huyen la buena conversación de los amigos y de los parientes. Jorge Byron decía que «sólo el ángel ó el diablo puede estar en la soledad:» ellos, que no equivalen al diablo, ni son ángeles, se arrojan al desierto: hacen el mundo por sí, rumiando pensamientos *sentimentales*, que es una delicia. Desfogan el sentimiento, que se niegan á emplear como un deber en la familia, cuando pasan las borrascas y las tempestades. Aquel sentimiento suyo es un tirano y preciso es obedecerle. Tendrán ya padre viejo y abandonado: ¿qué importa? ¡Inútil trasto! Está bien sólo en los umbrales de la otra vida. Tendrán hijos: ¿qué importa? Que los hijos piensen en sí propios. Tendrán una mujer libre y desocupada. ¿A qué fin contristarse? Hombre por hombre: que piense ella en sus propios hechos y se satisfaga. ¡Fealdades! ¡Fealdades!

El sentimentalismo es la filosofía de las mujeres apasionadas, de los jóvenes bajamente enamorados, de todas las desgraciadas criaturas, que antes que la razón y la conciencia, consultan el sentido, y siguen el sentimiento antes que las leyes positivas. El sentimiento tiene algo de dulce, débil y enervado, que debilita el espíritu y hace que los

(1) San Mateo, cap. XV, v. 19.

(2) J. Rousseau al médico Tronchin.

afectos vengan á ser pútridos. Sufren, y sufriendo aman: en tales padecimientos y en tales languideces se han formado un código, escrito con color de rosa, cuyos artículos más virulentos se resuelven en besos. Los colores que más placen á tales afanados, llevándolos en sus vestidos como emblema del alma, son el morado, el verde y el azul; entre las flores que cultivan en su jardín con más ternura, está la violeta temprana. ¡Cuán triste y bella es! Entretanto están descontentos de su amor; por las angustias no meritorias que padecen se aficionan más fácilmente á los infortunados aquellos, en los cuales el tormento es hermano del delito. La vista de los malhechores arrastrados en poder de los esbirros, les desmaya: el presidiario, con su tosco vestido y con el pie atado á la cadena, inspira simpatía. ¡Pobrecitos! ¿Por qué causarles tanta vergüenza y angustias? Hé aquí en todas partes el aspecto del dolor: los hombres molestan á los hombres. ¡Como si no estuviéramos nosotros bastante afligidos! Así van exclamando, sin pensar en las excesivas agitaciones y en los dolores atrocísimos que los presidiarios causaron al hombre de bien y al inocente: no piensan en las consortes lacrimosas, ni en los hijos privados de su padre por causa de los malhechores. ¿Dejaremos el delito impune, para que no se pongan á sollozar, y para que no se nuble la pupila de los secuaces de la sensación filosófica? ¡Monstruosidad, señores, fealdades!

El sentimentalismo es la filosofía de los muelles pintores de nuestras costumbres, mayormente si son dramáticos y novelistas. Proponiéndose no instruir por ciencia, sino conmover y agradar, los tales se ponen á describir extensamente lo que más vivo es y picante; procuran conmover las fibras del hombre, y en el sentido precisamente llevan, por decirlo así, el mayor ímpetu. Como en la region del sentido están encerrados y quieren asignar un fin al placer, en ninguna cosa dan muestras de ocuparse mejor que en atraer los corazones humanos á la felicidad. La felicidad es el profundo suspiro que hacen salir del alma; la felicidad es su ídolo y su diosa. ¡Qué verídicos son! Haciendo consistir la felicidad toda en la sensación y en el sentimiento individual, consiguen lo contrario de lo que se proponen; alegría no dan sino lágrimas; no paz sino rabia; no beatitud sino exterminio. Hemos leído sus obras, y recorrido los episodios de sus novelas: ¿qué hallamos en ellas? Traiciones, venenos, lazos corredizos y puñales. Invitándonos á la felicidad, el sentimentalismo produce la muerte. *No puedo llevar en este mundo la carga de la vida*, exclama Lelia sumamente agitada en las páginas de Jorge Sand. Tiene precisión de contaminar y de ser contaminada: es su lenguaje el de un demonio, que tiene rabia por ser mujer. *Me mato*, grita la India: sin embargo, buscando la felicidad, habíase

arrojado á los últimos límites de la independencia de las pasiones y del corazón, al paso que rompió violentamente los vínculos más sagrados. *¡Miserable de mí!* dice gritando Valentina. *¿Quién me levantará de mi ceno? Nadie.* Ella, para dejar su amor bien satisfecho, había destruído ante sí las vanas preocupaciones del viejo mundo. Magno grita del mismo modo: *Soy un miserable.* Esto grita, despues de hollar, para darse á su pasión, cuanto se juzga santo entre los hombres. Así casi á una voz los más altos personajes de nuestros novelistas exclaman: *¡Somos infelices! ¡Dadnos un puñal! ¡Queremos salir del siglo! El cielo es grandemente oscuro; ¡agitada está la tierra y nos rechaza! ¡Vamos! ¿No escuchais distintamente en estos clamores los gemidos de Julieta, de Oracio, de Tremnor, de Santiago, como tambien de los infelices jóvenes Werther, Ewen, Sautélet, Escousse, Chatterton, Don Juan, Zaffie, Frollo, Antony, Monte Cristo y Consuelo? Héroeos en el reino del sentimiento, querían beber á largos sorbos la felicidad sobre la tierra: hé aquí que huyen de la tierra, llenos de su fango. ¡Fealdades! ¡Fealdades!*

El sentimentalismo es la filosofía de los católicos cansados. De fé ardiente y de bellas costumbres cuando eran niños ó garzones, dieron oídos á los susurros de los hombres, y llegaron á ser muy diferentes; se inclinaron á la indiferencia de todos los cultos; recibieron en su pecho las auras muertas de aquellas neveras morales de los incrédulos: no se vió más en ellos al niño de la primera Comunion, ni al jóven devotísimo de María. Ahora, despues de algunos años de afeminacion religiosa y esterilidad, están rendidos de veras. Están cansados de la campana que á penitencia toca; cansados del rito del ayuno, que nunca observan; cansados de las fiestas eclesiásticas, á que pocas veces acuden; cansados de la doctrina cristiana, que les parece un pasto infantil; cansados de los sermones, en que advierten el sonido de una molesta declamacion; cansados del dogma del Papa, que ya conocen solamente de nombre. Todo lo que tiene sabor de religion les pesa como roca que aplasta, y con acto decidido realizan su divorcio de la Iglesia. No penseis sin embargo que forman absolutamente con los incrédulos. Se informan en el sentimentalismo; á la Iglesia de Cristo, que dejan plantada, la suplen con una creencia que fabrica su gusto moral y propio de un eremita: hacen como hacia el viejo Spener, jefe protestante de los pietistas: llenan un vacío inmenso de creencias positivas con cierta especie de moralidad vaga: ¡quieren poseer, como prometía Victor Hugo en el congreso de Losanna, *la paz eterna, la victoria última sin otro ningun combate!* ¡Cuán rendidos están! Dad las almohadas de pluma mórbida á su cabeza: impedid el ruido del mundo á fin de que

no los despierte. Están sumergidos en su sonambulismo poético, y comulgan por sí solos, sin necesidad de Iglesia, ni de sacerdote alguno, en el sempiterno concilio de los séres. Vosotros dormís, hermanos; ¿puedo rogar que la tierra os sea ligera? Veremos, si cuando desperteis pronto, sostendrá vuestra alma las grandes tempestades de la vida; veremos si contra el error y el pecado será bastante vuestro vago romanticismo religioso, y vuestra teodicea arcadia. ¡Fealdades! ¡Fealdades!

He nombrado á los católicos, y he nombrado á Cristo: ¡qué nueva revelacion, señores! Llego á descubrir la última llaga por el sentimentalismo abierta en el alma: al mismo tiempo que á la razon del hombre quita la aureola de la pureza, quita tambien la sublime consideracion de la eternidad.

Volved á mirar la miserable gente que os describí; mirad á los católicos cansados, á los actores de los dramas melindrosos, á los jóvenes y á las mujeres de pasiones eróticas encendidas; contemplad áun á los misántropos: ¿descubris acaso á Dios en ellos? ¿Descubris la serena reverberacion del paraíso, y viceversa el anhelo humano, que tiende á la vida eterna? Nada de esto.

El agudo Jacobi, en su célebre conversacion con Lessing, sostiene que el «Espinosismo es la última expresion de la razon, para derribar así al mismo tiempo la razon y el Espinosismo. Trasportado por los furiosos ardores de la polémica, hasta llegó á presumir que el interés de la ciencia pide que no exista Dios, porque quiere la ciencia explicar, y Dios es inexplicable (1).» Aquí está el todo: el sentimentalismo habla de Dios; lo concedo. Más bien habla de él demasiado; pero su Dios es un ente construido por el sentimiento individual. Tú puedes creártelo blanco ó negro, piadoso ó excomulgador, con la cruz de Jesús, ó la aureola de Júpiter, como mejor te parezca. ¡Insufrible sacrilegio!

No puedo ménos de hablar de Margarita, aquella jóven amable tudésca de religion católica. Era tan feliz, como inocente y hermosa; sus pequeños servicios en casa, las buenas acciones que hacia con sus padres y las flores amadas de su huertecillo robaban todo su corazon; cuando llevaba un ramo de aquellas flores que lloraban, digámoslo así, por el rocío matinal, á la Virgen de los Dolores, arrodillándose ante su altarcito y orando, sentíase toda enaltecida é inundada por el gozo hasta el extremo de que nada mejor en el mundo hubiese deseado. Es-

(1) Véase á E. Saisset, *De la Philosophie allemande*, en la *Revue des Deux Mondes*, nouvelle série, tomo XIII.

casas cosas, con tal que sean puras y santas, llenan el alma de la doncella.

Empero la incauta vió al doctor Fausto en mal día; el impúdico se puso á perseguirla con tanto ahinco, que no fué posible librarse de su faz. Margarita principió á querer al aventurero; dejó el sobrecejo, se hizo ménos arisca, y empezaron las conversaciones; su pecho, como ella decía, lanzábase á él. Sin embargo, Margarita sospechaba una cosa, y temía que su Fausto no estuviese alimentado con buena religion. Por ello se condolía, y á veces se preñaban de lágrimas sus ojos virginales.

Ahora esperemos, señores. Margarita está sola, hilando en su máquina, y generalmente despidiendo suspiros, como suele suspirar el amor. Metido el doctor Fausto en su capa y con pasos cautelosos, acércase á la jóven, que se sobresalta, pidiéndole que le descubra el secreto que la hiera. Enlázase la conversacion ó el coloquio: oigámoslo.

Margarita: «Dime; ¿qué afecto profesas á la religion? Eres sabio, bueno y muy afectuoso; mas temo que peques contra la fé.»

Fausto: «Hija; deja esto. Tú sabes que yo te quiero bien; daría mi vida yo por los que amo; de ningun modo quisiera remover á nadie de lo que le parece oportuno creer.»

Margarita: «Esto no va bien; se debe asimismo creer.»

Fausto: «¿Se debe?»

Margarita: «¡Oh si tuviese yo algun poder sobre tí! Tú respetas poco los santos Sacramentos.»

Fausto: «Yo los respeto.»

Margarita: «Mas sin frecuentarlos. Hace mucho tiempo que no vas á Misa, y que no te confiesas. ¿Crees tú en Dios?»

Fausto: «¡Alma mía! ¿Quién osa decir yo creo en Dios? Pregúntalo á os sacerdotes y á los sabios, segura de que su respuesta te parecerá una irrision: dirias que tratan de burlarse de ti.»

Margarita: «¿Pero no creee tú en Él?»

Fausto: «No me comprendas mal, dulce amor mio! ¿Quién osa nombrar á Dios, y decir: Yo creo en Él? ¿Y quién puede tener alma que sienta y osar decir: No creo en Él? ¿En Él, que lo comprende y sustenta todo? ¿No te comprende y sostiene á tí, á mí, á sí propio? ¿No se dilata el cielo arriba cual un arco? ¿No se difunde aquí bajo la sólida tierra? ¿No surgen allá en las alturas, mostrándosenos risueñas, las estrellas inmortales? ¿No irradia mi ojo en el tuyo? ¿No acuden todas las cosas á tu mente y tu corazon? ¿No viven y se revuelven á tu alrededor, en misterio perenne, visibles ó invisibles? Tú llenas tu corazon con este portento inefable; si te sientes del todo feliz, entonces nómbralo como quieras: llámale felicidad, corazon, amor, ¡Dios! Yo no

tengo nombre alguno para Él. Sentir es todo: el nombre sólo es sonido y sombra, que ofusca el esplendor procedente del cielo.»

Margarita queda contenta, y las rosas de su semblante vuelven á tomar color; párecele que habla Fausto, como habla el párroco en la iglesia. ¡Sí, aguarda, bella vendida, que llegue mañana!

El doctor Fausto, señores, lo declaró al fin con franca palabra. «Sentir es todo:» su Dios es la criatura del sentimiento individual: «llámale felicidad, corazón, amor á Dios: es lo mismo. Es un Dios, por consecuencia, que no tiene nombre, y que cambia con el individuo humano.

¡Cuántos impúdicos, cuántos pisaverdes y cuántos corruptores de las cristianas doncellas dan vueltas de la propia manera entre nosotros! ¡No escuchais sus plañidos devotos y sus frases religiosas y afectadas? «No despreciamos la religion y respetamos los santos Sacramentos. ¡Doncella de mis entrañas! ¡No te basta el amor que me impele á tí? Nombra tú á Dios como quieras: tú sientes, y sentir es Dios.» Las pobres doncellas, dominadas por el amor, que ciego es, se fian del sentimiento, imaginando escuchar el sermón del párroco: ¿á dónde van á parar? Vete, Margarita infeliz: no más días risueños para tí, ni más flores, ni más alegres canciones, ni más hermosas fiestas campestres de tu país: el pecado te separa de Cristo y de María; el deshonor posará sobre tus cenizas. Hé aquí á dónde van á parar las doncellas cristianas, cuando por amor al hombre se dan á la religion del sentimiento: pierden paz, virtud, Iglesia, alma, vida eterna y Dios.

Llegado á este punto, paso yo adelante, señores, y digo: Hemos sometido al exámen de la razon humana la filosofía de la sensacion ó del sentimiento: ¿cuál es la final sentencia de la razon? ¿Declara buena tal filosofía, ó la rechaza? ¿Aprueba ó proscribela? ¡Ah! ¡La proscribela con todas las fuerzas de su alma! La razon en tal asunto es severa lo mismo que la Iglesia y repite sus mismas palabras: *sea excomulgado*. El sentimentalismo, cuanto es despreciable y rechazado en los órdenes religiosos, lo es asimismo en los órdenes racionales. ¡Exclamad ahora que la Iglesia católica, enfrente de los sistemas filosóficos, es intolerante! Hace lo mismo que hace la razon humana. La razon, entrando á defender á la Iglesia, nos grita: condeno el sentimentalismo, porque me arrebatara en filosofía mi buena luz demostradora; lo condeno porque me quita la pureza y la sublime consideracion de la eternidad.

No más cuestiones sobre lo antiguo ó lo nuevo; tampoco más indagacion alguna sobre si lo enseñado por tí se aviene á las inclinaciones y á las necesidades de tu misma edad. Cuando se indaga cualquier sistema filosófico que mueve ruido y logra secuaces, lo más relevante se

reduce á conocer, como advertimos al principiar, si tal sistema se halla en la verdad y se presta ó no á la consecucion del bien. Aquí está para él la piedra del parangon.

Acaso el sistema filosófico de La Mennais, que viene á ser el tercero en nuestro discurso, se atribuye más que otros los títulos mencionados: presume ser nuevo y plantado de golpe; presume ser sumamente adaptado al siglo XIX. Nosotros le dejamos sus fáciles vanaglorias. Investiguemos más bien si este sistema, al poner en el pueblo ó en el sentir de todos el supremo criterio de la verdad, debe considerarse firmemente veraz, ó por el contrario es mentido. Adorno es todo lo demás; esto sólo, lo repetimos, es realidad pura y la parte mejor.

Felicitas La Mennais, á juzgar por la apariencia, tuvo un intento laudable. Estudió, como estudiaba Comte, y como estudiaba el alemán Jacobi asimismo, las filosofías precedentes y coetáneas, confrontándolas con la ignominia intelectual, moral y política que dominaba en Europa. Renegó de aquellos escándalos que le hicieron llorar: sometió las filosofías al tamiz de la crítica y tuvo gran pena. El mal es sumo, y el remedio falta del todo. El hombre se prostituye; no tiene punto de partida, ni meta, por haber perdido el criterio de la verdad. ¿Dónde hallaremos la verdad? En esto diferenciándose de Augusto Comte, no pensó en el imperio del hecho, ni dióle asco tal idea, ni se detuvo en el individuo humano, como Jacobi se detenía en él: ¡todo lo contrario! Siguió el opuesto partido; porque veía salir del individuo lo variable y lo inconstante, surgiendo de ahí la enfermedad moderna, se echó en la especie, dándonos del sentimentalismo una refutación anticipada. El individuo cojea y nada entiende, dijo La Mennais; mas el pueblo, ó el humano linaje, no yerra. Atengámonos, pues, al sentido comun, del que recogeremos la voz de la verdad.

Nosotros, señores, oímos recordarnos frecuentemente que la Iglesia hirió con sus excomuniones la teoría de La Mennais, hallándose una acusacion en tal recuerdo: es siempre la acusacion que á la Iglesia católica se dirige de intratable y de intolerante. Prescindamos de que si ofendida se juzgó por el Abate francés, no parece que incurrió en culpa; buscando el supremo magisterio de la verdad, y hallándolo en el pueblo más aún que en la Iglesia de Dios, la puso en la necesidad de que hablase. Mas por merced dejemos nuevamente aquí aparte á la Iglesia. Decid: ¿Qué juicio sobre la teoría de La Mennais profiere vuestra razon? ¿Le parece recta y justa tal teoría ó falsa? ¿Abrázala ó la repele por sí? La rechaza, porque con ella pierde el hilo de la lógica y la oportunidad de la grandeza social.

En la doctrina de La Mennais la lógica está en la infancia.

Realmente, apenas oís anunciado por el sacerdote francés que se lo gran el supremo criterio de la verdad y su certidumbre por el género humano, os sentís compelidos á pensar: ¿de qué miembros consta el género humano? Considerados tales miembros sucesivamente uno por uno, ¿son tales que pueda prometerme yo la evidencia y la certidumbre de la verdad? Mas ¿de qué manera pueden proporcionarme la verdad los idiotas en que abunda el género humano, y los perversos que no deja de tener, porque aumentan y forman el gran número de las gentes? La Mennais huyó espantado de los individuos; mas él, recurriendo á la especie, da en los individuos por un retorno inexorable! Pues bien; tales individuos que se agrupan á masas, una vez agrupados, no cambian de sér; en las masas populares hormiguean precisamente los perversos y los idiotas. Ahora bien; si los perversos y los idiotas no eran consultados por mí, cuando estaban separados, para la dispensación de la verdad, no consiguen garantía, ni asumen al presente diverso carácter moral, para que yo los consulte. Justamente Ciceron escribía con aguda sátira: «Ve cómo los que tocan la trompeta y la cítara moderan el canto y el sonido, no segun el arbitrio del vulgo, sino segun su arte; y el hombre sábio, rico en un arte mucho más sublime, ¿no se hará más bien afirmador de la verdad que adulator del pueblo? ¿Hay cosa más nécia que, mientras uno á uno desprecias tú á estos mozos plebeyos é ignorantes, debas creer en ellos cuando están juntos? (1)» Aquí pregunto á la lógica, y no me responde.

Sólo que, ¿no alegan al pueblo, ó al género humano, que no consiste sólo en perversos é idiotas, sino en buenos y en sábios, como validísimo testimonio y maestro en lo de sentido comun y de verdad?

Distingamos, señores. En el género humano demoran, ó mejor dicho sobrenadan los principios generales de las cosas; tienen gran impulso los instintos y fuertemente se desarrollan los sentimientos de la naturaleza: existe un saber práctico, hijo en mucha parte de las primordiales tradiciones divinas. Esto es verdad; mas advertid incontinenti, que atendida precisamente la mezela y las agitaciones de los pueblos entre sí, las tradiciones religiosas se pervierten, los sentimientos se malean, y los instintos frecuentemente se corrompen, viniendo á quedar sofocados así los principios generales y los propios gritos del sentido comun. Teneis una demostracion en todo el antiguo mundo, el cual millares de años permaneció presa del politeismo. ¿Eran acaso sincero instinto de la naturaleza el politeismo, y la idolatría universal? ¿Manifestaban acaso la verdad? Juzgado vosotros.

(1) Ciceron: *Tuscul.* Lib. V. cap. 36.

Otra cosa se debe aquí ponderar.

Cuando con La Mennais se admite que reside sólo en el pueblo el supremo criterio de verdad, resulta entendido necesariamente que debe comunicársenos la verdad de una manera no dudosa ó infalible: de lo contrario, ¿para qué me sirve la verdad, si hallo que con facilidad puedo ser engañado en aquella comunicacion? Ahora bien; como decía san Agustín, preciso es que la verdad se me comunique por vía de autoridad y enseñanza. Pues bien; aguardo, señores: espero conocer de qué modo el pueblo, que se dice depositario de la verdad, me la transmitirá. Se necesita una comunicacion provista de un sello autorizado, porque si sólo se trata de un conciliábulo de agitadores, no querré yo tomarme la incomodidad de tender por el mundo las orejas inquiriendo de qué parte me llega la voz, ó la promesa de la verdad. ¿Qué haremos, por consiguiente? Lo haremos así. Fundaremos un tribunal en la China compuesto de hombres respetables, los cuales recojan la verdad de los Chinos, difundiéndola por el universo: estableceremos otro tribunal formado de guisa semejante en América, para que aquellos beneméritos intérpretes del otro lado del mar recojan la verdad de los Americanos, y la trasmitan á la humanidad; un tribunal semejante fundaremos en el Africa, con el fin de que la verdad de los salvajes pueda llegar á los otros salvajes y á los civilizados; otro tribunal haremos establecer en la Europa. Más aún: puesto que la Europa, sin embargo de ser la más pequeña de las cinco partes del mundo, es la más poblada de todas, y son las costumbres de sus pueblos muy distintas, disintiendo unos de otros, fundaremos un tribunal en Inglaterra, un tribunal en los confines de la Turquía y de la Rusia, un tribunal en la Francia, un tribunal en Prusia, un tribunal en España y un tribunal en nuestra Italia. Hé aquí la condicion indispensable para la comunicacion universal de la verdad. La Iglesia católica, representada como maestra universal, tiene su órgano supremo de la verdad, ó su gran tribunal, en el Sumo Pontífice y en los Concilios ecuménicos: el género humano lo tendrá en los concilios profanos de los sapientes. Hablarán los pueblos, y los sábios recogerán su voz, difundiéndola por aquí ó por allá, quedando la tierra entonces conmovida por el acento de la verdad.

Perdonad, señores, mi proposicion; mas viene á ser precisa para obtener en la teoría de La Mennais algo concluyente; no puede prescindirse de una comunicacion semejante autorizada, y en su virtud de una gran institucion de magisterios, á fin de que nos distribuyan la verdad del género humano. Ahora ved; esta institucion propuesta por nosotros, escarneada es por la lógica y su éxito resulta imposible.

Ante todo: ¿esperais que los tribunales docentes de China, de Améri-

ca, de Africa, de la Europa y otros semejantes, se lleguen á entender, y os envíen la misma voz de la verdad? ¿Tendreis, por ventura, los decretos uniformes de nuestros Concilios ecuménicos, ó un Papa hablando *ex cathedra*?

¿No descubris despues más? Los tribunales de las naciones, y por esta razon, los verdaderos maestros del mundo, se componen á tal fin de individuos; pero no de plebe, ni de pueblo; la teoría de La Mennais destruye tal institucion que se requiere para poner en práctica la teoria de aquel autor: descansa en el pueblo; mas el pueblo la impele á los individuos. Relégase la verdad á la interpretacion privada, produciendo un protestantismo absoluto é inmenso, y desaparece La Mennais entre las nubes.

Esto investiga la razon, hallándolo dignísimo de censura; la razon, tan indignada como la Iglesia, rechaza la filosofía del sentido comun y del pueblo, porque no consigue nada relativamente á la verdad, perdiendo la lógica.

Ni se ciñen á esto las indignaciones y repulsas de la razon. Siendo esta la primera potencia del hombre, mira más allá de los simples órdenes de la ciencia; mira los efectos reales y sensibles engendrados por la ciencia; dominando desde las alturas la sociedad civil, tiene propiamente en cuenta lo que la ciencia y la filosofía realizan materialmente sobre la tierra. Bien está: la razon humana, como vigilante guardiana del consorcio político, reniega del sistema filosófico de La Mennais, por ver que le quita la prosperidad social.

Realmente, inquiramos bajo este nuevo aspecto el supremo criterio de la verdad en el pueblo: veamos en él al maestro y juez infalible de las cosas: síguese que los regidores de la sociedad deben tomar del pueblo, no la inspiracion, sino la regla de conducta: procurarán con ahinco, á lo ménos nunca intentar lo que no sea por el pueblo deseado vivamente ó propuesto. En suma, no deberá existir contradiccion alguna del pueblo con los gobernantes.

En,pero el mundo así no camina, señores; así no ha procedido y no le aconsejan que obre diversamente. Grandes hombres hubo frecuentemente; hubo grandes y afortunados gobiernos que contradecian al pueblo. Ved á Sócrates en la Grecia: tenia las repulsas y las befas de la plebe; solo contra todos, bebe, sin embargo intrépido la cicuta, pasando glorioso y grande á ser salvador de la verdad. Ved á Fabio Máximo en Roma: hace lo contrario de todo lo que sienten las civiles muchedumbres: el único contra todos, mientras, por añadidura, solo está contra Anibal, desatiende los clamores del vulgo, salvando á la patria. Ennio justamente, á nombre de la república, lo ensalzará en versos inmorta-

les (1). Por lo que hace á los gobiernos, que se apoyaron en su grandeza y fortuna, sin curarse del pueblo, los ejemplos ocurren numerosos y clásicos. Supongamos que Luis XIV, lejos de abandonarse al genio creador de Colbert, hubiese convocado los Estados Generales, como algunos de sus predecesores lo hicieron en las ásperas vicisitudes del reino; no hubiera ciertamente remediado el desórden de su hacienda, ni hubiera tenido el gozo de ver en un instante, á guisa de poético encanto, ordenarse y establecerse aquella industria manufacturera, que alzó la nación á condiciones tan bellas y prósperas. Igualmente si Pedro el Grande, al poner en práctica los difíciles designios de civilizar á sus pueblos, hubiese consultado al Senado, sus esfuerzos hubiesen resultado inútiles, porque la mayoría de los Rusos, y por consiguiente aún el Senado estaban profundamente apegados á los vicios y á las costumbres que se había propuesto extirpar, habiéndolo conseguido en gran parte. Así en todas partes, señores, y en todos los tiempos. ¿Os remitís al pueblo, como primer poseedor de la verdad, y como maestro vuestro é infalible juez? Impedidos terriblemente quedais en el sendero de la grandeza y de la gloria. ¿Renegais, por el contrario, del omnipotente concepto del pueblo, rompeis la teoría de La Mennais, y, cuando es preciso, os oponéis al vulgo y á la plebe? Sois héroes, no pigmeos; estableceis gobiernos inteligentes y de fuerza: no levantais del suelo lo ruín, arrojado pronto por el viento.

Hemos llegado á la plena solución del problema.

Los ardientes representantes de la ciencia moderna nos dijeron: ¿Cómo quereis que admitamos el catolicismo, y que aceptemos la filosofía católica, cuando se sabe que la Iglesia imprime la huella de la intolerancia en todo? Tengais ó no razón, preciso es resignaros: el siglo XIX no quiere nada con los intolerantes: los *autos de fé* hieden para él, y percibe aún su molesto humo. Nosotros trabajamos á la luz del cielo, y preferimos ser todos hermanos: quien nos divide, ó á latigazos nos trata, es un profesor infeliz que á las manos va de discípulos enérgicos.

¡Qué granizada de hierro á mi cabeza, pobrecillo, arrojada por los humanísimos y civilizadísimos! Empero pasó la granizada; levanto de nuevo la cabeza, torno á ver la serenidad de los cielos, saludo nuevamente á los hermanos, y pregunto: ¿Dónde hallásteis, hermanos, al intolerante?

(1) *Unus homo nobis cunctando restituit rem.
Nou ponebat enim rumores ante salutem.
Ergo postque magisque viri nunc gloria claret.*

Examinado hemos tres de los más conocidos sistemas filosóficos de los presentes tiempos: la filosofía del hecho, promulgada por Augusto Comte; la filosofía del sentimiento puro, sostenida por el doctor Jacobi; la filosofía del sentido común, que es la de La Mennais. Estos tres sistemas filosóficos recibieron nuestras condenaciones: mas ¿quién ha proferido sentencias contra nosotros? La Iglesia permaneció mera espectadora y muda; habló solamente la humana razón. Rechazó la filosofía del hecho, ó el positivismo, por perder con él la vida de la ciencia y el sentido de la justicia: rechazó la filosofía de la sensación, ó el sentimentalismo, por perder con él su buena luz demostradora, la pureza, y la sublime consideración de la eternidad; rechaza no ménos la filosofía del sentido común, ó del pueblo, por perder el hilo de la lógica y la oportunidad del mejoramiento social.

¿No es, por consiguiente, á vosotros manifiesto? Existe sin duda el intolerante; mas no se oculta todo en la Iglesia católica; sale fuera de su recinto; recorre todo el siglo XIX, habita y vive con nosotros: es la razón del hombre. ¿Os desplacen los intolerantes y no podeis sufrirlos? ¡Oh! ¿Es que arrojareis á la razón á fin de no incomodar al error? Empero si no es posible arrojar la razón, reconciliaos con la Iglesia, indóciles espíritus: admitid en vuestras escuelas la filosofía católica.

¿Temeis que esta filosofía (á su frente va la Iglesia), os conduzca de nuevo á los *Autos de fé*? Encended entonces vosotros los fuegos y preparad las quemadas: consumadlas bajo la escolta de vuestra razón, y os aplandirá la Iglesia.

Cuando el buen monarca Enrique IV ciñó la corona de san Luis, el embajador véneto quemó en su presencia todos los documentos del dinero, que le diera prestado la serenísima República. El buen Enrique dijo: «Nunca ví un fuego tan hermoso.»

¡Ah, si se hiciese de veras un incendio con los errores que anidan en las filosofías modernas! ¡Si la Italia, sapientísima entre las naciones, fuese la primera en dar ejemplo! ¡Qué fuego tan hermoso, amigos! Quedarian consolados la religión, la familia, la escuela, los pueblos y el mundo.

CONFERENCIA VI.

SI EL PENSAMIENTO HUMANO DEBE JUZGARSE DE TODO PUNTO LIBRE.

No era de creer que los sistemas filosóficos proscritos por la Iglesia, se redujeran solamente á tres. Ciertamente el positivismo, que toma el hecho por eje de la filosofía, es un método muy extendido: extendido es tambien y abarca mucho el sentimentalismo, que por el sentimiento humano eleva el edificio filosófico; tampoco peca ciertamente de restringido, al lado de tales dos, el método del sentido comun, que al pueblo elige como primer criterio de la verdad, siendo sin duda cada vez más vasto y grandísimo.

Hé aquí en el orden de lo que se puede saber una *selva selvática*, donde parece que todos los principios son alegados necesariamente, cayendo todos sin embargo igualmente enmarañados y deshechos.

Con todo, diverso de tales sistemas filosóficos, surge otro prontamente, que por comprender muchos y ámplios errores tiende á dominar todos los demás, sean métodos amigos ó rivales: es, señores, el «trascendentalismo.»

Macrobio habla en sus *Saturnales* de aquella Ila que, lejos de mostrar grande al rey Agamenon, lo hizo largo. Empero Pilades enmendó su error, representando la grandeza del monarca griego, mostrándolo recogido en acto de meditar; *pro omnibus cogitare*.

El «trascendentalismo» que desde Manuel Kant á Jorge Hegel, más que grande se nos presenta sutil y extenso, mirado desde Hegel á nosotros, se nos presenta igualmente recogido en alta meditacion; los racionalistas tan ideales y tan empíricos, nuevos Pilades, nos lo representan en el acto propiamente en que se ocupa mucho en pensar por todos, *pro omnibus cogitare*. ¿Y qué piensa el «trascendentalismo» para

utilidad comun? ¿No sabeis adivinarlo, señores? Despues del recogimiento, y despues de la profunda meditacion, viene su palabra. Os dice claramente dónde nació y de dónde sacó la vida, cómo en nuestros dias adquiere vigor, qué frutos produce, y á qué glorias inefables aspira: os dice por qué todo lo arrastró en su ímpetu: «Es el pensamiento del hombre absolutamente libre.»

Hablamos por consiguiente de la libertad del pensamiento, origen al propio tiempo y parto del «trascendentalismo.» Enciérrase aquí el reino de tal filosofia novísima.

Sólo que, mientras el gallardo se hace lugar en torno, y anuncia que beneficiar quiere al mundo con lo que produce, tropieza con un obstáculo fastidioso: el obstáculo de la Iglesia católica, que somete á interdiccion y proscribela la libertad del pensamiento, como el positivismo, el sentimentalismo y el mal alegado sentido comun. En su virtud, el pensamiento, que ahora se llama libre, se incomoda, y se irrita contra la Iglesia, acusándola sobre todo de intolerante y de bárbara. ¡Es ya tan potente la libertad del pensamiento! ¡Dirige ya tan bien las inteligencias humanas, los gobiernos y nuestra juventud! ¡Y no ha de poder quitar de su alrededor á la indiscreta, que allí permanece con su disciplina, impidiéndole pasar é infamándola con sus excomuniones? ¡Afuera la intolerante y la selvática!

Pongámonos, señores, nosotros, entre las condenaciones de la una y las presunciones del otro: hagamos nuevamente hoy un solemne llamamiento á la humana razon, é invitémosla tambien á resolver el problema siguiente: ¿Debe admitirse como libre de todo punto el pensamiento del hombre?

En la familia de los antiguos sabios, dos permanecieron célebres, no sólo por su grande ingenio, sino por una rareza: Demócrito, que ante las muchedumbres de los hombres reía siempre, y Heráclito que por ellas lloraba.

Compadecedme si tambien tengo yo mi rareza. Considero la libertad del pensamiento racionalmente, y siento en mí casi de pronto renovada la fatal inclinacion de los dos filósofos nombrados: el humor alegre del Abderita, y el melancólico del Efesino.

Observo primeramente la libertad del pensamiento en su esencia metafísica: en rigor de términos resulta imposible. Viene á ser un juguete desdichado para los niños: soy Demócrito y rio.

Observo despues la libertad del pensamiento en sus desarrollos sensibles: en rigor de términos es condenable. Resulta para los hombres de juicio un mónstruo que da la muerte: soy Heráclito y lloro.

Hecha objeto de investigación filosófica, es necesario que se someta la libertad del pensamiento á las reglas de la ciencia y del arte, entre las cuales principalísima es la de considerarla en sí misma.

Démonos á tal oficio, empezando por la definición.

El pensamiento absolutamente libre, según la fuerza de la palabra y sobre todo la intención á ella unida, dice remoción de todo freno de naturaleza íntima, ó exterior: es el pensamiento original, el pensamiento «autónomo,» que previene toda ley, derribando y disolviendo todas las leyes creadas, pronto á formar otras si le place. Hoy se ha estudiado mucho en la escuela del *trascendentalismo*, habiéndose descubierto que los hombres son la primera entidad en el orden de las cosas: se reconoció emperador al hombre por sí, llamado á dictar la ley, y no á recibirla. Es tal el pensamiento de todo punto libre, á que debe rendir homenaje la sociedad entera. Sólo la Iglesia católica, sin retroceder poco ni mucho, se levanta inmóvil, combatiéndolo, y queriéndole poner de nuevo las antiguas cadenas. Es selvática la Iglesia contra el hombre: el pensamiento, no más esclavo, sino libre, pondrá en dispersión á la tirana.

A lo menos habla ó grita francamente y con voz robusta. Falta ver hasta qué punto se conforma con la buena filosofía. Falta ver si acusada la Iglesia de que al pensamiento encadena, es propiamente la que lo hace. Vosotros, con los filósofos «trascendentes» calificais el pensamiento de absolutamente libre; pero ¿decís la verdad?

Seamos racionales: ventilemos el problema en su parte primera.

¿Qué cosa es el pensamiento en el hombre?

En el pensamiento colocaba Descartes nuestro sér personal: mucho antes que él parece que Alighieri ponía en el pensamiento la esencia humana (1); pero, señores, quiere ser esto bien comprendido. El pensamiento, filosóficamente hablando, es un acto y no más: es el acto del conocer y del entender; es el intelecto que obra; no es por esencia el propio humano espíritu en que reside el intelecto. Esto fué claramente demostrado por Santo Tomás de Aquino, para el cual el intelecto *es una potencia realmente distinta de la esencia del alma* (2). Entre los modernos, un filósofo, aunque algo «sensista,» escribió estas palabras terminantes: *EL YO humano es algo que piensa, obra y siente. Yo no soy mis pensamientos, mis actos, mis sensaciones: yo soy lo que piensa, lo que obra y lo que siente. Mis pensamientos, mis actos y mis sensaciones cambian á cada instan-*

(1) Dante, *De Mon.* 1, p. 12, 13.

(2) *Intellectus est potentia realiter distincta ab essentia animae.* S. Tomm. *Summa.* T. 1. q. 79, 1.º

te; su existencia es sucesiva, no continuada, al paso que el yo, al que se refieren, continua constante, y conserva las mismas relaciones con todos los pensamientos, con todos los actos, con todas las sensaciones sucesivas que yo llamo mias. Tal es la idea que me formo del yo humano (1).

Por lo tanto, ciñéndonos á nuestro asunto, para comprender qué cosa es el pensamiento, para ver si es absolutamente libre, es preciso examinar y comprender su esencia, la fuente ó el tronco del cual emana. Es como cuando se pregunta de una flor: ¿qué flor es aquélla? Preciso es observar la planta sobre que brota. Es como cuando se pregunta de un río: ¿cómo corre aquel río entre nuestros pies, con tales propiedades suyas? Es necesario retroceder, como también, si es preciso, subir á su origen.

Ahora bien: en el principio espiritual ó intelectual está la naturaleza del hombre: está en su virtud, señores, la esencia del pensamiento. Esto nos consta positivamente: siendo así, ¿qué os parece de tal principio? ¿Tiene nuestro espíritu libertad absoluta? No.

Dos cosas, entre muchas otras, dificultan la plena libertad: el límite y la dependencia.

Ante todo el límite. Es un hecho que cuando vosotros, señores, en vuestras marchas podeis ir adelante con toda comodidad, sois libres, como es un hecho igualmente que cuando no hay vía que recorrer estais impedidos, os falta la libertad, sintiéndoos impotentes y nulos. Es el dolor del prisionero en la cárcel. ¿Por qué no es libre? Porque tropieza con el obstáculo de la puerta que lo encierra.

Esta similitud os explica la condicion del humano espíritu. Nuestro espíritu desea vivamente andar y correr: si es más fuerte la concentracion que por regla general le deleita, más vasta y poderosa es la dilatacion á que se abandona. ¡Pero qué! Halla el obstáculo, y es preciso que se detenga. ¿Cuál es el obstáculo pésimo? Lo finito. El espíritu tiende al conocimiento de las cosas y á la verdad: busca ésta y hasta cierto punto la descubre: no la descubre íntegra nunca, ni perfecta. Teneis la prueba en que cuanto más llega el hombre á saber y á comprender, tanto más comprende que le queda lo mejor para lograr: lo mucho que ya comprendió, le advierte de lo muchísimo que no sabe, ni podrá saber nunca, por lo cual Sócrates, sapientísimo entre los Griegos, se llamaba ignorante de todo. ¡Ah, la ignorancia socrática, que es la de toda la especie humana, producida está por el límite! El límite constituye lo finito, y por el contrario lo infinito supone lo que anula el límite. Ahora bien; nosotros, seres finitos, no podemos ir al Océano de lo infi-

(1) G. F. A. Caro. *Curso elemental de filosofía*, parte primera, cap. XVI.

nito: cuando sentimos repercutir la idea de lo infinito en nuestro espíritu, é intentamos lanzar allí nuestra vela, vemos que nos sumergimos y somos impelidos incontinenti atrás. Nuestras Columnas de Hércules están allí sobre la orilla de lo finito: somos sus prisioneros, y la puerta de nuestra prision es precisamente el límite que nos señala inexorablemente. Sobre aquel límite una voz divina dice gritando á los hombres: *Hasta aquí; no más allá.*

¿Somos prisioneros en los límites de lo finito? ¿No nos es dado salir fuera? Nuestro espíritu, por consiguiente, no goza de absoluta libertad.

Obstáculo para la libertad absoluta es también la dependencia. Dije que los hombres tienden á conocer y á ser instruidos: continúo aquí con este pensamiento y pregunto: ¿cómo aprenden los hombres? No encerrándose por completo en sí, de modo que no se curen de nada exterior, ni consulten cosa ninguna del universo: si esto hiciesen; si cada uno de los mortales, cerrados sus ojos y tapados sus oídos, debiera sacar de sí sólo el principio de los conocimientos, en el hombre se tendría cosa peor que un estado salvaje; se tendría el «nihilismo.» ¡Oh! El hombre aprende y se hace docto estudiando, no solamente á sí mismo, sino también la naturaleza y los seres; se hace docto aprendiendo de los demás la ciencia. Ahora bien; si al aprender recurre á otros, con esto mismo depende: depende de la naturaleza, depende del mundo, depende de la nodriza, depende de los padres, depende del maestro, depende de la escuela y depende de los libros. Es un pobre prisionero el hombre; además de no poder pasar la barrera grandísima, esclavo es en su misma cárcel.

¿Somos dependientes? ¿Somos, señores, de alguna manera esclavos? De plena y absoluta libertad no goza, pues, el humano espíritu.

Me dirijo á los filósofos «trascendentes,» de los cuales nos viene la teoría de la libertad del pensamiento; de pronto se despierta en mí la vena humorística y alegre. Exclaman éstos: No más cepos, ni más cadenas: el pensamiento es libre. Empero ¿no visteis al prisionero en los límites de lo finito? Dentro de los límites de lo finito, ¿no visteis al dependiente y al esclavo? ¿Por ventura para vosotros estas cosas son demostraciones y triunfos de libertad entera? ¿Qué juguete teneis en las manos, á fin de que se diviertan los niños! Exclaman: Protestamos contra la Iglesia, que arrastra las antiguas cadenas, á fin de subyugar el pensamiento. Sí; el juguete vuestro es desgraciado crudamente. ¿Os da la Iglesia por ventura las cadenas que vosotros teneis por los límites de lo finito? ¿Llamais opresion eclesiástica á lo que condicion es de la naturaleza? ¿Os da igualmente la Iglesia católica la esclavitud

de depender en todo: la dependencia de los padres, de los preceptores, de los gobiernos y de la sociedad civil? ¡Oh locos! ¡Presumis que os vea yo así desatinar, sin que deponga la seriedad y suelte la carcajada? Hé aquí que vosotros cambiáis filosóficamente la prisión, en que se halla el hombre naturalmente, en una casa de Orates. Soy Demócrito, y río.

¿Es que no existe la libertad en el hombre si entre barreras y dolores nos agitamos? Herejía nefanda, y doctrina necia de que los hechos reniegan.

Existe, señores, la libertad en el hombre. La puso Dios en el alma del hombre, creándola, y la Iglesia se gloria de tutelarla: yo, sacerdote católico, subo aquí frecuentemente para defenderla, tanto de sus enemigos abiertos, como de sus falsos amadores. Sólo que no está verdaderamente aquí nuestra cuestión: no hablo en general de la libertad humana, sino contra los que provisto quieren al hombre de una libertad desmesurada y absoluta. ¿Y no tengo razón? No admite límite la libertad absoluta, ni sufre dependencia: esto no pasa en la naturaleza, y miente quien asegura lo contrario: hablar, pues, enérgicamente contra esta mentira, no es ofender la libertad, sino salvarla.

Vamos adelante. ¿Por qué la humana libertad encuentra un límite? ¿Por qué se realiza con la dependencia? Es claro; porque, no siendo absoluta, necesita una ley que la rijá. Es fácil hacer ruido y escribir: es el pensamiento del hombre absolutamente libre. Empero ¡no advertís que aún usando así torcidamente de la libertad afirmáis la ley? ¿Qué se comprende bajo tal nombre? *Indica la ley la necesidad que determina la operación* (1). ¡Y á qué número de leyes se halla sometida la libertad! Existe la ley ontológica, por la que la libertad es restringida cuando se dirige á los entes; existe la ley metafísica, que debe observar la libertad en la elevación de las ideas; existe la ley psicológica, á la cual se atiene la libertad en los distintos movimientos del alma; existe la ley moral, á que preciso es que la libertad se atenga en el régimen de las voluntades y de los afectos; existe la ley lógica, á que ligada está la libertad al emplear la palabra. Vosotros, por consiguiente, sois contradichos y vejados: al decir *libertad de pensamiento absoluta*, decís *abolición é imposibilidad de la ley*; hé aquí que no podeis pensar, ni obrar con el espíritu, ni hablar siquiera sino en virtud de la ley misma que negáis. ¡Ay filósofos del pensamiento absolutamente libre! Teneis un cúmulo de leyes en la cabeza que á sí os atraen. Vuestro juguete se deshace. Vuelve á colocarse delante Demócrito, y vuelve la risa.

(1) A. Rosmini. *Psicología*, parte segunda, lib. IV. cap. I.



¡Cruel ironía de las cosas! Sólo que la posibilidad de ser perfectamente libre, la conveniencia más bien y la capacidad del ente, en que toda la libertad se adune y del cual brote, bástanos á presentirla con nuestra mente: nosotros echamos á perder esta idea hermosa y magnífica de la libertad. ¿Es falso, pues, lo que invade tan dulcemente y recrea nuestro espíritu? ¿Donde suponemos la vida, entra el engaño y la necesidad nos desmiente? No es creíble. Algunos de los sectarios de la escuela «trascendente» se abandonan á tal pensamiento.

Existe á la verdad el sér perfectamente libre. ¿Quereis, señores, que os le describa? Se cambia un mundo con otro, ó el pequeño con el grande: los filósofos «trascendentes» quisieron hallar en nuestro mundo pequeño el sér perfectamente libre, y erraron: es preciso que ahora trasciendan como nunca, subiendo al mundo grande. Allí está el sér perfectamente libre, y es Dios.

La libertad divina, para formar su verdadero concepto, no es el poder que tenga el Sér absoluto de tocar su propia esencia y variarla, por cuanto en él todo es infinitamente ordenado y perfecto; siendo tal, viene á ser necesario é inmutable: excluye, por consecuencia, en sus órdenes intrínsecos la libertad, que incluye la idea de la transmutación. Ciertamente si el hombre mismo, á pesar de que se jacta de ser libérrimo, no podría tocar ni variar lo mejor que posee, á saber, la forma sustancial que lo constituye, el Sér absoluto verdaderamente perfectísimo, ¿cómo hacer podría esto? Sólo que la libertad en él existe magníficamente, realizándose de otra manera, ó del único modo posible, á saber, en el cambio externo de sus facultades. Por lo tanto así como en el hombre imperfectísimamente la libertad es sólo el ejercicio de los actos de su voluntad, en el Sér absoluto es el poder de obrar cosas que no forman parte de su misma naturaleza, es decir, cosas extrínsecas y contingentes. Ahora bien; se conoce por el razonamiento que tales cosas existen, y llevan consigo la prueba de la libertad divina.

Mirad el universo. Los entes finitos que lo componen no son necesarios lógicamente, pudiendo ser negados sin caer en contradicción: lógicamente no son necesarios, y no son siquiera necesarios «ontológicamente,» por cuanto en filosofía se demuestra que lo posible es lo que se puede concebir. Cabe concebir igualmente la existencia y la no existencia del universo. A fin de que, por lo tanto, se realice más bien la existencia que la no existencia, necesitase una causa real que determine aquélla y no ésta. Empero tal causa no es determinada por el objeto, porque su existencia ó su no existencia, resulta indiferente por sí: por consiguiente, tal causa, razón suficiente de la vida del universo, otra no puede ser que una causa libre y al propio universo extraña, fuera

del cual (es el complejo de los entes finitos), existe solo el Sér infinito, Dios. Por consecuencia Dios es la causa creadora y libre del universo.

¿Qué cosa es, señores, el universo? Lleva en sí el sello luminoso y la más alta prueba de la libre accion de Dios. Hé aquí que Dios es el Sér perfectamente libre.

Aquí, seguros de lo dicho, comparamos el mundo pequeño con el grande, volviendo á las observaciones del límite y de la dependencia. ¡Cuán desemejante de la pobre criatura humana es Dios!

No existe de fijo en Dios lo que hace afanosa en el hombre la libertad y la mutila: no está en Dios el límite, por ser infinito, ni la dependencia, por ser absoluto señor. Examinad realmente los atributos en que abunda la esencia divina, fuera de la cual se reflejan: esto se patentiza en todas partes y siempre. Es Dios omnipotente; no tiene límite ni dependencia en el obrar; no poder realizar el mal no es tener dependencia ó límite, por cuanto el mal es una negacion, á saber la negacion del bien. Es Dios sapientísimo, y no tiene límite ni dependencia en el conocer: el acto del conocer es en Él tan importante que infinitamente se difunde y se «concretiza,» porque Dios mismo es luz. Es Eterno; no tiene límite ni dependencia del tiempo: en Él no hay primero, ni despues, sino sólo el presente. Dios es inmenso; no tiene límite, ni dependencia de los lugares ni del espacio: todas las cosas á una, con el espacio y los lugares, se contienen en Él. Dios es suma bondad; no tiene dependencia ni límite en el amar: como es luz, es Dios sustancialmente amor.

Considerad á Dios de otra guisa, segun las frases bíblicas: considerad el «Dios tremendo» de Moisés (1), y el *Dios formidable* de David (2); no puede tener límite ni dependencia en su ira, porque desvanece segun su propio beneplácito á su enemigos; considerad el *Dios eseondido* de Isaias (3) y el *Dios incomprendible* de Jeremías (4); no puede tener límite ni dependencia por la soledad, ni por el misterio, porque la una es sólo aparente y el otro es solamente real delante del hombre; considerad el *Dios profundo* de Job, que llena el cielo y la tierra (5); ni por la tierra ni por el cieio puede tener límite ó dependencia, porque á todos domina, y mientras todo lo llena, no se agota Él á sí mismo. Es centro del universo, y en el universo no tiene confin.

(1) Moisés. *Exodo*, cap. XV.

(2) David. *Salmo* XVII.

(3) Isaias, cap. XLV, v. 15.

(4) Jeremías, cap. XXII, v. 19.

(5) Job, cap. XI, v. 8.

Con pocas palabras os he manifestado, señores, por qué se halla en Dios lo que vanamente se busca en otra parte: Dios es perfectamente libre, porque dentro de sí posee la plenitud del sér, y fuera de sí lo absoluto en el obrar.

Dejemos el cielo y descendamos á la tierra.

Los filósofos «trascendentes» y sobre todo los apasionados, que sienten tan al vivo al sér perfectísimo, cúmulo de toda libertad, ¿persisten aún en creer ó gritar que tal sér habita en ellos, siendo el hombre verdaderamente? ¡Oh Demócrito! ¿Por qué tardas más? Ven y rio. Ellos, que se paran en tal persuasión, poseen el sér por virtud propia, y poseen los atributos divinos: son omnipotentes, sapientísimos, inmensos, eternos; son, para decirlo todo, infinitos. Dios no demora más en el mundo grande y es el habitante del mundo pequeño: la libertad absoluta del pensamiento lo reclama. El hombre es Dios. José Ferrari, uno de los abanderados de la compañía de los filósofos «trascendentes,» se vanagloria por tal creencia y escribe: *El hombre es Dios para sí mismo, y su religion es la libertad* (1). La sentencia es terminante como autorizada: ya os han puesto el juguete, amigos, en la mano; ¿no poneis de realce vuestro humor alegre y grato? ¡Aún no reis?

Sólo una vez parece que Dios se permitió una especie de sátira ó burla, y fué cuando Adán, seducido por las promesas de la engañada Eva, gustó el fruto prohibido, imaginando un instante ascender así á los honores de la Divinidad. Habiendo Dios comparecido en el jardín, llamados los culpables á su presencia, exclamó: Hé aquí que Adán ha venido á ser cual uno de nosotros: *Ecce Adam quasi unus ex nobis factus est* (2). ¡Qué solemne golpe! Estaba bien, por cuanto el mísero Adán, sin notarlo, se había hecho un libre pensador.

A los hombres del pensamiento absolutamente libre dirigimos la instruccion de Dios. ¡Vosotros, pues, os hicisteis uno de nosotros! Vosotros, que un punto solamente ocupais sobre la tierra, sois inmensos vosotros, que casi vivís á oscuras relativamente á las cosas naturales y del cielo, sois sapientísimos; vosotros, que apenas podeis alzar el brazo hasta vuestra frente, sois omnipotentes: vosotros, que naceis hoy y morireis mañana, sois eternos; vosotros, que no comprendéis ni la sombra de las cosas que os circundan, sois infinitos. ¡Hombre que pones de manifesto en todas partes tu nulidad, has venido á ser por consiguiente Dios! *Ecce Adam quasi unus ex nobis factus est.*

(1) J. Ferrari en el periódico de Milan *Il Libero pensiero*, núm. 17, 23 abril 1870, pág. 263.

(2) Génesis, cap. III, v. 22.

Señores; el médico Menebrates, habiéndose arrogado entre los Griegos el sobrenombre de Júpiter, envió al rey Agesilao una carta con este sobre: *Menebrates Júpiter al rey Agesilao, salud.* Agesilao, sin leer siquiera el contenido, le respondía: *Agesilao, rey, á Menebrates, sanidad de intelecto.*

Hombres del pensamiento absolutamente libre, los cuales nos anunciais que poseeis los derechos de Dios, hé aquí la respuesta que os enviamos: «Sanidad de intelecto.» El límite os detiene y la dependencia os subyuga: entretanto os parece libre á vosotros el correr y libérrimo el parar: aunque dais en troncos y caeis en precipicios, esto nada és para vosotros. Teneis la fiebre. Os envuelve la ley, os ocupa, y os penetra tambien hasta la médula de los huesos; mas os gloriais vosotros de un dominio intacto y libérrimo. Era Crisipo tan ciego que á Dios negaba la libertad: vosotros sois tan videntes que poneis en vuestro sér la fuente de la libertad. Teneis la fiebre. Mientras todos en la contemplacion del mundo grande admiten á Dios, vosotros lo colocais por el contrario en el mundo pequeño, y lo poneis en vosotros; trasladais lo infinito en lo finito, y en lo pasajero lo inmanente. Teneis la fiebre, que os da el vértigo. ¡Pobres enfermos! Avalore pronto el cielo nuestro angurio fraternal: *Sanidad de intelecto.*

Recojámonos.

Habiéndonos puesto á inquirir en la esencia metafísica el pensamiento llamado libre, resulta en rigor de términos imposible: viene á ser un juguete desgraciado para los niños. Soy Demócrito y rio.

Nos corresponde un oficio segundo. A la verdad, despues de considerada la libertad de pensamiento en sí misma, preciso es que se inquiera ó se siga en sus movimientos y en las varias aplicaciones á que necesariamente llega.

Cuanto precioso y bello hay en el mundo tiene de propio, que poseyendo el sér, procura realizarlo y hacer sentir su peso, ó demostrar su valer en la jerarquía de las cosas: se mueve así, explícate, traza una fábula ó una historia. Desde la flor hasta la estrella, y del insecto al águila, la vida cósmica es sólo efervescencia y dilatacion. Si esto pasa generalmente, ¿qué no pasará con el pensamiento humano, chispa de fuego espiritual y primera potencia del mundo? Mas hablando del pensamiento absolutamente libre, ¿qué gallardía no deberá tener su realizacion, su desenvolvimiento y la obra social en que se manifiesta?

Parece que me contradigo. Demostré que la libertad absoluta del pensamiento en su esencia metafísica resultaba imposible: ¡rei además y me burlé de los que lo proclaman: ¡lo supongo ahora por el contra-

rio, disponiéndome á patentizar sus exteriores sacudimientos y su vida tempestuosa?

El contradictor existe, señores, realmente; pero no lo busqueis en mí. ¿Qué cosa hice yo? Probé que no existe, ni puede tampoco existir en el hombre el pensamiento absolutamente libre. Subsisten mis argumentos: no dije ni me propuse yo enseñar que, mientras el pensamiento humano está gravado con leyes, no intenta el hombre hacerlas venir abajo y abatirlas, viniendo á ser su pésimo trasgresor. Esto hacen precisamente los filósofos «trascendentes:» están sometidos á leyes y las rompen: Dios y la naturaleza los llaman á fin de que se sometan al orden; pero lo subvierten. Proscribe la Iglesia su insano atrevimiento; mas contra ella se dirigen llenos de cólera y de fuego, acusándola de tirana, manteniendo firme la libertad del pensamiento, como la más alta conquista del siglo XIX. Aquí está, por lo tanto, el contradictor. Ahora bien; ¿qué hace por consecuencia el pensamiento llamado libre, debiéndose desenvolver y desenvolviéndose contra el orden, ó lo que vale lo mismo, hollando las leyes? Ya no me pongo á reir: en este lugar he dejado de ser Demócrito.

De Lucas Cambiaso, pintor excelente de la Liguria, se cuenta que, pintando en 1585 en el Escorial cerca de Madrid por cuenta de Felipe II, examinaba el rey un dia sus trabajos; habiendo visto un infante de risa graciosa que Cambiaso estaba entonces á punto de terminar, exclamó Felipe: *¡Cómo se ríe de corazon aquel niño!* Proponíase así elogiar al pintor. *No le cause maravilla, Señor,* respondió Lucas Cambasio; *los niños lloran y rien fácilmente.* Incontinenti, con una pincelada, hizo de modo que aparecía el niño llorando.

La misma facilidad tengo yo actualmente. ¡Qué digo! La misma facilidad para pasar al llanto desde la risa está en el filósofo contemplador de los acontecimientos humanos. Miro yo la libertad del pensamiento en sus desarrollos sensibles, hallándola en rigor de términos condenable. Fuera, señores, los niños, porque no se trata ya de un juguete desgraciado: la libertad de pensamiento en las manifestaciones exteriores de las cosas, para los hombres juiciosos, es un mónstruo que mata. Se necesita una pincelada enteramente distinta de la primera. ¡Ay de mí! Soy Heráclito, y lloro.

Examinemos la libertad de pensamiento en las aplicaciones del intelecto.

El intelecto humano en sus desarrollos sensibles, que más excelentes son, produce las ciencias. Empero así como anteriormente, por lo que hace á su sér, vimos al hombre sometido á leyes por todos lados, relativamente á las ciencias se nos presenta ceñido igualmente por leyes.

La astronomía es la ley que conduce al conocimiento de los astros; el álgebra es la ley que aprecia las sumas universales; la dinámica es la ley que discurre sobre las fuerzas con que los cuerpos se mueven; la fisiología es la ley que explica los órganos y sus actos durante la vida de los cuerpos organizados; la terapéutica es la ley que trata en pro de los cuerpos animales de los medios de curación; la filología es la ley que conduce á la posesión de las lenguas, y decid así de otras muchas. No hay ciencia sin una ley que la determine y la conduzca. Promulguemos ahora la libertad absoluta del pensamiento: si es libre de tal modo, es decir, anteriormente á toda regla establecida, puede juzgar de las leyes como le parezca; se puede poner á invertirlas, y puede renegarlas, dando lugar á una completa y vergonzosa transformación: en su virtud, definiciones nuevas y nuevas normas no conocidas. Es un caos tan enmarañado y tan chocante que deja muy atrás *la caología Orfica*. Queda rota la humanidad intelectual y científica.

Se dice: El intelecto libre, descubierta la precisión de impedir el cisma doctrinal, fijará la ley, adaptándose á ella.]

Exclamo yo con Pope, gentil poeta inglés: *¡Oh razon soberbia! Muy mal defiendes tus derechos. Débil reina, cual eres, ¿piensas imponernos la ley* (1)? ¿Cómo en realidad se tendría la ley? La libertad del pensamiento no es de ninguna manera un panteísmo, ni la identificación de todos los pensamientos humanos: aunque uno se mueva y decreta, no se mueven con el mismo ímpetu, ni decretan los demás. Menos puede uno sostener el cetro de las inteligencias: si á esto se arriesgase, además de renegar de la propia escuela, encontraría contra sí todos los pensamientos libres, porque los hombres de la libertad del pensamiento quieren contra todos ser democráticos. ¿De qué modo, por tanto, después de abandonar á Dios y maldecir á la Iglesia, podría la libertad del pensamiento fundar la tiranía ó imponer la ley? Dejad que vuelen á su gusto los pensamientos libres; dejadles chocar, abatir, envolver y dar en el abismo: tal es su plenísimo derecho.

Aduzcamos, señores, un ejemplo de casa nuestra.

Os nombré á José Ferrari, diciéndolo caudillo de los libre pensadores. Ahora bien; con tal traje precisamente hizo sus laboriosas aplicaciones del intelecto á la ciencia; lo que no podía faltar, dió á luz, como principal trabajo suyo, la *Filosofía de la revolución*. Es propiamente una revolución de las ciencias, las cuales, perdido el orden, aparecen al revés.

Véase solamente cómo principia tratando *de la naturaleza*.

(1) Pope, *Ensayo sobre el hombre*.

Nosotros, fuertes con la ciencia universal, mostramos las recíprocas conexiones que los cuerpos tienen: él, por el contrario, presume mostrar que *las relaciones entre los cuerpos hacen imposibles los cuerpos*. Nosotros, con la vieja ciencia en la mano, mostramos la armonía que tiene todo sér; él, por el contrario, esfuerzase para probar que *todo sér es por sí mismo contradictorio*. Nosotros, con la ciencia de todas las edades, mostramos la correspondencia que hay entre los géneros y los individuos; él, por el contrario, quiere demostrar que *los géneros y los individuos se excluyen*. Nosotros mostramos que no se da efecto sin causa: él, por el contrario, sostiene que *la causa y el efecto se excluyen*. Nosotros mostramos que la sustancia tiene su cualidad; él, por el contrario, pretende demostrar que *la sustancia excluye la cualidad*. Nosotros enseñamos la existencia del espacio en el cual los cuerpos demoran; él, por el contrario, enseña que *el espacio y los cuerpos se excluyen*. Nosotros afirmamos el tiempo, en el cual ponemos el movimiento: él, por el contrario afirma que *el tiempo y el movimiento se excluyen*.

Es lo contrario de lo que los buenos filósofos enseñan, de cuanto todos los hombres ven, y sienten ó palpan. Sin embargo, yo solamente desfloré algunos errores del autor, que son inmensos. Quien adelante va en sus escritos halla que *el no sér es el sér*, y viceversa; que *el yo y el pensamiento* excluyense recíprocamente; que *los atributos de Dios hacen el mundo imposible*; que *suprime Dios el deber*; que *la razon destruye la justicia*; que *moral é inmoral es á un tiempo el órden*; quien halla esto y más, forzoso es que aterrado quede, confesando: El pensamiento, una vez promulgado libre, no piensa en ninguno verdaderamente, ni tiene nada en cuenta; crea caprichosamente por sí, ó mejor aniquila el saber: el pensamiento absolutamente libre es la total ruina de la ciencia.

¡Ah! Caen todas las leyes y caen todos los principios: la libertad del pensamiento, *con la filosofía de la revolucion*, invade nuestros colegios, nuestras academias, nuestras universidades; domina la prensa, y aniquila ó embrutece el saber: ¿qué hay más ruinoso? A muchos parecían rancias las palabras de la Biblia: *Llaman luz á las tinieblas y tinieblas á la luz*: hé aquí el desolador espectáculo que vemos con nuestros ojos. Y denominan á la libertad de pensamiento la más alta conquista hecha por el siglo XIX. ¡Pobre siglo! Ha conquistado tinieblas para después repantigarse sobre ruinas. ¡Ah! Valía la pena de desgañitarse tanto y enronquecer al proferir los ruines reproches de bárbara y despótica contra la religion católica, que proscribió la libertad del pensamiento. ¿Donde, señores, se halla el tirano? ¿No lo descubristis? Yo soy Heráclito y lloro.

Examinemos la libertad absoluta del pensamiento en las aplicaciones de la fantasía.

Acompaño yo el libre pensador al templo del arte: voy con él á la Galería de los Oficios, en el palacio Pitti de Florencia, ó paso á los salones del Vaticano en Roma. Es una reunion de milagros artísticos. ¿Cómo tales milagros surgieron? En virtud de dos cosas: por una parte á consecuencia del exacto cumplimiento de las leyes, porque brillan en aquellos cuadros perfectamente la ley de la proporcion, la ley del perfil, la ley de los pliegues, la ley de la sombra y de la luz, la ley del equilibrio, la ley matemática de las líneas, y otras semejantes: por otra parte surgieron, por cuanto en aquella encarnacion de las leyes tan estupenda, el genio humano, con dos hábitos, por decirlo así, de su corazon, echó encima su propio sello, es decir, la fisonomía y el movimiento.

El libre pensador queda maravillado de tanta hermosura, y digo yo: Tú que idolatras lo bello en las manifestaciones medio intelectivas y medio fantásticas, no faltándote mucho para que te sientas artista, ¿cómo procederías determinándote á ser pintor? ¿Procurarías cumplir las leyes que cumplieron Giotto, Orgagna, Ghiberti, Perugino, Sanzio, Leonardo, Fray Bartolomé, Andrés del Sarto y otros grandes, ó por el contrario, prescindiendo por igual de métodos, modelos, é imitaciones, querrías marchar sin ley segura, bastándote imprimir sobre la tela el desfogue prepotente de tu genio?

Una de dos, señores. Si el libre pensador me responde: Si; metiéndome á pintor, debería sin falta y querría cumplir escrupulosamente los preceptos del arte del dibujo, ateniéndome de terminante modo á las leyes pictóricas, estréchole la mano, expresándome así: Haces bien; pero no eres por consiguiente tú un libre pensador. La libertad absoluta del pensamiento, como se comprende hoy, domina toda ley, que dicta por completo á su gusto, sin sacarla de los demás. ¡Ah! Lo veo y gozo: tú en la escuela imaginándote filósofo, charlas mucho y viajas libérrimamente con la idea; mas, venido á cosa real y determinada, caes con tus extensas alas: no bien te metes un poco á pintor, encadénate la paleta: á fin de que no se burlen de tí, eres un buen servidor de las mismas leyes aquellas, de las cuales eran servidores buenísimos Giotto, Pinturicchio, Sanzio, Buonarroti, Vasari, sus amigos y hermanos. Deja, por merced, deja de llamarte libre pensador, porque no lo eres: se trata de un nombre que nada te da, viéndote constreñido á dejarlo cuantas veces deseas ser verdaderamente hombre.

O por el contrario el libre pensador se pone fosco, toma la interrogacion á mala parte, y dice gritando: No: no cumpliré las leyes pictó-

ricas; no seré copista de nadie, ni haré yo el pedante; libre, trataré el arte libremente, bastándome mi genio para que sea inmortal... Entonces, golpeo mi frente y exclamo: Hombre vendido; haces traicion al arte, que al mismo tiempo deshonras y ofendes. ¿De qué te servirá el genio, si solamente impera lo arbitrario y no cumples las leyes establecidas? Harás una cosa imperfecta: ¿será excelente? Mira un rayo de sol que, cuando dura mucho la tempestad, se refleja sobre la ruina de un bosque: ¿es peregrino aquel sol y alegre? Tal es el brillo de tu genio.

Cortando aquí mi plática con el libre pensador, me dirijo á otra parte quejándome y bramando. ¡Oh si la pintura y las artes del dibujo cayeran en manos de los libre pensadores; ¡á dónde iría entonces lo bello «ejemplado» y sensible? ¿Qué honores serian reservados á tus celestiales imágenes, oh Beato de Fiésole, á tus Virgenes, oh Rafael, á tus vivos encarnados y á tus testas parlantes, oh Sebastian del Piombo? ¿Qué suerte quedaria reservada tambien á tus obras maestras, oh escuela del arte italiana? Levantaos, espíritus inmortales, que trasportásteis á nuestro pais los ángeles del cielo y las visiones del paraíso; levantaos y arrojad á los libre tentadores. Se levantó la Iglesia, y acudió en lugar de los grandes pintores, dejados dormir en sus cenizas. ¿No tiene razon la Iglesia, que produjo los portentos artísticos con la inspiracion cristiana, si se indigna contra la libertad del pensamiento? Si llama la libertad absoluta del pensamiento herejía y blasfemia, ¿no nos da una doctrina de decoro comun y de civilizacion? Por ésta los libre pensadores acúsanla de tiranía.

La Bruyére con fina sátira escribió: *La dote primera en el hombre, despues de la razon, deberia ser conocer que la perdió: seria igualmente para nosotros la cosa mejor despues del ingenio, conocer que nos falta* (1). La frase se puede aplicar á los libre pensadores: tienen la razon de que no se sirven: ostentan ingenio y carecen de juicio. Esto me recuerda el dicho de aquella excelente mujer llamada Cristina de Suecia; escuchando que á un personaje muy alto, pero haragan, le habian cortado la cabeza, exclamó: *Poco mal; ningun uso hacia de ella*. Nosotros, señores, no nos abandonamos á juegos de palabras, ni proferimos cantos de triunfo: los libre pensadores cortan fácilmente la cabeza del arte. Vislumbro yo falsificaciones y fealdades, presentando igualmente crueldades: es profanado el templo del arte donde se introducen los bárbaros. Soy Heráclito y lloro.

Examinemos la libertad absoluta del pensamiento en las aplicaciones de la conciencia.

(1) La Bruyére, *Máximas y reflexiones morales. El hombre*, XLIV.

¿Gozan de entidad la santidad y la justicia, ó son para el hombre simples ideas «conceptuales»? En otros términos: ¿posee una vida el bien, sin que al hombre se deba? ¿Es seguido por él; pero es más antiguo que él? O por el contrario, ¿en tanto el bien vive y florece en cuanto reconoce debida su creacion al hombre? Ansío saber esto.

Todas las mejores escuelas antiguas y modernas afirmaron que el bien no recibe la vida del hombre, sino que se la comunica, emanando de Dios. Informados en tal doctrina crecieron entre los Gentiles y lograron ilustre nombre Solon, Arquelao, Sócrates, Platon, Aristóteles, Ciceron, Plutarco; entre los cristianos profesaron unánimes tal doctrina Bacon, Galilei, Leibnitz, Descartes, Newton, Galluppi, Malebranche y Rosmini.

Para el libre pensador la cosa es de todo punto diversa: el bien, más que derivacion de Dios, debe juzgarse produccion del hombre. La ley con que se desarrolla en nosotros el bien no es eterna, sino temporal. Escribe Havin: *La moral es libre, independiente de todo sistema religioso ó divino* (1). Añade Renan: *El ascetismo cristiano comprende el bien bajo la forma más mezquina. El bien fué para él la realizacion de la voluntad de un sér superior; una especie de sujecion humillante para la dignidad humana* (2). ¡Ah libre pensadores! Decía Pitágoras: *Cuántas veces me aproximo á Dios, vengo á ser mejor*. Estos dicen, gritando, al revés: *Acercándonos á Dios, empeoramos. ¡Y qué hacen para no llevar la peor parte! Ponen la moral á merced del hombre. Así Renan muy fresco y festivo, escribió: El hombre santifica lo que cree, y adorna lo que ama* (3). Otro de sus amigos concluye diciendo: *La moral no tiene la existencia en otra parte sino en la humanidad* (4). Al fin queda satisfecho el libre pensador: crea la ley de la moral, y á su voluntad la modera. La libertad del pensamiento produce la libertad de la ciencia, no faltando abominable cosa ninguna.

¿Quereis que os muestre las proezas de la libertad del pensamiento en las aplicaciones de la conciencia?

Es doloroso; pero fácil. Así que no se reputa el hombre obligado ni dirigido por un Sér superior, seguramente al obrar se conduce segun su propio capricho: es cierto asimismo, y los hechos lo demuestran, que los empujes más fuertes que para obrar le conducirán, serán en él hijos de la pasion más que de la razon: por consecuencia deberán sur-

(1) Havin en su respuesta á Mons. Dupanloup.

(2) Renan, *Liberté de penser*, t. IV, p. 136.

(3) Renan, *Revue des Deux Mondes*, octubre 1862, p. 933.

(4) *Revue du Progrés*, noviembre 1863, p. 181.

gir tantas infracciones de la ley moral cuantos serán los ímpetus que prevalezcan de las pasiones bruscas y procelosas. Es lo que contemplamos con grandísima tristeza en los de modo selvático apasionados y en los discolos. El delito es sólo un pensamiento libre, y un acto de la conciencia libre. El vengativo se precipita contra su émulo, y da muerte al enemigo: la venganza es un pensamiento libre, que se sustrae á la ley del amor. El deshonesto se contamina y se desflora: la lujuria es un libre pensamiento, que anula la ley de la honestidad. Insidia el ladrón á otros y roba: el robo es un libre pensamiento, no sometido á la ley de la justicia. El jactancioso sube sobre zancos, y alábase á sí mismo: la necia jactancia es un pensamiento libre, que sale de la ley de la modestia.

Sí, amados míos, está bien que lo repita: el pecado es un pensamiento libre, y un acto de la conciencia libre. Pisistrato fuerza la ley tiranizando á Atenas: en materia de palabra dada y de fé prometida es un libre pensador. Sexto mancha con sus abrazos á Lucrecia: en materia de honestidad es un libre pensador. Seyano con sus engaños y sus fraudes es el primer ministro de Tiberio: en materia de administracion y de política, es un libre pensador. Petronio ensucia el arte cómico en los teatros: en materia de literatura y de religion es un libre pensador. El emperador Juliano miente contra los cristianos, y simula contra todos: en materia de veracidad y de creencia, es un libre pensador. Arbogaste, por la manía de dominar manda que á Valentiniano II estrangulen: en materia de artes zorrunas y de mando, es un libre pensador. Teodosio, sin que le detengan consideraciones ni leyes, ensangrienta á Tesalónica: en materia de blandura es un libre pensador. Teodora, mujer de Justiniano, se rodea de eunucos y espías, trastorna la cosa pública, y mancha cuanto toca: en materia de imperio es una libre pensadora. Blasio Forgao da con su espada un golpe á la cabeza de Carlos III y lo mata: en materia de ódio y de crueldad es un libre pensador. Descendamos á siglos más inmediatos á nosotros, ¿Cuál es el pensamiento que impele á Lutero á sacar del convento una monja para desposarse con ella siendo fraile? Es el pensamiento libre de la continencia sacerdotal. ¿Cuál es el pensamiento que impele al octavo Enrique á repudiar á Catalina? Es el pensamiento libre de la fidelidad de los cónyuges. ¿Cuál es el pensamiento que impele al despiadado Cromwel á la decapitacion del rey Carlos? Es el pensamiento libre del deber de la sumision. ¿Cuál es el pensamiento que impele á Voltaire á odiar á Jesucristo? Es el pensamiento libre de la verdad divina y de la verdad de la historia. ¿Cuál es el pensamiento que impele á Robespierre á la matanza de los ciudadanos? Es el pensamiento libre de la caridad fraterna y de la jus-

ticia. ¿Cuál es el pensamiento que impele á Carlota Corday á degollar en el baño á Marat? Es el pensamiento libre de la honestidad femenina.

¡Ay de mí! ¡Qué infamias, y que crueldades premeditadas realiza la libertad del pensamiento! Si existe mal en el mundo, es, señores, sólo por él.

Entremos en Pavía en un grandioso día del siglo X.

La ciudad hecha, como podeis esperar, según el estilo de los tiempos toscos, aparece coronada de torres con grandes almenas y troneras, con calles no suntuosas, ni grandes, donde la mitad de las casas están tiradas á cordel; la otra más baja ponen de realce defensas negruzcas y encorvadas. Todo es macizo y pesado, como las costumbres de los hombres. No carece sin embargo de grandeza, porque Pavía es sede de monarcas, y centro de guerreras empresas, levantándose á guisa de reina enteramente armada, y retratándose de manera espantosa en las aguas límpidas del Ticino.

Empero no nos entretengamos en ella, porque otra intencion nos mueve. ¿Veis su palacio real? Hoy, día 21 noviembre del año 950, dáse allí un opíparo banquete, con el cual el rey Lotario y la reina Adelaida se proponen honrar á Berengario, marqués de Ivrea, á su esposa Willa, y á su hijo Adalberto. En la sala mayor del palacio han puesto la mesa, que huele muy bien por sus frescas guirlandas de flores, adornada con riquísima vajilla que asombra. El número de los convidados es muy grande, admirándose allí guerreros, obispos, grandes señores, poderosos de varias clases, y vasallos inferiores, á los que sirven los pajes del rey, cuyas magníficas libreas están ribeteadas con galones de oro. Más allá, en la extension de la sala, con el fin de que alegren mucho el convite hay en sitio elevado músicos de uno y otro sexo, como tambien trompeteros; en su virtud la armonía se atempera como en los triunfos de una batalla. Suponed los manjares exquisitos, los humeantes vinos generosos y los cerebros en ebullicion: es tal el placer, la exaltacion y la fiesta que no la podrias pintar aun cuando fueses pintor, ni tampoco referir bien, aun dominando del todo el arte de la elocuencia.

Empero la fiesta de pronto se interrumpe, y el gozo se desvanece.

El rey Lotario, que siéntase al lado de Willa, olió pronto un ramo de flores que le habia llevado la marquesa: uno de los pajes próximos observó que al quitar la convidada de la mesa el ramo para ofrecerlo, dejó caer de un medallon que tenia en la mano muy seguro, algunos polvos sutiles sobre las flores. El hecho es que para el mísero Lotario tomar entre sus dedos el ramo, olerlo, sentir áridas sus fauces, y saltar como una serpiente por arder su cráneo y su sangre, fué cosa de un momento. Palidece, suda frio y tiembla: la fuerza vital se le va;

preciso es que sobre la mesa, extendidos sus brazos, coloque supina la cabeza, y pida que le socorran mucho más con los sollozos que con palabras. Todos los convidados se dirigen con los ojos al sitio aquél; acuden los servidores y callan los músicos; la risa comun se transforma en temblor. ¿Qué ha pasado en un instante, señores míos?

Quien tres horas más tarde hubiese ido al suntuoso salon aquél, lo hubiese hallado de todo punto desierto: en fuga los comensales, los músicos y los pajes; desordenados ó caidos copas, vasos y guirnaldas de flores: en aquella soledad hubiera escuchado un gemido prolongado en una de las cámaras del palacio, y de cuándo en cuándo una lamentacion desoladora. Era el gemido de Lotario, envenenado por Willa, el cual agonizaba entonces en brazos de su virtuosa Adelaida, teniendo á su lado á Fray Martín, que administrábale los últimos socorros de la religion. ¡Así pasan las alegrías de la tierra!

Nosotros que no tenemos bastante corazon para la segunda visita ni para escuchar aquellas atroces lamentaciones, preguntamos más bien: ¿cómo sucedió un crimen tan atroz? Por un pensamiento libre. Expliquémonos mejor, señores. ¿Por qué motivo Berengario y su pésima mujer se resolvieron al acto vil? La historia responde. Habiendo Berengario invadido con su ejército la Lombardía, constreñido á respetar en el hijo de Ugo al buen monarca Lotario, por el amor que le tenia el pueblo, pensó quitarlo de sus piés con el asesinato. De tal modo, sin que ningun émulo lo impidiese, se declararía rey de Italia. Fué ambicion de mando: fué por consecuencia un acto de conciencia no trabada por la ley moral; enteramente fué un pensamiento libre, fuera de la observancia de la justicia.

¡Y los filósofos «trascendentes» exaltan como su más bello parto el pensamiento absolutamente libre! ¡Imprecán á la Iglesia, por no aprobar este pensamiento libre! ¡Oh santa Iglesia de Dios! ¿Qué condenas tú, condenando la libertad del pensamiento? Condenas el asesinato, el estupro, el robo, la hipocresía, el embuste, la máscara, el puñal, la traicion, la suciedad, el desórden y la impiedad. ¿No tronais vosotros á una con la Iglesia contra la desmesurada libertad del pensamiento? ¿Sois filósofos «trascendentes»? ¿Os gusta el ídolo? ¿Lo adorais?

Para los hombres juiciosos el pensamiento absolutamente libre es un mónstruo que mata. Dejo los elogios de la vida para el que pasea sobre cadáveres; dejo la risa para quien da vueltas entre los que lloran. Yo no siento nacer entre las tumbas: soy Heráclito y lloro.

Reunamos ahora las bellas y varias dotes que hay en el hombre; conocimientos, fantasía, corazon, lengua y manos: supongamoe todas estas dotes dominadas por el pensamiento absolutamente libre: despues in-

troduzcamos al hombre en la sociedad civil. Aquí es bueno preguntarle. ¿Qué es el libre pensamiento, y cuáles efectos produce considerado en sus aplicaciones sociales?

Por lo que hace á la sociedad civil, como al individuo humano, el pensamiento que ser quiere de todo punto libre, se sobrepone á todas las leyes; no juzga que deba obedecer á ninguna de las leyes externas; al paso que pondera el derecho de ser en todo naturalmente libre. Seguirá, pues, refenido por la fuerza; mas no bien se le permite, derriba la ley dispersando sus jirones al viento. Este principio es bastante por sí solo para sumergir á la misma sociedad.

Decidme realmente, señores, cómo podría vivir la sociedad humana, si no reposase bajo la égida de las leyes; decidme cómo podríamos en adelante conservar las relaciones comunes, amarnos y abrazarnos en calidad de hermanos, si cada uno de los ciudadanos no se juzgase obligado por las leyes. Nosotros alabamos mucho los pueblos viriles, como hallamos antiguamente á los Romanos y entre los modernos á los Ingleses, porque ante la ley son muy cumplidores de lo que ordena: escribimos, por el contrario, la necrología de los pueblos desobedientes.

Empero los libre pensadores dicen que la ley aplasta.

No aplasta, sino que modera y guía. ¿Sabeis quién, por el contrario, hace violencia y aplasta? Es el pensamiento que no cumple la ley y corre velozmente libre. Quitad los diques á los ríos, y las aguas inundan las campiñas; quitad el hilo á vuestros telégrafos y las maravillosas consecuencias de la electricidad se desvanecen; quitad los hierros de los ferrocarriles, y con vuestros coches que vuelan daís en el abismo. Hé aquí vivas imágenes del pensamiento que á la libertad ilimitada se abandona. En todo necesitase una guía: quitada esta, anarquía y barbarie sobrevienen. Así, cosa extraña, pero terrible. El pensamiento libre como se dice hoy, al mismo tiempo que promete la emancipación del hombre, la paz, la civilización y la gloria, viene á ser artífice de tiranía.

Ved qué clase de tirano es.

Aun cuando el pensamiento, loco por la libertad absoluta, mueva ruido en el mundo, amenace y dé muestras de vincular en sí la magnífica era de la ventura, cuenta todavía reducido número de sectarios. Es una tempestad que se levanta sobre campo restringido, porque las muchedumbres civiles, aunque inducidas á loquear, no están enteramente faltas de sentido práctico, y advierten que, despues de todo, la ley civil no equivale á un lazo corredizo. Los verdaderos libre pensadores, que saben lo que quieren y acreditan el valor de su propia escuela, se

reducen á cero. Verbigracia: en el censo del uno Enero 1872, publicado en Turin, ¿podeis imaginar cuántos libre pensadores aparecieron? En una poblacion católica de doscientos seis mil habitantes, los libre pensadores que campearon allí fueron sesenta y cuatro.

Pues bien: os hace ver esto qué forma de tirano debe ser entre los ciudadanos el libre pensamiento: los sesenta y cuatro se proponen dominar á los doscientos mil. ¡Fastidiosa tiranía! Es el individuo contra la especie; la libertad de pensamiento, que es el individuo dejado solitario y despreciable, á fin de hacerse lugar en torno y encaminarse al mando público, debe contender con todos; preciso es que rompa las tradiciones populares, los dogmas, las creencias, la jerarquía social, la suprema autoridad, invadiendo el santuario de la ley: es preciso que haga de todo torpe censura, y lo destruya, para que con la ruina universal forme un pedestal para su trono.

La familia, por tal tentativa horrible, se amedrenta y brama; mas el libre pensamiento grita: Vosotros, padres y madres, abuelos y bisabuelos, sois aquí mentecatos, porque no entendeis el anhelo ardiente de los hijos y de los nietos. Enmudecen los mentecatos. Los gobiernos, desalentados á su vez, arrojan el baston entre las ruedas del carro para detenerle: quisieran desde aquel carro abatir la revolucion del libre pensamiento; mas el libre pensamiento grita: Vosotros, gobiernos personales, que para vuestra utilidad haceis las leyes, mercancía que se vende y se compra, ha concluido vuestro tiempo. Abajo los codiciosos y los mercenarios. Los comerciantes, los honrados hombres del pueblo, los braceros y los artesanos que no entienden lo del libre pensamiento, se muestran rehacios y siguen aguardando; mas el libre pensamiento grita: Venid, hijos del pueblo; venid á mí, que os abro lo futuro, y os llevo á la region de vuestros eternos no conculcados derechos. Esto grita la libertad del pensamiento: á quien se rinde siguiéndola, pone una antorcha que humea en la mano, diciéndole: *Quema*. Surgen aquí ó allá de imprevisto, á despecho de las poblaciones, y para terror de los ciudadanos, las creaciones de la *Internacional*, que ahora se llaman *las necesarias purificaciones de la humanidad*.

Queman de veras ciudades y pueblos.

Así el individuo se hace insolente contra la especie y la tiraniza. ¡Ah! Más pronto que la familia, más solícita que los gobiernos y los ciudadanos, la Iglesia se habia puesto á gritar y gemir, avisando la llegada del individuo selvático; hábale vislumbrado entre las sombras de la incredulidad, y le habia oído entre las filosóficas vanaglorias del escepticismo, cuando se adelantaba rabioso contra el altar; derribado el altar, y por él maldecido el Redentor, lo habia visto marchar con el

azote en la mano á fin de acometer y herir los monumentos de los hombres. Empero la Iglesia católica no fué creída; llamáronla enemiga de nuestros tiempos, retrógrada é intolerante; se quiso contra ella y sus leyes la total independéncia de la razon. Está bien; la razon, no dependiente ya de Dios, quedó en cinta de su gran parto, y brotó el pensamiento absolutamente libre. Ella, pues, señores, desde aquel momento produjo la tentativa moderna de la ruina social, el individuo selvático y las «Comunes.»

¿No sufrís que yo, compañero aquí de la Iglesia, lance mi anatema? Dejadme á lo ménos las lágrimas que manan de mis ojos por vuestra desventura, porque miro vuestras ruinas y vuestros peligros en aumento, los duelos y los deshones del porvenir. El pensamiento libre, mirado en sus exteriores y sensibles desenvolvimientos, resulta demasiado condenable: para los hombres juiciosos es un mónstruo que mata. Soy Heráclito y lloro.

En los des miembros que propuse aparece decidido el problema.

Ahora, dejando de disputar, ansioso de recoger algun fruto de mis pobres palabras, un aviso, señores, y un ruego.

El aviso es para los que por ciego amor á la ciencia, sin norma ni consideracion, se dan á tratar de filosofía, anunciándose como discípulos suyos ó maestros. Hoy entre los muchos sistemas filosóficos el «trascendentalismo» no podia faltar, y no falta. Verdaderamente para los de agudo intelecto que sienten altamente de la razon humana, encanta y arrebatata. Parece que abre firmamentos nuevos; como cuanto más poderosa es el alma tanto más vislumbra el infinito, resulta que el ingenioso cultor de la filosofía «trascendente» cree haber hallado en ella el ala que lo introduce pronto en las regiones del infinito. Empero, señores, el encantado y el arrebatado es vendido. El que todo lo trasciende, trasciende filosofando aun el círculo de las leyes, otras no admitiendo que las queridas por su pensamiento libre, con lo cual, sin fijarse nada en la gravedad de la cosa, se constituye á sí propio centro del orbe. De aquí las locuras racionales, las hinchazones y las necesidades, tantas que despiertan en quien las mira el estro irrisorio. Preciso es que yo dé vida de nuevo á Demócrito, el cual se reproduce realmente y rio. No basta. Las locuras y las necedades, que resultan en relevantísima materia, al paso que muestran que tocada queda la entidad de las cosas, revelan los tristes efectos de la filosofía «trascendente;» revelan, en el órden externo, las varias aplicaciones de la mente, de la fantasía, del corazon, y de las tendencias sociales preñadas de ruinas y vitupe-

rios. Es una desventura enorme: preciso es que á Demócrito suceda Heráclito; Heráclito surge y llora.

¿Qué debe por consiguiente hacer el hombre, que al estudio se da de la filosofía?

Póngase contra la Sirena en guardia, y rechace, como debe, á la traidora. Entre la risa de Demócrito y el llanto de Heráclito, se levanta la voz maternal de la Iglesia católica, por la cual se recomienda el cumplimiento de las leyes debidas. Ella dice: Sed libres; pero según las leyes divina y humana. La ley no debe ser construida por vosotros: está hecha. Cumplidla. Quien cumple la ley, goza de la libertad: quien la ley aniquila, es un esclavo.

Hé aquí el aviso, señores. No descubrais en la Iglesia la tirana, sino la amiga de la ciencia y vuestra bienhechora: los sistemas filosóficos que condena con su autoridad, son igualmente condenados por la razón humana.

No concluyo de avisar, cuando ya principia mi humilde ruego. Este se dirige á todos, viejos y jóvenes; á cuantos se hallan incautamente cogidos en los lazos del «trascendentalismo» incrédulo, y en el embuste de aquel pariente suyo, que se llama el pensamiento absolutamente libre. Prescindid, hermanos, de la mentira, y romped los lazos; volved á respirar las auras libres y santas de la verdad.

¿Temeis la deshonra por prescindir de la libertad del pensamiento? ¿Temeis que, dándoos á sentir en la ciencia católicamente, se os corten las alas del genio, quedando vosotros confinados en la soledad y en la nulidad? Es doloroso desengaño.

Trasladémonos á París con la mente. Allí está en 1805 un joven italiano que apenas tiene veinte años: el ingenio, poderoso en él, que lo hará padre ó profeta de la nueva literatura de Italia, no se revela todavía: su poemita, *El triunfo de la libertad*, escrito á los quince años, es realmente una bagatela juvenil: con todo, si bien latente, ó niño, su ingenio tiene la pasión de los grandes pensadores, ó el culto de la ciencia. Mirad empero lo que ocurre. Al principiar el presente siglo llena todo París la gloria de Bonaparte que resuena; nuestro joven queda envuelto entre las nubes de polvo de la plaza del Carosel, donde pasa el moderno César en revista su ejército de héroes; atronado por el fragor de los gritos y de las armas, tiene delante aquellos bordados en oro con los cuales se adorna la milicia. Como si esto fuese para él una nonada, place á nuestro joven juntarse con otra clase de hombres. Trata con Volney, autor de las *Ruinas*; estrecha también amistad con Cabanis, con Garat, con De Tracy, con Fauriel, el amante de madama de Condorcet: en suma viene á ser el hermoso número primero entre

la filosófica familia francesa. Mas ¡ay! aquellos filósofos son escépticos, incrédulos, materialistas y libre pensadores; libre pensador es igualmente nuestro jóven italiano.

En casa de su madre, hija de César Beccaria, por la cual fué conducido á París, entabla por la noche un poco de conversacion con el célebre Obispo de Blois, Enrique Gregoire, representante un dia del pueblo en la Convencion: con la sábia mujer entretiénesese en conferencias religiosas, estando presente su hijo. El, que tiene la serpiente de la incredulidad en el alma y en la lengua, no puede de ningun modo escuchar tranquilo; se ríe de los dichos del Prelado, ó lo va hiriendo abiertamente con frases volterianas. Es cosa muy áspera é ingratisíma; atormentado Gregoire, un dia, levantándose de la silla, poniendo dulcemente la mano sobre la espalda del jóven, dice: *Jóven; ¿habeis estudiado esta religion, que con tanta fatuidad escarneceis? Héla yo estudiado y meditado muchos años; con todo, apenas me ocupo en ella temblando.*

La frase del honorable viejo no ha caído en vano.

Trascurrido un mes, llegadas las vísperas, nuestro italiano jóven penetra en el templo de San Roque y se arrodilla delante de un altar. Ha llegado allí, despues de haber rumiado en su mente mucho el aviso del Prelado francés. *Antes de desacreditar la religion, es preciso estudiarla y meditarla.* Está profundamente pensativo y casi llora; levanta los ojos; sin fijarse siquiera en los objetos, buscando en lo alto la divina luz, exclama: *Dios mio, si existes, haz que te conozca.* Así ruega; y consolémonos, amigos, porque Dios manifléstase á quien le invoca perfectamente. El jóven se levanta mudado y diverso de lo que antes era: vuelve á su madre para despues retornar á Italia, hermoso con una moral trasformacion: cambió la libertad del pensamiento en el obsequio á la fé cristiana.

¿No conoceis á Manzoni? Es aquel mismo pensador libre, es aquel jóven que oró en la iglesia de San Roque de París, y que primero escarneceía mucho á Enrique Gregoire. ¿Hallais acaso en él la huella que le imprimieron el ateo Volney, el materialista Cabanis y los filósofos incrédulos del Sena? De ningun modo. ¿Qué digo? ¿No se le hizo conocer Dios, invocado por su corazon ansioso? ¿No se le hizo conocer en sus *Himnos Sagrados*, en sus *Dramas*, en los *Prometidos esposos* y en la *Moral Católica*? Esto es poco, señores. Alejandro Manzoni, que renegó de la libertad del pensamiento, y se hizo intrépidamente católico, ¿rompió acaso la estampa de su prepotente ingenio, ganándose el horror del mundo civilizado? ¡Por el contrario, el mundo civilizado inclinase á Manzoni católico, cual á un escritor maravilloso! ¡Sí; los italianos saludamos en el católico Manzoni en literatura, una de las glorias más bellas!

¡Oh libre pensadores! Quedais vencidos.

Dijisteis: Quien abandona la libertad del pensamiento, entrando en la Iglesia de Dios, rompe los nervios del espíritu, haciéndose eunuco. Pues bien; nos placen estos sublimes eunucos. Venid, ingenios de las orillas salvajes de la incredulidad á las saludables tiendas de la Iglesia. Venid, ingenios, y exclamad cada uno dirigidos á Dios: *Dios mio; haz que te conozca*. Lo conoceréis ciertamente, siendo atraídos á él; seréis cristianos y católicos. Venid, pues, ingenios, para trasformaros; como fruto de vuestro reciente bautismo escribid nuevos *Himnos Sagrados*, nuevos *Dramas*, nuevos *Prometidos esposos*; escribid tambien vosotros la *Moral Católica*. Dejad que se glorten los incrédulos con sus fatigosos y arcanos estudios sobre la nada; vosotros, sin curaros de sus desprecios, dedicaos como creyentes á obras nuevas. El protestante Guizot escribió sabiamente: *Vale más un granillo de fé que montañas de incredulidad*.

CONFERENCIA VII.

SI ES BUENO EDUCAR EN LA MUJER

Á LA LIBRE PENSADORA.

Blas Pascal, para recoger de golpe juntos los fenómenos que en la naturaleza humana existen, compenetró, por decirlo así, en el individuo la especie, profiriendo aquella frase suya memorable: *El hombre es la humanidad.*

Yo, con la misma razon, hablando del hombre, debo casi compenetrar un sexo en el otro, es decir, en el hombre á la mujer. Es su hermana, señores, y no puedo yo, excluyéndola, enviar sólo al hermano.

Ciertamente parecerá á más de uno extraño que haga yo entrar á la mujer en un asunto, al que parece traída por fuerza; como el presente discurso nuestro se refiere á los sistemas filosóficos, no se ve á primera vista, sino que por el contrario abiertamente repugna, que aquí toque al sexo femenino ir con el hombre y figurar en el palenque. ¡Oh! ¿Acaso pretenderé convertir á la mujer en filósofo, y trasformarla en doctor? Me debería incontinenti alistar entre los progresistas de hoy más conocidos, que precisamente abren á la mujer la puerta de casa y dicen: *Sube á la cátedra y haz discípulos.*

Esto no, señores. Ni siquiera supongo á la mujer tan convertida ya en filósofa por instituto, que, habiendo bebido en las escuelas ó en obras fatales principios metafísicos, importe ponerla delante, y plantarla en medio de la disputa para convencerla de recónditos errores y cortesmente desmentirla. Nada de esto; lo aseguro.

En la última conferencia, si bien lo recordais, habiendo aludido á la filosofía trascendente, nos pusimos á herir al mal padre que la engendró y al pésimo hijo que la produjo; tales dos feas hijas racionales para nosotros se identificaban en una sola, es decir, en el pensamiento

del hombre declarado libre absolutamente. Ahora bien; la libertad del pensamiento, en cuanto se relaciona con los sistemas filosóficos, y pertenece á las disquisiciones de los doctos, deslumbra de tal modo cuando se imagina; causa un delirio y es una tentacion tan grande, que sin los estudios necesarios se pega fácilmente á todas las almas vivas: la pobre mujer no tiene de ningun modo la coraza en su pecho, de suerte que los golpes desesperados de aquél no la toquen ni lleguen á su carne.

Por el contrario, señores: si, como Pascal ha dicho, *el hombre es la humanidad*, en la humanidad tiene la mujer un puesto peculiarísimo: el de la sensibilidad de fibra y de la debilidad, por lo cual es mucho más fácil seducirla que al hombre, y mucho más prontamente queda engañada. Hé aquí por qué vuelvo á la cuestion de la libertad del pensamiento, considerándola en sus relaciones extrínsecas con la mujer. Temo la fascinacion de la débil y de la incauta: temo que por una nueva palabra de la serpiente se contamine de nuevo Eva.

Empero ¿no es vituperable de todo punto este pensamiento mío, y este conflicto que otra vez enciendo? Los incrédulos lo afirman con desden. Si realmente, á su modo de ver, está la emancipacion del hombre en la libertad del pensamiento, ¿por qué, libertando al hombre, se deberá nunca conservar bajo yugo á la mujer? Recomiendan que en los cuidados de la pedagogia femenina la libertad del pensamiento constituya una parte principal. El hermano libre se quiere unir á la hermana libre en el canto de la victoria.

Seamos breves, y seamos terminantes. Entre mí y los incrédulos está un juez que yo respeto. Lo declaro sinceramente, señores, añadiendo que sois vosotros. Pues bien; á vuestra final resolucion me remito en la solucion del nuevo problema. ¿Es conveniente que se eduque á la libre pensadora en la mujer?

Considero la mujer por tres lados distintos, en que se refleja, y donde necesariamente se informa: ante la ley de la naturaleza, ante la redencion de Cristo, y ante la historia de nuestra patria. Mirándola bajo la sombra de los tres resplandores estos, hallo que la libertad del pensamiento, acercándose á ella, la corrompe.

Hácela rebelde ante la ley de la naturaleza.

Hácela apóstata ante la redencion de Cristo.

Hácela degenerada ante la historia de nuestra patria.

Un primer resplandor cae sobre la cabeza de la mujer, que le revela su índole y la ilumina: este resplandor emana del Oriente, desde donde se difunde la luz matutina, el soplo genital de los séres

materiales y vivos. Santo Tomás de Aquino consignó el siguiente principio, ilustrándolo con la ciencia: *Natura dicitur a nascendo* (1). Si la naturaleza viene del nacer; en otras palabras, si en la naturaleza palpita sobre todo la vida, está bien que bajo su irradiación principie á contemplarse á la mujer.

Ahora bien; ¿qué cosa es la mujer ante la ley de la naturaleza?

Su constitución es inmediatamente descubierta: la mujer, fuera del sexo, es una cosa misma con el hombre; el viejo Simónides, que fantaseó diez clases de mujeres creadas por Dios en cuanto al cuerpo separadamente y compuestas de distintas materias, dijo una cosa capaz de hacer reír á los bancos de la escuela; aquellos herejes simples, los cuales enseñaban que *mulieres non esse homines*, suponiéndolas de naturaleza distinta de la del varón, no tanto deliraban contra la fé, como contra el buen sentido de la humanidad. Por consiguiente mirad al hombre, y mirad á la mujer al mismo tiempo. Sí, atendido el sexo diferente, preciso es admitir en uno y otro alguna gran semejanza, esto consiste sin duda en que las dotes del hombre, pasando á la mujer, se presentan diversamente reverberadas.

Expliquémonos con el auxilio del parangón.

Tomad lo que hay en el hombre superior y gallardo: mente, libre albedrío, resolución, propósito, valor y virtud; si bien se imprimen estas cualidades en los templos femeninos, pierden su vigor. Aun cuando existen en la mujer, resultan un poco descoloridas; presentan una luz reflejada, que no brilla vivamente del todo: es la mujer á guisa de un astro iluminado, y no el sol, que al mundo ilumina con su luz natural.

Tomad, por el contrario, los elementos dulces y benignos que hay en el hombre: corazón, fantasía, delicadeza, gracia, cortesía, lágrimas y risa; es el fulgor de tales dotes en la mujer tan brillante, que supera el resplandor varonil. Ella, débil criatura, plasmada con exquisitas fibras y casi con nervios únicamente, resulta sensibilísima, por lo cual la señora de Necker de Saussure la definió así: *Un sér que todo lo mueve; arpa éólica, que produce nuevos acordes á cada toque.* ¡Sinfonía penetrante como ninguna! Y la mujer por delicadeza no sólo es música, sino también luz; en tal parte resulta más que una estrella simple, y es el sol.

Al definirlos la constitución femenina, os manifiesto qué forma de la educación le conviene.

Dejó escrito Manuel Kant: *Explicar en cada individuo toda la perfección de la cual es susceptible, hé aquí el fin de la educación.* Otro escritor de ingenio pronto escribió mejor aún: *La educación debe hacer resaltar el*

(1) S. Tomás, *Summ. theol.* I. q. 29. 1, ad. 4. - q. 2. 1. c.

ideal del individuo (1). Pues bien, señores, si el ideal de la mujer está en ser afectuosa, en su gracia, en las dotes dulces y benignas nombradas, el arte de la educación debe ser ajustado á este concepto en ella; se debe acudir á su índole suave, mansa y honesta; debe ser tratada como una sensibilísima criatura, á fin de que pueda sacarse de la mujer el noble perfeccionamiento moral, á que llamada es por la naturaleza. En breves palabras: la mujer está hecha para el hombre en los trabajos cotidianos del mundo éste; puesto que abunda en fuerza el hombre, faltándole dulzura, ella, de índole dulcísima, llene tal vacío y lo deje satisfecho. Quererla instruir de otra manera; querer cultivar en ella los sentimientos robustos, impetuosos y fieros, olvidando al mismo tiempo los mórbidos y los delicados, sobre ser una cosa inútil, es disfrazar á la mujer, haciéndola monstruosa. En tal caso nos debe indignar la educación mujeril: entonces renovamos el grito magnánimo de Platon: *Las almas mejor dotadas vienen á ser las peores de todas por la educación mala. ¿Creeis vosotros realmente que los grandes delitos y las grandes maldades emanan de almas vulgares, y no de almas de valer, corruptas por la educación?* (2)

Adelántase ahora la ciencia del pensamiento absolutamente libre: este pensamiento que perjudica tanto á los hombres, aniquila el *ideal* de la mujer, extinguiéndola.

Hagamos así. Entrando en la pedagogía femenina, escuchemos la voz de la naturaleza, viendo lo que sugiere y manda: inmediatamente después atendamos la voz de la libertad del pensamiento, recogiendo sus consejos y prescripciones dados al alma de la niña. Tendremos un medio en la mano para juzgar si estas dos voces se armonizan y se ponen de acuerdo: podremos inferir además á dónde va naturalmente á parar la libre pensadora.

La naturaleza dice: Tú, jovencita, que tienes un sentimiento, por decirlo así, tan rápido y ardiente, usa primeramente de la sensibilidad propia de tí en obsequio de Aquél, que es la causa de las causas. ¿Ves el sol, las estrellas, las flores, las aguas y las otras maravillas del mundo? Reverberan los divinos atributos, y todas estas cosas elévante á su Hacedor. El universo es la obra de Dios: las leyes del universo son el orden establecido en esta obra, y el pensamiento de Dios visible á los ojos de los mortales. No se trata de conocer lo que tiene Dios escondido: es preciso conseguir que por todo lo á los hombres revelado, aprendas tú y te hagas mejor. Al mostrar lo que Dios hizo, las co-

(1) Gian Paolo Ritter.

(2) Platon. *Repub.* lib. VI.

sas creadas enseñan lo que Dios quiere: estudiar, pues, el universo es inquirir la voluntad de Dios en un volúmen escrito per su propia mano. ¡Oh jóven! Léelo antes de leer los libros de los hombres: reconoce á Dios, inclínate á Él y ámallo: despues que te haya dominado la luz del cielo, podrás confiadamente mirar la tierra.

La voz de la libertad del pensamiento tiene poco más ó ménos este contrario sonido. ¡Atiende, jóven! Eres sensibilísima, lo cual constituye una de tus glorias: en su virtud, debes procurar permanecer en el elemento de lo sensible; no pases fácilmente de la sensibilidad á la espiritualidad. Los educadores, mostrándote con el dedo el sol y las estrellas, quisieran encadenarte á la idea de Dios; mas tú eres libre y debes despreciar á los que subyugan. Yo, libre pensador, escarneí estas mentiras de la vieja supersticion; he lanzado á Dios de su trono, no solamente despidiéndolo de la mente y del corazon, sino tambien haciéndolo salir de las estrellas y del sol. ¡Qué cosa es el sol? Una inmensa masa de gas. ¡Qué cosa es la luz? Un enlace de vibraciones ondulatorias del fluido que se llama éter luminoso. Y los educadores adhieren, si vale la expresion, á ella el dogma de Dios, que califican de puro espíritu. ¡Necedades! O mejor: ¡Feas servidumbres! Rompe tú el yugo, y devuelve la libertad á tu alma.

Hé aquí los dos primeros acentos de la naturaleza y de la libertad del pensamiento; una cítara desafinada no podria despedir sonidos más desagradables y diversos que la voz natural y la voz de la libertad del pensamiento incrédulo. Es Dios enseñado por la naturaleza, siendo á la vez escarnecido por el pensamiento absolutamente libre. Ahora bien; haced que tal pensamiento dirija la educacion de la mujer y que la impela en sus pensamientos y creencias religiosas, compeliéndola en el estudio del universo á burlarse del Creador: ¿tendreis á la mujer inteligente y sabia? No; la mujer que contempla la obra, no sabiendo pensar en el artífice; la mujer que se para en el globo del sol, y en los fenómenos de la luz, sin poder subir Al que compuso el globo y encendió aquella luz en los firmamentos, estúpida es y mentecata: *Explica Dios el mundo y el mundo lo prueba*, exclamaba Rivarol; *niega el ateo á Dios en su misma presencia*. La mujer, educada en la escuela del libre pensamiento, no se fija en nada, ni advierte sus contradicciones, ni su ceguedad. *Yo siento que hay un Dios, escribía La Bruyére, y no siento que no existe; me basta esto y todos los racionios del mundo vienen á ser inútiles para mí: concluyo diciendo que Dios existe. Tengo esta conclusion por mi naturaleza* (1). Empero la mujer, que á Dios no halla en el globo del

(1) La Bruyére, cap. XVI.

sol, ni entre los esplendores de los astros, es impelida por la libertad del pensamiento á concluir que ni siquiera siente á Dios en sí propia: dice, pues, que Dios no existe, y dice que realmente no existe Dios en ella, despues de haberlo lanzado de su corazon. ¡Mujer perdida! Sin Dios, conocimiento de todos conocimientos, es terriblemente ignorante: no conoce sus orígenes, ni sus destinos: sin Dios, fuente de sus obligaciones, marcha sin freno. La redujeron á la simple ley de la sensibilidad: ¿quereis que tenga ideas, pensamientos, conceptos y conciencia?

Volvamos á recojer las dos voces.

Dice la naturaleza: Tú, jovencita, que representas la parte débil de la humanidad, y que formada eres para las alegrías del hombre, mira en qué sentimiento te debes informar. Debes ser la hija del respeto. Al hombre respeta, porque con él no puedes compararte: respétalo tambien por tu conveniencia, porque la persona que respeta quiere ser respetada. Así el respeto, al mismo tiempo que te hace pagar una deuda y te trasforma en social, te sirve de un escudo y se trasforma en tu noble aureola.

Oye, doncella, exclama el pensamiento de la libertad absoluta. Quien recomiéndase á otros, no es oido; quien se hace pequeño, es hollado. No has podido nada tú hasta el presente, porque te llamaron pequeña, y porque pequeña te reputaste. A quien vive como esclavo, le parten el corazon. No te dejes sorprender por cuanto escribieron y escriben todavia relativamente á tu natural debilidad: criatura eres poderosa, y poco más ó menos te puedes equiparar al sexo masculino. Atrévete, intenta, y rompe la brida: podrás dictar la ley, como el hombre.

Tenemos otro contraste: la libertad del pensamiento dice lo contrario que la naturaleza. ¿Cuál de tales dos voces, señores, infundiéndose en la pedagogia femenina nos promete mejores frutos? Si en la escuela del respeto educamos á la jóven, resultará la mujer mansa, dócil, discreta y trabajadora, siendo la bendicion del mundo: si por el contrario educan en la jóven á la disputadora con el hombre relativamente á sus derechos, resultará necesariamente una mujer pretendiente, indiscreta, orgullosa y altiva. ¿Os placen tales consecuencias del pensamiento absolutamente libre?

Esta es una cuestion de justicia, y no se debe resolver por lo que dicte la utilidad, sino segun la realidad de las cosas. ¿Quién tiene por consecuencia razon entre ésta que nosotros llamaremos voz de la naturaleza, y la otra que voz es de la libertad del pensamiento? ¿Qué nos enseña de neto la realidad de las cosas? ¿Debe recibir la mujer honores iguales á los del hombre?

Ahora, en no pocos de los que se dan á los estudios, existe la pasion

de comparar al hombre con la bestia: tienen razon los aludidos, porque del vientre de la mona ó del chacal hacen salir á los séres humanos. Veamos, pues, un poco qué cosas nos enseñan nuestros gloriosos parientes: ¿cómo deciden la cuestion del derecho entre el varon y la mujer? ¡Pobre pensamiento libre! Con tus amores y con tus bestiales parentescos haces que pierda el pleito la mujer. En muchos órdenes de no vertebrados realmente, las hembras son inactivas y están condenadas inmóviles al sitio destinado á educarlas; solamente los machos son perfectos. Aquellas no tienen alas, y estos son alados. Tales son las cochinillas, las «mutilides,» las lampreas, algunos grillos y varias mariposas. Hay insectos parásitos en las vísceras de algunos «imenóteros,» cuyas hembras quedan inertes y relegadas á su mansion viviente, mientras el macho sale de allí con sus alas, volviendo despues al domicilio aquél á fin de fecundarlas? Las hembras de algunas mariposas que se llaman «heteroginias,» sin alas, despues de visitadas por sus compañeros alados, se retiran en un envoltorio, que convierten en sepulcro para ellas y en una cuna para los hijos. En todas las familias de otros animales el macho vuela libremente; pero no la hembra, que tiene alas cortadas. En los campos del mar, como en los del aire, reina la misma ley; en muchos crustáceos parásitos, si bien más pequeñitos que sus hembras, sólo los machos tienen miembros para nadar y antenas para servirse de ellas en la vida exterior (1). El juicio, señores, queda proferido: la realidad de las cosas, que sólo es la naturaleza misma, desmiente la igualdad de los derechos entre la hembra y el varon. ¿Lo veis? Hasta los brutos condenan á los libre pensadores; condenan con ellos á la mujer educada en la escuela del derecho, más que en la escuela del respeto. Alegrémonos: la causa de la justicia corresponde á la de la utilidad, marcando á la pedagogia femenina preceptos severos, normas dignas y recomendables.

Oigo nuevamente las dos voces.

Exclama la naturaleza: Jovencita; precisamente por tener fibras delicadas y ser débil, te conviene mucho el pudor; ya te dije que, respetando al hombre, serás respetada; pero muchísimo más si compares ante los hombres con el semblante casi cubiertó, así como tu persona con el manto celeste de la castidad. No debes ir procaz adelante, sino más bien retroceder pudorosa y tímida; la castidad debe construir á tu alrededor la defensa. Observa el lirio en el valle: parece que se oculta, y por esto mismo es hermoso; es intacta su candidez, por ser esquivo al toque de las manos extrañas. Mira la violeta: no se va-

(1) Pablo Liroy. *Sobre la ley de la produccion de los sexos.*

nagloria, sino que le place la humildad, é impregna sin embargo el aire con sus perfumes. Más ardida se nos muestra la rosa; pero tiene para su defensa espinas. ¡Oh rosa de la juventud femenina! No te olvides de las espinas para tu proteccion: los hombres las temen. ¡Oh violeta! ¡Oh lirio! ¡Nunca olvides la modestia! Te aman los hombres, por ser bella; eres hermosa por ser inocente y casta.

Es un asunto este de santurrones, y un sermón que debe predicarse á las monjitas, dicen los defensores de la libertad absoluta del pensamiento. ¡A qué fin tantas reservas? Procura, muchacha, erguirte animosa y firme sobre tu cuerpo; levanta la frente á lo alto, tiende los ojos, domina con el gesto y la palabra, por ser reina. No dejes en el suelo los lirios, las rosas y las flores, porque allí son holladas: pónlas en tu diadema. Adelante ve intrépida y diviértete: á la diversion invitan las flores. Es el mundo de los que lo toman por asalto. Nosotros necesitamos mujeres que descendan á pasear por el mundo, y no virgencitas sin color que se metan en los monasterios. ¡Afuera los santurrones y las virgencitas!

La contradiccion se va exacerbando: el pudor por una parte, y por otra se quiere la procacidad en la jóven. Oh señores míos; donde se habla de pedagogia, ¿os place á vosotros ver educadas las procaces, más bien que las circunspectas y las castas? ¿Os gustan las jóvenes libres? ¿Os acomodan las que se coronan de flores y las que dominan el mundo? Al inculcar la modestia, no se trata de dar á la doncella educacion de santurrona, ni de hacer una discípula de la supersticion; se trata, si, de conseguir la mujer magnánima y de formar las excelentes discípulas de la familia. ¡Si la mujer no ama el pudor, se hace sucia! ¡Qué tormento! Aristóteles escribía: *El amor ruin é incontinente nos hace deformes y oprime la virtud*. Apolonio decia: *Las tentaciones son peligrosas; los deseos que penetran en el corazon por los ojos son violentos y poderosos, no extinguiéndose siquiera en los eunucos*. Decia Plutarco: *La pasion de la lujuria nos quita la luz del intelecto, de manera que no discernimos las cosas como son*. Decia Ciceron: *Es de suma trascendencia hacer conocer á los hombres cuán violenta es la fuerza de la voluptuosidad, nacida de la pasion de un depravado amor: entre todas las perturbaciones de seguro es la más furiosa*. Gritaba Epicteto á la faz del impuro: *¿Qué haces? Lanzas bajo los pies el pudor, la fé, la sinceridad: violas la amistad, la sociedad y las leyes más santas: por consiguiente, no quieres seguir siendo considerado amigo, ni ciudadano, ni hombre honesto, para esclavo hacerte de una perversa pasion* (1). Estas exclamaciones, que aplicadas al hombre resul-

(1) Léase á Melchor Missirini. *La sapienza morale degli antichi filosofi greci e latini*, cap. XLVIII.

tan ya terribles, más terribles son tratándose de la mujer. Es peste del género humano la mujer incontinente, al paso que la cauta, morigerada y púdica es un sér que da la dicha. Tan hermoso como las sentencias de los sabios antiguos, es por consecuencia el dicho de aquel doméstico moralista, que se llamó Leon Bautista Alberti, en su *Angelo Pandolfini. La honestidad de la mujer fué siempre ornamento de la familia, y gran parte de dote para las hijas* (1).

Las dos voces prorumpen aun en medio.

La naturaleza dice: Despues que tú hayas crecido en el temor de Dios, en el respeto y en el pudor, pondera bien lo que hacer te corresponde. Tú, jovencita, eres hecha para el hogar: para el hombre los comercios, las ciencias y las cosas públicas; para tí las obras caseras. Fuiste creciendo, llegando á ser tan alta en torno de las rodillas del padre y de la madre, habiéndote recogido siempre el hogar privado: despues de casarte, y teniendo la bendicion de los hijos, que no te vea el hogar privado convertida en extranjera. Se despepita la sociedad civil á tu alrededor con alegrías locas y espectáculos, invitándote á salir á la fiesta. Tú, empero, responde: *No está mi reino entre el tumulto*. A veces te parecerá pequenita la casa, y un reino angosto para tí; pero piensa, hija, que desde el pequeño asilo en que moras, puedes fácilmente dominar el mundo. Tú, virtuosa, discreta y amada, impera en el corazon del esposo, é impera en el alma de los pequeños: ¿acaso los pequeños y el esposo no dominan la sociedad civil? Por consiguiente tu trono, que puesto está en la casa y parece oculto, extiéndose más allá del sólio de los príncipes y de los monarcas.

Alegres promesas, gritan los defensores de la libertad absoluta del pensamiento; magníficas chanzas á fin de cubrir la soledad. ¿No dijimos que los educadores católicos quieren llenar las asambleas de santurronas é hipócritas? Doncella; procura tu bienestar: eres libre, cuanto el hombre lo es: casada y madre, goza de la misma libertad. Rompe la cadena, sal, hazte útil, y dedícate, si quieres, á las ciencias: cultiva las públicas profesiones, si lo ansías. Sal, sal. Sonó la era de tu liberacion: te aguarda la edad presente.

En el choque de tales palabras, ¿qué partido tomaremos nosotros? ¿Queremos educar en la jóven la mujer casera, ó bien la disipada, la libre y la callejera? Oid, no á un Padre de la Iglesia, ni á un escritor católico, sino al jefe de la incrédula filosofía francesa. Voltaire nos envió este aviso: *Una mujer jóven que penetra en el mundo, descubre sólo en él cuanto puede servir á su vanidad y á su simpleza; la idea confusa que*

(1) Angel Pandolfini. *Trattato del governo della famiglia.*

alimenta de la felicidad, y el estruendo de cuanto la circunda, impiden que oiga su alma la voz de la naturaleza remanente (1). ¡Creeis, pues, una joya la mujer que corre demente entre la batahola del siglo, haciéndose cada vez más vana y más nécia? ¡Formará esta mujer la beatitud de su esposo, y será el consuelo de sus hijos?

¡Empero mándase á la mujer en medio de la sociedad, á fin de que se dedique á las profesiones civiles y cultive las ciencias!

Señores, jamás produjo la mujer ninguna obra maestra, ni cosa hizo eminentemente grande. No concibió el pensamiento de libertar á los esclavos, no dictó las *Doce Tablas*, no ideó las formas de gobierno, no compuso la *Eneida*, no imaginó el Coliseo, no esculpió el Laoconte, no escribió la *Óptica* de Newton, no inventó la brújula, no reveló el movimiento de la tierra, no descubrió la América, no halló el pararrayos, ni hizo alguna de las cosas estas grandes. No faltaron, con todo, las estudiosas y entendidas mujeres en los tiempos antiguos y en los modernos: quiere decir esto que, hablando en general, no está destinada la mujer á las ciencias ni á las creaciones artísticas. ¡Mas aunque así no fuese! ¿Convendría darla del todo á los estudios, forzándola á prescindir de la familia? ¡Cruelles! ¿Cuál es el verdadero y legítimo estudio de la mujer? Creo á Madama Bernier, la cual, principiando por la misma pregunta, escribe: *¿Cuál es la verdadera ciencia de las mujeres? Es la de la moral: hé aquí el estudio único que les sienta bien, que necesario es para ellas, y por el que pueden influir sobre la virtud de los hombres* (2).

Detengámonos, porque, si fuéramos adelante, no resultaría límite, ni me quisiérais seguir.

Una de las tendencias más impetuosas que se manifiestan en la filosofía moderna es recurrir á la naturaleza como si fuese su maestra única. Así debía ser, por cuanto despues de haber repudiado el sobrenatural elemento; despues de haber comparecido Rousseau, que fué cínico é impudente hasta el punto de recomendarnos el estado salvaje; despues de haber estallado el socialismo, que tiene de continuo en la boca la integridad natural del hombre, surgió casi en todos los filósofos necesaria la exclamacion siguiente: *Naturaleza, naturaleza*. Esta vez nos complació tal exclamacion, entendiéndola bien; habiendo intervenido en la cuestion que vimos encendida entre la educacion de la mujer y la libertad absoluta del pensamiento, tambien nosotros recurrimos á la ley de la naturaleza. Por esto procuramos que la mujer se espejara en la naturaleza, y procuramos que lo hiciera con su noble *ideal*, es decir,

(1) Voltaire. *Trat. de Metaf.*

(2) Madama Bernier, *Discours sur l'éducation des femmes*.

con su gracia, con su exquisitísima sensibilidad, con sus dotes dulces y benignas: ¿qué nos fué dado así conocer y asegurar!

¡Ay si en la mujer es educada la libre pensadora! La libertad del pensamiento es su terrible insidiadora y enemiga: ante la ley de la naturaleza la trasforma en rebelde.

Con otro esplendor veo coronada yo á la mujer, siendo más que terrenal y más que sensible: es divino.

Entre gratos auspicios principia nuestra segunda parte, señores, porque vengo á considerar la mujer en sus relaciones con el cristianismo. Amigos nuestros y adversarios, convienen todos en que la religion de Cristo proporcionó á la humanidad en abundancia preciosos beneficios: los propios incrédulos, que nada se curan ó desdeñan los bienes espirituales y eternos, se ven constreñidos á confesar que de Jesucristo emanan muchos de los bienes temporales y civiles: la historia con sus testimonios ineludibles los conduce á éste para ellos desagradable y con todo sublime cántico. Es por consecuencia el cristianismo un inmenso bienhechor de los pueblos.

Si esto se advierte por punto general, siendo inútil que se repita, parece que importa mucho advertir que entre los llamados á saciarse de los frutos celestes de la cruz (áun todos los hombres son llamados á ello), ocupa la mujer un lugar peculiarísimo. Al lado del hombre comparece sin duda más sensiblemente redimida; posee sin falta el derecho de aparecer tal, puesto que, mediante el evangelio, fué sacada de un baratro más monstruoso. Estaba el hombre agonizando en los brazos de la idolatría; ella difunta. Jesús la vió, conmovióse de compasion y dijo: *Non est mortua puella, sed dormit*. Llamóla, y desde su tumba secular, se puso en pié para vivir.

Entonces la bendicion cayó bajo todos los cielos serenos. Un sér nuevo, por decirlo así, volvió á entrar en el consorcio de los racionales: la familia, las leyes, las constituciones y las costumbres se conmovieron dulcemente por su llegada maravillosa; como podia esperarse, señores, la sociedad, que tanto beneficio lograba de la mujer católica, debia procurar que la mujer cristiana floreciese, y que continuara en ella cual un hecho contínuo é inmortal. De aquí la femenina educacion atemperada enteramente al modo de ser del cristianismo. ¿Qué es la mujer redimida? Es aquélla en que las leyes naturales aparecen de singular modo divinizadas. ¿Qué hará, pues, la pedagogia femenina? Con hermosa inteligencia, con solercia y con celo procurará que tales leyes se desenvuelvan con estudio, dándonos en la mujer la fidelidad,

la pureza, la generosidad, la fortaleza, la mansedumbre, con las otras virtudes hermanas; precisamente todas las virtudes divinizadas, que son un perfume del Evangelio.

¡Ay, si al contemplar la mujer cristiana se alegra el alma, este placer se me interrumpe bruscamente! Surge una extranjera, señores, una enemigo audaz, que reprueba la educación por nosotros celebrada, que se opone á la obra de Cristo, y que mandar quiere á los espíritus apartados por completo de ella. De otros principios y de otro método se hace promovedor. La extranjera, la enemigo audaz es la libertad absoluta del pensamiento; es la nueva mujer que presume regalar al mundo; es la libre pensadora. Hé aquí mis dolores.

No digais que veo las cosas mal y que falto á la verdad. Volvamos otra vez á las comparaciones: veamos á qué ministerios estupendos, y á qué glorias eleva Jesús á la mujer en la sociedad civil; observemos al mismo tiempo á qué diversos oficios y á qué suertes nefandas arrastran á la mujer los libre pensadores. ¡Malignos! La despojan de la divinidad que obtuvo, haciéndola apóstata ante la redención de Cristo.

Entre los primeros beneficios evangélicos proporcionados al sexo frágil, es preciso admitir el matrimonio. Con el matrimonio, elevado á sacramento, levanta Jesucristo á la mujer de su abyección, de la necesaria servidumbre y del estado errante, en que durante muchos siglos demoraba: hace del hombre y de la mujer una conjunción, cuyo potente vínculo es el amor. «Así también los maridos, enseña San Pablo, deben amar á sus mujeres como á sus mismos cuerpos. Quien ama á su mujer, á sí mismo se ama. Ciertamente nadie aborreció jamás su propia carne, antes bien la sustenta y cuida, como lo hace Jesucristo con su Iglesia (1).» En tal amor recíproco, que transforma en el matrimonio á los dos sexos casi en una sola persona, la mujer respira, ejercita sus derechos, y ve reconocida su dignidad; sublimase la mujer hasta la elevación del hombre, viniendo á ser hueso de sus huesos, y formando parte de su vida; es más bien su mitad suave. Es, señores, una redención magnífica de nuestra hermana. «El matrimonio, exclama san Juan Crisóstomo, es uno de los misterios más admirables y más eficaces, por el carácter excelso que le corresponde, para significar la alianza de Jesucristo con la Iglesia católica. La consecuencia que sigue es que no se debe contraer con ligereza, ni por interés. No. El matrimonio no es un mercado; es la unión y el amor de toda la vida (2).»

Entendido así el matrimonio en su recto sentido, Torcuato Tasso

(1) San Pablo á los Efesios, cap. V, v. 28 y 29.

(2) San Juan Crisóstomo, *Laus Maximí*, número 4.

tenia razon para escribir de él alabanzas, elocuentes como una oracion de Marco Tulio, y fervorosa, como una homilia del Crisóstomo: «¡Oh dulce conjuncion de los corazones! ¡Oh suave union de nuestros ánimos! ¡Oh legitimo vínculo, castísimo yugo que sirve más de alivio que de peso cuando se lleva, y cuyo sostenimiento proporciona más alivio que fatiga! Pusiste un freno laudable á deseos excesivos; por tí descendieron á la tierra la fé, la castidad y las otras virtudes; tú fuiste más bien el que las encontró, y tus santas leyes las enseñaron, si tú no existieses, nadie conoceria y apenas entenderían los sagrados y reverendos nombres de la virtud y del honor, de lo legitimo y de lo honesto. A tí, pues, se deben todas las alabanzas por las modestas frases; á tí se concede la obra de las buenas acciones; á tí se rinden todas las gracias por la humana felicidad, porque nuestra vida sin tí sólo sería miseria y tribulacion; tú transformas en dulzura de amor toda su amargura, siendo feliz por obra tuya; las enfermedades son ménos graves, los contratiempos ménos fastidiosos, más cara la salud; y las prosperidades más gustosas. Disminuyes las penas y aumentas los placeres de la vida; haces menores las angustias con los recíprocos consuelos, y agrandas los deleites con las comunes satisfacciones. Eres dador de paz y de reposo; confirmador de amistad y de parentesco. Adornando, arrojas la molestia y la pena; aportas el bien y la alegría; restauras las pérdidas y los daños; aumentas lo útil y lo cómodo. Invitas liberalmente; eres magnífico y justo y santo; tú das la seguridad de los hijos y de los nietos, que de otra manera serían inciertos; hasta la das de nosotros mismos, porque si tú no existieras, no se conoceria nadie á sí propio, ni se procuraría el retrato de las personas que le dieron el sér; ni los hijos de los ilustres brillarian frecuentemente de un modo tan espléndido, ni tampoco imitarian las virtudes de sus magnánimos antecesores. No bastándote, santísimo matrimonio, separarnos de las fieras, nos haces semejantes á las criaturas eternas, porque perpetuadas las estirpes en los hijos por la sucesion legitima, son dadas sucesivamente las ciudades fortísimas y los reinos amplísimos, pasando de heredero en heredero; despues de ir á los siglos inmortales nuestro nombre, no muere con la parte de nosotros á la corrupcion sometida, sino que vive otra vida, á semejanza de la celeste; se logran los hijos y los nietos de los nietos; se renueva la gloria de la antigüedad, se recobra la antigua fama y casi vivimos al mismo tiempo con los que ya espiraron. Tú, pues, oh santísimo matrimonio, nos haces nobles en la tierra; tú nos haces valientes, tú nos haces justos, tú nos haces felices, tú nos haces semejantes á las criaturas inmortales; por consiguiente, son frutos tuyos las dulzuras de

»los hijos, como la virtud, el honor, la gloria y la inmortalidad de la fama, y la perpetuidad en la memoria inmortal (1).»

¿Qué dice del matrimonio sacramento el defensor del pensamiento absolutamente libre? Poniéndose á educar á la doncella, ¿querrá informarlo en tales sentimientos, preparando en ella á la esposa cristiana?

¡Ay! El defensor de la libertad del pensamiento mira de mala manera el matrimonio cristiano. Precisamente por ser la union de toda la vida, y por estrechar un vínculo indisoluble, lo aborrece: siendo indisoluble, y ligando para siempre, á sus ojos es una especie de albarda; la mujer tan móvil y ligera no está libre á su juicio, sino trabada. Agrávase en ella la vieja servidumbre. ¡Abajo el matrimonio eterno! ¡Abajo la esclavitud!

¡Cuán ciego es el defensor de la libertad del pensamiento! ¿Sabeis lo que importa la indisolubilidad del matrimonio? Quiere decir que deben durar siempre los derechos adquiridos por la mujer; quiere decir que su dignidad y su excelencia deben ser reconocidos sin cesar; quiere decir que no puede quedar destruido lo que se hizo una vez en provecho de la mujer. ¿Llamais á esto esclavitud? ¿Es acaso esclavitud la duracion del bien? Ciertamente el vínculo indisoluble del matrimonio trae una dependencia continua; pero la dependencia marital, que libremente se quiere debiendo perseverar en el amor, por ninguna persona inteligente y honrada se confundirá con el lazo corredizo; además tal dependencia no corresponde sólo á la mujer, sino tambien al hombre, debiendo ser bendecida por ambos. En su virtud repetía el Crisóstomo con profundo juicio. «La ley que somete los dos esposos á una dependencia reciproca, viene á ser la más útil de todas. Y esta es la ley: que tenga el esposo autoridad sobre la esposa; pero que su autoridad misma no le libre de ningun modo de su deber de servir á la esposa (2).» Por tanto si la dependencia sobreviene y es perpétua, el hombre tambien perpétuamente ha de servir á su esposa: ¿y vosotros considerais á la mujer esclava en el matrimonio? ¡Cual esclava servida por el rey de la tierra!

Mas los libres pensadores, que detestan la indisolubilidad de los matrimonios, ¿qué proponen á favor de la mujer? Veámoslo, y escuchemos.

¿No lo sabeis, señores? Los libres pensadores se jactan de una invencion y de un descubrimiento suyo; hacen una pronta sustitucion adecuada del todo á su genio: al matrimonio indisoluble sustituyen el matrimonio libre. Dicen muy en alta voz: La fidelidad conyugal es impo-

(1) T. Tasso. *Del casamiento*. Discurso á Hércules Tasso.

(2) S. Juan Crisóstomo. *In illud propter fornicationes uxorum*.

sible: sea, pues, temporal el matrimonio, prestándose á los cambios de los gustos y de los humores del hombre y de la mujer: cuando en el uno ó en el otro no existan más deseos de seguir adelante, dése la cosa por concluida, y piense cada uno en sus cosas.

Es un lenguaje brutal. El matrimonio, sacado de las manos de Cristo con el sello roto de la perpetuidad, suprimido por las arbitrarias pasiones, se trasforma en la más torpe y abominable cosa que puede haber. «En nuestros días, escribe Marco Girardin, para expresar los comercios ilícitos, se inventó la expresion nueva del matrimonio libre; como algunas gentes imaginan que cada frase tiene obligacion de manifestar una idea, han creido que aquello suponía alguna nueva doctrina relativamente al matrimonio. Empero no es así. ¿Qué nueva doctrina quereis que pueda existir relativamente al matrimonio? O está uno casado ó no lo está; ó atado está uno por la ley civil y por la religiosa, delante de Dios y delante de los hombres, con una sola mujer, por toda la vida, y todo esto sin equívoco ni malicia, ó no hay nada de esto. El matrimonio es cosa tan clara y terminante que no hay medio de interpretarlo. Para la Iglesia es un sacramento: en la casa es una institucion; de uno y otro lado toda su fuerza está en su inviolable perpetuidad; quitad al matrimonio su perpetuidad, y será un comercio más ó ménos largo, más ó ménos ilícito; será un contrato por un periodo mayor ó menor (1).»

Como veis, señores, con el matrimonio libre caemos en el fango. Y si enfángase el hombre, ¿qué pasa con la mujer, para cuya liberacion trabaja el libre pensador? ¡Miserable criatura! Ella no puede salir de la fidelidad sin ser inmundada; no puede abandonar el órden, sin que llegue á la anarquía. ¡La libertad de la mujer! Divorciándose, busca la independenciamas tal independenciamas fruto de las pasiones desordenadas, es una pendiente rápida que á la más vergonzosa servidumbre la lleva. Dios no permite que cosa tan santa y tan grande, como la libertad en la mujer, pueda sustraerse al pantano de la licencia, despues que con acto terrible ha perdido la honestidad. Si un sér exquisitamente moral sólo puede conseguir grandeza por la veneracion del deber y del sacrificio, no puede tampoco de otra manera morir que dando el salto de la libertad en la servidumbre. La mujer, que huye del matrimonio, da el fatal salto. Miradla correr de un sendero lúbrico á otro sendero lúbrico, y de un abismo á otro abismo: ¿hay alguna cosa ménos independiente que la mujer libre? El mismo Jorge Sand no ignoró esta verdad, que pinta en sus libros con colores de fuego. ¿Cuál es real-

(1) Saint-Marc Girardin. *Ensayos del Matrimonio*.

mente la vida de Julieta en Leon Leoni? Julieta no está casada: Julieta no está como muchas otras mujeres encorvada bajo el yugo de las instituciones y de las preocupaciones católicas. ¡Es preciso ver, sin embargo, hasta qué punto es feliz y libre la pobre Julieta! Aquel infame Leon la roba, la deshonra, la engaña, la abandona, la vende: no; no conozco un solo marido, pintado por nuestra literatura contemporánea (que sin embargo es tan pecadora), que se pueda comparar con aquel odioso amante.

¡Oh mujer, que aborreces la esclavitud del matrimonio, y desprecias la dignidad de tu sexo! La libertad de pensamiento es tu tirana.

¿Creeis vosotros realmente, libres pensadores, que mejore la coruptela el carácter personal de los hombres? ¿Creeis que si ellos en el matrimonio son egoistas, concupiscentes y sensuales, el desprecio que les inspirais con vuestro deshonor los hará modelos de abnegacion y de adhesion moral? No habiendo podido la Iglesia obligarles á que se amen el uno al otro, ¿los hará la libertad del pensamiento dóciles á vuestros caprichos, mansos como corderos, puros como ángeles y magnánimos hasta la muerte?

¡A qué hablo de ángeles y de virtud! No debeis olvidar, señores, que nos hallamos en el cieno. La mujer, trasformada en discípula de la libertad del pensamiento, escapada del matrimonio, no tiene belleza, ni valor, ni sublimidad, ni libertad, ni importancia, ni vida: á manos llenas sembradora del cieno que lamentamos, se mete de lleno en él.

Otra gloria de la redencion de Cristo es la maternidad.

Colocada junto al hombre, y hecha participante de su mando, la mujer, convertida en madre, ve crecer su dominio y su potencia: la materia de los derechos que se relaciona con el marido, para ella viene á ser amplísima con el hijo. Fuera de que, por la observancia evangélica en que se ejercita, llena de la suavidad del Señor, y avalorada por su gracia, no sólo posee exteriormente los títulos del derecho y del poder, sino que encierra en sí además, en lo íntimo de su corazón, el espíritu que da la vida. El hecho es que la madre cristiana, rica en frutos de la redencion, forma en su hijo el bien de la más alta moralidad; en su virtud, lo engendra doblemente para la sociedad de los hombres y la herencia de Cristo.

Desenvolved los anales de la Iglesia, en que se compendian los monumentos de la edad moderna, y hallais esto que yo digo: los grandes y virtuosos hijos son generalmente los vástagos de grande y virtuosa madre. ¡A quién debió en efecto el joven Sinfioriano el heroísmo de su vida y de su muerte, sino á su intrépida madre Augusta? ¿Pudieron acaso subir á tantas excelentes virtudes Atanasio, Ambrosio y Gregorio

el Grande sin la obra de sus santísimas madres? ¿No fué solemnemente ayudado por su generosa madre Alete Bernardo de Charavalle, tan puro, fuerte é inflamado en amor divino? ¿No tuvo en la reina Blanca su ángel conductor San Luis de Francia? ¿No recibieron asimismo de su madre un estímulo noble para la perfeccion Francisco de Asís, el de Sales, y Teresa de Jesús? Nada digamos de otros innumerables.

Ciertamente la madre cristiana, áun siendo virtuosísima, ve á veces desviado á su hijo, y lo ve renegar del testamento de sus padres; mas advertidlo, señores; para uno malo, que del todo se pierde, muchísimos hay todavía que se salvan. Escribe José de Maistre: «Si la madre se ha impuesto el deber de imprimir profundamente sobre la frente de su hijo el carácter divino, podemos tener casi la seguridad de que la mano del vicio nunca lo borraré. El jóven podrá ir por caminos extraviados; pero describirá, si es lícito hablar así, una curva entrante de nuevo, que á conducirle volverá al punto de donde habia partido (1).» Las curvas *reentrantes* se describen bellamente en el cristianismo. ¡Cuántos incautos, y cuántos audaces de sangre hirviente, abandonada la educacion materna, se dan al vituperio! Mas tienen remordimientos de conciencia; el carmin de la vergüenza se ve de continuo en su frente, quedando vencidos al fin. Recuerdan aquella paz y aquellas alegrías infantiles que lograban en los brazos de su madre; recuerdan aquellos avisos y aquellas obras excelentes que más tarde acometieron; quieren volver á la paz y á la virtud. Vuelven: allí está el *Hijo pródigo*, que se dirige al abandonado hogar doméstico. Así queda comprobado que, bajo la influencia del Evangelio, la madre virtuosa produce los hijos virtuosos. Se realiza lo que cantaba un poeta del paganismo, alegre, gracioso y profundo, áun en su aparente ligereza: Los fuertes nacen de los fuertes y de los buenos: *Fortes creantur fortibus et bonis* (2).

Permitamos que los libres pensadores nos manifiesten su doctrina relativamente á las madres. ¿Qué hacen, señores, ellos de las madres?

Primeramente la mujer, instruida segun la libertad absoluta del pensamiento, tiene derecho á divorciarse: deja, pues, plantado á su marido siempre que se le antoja, y, haciéndolo así, deja plantada tambien á su prole. Perteneciendo como pertenece á una familia postiza y errante, no pone afecto alguno en ella; es forzoso creer que aun al abandonar á su consorte y á sus hijos no quema sus mejillas la lágrima de la pena.

(1) J. de Maistre. *Velas de San Petersburgo*, tomo I.

(2) Horacio. *Odas*, lib. IV. Od. 3.

¡Ah! La infeliz no ama, y la infeliz abandona: ¿cómo quereis buscar en ella los morales prodigios de la maternidad?

Despues, aunque además no se lance á la mala vida, la mujer formada por los libre pensadores dista mucho de ser excelente para educar. Educar equivale á infundir la propia alma en el discípulo: es casi una encarnacion amorosa del adulto sábio en el ignorante, ó pobre niño, tendiendo á que cese la pobreza y la ignorancia del uno con la entrada del otro. Ahora bien. Vedlo: ¿qué cosa podrá imbuir la libre pensadora, si á infundirse llega en el alma del niño? No tiene principios firmes, ni tiene regla, por ir volando, digámoslo así, por las regiones de la libertad del pensamiento. Es una cabeza vacía, ó una cabeza destornillada; porque, para quien mira bien, es muy fácil demostrar que la cabeza de los educados segun la libertad del pensamiento (en las mujeres sobre todo) es una cabeza sin pensamiento alguno. ¿En qué se resuelve, vacía de pensamientos? Quiero que hable aquí el aleman Lessing: pertenece á la escuela libre, y se maravilla mucho de que se quiera inducir la mujer á pensar. En su virtud en el personaje de un drama suyo pone las palabras estas en su boca: «¡Una mujer que piensa! Sería lo mismo que un hombre con arrebol ó colorete... La mujer debe reir y reir siempre: basta esto para su noble oficio sobre la tierra: es bastante para que conserve con buen humor al rey augusto de la creacion (1).» ¿Ríe y suelta la carcajada la libre pensadora? ¿Tiene un cráneo vacío? Exprímido, y sacad de allí, si teneis ánimo, la buena ciencia de la educacion y las maravillas maternas.

Observemos la cosa. Si es esto la mujer, en el sistema de la libertad del pensamiento, ¿qué serán los hijos? Hagamos honor al cerebro masculino, suponiendo que no se llena sólo de risas y de carcajadas. El método de la libertad del pensamiento es muy ruinoso, porque, dándose fácilmente á las negaciones, y nada firme conservando, cuando los hijos tienen necesidad de altas afirmaciones, no puede de ningun modo salir bien al instruir y educar. Sin discípulos son necesariamente escépticos, incrédulos y por añadidura orgullosos, por cuanto, desde que caminan en lo vacío, se reputan omnipotentes. No importa que tengan desmesurados ingenios los defensores de la libertad absoluta del pensamiento. ¡Son ingenios perdidos! Echados serán para que se desvanezcan en las despobladas orillas de la nada: no podrán en ningun dia nunca exclamar tales ingenios: Nos ha salvado nuestra madre.

Los incrédulos con la risa burlona que les presta la libertad del pensamiento, exclaman; ¿Por qué nos negais la conversion de nuestros

(1) Lessing. *Emilia Galotti*, acto IV, escena tercera.

Agustinos extraviados? ¿Nos condenais propiamente á morir en las soledades de la nada?

Vosotros, hermanos, os condenais á la nada, y os dirigís á morir en la nada, por cuanto en vosotros al mismo tiempo falta el hijo y la madre.

Me citásteis con ironía el ejemplo de san Agustín; pero, si queremos ser formales, él, siendo como era un ingenio desmesurado, y un poco libre pensador, se convirtió á la verdad, porque, á fin de atraerlo, no faltaron los buenos oficios de su madre, y, porque no faltaba del todo la realidad del hijo en él. ¿Sabeis cómo acaeció su conversión, que realmente admirará siempre á los siglos cristianos?

El entendido Ary Scheffer pintó un cuadro, que representaba una mujer ya de mucha edad y un jóven. La escena, ó mejor el lugar del episodio, es á la orilla del mar. El artista concede el puesto principal, ó la primera figura, al jóven, que tendrá unos treinta años, sentado en medio de la arena, con el rostro pálido y señoril, aún triste, como un enfermo que ha entrado en la convalecencia, de ojos negros, profundos, aunque llenos del más hermoso fuego, con los labios cerrados, en actitud de pensar, cuál un hombre acostumbrado á los ejercicios de la mente. Sus cabellos breves y cortados en redondo sobre su cabeza, dejan ver una frente muy espaciosa, sobre la cual descende un rayo de luz, símbolo de la moral situacion de aquel intelecto poderoso. El codo del brazo derecho se apoya sobre su rodilla, y el antebrazo parece que se levanta para sostener una cabeza rendida. La cabeza no tiene necesidad de apoyo: está enhiesta y echada un poco hácia atrás, para dejar á sus ojos la libertad de levantarse á la contemplacion del cielo. Con la izquierda estrecha las manos de su madre, como para decir que, si despues de tantos errores, desengaños y batallas, puede alzar á Dios una mirada, purificado y contento, lo debe á ella.

¡Y aquella madre! ¡Hasta qué punto brilla! Está toda sumergida en la luz, mientras el jóven encuéntrase todavía un poco en las tinieblas, como á un penitente corresponde; lo domina con toda la cabeza, á fin de indicar que le ha precedido, como tambien que hasta entonces subió á mayor altura en la verdad y en el amor. Bajo aquella faz abierta que brilla de gozo, se procuran descubrir las huellas de las lágrimas enjugadas; pero ¡cuán bellos son aquellos ojos, no de otra manera que cuantos miran el cielo! ¡Cómo la boca entreabierta te introduce á pensar lo que hay de tierno en su amante alma! ¡Cómo léese allí el placer puro, sereno, reconocido de una madre, que ha encontrado á su hijo! Vestida de blanco, envuelta en blancos velos que caen como alas en reposo, diríais que aguarda la señal para tender el vuelo; verdaderamen-

te, en aquel estado en que, tras haber conducido nuevamente á Dios á su dilecto, dejándole cristiano, arrepentido y en camino de hacerse santo, emprendería el vuelo realmente si con sus dos manos no estrechara la del hijo. Hé aquí lo que le detiene aún en el mundo. Empero mirando nuevamente de cerca las dos manos aquéllas, más retenidas que la que retienen, y que allí están á punto de abrirse, comprendes que aquel último apretón no la deberá detener mucho tiempo.

La pintura, amigos míos, os ha hecho sensible la verdad. Conoceis ahora por qué la madre tiene poder tal en la conversion del hijo, y conoceis al mismo tiempo por qué se libra el hijo de la muerte del espíritu. Sucede por llover sobre el uno y la otra la luz del cielo; ambos, levantando la mirada de la tierra, miran el cielo: habla la madre y obra en nombre de Dios: Agustín, que al nombre sacrosanto de Dios humilla el intelecto y el corazón, puede salir de las riberas solitarias de la nada, porque acércase al centro de la realidad. ¿Teneis vosotros esto? ¿Teneis para convertirlos á la fé una Mónica? ¿Teneis en el alma vuestra la docilidad y la creencia en Dios de Agustín? Ah, caros libre pensadores: ¿pretenderiais convertir á la verdad á vuestros Agustines extraviados, sin fijaros en la luz del cielo? Bien lo veo: en el reino de la libertad absoluta del pensamiento no se hable del Dios sobrenatural y católico; no se busque, por consecuencia, el celestial esplendor: todo es choque, todo negacion, todo desórden y tinieblas. Los hijos magnánimos son imposibles allí, sucumbiendo allí la maternidad.

Cuento una nueva gloria de la redencion de Cristo: la virginidad.

Francisco Frediani compuso una cancion afectuosa y eminentemente lírica. Descubre una jovencita de ojos tímidos y con la frente pudorosa escondida en cándido velo: está envuelta en humilde vestidura y lleva la cruz pendiente de uno de sus lados. Sus pasos se dirigen lejos de los profanos, y va sin embargo en pos de hombres; satisface una muy ardiente ánsia que consume su pecho; por ella le parecen asimismo dulces los inviernos y las primaveras, hollando con igual amor las hierbas y las florecitas, que los espinos y las astillas.

Pregunta el poeta: ¿A dónde va la virgen aquélla? La vé atravesar los umbrales de las casas más miserás, tanto en la morada de los dolores, como en el asilo de los pobrecitos. Nació aquella gentil para reir, como nacieron las demás jóvenes; sin embargo escogió para sí el banquete de la desventura. ¿Quién conduce este ángel entre las angustias y las desdichas á dar pruebas de amor, sin embargo de ser tan delicada y tan bella? ¿Quién la conduce?

El poeta oye responder. La conduce Aquél que bendijo á los párvulos inocentes, acariciándolos; Aquél que dijo así al pobre que casi perecía:

Levántate; y que con la misma voz llamó al muerto á fin de que abandonara el sepulcro. Pues bien: educando El á la virgen amorosa en su misma escuela, la enseñó á consolar con vigorosas palabras y obras santas las calamidades de la vida. ¡Amada discípula la del Nazareno!

El poeta, tomando el bordon del peregrino, la sigue sin ser visto, y acompaña-se á ella. Es un contemplador, y ella una operadora. ¡Cuánto bien hace la Hermana en sus visitas á los infelices, y en sus solitarios viajes por el mundo! Halla al huerfanito abandonado en la calle por inhumanos: lo recoge, lo alimenta, y lo confía en piadoso establecimiento, velando como genio tutelar sobre él. Halla niños, cuya madre ha muerto y que no son socorridos por ningun pariente: los toma de la mano, y se los lleva consigo: estando en su primera edad inocente, juega con ellos, con ellos se hace párvula, y rie, compartiendo con ellos igualmente la oracion y el trabajo en las horas designadas. En sus viajes halla otro infeliz. Es un jóven soldado herido en la batalla por el bárbaro fusil, cuya bala penetró en su seno; hállase derribado en el polvo, y metido en un pozo de sangre. ¡Ah! Partía el generoso á combatir por la patria, diciendo todo encendido y lleno de valor: «Tambien yo con mis camaradas volveré victorioso á ver nuevamente »mi cielo, abrazando á mi esposa y á mis hijos otra vez.» ¡Infeliz! El hado adverso burló sus esperanzas y sus deseos: no verá nuevamente á su esposa, ni á sus hijos, porque sobre distante pais da las últimas boqueadas y muere. «Mira esta cruz, valiente,» exclama la virgen amorosa, sacando su Crucifijo: «busca tu consuelo en Dios y espera.» «Ten la seguridad de que cuidará Él de tus pobrecillos.» Y la agonía del jóven soldado es visitada por una dulzura de paraiso (1).

Vengan los libres pensadores, poniéndose á dirigir la pedagogia, y á informar á las jóvenes: ¿harán de ellas vírgenes consagradas á Dios, y ocupadas en los ministerios caritativos de la humanidad?

¡Las vírgenes! ¡Qué nombre salió de mis labios! ¿Acaso blasfemé, señores? Los defensores de la libertad absoluta del pensamiento se irritan mucho oyendo hablar de ellas: si hay séres á los cuales abominen con más crueldad, son las vírgenes de Jesucristo. Puedo nombrar á los cerdos (perdonadme), y no les pareceré descortés; puedo nombrar á las cortesanas y á las prostitutas, seguro de no despertar sus iras terribles: en el caso de que nombre yo á los presidiarios, los veré que toman actitud de compasion y de simpatía. ¡Empero á las vírgenes de Cristo! ¡Quién sufre oír su simple recuerdo? ¿No traslucís desde ahora

(1) El P. Francisco Frediani. *La Hermana de la Caridad.*

su respuesta? Trátase de antigualla, que se debe barrer de la tierra y relegar al Tártaro de los gentiles.

Si, á fin de amansarlos, advierto que la virginidad católica es inspirada y enaltecida por Dios salvador; si recuerdo que su origen y su vida emanan de los consejos evangélicos; si pongo de realce que ni la ley natural ni la civil pueden presentar objeciones sólidas, porque no pueden impedir á criaturas selectas el derecho de agregarse á la Iglesia y vivir socialmente fuera del matrimonio, porque sería desconocer la libertad personal, los libres pensadores, oyéndome, salen enteramente de sus casillas, y se ponen furiosos, en lugar de tener paciencia: ¿no veis la contestacion nueva que me dan? Tomando una maza, dánse á destruir y dispersar los monasterios. Por consiguiente (¡si no está permitido!) que no se hable de vírgenes religiosas. Borro mis palabras, bastando advertir que aquí, donde se van enumerando las grandezas católicas, los libre pensadores las reducen á nada. Hablé de un difunto.

Aun iré celebrando una gloria que sobresale muy bella en el reino de Jesucristo. Oid.

Reivindicada su libertad con la promulgacion del código evangélico; engrandecida con el matrimonio, con la maternidad y con su condicion de vírgen, la mujer cristiana no podia ménos de acometer una obra suma, que obtuvo realmente; fué por Jesucristo enaltecida con un verdadero apostolado social, y quedó hecha la santificadora de los pueblos. ¿Quién no conoce las solemnes empresas, y las públicas beneficencias de las mujeres santas? Entre mil flores escojamos algunas á fin de hacer nuestra guirnalda en pro de la nueva sociabilidad de la mujer.

Constantino el Grande se convierte á la cruz, y, convertido, realiza la liberacion del cristianismo. Empero, ¿quién convierte Constantino á Dios? Cuatro mujeres: Elena su madre, Constancia su hermana, Severa Augusta su consorte y Valeria su hija.

Teodosio el Grande, emperador de Oriente, pone de realce alma generosa y brilla en virtudes excelentes. ¿Quién le sirve de espuela y modelo en el tirocinio moral? Su consorte Flaccilla y su hija.

San Gregorio Magno hace que caiga el Occidente de rodillas ante Cristo, y que los reyes como cetro principal empuñen la cruz. ¿Cuáles son en tal empresa sus principales auxiliadoras? Una compañía de virtuosas mujeres: Constantina, Leoncia, Teodolinda, Brunequilda de Francia y Berta la inglesa.

Teodosio el jóven es regido durante su propia menor edad con tanto juicio y fuerza, que sale libre de todo impedimento y vence á todos sus enemigos. ¿Cuál es el valiente sosten del jóven príncipe? Pulqueria,

mujer de tan ancho corazón y de fé tan ardiente, que por el Papa Leon, con ejemplo inaudito, es declarada *Legado de la Santa Sede* contra la herejía.

El concilio segundo de Nicea logra un brazo robusto que le da fuerzas en las tempestades que le suscitan las gentes. ¿De quién es aquel brazo robusto? De Irene, la emperatriz oriental, azote de los Iconoclastas y protectora de los artistas.

Teófilo en Constantinopla muda de ánimo, y de costumbres mejora entre las pompas de la Corte. ¿Quién le induce á la virtud? Teodosia, emperatriz, su mujer, maravilloso instrumento para la conversión de los Búlgaros y de los Moravos.

Clodoveo, el primer gran monarca de los Francos, saluda también á Jesucristo redentor, y demanda el bautismo. ¿Quién lo hace cristiano? Su mujer Clotilde.

Hermenegildo, y, después de él, Recaredo, declaran católica, con acto solemne, á la España. ¿Quién á tal acto los induce? Ildegunda, esposa del uno, y Rigonta, consorte del otro: dos mujeres.

Enrique II, emperador de Alemania, embellece su trono y el reino con la santidad de su vida. ¿Quién lo hace santo? Cunegunda, su mujer.

Italia, en los siglos de la Edad Media, tiene un soberano, que á todos los demás supera en glorias guerreras y en virtudes. ¿Quién es este gran soberano de Italia? Matilde.

Decidme: ¿dónde se hallan las grandes mujeres sociales, santificadoras ó libertadoras de los pueblos, educadas por los libres pensadores? ¿Dónde, señores, están?

Ciertamente los libres pensadores tienen una manía indecible de hacer social á la mujer: hablan, escriben y enseñan desde las cátedras, desde las asambleas y desde los periódicos. Tal es su sueño dorado. Empero aquí es preciso notar dos estudios, ó, como dicen los sabios, dos momentos históricos, en los que con habilidad ejercitansen.

Ante todo los libres pensadores abren á la mujer la escuela de la filantropía. Es la hora de la preparación; la hora en que la llaman á sustraerse á las domésticas angustias, á dejar los oficios menudos de la casa con el fin de que oiga las lecciones del maestro, manifestándose así en el apostolado de los pueblos y de las naciones. En este primer momento histórico las mujeres hacen el noviciado de la inminente sociabilidad. Ved París al terminar el último siglo. Los enciclopedistas, los volterrianos, los libres pensadores llaman las mujeres al estudio de la humanidad, y ellas aprenden como alumnas óptimas. Es un frenesí de ingenios femeniles. En el jardín de las Tullerías rodean al filósofo Maupeituis; en el palacio del barón de Holbach permanecen con él dis-

putando durante la cena, como precisamente los Griegos disputaban en los convites; en la escuela y en el gabinete con el aire del abanico refrescan los sudores suyos: tras haber descansado un poco, levántanse á determinar con la geografía la esferoide del globo. Despues con mucha frescura se muestran elocuentes cuando, en actitud de recorrer el globo y de abrazar á los pueblos, recitan el *Contrato social* de Rousseau.

Empero la preparacion está hecha y es sustituida por el segundo momento histórico. Entonces las mujeres que á la humanidad estudian, abandonan la ciencia abstracta, desapareciendo de la escuela y del gabinete, porque se trasforman en abiertamente sociales. Señores; las mujeres sociales, por los libre pensadores educadas, son las mujeres verdugos. Estallado ha la revolucion del Ochenta y nueve; ha venido el reinado del *Terror*, hijo de la Revolucion, y las mujeres no faltan por su parte. Primeramente violan el palacio del rey, y llevan en triunfo las cabezas cortadas; vilipendian en la reina la honestidad de la mujer y el afecto de la madre; y compelen á los hombres á la matanza; hacen pedazos los cadáveres, los abren en canal y se los comen. La malvada Théroigne de Mericourt va como capitana de tales furias. A unas enseña el oficio de matar, y envía como *insultadoras del suplicio* á otras. Libres pensadores, mujeres libres, y ciencia de la libre sociabilidad de los dos sexos: vosotros trasportais sobre la tierra el infierno.

Ené una embriaguez de las pasiones que dieron en el salvajismo, responden los libre pensadores: no debia esperarse tal extrañeza. De todas maneras, despues de concluir aquel hervor, hubiera venido la paz.

Roguemos, señores, que no venga semejante paz, mencionada por Cornelio Tácito con el terrible nombre de *la paz del sepulcro*. Empero ¿ereis de veras que fué una extrañeza la matanza francesa, y no una cosa que debiera esperarse? Mas, ¿de qué viven los libre pensadores y de qué pueden vivir nunca sino de borrascas y tempestades? ¿Qué significa que la tempestad se apacigüe? Que ha sido refrenada la libertad del pensamiento. ¿Qué significa si la tempestad se renueva otra vez que al mundo vuelve la libertad del pensamiento.

Hoy, á nuestra vista, tenemos el primer estadio abierto por la libertad del pensamiento para la formacion de las mujeres sociales. Llámamalas al estudio de la humanidad: lo hace con la voz de Enfantin, quien presume trasformar el género humano aboliendo la servidumbre de la carne, queriendo á su lado á la mujer como precursor y pontífice del monstruoso reino; lo hace con la voz de Cabet, con la voz de Leroux, y con la voz de Rollin, cada uno de los cuales instituye su *falansterio*, aspirando cada uno á rejuvenecer el orbe con el socialismo y el comu-

nismo, atribuyendo la parte más principal á las emancipadas mujeres. Las mujeres que admiten la libertad del pensamiento estudian gallardamente: estudian la liberacion de las familias, estudian la redencion de las plebes, estudian la supresion de la esclavitud de los ciudadanos, estudian el ennoblecimiento del trabajo, y estudian el porvenir. Son las nuevas mujeres humanitarias, y los nuevos apóstoles femeninos. ¡Qué apóstoles, señores míos!

Puesto que no puede darse el primer momento histórico sin el segundo, presenciad el espectáculo. Hemos empezado en París, y en París seguimos considerando en nuestros días á la mujer socialmente libre. Impera la *Commune*; las mujeres sociales, ó mejor dicho, las socialistas, y comunistas, las libre pensadoras tienen allí su puesto señalado. Suben al púlpito de la Iglesia, y anuncian allí la decadencia de Dios. Más atrevidas por aquel acto glorioso, descienden, corren como locas por las calles, buscan y se apoderan... ¿de qué? Viene á mi boca un nombre que nuestros diccionarios no contienen, y que no se profirió antes: las libre pensadoras se hacen *petroleras*. Con la botella en la mano se dan á echar en los cimientos de las casas el líquido de muerte; lo echan en las fábricas y en los monumentos públicos; dan mueras contra los ricos y contra los soldados; en aquellas vociferaciones no respetan parientes, ni bienhechores, ni amigos. Arde París: entre las llamas del incendio se goza la mujer social, y la triste hija de la libertad del pensamiento. Se me ha vuelto á poner delante el infierno.

¿No los veis, extraviados? Supuesto el propio principio, surge siempre la misma consecuencia: la libertad del pensamiento siembra vientos, y es forzoso que recoja tempestades. ¡Ah! ¡Son estas las mujeres verdaderamente sociales, y las mujeres salvadoras del cristianismo? Las unas con la fé y con la virtud edifican á los pueblos: las otras, emancipadas socialmente, destruyen.

Termine la comparacion.

Entre las pocas alabanzas excelentes, que aún prodiga mi siglo, figuran las de Cristo y de su Evangelio. Nosotros sentimos un noble orgullo en decantar la obra del Dios redentor. Está bien: la redencion del Gólgota contribuyó aún temporalmente á la felicidad del mundo. Entre los primeros más favorecidos está la mujer. La igualó Jesús al hombre con el sacramento del matrimonio; con el poder de la maternidad la hizo santificadora de los hijos; consagrando su virginidad habilitóla para el heroismo del pudor y de la beneficencia; dándole la investidura de la sociabilidad, formó de ella el apóstol de las naciones. ¡Horrible cosa se debe decir! Dejando de educar cristianamente las doncellas, estas sublimes glorias desaparecieron de la cabeza de la

mujer; admitido en la pedagogia el pensamiento absolutamente libre, todo para la mujer resulta feo, todo desolador, todo insufrible.

Lo he probado: la libertad del pensamiento es, señores, el segundo pecado original de la mujer: ante la redencion de Cristo la convierte en apóstata.

Estrellada y ceñida por una doble aureola encuéntrase ya la frente de nuestra hermana, que se nos ha ofrecido como tema de la presente demostracion: adórnala la naturaleza con bellísimas dotes, á otras vías más raras y más admirables acompañándola. ¿Qué puedo yo decir más de lo dicho, enumerando las glorias de la mujer?

Sin embargo, á su corona fáltale un resplandor aún.

Señores, dentro del reino de la naturaleza y bajo el poder renovador del mundo, es decir, el cristianismo, surge la patria moderna. Es la patria, la que nos inflama con un amor peculiar, la que nos otorga especiales derechos y la que á especiales deberes nos somete; la patria que tiene tanta parte para constituir nuestro sér, que á vivir nos lleva de su vida, que desde la cuna hasta el sepulcro nos hace pensar su pensamiento, hablar su lenguaje, gemir con sus gemidos y gozar con sus alegrías; la patria, que, como informa de sí misma á todos los hombres, debe informar por su parte y distinguir á la mujer. Está por consecuencia en mano de la patria el tercer esplendor de la corona: ella, levantándola muy alto y poniéndola sobre la cabeza de la mujer honrada y digna, exclama: *Allí está una hija mía.*

Nosotros, señores, nos gloriamos de ser italianos; por esto si yo indago en qué afectos é ideas, hábitos y costumbres se debe inspirar la mujer entre nosotros, y en suma cuál es la educacion que debe florecer entre las doncellas italianas, ¿no suscito por ventura una cuestion de alegre y fácil inteligencia? Nuestra patria, hermosísima entre las naciones, tiene todas las sonrisas y todas las excelencias de la naturaleza: privilegiada entre las naciones, el centro tiene del cristianismo en sí: rica con estas dos cualidades, por las cuales de todos es amada, explícase su existencia. En su virtud, la pedagogia femenina en Italia debe dirigirse á educar en las jóvenes á la mujer naturalmente honesta y religiosamente católica.

Lo esperábamos; los libre pensadores con un asalto último prorrumpen contra mí.

Los pensadores absolutamente libres, que se jactan de altas conquistas entre los pueblos, tienden entre nosotros á dominar del todo la educacion de la mujer. Están armados con razones fortísimas: aun ellos

exaltan á la Italia como á la más inclita: no niegan tampoco que se debe la mujer educar conforme al carácter nacional; mas dicen y sostienen que el carácter nacional en la mujer italiana es muy distinto del afirmado y encarecido por nosotros; no hay ni puede haber aquella repugnancia de trato y aquel pudor tímido: no hay sobre todo ni puede haber aquel cumplimiento del catolicismo, que nosotros demandamos en el sexo gentil de nuestro país.

Protesta fuertemente: vosotros entendeis, señores, que, tratándose del pensamiento absolutamente libre, la mujer educada en su palestra debe ser á su vez absolutamente libre; libre para pensar, libre para querer, libre para estimar, y libre para proceder segun le parezca: es decir que deberá existir sin Dios, sin conciencia y sin costumbres óptimas.

Me horrorizo al preguntarlo: ¿deberá pues, ser así la italiana?

Mantengamos firme el principio consentido por todos, incluso los libres pensadores, de que preciso es educar á la juventud conforme al carácter nacional. Ahora bien; á fin de que conozcamos nosotros el carácter nacional, es preciso estudiarlo en la historia de la nacion, donde se desarrolla é imprime sus poderosas huellas. Está bien: todo esto es recto y lógico. Mas, señores, ¿qué nos demuestra la historia de Italia? ¿Fueron educadas sus mujeres segun los dictámenes de la libertad absoluta del pensamiento, ó segun los dictámenes contrarios? Es una cuestion de hecho: en su virtud considerar históricamente nuestras mujeres más famosas, nos dejará inferir si las doncellas deben ser ó no educadas como libres pensaderas.

Aqui, para que sea menor la incomodidad, y para evitar la inculpacion de apasionados, hagamos que una jovencita, con todas las inspiraciones de los libre pensadores, ardida y amante de novedades, se disponga al exámen é indagacion pavorosa: abra el libro que Francisco Berlan, catedrático, escribió sobre las *Mujeres ilustres de Italia*: recorra el libro aquél que no está de ningun modo redactado por un clérigo: pase como en revista las proezas mujeriles, medite y aprenda. ¿Qué recoge de allí, señores?

Supongamos que la jovencita siéntese incitada al amor del bien público: ¿cómo han ejercido la caridad pública las mujeres italianas? ¿Segun el dictámen de la libertad del pensamiento? Véamoslo. Lea lo de las damas bienhechoras; lea de Laura Ciceri, de Rosa Govona, de Victoria Bracelli, de Josefina Tornielli-Bellini, y de Honorata Orsini.

¡Qué aturdimiento! Estas italianas bienhechoras son pías mujeres milagrosamente educadas, ardientes en el amor á los míseros, por arder en el amor á Jesucristo; fundan asilos de refugio y hospitales, asisten

á los moribundos, ó establecen congregaciones de monjas á fin de asistirles: dan abundantes limosnas, porque recuerdan el precepto evangélico: *Dad lo que os sobre*. Oran, frecuentan los sacramentos, saludan á la Iglesia como madre, y tienen por consejero al sacerdote. Vamos: creen de una manera superior, y en cuanto á libertad del pensamiento no hay vestigio en ellas.

Supongamos que la jovencita tiene á las letras y á la poesía viva inclinacion: ¿qué método siguieron las mujeres que por tal concepto honraron nuestra patria? ¿El de la autoridad y de la fé, ó el de la libertad absoluta del pensamiento? Véamoslo. Lea lo de las literatas y de las poetisas: lea de Nina Siciliana, de Selvaggia de Vergiolesi, de Hipólita Sforza, de Domitila Trivulzi, de Verónica Gambará, de Victoria Colonna, de Gaspara Stampa, de Lucrecia Gonzaga, de Clotilde Tambroni, de Teresa Bandettini Landucci.

Es un nuevo aturdimiento. Estas mujeres benditas no saben escribir, ni cantar, como enseñan á cantar y á escribir los libre pensadores. Tienen amorosos pajarillos en la cabeza, vuelan en torno de la luz adorada como si fuesen mariposas; pero despues de haberse quemado el ala descenden: mejor que volar encima del Parnaso, se inclinan al Calvario. Frecuentemente alaban á Dios, y á veces dan en sus canciones admonicion que parece de un fraile. ¡Lástima grande que, en lugar de gemir con sus amantes, con sus Cini, con sus Franciscos, con sus Agnoli y otros semejantes, no se pongan literalmente una toca en la cabeza y no vayan á romper á la puerta del monasterio la musa! ¡Ay! La musa mujerial italiana canta *de una manera supersticiosa*.

Hagamos de modo que en la jovencita, más que inclinacion á la poesía y á las letras, pueda el amor á las ciencias positivas. Hubo muchas sábias italianas y de ilustre nombre: ¿cómo se condujeron? Estudia el capítulo de las doctas; lee la vida de Cassandra Fedeli, de Elena Cornaro-Piscopía, de Laura Bassi, de Angela Ardinghelli, de María Vigilante, de Peregrina Amoretti, de Cayetana Agnesi.

¿Es posible que en las mujeres sábias, que van al fondo de las cosas, no se halle abandonada la costumbre de seguir las tradiciones viejas y de ser religiosas? No; existe la costumbre: estas sábias no saben regirse libremente con su cabeza. Si nuestra elegante lectora las interroga cuando hablan en latin, en francés ó en alemán; ó cuando cuestionan sobre astronomía, sobre álgebra, ó sobre matemáticas, hasta con los cálculos científicos y con el sonido de los diversos idiomas, oye que le responden que Dios es el eje de todos los conocimientos. Alguna se quiere esconder, como lo hace la noble Cassandra Fedeli, la cual, perdido su esposo, se esconde y muere superiora de las Hospitalarias de

Santo Domingo de Venecia: oye á otras confesar públicamente, como haríalo un Obispo entre su pueblo: *Hasta hoy espero que mi estudio haya dado gloria á Dios, por ser útil al prójimo.* Estas palabras son de la célebre Cayetana Agnesi. Basta, basta; no se hable más de las sábias.

Supongo que la jovencita, ansiosa de ser y de aparecer casta, se dirige por admonicion á las mujeres italianas aquellas que se distinguieron por la pureza de su vida. En su virtud, recorre ávidamente con sus ojos las biografías de nuestras heroínas de la Castidad: lee lo de Violantina de Génova, lo de Egeldruda, lo de Blanca Collatto, lo de María de Pozzuolo, lo de Blanca della Porta, lo de Lucrecia Mazzanti, lo de Belisandra Meraviglia, de lo Ana Erizzo, de María Pédena y lo de Piccarda Donati.

¿Sabeis, señores, que cada vez se le oprime á la jovencita el corazón? Cae del agua hirviente en las brasas. Las mujeres más castas de Italia, no llegaron á ser tales, sino con el auxilio de la natural reserva y de la religion. Al frente del capítulo están escritos estos versos del Petrarca: *Io giovine ancora—Vinsi il mondo e me stessa—Mercé di quel Signor che mi dié forza.*—¿Quién es este Señor que fortalece á la mujer y le da la victoria? Hermanos míos; es Dios y es Jesucristo. Fortalecida por Cristo, Egeldruda en Florencia, entre las oraciones del templo, niega al emperador Oton IV la deseada sonrisa, que como dijo al padre Iizzone, conserva solamente para el hombre que le será dado en esposo. Fortalecida por Cristo, Piccarda Donati, á fin de impedir las abominadas nupcias, huye al claustro: arrancada del convento y atada, si vale la expresion, á un marido, muere consumida, pero inmaculada, volando al lugar aquel del paraíso, donde la descubrió en sus visiones Alighieri, cantando su virtud. Fortalecida por Cristo, María Pédena, asalta en un lugar solitario por un mónstruo del infierno, al oír que gritan en su faz: *¿Quién ahora te salva?* eleva las pupilas, ve la imágen del Redentor que pende de una pared, y responde intrépida mostrando con el dedo la imágen: *Este me salvará:* por el mónstruo asesinado, cae sin mancilla en un lago de sangre. Fortalecida por Cristo, Lucrecia Mazzanti, para esquivar los súcios abrazos de los soldados del Orange, arrójase al Arno; cuantas veces sube á flor repelida por el agua, otras tantas, poniéndose la mano en la cabeza, se mete en el fondo: incólume aquella fuerte alma, espira. Fortalecida por Cristo, Blanca della Porta, al lado de su marido, maneja la espada contra los vilísimos sayones de Ezzelino: habiéndole asesinado al esposo, ella, manchada de sangre, más que rendirse á la voluntad de Ezzelino, invoca la muerte; no permitiéndosele que muera, levantando la tapa que encierra la tumba de su consorte, dejándola caer furiosamente sobre sus sienes que se rom-

pen, cae á lo ménos con el cráneo en el querido sepulcro. Terribles son estas italianas mujeres castas, más terribles que si fuesen hombres: son muy amantes de Jesús y de su conciencia. ¿Tanto cuesta, pues, á un pecho femenino glorificar la castidad? Es una contemplacion que á los libre pensadores aterra. Evítese.

Imagino, señores, que, para recrear su espíritu, nuestra jovencita, cansada de las bienhechoras, de las poetisas, de las sábias y de las púdicas, se pone á inquirir aquellas mujeres italianas que ardieron en amor patrio é hicieron palpitar á sus coétaneos y á sus hijos. Hé aquí que, recorriendo el fin del libro, da en el capítulo de las patriotas. ¡Oh qué nombre tan santo la patria! ¡Qué sentimientos varoniles y ardidados de libertad despierta en el alma! Lee por lo tanto lo relativo á las heroínas.

Sólo que ¿no resulta siempre lo mismo? Rosa Salimbeni empuña valientemente las armas y combate á los Musulmanes; alistase aquella mujer en la milicia de los caballeros de Jesús, y es una *cruzada*. Marzia Bronchia, por haberse colado los enemigos en la ciudad, alza el grito para echarlos, vibra el asta, y Pisa queda libertada; la valiente Marzia es una mujer católica. En Pisa igualmente afronta Cinzica de los Sismondi á los Moros invasores, y queda sola peleando en el puente: acuden los valerosos y el pueblo se salva: Cinzica va corriendo desde aquel puente al templo santo, donde ha suplicado al Dios de las victorias. Bona de Valtellina, al lado de su marido Brunoro, ataca también á los enemigos y hace sus pruebas como si fuese Amazona: aun aquel soldado femenino es una pobre criatura que cree y ora. Lucrecia y Ginebra de Butí, Bartolomea Orsini, Leonor Fonseca, Segurana, la de Arbórea y otras mujeres guerreras y patriotas no se diferencian de las demás italianas: unen la espada con la cruz, y el campamento con la iglesia: terminada la faccion y conseguida la paz, imitan á las mujeres de Viterbo del 1503, las cuales hacen colgar en la capilla de la Virgen una lámina de plata para expresar á Dios la gratitud de los ciudadanos.

No veo ya, señores, á la lectora: cerrado está el libro y terminado el exámen, hallándose la jóven recogida para meditar. ¡Que Dios la ilumine! ¿En qué preceptores descansará con espíritu alegre cuando se alee de aquella meditacion, y torne á sus lecciones de pedagogia? ¿En los preceptores creyentes, ó en los libre pensadores?

Yo, en nombre de la patria, digo una y tres veces: ¡Ay si son educadas las jóvenes como libre pensadoras! Ser deben educadas segun el carácter nacional. Ahora bien: el carácter nacional que se desarrolla de continuo segun la historia patria, por sí mismo produciéndola y coloreándola, declara con voz solemne que la mujer en Italia debe ser es-

fas dos cosas: exquisitamente honrada y religiosamente católica. Sometiéndola á diverso tirocinio y á contrarios afectos, deja de ser nuestra hermana dulce, y deja de ser italiana.

Queda resuelto el problema.

Al hablar de la libertad absoluta del pensamiento, y al quererlo descartar, no sólo de la filosofía sino de todos los ciudadanos, se me ha interpuesto la disputa sobre la mujer. Se dijo: Bueno es dejar libre á la mujer, que es tan móvil y activa. La victoria de la libertad del pensamiento volverá íntegra y bella cuando por esposa logre á la libre pensadora. En su virtud, sean educadas libremente las jóvenes: no es ya tiempo de albardas pedagógicas, y mucho menos femeninas.

Un filósofo alemán, con la fantasía de una cabeza meridional, escribió estas palabras: *Quería la naturaleza hacer de la mujer su obra maestra; pero tomó una creta por otra: la tomó demasiado fina* (1).

¿Qué me dijisteis, señores? ¿Es preciso dejar libre á la mujer tan móvil y activa? Empero si es móvil y activa, necesario es detenerla y fortificarla. Hé aquí que, dada por el contrario á los defensores del pensamiento absolutamente libre, la criatura de la creta demasiado fina se rompe: no resiste los ímpetus de la libertad del pensamiento y queda convertida en trozos muy pequeños. Os equivocásteis lastimosamente al buscar el preceptor para la mujer.

Ví yo á la frágil criatura quebrantada; ví saltar sus pedacitos en tres grandes partes. Llorad, amigos: la naturaleza, el cristianismo y la patria contemplan á la mujer deshecha, y gimen.

Su destructor es la libertad del pensamiento.

Hácela rebelde ante la ley de la naturaleza; hácela apóstata también ante la redención de Cristo; hácela degenerada ante la historia de nuestra patria.

(1) Lessing.

CONFERENCIA VIII.

SI EN LA ITALIA CATÓLICA Y PAPAL

ESTUVO EL PENSAMIENTO OPRIMIDO.

O soy un orador muy infeliz, ó mis contradictores son incorregibles.

¿Qué logré yo hablando tan extensamente sobre la libertad del pensamiento? ¿Induje á los incrédulos á cambiar de opinion? ¿Conseguí que confesaran la verdad? ¿Les ví cuando ménos deponer su ceño? No. Demostré que la libertad absoluta del pensamiento, ponderada en sí misma, no existe, ni puede existir, y que declararla tal es un embuste. Empero mi discurso no sirvió de nada. Demostré que pretender la libertad absoluta del pensamiento cuando no existe, es hacer un esfuerzo horrible, el cual produce desastres y muerte. ¿Qué obtuve? Nada. Demostré que si la libertad absoluta del pensamiento perjudica tanto al hombre, causa más daño aún á la mujer, puesto que le hace perder la vergüenza, la contamina y la pierde. Nuevamente no conseguí nada. Al hacer tales argumentaciones, puse de realce además que si la Iglesia condena la libertad absoluta del pensamiento, no es que mire de reojo la libertad honrada y legítima: demostré que por el contrario, al querer respetada la ley, asegura la vida y promueve las glorias de la verdadera libertad del pensamiento. Tampoco conseguí nada, señores.

Oigo un rumor contra mí. Lo producen los incrédulos y los libres pensadores, los cuales, verdaderamente no instruidos de nada, acusan con ímpetu creciente á la Iglesia de que envía por el mundo al sacerdote para que predique el exterminio de la libertad. Aun de mí mismo, en este momento, consideran que otra cosa no hago.

¡Ah! Por mucho que yo dude de mi poca elocuencia y tenga las pruebas de ello, más acerbas cosas debo pensar sobre la naturaleza desdeñosa é incorregible de los presentes disputadores. Han nacido para la guerra; han nacido para la guerra de los principios, de los espíritus y de las conciencias: no pueden dejar de acometer, ni de dar en el abismo. Napoleón ensangrentó el mundo, porque también había nacido para la guerra, esto es, para la guerra de los cuerpos; pero, arrojado á la isla de Santa Elena, hallándose próximo á descender á la tumba, entre aquellas olas bramadoras, y entre aquellos sauces solitarios, sentía que faltaba en sus venas el ardor terrible de antes, y exclamaba: *Estoy en paz con el género humano*. Empero los antes mencionados no dejan en paz á la tierra, vivos ni muertos. Discípulos de Voltaire, hijos de todos los famosos odiadores de Jesucristo, hacen cifrar la suprema ánsia de sus pechos en la guerra contra la Iglesia: también frecuentemente se agitan entre las olas bramadoras y entre los sauces solitarios, pasean en medio de las ruinas, que abren entre los pueblos con sus manos: algunas veces se hallan igualmente relegados á una especie de Santa Elena; en una cárcel ó en un presidio. No importa: ¡guerra, guerra!

¿Qué haremos, señores?

Intento un nuevo método de oración: si no sirve razonar, se necesita acudir á los ejemplos y atenerse á la observación de los hechos. Los hechos dirán á los libres pensadores lo que no llegan á decir mis palabras, esto es, si la Iglesia católica es la perseguidora del pensamiento verdaderamente libre y del intelecto.

Aun en esta parte conviene andar con piés de plomo, porque, ¿de dónde sacaremos los ejemplos?

Hugo Grocio afirmó que contienen más autoridad los ejemplos sacados de los tiempos y de los pueblos mejores; en su virtud, esquivando la consideración de los siglos bárbaros, ateniéndose á los ejemplos de los Griegos y de los Romanos (1). Y con razón, porque la humanidad en los siglos bárbaros está como sacada fuera de sus leyes, siendo preciso estudiar la importancia de las cosas allí donde la naturaleza no está contrahecha.

Afortunado soy. Creo poder encontrar la alegría y el reposo del alma aún en la guerra. ¿Oprime la Iglesia la libertad del pensamiento? ¿Oprime el intelecto del hombre? Los libres pensadores dicen esto gritando. Mas hé aquí una reunión de cosas que causa maravilla: tengo

(1) *Exempla quo meliorum sunt temporum ac populorum, eo plus habent auctoritatis: Aëo Græca et Romana caetera, caeteris practulimus.*—V. Groc. *De iure, ecc.*—Proleg. n. 46.

delante los tiempos y los pueblos mejores, cuales son los Griegos y los Romanos escogidos por Grocio; puesto que, ¿no lo veis? contemplo actualmente á la Italia.

Italia, considerada en la historia moderna, se presenta como el país más fértil en hombres ilustres y en ingenios peregrinos: al mismo tiempo la Iglesia no está como en otras partes en Italia, sino que está de una manera más difusa y poderosa, en cuanto contiene la Cátedra del sumo Pontificado. Ahora bien: si es verdad que la Iglesia resueltamente aplasta la libertad del pensamiento, los hechos de Italia deben dar la demostracion más victoriosa de ello. ¿Y quién puede contradecirme? Me parece que ni áun los libres pensadores. Empero ¿de qué convencen los hechos de Italia? ¿Fué ó no aplastado por la Iglesia católica el pensamiento entre nosotros?

Aponas suscito tal problema cuando lo resuelvo negativamente.

Tres clases de pensamientos sobresalen para decoro de nuestra raza, brillando de una manera vivacísima: el pensamiento estético, que idolatra lo bello; el pensamiento científico, que tiende á la verdad; y el pensamiento político, que se complace en la libertad. Ahora bien; la Iglesia católica no puso, por decirlo así, á sus piés estas tres estrellas para hollarlas, sino que las mantuvo en lo alto para que brillaran en el firmamento de nuestra nacion. Contemplad, libres pensadoree, contemplad las tres estrellas; contemplad las manos de la Iglesia extendiéndolas sobre vuestra cabeza, é inclinaos con humilde reverencia.

En Italia, no encontré dificultades el pensamiento estético, siendo señor de sí en el desarrollo de la belleza literaria y artística.

No encontré dificultades en Italia el pensamiento científico, siendo señor de sí en el descubrimiento de la verdad filosófica y física.

No encontré dificultades en Italia por parte de la Iglesia el pensamiento político, que fué dejado señor de sí en el ejercicio de la libertad legal y civil.

Comenzando por la estética á recitar las alabanzas del pensamiento italiano, parece que soy algo extravagante. En efecto, se dirige nuestra mente á la verdad, y si el pensamiento es vástago vigoroso de la mente, ¿por qué no principiar por el estudio de la verdad, más bien que por el estudio de la belleza?

Con todo no me reprendais, señores, considerándome extraño.

Es evidente que los filósofos enseñan que no existe cosa alguna en nuestro entendimiento, que primeramente no haya estado en nuestros sentidos. No es menester asumir la demostracion de tal principio; sa-

bido es que el principio existe por los filósofos: si bien muchos admiten en filosofía que cuanto entra en el intelecto emana de los sentidos, muchísimos enseñan que cuando el intelecto con movimiento propio quiere desde dentro salir á fuera á fin de apoderarse de la verdad, no puede coger ésta mejor que por vía de formas, de imágenes y de modelos. Así pienso yo, y, fuera de los defensores de la pura intuición, creo tener de mi parte á toda la familia filosófica. Está bien: las formas, las imágenes y los modelos de que hablamos, cuando directamente se nos presentan, sólo son las creaciones de lo bello: lo bello por consecuencia es la escala de la verdad. En otros términos: principiando en el pensamiento estético, podemos pasar al pensamiento científico.

Tal discurso, aún cuando debe ser acertado en todas partes, adquiere mucha mayor fuerza cuando se habla de los pueblos meridionales. Realmente, quien nace bajo la férula ardiente del sol; quien tiene sobre la frente los más lúcidos zafiros del cielo y la mirada de los astros más vívidos, no puede elevarse á la verdad metafísica, si á ella no es conducido sobre alas invisibles: no puede contemplar la verdad, si no la ve radiante por un rayo de sol y de una sonrisa celestial: en este estudio hablan las flores elocuentemente á los ingenios del mediodía, y las dulces auras soplan, por decirlo así, en su espíritu; el espectáculo de las tierras, de las aguas y de los firmamentos es una academia de alta sabiduría: hasta las sombras se transforman en luz, y hasta los cuerpos inmóviles se distinguen por un movimiento; en todas partes se revela lo bello, y lo bello conduce en todas partes el alma arrebatada á los abrazos de la verdad.

¡Venturosa nuestra Italia, isla predilecta del mediodía, en la que tan naturales bellezas existen! ¡Venturosa, porque los pensamientos de sus hijos, de la belleza connatural sacan estímulo para entrar más expeditos, casi como si fueran de la casa, en el templo de la verdad!

¡Qué dije, señores! Parece que olvidé yo que la Iglesia estableció su sede principal en Italia. ¡Qué hace la Iglesia católica relativamente al ingenio humano si nos fijamos en los libres pensadores? Persigne, y estrangula, y mata: con sus doctrinas y con sus religiosos preceptos, crea una atmósfera maligna en la que los seres vivos no pueden respirar, nadando sólo allí cuerpos extintos: cubre los cielos con un negro velo, de modo que no se vislumbra el resplandor de ninguna estrella, y los difuntos siguen agitándose allí dentro de perpétua noche. ¿Será posible acaso en esta noche y en esta defunción, el pensamiento estético? ¿Podrá descubrir lo bello, y mediante lo bello, expresar la verdad? No.

Ahora veamos si verdaderamente se trata de muertos ó de vivos.

Cuando lo bello se nos pone delante, el pensamiento estético tiene su primera salida en la lengua, porque los ojos, el cerebro, el corazón, incitados á la contemplación de la belleza, excítanse y no saben contenerse: hallando la palabra, entonan himnos y cantan. Encárnase la palabra en las figuras, inmediatas significadoras de la locuela: por consecuencia, señores, el parto natural del pensamiento estético, y su hijo primogénito, es la literatura.

Empero, ¿cómo es que en esta tierra de muertos, en esta Italia contaminada y muerta por la Iglesia católica, no faltan los ingenios estéticos y propiamente literarios?

Apenas se desvanecen los tiempos bárbaros, y la Edad Media da lugar al renacimiento; poetas y prosistas, profiriendo su boca los vagidos del idioma nacional, salen en abundancia de nuestras montañas y de nuestras riberas. Guido de las Columnas entona sus castas rimas desde el mar siciliano. Guido Guinicelli, y Guido Ghisilieri, difunden desde Bolonia sus cantos matutinos: corresponde Guittone de Arezzo, y á los caballeros celebra: Brunetto Latini, llevado á estudios más sólidos, redacta en Florencia su *Tesoro*: Guido Cavalcanti, Mateo Spinelli, Ricordano Malespini, y Pedro Crescenzi, con diversos tratados y crónicas, forman entre nosotros el primer grupo de los literatos. Sólo que, así como cuando con telescopios examinas el cielo, al recorrer con la vista una «pléyade» de astros menores, hallas el astro mayor que á los otros domina, sucede lo mismo en la literatura italiana. Hé aquí á Dante Alighieri: escribe la *Vita Nuova* y la *Divina Comedia*: es el más grande de todos los poetas, el verdadero creador de la lengua de Italia, y el que abre el testamento profano de la nueva civilización. Ahora se difunde la luz como á torrentes en el orden de la estética: quisiera nombrar á Cecco de Ascoli, á Fazio degli Uberti, á Francisco de Barberino, y á Cino de Pistoia; mas abundan de tal manera los hermosos ingenios que, resolviéndome á prescindir de los medianos, solamente me debo detener yo en los sumos, ó en los más señalados. Hé aquí otro ingenio grande: aludo á Francisco Petrarca, no solamente inclito por el *Cancionero*, y no solamente buscador de gloria con su poema latino del *Africa*, sino también glorioso y verdaderamente ilustre por sus doctísimas muy elegantes prosas. Hé aquí á Juan Boccaccio, el padre de la elocuencia italiana, arrepentido de sus fealdades, y que ha seguido siendo inmortal por su gran pericia en componer. Hé aquí Angel Poliziano, Luis Pulci, Mateo María Boiardo, Leon Bautista Alberti, Aldo Manuzio, Ludovico Ariosto, Torcuato Tasso, Luis Alamanni, Francisco Berni, Pedro Bembo, Juan de la Casa, Anibal Caro, Nicolás Machiavelli, Giannotti,

Paruta, Varechi, Borghini, Davanzati, Cellini, Salviati, Giambullari, y Redi....

¿Es esto noche? ¿Esta que yo narro, señores míos, es muerte? Con todo, allí donde la Iglesia domina como soberana y embebe el hálito que saca de su pecho, no pueden ménos de presentarse las tinieblas, y no puede fallar la muerte del pensamiento estético, ¡caminais, por tanto, en medio de difuntos, al recorrer la historia literaria de nuestro país? Mas ¿dónde hallareis más festiva originalidad en poemas, más festiva elegancia en novelas, más grande facundia en descripciones históricas, más exquisita familiaridad y naturalidad en dramas, más espontánea vena en epístolas, más fino sabor en sátiras, si no hallais en Italia todas estas cosas? Aquí fué trasferido el Parnaso de los nuevos tiempos; aquí abrióse otra vez y de una manera más digna el jardín de las Gracias: las Musas, huidas de la Grecia, lavadas de la sangre y de la suciedad de los Romanos degenerados, corrieron á tocar nuestra arpa melodiosa, á coger nuestra trompeta, á empuñar nuestro plectro, y á vestir nuestro coturno: irradian con nuestra idea, hablan nuestro idioma, arden con nuestros amores, acompañan al campo á nuestros valientes, siguen sobre su buque á nuestros navegantes, y vuelven á la patria con los que sobreviven, mucho más apasionados: en las desventuras públicas, tienen la elegía inefable, y en el triunfo tienen el himno de los héroes, gritando así á la Europa y al mundo. *Nuestra sede está en la Italia, la nación de la hermosura.* ¿Es noche acaso esta? ¡Ah! Si es noche, confesadme que nos abre un cielo poblado de innúmeras estrellas. ¿Es muerte? ¡Ah! Si es muerte, no me negueis que los esqueletos saltan del sepulcro, más vivos que los vivos á la luz meridiana del sol.

Dicen que el pensamiento estético se desarrolló en Italia á despecho de la Iglesia: fué tanto su nativo vigor, que no lo pudo sofocar.

Esto significa, pues, que el odio que presumen hallar en la Iglesia católica contra el pensamiento, es cosa muy débil é inofensiva, puesto caso que no puede de ningún modo encadenar el pensamiento, donde tiene la suprema de las influencias sociales. A pesar del odio lamentado de la Iglesia, crecen á su sombra los más sublimes poetas, como también los prosistas más elocuentes y ardidos, reduciéndose á nada el daño que dicen síguese á los ingenios á consecuencia de la enseñanza eclesiástica. No, almas murmuradoras de la Iglesia y de los sacerdotes; que no os espanten las influencias católicas. Dejadlas seguir, y dejad que se dilaten; no impiden que sobresalgan un Dante, ni un Petrarca, ni un Boccaccio, ni un Tasso.

Sería necio siguiendo tan reservado. ¿Con qué sinceridad histórica se indica el odio de la Iglesia contra el pensamiento? Oí la calumnia: des-

vanezcámosla: el pensamiento estético no se desarrolla dentro del odio, sino dentro del beneficio de la Iglesia católica.

¿Compuso acaso Alighieri á despecho de la Iglesia, y hostilizado por ella, el trino cántico de la *Divina Comedia*? ¿Si toda la *Divina Comedia* es una inspiración del catolicismo! ¿Si el *Infierno* allí simboliza el infierno cristiano! ¿Si el *Purgatorio* de Dante os explica el purgatorio cristiano! ¿Si la doctrina del Paraiso de Alighieri no es más que una esencia de la teología católica de Santo Tomás de Aquino! Hugo Foscolo, con imaginacion de loco, vió á Dante en su *Comedia* un precursor anticipado de reforma religiosa y herética. En su virtud Pedro Giordani, hombre á quien dan crédito nuestros adversarios, se reía, escribiendo: «Dante no soñó nunca en haber recibido en el Paraiso de San Pedro ignora qué consagracion de obispo y mision de reformar el cristianismo: sueño que no sé dónde cayó en la fantasía de Foscolo..... Por el contrario, Dante se atiene tan estrechamente á todo dogma y á cualquier rito católico, hallándose tan distante de querer nunca mudado un ápice, que áun de toda minuciosidad se hace un alabador noble y afectuoso: hasta lo veis en las campanas..... cómo goza recordando la dulce melancolía de amor, con la cual en las campiñas, cuando el cielo se oscurece, como si lloraran el día moribundo, hieren el corazon del nuevo peregrino (1).»

¿Acaso estudia Francisco Petrarca á despecho de la Iglesia, y da, por ella maldecido, las admirables pruebas de su ingenio? Ciertamente no saca del catolicismo las melifluas rimas de su Laura; mas si se habla de su sentir exquisito máximo en él, y de su saber inmenso, en gran parte lo debe á la Iglesia de Jesucristo, en cuya veneracion edúcase, como el hijo edúcase bajo la autoridad de su madre. ¿Es nuestro Francisco el canónigo de Pádua y el archidiácono de Parma! De los cuatro beneficios con que honráronle los Papas, retiene para sí estos dos. Ama tanto él á la Iglesia dominando en Italia, que corre al Pontífice santo en Avignon, y hasta verter lágrimas lo conjura con el fin de que torne á la sede alma del Apóstol. Llega un dia al Petrarca una doble invitacion para ser coronado poeta: una carta viene de París y otra de Roma: ¿dónde preferirá ser coronado? ¿A orillas del Sena ó de Roma? París es la ciudad profana de los doctos, y Roma es la ciudad religiosa de las doctrinas. ¿A dónde irá por lo tanto? El gran lírico de la Italia es católico, y escoge la poética coronacion del Capitolio.

¿Por ventura ilustrase Poliziano en las letras á despecho de la Iglesia? ¿Si tiene para maestros monjes y frailes! ¿Si es el grande amigo de los

(1) GIORDANI. *Delle finali e meno palesi intenzioni di alcuni poemi.*

Cardenales y de los Pontífices! ¡Si por invitación del Papa traduce del griego al latín la *Historia de Herodiano!* ¡Si de Inocencio VIII recibe doscientos escudos de oro, á fin de que pueda dedicarse con facilidad á las fatigas literarias! ¡Si es el acariciado preceptor de Leon X!

¿Hace versos Ariosto acaso á despecho de la Iglesia? ¡Si élévase y hácese grande bajo la protección de los clérigos, de los cuales inconsideradamente abusa! ¡Si, habiendo ido á Roma, y visitando el palacio pontificio, el Padre Santo, como él mismo nos cuenta en sus *Sátiras*, le toma dulcemente la mano, y le aplica el santo beso en ambos carrillos! ¡Si del Papa obtiene la Bula para la impresión del *Orlando Furioso!* ¡Si por fin se le ve deseando hasta el capelo cardenalicio, irritándose su espíritu porque no lo consigue!

¿Acaso Francisco Berni ejercitase á despecho de la Iglesia en las sales y en los juegos de la poesía? ¡Cosa extraña! Es el poeta de lo imprevisto, de lo extravagante, de lo que se llama caprichoso: es el primer inventor de la paradoja ridícula y de la ironía: la ironía de Berni, pasando más allá de los Pirineos, inspirará á Cervantes: pasando más allá de los mares y de los Alpes, inspirará también á Sterne y á Moliere: sin embargo, él con sus chistes y con sus invectivas se hace jefe de una escuela poética en Roma á los ojos del Papa: da libremente principio á las *pasquinadas*, que colgará el pueblo romano de los muros de la ciudad.

¿Acaso viene á ser Nicolás Machlavelli un escritor histórico y político á despecho de la Iglesia? Decid que se forma escritor amargando á la Iglesia católica. Esto sí; mas no digais que adelanta en las letras molestando é impedido por ella. Encerrado en una prisión de Florencia, porque le acusan de conjurado, siendo ciertamente uno de los agitadores de Boscolo y de los insidiadores de Capponi, es puesto en libertad por las instancias que dirigió al gobierno florentino el Pontífice Leon X: libre y salvo, no tiene frases bastantes para encomiar al Pontífice, y pide ser admitido en el número de sus familiares: inscrito en el número de los servidores pontificios, desea obtener la patente; cuando despues publique sus obras, donde dará malas embestidas á la doctrina moral, obtendrá de Clemente VII que dé privilegios á Baldo de Roma para la impresión de todos sus escritos, sin exceptuar el *Principe*.

¿Acaso crea Torcuato Tasso á despecho de la Iglesia la mayor epopeya del mundo moderno? ¡Si él, que es un tierno confidente de sacerdotes, continuamente, tanto en verso como en prosa, exaltando á Dios, á Cristo, á la religion y á los santos, no hace más en la *Jerusalén liberada* que versificar la más alta empresa guerrera del catolicismo, y enaltecer en Palestina á los héroes de la Iglesia, como enalteció un dia Ho-

mero á los héroes de la Grecia bajo Troya! Tanto es verdad esto que Michelet, lleno de bilis incrédula, llamó á Tasso *el último caballero cruzado de la reaccion católica*.

No más enumeraciones aisladas, porque, señores, sería eterno. Digo sólo: si de los referidos pasamos á los literatos que siguen, ¿aparecen por ventura estos adelantando y floreciendo en Italia á despecho de la Iglesia? ¿Qué os parece? ¿Acaso á despecho de la Iglesia publica Montecuccoli sus *Obras militares*, Buommattei sus preceptos sobre la *Lengua toscana*, Cinonio sus *Observaciones de la Lengua italiana*, Segneri sus *Sermones*, Chiabrera sus *Odas*, Salvador Rosa sus *Sátiras*, Alejandro Tassoni la *Secchia Rapita*, Lippi el *Malmantile*, y Bracciolini el *Scherno degli dei*? ¿Compone acaso á despecho de la Iglesia católica apostólica Zeno sus *Melodramas*, Metastasio sus *Dramas*, Alfieri sus *Trajedias*, Goldoni sus *Comedias*, Cesarotti sus *Traducciones*, Varano sus *Visiones*, Forteguerri su *Ricciardetto*, Manfredi y Frugoni sus *Líricas*? ¿Acaso imprime Muratori á despecho de la Iglesia los *Anales de Italia*, Maffei la *Verona ilustrada*, Tiraboschi la *Historia de la literatura italiana*, Parini las *Cuatro partes del día*, Monti la *Bassviliana*, Cesari sus *Prosas*, Cantú sus *Historias* y Manzoni sus *Himnos*? Lástima y desventura lamentable que algunos de estos hayan empleado alguna vez la extraordinaria potencia de su ingenio en herir las costumbres y escarnecer las verdades. Mas tuvieron la potencia extraordinaria de su ingenio: la tuvieron aun en el mal y en el error donde se debilita y se despunta; la tuvieron en la Italia pontificia, porque la Iglesia no la torturó en su alma.

El pensamiento estético no se expresa ordinariamente todo por el idioma nada más: tiene otro medio para ello, y las figuras que se prestan á significarlo en segundo lugar son las bellas artes.

Las más diversas ideas en pugna se agolpan aquí á mi mente. Busco arquitectos, grabadores, estatuarios y pintores, por cuya pericia debe resplandecer para mí gráficamente lo bello ejemplar. Sólo que, apenas me determino á tal indagacion, me digo á mí propio: ¿dónde podré yo hallar á estas grandes personificaciones de la belleza artística? Los incrédulos, y entre ellos sobre todo los libres pensadores, me aseguran que la Iglesia extingue la chispa del ingenio y corta las alas del espíritu. ¿Qué dolor! La Iglesia católica impera en Italia: no podré, por tanto, hallar á eminentes artistas en mi patria misérrima. Recuerdo bien algunos famosos nombres que todos repiten como si fueran los felices genios del arte: Giotto, Miguel Angel, Bramante, Sanzio... ¿Mas á qué raza pertenecen ellos? No pueden ser de la italiana, por cuanto crece é históricamente se educa entre las mordeduras y los «apaga luces» de la *Curia Romana*. ¿Dónde, pues, nacisteis y dónde hicisteis vuestras

pruebas, Bramante, Miguel Angel y Rafael? Es poco, hermanos, que yo no los tenga por vecinos: soy católico, y esto es bastante para que gloriarme no pueda de su parentesco. Iré, pues, buscándolos lejos de aquí: me dirigiré donde no haya vestigios de la Iglesia. Comprendo; ¿iré ya á la parte aquella de Alemania, protestante fiera y potente? ¿Qué digo? ¿No fué el protestantismo por mucho tiempo el mortal enemigo de las artes? Si Rafael y Buonarroti hubiesen nacido en los países de la Reforma herética, hubieran sido arrojados de ellos, del mismo modo que Martin Lutero arrojaba desde Wittemberg al Pontífice. Si por lo tanto no puedo imaginar siquiera que sean alemanes Rafael, Buonarroti, Bramante y sus compañeros, ¿dónde los encontraré? ¡Italia! ¡Italia! ¡Llamada la tierra de los muertos por los que odian á Cristo y á la Iglesia, eres por Cristo y por la Iglesia el país clásico de los vivos! ¿Qué hicieron? Bebieron en Italia las auras católicas, y las auras católicas de su ingenio derramaron levantando monumentos estupendos de religion y de civilizacion. San Pedro de Roma, Santa María Novella, Santa María del Fiore, la catedral de Siena, la catedral y el cementerio de Pisa, San Frediano de Lucca, San Petronio de Bolonia, San Marcos de Venecia y la catedral de Milan os dicen: Nuestros padres fueron de este país y católicos; no forasteros: somos italianos.

De la misma manera los más célebres escultores y pintores son hijos de Italia. ¿Y qué hicieron? Bebieron tambien las auras católicas y derramaron igualmente las auras católicas de su ingenio en las estatuas y en los lienzos inefables; modelaron ángeles, *Madonas*, Crucifijos, vírgenes, mártires y apóstoles, haciendo con ellos resplandecer la tierra con las espléndidas imágenes del Paraiso.

Roma, sede de los Sumos Pontífices, viene á ser una Academia de artistas. Nicolás V, Inocencio VIII, Julio II y Leon X los llaman cerca de su persona; así como se rodean de sacerdotes, se circundan tambien de pintores y escultores. Por comisión papal, Mantegna emprende las pinturas del Belvedere; Leonardo de Vinci pinta la *Sagrada familia*, poseida ahora por el museo principal de San Petersburgo; Sansovino acaba los cuatro bajo-relieves en la *Capilla de Nuestra Señora de Loreto*; Miguel Angel, que no se somete al ceremonial de la corte, por pertenecer á la familia del Papa, pinta el *Juicio*, y levanta el coloso de su *Moisés*, tomando el rostro del Papa Julio por modelo del legislador hebreo. Bramante presenta al jóven Rafael al Pontífice; y, cuando descubre las maravillas de su pincel, quiere que domine á todos los demás, encargándole las pinturas de las cámaras del Vaticano. Lo mismo hace Julio II; cuando el pobre Rafael, en medio de sus glorias artísticas, muere y se celebran sus funerales en Roma, el Papa

Leon X va como si fuera uno de la turba á rezar cerca del féretro del sumo pintor, no sabiendo separarse de allí, si antes no besa la mano de la cual poco antes salia el portento de la *Transfiguración*.

No es preciso añadir más. Lo poco que hemos recordado es muy suficiente para dar color y vida á nuestro asunto.

Los ébrios de la libertad del pensamiento ven en la Iglesia á la que atormenta los ingenios humanos; para ellos tanto vale decir *Iglesia católica*, como decir *servidumbre del pensamiento*. Empero las acusaciones, sobre todo las insanas y las necias, son fáciles; lo importante es atender á la realidad de las cosas. Ahora bien, la realidad de las cosas convence de que tales acusaciones son falsas. Si el pensamiento influido por la Iglesia católica es esclavo tal debe ser en Italia de un modo eminente, porque Italia, por tradiciones y costumbres, es enteramente católica y pontificia. Empero no; el pensamiento no es esclavo en Italia. Examinados dentro del órden de la estética, en las dos principales manifestaciones que tiene, las letras y las artes, resultan libres. Es cuanto, señores, me proponia demostraros. En Italia el pensamiento estético no tiene trabas, dejándolo dueño de sí en el desarrollo de la belleza literaria y artística.

Para correr mejor alza las velas, oh nave de mi ingenio peregrino: perdonadme este recuerdo del sumo poeta.

La presente cuestion que debatimos con los adversarios es si el pensamiento humano, presupuesto el magisterio de la Iglesia, resulta esclavo ó libre. Nosotros lo hemos demostrado estéticamente libre en Italia; pero la estética no es la única que puede poner de realce todo el poder de que es capaz el pensamiento. ¿Qué es la belleza? Es el luminoso fantasma, dijimos, por el cual somos introducidos á los abrazos de la verdad. Ahora bien; es preciso que ahondemos en esto: no nos contentemos con haber llegado al atrio y penetremos en su templo; allí dentro conseguiremos la suspirada union, las alegrías y las glorias de la verdad. Allí podremos, señores, *correr mejor*.

¿Es posible descubrir la verdad bajo el gobierno de la Iglesia? Debo creer que no, si me atengo á los libres pensadores. ¿No nos han afirmado que el catolicismo hace sombra, que el cadáver apestado de la Iglesia conturba el aire y suscita una nube de átomos contaminados, de los cuales sale la noche para nuestras pupilas y la muerte para nuestras almas? ¡Pobre de mí! Soy tan amante de la verdad, que, si un día no la encuentro, un instante me parece mil años: siento que la verdad, como escribe Malebranche, es *el celeste manjar de mi espíritu*; ¡qué ha-

cer si tengo entre mis piés al verdugo que me mata? Me preparan la cena en el sepulcro. ¿Fué por consecuencia un delirio en mí la belleza que contemplé, y mi entrada primera en el templo de la verdad? ¿Es qué fuísteis sólo espectros para mí, vosotros, nobles literatos, y vosotros nobles artistas, á los cuales saludé con vuestro nombre glorioso?

No deliremos, y volvamos á considerar la Italia.

El verdadero descubridor de la verdad es el pensamiento científico, porque la verdad se manifiesta, no á la ignorancia que es la negacion y el vacío, sino á la inteligencia dispuesta á recibirla, siendo tal el pensamiento que conoce y sabe. Así como el pensamiento estético tiene dos principales formas, la literatura y el dibujo, para expresar lo bello, el pensamiento científico, al apoderarse de la verdad, camina por dos senderos. Se interna, recorre los órdenes ideales, y nos da la verdad filosófica: se externa, recorre los órdenes sensibles, y nos descubre la verdad física.

¿Dónde en Italia está el encuentro de las verdades filosóficas? Ella, católica y pontificia, ¿puede regalarme nunca una riqueza intelectual?

Creo inútil ponerme á bosquejar la historia de la filosofía moderna. Si tal trabajo fuese preciso, podría demostraros, como lo hice ya otra vez, que nosotros los italianos, no solamente no quedamos sin una verdadera filosofía, sino que al edificio filosófico llevamos con nuestras manos las primeras piedras y las más sólidas con traje de fundadores. Mas yo me ceñiré á referir separadamente alguna memoria de hombres ilustres y nada más.

San Anselmo de Aosta, Santo Tomás de Aquino, San Buenaventura de Bagnorea, constituyen una *trinidad* de filósofos...

Estos nombres meten tanto amargor en el pecho de los libres pensadores, que parecen envenenados por mí. ¡Desgracia la mía! He proferido el nombre de un obispo y de dos frailes. ¿Están aquí los ideales descubridores de la verdad? ¿Es por esto Italia feliz y grande? ¿No se manifiesta más bien oprimida por la Iglesia, puesto que cayó con sus escuelas en manos de los sacerdotes y de los monjes?

¡Qué desgracia la mía! ¿Juzgais realmente á los monjes y á los sacerdotes inhábiles para las especulaciones solemnes de la verdad? ¿Es verdaderamente necesario para llegar á filósofo no ser monje? ¿Excluye por su naturaleza el sacerdote del Hombre Dios al metafísico y al razonador? ¿Quién ha lanzado esta condenacion? Los libres pensadores: ¡y son los enemigos de los anatemas, como también de las excomuniones! Empero el mundo, señores, no la lanzó. El mundo no excomulgó al obispo Anselmo, cuando por el contrario aún las cabezas más débi-

les de sus contemporáneos y de los posteriores admiraron en él á un metafísico de inmenso valor: á su *Monologio* y al *Proslodio* recurrieron, como á fuente de selectas y sólidas enseñanzas. El mundo no excomulgó al Fraile de Aquino, portento de saber divino y racional, cuando por el contrario en la *Suma contra los gentiles* y en la *Suma Teológica* vislumbraron los doctos los dos mayores monumentos que el humano espíritu, como atestigua Cousin, levantó en los siglos de la Edad Media. No excomulgó el mundo al otro santo Fraile de Bagnorea, Buena-ventura el Místico y el Seráfico, cuando por el contrario en sus libros la *Suma*, la *Reduccion de las artes*, el *Itinerario de la mente*, el *Breviloquio*, y otros semejantes, reconoció el admirable ingenio, y las estupendas irradiaciones, que manda en él la verdad entre el elemento divino y natural. De todas maneras, señores, no importa: sacerdotes son, obispos y frailes; otra cosa no pueden hacer sino contradecir la verdad y echar á perder la civilizacion. ¿Quereis, por tanto, excomulgar á los frailes á todo trance? ¡Paciencia! Excomulgad, oh libres pensadores, á la Italia, por cuanto ella es en mucha parte obra de los frailes. Escribió César Balbo: *Santo Tomás dominico, y San Buenaventura... dieron sin duda mucho más que los primeros poetas aquel empuje, aquella marcha progresiva, que no cesó ya durante tres siglos, de la cultura italiana* (1).

El disparo de las invectivas se renueva y va en aumento. Repito que soy desgraciado. Hallan los libres pensadores que la filosofia italiana, la verdaderamente varonil y original, no se refiere á la época de santo Tomás, sino que principia más tarde, á saber, cuando, sacudido el yugo de la Escolástica, surgieron los libres cultores de la filosofia: Pomponazio, Telesio, Bruno, Campanella y los demás de la noble compañía. Pues bien: estos nuevos representantes del pensamiento científico, estos precursores de las filosofías alemanas, francesas é inglesas, crecieron odiados por la Iglesia, sometidos á interdiccion, perseguidos ó excomulgados por ella.

¿Cuál es, señores, la consecuencia? Que el pensamiento italiano, en el órden filosófico, es esclavo.

Dejo de ser yo desgraciado, al paso que la desgracia cae sobre la cabeza de los libres pensadores. Estos no admiten entre los filósofos á los sacerdotes ni á los monjes; en el presbiterio y en el convento hay corrupcion y no la ciencia: sólo que los filósofos audaces y originales que surgen en Italia, rompiendo los cepos de la Escolástica, son en gran número frailes ó sacerdotes. Citemos algunos. Giordano Bruno es fraile. Tomás Campanella es fraile. Lucilio Vanini es sacerdote. Fer-

(1) C. Balbo, *Della Storia d'Italia*, Losanna. 1846, p. 162.

rante Pallavicino es canónigo, y Bernardino Ochino es monje. Pablo Sarpi es fraile. ¡Lamentáis, oh libres pensadores, y llorais á lágrima viva el suplicio por la Iglesia dado á los ardidos representantes del pensamiento científico? Mas ¿no sois los primeros que os levantáis á herirlos, excomulgando frailes y sacerdotes?

Vayamos á lo seguro. Hé aquí el razonamiento por mí emprendido; demostrar que el pensamiento científico en la indagacion de la verdad no es en Italia esclavo: supongamos ahora las indignaciones de la Iglesia con algunos de los filósofos nombrados. Empero, ¿cómo y por qué se indignó la Iglesia? ¿Acaso por la verdad hallada, ó puesta de realce en las escuelas ó en los libros? Es lo que falta probar; demostradlo. Yo digo por el contrario que las iras eclesiásticas y católicas estallaron por otra y mucho más bella razon. Contradiendo la Iglesia á los filósofos osados y originales, no quiso condenar en ella las partes buenas y verdaderas que se hallaban en ellos, sino las ruines y las erradas: lo ejemplar del castigo, que impuso alguna vez ella, fué requerido por la razon de los tiempos, sirviendo para edificacion de los buenos y para enseñanza de los extraviados. Por lo demás, la Iglesia no dejó de ser dulce con los mismos extraviados; se mostró mucho más cortés y tolerante que los gobiernos civiles á fin de que abrazaran nuevamente la verdad. El pensamiento indagador ideal de la verdad, por lo que á la Iglesia corresponde, fué libre en Italia.

Ved á Pedro Pomponazio. El libro *De immortalitate animae*, redactado por el franco pensador y catedrático de Bolonia, produce acusaciones grandisimas; Venecia lo quema públicamente. Mas Bembo recomienda Pomponazio á Leon X, quien manda examinar el libro: absuelve al autor y le conserva la cátedra. Bembo, al enviar al filósofo la buena noticia, tiene buen cuidado de que le paguen algunos resíduos de la pension, que le habian suspendido durante la guerra larga.

Ved á Marsilio Ficino. Aunque lleno de filosofía gentil hasta las uñas, astrólogo é innovador, le dejan que hable, y enseña, sin que cambien su propia casa en prision. Atraído, segun yo pienso, por tanta indulgencia de la religion y tocado por la gracia de Dios, si entramos al concluir el siglo XV en el templo de santa Reparata en Florencia, lo vemos mudado en otro; ya no intemperante filósofo, morirá vestido de canónigo, protestando de rodillas á los pies de los altares su plena sumision á la Iglesia.

Ved á Pico de la Mirandola. ¿Quién más docto que él? ¿Quién más extraño y atrevido? Escudriña, fantasea é inventa: es la enciclopedia viviente del saber: cambia todo lo que toca con su pensamiento; lo quiere todo nuevo: á los viejos sábios llámales *niños que corren detrás de*

burbujas de jabón. Acusado de herejía, el Papa Inocencio VIII le oye, y le disculpa; acusado una segunda vez, el Papa Alejandro VI le oye y le disculpa también. Quemará él mismo antes de morir los libros que le dan un tinte de hombre mentiroso, y no perfume de verdad: preparará la ceniza bendita de su tumba. El ángel se había hecho hombre más de una vez; pero quedábanle las alas; volará con ellas al cielo, vuelto á ser ángel.

Ved á Bernardo Telesio. Figura entre los más conspicuos filósofos del siglo XVI; pero con demasiada frecuencia es muy extrañamente amante de novedades, de nuevas ideas y de nuevos métodos. Clemente VIII prohíbe sus escritos; no sin razón, escribe Cantú, *si enseñaba quod animal universum ab unica animae substantia gubernetur* (1). Es por consecuencia prohibida por la Iglesia en él, no la verdad, sino el error; es anatematizada la herejía y protegida la ciencia. ¿Cómo realmente podríais encontrar en la Iglesia el espíritu contrario á la ciencia? Pablo IV, enamorado del gran nombre de Telesio, le quiere conferir el arzobispado de Cosenza, que rechaza el filósofo; él, bien acogido por el clero, compone en la soledad de un convento sus tres libros: *De rerum natura iuxta propria principia*, é imprime sus obras en Roma en 1565.

Ved á Tomás Campanella. Dominado por las extravagancias artificiosas y elocuentes con que hervían los intelectos de su edad, no recibe tampoco los golpes de la Iglesia: puede desempeñar el papel de hombre de la ciencia, puede hacer el profeta, y hasta se puede llamar *espía de las obras de Dios*. Es libre, libérrimo, demasiado libre. Cuando después el gobierno español, por sospechas de que conjura, le hace prisionero en Nápoles, Pablo V expide allí á Scioppío, para encontrar modo de sacarle de la cárcel; el Legado del Papa, si no puede conseguir más, á lo ménos logra para él la facultad de poder leer, escribir y estar en correspondencia. En tiempo de Urbano VIII, pesándole mucho el martirio de Campanella, procura traerlo á Roma, haciendo que al Santo Oficio se confíe el juicio del fraile acusado de profeta: apenas lo tiene á sus órdenes, le retornan la libertad.

¿Y Cardano? ¿Dónde ponemos á Jerónimo Cardano, numerado aún entre los doctos más eminentes del siglo XVI? Médico, geómetra, matemático, que perfeccionó los problemas del tercer grado, apropiándose las demostraciones de Tartaglia; físico y astrónomo, que apostado hubiese la cabeza por la astrología judiciaria; que consultaba su estrella y adoraba con ciego amor su horóscopo; moralista tan austero que dejaba plantada á su mujer por la amante, jugándose los muebles y las

(1) C. Cantú. *Gli eretici d'Italia*. Discurso XLII.

joyas de aquella en disipaciones nocturnas, fué un soñador, un espíritu inquieto, un vicioso. Afortunadamente para él, habiendo probado en Bolonia la cárcel, no bien pudo salir de ella, tomó las de Villadiego; afirmaba que lo mismo que Sócrates tenía un génio familiar que le conducía; afortunadamente para él de nuevo, en aquella escapatoria suya de la cárcel, corrió á Roma. El Papa le hizo la gracia de un estipendio anual: ¡hasta tal punto fué tiránico y feroz con el vicioso público y con el soñador! De todas maneras ¡qué quereis! El horóscopo habia fijado el día de su muerte, y él, á fin de que se cumpliera el horóscopo, no quiso comer y prefirió en el día fatal morir de hambre.

Verdad es que para Giordano Bruno, y más tarde para Pablo Sarpi, encendiósese la hoguera; mas yo, que reconozco y admiro el extraordinario ingenio de los dos frailes estos, dominico el uno y servita el otro, no sé, sin embargo, en las indignaciones eclesiásticas que contra ellos estallaron, ver atormentada en Italia la manifestacion del pensamiento científico.

¿Sabeis qué cosa persiguió en Bruno la Iglesia? No la verdad, ni la ciencia, sino la impiedad.

Dándose á una vida desenfrenada y turbulenta, arrojada la capucha, sale de Italia, á manera del Hijo pródigo, segun escribe, para volver á ella. Ojalá no hubiese vuelto, porque ménos escándalos hubieran visto nuestros padres, ni sus orejas quedado hubieran ofendidas por aquellos gritos, que Botta llama *blasfemias y opiniones locas* (1). Mas él fué un verdadero hijo pródigo en todo el curso de sus días; no se corrigió ni se arrepintió. No tiene Religion: sólo que (lo cual es peor) la simula, y la toma en todas partes á tenor de la moda, de la utilidad y de la pasion; es luterano en Alemania, donde ladra más ferozmente que Lutero, llamando al Pontifice el *vicario del tirano del infierno*; es calvinista en Ginebra; es católico en Tolosa y en Paris; en Inglaterra, donde está Isabel, que á Londres y á la Isla ensangrienta, se arrodilla delante del nuevo Neron con faldas, enaltece á Isabel y la denomina *única Diana, la cual es entre nosotros lo que entre los astros el sol*. No hay despropósitos enormes y repugnantes que no profiera; al diablo le llama *hombre de bien*; en su libro el *Candelaio* se presenta groseramente obsceno: en el *Spaccio della bestia trionfante*, en la *Cena delle ceneri*, en el *Purgatorio dell' Inferno* las paradojas llegan á su colmo. Los libres pensadores maldicen á Clemente VIII, porque no puso buen semblante á Giordano Bruno; mas Clemente VIII, que no salió de índole guerrera contra los doctos, que tuvo cerca de sí al natura-

(1) C. Botta. *St. lib. XV.*

lista Cesalpino, á pesar de su fama de ateo, y llamó á Roma á Patricio, filósofo independiente, se sobrepone al impropio de los incrédulos. Con todo, nuestra cuestión muda de aspecto; si las indecencias, las ferocidades y las paradojas de Bruno son, como á los libres pensadores parece, puros tesoros de verdad, doblo yo la cabeza dándome por vencido. La Iglesia tiene la culpa: ella, condenando las indecencias y las palabras viles, oprimió la verdad en el pensamiento científico de la Italia.

Por otra parte, ¿sabeis lo que se persiguió en fray Pablo Sarpi? Nunca el saber, ni la verdad, sino la doblez y la prepotencia.

Dos partidos civiles vemos se agitan en sus tiempos en la república de Venecia: á este lado el senado y la aristocracia que favorecen el poder absoluto de los príncipes, aborreciendo en su virtud al Papado; al otro lado los frailes, la plebe, la democracia ciudadana, en suma, que defiende la libertad y se inclina por consecuencia voluntariamente á las decisiones de Roma. Ahora bien; Sarpi se nos presenta como el campeón del partido de los príncipes. Es el teólogo de la república, el amigo de los grandes señores, el censor de Roma y el despreciador del pueblo. Por consiguiente su actitud severa y dura dista mucho de significar el heroísmo, cuando se apoya en los poderosos: la guerra que mueve al Papa lo es todo ménos amor á la libertad. ¿No descubris lo contrario? ¿No descubris la ternura de la tiranía? ¡Qué hombre! Sarpi, al mismo tiempo que á los débiles pisotea, préstase humildísimo á los nobles de su país; halagándoles lo mismo que á la opinion dominante, usurpase los honores del valor. ¡Qué hombre! Mientras al Pontífice desafia, casi considerándole un *potentado extranjero*, humíllase á Felipe II, anunciándole que con sus armas y su gran talento haría esclavas la Europa y el Africa, convirtiendo á París en una aldea. ¡Qué hombre! Los libres pensadores y los libertinos con ellos nos lo presentan en frente, cual si fuera uno de los más gallardos refutadores de la Roma papal. Como Sarpi pensaba en materia de libertad, lo dicen ciertas constituciones ideadas por él para su Orden, donde no vacila en recurrir áun á la tortura. Imbuye á la república determinaciones tiránicas; dice que los jueces han de excluir el debate; que han de hallarse muy deprimidos los pobres nobles; que se deben oprimir las colonias de Levante; que á los griegos, como á las fieras, se les debe limar los dientes y las garras, humillarlos frecuentemente, quitarles todas las ocasiones de que se hagan aguerridos, darles pan y baston, guardando la humanidad para otras ocasiones; en las provincias de Italia industriarse para despojar las ciudades de sus privilegios, hacer que los habitantes empobrezcan, y que sus bienes sean comprados por

los de Venecia; perder á todo trance, si no pueden ser ganados, á los que se muestren animosos en los consejos municipales; si en ellos se encuentra algun jefe de partido, exterminarlo bajo cualquier pretexto, evitando la justicia ordinaria, y juzgando el veneno ménos odioso y más útil aún que el verdugo. Sugiere una ley rigurosa contra las publicaciones... Basta. Si os placen, señores, las ideas y los afectos del ser-vita veneciano, como tambien sus actos y su carácter moral, os lo regalo de buena gana. Conservad á este docto portentoso; no es persona de mi gusto. No creo yo que la verdad científica, sobre todo en Italia, se compre á tal precio: yo, en el enemigo del Papa, os cedo al enemigo del pueblo y al opresor.

Llegué á tal punto, donde los hechos tienen absoluta fuerza de razones históricas y lógicas.

La verdadera filosofía, el pensamiento verdaderamente científico de Italia, ¿acaso principia con los filósofos ardidados y originales adversarios de la Escolástica? No: su origen está más distante, y su principio encuéntrase á mayor altura: comienza allí, donde algunos siglos antes se fundaron los firmes fundamentos, los buenos métodos y los justos criterios del filosofar, y cuyos progresos mejores se realizaron en Santo Tomás; no principió, ni llegó al ápice de la perfeccion en los tiempos posteriores, como no queramos decir que la filosofía italiana nace y se perfecciona con los delirios, con las extravagancias y con las paradojas.

Mas en estos propios tiempos que se distinguen por las paradojas, ¿fue la iglesia hostil y bárbara con la ciencia? ¿Persiguió ciegamente á los filósofos atrevidos y originales, precursores de las nuevas filosofías alemanas, francesas y británicas? No.

De lo contrario, ¿comprendeis, señores, contra quién hubieran debido desfogarse ante todo las persecuciones de la Iglesia? El perseguido mayor, el verdaderamente oprimido por los sacerdotes hubiera sido en sus días Juan Bautista Vico. ¿Quién más que él, filosofando, se aleja de la Escolástica? ¿Quién más nuevo por el método, y más ardidado en las indagaciones? ¿Quién más original en todo? ¿Quién más enaltece las extrañezas y hace trabajos de fantasía? ¿Quién igualmente más nebuloso? Ingenio profundo, vasto, enciclopédico, resiéntese precisamente con frecuencia de paradójico y huele á hiperbólico; camina entre auroras espléndidas y noches tenebrosas; se agita entre el cielo y los abismos: su *Ciencia Nueva*, como Vicente Monti afirma, es semejante á la montaña de Golconda, llena de piedrecitas y de diamantes. Es adorado así como un dios por los más extravagantes filósofos de Francia, siendo un verdadero profeta y precursor de las nuevas filosofías germánicas. Mas Juan Bau-

tista Vico no es impío, señores; esto es suficiente, para que la Iglesia á su vez lo celebre y lo proteja.

El pensamiento italiano, en el órden metafísico y doctrinal, no sufre dificultades de la Iglesia y es libre.

Sólo que, donde el pensamiento, internándose, recorre los órdenes ideales, dándonos la verdad filosófica, con igual facilidad «externándose,» recorre los órdenes sensibles, descubriéndonos la verdad física. Es un campo aún vírgen, no recorrido todavía por nosotros. En tal campo la verdad, aun cuando parece y es en efecto de menor valía, puesto que sólo es una verdad física, ó sea el conocimiento de un hecho real, resulta sin embargo muy valiosa y muy bella, rica en inmensos resultados y sobremanera útil. Despierta también, más que la misma verdad real, la admiración pública, puesto que se trata de cosas que pálpanse con las manos, ó á lo ménos se obtienen con la experiencia; mejor que los teoremas racionales, en los cuales siempre hay algo abstracto, placen á la gente las invenciones y los descubrimientos.

¿En qué trabajo me meto? ¡Las invenciones y los descubrimientos en Italia! Empero en Italia domina la Iglesia, la cual nos quita la luz de los ojos y nos roba el aliento, (los incrédulos responden de ello); yo pobre artesano; yo naturalista ó sabio físico, ¿cómo podré en esta pestífera persecucion de mi país elevar los ojos libremente, mover las manos y trabajar con libertad? ¡Descubrir donde la oscuridad es profunda! ¡Inventar donde uno está clavado en lo viejo! No es posible.

No, ni invenciones, ni descubrimientos en Italia, porque la Italia vive bajo la dictadura de la teocracia católica.

Flavio Gioia inventa la brújula; Francisco Barocci halla el modo de fijar los grados de longitud y de latitud; Camilo Delminio halla el uso del alfabeto marino. Viviani, Castelli y Fossombroni, con otros grandes, estudiando el curso de los ríos, inventan y perfeccionan la «hidrodinámica;» Cárlos Borgo inventa la cifra parlante y nos da el telégrafo; los Bresciani inventan las bombardas; Nicolás Tartaglia encuentra el cuadrante para señalar los grados al apuntar los artilleros sus cañones; Marchi hace invenciones estupendas en la arquitectura militar; Márcos Carburi inventa el papel incombustible para el servicio de los artilleros.

Vosotros, expertos en la historia patria, decís que estos son italianos; mas os respondo: en la Italia domina la Iglesia; inventar y descubrir en ella no es, por consiguiente, posible.

Francisco Lana inventa la barca volante, y anticipase así á los globos aereostáticos de Mongolfier; Guido Aretino nos da un nuevo mecanismo de la escala musical; Francisco Nigelli inventa el timbal «omnicorde;»

Bartolomé Cristófori inventa el piano; Pace de Fabriano inventa el papel de lino; Benedicto de Siena halla los primeros elementos de la imprenta; Conte inventa el «taquitipo»; Celestino Galli inventa el «potenógrafo»; Garello inventa el agua fuerte á fin de separar el oro de la plata; Ser Borghesano de Lucca inventa la lanzadera para la seda; Guillermo Zelandino y Jacobo Dondi inventa el reloj de las torres para uso público, y Mirami inventa el reloj que lleva su nombre.

Vosotros, conocedores de nuestra historia, me decís que estos son italianos; mas os contesto: en la Italia domina la Iglesia; inventar y descubrir en ella no es, por consiguiente, posible.

Salvino de los Armati inventa los cristales convexos y los lentes ópticos; Evangelista Torricelli descubre el peso del aire; Vesalio, Falloppio y Eustaquio fundan la ciencia de fisiología animal; Luis Galvani halla una nueva teoría sobre la electricidad de los cuerpos; Alejandro Volta inventa la pila que lleva su nombre; Vallisnieri descubre el verdadero origen de las fuentes: Lázaro Spallanzani realiza el descubrimiento sobre la reproducción de la cabeza en los caracoles terrestres; el doctor Bellingeri, antes que Sir Carlos Bell, descubre una doble serie de nervios en el tejido humano; una para la sensación y otra para el movimiento.

Vosotros, conocedores de nuestra historia, me decís que estos son italianos; pero os respondo: en la Italia domina la Iglesia; inventar y descubrir en ella no es por consiguiente posible.

Galilei, Cassini, Bianchini, Maraldi, Piazzzi, De Vico, Schiapparelli y Secchi son grandes descubridores en el orden matemático y astronómico; sus descubrimientos no se pueden meter en una hoja de papel.

¡Ay! ¿Por qué he tardado tanto á hablar del más ilustre descubridor de Italia? Prescindiendo de la ironía, ¿no fué Galileo Galilei perseguido en sus descubrimientos por la Iglesia católica? ¿No fué cruelmente torturado?

Ni lo uno, ni lo otro.

Galilei, antes de que viera levantarse en Roma la señal de la contradicción, antes de que sufriese ninguna condena, contaba ya setenta años; habia, pues, podido tranquilamente, aún con la amistad y concurrencia de sacerdotes, de frailes y de obispos, penetrar en las interioridades de la literatura italiana, griega y latina, estudiar con éxito la pintura y la música, hacerse grande en la filosofía, en la física, en la geometría, en la óptica, en la hidrostática, y como profesor de astronomía desempeñar su cátedra en las universidades de Pádua, de Pisa y de Florencia; habia podido inventar su péndulo, descubrir la ley del movimiento rectilíneo, y aún la del curvilíneo, ó sea

de los proyectiles; había podido determinar las bases de la mecánica, construir el termómetro, la pequeña balanza hidrostática, el compás de proporción, el microscopio y el telescopio, y con este descubrir algunas estrellas, las manchas del sol, las fases de Marte y de Venus; había podido imprimir libros de ciencia maravillosa, y tejer en suma la diadema de su gloria inefable. Ahora bien; por ninguno de tales estudios, y por ninguno de tales descubrimientos, había sido llamado á Roma con el fin de que respondiera: por el contrario, cuando fué á Roma y reveló sus descubrimientos, fué altamente honrado, y el Cardenal Barberini escribió poemas relativos á él en su estilo más noble. La Iglesia, por lo tanto, en Galilei no persiguió al genio descubridor de las verdades físicas.

Empero, ¿dónde dejamos á Galilei, descubridor del movimiento de la tierra en torno del sol, y por esto reprobado en Roma?

Señores, no fué Galilei el descubridor del movimiento de la tierra: tal hermoso descubrimiento ya estaba realizado; dos mil cuatrocientos años antes de que naciera, el griego Filolao y los sacerdotes egipcios enseñabanlo á sus discípulos; tres siglos despues, dos mil cien años antes de Galilei, Pitágoras y sus discípulos griegos, silicianos y latinos, como tambien Arquímedes y Ciceron despues, llenaban con aquel grito África, Asia y Europa. Más tarde aún los pitagóricos se hacian defensores de tal conocimiento astronómico, como tambien los aristotélicos con sus oposiciones y vivos contrastes; á tales voces añadían clamores por todo el mundo Tolomeo de Alejandría, con su conocido sistema astronómico *tolemáico*, y los trabajos de Plutarco, para restablecer en su honor la doctrina pitagórica: esto mil trescientos años antes de que apareciese Galilei. Por último, viniendo á los dias de éste, la rotacion de la tierra en torno del sol era predicada en la misma Roma por Copérnico, con aplauso de los Papas, que lo querían catedrático de aquella universidad. Tratábase por lo tanto de cosa evidente para los doctos cuyo descubridor era viejo, viejísimo. Ahora bien; á fin de aplicar verdaderamente lo nuevo en esta parte, era preciso probar la teoría relativamente al movimiento de la tierra, que habíase anunciado en muchas edades; pero siempre faltaban las pruebas. El mismo Galilei no podia dirlas. Seguro de su descubrimiento de las manchas solares, procuraba con ahinco inferir de ahí el movimiento de rotacion y «*celístico*» de la tierra: encomiado por pocos, lograba las burlas de los eruditos, y aún la reprension de sus cultos amigos. Entonces, á fin de hallar la prueba necesaria, defendía un error: del flujo y del reflujo del mar, quería inferir el movimiento orbicular y zodiacal que la tierra posee. En tal error era tan pertinaz que maravillábase grandemente y le cen-

suraba su amigo Kepler, que atribuía el flujo y el reflujo del mar á la influencia de la luna. ¡Como veis, el eminente hombre azotaba el aire de veras! En su virtud Lalande observa directamente que ninguna prueba real y satisfactoria se tenía entonces del ventilado sistema astronómico, lo cual no se consiguió hasta varios años despues.

¿Por qué pues, fué Galilei condenado en Roma?

Las repeticiones disgustan á todos y aún á mí; pero frecuentemente son necesarias, y me conformo yo con ellas. *¿Qué hizo Galilei?* pregunta Nicolás Wiseman, y responde: *Persistió, á fin de que la Iglesia abrazara un sistema no demostrable y contradictorio á lo literal de las Sagradas Escrituras, y hubiera constreñido las Escrituras dentro de los confines de su teoría, más bien que estas dentro del sentido admitido de las Sagradas Escrituras. Considerando los tiempos en que sucedió esto, y el cuidado con que se vigilaba relativamente á las innovaciones religiosas (aquí no se trataba de un dogma católico; pero estaba envuelta en ello la verdad de las Escrituras), no debe maravillar que una persona que así patrocinaba una teoría que no podía demostrar, condenada fuese al silencio. Galilei entonces escribió una obra mordacísima mostrando su desprecio á la sentencia, y á esto siguió la condenacion, no de la Iglesia, sino de un tribunal, cuyo modo de proceder fué combatido con injusta exageracion. Por consecuencia Galilei no fué nunca conturbado por ninguna cosa de las que hizo, ni por ninguno de sus descubrimientos científicos, sino sencillamente por haber procurado con ahínco llevar adelante una opinion desaprobada por la Iglesia (1).*

¡Sin embargo, permanecerá siempre para vergüenza perenne de la Iglesia la tortura que hizo sufrir al más eminente de los astrónomos!

Un erudito escritor genovés, reuniendo *notas y memorias económicas*, salta de pronto (la armonía conservada con su asunto es verdaderamente rara), y hace esta pregunta: *¿Fué Galilei sometido á tortura?* Dice que los sacerdotes, aún cuando admiten otros suplicios de la Iglesia hechos sufrir á personas que disientan de su fé, siguen obstinadísimos en negar éste: sólo que la irreverente curiosidad de los profanos no se conforma con esto, y continúa todos los días examinando archivos, desenterrando documentos é interrogando difuntos, todo esto para desmentirlos. Hé aquí que el escritor genovés, para desmentir á los sacerdotes que niegan la tortura de Galilei, encontró á un Silvestre Gherardi, ex-embajador en Roma en 1849, el cual publica treinta y dos extractos de los registros del Santo Oficio pertenecientes al proceso de Galilei. Pues bien: veamos y oigamos lo que afirma este Gherardi. Escribe:

(1) Card. Wiseman: *Discurso sobre la influencia del catolicismo en el incremento de las ciencias*, dicho en Leeds.

Segun mi profundo sincerísimo convencimiento, la cosa, la gravísima cosa sigue todavía dudosa, controvertible; pero resoluble más por el sí que por el no. Nos hallamos, por consecuencia, en una cuestión de hecho, reducidos á un individual convencimiento. Y, advertido, señores; es el convencimiento de quien aborrece á la Iglesia católica, más que otros detestan la suma desdicha. Verdad es que Gherardi, al paso que no encuentra prueba alguna de la tortura, piensa que en la hernia de Galilei exasperada pocos meses despues, los indicios apremiantes no faltan para insinuar y hacer creer *la ofensa corporal no advertida y abandonada tal vez por el mismo paciente* (1).

Nos persuade esta *ofensa corporal*, ó esta molestia *no advertida por el mismo paciente*. ¡Oh! La tortura, en el caso de que exista, ¿la juzgais vosotros un perfume de rosas? ¿Un beso del céfiro que os halague las mejillas, hasta el punto de pasar inadvertido? ¿Y se publican y se divulgan estas necedades? Sí fué un beso de céfiro aquella tortura romana, ¿cómo quereis que la hernia de aquel Grande infeliz sufriese una rotura terrible? Señores, otro recogedor de documentos inéditos, Carlos Arduini, apóstata de la Iglesia, que halló é hizo públicas muchas cartas de la carísima primogénita de Galilei, declara con rotundas palabras: *Por consiguiente no hubo tortura corporal; Galilei sufrió únicamente la tortura moral* (2). ¡Cuesta tanto á ciertos incrédulos de Italia, cuando de la Iglesia se trata, confesar la verdad! El cuerpo de Galilei no fué molestado: es lo que Biot, miembro del Instituto de Francia, de ningun modo sacerdote, declaraba despues de un maduro exámen de los hechos: *Galilei no fué sometido á la tortura física* (3): es lo que Trouessart, profesor de la facultad de ciencias de Poitiers, declaraba igualmente: *No; Galilei no fué físicamente torturado* (4); es lo que el inglés Ludovico Dutens repetía con abundancia hermosa de testimonios y hechos: *Por lo que hace á su persona, á Galilei no le tocaron un cabello, y consiguió respetuosas consideraciones* (5). Así es forzoso admitir nuevamente al fin de los extranjeros la verdad proscrita por las pasiones de la secta. Mas no pocos incrédulos italianos quieren en el sumo Toscano la tortura física á fin de amargar á nuestra Madre más de cerca. En vez de gemir por la perversidad de los tiempos, en vez de lamentar el desenfreno de los protestantes, se dan rabiosamente á meter ruido y procuran agravar

(1) Gerónimo Boccardo. *Notas y memorias de un economista*. XXVI.

(2) Carlos Arduini. *La primogénita de Galileo Galilei, revelada de sus cartas publicadas é inéditas*.

(3) Biot. *La verdad referente al proceso de Galileo*.

(4) Trouessart. *Algunas palabras relativas al proceso y á la condenacion de Galileo*.

(5) L. Dutens. *Origen de los descubrimientos é invenciones atribuidas á los modernos*.

uno de nuestros acontecimientos más dolorosos: procuran perder aquella fé divina y católica, de la cual el mismo Galilei se hizo defensor inquebrantable y glorioso hasta el fin de su vida nobilísima. ¡Pobres hermanos míos, si habeis imitado al héroe verdaderamente grande que celebráis! No deseo para vosotros sus desventuras; pero si tuviérais la religion profesada por él, ¡cuánto mejor para vosotros, para Italia y para todo el mundo! ¡Ah! Extendeis vosotros el velo fúnebre de la mentida acusacion, porque, para poder destruir á la Iglesia, intentais convencer de que persigue ella en el hombre al descubridor de la verdad física.

¡Azote la Iglesia de los descubrimientos físicos é ilustres!

Veo un jovencito sentado á orillas de vuestro mar: tiene los dos brazos extendidos sobre las rodillas; eleva la mirada, extendiéndola hasta los extremos horizontes del mediodia, inclina despues la cabeza sobre su pecho, y medita no poco. Está solo: no tiene á su lado compañeros de escuela, alejándose de los chiquillos de la ribera; el viento que agita su pelo enmarañado, y las olas que se rompen á sus pies, son para él como para el soldado el sonido de la trompeta ó el estruendo del cañon: con los vientos y con la onda sonante se renuevan sus gritos de angustia.

Anochece, y se dirige á su ocaso el sol: levanta él la cabeza y grita: *¡Oh sol! Yo te sigo. Tus rayos de mí distantes se difunden, y giran para iluminar á hombres desconocidos por el hombre; mas yo romperé las barreras del mar: daré vueltas con tus rayos y alcanzaré tus descubrimientos últimos.* Ha desaparecido el sol, y la tierra se oscurece cada vez más: él con todo, fijo en su idea, continúa inmóvil meditando. Tal vez su padre y su madre, buscan en su casa al jovencito, mientras el jovencito conversa mentalmente con hermanos desconocidos, iluminados entonces por el nuevo sol. Es inútil llamarle, porque no oye. Le llamaría yo el génio de las olas solitarias y de las visiones marfíticas. Es ciertamente un poderoso adivino. Su trono es una roca.

Quando este jóven se levante de la ribera genovesa y pueda realizar sus designios, el mundo lo saludará tan grande, como más tarde saludaba con el título de grande á Galileo Galilei. El genovés que os presento, afirma que su idea le vino de Dios, declarando que la realiza en servicio de Jesucristo y de su Iglesia. Hijo es de la bendicion del Papa.

¡Oh Cristóbal Colon! ¡Oh vastedad trasatlántica! ¡Oh América descubierta! ¡Vosotros me decís, pues, que, por influir la Iglesia, el pensamiento descubridor en Italia es esclavo!

Llego al fin de nuestro segundo debate. Fieles al propósito de mante-

nernos dentro de los límites de los hechos, nos pusimos á considerar el pensamiento científico en las dos vías maestras que le están asimiladas: la interna y la externa. En la interna, donde resulta racional y filosófico, no halla obstáculo de la Iglesia entre nosotros; en la externa, donde resulta experimental y mecánico, no halla obstáculos tampoco. El pensamiento italiano es por consiguiente libre descubridor de la verdad: dueño de sí, expresó la verdad filosófica; dueño de sí, expresó la física verdad.

No nos proponemos componer un nuevo sistema filosófico, sino manifestar uno de los modos por los cuales se desarrolla el pensamiento humano.

El cual, envuelto por los sentidos y en su virtud atraído por la belleza, se hace primeramente literato y artista; llevado luego por la belleza á los piés de lo verdadero, y convertido en ciencia, abraza la verdad en los dos grandes órdenes ideal y físico, en los cuales brilla; rico finalmente por una parte en la literatura y en el arte; rico por otra en la especulación y en los descubrimientos físicos y mecánicos, plácele al pensamiento salir fuera, ostentando su poder públicamente: manifiesta sus riquezas, y funda el reino de la libertad comun. Aun en esta parte son dos las formas y las vías, por las cuales se desenvuelve: el Gobierno y los ciudadanos: haciendo pruebas de sí en el Gobierno, exalta la libertad legal; haciendo prueba de sí mismo entre los ciudadanos, exalta la civil libertad.

La última explicacion, por consiguiente, en la que nos ponemos á considerar el pensamiento humano, es la de la política. En tal orden, así como se dispone á gozar de todos sus descubrimientos ilustres, dentro de las suspiradas auras de la libertad, libremente se ofrece así mismo en espectáculo á todo el mundo.

¿Tengo cosas alegres que referir por esta parte, ó bien cosas tristes y deplorables relativamente á nuestra patria? El pensamiento italiano, en cuanto fué pensamiento político, ¿pudo florecer y producir la libertad legal y la libertad civil? Aguardo vuestro juicio.

¡Ay! En Italia está la sede suprema del catolicismo; oprime su cuello el Papa como un incubo; le cierra los ojos para que no discierna y le tapa la boca para que no respire. Así nos lo dicen los libres pensadores, y yo me visto de luto.

Seamos con todo historiadores, señores míos; como lo hicimos en el principio, pongámonos á observar aquellos ejemplos y aquellos hechos, que se destacan en nuestros mejores tiempos. Ahora bien; los

mejores tiempos de la Italia se refieren á la ordenacion de los Municipios: república en Venecia, república en Amalfi, república en Pisa, república en Florencia, república en Génova, y república en otras partes; hierven los órdenes republicanos en casi toda la península italiana. Mas la república es ley de libertad. Quien conoce los municipios italianos, por haber ahondado en su estudio, tiene noticia de aquellos libres procedimientos, de aquella intervencion del pueblo en los asuntos gubernativos, de aquella gran libertad que palpitaba en los pechos de aquellos antiguos legisladores, y de cómo, para quitarse de encima el pié del César extranjero, derramaban la sangre y, por decirlo así, el alma. País de los grandes amadores de la libertad, fué nuestra nacion en sus gloriosos siglos.

¿Qué tiene que ver con esto la Iglesia?

Tiene que ver, señores: Italia, dominando en ella la Iglesia, fué la tierra de los grandes amadores de la libertad: la Iglesia por consiguiente no ahoga el pensamiento de la libertad política.

Hay más: lo promueve y le da bríos. A la verdad si recorreis nuevamente la historia de nuestros Municipios, os manifiesta que los Municipios deben á los Papas su florecimiento y su vida. Escribe Nicolás Tommaseo: *Los que condenan los actos de Gregorio VII como extrañamente arrogantes, no piensan que debía combatir con extrañas y duras cabezas; no piensan que sin él la Italia hubiera venido á ser ocho siglos antes una provincia del imperio; no piensan que á la resistencia violenta aquélla debe sus repúblicas auxiliadoras de civilizacion á toda Europa* (1). Lo que obraba Hildebrando repetíalo á su vez Alejandro III. Nuestras leyes y las instituciones libres, y por consiguiente las empresas más hermosas, los avances contra el extranjero, las ligas magnánimas y las victorias, especialmente aquel triunfo espléndido de Legnano, que justamente fué llamado el *Maraton de las repúblicas lombardas*, son un soplo del pensamiento güelfo, que circulaba en ellas y las movía. En breves palabras: la Italia en sus tiempos afortunados fué republicana y libre, por tomar su direccion de la Iglesia católica. ¿Quién sostiene tal opinion? Edgardo Quinet, el furioso adversario de los Papas, el cual afirma de las repúblicas italianas: «Al grito de ¡viva la Iglesia! se juntaban con la clase media las clases inferiores, y todos aquéllos que descubrían más bien un patrono que un señor en un poder espiritual. De la Iglesia querían hacer una patria así en la tierra como en el cielo... La Italia tomó su propio temperamento de la Iglesia (2).»

(1) N. Tommaseo. *La Matelda di Dante*, en el libro *La Donna*.

(2) Quinet. *Las revoluciones de Italia*, cap. III.

Libre en el gobierno por la libertad legal, el pensamiento italiano es igualmente libre en los ciudadanos mediante la civil libertad.

Ahora, á fin de no pintaros casi el mismo cuadro, pasando de los gobernantes al pueblo, donde igualmente se levantan, demos tambien un salto con el discurso: saltemos de todas maneras á tales tiempos, parándonos allí donde brillan aún los vestigios de nuestra grandeza. Contemplemos la época del Quinientos. Temporal y espiritualmente aún es fuerte la Iglesia en Italia. ¿Qué ocurre con los ciudadanos de Italia? ¿Están sofocados tambien? ¿Son atormentados igualmente y muertos?

Los italianos, en la edad en que procuramos nosotros describirlos, son los ciudadanos más sueltos, más alegres y más lujosos del mundo. Trajes espléndidos, modales corteses, conversaciones por ellos amadas, juegos, espectáculos y ánsia siempre creciente de lo nuevo, tales son los rasgos salientes y vivos de sus costumbres. Aun suponiendo que aquí ó allá no pocos particulares lloran, los ciudadanos se dan á fiestas y rien. Advertid que si todos los italianos, aunque llevan grabada una fisonomía comun, suscitan elogios por títulos peculiares, tales elogios y títulos peculiares, por la vena de la gracia que se infunde en nuestras costumbres, presentan en todas partes la propia caricatura: en su virtud la comerciante Venecia tiene su *Pantalone*, negociante honrado; Nápoles su *Polichinela*, coqueton y charlatan; Toscana su verboso y tímido *Stenterello*; el epigramático popular de Génova tiene la máscara del *Marqués*, con la cual se burla de sus orgullosos patricios; Bérgamo posee su gracioso *Arlequin*; la erudita Bolonia, su doctor; Piamonte, laborioso y casero, su rústico y grosero *Gianduia*; la juiciosa y sacerdotal Roma su trivial é incrédulo *Pasquin*. Así de veras se dan á fiestas y rien.

Empero con los acontecimientos públicos y alegres, que no son muy escasos en nuestra península, nos dan la hora de la fiesta más sabrosa y más bella. ¿Se celebran en Venecia las bodas del Dux, ó se repite allí el casamiento de la Serenísima con el mar? Hé aquí que sobre las Lagunas se derrama un mundo. ¿Saluda Florencia la ascension de un vástago de la Casa de los Médici al trono de san Pedro? Luminarias, batallas y espectáculos: Italia se derrama sobre el Arno. ¿Establecen los Visconti los torneos en Milan? Hormigean en la Lombardia caballos y caballeros. ¿Quién no conoce el *viernes célebre* de Verona? ¿Cómo proceden divertidos y locos los carnavales aún sobre el Tiber! Locos son en demasía. Llegado el carnaval aún los Cardenales mandan máscaras eu carros triunfales ó sobre cabalgaduras, con vestidos de seda, ó brocado de oro y de plata. El delirio ó el tormento amoroso de los italianos es el teatro: hay allí un enjambre, no comparable con los de las demás

tierras, de boleros, de cantantes, de mímicos y de bufones. Sólo se puede comparar en los siglos con el enjambre de los bárbaros que rebotaban en nuestro país; mas, así como los mímicos de la batalla y de la invasión quemaban y ensangrentaban, estos nuevos bárbaros de chupa ó de tonelete, tocan instrumentos, maullan, saltan, hechizan, y los italianos que pagan á los encantadores con su dinero, son dejados para que hagan lo que les parezca.

Mientras la nación es dominada por la alegría y por la locura en los teatros y en las plazas, los poetas versifican, los oradores arengan, los doctos disertan, los pintores dibujan, los escultores levantan monumentos y los literatos hacen academias: entonces, interrumpiendo la fiesta de los mímicos y de los histriones, salen los italianos á gozar de las maravillas nuevas, ¡Qué rareza! Toda Italia se transforma en Atenas, donde intervenía el pueblo con entusiasmo, y á veces con fino ingenio en los experimentos de los artistas y de los oradores: así el pueblo de Italia, que tiene la gentileza y el ingenio de los Griegos. Hoy Brescia oye promulgar por sus calles, á son de trompeta, que su Tartaglia descubrió un nuevo teorema matemático, y corre; mañana corre toda Pisa á ver demostrada, con su torre oblicua, la ley de la caída de los graves; hoy la plebe romana se agolpa en torno de Bernardo Accolti de Arezzo, que pasea rodeado de prelados con las guardias suizas, para declamar en el Capitolio sus versos, honrándole por la noche con una iluminacion: mañana las ciudades italianas hacen fuerza y se conmueven para ver y oír á Pedro Aretino, que con discurso elegantísimo dirá mal de todos: otro día se habla sólo del nuevo canto del *Orlando*, leído en el día precedente por Ariosto en la Corte de Ferrara: otro está lleno de festivos discursos, de sonetos, de los toques de las campanas y de bataholas, porque fué desenterrado el Laocoonte, ó porque Miguel Angel abrió la Sixtina, ó Benvenuto expuso el Perseo.

El pensamiento italiano no tiene dificultades en la obra de la libertad civil.

El problema está resuelto.

Cuestionando con los libres pensadores, era imposible ceñirse al puro razonamiento: precisamente porque son libres en el pensar, y no tienen dogmas racionales, vuelan, se deslizan, se presentan y desaparecen de pronto, por lo cual se desespera quien pretende apoderarse de ellos y conducirlos rigurosamente á una conclusion. Hemos dicho por consiguiente: dejemos el simple raciocinio y acudamos á los hechos: si es cierto que la Iglesia católica extingue la libertad del pensamiento humano, los hechos deberán demostrarlo abiertamente allí donde en los tiempos modernos ejerce la Iglesia una especial dictadura; deberán, pues, poner

de realce la esclavitud del pensamiento en Italia. Nos pusimos nosotros á recorrer los anales italianos: observamos nuestras épocas heróicas, como tambien nuestras producciones clásicas: ¿y qué resultó? El fruto de nuestros estudios fué que mienten los libres pensadores al atacar de tirana á la Iglesia.

El pensamiento en Italia no halla obstáculos por parte de la Iglesia.

No tiene obstáculos el pensamiento estético, dejado dueño de sí cuando quiere conseguir la belleza literaria y artística. Alighieri, Boccaccio, Petrarca, Tasso, Giotto, Buonarroti, Sanzio, Leonardo de Vinci os dicen gritando: *Somos católicos é italianos*.

No halla obstáculos el pensamiento científico, y es dejado dueño de sí en las afirmaciones de la verdad filosófica, como asimismo en los descubrimientos de la verdad física: San Anselmo, Santo Tomás, San Buenaventura, Campanella, Vico, Cristóbal Colon, Galilei, Cassini, Galvani, Alejandro Volta os gritan: *Somos italianos y católicos*.

No halla obstáculos el pensamiento político, el cual es dejado dueño de sí en el ejercicio de la libertad legal y civil: los Municipios, los Quintientos, aquellos gobiernos y aquellos ciudadanos con sus proezas guerreras y con sus alegrías pacíficas os gritan: *Somos católicos é italianos*.

Fernando Gregorovius, puro y fervoroso aleman, despues de haber concluido sus apasionados estudios en Italia, escribe: *La Italia, corazon del mundo latino, ha sido siempre centro de gravedad de la política, de la civilizacion y de la sabiduría de la Europa* (1). Con otras palabras es gran parte del panegírico patrio y religioso que os he recitado.

¡Cuánto cuesta creerlo! Han hablado los hechos y hablan aún eloquentemente: ¿cesará en su virtud el reproche de que oprime la Iglesia la libertad del pensamiento? No cesará.

Mas esto es un arcano. ¿Ni aun la historia es bastante para persuadir á los adversarios? ¿A qué fin vibran los puños deseando destruir los hechos?

Expliquemos el arcano. Ha surgido, señores, con nueva organizacion, y con orgullo nuevo, un poder, cuyo ardiente trabajo es vituperar la Iglesia, á fin de tomar su puesto en la sociedad civil. Como Tertuliano escribia excelentemente del diablo, llamándole *remedador y mono de Dios*, así el poder de que hablo, á fin de conseguir mejor lo que intenta, imita tambien á la Iglesia católica, siendo un mono vulgar relativamente á ella. Como la Iglesia, tiene su jefe supremo, más absoluto y más infalible que nuestro Papa infalible del Vaticano; como la Iglesia, tiene el supremo magisterio de la Orden, sus cofradías, sus asambleas,

(1) F. Gregorovius. *Lucrecia Borgia*, lib. I. Florencia, 1874.

sus venerables, sus figuras simbólicas, sus ritos, sus juramentos, su culto, sus sacramentos. Tiene todo esto que tiene la Iglesia católica: solo que la Iglesia católica camina mirando de frente al sol, cree en Dios y le adora: él, por el contrario, se agita en las tinieblas, y si bien ciertamente lo nombra, adora poco por fé al sumo arquitecto del universo.

Pues bien; este poder (á fin de continuar el honroso parangon), se presentó á la Iglesia, como Satanás presentóse á Cristo.

Satanás dijo á Cristo en la cumbre del monte: Allí abajo mira los reinos de la tierra: te daré aquellos reinos en herencia, si tú postrado me adoras. Empero Cristo respondió á Satanás: *Escrito está. Adorarás al Señor tu Dios, y á El sólo servirás. Vade retro.*

La Masonería semejantemente dice á la Iglesia: Allí contempla los reinos de la tierra, que huyen de tus manos. Póstrate ante mí adorándome: haré que los gobiernos te admitan; dulcificaré las leyes en tu favor; te procuraré amigos entre los políticos y los filósofos, y haré que los pueblos te sigan: no más persecuciones, ni guerras, sino paz. La Iglesia no se dignó discurrir con la tentadora. Respondió como contestaba Cristo á Satanás: *Vade retro.*

Entonces, recibida la fatal repulsa, se pensó en el azotamiento y en la muerte.

¿No leéis en los Evangelistas los gritos feroces de Jerusalem, que son las vociferaciones frenéticas del deicidio? Parecen los gritos que resuenan por Italia. Es la Iglesia escuela de tiranía y de impostura: oprime la Iglesia la libertad del pensamiento italiano; la Iglesia es reo de muerte.

Hé aquí por qué se falsifica la historia, ó no se acude á ella: hé aquí dónde vienen á parar los libres pensadores, relativamente á la Iglesia. Para ellos no es cuestion verdaderamente de libertad, sino de dominio; quieren tener en el puño el cetro de las inteligencias; quieren tener ellos solos el mando de los cuerpos y de las almas; como el Papa se opone á ello, decretan su exterminio.

¿Qué sucederá? ¿Vencerá la Iglesia, ó bien la Masonería lanzará de nuestro país al Papa?

Un Conde piemontes, en 24 agosto de 1870, exclamaba en el Senado del Reino: *Nosotros tenemos siempre una llaga, que hace muchos años está en el corazon de la nacion; la cuestion de Roma... Llegará un día en que absorberá Italia á Roma, ó será por ésta aniquilada* (1).

No, almas engañadas y crueles. Suponed el triunfo plenísimo del Pon-

(1) Palabras del Conde Ponza de San Martino: Véanse los *Actos oficiales del Senado*, número 194, pág. 829.

tífice: Roma no intenta aniquilar á la patria: Roma os da en los tiempos cambiados lo que se puede hacer por causa de los tiempos cambiados; os da siempre [de todas maneras el pensamiento italiano dueño de sí, como también espléndidamente realizado en la estética, en la ciencia y en la política.

Mas vosotros, desgraciados, ¿cómo pensais en buena conciencia que podeis absorber á Roma sagrada y católica? ¡Absorber vosotros Roma, el Evangelio y Cristo! ¡Vosotros, pequeño municipio de las gentes, absorber la universalidad de la fé! ¡Vosotros, tierra, absorber el cielo!

¿Dónde hoy está la desaconsejada Jerusalem, que dió muerte á Jesucristo?

No riáis, profanos, de Jerusalem, ni del Calvario. Vosotros que despreciáis la religion, como despreciáis la historia, aprended á lo ménos de la fábula: yo me remito á ella. ¡Oh Titanes de la fábula! Recordad los rayos exterminadores de Júpiter. ¡Oh Italia! ¡Acuérdate de Pelio y Ossa!

CONFERENCIA IX.

SI SE PUEDE ACEPTAR EL NUEVO MATERIALISMO.

Seguimos haciendo la crítica de los sistemas filosóficos.

Hé aquí que á nosotros, que aún tenemos lleno el cerebro de las cuestiones trascendentales y racionalistas, se nos presenta pronto uno que se aparta de los demás y forma parte por sí. En vano pediríais á tal sistema las altezas de Kant y Hegel; en vano buscaríais en él los tintes racionales, á que se abandonan los mismos filósofos del sentimiento y del sentido comun; Jacobi y La Mennais, comparados con él, resultan etéreos; en sus doctrinas está toda la pesadez de Augusto Comte, ménos las abstracciones, en que se desliza alguna vez el misántropo del Sena. Es un sistema filosófico potente y macizo como ninguno, porque, así como los demás parten ordinariamente de la ontología ó de la psicología, él parte literalmente de la molécula. Lo llaman nuevo, y nuevo parece ser porque fué sacado recientemente de ciertos antiguos sepulcros, y animado por soplos de galvanismo; en su virtud se ha vuelto á levantar entre mil fatigas de frenólogos, de mecánicos, y especialmente de médicos.

Allí está el niño grande: unos cantan himnos á su nacimiento, y otros protestan de su eterna juventud; mas los médicos que tiene á su alrededor me anuncian su dolencia. Yo miro su faz, y reconozco al decrepito, ahora niño en la cuna, mecido por los modernos empíricos. Es el materialismo.

Enciéndese pronto en mí la ira que me causa el materialismo; no lo encubro, señores. El primer ímpetu que me trasporta es dirigirme á los filósofos de la pura razon, á los idealistas, á los libres pensadores y decirles gritando: Vosotros, segun los cuales la Iglesia conculca la

libertad del pensamiento, rebaja la dignidad humana y extermina la idea, ¿veis, acusadores frenéticos, dónde está el tirano del pensamiento y del alma? Empero vosotros mordeis á la Iglesia, lo cual es oficio vuestro, y tendéis la mano al materialismo.

Calmémonos: el exámen de la doctrina materialista no debe ser una explosion de rayos. Ahora bien; extinguida la indignacion, siento en mí un segundo ímpetu enteramente dulce y mórbido.

Actualmente aumenta el materialismo, y hace muchos secuaces. ¿Y por qué razon? Los estadistas y los criminalistas observan que hoy aumentan los locos: es preciso extender por toda Europa los manicomios y multiplicarlos. La economía social, espantada por el gran número de dementes, pide limosna para ellos, y hace, por decirlo así, el sermón de la misericordia. ¿Será que aumentando los locos aumenten á su vez los materialistas? Queda de todas maneras por resolver si los locos engendran á los materialistas, ó si los materialistas engendran á los locos.

Hé aquí otra observacion, perteneciente al siglo nuestro: al mismo tiempo que los filósofos de la materia se difunden formando ejército, disminuye la fé sobrenatural, y muchos abandonan á la Iglesia católica. Puedes jurar, lector, sobre tu cabeza que de cada diez nuevos desertores, ocho ó siete á lo ménos se engolfan en el materialismo. ¿Se debe admitir por lo tanto que huyen los tales de la Iglesia para no creer absolutamente ni adorar? No: cambian de Dios. En ellos cede la hermosura y la precision de la imágen ideal á la monstruosidad de la forma, como antiguamente ocurría entre los indios y los egipcios, los cuales, postergado el sumo y verdadero Sér, adoraban á Siva de tres ojos, á Brama de cuatro cabezas, y á Ganesa con cabeza elefantina; pero los tales creen y adoran siempre. Han sustituido el dios *espíritu y verdad* por el dios *masa informe ó bien átomo volante*.

Más aún, señores: ¿á qué tienden los materialistas cuando insisten y forman su religion? Al dominio universal del mundo. Os maravillará que tengan tan poca modestia, poniendo además en duda que los materialistas llegados á dominar el mundo logren regirlo bien. Lef en un libro titulado *La razon de Estado*, de Bottero, que desde la declinacion del Imperio romano hasta muchos siglos despues, fueron señores del mar pueblos juzgados menos aptos: los vándalos, los sarracenos y los turcos, gentes bárbaras nacidas lejos del mar, sin noticia de los vientos, ni práctica en las cosas navales; pero que con las fuerzas terrestres ocuparon fuertemente los puertos y las islas.

¡Qué clase de argumentacion es hoy la del sacerdote! creo exclaman los materialistas. ¿Es que no saben combatir sino manifestando có-

lera y acudiendo á la ironía? Contra el materialismo se necesitan pruebas lógicas y altamente serias.

Obedezco, planteando el siguiente problema: ¿Podemos aceptar nosotros el nuevo materialismo?

No podemos, por ser una necesidad, una tiranía y una impiedad. Es una necesidad para el docto, una tiranía para el legislador, y una impiedad para el cristiano.

El primero que juzga el materialismo es, señores, el docto.

Realmente le corresponde tal honor, porque, debiendo nosotros obrar según la razón, preciso es que lleguemos donde resplandece la luz de las cosas, la cual sólo puede suministrarnos la ciencia. Empero la ciencia tiene un legítimo representante, quien es preciso que preceda por esto á los otros mortales. Habiendo preguntado al cínico cuál era en el mundo el peso más inútil, respondió: «el hombre ignorante;» nosotros, por tanto, volviendo la frase al revés, decimos: que el hombre más útil al mundo es el docto. El docto, en los órdenes terrenos, es el primer revelador; es, por consecuencia, el primer juez de las cosas.

Aun cuando así no fuese, necesario sería para nosotros principiar por el docto; hé aquí la razón. El materialismo se nos presenta como un nuevo sistema filosófico, queriendo ser reputado tal. Forzoso es, por lo tanto, examinarlo científicamente, y conocerlo ante todo, para poder inferir fundadamente si afirma de sí mismo bien ó no. ¿Es posible tal trabajo de exámen no confiándole al docto?

Colocado en medio el primer juez, venga el materialismo y manifiéstesenos en su sér.

¿Qué es el nuevo materialismo?

El materialismo enseñaba antiguamente de una manera terminante y categórica que «la materia piensa.» El nuevo materialismo dice por el contrario: «El alma es un producto del humano organismo; el pensamiento es un movimiento de la materia.» Así las palabras se multiplican en boca de los materialistas modernos; pero no vino explicación alguna por multiplicarse las palabras, ni cambió la enseñanza; el alma, que consideran un producto del organismo, no difiere por la naturaleza del propio organismo; siendo el organismo pura materia, ser debe material á su vez el alma. Por consecuencia, el pensamiento llamado «un movimiento de la materia,» no se diferencia «de la materia que piensa.» En esto Littré, Moleschott, Büchner, Taine, Marr y los demás materialistas vivientes de la Europa y de América, resultan tan anticuados y prosáicos, como prosáicos y viejos eran ya en sus tiempos los

materialistas pertenecientes á las escuelas filosóficas de los Jonios y de los Eleatos.

Hombre, que con nobleza ejercitas la profesion del sabio, yo te pregunto: ¿Qué me dices del materialismo viejo y nuevo?

Es una necesidad.

Realmente, olvidándonos de todo lo dicho, hagamos una nueva suposicion, y formulemos el siguiente dilema: El alma, que denominan efecto del organismo corpóreo, se juzga un sér fisico, ó un sér espiritual.

Si se considera un sér fisico, no entiendo nada, poniéndoseme sólo delante desviaciones y atentados contra la lógica, capaces de volver á uno loco. Hablando de la materia nosotros, decimos con fundamento: es lisa, es redonda, es cuadrada, es curva, es inorgánica, es orgánica: ¿os parece que podemos emplear el mismo lenguaje relativamente al alma? ¿Diremos que es orgánica ó inorgánica, lisa ó escabrosa, cuadrada ó redonda? Además, la materia toma tambien colores; es roja, azul, amarilla, morada, verde, etcétera. Ahora bien; ¿os place dar colores á las ideas, vistiéndolas, por decirlo así, de azul, de amarillo, de morado ó de verde, como los pintores visten sus imágenes en los cuadros? Es una necesidad.

Procedamos adelante. La materia tiene la propiedad de ser extensa; el cuerpo realmente material extiéndese en longitud, en latitud y en profundidad: tiene la derecha, la izquierda, lo alto, lo bajo, delante y detrás. Intentad descubrir en el alma tales propiedades. Es cierto que el alemán Schiff, habiéndose puesto á enseñar á los italianos, denomina el alma «un sér compuesto y extendido,» notando que necesitase algun tiempo, aunque brevísimo, entre la externa impresion y la percepcion interna; de donde resulta que el alma, necesitando algun espacio para juzgar las impresiones exteriores, es necesariamente «extensa y por lo tanto compuesta (1).» Empero el buen alemán hace lo que los buenos italianos no quieren hacer; hace consistir el alma en el tejido sensorio, confundiendo el acto de la sensacion con el del intelecto, lo cual es un error grosero. A dicho filósofo alemán le diremos que si el alma es «compuesta y extensa,» nos muestre en ella lo que está delante y lo que está detrás, lo que está encima y lo que está debajo, enseñándonos principalmente su longitud. Puesto que la materia, por larga que sea, puede fácilmente alargarse más, le diremos por añadidura: A la manera que tomando una bola de cera, calentándola y trabajándola con los dedos, haceis salir de ella un uso, un campanario, ó un muñeco delgado y sutil, indicadnos como puede suceder otro tanto del alma: dadnos la posi-

(1) M. Schiff: *Lectura sobre la medida de la sensacion y del movimiento*, 1889.

bilidad de un alargamiento en ella: aceptaremosla nosotros aun cuando se convierta en un muñeco ó en el campanario de nuestra iglesia. ¡Necesidades!

No nos detengamos. La materia ocupa lugar, precisamente por ser compuesta y extensa: se necesita un puesto para vuestro guardarropa, para vuestro sofá, para vuestros candelabros, y para vuestros tapices. Ocupa lugar el cuerpo del hombre, por ser material: aunque no lo tengais tan desmesurado como el emperador Maximino, que cubría extendido el espacio de su gabinete; aunque lo tengais muy pequeño y enano como lo tuvo Pepino, un lugar se necesita para vuestro cuerpecito. Ahora bien; ocupar un puesto quiere decir que donde un cuerpo está no cabe otro cuerpo. Os ruego, señores, me digais qué lugar ocupa el alma. En los tiempos no adelantados solian colocar el alma en alguna célula del cráneo, ó en el lago del corazon; mas esta doctrina cayó en desuso, y ningun filósofo se atreve á fijar la estancia del huésped invisible. Obra el alma en todo el cuerpo, sin ocupar en él parte alguna. Esto se aclara, considerando las facultades del alma. El alma humana, por su carácter distintivo razona, y razonar es inherente á la sustancia suya: ¿cuál espacio ocupa la razon? Ninguno. La voluntad del alma es su misma sustancia; cuando el alma quiere, toda es voluntad; ¿cuál espacio ocupa la voluntad? Ninguno. Semejantemente la memoria es facultad del alma humana; no se alarga esta facultad aunque recuerde mayor número de cosas, ni se restringe por recordar ménos: recuerda «inmaterialmente» áun las cosas materiales. ¿Cuál es el punto local de la memoria? Este punto no existe. Tornando al cuerpo que ocupa espacio, cuando el volúmen del cuerpo disminuye de algun modo, comprende menor amplitud. Cortad al hombre un brazo: extiéndose ménos y ocupa ménos espacio. Ahora bien: ¿quisiérais vosotros cortar el alma? ¿Quisiérais cortarle por ventura un pedazo de inteligencia, ó un pedazo de voluntad? ¡Necesidades! Hay más aún. Ciñéndonos á dicho corte del brazo, vemos que si el alma estuviera físicamente combinada, como es cosa física el cuerpo, ó fuera empastada confusamente con él, perdiendo el hombre un brazo, el alma por su parte debería perder una parte sustancial de sí, presentando en su virtud las señales de su deficiencia. Empero ¿quién, áun con un brazo perdido, puede juzgar que ha disminuido su alma? ¿Lo afirmaríais vosotros? ¿Afirmaríais que si á Galilei ó á Milton hubiera faltado uno de los dos brazos, como realmente carecian ambos de los ojos para ver, no hubiera quizás hallado el primero en la iglesia de Pisa la ley del movimiento, y no hubiera cantado el segundo tan bien el *Paraiso perdido*? ¡Necesidades!

El docto, procediendo segun la ciencia, ha probado ya que el alma del

hombre, la cual se dice un efecto del organismo corpóreo, no es corpórea, ni física.

Dirijámonos á la otra parte del dilema: hagamos ahora la suposición de que el alma, que suponen efecto del organismo corpóreo, resulta diversa del cuerpo enteramente, siendo un sér espiritual. Santiago Moleschott aparece asintiendo en esto, donde ha escrito: *No le neguemos el espíritu* (1).

¿Se considera por tanto no corpórea el [alma que hacen pulular del cuerpo y elevan á la dignidad de espíritu? En medio se presentan las contradicciones bajo un nuevo color; aquí, como poco antes, abundan las necesidades.

Es un axioma trillado que nadie puede dar lo que no tiene. Ahora bien; si consideramos el cuerpo, resulta claro que no tiene intelecto, ni libre albedrío, ni propósito, ni arrepentimiento, ni amor: estas dotes, por las cuáles no se conoce, residen en el alma, donde brillan fulgidísimas. El alma tiene intelecto, tiene libre albedrío, tiene propósito, tiene arrepentimiento y tiene amor: es rica en ideas, que tienden al absoluto y al inmenso; es rica en las ideas generales de las cosas. ¿Cuál es, señores, la consecuencia? Si ninguno puede dar lo que no tiene, y si el alma posee lo mejor de que se precia el hombre, no es hija del organismo corpóreo. ¿Qué consigue quien se obstina en negarlo, atribuyendo á la materia las ideas y con el cuerpo mezclando el espíritu? Me duele por él; mas es preciso que lo ponga entre los nécios.

Establezcamos otro principio. A fin de que se realice una creación en el universo, debe preexistir la idea de la propia creación. Nada se forma sin preparación, ni causa eficiente ó por sí. ¿Es que la *Iliada* se compuso al acaso por sí misma, sin que hubiera necesidad de una gran mente como la de Homero? No. ¿Brotó acaso de la tierra casualmente, y por sí, la torre que flanquea el templo de Santa María del Fiore en Florencia? ¿No se necesitó un gran cerebro arquitectónico que la idease, como el de Giotto? Por consecuencia en toda creación se necesita una idea ó un modelo anteriormente. Ahora bien; si nosotros declaramos el alma un producto del organismo corpóreo, nos vemos al propio tiempo constreñidos á reconocer que anteriormente coexistía la idea, ó el tipo del alma en el organismo corpóreo. Esto sentado, ¿no descubrimos una enorme contradicción, en la cual damos de bruces? Si antes de que existiera el alma, existía en el cuerpo la idea ó el tipo del alma, existía el pensamiento antes de la existencia del pensamiento, de modo

(1) G. Moleschott. *Luce e vita. Discorso sulla natura dell'uomo.*

que hubiera debido existir el hombre racional antes de ser creado el hombre racional. ¿No es acaso esto una necesidad?

Un tercer principio existe, que debe ser atendido. En la formación de las cosas sucede que la cosa producida resulta ménos excelente y ménos perfecta de lo que habia el operador divisado en su pensamiento. Tomo aquí ejemplo del hombre, obra maestra de la creación. Todos los artistas al construir una estatua y al diseñar una efigie, se proponen una obra superior; trabajan con solercia y atentísimos, lamentándose despues de que la estatua ó la efigie no haya podido llegar á la perfeccion que idearon. «¡Ah! ¡Nosotros la fantaseamos más hermosa en nuestro espíritu! y estamos descontentos.» Muchos artistas son Virgilio, que quisieran dar á las llamas sus *Eneidas*. Allí está Beethoven con la mano en el fuego, para quemar un dulcísimo trozo suyo de música. Ciñéndonos á nuestro asunto, hallamos que la naturaleza hubiera hecho lo contrario de lo que sucede: la naturaleza, cuando la obra maestra de la creación, ó el hombre, no habia comparecido aún, se hubiese por sí sola superado á sí misma; habiéndose puesto á crear al hombre con simple materia en la mano, hubiera conseguido crear el espíritu. ¿No es otra necesidad discurrir semejante milagro?

Así la ciencia dirige al sabio para que determine relativamente á nuestra segunda suposición: ¿viene á ser de naturaleza distinta del cuerpo, y es un sér espiritual el alma que se hace surgir del organismo corpóreo? No lo es.

Probado esto, nace, señores, una investigación espontáneamente. ¿Cuál es al fin la verdadera y pura enseñanza de la escuela materialista? Saca el alma del organismo; mas el alma, ¿qué cosa es á su juicio? ¿Es materia, pero refinada, ó por el contrario espíritu?

El docto, experto en los sistemas filosóficos incluso el materialismo, responde que el materialismo en sus afirmaciones es confuso y enmarañado; unas veces habla de tal manera, que casi es ideal. Exprésase otras veces de modo diferente, y es macizo como la piedra. Sucede así, porque, partiendo del error, y batallando para no declararse equivocado, se ve constreñido á decir cosas contradictorias y garrafales. Con todo, quien con diligencia lo examina por una ú otra parte, y penetra en sus interioridades, descubre fácilmente que, haciendo derivar el alma del organismo corpóreo, la reputa material.

¡Qué monstruos de absurdos racionales! ¡Cuántas necesidades disputan entre sí, como en el poema de Milton disputan sobre las puertas del infierno *Satanás, el Pecado y la Muerte!*

Amenísimos en el suelo de Milán se levantan los collados Brianteos: atmósfera tranquila, y aura suave, como si estuviera impregnada de un

eterno rocío, vivificada por un sol siempre amigo; estrellada se presenta la noche por dulces astros y una luna llena de encantos; límpidas cristalinas aguas y bellísimas flores. La Brianza es el Eden de la Lombardía. La gente de aquellas colinitas corresponde á la hermosura del cielo y á su naturaleza exuberante: costumbres sencillas y nativas, con una fé inmaculada: sería supérfluo levantar el templo de la Justicia como Numa levantáballo en Roma, porque allí se ve su altar en cada familia: viejos respetables, mujeres púdicas, jóvenes honrados y amables niños.

Entro en la Brianza, señores: ¿no me seguireis vosotros?

Informado de la bondad de aquellos campesinos, hallo un jóven sacerdote. En lo alto vive su madre en una casita sombreada por castaños, y está preparando la cena; él, despues de los cuidados de la iglesia, va con paso veloz á libar el perfume de la campiña; la estacion es hermosa y parece nacer la naturaleza: ha llegado abril. Su habitacion usual está entre Oggiono y Ello; por consecuencia á los declives herbosos de Ello se ciñe su paseo de la tarde.

Llegado á la vuelta de un angosto sendero, deja el sacerdote de hallarse sólo, porque se le agregan dos señores que halla: como éstos conociéronlo niño, lo colocan entre ambos, y con mucha familiaridad, se ponen á conversar con él.

¡Ay de mí! ¡Cuán de improviso contúrbase aquella paz, como tambien aquella dulce armonía que se reflejaba entre el cielo y la tierra, áun en el jóven sacerdote! Así como la Brianza con sus costumbres sencillas, casi pastorales, forma un solemne contraste con las costumbres artificiosas de nuestras ciudades, hay entre los dos señores y el sacerdote una discrepancia de pensamiento y de creencias, que te hiere la fibra su sola consideracion.

Sin esperar mucho, oida una excursion por el reino de la materia, el sacerdote se asusta. «¿Cómo, exclama con cierto espanto, podeis sostener nunca con buen sentido que brota el pensamiento de la materia, debiendo ser únicamente una íntima oscilacion suya? Si así fuese, resultaría que la parte inferior engendra la superior. Empero no es; se trata sólo de una fanfarronada vuestra y de una extravagancia; probado está que no surge nunca un efecto más noble que su causa.»

Respondió el más anciano de los dos señores: «Vosotros, los defensores de lo sobrenatural, que negais y combatis ahincadamente que sea el pensamiento hijo de la materia, aduciendo que no se dan efectos más nobles que su causa, no dais una siquiera en el blanco: la naturaleza os lo acredita, y la misma sociedad civil espectadora es de ello. Ved el telégrafo eléctrico; ¿qué cosa es la electricidad? Es un fluido fí-

sico. Mas aquel fluido va por los hilos con inteligencia rara, mayor que la de usted cuando sube las gradas de su iglesita: el fluido, elemento físico, habla y escribe; en un instante cuenta lo que referir quiere de uno á otro país, áun cuando estén distantísimos: obra, en suma, maravillas. Se dan por consecuencia efectos más nobles que su causa.»

Réplicó el sacerdote: «Hé aquí una prédica dirigida á los bobos: usted, señor, usurpa mi oficio demasiado mal. Pues estamos á punto de subir las gradas de la iglesia y de hacer el sermón, permita que corra éste á mi cargo. Le respondo, pues, así. La electricidad que camina por el telégrafo, es un elemento físico. Esto es seguro. El, á caballo de los hilos, si vale la expresion, obra maravillas; lo concedo tambien. Empero, ¿de quién son las maravillas, ó más bien los milagros? ¿Del fluido sencillamente? ¡Oh, no! Advierta que corre á caballo; pero que por sí solo no monta: advierta que lleva una embajada y usa un alfabeto enigmático. Empero la embajada no es suya, sino que la recibe: ni forma el alfabeto enigmático, sino que lo hacen otros, sin que sepa nada, habiéndoselo colocado, por decirlo así, en su boca. El gran mérito del fluido eléctrico es tener en esta parte las piernas listas; puede caminar veloz de veras, por ser uno de los imponderables; no tiene huesos ni carne que arrastrar en pos de sí. Por consecuencia la electricidad en el telégrafo es un material ejecutor de maravillas; mas éstas son de otros. ¿No advierte el verdadero poder del milagro? Es el hombre: tiene tal potencia el hombre, por poseer una libre alma intelectual. ¿A qué se reduciría la electricidad, si no interviniera la mente y la mano del hombre para disciplinarla? A un zumbido, á una explosion, á nada. Vosotros á quienes fastidia lo sobrenatural, ¿soís tan poco amantes del hombre, y tan poco egoístas, que concedéis á la materia bruta lo que corresponde á vuestra facultad? Horrible despilfarro, señores, y pésimo pecado, por cuanto ella ni áun es agradecida.»

El señor que primeramente habló, el cual ahora se atusa la barba, que tiene ya una parte blanca, calla; pero con mucha cólera, mostrando en su actitud que dispone una respuesta. Empero el otro, anticipándose á él, sale con una de sus acometidas y dice: «¿Es usted por consiguiente, sacerdote mío, propiamente un rabioso espiritualista? Quiero ver cómo sabe salir de la jaula en que los espiritualistas encerrados están por la lógica, del mismo modo que su alma sencillísima está encerrada en la prision del cuerpo con horribles cadenas. Dígame: ¿Cómo siguen las almas el desarrollo de los cuerpos, en lugar de seguir éstos el desarrollo de aquéllas? Este pan es muy duro de comer: usted, jóven aún, sentirá que tiene su dentadura demasiado tierna; pienso

que no logrará dar una dentellada en él para desayunarse.» Siguiendo con sus sátiras y burlas como si fuese de victoria en victoria, explicando su concepto, añadió: «Hasta tal punto es hijo de la materia el alma ó el pensamiento, que á medida que la materia se desarrolla, el pensamiento tambien se ennoblece; decae la materia y el pensamiento decae asimismo; en su virtud vemos que el niño, desarrollándose materialmente, se desarrolla espiritualmente; cuando el cuerpo envejece, se evapora el espíritu.»

Replicó el sacerdote, al ver que se detenía el ardiente declamador: «Veo que quiere usted tomar algun aliento, y que lo permite tambien á este pobrecito. ¡Alabado sea Dios! ¿Empero sabe que no puedo comprender lo que pasa? Hace poco la objecion del telégrafo eléctrico que me apremiaba llevábame á pensar que ustedes, señores materialistas, del movimiento de la materia hacen salir un alma dotada de potentísima espiritualidad; con aquella objecion corría como un rayo, viajaba en lo invisible y hacia prodigios. ¡Cuán engañado estaba! Venida la segunda objecion, encuéntrome relegado, prisionero, caido y enterrado en la carne. ¡Cuán elástico es vuestro ingenio! Supera unas veces á la mariposa: otras es paja ó suciedad.»

Una vez dicho esto con buena crianza á los dos, sobre todo para fraternal edificacion, el sacerdote apremió del siguiente modo al materialista fastidioso: «Me preguntaba: ¿cómo el alma sigue el desarrollo del cuerpo? Para quien no tiene rectos los principios de las cosas es seguramente un pan negro difícil de comer, ó más fácilmente aún es un alimento ruín que malea la sangre y produce una enfermedad; mas, para el alumno de la buena filosofía, la explicación del fenómeno aducido es pronta y fácil. El alma es divinamente creada para que viva en el cuerpo como principio animador operante; y el cuerpo hállase destinado á servir al alma como instrumento. Sucede que, segun la bondad ó la falta del instrumento, se realizan las operaciones del alma; con un instrumento bien preparado y óptimo, encuentra fáciles las operaciones; con un instrumento mal combinado ó enfermo, sufre demasadamente al obrar, ó no puede hacer nada. De aquí se infiere con claridad por qué en el párvulo y en el niño, cuando el cuerpo es aún muy tierno y no bien dispuesto, el alma es infantil, por decirlo así; se infiere con claridad por qué razon en la juventud, cuando el cuerpo está enteramente formado y ardido, desarrolla el alma toda su eferescencia. Mas despues decae el cuerpo; á los cincuenta, segun dicen, el cerebro se ablanda: es positivo que, llegado á la vejez, el cuerpo es casi un edificio que se derrumba. Ahora bien: de tales deficiencias del instrumento el alma se resiente, pareciendo que se debilita, que pierde

la memoria, y que se desvanece ó evapora. Digo parece, por cuanto el alma es de continuo sustancialmente la misma: no es jóven, ni adulta, ni vieja, siendo siempre la que fué desde un principio: con todo, necesitando del cuerpo para obrar, sigue la marcha del cuerpo en sus funciones. Yo conozco un habilísimo arpista: nosotros los sacerdotes le llamamos un nuevo David; pero vosotros le llamaríais un Anflon ó qué sé yo. Un día este profesor excelentísimo, aquí cerca de Inverigo, organizó una academia en la Rotonda de Cagnola; principió sus arpegios, é hizo salir de las cuerdas tal melodía que se moría uno de dulzura. El salon hallábase atestado de gente; el calor era sofocante, y brotaba el sudor á ríos. Poco despues las voces netas y salientes del arpa se hacian más débiles, pareciendo que venia de lejos la armonía. Entonces dijo el arpista:—«No puedo, señores, seguir: el gran calor destempló las cuerdas del instrumento; esta mûsa mía se muere: Compadecedme.»—Gritaron entonces todos: «¡Acudid á los balcones! ¡Que se abran los balcones!» Abrióronlos de par en par; abrieron igualmente los cristales de la cúpula que nadie habia tocado hacia años; entró un poco de aire, pudieron todos respirar algo nuevamente, y el arpa principió vivos y conmovedores sus acentos armoniosos. Dígame usted ahora. Cuando el arpa no queria sonar, por haberla debilitado el calor, ¿hallábase acaso debilitada la mente del arpista al mismo tiempo? No. Cuando el arpa por el soplo fresco se reanimó, ¿adquirió vigor nuevo la mente del arpista? No. Por consecuencia vuestros gritos, segun los cuales el alma se desarrolla con el cuerpo, adquiere vigor ó se debilita con él, para quererme probar qué materia es en sustancia, no tienen valor alguno. Es todo, señor mio, cosa del instrumento: ¿no sabeis discernir el instrumento y el artista, dos cosas entre sí bien distintas?

«¿Y el tonto?» dijo uno contra el sacerdote, ignorando si el primero fué de los dos señores ó el segundo. «¿No son los tontos una brillante prueba de que hijo es el pensamiento de la materia? Resultan tales, por cuanto no hay en ellos materia propia para engendrar el pensamiento. Si el alma fuese hábito de Dios perfectísimo, inmutable y eterno, no existirían en el mundo imbéciles.»

«¡Errores siempre, y siempre insanias por la misma falta de lógica!» exclamó el sacerdote con acento melancólico. «¿Qué cosa es el tonto? Es persona muda, insensata, con gran buche generalmente, como descubrimos en algunos de los Alpes. Empero ¿creen que fáltale al tonto un alma racional? La tiene, sí; pero es tal el cuerpo, y sobre todo el cerebro que le sirve de casa, que para razonar no sirve. Tornamos á las imperfecciones del instrumento, y nada nuevo me añaden ustedes. Ahora bien; ¿cómo siguen tan ignorantes de la frenología?»

A veces la depresion de una protuberancia del cráneo es bastante para trastornar todas las funciones del intelecto; produce la locura. Supongan otra deformidad en el cerebro ó en el cráneo, y tendrán la estupidéz.»

«Sólo que ustedes me han interrumpido,» continuó diciendo el sacerdote. Demostré cómo y por qué razon el alma, si bien razonable y espiritual, sigue el desarrollo del cuerpo; mas ustedes me dijeron aún: ¿cómo no sigue el cuerpo el desarrollo del alma? Bien está. ¿Podían decirla más enorme? El cuerpo sigue tan fielmente, no digo el desarrollo sino el movimiento y la indicacion del alma, que no haría más el criado con su señor. Manda el alma, y el cuerpo la obedece; aquélla quiere una cosa, y hácela. El alma quiere estudiar y adquirir la ciencia; el cuerpo le presta las manos para examinar libros, y las orejas para oír al maestro, cansando sus ojos á fin de aprender la leccion. El alma siente el estro guerrero y ama el campo de batalla; el pobre cuerpo se viste de soldado, empuña las armas y corre á ser agujereado bajo los plomos del fuego enemigo. El alma es dominada por el genio de la música; el cuerpo toma el laud, ó el címbalo, empuña la trompeta, dirige la orquesta y parece loca por el entusiasmo. El alma tiende al comercio; veis al cuerpo sudar como un mozo de cordel, sufrir incomodidades y vigiliás por el ánsia de las utilidades. Ánsia el alma los viajes y los paseos por el mar; prepara el cuerpo el vapor, ó despliega la vela del buque desafiando los turbiones y las tempestades. ¿Veis el criado? ¿Veis, por el contrario, el emperador? Ustedes me afirmaron que señor es el cuerpo y sierva el alma. ¡Empero, si ustedes, ciegos adoradores de la materia, me lo trastornan todo! ¡Si tienen vueltos al revés los principios! ¡Si sus pruebas resultan un lenguaje satírico!

Oyese la campana del *Ave María* de la iglesia contigua; el cañon de la chimenea en la casa maternal no da humo ya, porque la cena estuvo pronta mucho antes: el sacerdote se quita el sombrero, y se vuelve orando, despues de recibir de los dos un buen apreton.

Perdonadme, señores, si mientras os adueña el razonamiento del docto, hice intervenir al sacerdote. Empero el jóven sacerdote de Brianza, tan apremiante y fuerte como lo puede ser el hombre profano ó el filósofo, casi con el testimonio del hecho, vino á confirmarnos nuevamente lo que aseguraba el docto en sus deducciones: el materialismo, que hace salir el alma de la estructura del cuerpo, no tiene ideas claras y embróllase. Entretanto se observa, y casi se toca con la mano, que si en ciertas circunstancias el materialismo parece sacar de la materia un alma espiritual, y en otras se cuida poco de conservar para sí tal honor, toda

la esencia de su doctrina tiende á concluir que el alma dei hombre cosa es puramente material y fisica.

Está bien: ha concluido nuestro dilema: llegados á este punto, donde los engaños y las sutilezas de los materialistas no tienen ya lugar, considerando seguro que para ellos el alma es una criatura mecánica, el docto, escogidas bien las partes, reanuda libremente su discurso, apresurando el término de su argumentacion. Las necesidades, señores, en número de dos ó de tres como si fuesen mozas desvergonzadas del vulgo, esperaban verlas nuevamente delante con sus saltos.

¿Es por consiguiente un sér material el alma, brotando del organismo corpóreo?

Me place imaginarlo. Empero, no bien lo admito, resulta indispensable que donde más abunda la materia, donde más poderoso y obeso es el cuerpo, más obesa y aun enorme debe ser el alma que de aquél emana. Indaguemos si verdaderamente pasa esto. ¿Tienen asimismo mayor dosis de alma los hombres que reunen, por decirlo así, una más extensa mole de miembros? ¿Tienen, por el contrario, ménos cantidad de alma los cuerpos pequeños y restringidos que vemos pasean á nuestro lado, como si fuesen reminiscencias de hombres en la civil compañía? ¿Poseen por necesidad á su vez un alma pequeña? Vosotros reís, señores, lo cual me avisa que doy vueltas yo entre las necesidades.

Sin embargo no rien nuestros materialistas; tenaces en su principio, afirman en realidad que donde hay más materia, más alma humana encuéntrase. Os citan, por ejemplo, el cerebro: un cerebro más grande, á su modo de ver, es padre y receptáculo de una inteligencia mayor. ¡Qué buenos hombres! A cada instante, agregando experimentos á experimentos, son desmentidos por la fisiología. Fueron examinados los cráneos de Rafael, de Voltaire y de Napoleon. ¡Lo creereis! No se halló que pasaran de lo que son por término medio. Sin embargo se trata de un pintor sumo, de un capitan sumo, y aun, para los impíos, de un filósofo sumo. Con todo no hay más: aquellos tres cráneos que se conservan, no pasan de ser ordinarios y mediocres, hasta el punto de ser vendidos por un boyero de protuberancia cerebral. Aun hace poco tiempo fué sometido á exámen el cerebro de Ugo Fóscolo, enaltecido con espléndida sepultura: midiólo con instrumento de mucha precision el profesor Mantegazza. ¿Lo creereis? Mantegazza halló el cerebro de Fóscolo «inferior al de muchos hombres vulgares y aun al de varias mujeres (1).» ¡Pobre materia! Tu cantidad y tu volúmen conducen á muy poco, si quien tiene un cerebro pequeño posee un espíritu maravillo-

(1) Véase *Archivio per l'Antropologia*. Florencia, 1871, tom. 1, pág. 304.

so. ¿Y qué diremos si con Wallace advertimos que «no raras veces los cráneos de los salvajes no sólo igualan, sino que superan los de los pueblos más civilizados de la Europa? (1)» ¡Pobre materia! ¡Es que con tu cantidad y tu volúmen nos produces á los salvajes? ¡Y repetís vosotros que cosa mecánica es el alma del hombre! ¡Necesades! ¡Necesades!

Apégase la contradicción á los materialistas como á la pared agrietada y hendida la yedra: aquí pongo yo de realce otra, siendo un abundantísimo tema para la burla y la risa.

Los materialistas, dándose furiosamente á la materia, enseñan que dentro de un remolino camina la existencia, porque la materia múdase á cada instante y se renueva. En su virtud el hombre, material como es, renuévase asimismo continuamente, por cuanto su cuerpo, semejante al de los otros vivientes, es sólo un agregado de moléculas, las cuales, por la respiración, los alimentos y la digestión, se cambian con ímpetu incesante de tal manera, que no sólo el cutis, sino también la carne, la sangre, los huesos, y para decirlo de una vez, todo nuestro cuerpo no continúa ni un momento el mismo. Moleschott, contrariamente á la antigua física que asignaba el espacio de siete años para tal renovación, quiere que se realice ésta sólo en veinte ó treinta días. Escribe Luis Büchner: «Tan rápida es nuestra metamorfosis, que podemos sostener que durante cuatro semanas nos hemos transformado completamente, hasta el punto de representar individuos materialmente nuevos (2).»

No hacemos la guerra nosotros á esta transformación, á pesar de que se supone tan rápida. Queremos, señores, aceptarla; mas aducimos contra los materialistas una observación nuestra.

Si de continuo nuestro ser se transforma, viniendo á representar nosotros cada veinte ó treinta días individuos nuevos, la identidad personal se nos escapa, no pudiendo ser dentro de poco lo que primero éramos. Supongamos que los átomos en nuestro cuerpo no mudan de sitio, conservando el precedente modo de combinación. Empero los átomos han cambiado, y puesto que las cualidades de la sustancia en el remolino de la vida varían siempre, las potentes variedades del sentir y del obrar deben aportar en nosotros necesariamente los nuevos átomos. En su virtud, si la forma subsiste, no puede subsistir de ningún modo la identidad ó la mismísima sustancia del cuerpo.

Empero para los materialistas el alma es cosa mecánica: en su virtud el alma cada veinte ó treinta días pierde su ser, en otra transformándose.

(1) Wallace: *Agregaciones á la teoría de la selección natural*, Londres, 1871.

(2) L. Büchner: *Fuerza y Materia*.

¡Alma infelicísima! De tal manera combinada, viene á ser inhábil para las más nobles operaciones del hombre: no puede, además de las restantes, dar otras muestras de cabal inteligencia, ni de memoria. La presente argumentacion, amigos míos, resulta lógica é inexorable: el hombre es un agregado de moléculas: en reducido espacio de tiempo, de tales moléculas pierde una parte, y despues otra, renovándose absolutamente: el cerebro, como los demás miembros, obedece á la ley universal de la vida y del movimiento continuo de la materia: trascurrido, pues, un tiempo determinado, el cerebro del hombre se hallará trasformado varias veces, no siendo ya el mismo de antes: ni el mismo de antes será despues aún el pensamiento, ni será tampoco la misma la memoria, que para los materialistas sólo viene á ser la vibracion del cerebro en ejercicio. Ahora bien; dejando de ser los mismos el pensamiento y la memoria, ¿cómo podrá el alma, verdaderamente infelicísima, hacer un razonamiento, un juicio, un discurso cualquiera? ¿Cómo será posible que recuerde lo que ha contemplado, sentido, observado y leído? «Las partículas del cerebro cambian siempre; no pueden compararse y la facultad del juicio humano se desvanece,» dice un hombre sabio (1). No se busque, pues, nada de lo superior en nosotros y excelente, porque de continuo está el alma deshaciéndose y formándose, siempre perdiendo el antiguo patrimonio que habia adquirido ya. Nosotros, defensores de la doctrina espiritualista, admitiendo en el hombre un alma espiritual, le damos un principio inmutable y permanente, no sometido á las intrínsecas vicisitudes de la materia, que tiene la facultad del juicio y del razonamiento, poseyendo por sí todos los elementos esenciales del discurso; los materialistas envían á sumergir este inmutable principio en el remolino de la materia, y lo destruyen.

¿Lo destruyen? ¿Empero es verdad que el hombre no tiene la esencia y la identidad de sí mismo? ¿No se trasforman perennemente sus ideas, sus conceptos y su memoria?

El gran Tiziano emplea ocho años para pintar el cuadro clásico de *San Pedro Mártir*, y siete para su *Cena Ultima*. Emplea Montesquieu veinte años en escribir su libro *El espíritu de las leyes*. Quince años de indagaciones y doce de redaccion cuestan al publicista De Thou los ochenta primeros libros de su historia; Gioberti emplea diez años en componer el *Primado moral y civil de los italianos*. El Vizconde de Chateaubriand, poniéndose á escribir la *Vida del Abate Rancé*, dicta su parte primera en Lóndres en 1797 y la segunda en París en 1844. Entre

(1) Mauricio Bufalini. *Quesiti sul metodo scientifico*, Florencia 1871, párr. 232, 233.

las dos fechas hay nada ménos que cuarenta y siete años; tres veces el período que Tácito llama una larga parte de la vida humana: *Quindecim annos, grande mortalis aevi spatium*. En estos y otros muchísimos hombres se ve subsistir durante mucho tiempo el mismo propósito, la propia idea y frecuentemente la misma virtud óptima, aún cuando no persevere materialmente el mismo trabajo en sus manos: ¿cómo podría suceder esto, si, mudando los átomos del cerebro, se hubiera con ellos mudado el alma? Existe por lo tanto, espléndida por elocuentes pruebas la identidad personal: los materialistas que sientan principios para renegar de ella, azotan el aire. ¡Y hablan de grandeza! ¡Y quieren ser los preceptores del mundo! *La perfeccion no se improvisa*, decia el artista Girodet: los sublimes descubrimientos y las obras admirables las hacemos segun el aviso de Isaac Newton, *pensando en ellas siempre*. Empero nos impiden los materialistas pensar de continuo en las obras admirables, porque hacen mudar el cerebro y el alma cada tres semanas: nos impelen á que nos apoderemos de la perfeccion con la fiebre de improvisadores. ¡Nécios! ¡Ridículos!

El docto, señores, estrechó sus conclusiones (1): la parte primera de la conferencia se resuelve así: ¿Está bien que se admita el materialismo nuevo? Nó: es una necesidad.

Al docto se agrega el legislador.

Aquí necesitase hacer atenta consideracion. El legislador, que se pone á juzgar del materialismo, aun cuando no haga profesion de sabio, debe hallarse provisto de mucha y selecta doctrina: es preciso que tenga sobre todo la ciencia moral y que se interne mucho en el conocimiento del hombre, porque si al docto corresponde ocuparse en las ideas, en los pensamientos y en el raciocinio, para bien regular el discurso segun los dictámenes de la lógica, corresponde al legislador ocuparse mucho en la voluntad, en los afectos y en las pasiones, á fin de regular con sabiduría las acciones humanas: la ética es su estudio peculiarísimo. Por consecuencia si el uno sin el otro no puede ser, diremos que, así como el docto sale de fuera para presidir, digámoslo así, al hombre interno y privado, el legislador desde el hombre interior sale fuera para presidir al hombre que se manifiesta ó exterior.

Ahora bien: ¿puede acaso el materialismo ser aceptado por el legislador, ó debe ser proscrito por él?

(1) Otras burlas y exageraciones del materialismo que no son pocas, no se presentan aquí bajo la mirada del docto á fin de hablar de ellas algo más tarde y con otro intento en la conferencia XIII.

Debe ser proscrito.

Fundamento de toda legislacion es sin duda la justicia; mas á fin de que la justicia sea un hecho entre nosotros, y la legislacion la pueda tener en cuenta, es precisa la libertad personal. ¿Cómo quisiérais buscar la justicia en quien no es libre para ser justo, hallándose dominado por una íntima y prepotente fuerza? De modo que si para el legislador la justicia es el eje sobre que descansan todos sus estudios, la libertad personal preséntase á él como indispensable condicion para que á la ley acuda.

Ahora bien: invalida el materialismo la accion de la ley destruyendo el oficio del legislador. ¿Y por qué? Porque hace imposible la justicia. ¿Por qué hace imposible la justicia? Porque reniega de la libertad personal.

Fácilmente lo pruebo. El alma del hombre, segun el sistema del materialismo, es un efecto de la vestidura corpórea, y es materia: por exquisita y refinadísima que se quiera, subsiste tal de continuo. Si el alma es materia en sí, ¿con qué leyes deberá ser regida? Con aquellas mismas con que se rigen los cuerpos. Luis Büchner lo ha dicho: «En realidad no hay diferencia de ningun género entre las leyes del mundo material, y las propuestas para el gobierno del mundo moral (1).» Empero, ¿qué naturaleza tienen las leyes que rigen los cuerpos? Tienen la naturaleza de físicas y de necesarias, ó lo que vale lo mismo, son leyes privadas de libertad. Es la ley que gobierna el sol; la ley que gobierna los astros, el giro de la tierra y el desenvolvimiento de los fenómenos naturales; la ley por la cual estalla el terremoto, rompe las nubes el rayo, sopla el viento, ó cae á torrentes el agua: leyes por esto de gravitacion magnética, leyes repulsivas, atractivas, y siempre de todas maneras ciegas, ineludibles y necesarias. ¿Quién podría tocar estas leyes y cambiarlas en otras sino la mano de quien las creó? ¡Decid á nuestro planeta que cambie su carrera en el espacio, que haga su viaje diurno, no en veinte y cuatro horas, sino en quince ó treinta! No puede. ¡Decid á la electricidad que corra de diverso modo, que no brille cuando encendida está, ó que no truene cuando está condensada é inflamada! No puede. ¡Decid al prado que no verdee por la lluvia y que no florezca en abril! No puede. Con tales leyes piden los materialistas que se rija el alma: la colocan dentro de lo necesario, arrebatándole la personal libertad.

Segun esto, ¿por qué tú, hombre, te fatigas en compilar la ley? La ley está hecha: es la ley de los minerales, de los vegetales, y de las

(1) L. Büchner: *Ciencia y naturaleza*. XVI.

bestias; es la ley de la gravitacion universal, y la ley de los cuerpos: tu estudio debe consistir sólo en que la ley de los cuerpos se aplique al alma del hombre. ¡Oh legislador! ¡Cuán bobo é infeliz eres! No ves nada. Fuera los estatutos y los códigos, que parten del supuesto de que los hombres pueden con libertad escoger el bien ó el mal; desgarras tu código legislativo, porque la naturaleza, armada con las leyes físicas, tiene abierto desde un principio el suyo; esclavo es el hombre lo mismo que un jumento, y aún que una piedra.

Empero vosotros, materialistas, sois sobre todos infelices. ¡Habeis hallado el modo de regirme bien! Me arrojaís á la fatalidad en presa: lo ménos malo que haceis vosotros es equipararme al jumento y á la piedra. Despues de tantos años de escuela, y despues de tanta ostentacion de saber, no teneis cosa más magnífica que proponerme. Con vuestras teorías empíricas y con la pura materia me cerrais delante el mundo de la metafísica, me negais las especulaciones intelectuales y me quitais el reino de la idea: despues me decís en compensacion que forzoso es resignarme al destino del esclavo. Eran sin embargo grandes las promesas que me hicisteis: me anunciásteis la era de la filosofía y del progreso; me llamásteis el rey del porvenir; parecía que á mis ojos no acudirían más lágrimas que enjugar: mi vida debia trascurrir entre la emancipacion de toda preocupacion, el cántico y el triunfo. Está bien: me trajísteis expeditamente aquí, donde el génio de la materia se revela é impera: me dais por guía la ley física, y arrebatáisme la libertad. ¡Bárbaros! ¡Os he seguido por consecuencia para ser un siervo? ¡Hago cifrar por consiguiente la filosofía y el progreso en la esclavitud? ¡Ah! Quien encadena el alma es mi verdugo. Me vuelvo contra el verdugo, le rompo la cadena en su faz, y digo gritando: ¡Verdugo, te aborrezco! Déjame.

La ira me domina, y la templo. Entre tanto empero al desahogarse mi ánimo mostré la base, donde debe levantar el legislador su propia demostracion. Él se dispone á ello de golpe y piensa: ¿no es de veras una repugnante tiranía el materialismo, en que quisieran meter hoy de brues á la sociedad civil?

El ente que cae bajo la ley es el hombre ordenadamente psicológico y moral, único que puede responder de sus propios actos; mas es deshecho en la escuela materialista.

Si cuanto enseñan los materialistas tuviera solidez, es decir, si el alma fuese cosa mecánica, en sí tendría sólo un movimiento predominante. En otros términos: no tendría al mismo tiempo dos movimientos poderosos y contrarios, que se resuelven en lucha moral: no sería llamada tampoco á ejercitar el criterio, el juicio, su magisterio á fin

de hacer plegar á una parte ú otra el éxito de la lucha. Lo propio de la materia es obedecer ciegamente, sin contrariedad de juicio, un saeudimiento invasor: áun en los animales, que tienen asimismo un alma simple, hay una sola voluntad, que llámase deseo.

El hombre diversamente. Unico entre todas las criaturas, es un sér, por decirlo así, doble: hay dentro de sí doble apetito: uno que se levanta de lo bajo y otro que procede de lo alto: tiene por consecuencia, empleando la frase de san Pablo, dos voluntades. Encuéntranse las dos voluntades, y, de su encuentro surge la lucha. Una voluntad impele adelante y exclama: *Apresúrate*: otra voluntad se opone y exclama: *Párate*. Es hermoso en el poeta Shakspeare el ejemplo de esta facultad singularísima del alma nuestra. Hamlet quiere dar muerte á su madre, y se reputa el brazo de Dios electo para castigar un delito. Diríais que cae ya sobre la criminal con el hierro en el puño. Sin embargo se para, duda y entrando en sí mismo nuevamente, se maravilla de la inquietud que le turba impidiendo su accion (1). Advertid que, dando muerte á su madre, Hamlet se llamará ejecutor del decreto de la justicia celeste: sin embargo, una voz interior lo desalienta, y le dice: «¿Quién eres tú para esto hacer?» Avisale antes del delito y le matará despues. Pues bien; volviendo á las dos voluntades, que constituyen la lucha moral en nosotros, hé aquí, señores, lo que ocurre: ellas, distintas como son entre si, van á parar á diferentes y contrarias acciones. Los actos poco despues se realizan; entonces, segun la que vence, aparecer veis sobre la tierra Tiberio ó Germánico, Caracalla ó Tito, Lutero ó Leon X, Voltaire ó De Maistre, Napoleon ó Jorge Washington: es decir, que veis presentarse la brutalidad ó la inocencia, la ambicion ó la modestia, la virtud ó el vicio con todas sus hijas deformes.

Promulgad ahora la doctrina materialista, y reducid el alma á un puro ente mecánico: vosotros en el hombre suprimís el sér que resulta doble, haciendo imposible la lucha moral. Decís: no quiero que se combata entre el vicio y la virtud. Por consiguiente anulais al hombre psicológico (¡obscena tiranía!); de las manos del legislador arrancais la materia legal, y arrancais el mismo sujeto, en que la ley ejercitase.

Ateniéndose al principio de la lucha moral, el legislador sigue sus propios estudios. Mi oficio, piensa él, es doble, como es doble la tendencia ó la espiritual conceitacion del hombre: debo reprimir el mal y promover el bien. De aquí las penas y los premios, los dos grandes brazos de la legislacion, y los dos ejes del Estado. Empero, ¿cómo im-

(1) *Sicklied ó er with the pale cast of thought.*

pedir el mal con el materialismo entre los pies, trabado por sus ley es físicas y necesarias? ¿Cómo promover el bien?

El hombre psicológico y moral, en más vasto y sensible campo, es destruido nuevamente.

El mal realmente no tarda mucho á realizarse y á comparecer, pasando del hombre interior al externo: surgen los contratos injustos, los robos, las venganzas homicidas, los estupros y las rebeliones de la plebe. Segun toda ley conocida, y sobre todo segun la necesidad social, preciso es refrenar el delito: ¿á dónde vamos no haciéndolo? La genealogía del delito es terrible: la venganza engendra la venganza, el hurto engendra el hurto, la torpeza la torpeza, y así sucesivamente: el hombre, como se borren los castigos, devorado es por el mal.

Empero, no bien atiende el legislador á las doctrinas del materialismo, no ve cómo el delito se puede refrenar con la pena.

¿Qué cosa es para los materialistas el mal? Es un efecto necesario. Yendo en el «sensismo» mucho más allá que Lavater, Gall, Spurzheim, Broussais, Dumoutier, y del Porta, no se ciñen á poner tantas células en el cerebro cuantas son las facultades primitivas del alma; sino que sin distincion sostienen que cuanto en el hombre pasa es produccion sustancialmente mecánica; á la verdad como para ellos el alma es sólo un movimiento de la materia, el afecto á la pasion es sólo un movimiento de la misma alma, y por consecuencia tan material y físico como ella en su sér es física y material. Ahora bien: la pasion ó el afecto, resultando cosa mecánica, es igualmente cosa necesaria ó fatal. ¿Cuál es la consecuencia, señores? Que la venganza es un movimiento necesario del alma, que otro movimiento necesario es el hurto, otro movimiento necesario el estupro, y otro movimiento necesario la rebelion y el saqueo.

Establecido esto, ¿cómo pretenderíais castigar la culpa y el delito? Segun toda buena legislacion, se castiga sólo el acto perverso y libre: nos referimos al acto que infringe la ley; pero que se podia no hacer por el que obra: si el que obra lo cometió, porque hacerlo no podía de otra manera, ¿con qué derecho acudireis contra él? Ministros de una justicia atroz, os lanzais á herir un instrumento pasivo y ciego, el cual inclina su cabeza á vuestra flagelacion de sangre, gritándoos: «Yo no puedo nada.»

Esto pondera el legislador, y su primer fallo es el siguiente: «Si el materialismo tiene razon, preciso es que aniquile yo uno de los dos ejes del Estado: el suplicio y la pena. Mal moral no existe ya sobre la tierra, porque nada en ella existe libre y voluntario. Si Neron traspasa el vientre de su madre, vése constreñido; si Atila incendia y destru-

ye nuestros dulces campos, vése constreñido; si Carlomagno arroja del tálamo nupcial á Ermengarda, vése constreñido; si Barbaroja quema á Milan, vése constreñido; si Flamberto asesina traidoramente á Berengario, vése constreñido; si Pedro el *Justiciero* ensangrienta á Portugal, vése constreñido; si Poltrot da muerte al duque de Guisa, vése constreñido; si arma Bonaparte insidias contra la vida del duque de Enghien, vése constreñido. Por consecuencia—¿quién no lo descubre?— los gobiernos y la humanidad, que se disponen á castigar á los delincuentes, son tiranos. Roma, que quiere castigada la faccion de Catilina y de Léntulo, es bárbara; Venecia, que corta la cabeza de Marino Faliero, su dux traidor, es injusta y brutal; Génova, que persigue con las armas á la gente fugitiva del conjurado Luis Fieschi, se nos presenta en la historia un mónstruo de sangre. ¡Abajo los tribunales y abajo la penalidad! La culpa, ó lo que tal se llama, siendo un acto necesario y fatal, no puede ser castigada.

¿Qué os manifiesta, señores, tal conclusion, á que por el materialismo es arrastrado el legislador? ¿Queden libre de la pena los deshonestos, los injustos, los ladrones, los asesinos, los hipócritas, los traidores á la patria, porque son violentados para fingir, para robar, para hacer traicion, para engañar y para realizar maldades! ¡Mísera sociedad civil! Verás, pues, cerrar los tribunales, derribar las cárceles y destruir el cadalso; ¿que será entonces de tí, de mí, de todos? Cuando la criminalidad se convierta en un nombre desconocido por la ley, á cambio de la guillotina legal, surgirá la guillotina de los ciudadanos ó de los plebeyos. A esto nos impelen los materialistas. Abolida la pena, la sociedad civil primero se trasforma en salvaje, y despues muere.

Pongámonos á observar en qué condiciones se halla el legislador relativamente á la realizacion del bien.

Pláceme admitir que la virtud no se manda por ley; mas, si no la manda la ley, la promueve, señores. Tal es el sublime ministerio de los regidores públicos, aunque no sean religiosos, sino civiles y políticos. El daño está en otra parte más bien; el legislador, siguiendo las normas del materialismo, ¿de qué modo podrá promover la virtud del pueblo y familiarizarlo con el bien? Hallo que su obra se reduce por los materialistas á nada: si presume darse al bien, hace un esfuerzo, contraría la naturaleza, se hace pesado y engendra desprecio y fastidio.

No deliro. ¿Qué cosa es á la verdad para el materialismo el bien ó la virtud? Un movimiento del alma necesario y fatal, como fatal y necesario en el alma es el proceso del vicio ó del crimen. Si el hombre obra el bien, quiere decir que la materia en él está plasmada y al bien dispuesta: las emanaciones que se desprenden del cerebro en tal caso

ó de las vísceras del corazón, son excelentes; lejos de producir cosas siniestras, rabia ó cólera, engendran el pudor, la benevolencia ó cosas semejantes. Así del hombre malvado ú óptimo ocurre lo que del hombre sano ó enfermo: la salud ó la enfermedad, como el vicio y la virtud, brotan del temperamento, de los nervios, de la sangre, resultando en suma efecto de la constitucion física, comprendida el alma que de ella forma parte, de modo que, además de otra cosas, la virtud, la justicia y la santidad se resuelven en una cuestion de fisiología, y, si que-
reis, de terapéutica y de medicina.

¡Cosas hermosísimas é ignotas para los antiguos filósofos, de las cuales es revelador el materialismo!

Pericles, provocado mucho tiempo con ásperas injurias, permanece quieto y mudo, hasta que, llegado á su domicilio, dice á uno de sus criados: «Ve y acompáñale con la luz.» Este rasgo de Pericles no es de ningun modo el acto de alma libre que delibera. No: es un juego de las moléculas cerebrales y lingüísticas que originan, en una condicion suya parcial, aquella mudez sábia y aquella frase aguda. Aristóteles asimismo, gravado con villanías, calla: oyendo cómo le preguntan: «¿Aun no te ofendí yo bastante?»—«A la verdad, lo ignoro, responde, por no haberme fijado en lo que decias.» Ni aun en Aristóteles hay un alma que delibera optando voluntariamente por el silencio en primer lugar, y que rebate la insolencia despues. ¡Qué alma libre que delibera! Todo es un juego de las moléculas, y oscilacion es todo de la materia. Cuando Léntulo escupe de obsceno modo á la faz de Caton, y éste, limpiándose aquella suciedad, exclama tranquilamente: «Podré asegurar yo que se engaña quien afirme que no tienes tú boca,» ¿sabeis qué cosa es tan difícil tranquilidad y una frase tan sagaz del sumo Censor? Todo ménos criterio y ponderacion del alma: es un efecto del organismo corpóreo. ¡Benditas moléculas! ¡Discretísimos átomos del cerebro! ¡Componen la ciencia, fabrican la virtud, engendran la justicia y suplen muy bien á la conciencia humana! ¡Yo quedo maravillado!

Con todo un infortunio me da pena: el hombre, obrando el bien, no tiene mérito alguno: el mérito es de la pequeña fibra ó del átomo, porque (nunca, señores, lo olvidéis), todo aun en el bien, necesario es y fatal. El apretón de la mano que te alarga el amigo amado, es suavísimo para el alma; pero debes dar gracias por él á la materia, que lo produce para tí: tierna y conmovedora para el abuelo anciano es la llegada del lejano nieto; es muy dulce para el marido el abrazo de la esposa, y para el padre dulcísimo es el beso de sus pequeños. Está bien; pero dad gracias á la materia que vino á tener tales condiciones y os proporciona tales deleites. Cuando vosotros haceis bien á vuestros her-

manos; cuando llenais de paz un corazón, poneis fin á una vergüenza, alimentais al pobrecillo, ó haceis de madre á un niño abandonado, ¡qué alegría sienten las almas! ¡Qué tesoro de bendiciones se recoge de los generosos! ¡Por qué yo he nombrado al alma? Al parecer refiérome á una con voluntad libre que delibera. ¡Ciego! Hálito y trepidación de las moléculas es el bien: gusten las alegrías y las bendiciones vuestras moléculas materiales. Vosotros representaiste una farsa magnífica con apariencia de seres libres; pero la fatalidad sólo es la heroína.

Cuando se quiere templada con esta cuerda, digámoslo así, la naturaleza humana, no puedo yo comprender cómo el legislador puede seguir teniendo lugar entre los vivos y posibles. ¿Procurará promover el bien? Es inútil, por cuanto el bien se obra necesariamente. ¿Procurará que florezca el bien donde se halla el mal actualmente, dando á la virtud vida, destruyendo el vicio? Será entonces un moralista violento. Entonces propiamente resulta lo que delante de los materialistas no puede ménos de ser: es un brusco. Impedido de todas maneras en su ministerio, forzoso es que se vuelva el legislador con mal talante al materialismo, prorrumpiendo en el grito siguiente: ¡Qué deshonesta tiranía!

Empero ¡oh santa verdad! La conciencia humana, la doctrina moral, cuanto es objeto en ética de inmensos y laboriosos estudios, ¿se deshace por consiguiente y se reduce á la nada? ¿No es la virtud sino un movimiento dinámico, una sacudida de *maquinismo*? Decidme, señores; cuando el bien, después de una larga oposición, triunfa de la iniquidad; cuando un alma honesta y santa ejercita su poder sobre otra malvada, y dejando ésta de ser la que fué, se presenta hermosa, ofreciéndonos el espectáculo de la transformación moral, ¿aun esto es sólo un juego de fibrillas y una combinación de átomos? ¿Lo creéis vosotros? ¿Creéis en un mejoramiento de átomos inicuos, necesarios y ciegos, ó en una victoria de átomos buenos, aunque necesarios y ciegos igualmente? No sé persuadirme de ello; para mí la conversión moral no se puede realizar si le quitamos el acto del albedrío y de la personal libertad.

Muy á propósito para retratar las costumbres son las composiciones dramáticas: toman de la sociedad y representan al vivo las acciones humanas, poniendo la vida de realce. Así el drama titulado *Papá Martín*, que hizo derramar tantas lágrimas, es conmovedor precisamente por ser verdad. Se tomó por ventura y nació del hecho que os relato.

¡Infeliz Jerónimo! Es un viejo de los Abruzzos grandemente justo, de honroso comportamiento, como también de miembros sanos y potentes: bella frente, bellos ojos, fisonomía abierta y jovial: un tipo de hombre que se contempla con placer. Nació pobre; habiéndose puesto desde joven á manejar un carrito suyo, que llamaba *mi prometido*, yendo arriba

y abajo por su país natal, se ganó bien la vida; algunos pequeños trabajos de industria suyos, en los cuales entraba el carrito siempre, le dieron algo de fortuna. El hecho es que, cuando se le murió Aurelia, su amorosa mujer, él, además de algun cartucho de oro custodiado en su casa, tenía una villa y una casa bella; en aquel pequeño feudo le hubiérais llamado el mayor caballero de su tierra. Por entonces el bienestar había venido á ser mayor, solamente viviendo con Cayetano, hijo suyo único, y con Franciseo, un huérfano que llevó á su casa para los servicios domésticos; cesando de trabajar, colgó su carrito en medio de la sala, teniéndole en dulce memoria y veneracion, como Ulises (por ejemplo), exterminados los Procos, colgaba de un sepulcro su arco formidable.

Hace poco llamé infeliz á este Jerónimo: ¿por qué?

Sigamos la biografía. «Jerónimo, viendo que Cayetano había llegado á ser un jóven apuesto, por haber oido al maestro de su país enaltecer su ingenio perspicaz, pensó instalarlo en Nápoles, á fin de que allí se consagrara á estudios más altos. Antes de abandonar el hijo su casa, lo puso delante del carrito, diciéndole: ¿Ves? Nuestra pequeña fortuna se debe á él. Aquel carrito te recuerda el sudor de mi frente, el cansancio de mis brazos, y los riesgos sufridos en mi vida: ella te grita: Cayetano mio, trabaja. Yendo á estudiar á Nápoles, no deberás trabajar como trabajaba tu padre, siendo un mozo de cordel. Ocupaciones más nobles serán las tuyas: ¡mas aún el estudio es trabajo! ¡Ay del que quisiere ser docto sin trabajar! Con todo, la recomendacion que te hago se reduce á dos palabras: Dios y trabajo. ¿Entiendes, hijo? Dios y trabajo. Ahora un beso, entrañas mías; un beso y parte.»

¡Bellas palabras! Aún no habia trascurrido un año, cuando desde la ciudad de Nápoles, un amigo escribió á Jerónimo: «El hijo de usted abandonó la escuela y está trasformado en un díscolo. Tome usted providencias.»

Hé aquí al infeliz. Escribe cartas y más cartas; se muere de angustia Jerónimo é intenta todos los recursos para recobrar á su hijo. En vano; ni aún sus amigos saben nada de él, no hallando sus huellas tampoco la policía. Un año pasa, y trascurren dos; siempre nada. El buen viejo, desesperado, se arroja en los brazos del buen Francisco, los estrecha y exclama: «Eres el único quo me queda; no veré nuevamente al miserable aquél.»

Un dia, cuando empezaba la noche, sentados Jerónimo y Francisco para cenar, entra en casa precipitadamente la extraña figura de un viajero; sucio, mísero, con la faz contrahecha, con los labios abiertos por la canícula de julio, adusto y casi negro cual un moro... es Cayetano.

Terror y lágrimas en el viejo al verle; profundo envilecimiento en el comparecido nuevamente.

«¿Cómo tú aquí? exclama Jerónimo, no sin alguna vacilacion. Tú, huésped mío de la noche, ¿dónde dejaste la serenidad de la mañana? Los dias en los cuales te busqué fueron muchos y largos. ¿Qué te pasó, desventurado?

Se arrodilla el hijo y dice: *Perdon.*

«¿Perdon? contesta el viejo. Antes que de perdon se hable, levántate, infeliz, y cuéntame tu vida.

Entonces Cayetano, cerrando la puerta, receloso á simple vista, temiendo que otros le oigan, dice: «Compañeros de la escuela é infames jóvenes me sedujeron; abandoné las lecciones y los estudios; dejé plantado del todo al profesor para seguir á mis camaradas; los dineros volaron como el humo; me dió vergüenza pedírselos por carta; no bastándome mi escasa pensión no satisfecha ya por mí, pedí prestado, é hice deudas, que han llegado á ser grandes.

»Y en qué malgastabas el dinero? preguntó el anciano.

»En teatros, en músicas, en bailes, en comilonas...

»Puedes añadir en malas mujeres, dijo el viejo entonces: nunca faltan entre las comidas succulentas y los torpes amigos. Empero contesta: ¿cómo te libraste de los acreedores?

»Dí en poder de un ruin, el peor de mis compañeros, más cargado de deudas que yo, siguió diciendo Cayetano; abandoné la ciudad, recorrimos ambos, á guisa de fugitivos, las vías solitarias, y escogimos las horas nocturnas... No queria: me horrorizaba y temblaba; pero el ruin me impelia...

»Por consiguiente, ¡tambien ladron! gritó con terribles sollozos el viejo, golpeándose la frente: ¡Tú tambien ladron, pérfido!

»Ladron y asesino, siguió diciendo el jóven derramando lágrimas; me apoderé de una bolsa en un camino público, protegido por las sombras nocturnas; pero mi mano que la cogía, estaba llena de sangre.»

Se interrumpió aquí el horrendo coloquio: Jerónimo se muere; sus mejillas son blancas como los cabellos de su cabeza: sus miembros tiemblan como los de un azogado. Cuando recobra el uso de los sentidos, y ve á su lado á Francisco, como tambien á Cayetano, da un abrazo al uno, repele al otro, y ruge furiosamente así: «Vete, desventurado, vete. ¡Oh canas mías deshonoradas! ¡Oh familia mia infamada para siempre! ¡Llegué, por tanto, al extremo de que mis entrañas me cubrieran de vituperio? ¡Para esto te recomendé con todo el ardor de mi espíritu Dios y trabajo? Empero no, desventurado; tú no has podido infamarme. —¡Oh carrito mio! sal de ahí. Tiene aún este viejo sangre buena en sus

venas y tiene músculos robustos. Mis bienes pagarán tus deudas, desventurado: trabajaré nuevamente, sudaré y ganaré mi vida, como también la del huérfano. Toma tú el dinero que pronto está; vete; aléjate de aquí, trabajando á tu vez, y expiando tus pecados indecibles.»

Escena conmovedora se nos ofrece, señores. El hijo se ha marchado; dejó escritos los nombres de sus acreedores, y Jerónimo paga en nombre del extraviado, una vez enagenadas sus fincas. Toma nuevamente su carrito. Mas dice á Francisco: «¿Podríamos trabajar aquí ahora, teniendo toda la gente la vista sobre nosotros? Sígueme; vamos.» Y váse á derramar los sudores suyos donde cometió el hijo los grandes crímenes, sobre la rada de Nápoles.

¡Pobre Jerónimo! En la batahola del comercio napolitano está siempre ocupadísimo. Todo son para él vigilias é incomodidades: ayuda á descargar el trigo, lleva pesos enormes, va y vuelve de la ciudad al puerto, y del puerto á la ciudad: es un viejo que á los más nervudos desafía, y que á medida que pasa tiempo parece más joven. Su consuelo único es el buen Francisco, que nunca le deja, dándole de beber y de comer á las horas establecidas.

Un día, excesivamente rendido, sintiéndose casi desmayado, deja el carrito en el suelo, siéntase allí mismo, y, enjugándose las gotas de sudor con su mano desnuda, piensa y dice: «¡Ay de mí! La vida me va faltando; ¿qué será de mi huérfano? ¡Cuán necio soy! Dios existe; pensará en el pobrecito; ¡es tan bueno mi Francisco! No, abandonado no será por el cielo.» En aquel instante mismo ve á su amado cerca; pasa con una botella de vino y con pan, buscando á su amo para que recobre las fuerzas. «Ven aquí, Francisco, exclama Jerónimo; verdaderamente llegas con oportunidad: ¡ahora pensaba en tí!» Nuevamente se limpia las gotas de sudor que le caen ardientes, y restaura sus fuerzas con aquella comida muy pobre. «¡Ah! tú eres bueno, dice mirando la faz del jovencito; eres bueno; la Providencia me amó dándome á tí.» Por esta idea, despertándose otra en su espíritu, prosigue: «Eres bueno: ¿qué le pasará, dime, al otro? ¿Qué hará el miserable?»

«Espera, respondió Francisco; partió arrepentido, y prometió muchas cosas bellas; ¡es tan benigna la Providencia!»

«Es verdad, replicó Jerónimo; pero sus pecados fueron demasiadamente grandes.» Y suspira profundamente, mezclando con el sudor las lágrimas.

Trascurrieron cinco años. El viejo Jerónimo está trabajando aún en la rada de Nápoles. Con sus ganancias, aunque siendo pequeñas, pudo reunir algun patrimonio para Francisco; pero sus fuerzas se han agotado casi por completo: tiene arrugas en las dos mejillas; los cabellos

Blancos antes abundantes cayeron, como al fin del otoño las hojas amarillentas abandonan los árboles; es siempre con todo un hombre bien formado y de gran estatura; pero, por decirlo así, devastado y ruinoso.

En aquella gran rada vieron un día entrar á un jóven forastero, que se puso atentamente á mirar el grupo de los mozos de cordel, haciendo indagaciones y preguntas. ¡Cielos! Pasa Jerónimo con las espaldas encorvadas bajo el peso del carrito, rendido, con la camisa caída sobre su pecho y abierta, bañada, y humeante. «Es el mismo, dice gritando el jóven. ¡Oh! ¡Cuán cambiado está! Empero le reconozco: es el mismo. ¡Mi padre! ¡Desgraciado padre! ¡Y todo por mí!» Dice y lánzase á él.

Jerónimo se ve abrazado repetidamente por su hijo. Ahora los abrazos son sincerísimos, piadosos y bellos. Viene Cayetano de América, donde recordó por fin el aviso de su padre: «Dios y trabajo.» Trabajó de veras con solería y con virtud; arrepintiése de sus culpas, lloró, y vino á ser un hombre muy distinto. Es medianamente rico: quitará el carrito á su padre, á Francisco tratará como á hermano, recobrará el buen nombre perdido, y honrará en adelante con sus obras á la familia. Cuando muera el óptimo viejo, no deberá gritar á un pérfido: «Te rechazo.» Dirá por el contrario al hijo arrepentido: «Te aguardo en el cielo.»

¿Os parece, señores, que pudo realizarse la perversion primero, y despues la trasformacion alegre del jóven napolitano de los Abruzzos sin el humano albedrío y sin el ejercicio de la libertad personal? ¿Es solamente para vosotros el hijo que se trasforma del mal en bien un sér agitado en el remolino de la materia? ¿Son todo juego de átomos y de moléculas aquellas lágrimas de arrepentimiento, aquel negarse á sí mismo, y aquella voluntad de poner en práctica el precepto paternal *Dios y trabajo*? ¿Es únicamente la trasformacion de una célula orgánica el ladron que lo deja de ser por los remordimientos de la conciencia? El hombre á veces cambia en un instante: al ver algo que le conmueve, ó al oír una palabra que hiere su corazón, deja de ser bárbaro para ser clemente; deja de ser orgulloso para ser modesto, y deja de ser sucio para ser amante de la pureza. Este acto de su espíritu es rápido como un relámpago. Ahora bien; ¿no pide la trasformacion de los átomos dos semanas ó tres? ¿Quereis vosotros, materialistas, que me trague vuestros absurdos horribles? ¿Me impedís que admita los prodigios de la conciencia moral, y las bellas magnánimas conversiones del humano individuo culpable? ¿Me impedís decir: lloro y me purifico de mi crimen?

El legislador os dice por mí altamente: El materialismo es un error sin grandeza; es abyecto, angustioso é insufrible. Es una tiranía.

Un tercer hombre se nos presenta queriendo exponer sus razones; así el exámen del materialismo, avalorado por tres autoridades diversas, será incontestable.

Este nuevo juez, señores míos, es el cristiano.

Aun cuando el cristiano no haga ostentacion de ciencia, y no lleve en sí el poder del legislador, es demasiado respetable por sí mismo, y pide nuestra consideracion. El cristiano es rico en principios, en dogmas y en preceptos, tan altos y saludables, que superan las enseñanzas de todas las escuelas filosóficas y aún de las legales. Tiene tambien testimonios históricos, por cuanto, ejecutor de la ley santa que le fué dada, mudó el mundo de faz, creando las nuevas generaciones humanas progresivas; en su virtud (¿por qué no lo quise llamar docto y legislador?) fué padre de las ciencias modernas, así como el fundador de las modernas repúblicas y de las monarquías. ¡Qué hombre! ¡Qué juez! La nueva era, cuyos frutos gustamos, brotó de su corazon, de su alma, de sus manos, como los Gentiles decían que Minerva brotó del cerebro de Júpiter.

Oigamos, pues, al cristiano: tiene derecho para pronunciar su sentencia definitiva.

¿Qué afirma, señores, del materialismo? ¿Se pone de acuerdo con el docto y con el legislador para condenarlo? ¿Si se pone de acuerdo! Se anticipó á ellos, siglos, llamándolo una impiedad.

El cristiano es el hombre del comercio sobrenatural y divino. Pasea ciertamente por este mundo bajo los rayos abrasadores del sol, viviendo en esta pequeña concitada estrella del mundo. Mas él sabe y considera de fé que el origen humano es mucho más sublime. Le consta que la tierra es una peregrinacion, y la vida una prueba, de modo que, correspondiendo á su origen noble y á su mandato, no puede ménos de considerar de continuo el principio de que procedió, y atemperarse á la santidad de aquél. Un poeta de la Roma gentil advirtió el cometido solemne del hombre religioso, cantando lo siguiente, como si anunciara previamente á los bautizados. *Est Deus in nobis, et sunt commercia coeli* (1). Palabras excelsas, que se refunden en la doctrina de san Pablo: *Nostra conversatio in coelis est* (2).

Ahora bien; el cristiano, dirigiéndose á los materialistas, dice: ¿Qué haceis vosotros del sobrenatural comercio y de la celeste conversacion? Para vosotros basta el sol que hace tomar á los campos de trigo el color de oro; os basta el surtidor del agua de vuestras fuentes; os

(1) Ovidio.

(2) San Pablo á los Filipenses, cap. III, v. 20.

basta tener el molusco por hermano ó el caracol, y el tigre por rival, puesto que tomáis vosotros mismos á la mona por madre. Por lo demás cerrais las entradas del cielo, por avergonzaros de creer en el paraíso cristiano. Sois materia; vuestro comercio más elevado es con los fluidos y los imponderables.

Empero ¿cómo al hombre no le basta la materia si ha salido de la materia? ¿Por qué tiende de continuo á vencerla, á domarla, á subir allí donde no llega nunca? ¿Por qué siente un ímpetu que fuera de sí lo arrebatara y lo enamora del infinito? ¿Os parece probable que no le bastaría ésta si por la materia fuese engendrado, y si debiera terminar en la misma materia? Bástale al mineral, y al vegetal, y al bruto. ¿Por qué no al hombre?

¡El infinito! ¿Qué recordé? ¿Habeis observado nunca, en la noche que se pasa en el mar, entre las sacudidas de la tormenta, cómo la aguja magnética tiembla, se agita y da vueltas en busca de un punto que no ve? La inquietud de aquella aguja, escribe un ilustre conciudadano mío, os asegura que en alguna parte, bien que sea remotísima, algo hay que lo atrae como á su centro y punto de reposo: si esto no fuese así, aquel movimiento sería inexplicable (1). Ahora bien: la aguja magnética que al alma impele, es el infinito; atráela como á centro y punto de reposo; el alma que sufre tal atracción, tiene fiebre, y no puede continuar tranquila: tenerla clavada en lo bajo es matarla. Vosotros, como aguja magnética del alma, tenéis la tierra, comparando así el alma con la brújula, y envileciéndola; para vosotros el infinito está en la tierra. ¡Ah! ¡Matais nuestras santas y magnánimas aspiraciones! Hé aquí la impiedad.

Empero el infinito es Dios: ¿Qué haceis vosotros, materialistas, de Dios?

Poco es decir que lo negais: vosotros, ¡extrañísimos! despues de reducir Dios á la nada, sois crueles contra la nada, que convertís en objeto de suprema detestacion y ódio. Gritais en coro: «Dios es el mal.» Llevando á él la crítica de las diversas cualidades, unas veces exclamais con Augusto Comte: «La idea de Dios ha venido á ser no ménos anárquica que retrógrada (2);» otras afirmáis con Littré: «La idea de Dios es una debilidad del intelecto (3);» otras veces blasfemais con Marr: «La fé en un Dios personal y vivo es el origen y la causa fundamental de toda mise-

(1) Profesor Pedro Giuria. *L'uomo nella creazione e il materialismo nella scienza moderna*, parte 2.^a, cap. III.

(2) Citado por Littré. *Etude de philosophie positive*.

(3) Littré: *Biografía de Augusto Comte*.

ría humana (1).» De modo que vosotros, llamándoos representantes de vuestra civilización, emprendéis lo que los bárbaros no se atrevieron á pensar ni hacer. «¡Una debilidad del humano intelecto la idea de Dios!» Sí; porque os considerais fuertes para poder con libertad y sin escrúpulo pensar la paradoja, la deformidad y el crimen. «¡La idea de Dios ha venido á ser anárquica y retrógrada!» Sí; porque la idea de Dios inculca el deber y rechaza el delito; para vosotros lo anárquico y lo retrógrado está en el cumplimiento del deber ya viejo; está en no poder ir impunemente al desórden y al exceso, cuyas cosas amais, considerando las culturas novísimas. «¡La fé en Dios, origen de toda miseria!» Sí; porque los míseros á vuestro juicio son los humildes y los virtuosos que saben obedecer y sufrir. Vosotros idolatráis á los prepotentes de la plaza y áun del cuartel que aplastan. Hé aquí la impiedad.

El cristiano quiere preguntar algo más al materialismo: le quiere preguntar por Jesucristo. Empero donde Dios es considerado abominable, ¿á qué se reduce Cristo? Tiémblame la lengua: Cristo se anunció como Dios; si Dios no existe, ni puede tampoco existir, resulta El un impostor. ¡Ah crueles! dice ofendido el cristiano: yo, criatura depravada, que siento el pecado hasta en la médula de los huesos, me juzgaba feliz, y me sentía contento pensando en las misericordias de Dios hecho hombre y paciente por mí, pensando en un Dios que regenera, todo providencia y todo amor. Vosotros me arrancais del alma este consuelo, secando el tronco verde de mis esperanzas. ¿Seré maldito pues? ¡Oh! vosotros, maestros, á los cuales conozco, y conozco demasiado bien por las infamias que predicáis; ¿sereis mis redentores? ¡Paciencia! Estaba yo amorosamente enamorado de Jesús; placíame aquel aire magestuoso y tierno de su frente, y aquella doctrina suya sobre la fraternidad de todos los hombres. Hacía mucho bien á mi corazón aquella voz suya que me decía: «Toma tu cruz y sígueme.» Todo me lo enseñaba el santo Evangelio muy prácticamente; me alegraba mucho aquella Madre suya inmaculada, que dejó en este mundo para que fuese mi madre, columna de los débiles y alegría de los que lloran; veía segura mi alma bajo la sombra de la Iglesia fundada por El, y hecha invencible contra los golpes del infierno... ¡Oh! Abierta la escuela del materialismo y llamados á él los pueblos, nada existe ya de cuanto digo: ni Jesús que redime, ni Evangelio que ilumina, ni Virgen Madre que consuela, ni Iglesia que salva. El mundo se transforma para mí en un desierto. ¡Oh materialistas! ¡No sois impíos?

Otro pensamiento desgarrador ocupa el alma del cristiano. «¿A dón-

(1) Citado por Eugenio Alberi: *El problema del destino humano*; libro primero.

de iré cuando llegue mi última hora? Confío en los méritos de mi Señor y espero el perdón de Dios.» Con esta creencia que no le falta, váse al otro mundo brillando con una sonrisa celestial. ¡Felices cuantos espiran en los brazos de la Religión! Entregan el cuerpo á la tumba; pero su alma, bella, arrepentida y purificada en el dolor, corre al seno de la eternidad porque suspira: Dios la recoge á fin de hacerla inmortal conciudadana en la sociedad de los santos. Fortalecidos por esta fé, pasan benditos al otro mundo áun los hombres ruines que lloran sus culpas sobre la almohada de la muerte. Se cuenta de Napoleon, el cual por ambicion inmensa habia ensangrentado el mundo, cubriendo la tierra y el mar de víctimas no vengadas, que, llegado al extremo de su vida, entre las olas bramadoras y las nieblas polares de Santa Elena, arrojado allí por el mundo que tolerar no podia su peso, y asistido por el sacerdote católico, despues de recibir á Cristo y con la fúnebre estola ya sobre su pecho, exclamó: «¡Cuán dulce cosa es la muerte cristiana!»

¿Cuál es, pregunta el cristiano, vuestra muerte, materialistas? ¿Adónde va segun vosotros el alma separada del cuerpo?

Baumgartner, catedrático de medicina en Friburgo, del Gran Ducado de Baden, escribe: «El fin último del hombre sólo consiste en resolverse en amoniaco, en ácido carbónico y en agua, para servir así de alimento á nuevas plantas y á nuevos animales.» ¡Inconsiderados! Esta es la disolucion del cuerpo; ¿qué le sucede al alma?

¿El alma? ¿Preguntais por el alma, señores, á los materialistas? Los filósofos árabes, secuaces de Aristóteles, juzgaban que, libre de la envoltura corpórea, quedaba sumergida en letargo profundísimo; pero la consideraban existente: los panteistas antiguos y nuevos la identifican enteramente con el alma del mundo: los deistas de manga más estrecha la encierran en la sustancia divina, permitiéndola sin embargo pensar y vivir de alguna manera. Los materialistas no: ellos, más crueles, mirando allende la tumba, destruyen el alma; ó, si no la destruyen por el momento, hacen que se convierta en amoniaco, en ácido carbónico y en agua para servir de nutrimento á nuevas plantas y á nuevos animales.

¡Bárbaros! El hombre puede haber sido un mónstruo. Ahora bien; ¿no se necesita para él, llegada su hora final, arrepentimiento ni lágrimas? ¿No deberá rendir cuentas á nadie? ¿No existirá un juez supremo, en cuyas manos se deba poner y terminar toda la tela de la vida? ¿Nos resolvemos en amoniaco! ¡Oh grandiosos destinos nuestros! ¿Para esto, pues, trabajamos mucho tiempo, lloramos, sufrimos virtuosamente, y soportamos en nuestra debilidad el pie de los opresores triunfantes? ¿Dónde está la justicia? ¿Nos resolvemos en amoniaco! ¿Se desvanecen,

por tanto, en un sueño los nobles ímpetus de inmortalidad que invadían nuestro corazón, aquella adivinación nuestra, aquella necesidad que sentimos de vivir en lo futuro, y aquel claro presentimiento de un mundo mejor? ¿Fuimos siempre engañados? ¿Nos hizo traición la naturaleza, ó nos hicimos traición nosotros mismos? ¡Impíos!

El problema, planteado en un principio, se contenía en esta pregunta: ¿Es lícito para nosotros aceptar el materialismo?

Consultamos la ciencia, consultamos la ley, y consultamos la religión; ahora provistos de tres preclaras demostraciones, respondemos que no. No puede aceptarse por ser una necedad, una tiranía y una impiedad: es una necedad para el docto, una tiranía para el legislador, y una impiedad para el cristiano.

Me parece que tal sistema filosófico tan robustamente desenmascarado, no puede alegar derecho á una larga y formidable existencia; si entre nosotros se levantó recientemente para meter ruido; si publica libros, junta profesores y discípulos, preciso es que su ruido termine, y acaso pasará en silencio los últimos días del siglo XIX.

Entre tanto la Iglesia, que proscribió el materialismo, puede estar segura de su destino; alegre, por cuanto en su condenación habla el lenguaje de la buena doctrina y de la verdad; segura, porque no debe temer á un moribundo.

Las señales próximas de que morirá pronto, se me presentan en las filas de los enemigos nuestros. Escribieron, señores, que Ausonio Franchi, apóstata del catolicismo, había hecho recientemente una retractación. Si retractación hay en él, está donde, habiendo advertido por fin (¡y lo quería tanto!) los daños causados por el materialismo, lo acomete y le hace daño. Me place concluir con sus palabras, que constituyen una gloria de la doctrina católica. Escribe así: «El materialismo es absurdo del todo, porque atribuir á la materia (es decir, á cosa corpórea), como sus actos, modos, estados ó productos, el sentido, el intelecto y la voluntad, es cosa más groseramente contradictoria que atribuir la redondez al cuadrado.» Añade después: «El materialismo equipara el hombre á un bruto, ó más bien á un autómatas ó á una máquina; de modo que, si llegase á prevalecer, á convertirse de veras en sistema ó en ley comun, conseguiría necesariamente destruir el germen mismo de la civilización y del progreso humano. Puede subsistir una sociedad regida por el espiritualismo; mas bajo el gobierno del materialismo se debería convertir en algo semejante á una manada de lobos (1).»

(1) A. Franchi: *Saggi di critica e polemica*, parte primera. *Questioni filosofiche, Lettera a N. N.*

CONFERENCIA X.

SI SE DEBE ADMITIR LA PROPUESTA

DE UNA REFORMA SOCIAL FILOSÓFICA.

Era cosa que no podía faltar. Cuando todas las artes y todos los conocimientos científicos siguen apasionadamente la marcha de los tiempos nuevos, y se difunden, revistiéndose, por decirlo así, de un sello social, era imposible poder dar á la filosofía el consejo, ó peor la orden de que siguiese apartada y sola. Quien intentara encerrarla en el siglo XIX, oiría exclamar á la desdeñosa con voz triunfante. ¿Por qué me niegan á mí lo que ha venido á ser ley comun? Imperan socialmente las ciencias altas y bajas; las matemáticas con sus cálculos presiden los asuntos humanos, siendo no sólo estudio de los eruditos sino de los traficantes; el álgebra con sus ecuaciones conduce tanto en el gabinete á los pensadores, como á los ejércitos en los campos de batalla; la física es tan propia de los naturalistas, como de los braceros y de los trabajadores; la aritmética es hasta de los niños; aun la química con sus hornillos hervir hace la cabeza de los progresistas políticos; mientras la civilización se manifiesta en los conspicuos centros de los ciudadanos, vosotros, hombres modernos, trasladais la docta propaganda agrícola hasta los últimos desfiladeros de los Alpes. ¿Me quereis impedir que salga yo fuera? ¿Deberé permanecer prisionera yo, la reina de las ciencias?

Por consecuencia de las barreras científicas debía librarse la filosofía; debía volar en el corazón del mundo para en todo mezclarse, y tomó ella este vuelo ardidísimo.

Si esto corresponde á la índole y á las necesidades de nuestra edad, explica maravillosamente al mismo tiempo cierta reciente actitud del sacerdocio católico.

Algunos hay que, viendo al sacerdote subir alguna vez al púlpito, con lenguaje filosófico en la boca, se ponen furiosos, considerándole un demente, ó un invasor. Empero, señores, el sacerdote es el apóstol de la Iglesia y del cristianismo: enaltecido con tal ministerio, procura difundir el reino de Cristo no en un agujero, ó en los espacios de las estrellas, sino en la parte amplísima y vital de la humanidad. Pues bien; él, dirigiendo aquí sus fuerzas, encuentra á los que hacen ostentación de filosofía: halla las pretensiones de los aludidos difundidas, no sólo en las artes y en la literatura, sino en las leyes, en la política y en los acontecimientos sociales: ¿podía no ocuparse en ellas? Están en frente Filosofía é Iglesia: ¿no es justo que, si una habla y obra, á su vez obre la otra y responda? Hé aquí por qué vemos en el sacerdote al filósofo.

Sólo que, ¿de cuál temple es el lenguaje que se cambia entre la Iglesia y la filosofía? ¿Es de amigos ó de adversarios? Preguntaré de otra manera: ¿qué naturaleza posee la filosofía que ha salido de casa y fuera socialmente se agita? El final dominio que se le ha metido en la cabeza conseguir, ¿á qué tiende?

La filosofía de que hablo, que tiende á ser señora en nuestro siglo, es la filosofía escéptica: como el gran trabajo social á que se dedica, es promover y hacer admitir su propuesta sobre la reforma radical de la sociedad civil.

Ponia yo término á la conferencia última alegando contra el materialismo una reciente y válida protesta de Ausonio Franchi. Pareció á muchos ver casi una retractación de aquel escritor seudónimo; mas si él por la vez primera se retrajo del materialismo con horror, no es que prescindiese del propio sistema racional. Ahora bien; Franchi, continuando racionalista y escéptico, anhela precisamente y propone á los modernos la reforma de la sociedad civil; para él tal reforma es verdaderamente absoluta, por cuanto la extiende á las tres sumas cosas, que representan los tres órdenes generales de la vida humana: «el religioso, el político y el social (1).» ¡Ved qué cosa los filósofos escépticos entienden hacer de la religion, de la política y de la sociedad civil! Echando por el suelo la Iglesia y el cristianismo, quieren que la religion sea puramente una forma natural del sentir del pueblo; el poder una delegación necesaria del pueblo; la sociedad casi una distribución igual de los bienes entre el pueblo. En sustancia: del fondo del pueblo nace todo; la reforma social que se nos anuncia es sólo la loca democracia con disfraz filosófico.

(1) A. Franchi. *Saggi di critica e polemica*, parte primera: programa.

¡Seguramente ha descendido la filosofía en la parte más activa del mundo! ¡Seguramente no se hizo nunca propuesta más relevante á los hombres, más enorme y más terrible! Yo procedo, segun costumbre, por el método del problema y trato de saber ai tal problema se debe admitir ó no.

A nombre del creyente, á nombre del político y á nombre del ciudadano, respondo que no, por cuanto ella se desmiente por todas partes.

En la religion, que nos proponen como simple y natural forma del sentir del pueblo, está la falsificacion de la verdad.

En el poder, que nos proponen como simple y necesaria delegación del pueblo, está la vituperacion de la soberanía.

En la sociedad civil, que nos proponen como simple y jurídica distribucion de bienes entre el pueblo, está la negacion de la misma comunidad.

No es propósito errado, para quien trata de reformar el mundo moral, principiar en la religion. O se considera el hombre reformador, y necesita tener la mente inundada por la luz para conocer el bien y el mal, y para que sobre un eje sólido se coloque á fin de poder realizar su obra; (la luz y la fuerza son dos dotes que se derivan ante todo del orden religioso), ó se consideran, por el contrario, los hombres que han de ser reformados, y resulta que para su reforma deben ser aferrados en sus tendencias más caras, en sus ansias y en sus afectos más prepotentes, experimentando el hombre tales afectos y tales ansias en la religion. En suma: la reforma de la sociedad civil es un estudio vario é inmenso, que abraza todos los estudios; aquí viene á propósito aquella frase de Diderot: «El principio, la prosecucion y el término de los estudios debe ser la religion.» (1).

Esto notando, quisiera yo alabar de un modo sentido á la filosofía escéptica, porque, anhelando la social reforma, se junta un momento con los católicos, y va precisamente á parar al orden religioso. Empero ¡ay! señores; no es bastante hablar de religion, necesitándose tratarla del todo sabiamente. ¡Qué cosa es á los ojos de la filosofía escéptica la religion? ¡Cómo se propone reformar el mundo?

¡Extraña cosa! Se propone hacerlo reformando ante todo la misma religion. Esta, segun la teoría del escepticismo, no viene á ser absoluta cosa en su sustancia, ni cosa prescrita ni estable, sino una explicacion dinámica de facultades caprichosas y una permutacion continua. A esto conduce gritar que la religion es sólo una simple forma del

(1) Diderot. *Traité sur l'éducation publique*.

sentir del pueblo. Pues bien; nosotros los creyentes no aceptamos tal principio: nosotros no vemos con él posible alguna social reforma, cuando al revés nos pone delante la falsificación de la verdad.

En efecto; no bien se admite que la religion es sólo la natural forma del sentir de los pueblos, forzoso es admitir al mismo tiempo que todas las religiones que han surgido en el mundo se deben acoger y considerar buenas; os oponéis de lo contrario al sentir del pueblo que las acogió el primero, y las observó, viniendo á ser contradictores del género humano, lo cual para nuestros filósofos no es tolerable. Surge de aquí que, si todas las religiones son la natural forma del sentir del pueblo, debiéndose todas reputar buenas y legítimas, se quita la distincion que siempre los sabios establecieron entre la religion verdadera y las religiones falsas; se sigue además que, mientras las religiones falsas varían, no sólo en sí, sino entre sí, chocando unas con otras y renegándose cruelmente, tienes que cerrar los ojos á fin de no perturbarlas; más bien, con las pupilas muy abiertas, debes conocer y jurar sobre tu conciencia, que aquellas enormidades y aquellas renegaciones son la mejor prueba de una explicacion recta y de una natural amistad. Lo han dicho los filósofos escépticos: natural forma del sentir de los pueblos es la religion; y el sentimiento de la naturaleza, de cualquier modo que se manifieste, no se puede rechazar.

¿Es verdad esto, señores? ¿Hállase aquí el augurio y la promesa de la social reforma de nuestro siglo? Sienten los pueblos su religion naturalmente, y los pueblos sólo en religion vienen á ser respetables. Respetamos, por tanto, á los pueblos, supremos profesores de creencia y de culto; ¿adónde vamos á parar?

Cuatro principales instintos ó facultades humanas arrastran, por decirlo así, á los pueblos: imaginacion, sensibilidad, preocupacion de lo futuro y reflexion que abstrae. A tales cuatro potencias humanas corresponden, señores, fácilmente cuatro formas de religion en los pueblos, los cuales, siempre que no son regidos por ley firme y superior, se degradan en materia de fé religiosa, creando mónstruos. Produce la imaginacion el fanatismo, viéndose á los pueblos correr á los mitos, cambiando la realidad con los símbolos, obra de la fantasía. Produce la sensibilidad el politeismo, por el cual se ve con frecuencia á los pueblos entre ídolos materiales, númenes y diosas, obra del sentido. La preocupacion de lo futuro produce la adivinacion, viéndose por ello á los pueblos llenos de arúspices, consagrados á los sacrificios sangrientos, obra del temor. La reflexion que abstrae produce, por una parte, el panteismo y por otra el deísmo, viéndose adorados por el pueblo los troncos y las piedras, cual si tuvieran sustancia divina; en el pueblo se

ve á los predicadores del dios solitario y abstracto, obra igualmente de la razon.

Son suciedades é infamias, que deshonran á nuestra especie; ¿mas qué importa? El «emanatismo,» el politeismo, la profecía detrás de la que van los ritos cruentos, el panteísmo y el deísmo, entiéndense con las facultades humanas. Vienen á ser religiones, y son las formas naturales del sentir de los pueblos. ¿Los querreis vosotros condenar?

No hablemos de las divisiones menudas hechas por ciencia, y abramos la historia.

Inclínanse los Indios á Brama, cuya alma, no bien murió, pasó incontinenti á ochenta cuerpos diferentes, hasta que animó por fin el de un elefante blanco. Consideran este Brama hombre y mujer; dios hermafrodita, del que brota Manú, segundo creador del universo visible.

Vosotros os sentís impelidos á la burla; mas ¿por qué avergonzaros de lo dicho? Aun en los Indios forma natural del sentir popular es la religion: ¿os parecen acaso la naturaleza y el pueblo dignos de risa y de vituperio? Los filósofos escépticos, defensores de la forma religiosa popular, aman este dios *hombre y mujer*. Más aún; desde que hallan en Dios á la mujer, ámanlo más.

Los Peruanos adoran muchos génios, como los otros pueblos: los génios son para ellos la luna, las pléyades, el arco iris, las estrellas, el trueno y los relámpagos. Dicen que las estrellas son damas y camareiras de la corte de los astros. Los creyentes de Odin saludan al dios Híemdal, hijo de nueve vírgenes, el cual duerme menos que un pájaro, y ve de noche lo mismo que de día á cien leguas de distancia. Los Galos deifican los lagos, los rios, y las selvas; adoran el espíritu del rayo bajo el nombre de Tarana. Los del Canadá componen el Ser supremo de cuatro personas: el padre, el hijo, la madre y el sol. Esta madre suya es el principio del mal. Los Virginianos sirven con mucho celo al espíritu maligno, por cuanto se mezcla en las cosas de nuestro mundo. Los Mejicanos acarician el culto de un ídolo, que se formó con todas las semillas de la tierra mezcladas con la sangre de muchos niños, á los cuales arrancaron el corazon.

Nuevamente, señores, os descubro inclinados á la burla y á la ira; mas, ¿por qué maravillaros de lo que os cuento? En todas partes obró espontáneamente la naturaleza, suscitó en los pueblos el sentimiento religioso y reveló las formas del culto. Aun *el espíritu del rayo, el espíritu maligno*, y el ídolo que se *forma con la sangre de los niños*, donde tales creencias prevalecen, son creaciones ó perfumes salidos naturalmente de la cabeza humana, como de la cabeza de los Atenienses salía naturalmente la idea de fabricar el Partenon, y de la de los Romanos

la de levantar la roca del Capitolio. Sabed que los filósofos escépticos quieren respetada la religion popular.

Respetar debéis la religion de los Griegos, que se postran á Júpiter tonante, incestuoso y adúltero, levantando sacrificios á Mercurio, el dios de los ladrones; á Vulcano, el dios de los engaños; á Momo, el dios de los bufones, y á Plutarco, el dios de los infernos; respetar debéis la religion del Lacio, cuyo pueblo, además de las necedades griegas, tiene las propias: columnas de fuego que se detienen sobre las legiones; rios que se paran en la fuente; imágenes que sudan; espectros que vagan; lluvias de leche, de piedras y de sangre; un augur que corta la piedra con una navaja de afeitar. Allí está el libro de las *Metamórfosis* de Ovidio, desmesurada reunion de prodigios paganos.

¡Ay! Cuán bajamente se cae cuando con la filosofía escéptica se declara que la religion es sólo la simple y natural forma del sentir del pueblo. ¿Qué cosas os veis compelidos á creer y venerar? Lo declara la historia: embustes, desvergüenzas, atrocidades, fealdades y delirios. Admirable descubrimiento se hizo. ¡Teoría sapientísima! ¿No debe llenar el alma de asombro el pensamiento de que con esta teoría y con este descubrimiento se pregona hoy la reforma y la renovacion de la sociedad civil? No, filósofos escépticos; vosotros no conseguireis nada por esta parte, porque sin verdad no se reforma, ni se renueva. En vuestro principio está la más despiadada falsificacion de la verdad.

Me acusan de tener una inteligencia oscurecida, que no afronta la discusion segun es. Una cosa son los pueblos antiguos, y otra los modernos. ¿Acaso no se agita la filosofía escéptica en los pueblos modernos? Se ha levantado y ha venido á guiarlos: bajo su tirocinio no se deben temer ya los Júpiter tonantes, ni los Plutones infernales: no se debe temer á Brama, ni á Osiris, ni á Odin armados de fuego, provistos de milagros extraños é imposturas. Ella fijará las normas de lo que se debe creer y obrar; los pueblos, aleccionados por ella, tendrán formas de religion inmaculadas y bellas. De aquí el primer paso para la nueva reforma del mundo.

O nada entiendo yo seguramente, ó los filósofos escépticos se destruyen á sí mismos con sus propias manos.

Hacen hincapié sobre la religion que profesan los pueblos; esta es llamada el fruto de su sentimiento, forma simple y natural. Ahora bien; ¿por qué no se permite que obren los pueblos por sí al mismo tiempo que son exaltados? ¿Por qué razon es preciso que la filosofía escéptica se adelante para instruirles, enmendarles y conducirlos como si fuese su nodriza? Luego no basta en los pueblos la naturaleza tan enaltecida: luego se reconoce que su sentimiento en materia de religion fácilmente

te se desvía. Perfectamente: ¡y habeis mandado un saludo de fiesta y de gloria á la religion en cuanto es natural forma del sentir del pueblo! ¡Y sacásteis de ahí nada ménos que la epopeya de nuestro porvenir! ¡Ah! Se necesita un pedagogo, á fin de que la empresa terrible salga bien; pedagogo del pueblo, moderadora de la naturaleza y de la religion declarais á la filosofía escéptica. De tal modo, señores, sois re-negados.

Solo que, penetrando más en el asunto, ¿en qué consiste la religion que por la filosofía escéptica proporcionase á los modernos? ¿Qué títulos lleva, á fin de que pueda llamarse la forma natural del sentir del pueblo?

Digamos, señores, que se trata de religion: digamos que no es arbitrariedad ni fantasía, sino que obra segun los cánones de la sabiduría. Incumbeme á mí este trabajo, que dejé hasta el presente. Veré confirmado esto: en lo que los escépticos llaman natural forma y religioso sentimiento de los pueblos, se realiza la falsificacion de la verdad.

Religion es Dios que comunícase á los hombres, y que comunícase á ellos no sólo mediante la naturaleza, sino principalmente por la divina revelacion, esto es, por su voluntad, por su palabra, por sus actos extraordinarios personal é históricamente manifestados. Tal es el lado objetivo de la religion. Por otra parte, religion es la correspondencia que los hombres prestan á Dios; es el reconocimiento que hacen de su extraordinaria manifestacion; es entender su voluntad y seguir su ley: es por consecuencia adorarlo, servirlo con peculiares actos, reunirse en su nombre en el templo y entre los esplendores del culto, invocarlo en suma y amarlo, como aman los hijos á su padre. En la religion esto es el lado subjetivo y práctico. Como anillo y real cumplimiento de las dos partes estas que notado hemos, entre Dios que así se revela y el hombre que de tal modo adora, existe una institucion divina en su origen y divinamente ordenada: la del sacerdocio, que recoge las revelaciones celestes, las custodia, las aplica, é inspecciona los ejercicios de la liturgia, hallándose colocada como medianera entre la tierra y el cielo. En breves palabras: entre Dios y el pueblo está la Iglesia.

Dirijámonos á la filosofía escéptica, pidiéndole cuenta de estos tres supremos y distintos elementos, por los cuales tiene vida la religion.

¿Qué piensa de Dios? ¿Cómo entiende que sientan de El los pueblos?

Oid, señores. La filosofía escéptica escribe á la cabeza de su programa de reforma social: «La religion es un símbolo sujeto á una transformacion perpétua, que tiende de continuo á coordinar y poner en armonía las ideas religiosas con las doctrinas científicas.—Empero los

principios que rigen toda la sociedad moderna, no son ya los dogmas sobrenaturales y los oráculos misteriosos de cualquier revelador (1).

Me quitan, pues, los oráculos misteriosos del revelador y los dogmas sobrenaturales: ¿cómo puedo yo, creyente, conseguir el conocimiento de Dios y la adoración que le tributo? Por cualquier lado que yo creyente alce á Dios la mirada, me hallo sumergido en el misterio y arrebatado del orden sobrenatural. Pues bien; no más nada para mí. Cuanto Job, Moisés, Isaías, Jeremías, David me revelan á Dios en la Biblia; cuanto los evangelistas y los apóstoles me revelan de El en el Evangelio, se me cierra delante de un modo inexorable, se me sustrae y otra vez vuelve á la nada: aquí dentro está el oráculo misterioso y aquí está el dogma sobrenatural, no debiendo yo atender á dogmas revelados ni á oráculos. ¡Oh! Retiraos, profetas, apóstoles y evangelistas, que creásteis la más alta sabiduría de las viejas y de las recientes edades; ya no me servís, ni amaestrareis á los pueblos más. La religion es un símbolo que se transforma perpétuamente; el mundo de hoy, transformado por la filosofía escéptica, rechaza vuestros dogmas y vuestros oráculos.

¿Qué dije? No sólo en el orden de la sana ortodoxia, que es el bíblico y el católico, sino en el orden de la ciencia profana me impiden alcanzar el conocimiento y adoracion de Dios, porque Dios, aun mirado por tal parte, se me presenta rico en oráculos y en dogmas sobrenaturales, debiendo yo abstenerme de cuanto es sobrenatural y misterioso. Enséñame Tales, el primero de los siete sabios de la Grecia, en sus *Sentencias*, que Dios es el más antiguo de los seres, que no fué por ninguno engendrado, y que la hermosura del mundo es una emanacion de la belleza divina. Bien está; mas yo debo creer que Tales es un necio. Pitágoras en su célebre *Jerarquía de los seres* coloca en el primer grado á Dios creador: Platon confiesa que no tuvo el orbe más arquitecto que la palabra de Dios. Bien; mas debo volver las espaldas á Platon y á Pitágoras. Aristóteles en la *Metafisica* y en la *República* principalmente, demuestra que Dios sólo es causa y principio de todo. Autístenes, Sofocles y Barron admiten un solo Dios soberano, creador del cielo y de la tierra. Sexto Empírico en el primer volumen *Contra los fisicos*; Ciceron en el libro segundo *De la naturaleza de los Dioses*; Séneca en las *Cuestiones naturales* y en el libro cuarto *De los beneficios*, Marco Aurelio Antonino en sus *Pensamientos*, prueban con invictas razones que Dios, el ente supremo, ó la inteligencia infinitamente sabia, creó el orbe, y que cuanto pasa en el mundo es efecto de su voluntad. Bien: estos moralistas y estos filósofos son cabezas vacías: alzo yo el codo y paso adelan-

(1) A. Franchi: lugar citado y principio.

te. Lino, Homero, Callimaco han declarado en versos sublimes que sobre todo el hombre fué formado por Dios con un poco de fango. Otros necios y otros ignorantes: levanto el codo y paso adelante. Horacio, Virgilio y Juvenal quieren nuestra alma descendida del cielo, y aún teniendo parte de los entes celestiales. Otros necios y otros ignorantes: levanto el codo y paso adelante. Sanconiatone de Berito en su *Historia dedicada á Abinal* rey de Fenicia; Filon de Biblos en la *traducción de la historia de Sanconiatone*; Megastenes en su *Historia de los Bracmanes*; Esiodo en la *Teogonia* y en la *Obra de los Dias*; el Autor del *Poema de los Argonautas*; Epicarmo, el más antiguo de los poetas cómicos, en su escrito de la *Natura*; Aristófanes en la *Comedia de los pájaros*; cerca de Luciano, me hablan de la creación de los animales, de la del hombre hecha á imágen de Dios y de su imperio sobre todas las criaturas. ¡Cuántos necios y cuántos ignorantes! Yo estoy harto y paso adelante. Arato en los *Fenómenos* hace á Dios autor de los ástros; Cátulo, el poeta latino de Verona, me dice que por encima de los ástros está la mansion de la Divinidad, como si quisiera decir que allí finalmente me aguarda (1). Siempre ignorantes y siempre necios, que me apuran en el reino de la ciencia; levanto los hombros y adelante.

¿No está claro, señores? Resignándome á la filosofía escéptica me toca huir enteramente del conocido mundo sagrado y profano, porque me hablan de Dios en todos los sitios y todas las bocas, promulgándoseme los sobrenaturales dogmas, que no deben ser más tiempo tolerados. Mas si esto resueltamente se desea, ¿á que se reduce Dios? ¿En dónde lo encontrareis? Es el centro de lo sobrenatural, como es la fuente del misterio para nosotros: por consiguiente allí donde lo sobrenatural se niegue y el misterio se anule, cae con esto mismo negado y destruido Dios.

Dios renegado y Dios destruido por el hombre: ¿es esta la religion que la filosofía escéptica nos regala? ¿Quiere que tal aniquilamiento de Dios se convierta en la natural forma del sentir de los hombres? ¿Religion sin Dios! ¿Habeis nunca entendido agregacion más monstruosa de términos? Verdaderamente tengo entre mis piés los ignorantes y los necios. ¡Tales son los inventores de la reforma social! ¡Tales son los furiosos que la verdad estropean!

Si ocuparse no es preciso en Dios, en el Dios verdadero y ontológico, objeto supremo de creencia y de culto, ¿en qué actos religiosos deberán ejercitarse los pueblos queriendo tener una religion? Otro punto de nuestro examen.

(1) Véase *Moralistes Anciens, traduits du grec*. Paris, 1841,

Oid á la filosofía escéptica: «La religion tiene su raíz inmortal en el sentimiento del infinito, recibiendo su explicacion sucesiva con el progreso de los tiempos y con la civilizacion de las naciones (1).»

Por consecuencia el infinito es conservado y admitido. Empero el infinito, como se coloque fuera del Dios personal, ó más bien sobre el aniquilamiento de Dios, infinito enteramente ideal y abstracto, sin inteligencia, ni voluntad, ni afecto, ni obras, es ridículo inquirir qué clase de religion podrá engendrar en los pueblos. ¿Inducirálos á la oracion? No, porque la oracion religiosa es suspiro del alma humana, que desde el mundo presente se relaciona con el sobrenatural y divino. ¿Favorecerá en los pueblos el rito de los sacrificios? No, por cuanto el sacrificio, religiosamente comprendido, es el ofrecimiento del hombre alegre ó temeroso, que da gracias ó suplica: ¿Por qué quereis que deba temer el pueblo al infinito abstracto? ¿Por qué quereis que le dé gracias? ¿A lo ménos sembrará la tierra de monumentos sagrados y nuevos? Mas ¿qué monumentos podrán ser? No será una cúpula de Brunelleschi, la cual es dominada por la cruz, porque predica la cruz al Dios encarnado, y envía los acentos de la eternidad: no será ninguna de las más estupendas imágenes de Rafael, porque representan Niños, Vírgenes ó Santos, tipos de sobrenatural belleza y de paraíso. Por consiguiente ni oracion, ni sacrificio, ni templo, ni imágenes. Vuelvo á preguntar: ¿en qué consiste para la filosofía escéptica la religion, que debe ser sin embargo la forma natural del sentir del pueblo?

He comprendido: «La religion, que tiene su raíz en el sentimiento del infinito, recibe su explicacion sucesiva con el progreso de los tiempos y la civilizacion de las naciones... El racionalismo es la fé nueva de los pueblos, la religion íntima de los corazones: debe ser para el porvenir el solo culto público de los individuos y de los Estados (2).» Egregiamente: sobre las ruinas, por decirlo así, de Dios y del propio culto material se levanta el racionalismo; la religion es sólo la razon humana y la civilizacion: ¿empero deseais entender á qué se reduce la natural forma del sentimiento religioso en los pueblos? Puedo contentaros indicándolo con una palabra: es lo más loco, más oscuro y más desarreglado que produce la civilizacion escéptica cuantas veces se relaciona con el sentimiento del infinito.

Maximiliano Robespierre, amedrentado por los sangrientos triunfos del ateismo, declara la necesidad del ente supremo: es un Dios creado por su pensamiento, que no lleva consigo cielo, ni tampoco inferno; no

(1) A. Franchi, lugar citado.

(2) A. Franchi. Lugar citado.

necesita sacerdotes ni inciensos (1) y la turba parisiense, movida por el potente decreto, se despepita para celebrar el ente supremo de Robespierre, enlazando sus fiestas con las saturnales de la revolucion. Hé aquí la nueva religion del pueblo.

José Smith, el profeta, y Brigham Young, el vidente, fundan en América la secta de los Mormones: es un parto de su idea y de su sentimiento; al mismo tiempo su símbolo, que solamente de nombre es religioso y teocrático, protege la infamia, y acoge multitud de corruptos, exaltados, débiles y putrefactos en la apoteosis de la poligamia. Hierve todo el valle del *Lago Salado*, corriendo la noticia á la tierra y al mar. Hé aquí la nueva religion del pueblo.

Lutzelberger, Marx, Stirner, Ruge enseñan asimismo racionalmente que el viejo Dios, adorado por el mundo, es puro antropomorfismo; deploran que el paganismo se marchara con sus Dianas y su Venus, queriéndolo reconstituir con sus manos. Ellos en la escuela del idealismo aleman, cuando no lo hubieran esperado otros, plantan el culto más asqueroso de la materia. Es siempre verdad que los extremos se tocan. Hé aquí la nueva religion del pueblo,

Enfantin anuncia por su parte la emancipacion de la carne. Para él la carne, que debe librarse del espíritu, se apoya en el reino del infinito, porque una vez emancipada, producirá la más grande y feliz renovacion del mundo. En su virtud se llama sumo padre ó pontífice: la mala mujer que arrástrase á su lado es el mesías: todos los hombres deben ser sus adoradores. Es un racionalismo sucio; mas es racionalismo. Hé aquí la nueva religion del pueblo.

Así no existe locura ó fealdad que, cuando más estragos causa en el cerebro humano llevándolo á lo superlativo en lo ruin, no parezca acercarse á lo infinito: lo cierto es que ella, de algun modo, ansía los honores: bajo la forma política de Robespierre, ó bajo la forma de la enfática poligamia «mormónica», ó bajo la del idealismo germánico, ó bajo la otra de la carne por Enfantin emancipada,] fabrica su culto predilecto, y pregona su *Buena Nueva*. Igualmente resulta firme y probado que los hombres, no pudiendo prescindir de adorar, no bien dejan de adorar á Dios, adóranse á sí mismos: adóranse como Dios, en la parte aquélla en que á los brutos equipáranse.

Vosotros os horrorizais y os enfureceis, señores: mas la filosofía escéptica llénase de gozo. Está llamando los pueblos para que pongan en

(1) Realmente cantaba Lebrun y tenía razon:

Ce Dieu de la pensée

N'a pas besoin d'autels, des prêtres, ni d'encens.

dispersion los oráculos misteriosos del revelador y los dogmas de lo sobrenatural: llévalos á manifestar sus propios anhelos y sus mismos amores en sus afinidades que piensan tener con el infinito, sin pensar sino en su placer: los pueblos oyen la voz halagüeña y obedecen: á veces se marchan del cristianismo, y se hacen rebaño de quien oscurece su conciencia, y de quien los sorprende devorándolos. Por tal perversión os indigna lo mismo que á mí la falsificación de la verdad; pero la filosofía escéptica con dura é impertérrita frente os habla de religión, mostrándoos en ella la natural forma del sentir del pueblo!

Os iluminé la primera y la segunda parte, que constituyen la religión: Dios y el hombre. Ahora bien. ¿Qué pasa con la tercera? Tratar de ella es preciso para concluir nuestro exámen. Hablo del sacerdote divinamente colocado como medianero entre cielo y tierra para moderar los actos del culto.

¿Qué pasa, señores, con el sacerdocio?

Os descubrí ya que la filosofía escéptica, interviniendo en la religión del pueblo, se propone hacer de sacerdote y de Iglesia. Empero aquí dos oficios diferentes son propios de ella, debiéndose recordar.

La filosofía escéptica tiene por oficio primero maltratar y destruir. So color de suprimir las supersticiosas insanias y dejar limpios á los hombres, inicia su cruzada contra los creyentes: abajo la cruz, abajo los templos, abajo las devociones, abajo la Biblia y el Evangelio, abajo los sacerdotes y el Papa, abajo, para decirlo en breves palabras, todo el catolicismo y todo el cristianismo que hay en el mundo. Tal es su grito: quien á la filosofía escéptica sigue, otra cosa no puede ser sino un hombre que se come á los levitas y á las vírgenes, ó un salteador del santuario. Un rey bárbaro, jefe de bárbaros, exclamaba: «No nacerá nunca la hierba donde haya pisado mi caballo.» Esta, la viviente loba, exclama: «No subsistirá la divina fé ante el hálito de mi boca.» Tanto en efecto desaparecen Dios y la fé, cuanto adelanta ella.

Sólo que, en el cometido segundo de construir, la filosofía escéptica es mentecata y floja niña, ó nada. ¿Nunca considerásteis el famoso medio de que se vale? Es cosa que produce sumo ruido; pero, al echar los cimientos y al construir las murallas, se resuelve en tempestad precisamente.

El sacerdocio, divinamente fundado, fué potentísimo para dirigir y hacer que floreciese la religión, porque procedía bajo el sello de la autoridad religiosa. Sabía lo que tocábale hacer; tenía en su lengua la santa ley del Señor, y, hablando en su nombre, era oído y venerado, recibíendole la espontaneidad activa de los pueblos. Ocurrió esto siempre que se mantuvo el sacerdocio fiel á los ordenamientos divinos, sin

quedar pervertido. Miradlo en los Hebreos, donde defiende la nacion contra la idolatría y conserva inalterado el culto del monoteismo. Vedlo en la Iglesia católica, donde no se deja manchar el depósito de la fé por las herejías cristianas ó protestantes, conservando la divinidad de Cristo en su plenitud y en su fulgor. Echad, por el contrario, la mirada sobre la tierra donde el sacerdocio, salido de la ortodoxia, obra por sí: es corrupto y corrompe. Allí hay cisma, inmoralidad y estrago; allí están sobre todo los delirios idolátricos, que contemplamos, de los Indios, de los Galos, de los Canadeses, de los Peruanos, de los Griegos y de los Latinos, hasta el extremo de ser el culto sagrado un oprobio, quedando mejor salvadas en la ciencia profana aquí ó allá las doctrinas de los sábios, que mencionamos como título de honor de nuestra conturbada especie. Por consecuencia obrar el bien en la creencia es cosa del sacerdocio de Dios, bajo el sello de la autoridad religiosa.

La filosofía escéptica, por el contrario (¡horrible sacerdotisa!) ¿con qué sello y con qué impulso pretende dirigir la religion y edificar? Caminando al revés de Dios, enarbola tambien bandera contraria á la de Dios y de la Iglesia católica: Su bandera es la de la libertad. Dice: «Deplorando profundamente las absurdas restricciones que un sistema de media libertad nos prescribe en las discusiones religiosas, haremos cuanto de nosotros dependa para apresurar su reforma (1).» La reforma por la cual enardécese, es querer en las creencias libertad plenísima y absoluta. En su virtud, una vez derribados los dogmas sobrenaturales, se dirige con nuevo brío á los pueblos y les dice gritando: Sois libres. Os he redimido y os he franqueado el sendero: ahora salid afuera y obrad robustamente. Sois libres; desenvolved las humanas facultades, manifestad la omnipotencia de vuestro sér y construid los símbolos religiosos. ¿Sabeis cuál excitacion contienen tales frases para quien se dirige á los que reniegan de Dios y agitan en su pecho los malos gérmenes de nuestra naturaleza enferma? No sirven para promover la virtud, sino el desórden y lo más abominable. Sois libres; es decir, que sois libres de Dios y de todas las leyes por Él intimadas: sois libres, por lo tanto, para insultar á la Providencia, para no creer en adelante, para decir blasfemias, para perjurar, para ser idólatras, para contaminaros y contaminar, para escarnecer las cosas más santas, y para delirar á vuestro gusto. Vosotros, pueblos, sois libres: á la manera que os impelió á destruir la divina revelacion, la Iglesia y el Pontífice, sois libres, libérrimos para plantar, si os place, sobre las ruinas

(1) A. Franchi; lugar citado.

estas, la diosa francesa de la Razon, que es el trofeo de la incontinen-
cia mujeril, ó la calavera de Júpiter anhelada por Fewerbach, que es
la prepotencia varonil de la lujuria, ó el altar á Luzbel invocado por
Proudhon, que es el último dominio del mal.

Por todas partes he revelado el secreto de la iniquidad. Para la filo-
sofía escéptica en esto consiste la natural forma del sentir del pueblo;
de aquí debe partir la reconstitucion nueva de la sociedad civil. A sus
términos últimos reducida, nuestra cuestion se halla toda en la siguien-
te pregunta: ¿puede la sociedad reordenarse y correr á mejores desti-
nos con la incredulidad, el ateismo, la licencia y la maldad? ¿Se ha vis-
to nunca surgir un pueblo sobre tales piedras de tropiezo y sobre ta-
les piedras sepulcrales? ¿Quién pudo jamás afirmarse en el vacío y
construir sobre la podredumbre? Platon me responde: «la familia y la
patria se derrumban cuantas veces falta el respeto á la divina ley (1).»
Aristóteles responde así: «el más importante de los oficios sociales es
la administracion del culto (2).» Ciceron me responde que «no cabe vir-
tud ni sociedad humana, si no se funda en la piedad hácia Dios (3).»
Machiavelli emplea válidos razonamientos para responderme que «la
religion es del todo necesaria si se quiere conservar una civilizacion, y
preservar los Estados de la ruina (4).» ¡Oh filósofos escépticos, hom-
bres que desconuelan! ¡Procedéis contra todos los sábios y contra to-
das las muchedumbres humanas? ¿Os esforzais por anularnos verdade-
ramente, como tambien por anular á Dios y á la Iglesia, sublimándoos
vosotros? Empero ¿no enterró en todos los tiempos la podredumbre al
deshonesto que á manos llenas la sembraba? ¡Hombres que desconue-
lan! Escribió Voltaire de otros iguales á vosotros: «Abierto han un
abismo, y ha tornado á caer la tierra encima de ellos... Nosotros cami-
namos por la vía de la verdad sobre las espaldas y el vientre de nues-
tros enemigos... Los hombres no pueden aniquilar lo hecho por
Dios (5).»

Queda resuelto el problema, donde importaba más á los incrédulos y
donde á ser tal principiaba.

¿Puede admitirse por el lado religioso la propuesta de la flamante
reforma, que realizar quiere la filosofía escéptica en la sociedad civil?
No; no puede admitirse: yo, creyente, la condeno y la proscribo: en la

(1) Platon: *Leyes* IV y X; y en otras partes.

(2) Aristóteles: *Política*, VII, 8.

(3) Ciceron: *De natura Deorum*, 1, 2 y en otros sitios.

(4) Machiavelli: *Discorsi*, lib. I, cap. 11, etcétera.

(5) Voltaire: *Œuvres*, edicion de Kehl, tom. XLVI, pág. 384, tom. LXXXII, pág. 317,
tom. LXXIX, pág. 130.

religion que nos proponen como simple y natural forma del sentir del pueblo está la falsificación de la verdad.

No podríais inculpar á la filosofía escéptica si, tras haber empezado en la religion, para renovar el mundo, piensa en la tarea del gobierno, y se ocupa mucho en el poder político. Para constituir la majestad del Estado, es uno de los primeros elementos el gobierno ó el poder precisamente. Representa el poder á la nacion: ¿cómo á ser vendría representada ella misma decentemente, no confiando el poder público á peculiares manos, ó vacilando políticamente sobre sus propios quicios? Por lo tanto de máxima trascendencia es el régimen. Dadme aunque sea un pueblo dividido, viciado, batido por sus adversarios y débil: como por buena ventura haya llegado á tener un gobierno sábio, se restaura y se retempla, surgiendo una regeneracion social. En su virtud, aun por esta parte nos gusta rendir admiracion á la filosofía escéptica. Es inteligente y sagaz. Aun cuando se muere de ternura con los de baja esfera, levanta las pupilas á lo alto, y como señal de resurreccion se ocupa en el gobierno gallardamente. Procede despues de todo, cual Sesostris, Pisistrato, Teodorico y Napoleon I.

De todas maneras no es suficiente aferrar un principio justo; es necesario saber mantener el principio en su integridad y aplicarlo con rectitud. Ahora bien; miremos qué naturaleza tiene para la filosofía escéptica el principio del poder por ella entendido y deseado.

Es lógica la filosofía escéptica en su racional progreso, é igualmente franca en sus afirmaciones propias. Así como borrando los dogmas sobrenaturales y el Dios personal ontológico, atribuye al pueblo la facultad de crearse una religion á su gusto, sólo al hombre del pueblo adjudica el poder de crearse á su gusto el gobierno, queriéndolo conforme del todo con ella, es decir, democrático. Esto es para ella obra evidente de natural justicia; es sustituir los derechos á los privilegios. Os trascibo estas palabras: «La política determina las relaciones de la nacion con el gobierno... Deducimos nosotros estas relaciones de una sola fuente única: el derecho natural; y la formulamos todos en una palabra: democracia. Indagando con la escolta de la razon el organismo constitutivo de la sociedad, resulta manifiesto hasta qué punto son inicuos y ruinosos todos aquellos privilegios, que solían taparse con el título de derechos. Es obligacion nuestra, por lo tanto, combatirlos y los combatiremos.» (1).

Combatamos, señores, nosotros á nuestra vez la doctrina política de

(1.) A Franchi, lugar citado.

la filosofía escéptica. Exprimiendo todo su jugo, se reduce á lo siguiente: «La fuente del poder está en el pueblo: por él será constituido el gobierno que debe haber y que debe dominar en el mundo. Ahora bien: el político rechaza tal doctrina, no encontrándola á propósito para la reforma social, por cuanto en el poder que nos proponen como simple y necesaria delegacion del pueblo, está la vituperacion de la soberanía.

Tengo un primer argumento para probarlo. A fin de que la soberanía no se infame y envilezca, conservando la virtud de reordenar nuevamente á la nacion, es preciso que sea intrínsecamente fuerte. Como veis, aquí no hablo de la fuerza que le comunican los brazos de las falanges, ó el juicio de los capitanes, ó los ojos vigilantes de la policia. Esto no; para mí la fuerte soberanía es la que sabe influir mejor en los corazones, siendo más prontamente sentida y más respetada: es la soberanía sabiamente dulce y paterna; la soberanía, en suma, no materialmente, sino moralmente autorizada. ¿Acaso podriais desarraigar el mal y promover el bien, poseyendo una soberanía sin autoridad legítima? Cuando, pues, se rija el Estado como una familia, en la cual se vean los hijos en medio, brillando la preeminencia del padre...

Comprendo, exclama la filosofía escéptica. Idolatrais el derecho divino, retornándonos á los privilegios inicuos ruinosos; anulais los derechos del pueblo, y quereis que sea esclavo de los reyes.

Si; yo idolatro el derecho divino; lo saludo y lo invoco más solícitamente ahora que la filosofía escéptica, con todas las bocas de los incrédulos, lo maldice; lo invoco á fin de que venga, no á crear inicuos y ruinosos privilegios, sino á ejercer su derecho superior, natural, eterno de hacer reverberar á Dios dentro de la sociedad civil, originariamente obra de sus manos. Estupenda es la irradiacion que Dios soberano difunde sobre la sociedad; no se restringe á la institucion del gobierno real, entrando en todas las instituciones, si son justas y bellas. Dios brilla con su derecho divino en la monarquía, en las oligarquías y en las repúblicas. El pueblo judío os suministra el ejemplo, porque no sólo tuvo el régimen teocrático, sino tambien la república y la monarquía. Teneis tambien un ejemplo en el cristianismo, donde reinó Dios en las monarquías como en los municipios; en las aristocracias como en las democracias. ¿Dónde está, por consiguiente, la férrea marca del privilegio? ¿Dónde la muerte del derecho popular? ¿Dónde se halla el pueblo esclavo de los reyes?

Nuestra cuestion no es, por consecuencia, sobre la forma, sino, señores, sobre la fuente del poder. Para nosotros el poder viene de Dios; diciendo esto no afirmamos que venga directamente de Dios el rey, la república ó la oligarquía; solamente, al hablar del poder, entendemos

que, mientras la soberanía de Dios se deriva y pasa por medio de la sociedad, no pierde su origen divino, encarnándose definitivamente en uno, en pocos ó en muchos; de modo que se ve resplandecer al soberano Dios de la misma manera en los príncipes, en los oligárquicos y en los republicanos. Ahora bien; Dios, que como primera fuente del poder, se manifiesta en la soberanía política, infórmala en la moral autoridad legítima, hácela fuerte, crea la paternidad de los gobiernos y facilita la correspondencia amorosa de los súbditos. Se armoniza con nuestras palabras lo que escribió de las leyes Mably (¡advertid que se trata de Mably!): «Si la doctrina de la presencia de Dios es para el hombre religioso fuente inagotable de consuelo y felicidad, para el hombre impío es un terror saludable que lo contiene, y que por el remordimiento lo conduce al arrepentimiento (1).» ¡Extrañísimo es que deba recordarse! Con frase general, hasta Jorge Hegel sintió en este punto con nosotros, al advertir que «la más alta garantía, de que pueden gozar las leyes, es la religion (2).»

¿Os declarais, por el contrario, discípulos de la filosofía escéptica? ¿Asegurais que el poder es una simple y necesaria delegacion del pueblo, que conserva la fuente del mismo? La paternidad de los gobiernos queda destruida; Dios que los abandona y cesa, hace pagar muy cara-mente los efectos de su desaparicion; mirando el hombre á los gobiernos, se encuentra delante sólo del hombre; á la soberanía política le falta cruelmente autoridad. En su virtud ¿no descubris qué hacen y á qué recurren los gobernantes para suplir la falta y mantenerse? A medida que la fuerza moral desaparece, aumenta en torno el peso de la fuerza armada; hacen como aquellos Parlamentos económicos ambiciosamente, los cuales hablan siempre de reformas, y cada vez aumentan las contribuciones; así tales gobiernos escépticos hablan estrepitosamente de la razon humana, y anuncian un procedimiento enteramente ideal, al mismo tiempo que sólo pueden gobernar con el cañon ó el sable.

Por consecuencia, el escepticismo, como llegue á ser gobierno, habla necesariamente de una manera y obra de otra. ¿Puede venir de aquí la restauracion del Estado? ¿Puede venir la decantada reforma social? No, porque falta la verdadera fuerza del mejoramiento. La soberanía no moralmente autorizada y ansiosa sólo de dar indicio de su eficacia, es la prepotencia que aplasta y detiene, sin regenerar nunca.

Hago un segundo argumento mio. Sólo la soberanía podrá conducir

(1) Mably. *De la legislation.*

(2) Hegel. *Philos. der Geshc.*, t. II.

al reordenamiento social, cuando no quiera ser enteramente exclusiva, ni ceñirse á una forma única de gobierno, sino que acomodar sepa el método gubernativo á las condiciones y necesidades del pueblo. Ved los legisladores más célebres de la antigüedad: Caronda, Numa, Confucio, Lélege y otros semejantes: ¿por qué se dieron á las meditaciones y emplearon obra tan laboriosa al dictar las leyes patrias? ¿Por qué sus constituciones políticas se diferencian unas de otras? Es claro; porque tienden á combinar el gobierno más propio de su patria. Interrogad entre otros á Licurgo y decidle: ¡Oh Licurgo! ¿Qué leyes diste á Esparta con tanto fatigar tu ingenio y también con las extrañezas que hiciste? Os contesta: «No las mejores, sino las que podía soportar.»

No hay forma: en el cerebro de la filosofía escéptica, á pesar de tenerle tan desmesurado, no cabe de ningún modo esta verdad práctica que todos entienden. Lígase á sólo una forma de gobierno, y lígase en toda la tierra; de un modo inexorable, arrojándose á la democracia. exclama: «No; nosotros no hacemos de la democracia un flamante privilegio en beneficio de Italia, de Francia ó de otro país, sino que la convertimos en la constitución legítima y orgánica de todas las sociedades civiles... de lo contrario la humanidad... sería una multitud informe de miembros disgregados y dispersos por el infinito océano del tiempo y del espacio (1).» Hé aquí por qué, plazca ó no, es preciso relativamente al gobierno ser democráticos. Hasta aquí los estadistas y todos los escritores políticos admitieron con honor las varias formas del gobierno; mas nosotros tomaremos sus libros, cogeremos también los diccionarios y haremos con la pluma un rasgo bellissimo sobre ciertas palabras, que á la filosofía escéptica y republicana parecen muy mal. La monarquía no; es un privilegio y por consiguiente, fuera: la oligarquía, ó más extensamente la aristocracia, no; es un privilegio, y por consiguiente, fuera. ¿No lo habeis advertido gobiernos, que descansais en el privilegio aristocrático? Ha sonado vuestra hora: desde Oriente hasta Occidente se levante el estandarte de la república escéptica é incrédula: es la única forma de gobierno de los pueblos civilizados.

¿Esperais, señores, los nuevos portentos de la soberanía, vinculados en esta forma de gobierno única? ¿Os sonrien las bellas confianzas de la reforma social? Consultemos á los inteligentes.

Enséñame Montesquieu que en las monarquías hace mejor prueba la virtud, y en las repúblicas el honor. Montesquieu, con otros viejos y nuevos pensadores á una con él, me demuestran que, para establecer firmemente la república, se necesitan costumbres dignas de aplauso, la

(1). A. Franchi, lugar citado.

integridad y la justicia del pueblo; que de lo contrario, presupuesta la corrupcion, la república no prospera, al paso que con los pueblos corruptos puede subsistir la monarquía. Me place, y á la filosofía escéptica digo: Tú celebras sólo y quieres la forma republicana; pero ¿está bien seguro y bien preparado el terreno en los pueblos civilizados para levantar la fábrica de tu república? ¿Existe sin duda el sentimiento exquisito del honor? ¿Florecen la integridad moral y la justicia?

¡Oh desventura nuestra! ¿Por qué, señores míos, por qué hoy la filosofía escéptica trabaja tanto y se despepita por las reformas? Quiere reformar y regenerar, porque la tierra está corrompida, así como degenerada la humana estirpe. El mundo á sus ojos va mal; la miseria domina en las plebes, embrutece la ignorancia los ánimos, y están deshonorados por las costumbres sucias: no hay en los presentes gobiernos uno que cumpla bien los deberes de su ministerio; no levanta á los caidos sino que abate á los excelentes, dejando que se pudran más los muertos en la corrupcion; nuestro temple pierde tanto su vigor que el movimiento mecánico de la civilizacion corre peligro hasta de parálisis. ¡Por consiguiente reforma! ¡Por consiguiente, amigos míos, redencion del pueblo! Pregonando esto, la filosofía escéptica se conduce como ciertos hombres dedicados al arte de curar, los cuales para todos los males tienen una sola medicina; el inmenso remedio que ofreció los pueblos es la república, su única forma de régimen político.

¡Empero cara y carísima es esta escéptica nuestra! Si la república, para tener vida pide costumbres ensalzadas, la integridad y la justicia; si difundiendo la corrupcion se deshace y cae, ¿ha escogido bien el lugar y el tiempo para plantear entre los hombres su gobierno deseado? Gritaba Sócrates: «Reordenador» del pueblo corrompido es el tirano,» refiriéndose al hombre prepotente. El Secretario florentino, que abundaba en astucias políticas, sabiendo por dónde se debe coger á los pueblos, escribía que los públicos gobernantes deben reformar el Estado con la arbitrariedad y con estatutos varoniles. Por esto para ordenar nuevamente la Italia no acudia él á las multitudes civilizadas, sino á un príncipe á todo trance; ¡á un César Borgia! ¿Se propone la filosofía ordenar de nuevo con la plebe la Italia y la Europa, á diferencia de sus profesores y de los acontecimientos? No hay cimiento para el edificio, que vendrá de seguro al suelo; camina en el fango, y enfangada quedará por consiguiente.

¡Oh! Arrastrada la soberanía tan bajamente, llena de dolores y de infamias, ¿quién presumirá que baste para rejuvenecer el mundo? Es puesta en el puño de gente que se desgarrá, que no tiene pulso, ni con-

ciencia de sí: yo, político, la busco y no la encuentro. La reforma social que se le había recomendado, es peor que un sueño, porque se trasforma en un aumento y en un abismo de males.

En un tercer y último argumento me fortifico. A fin de realizar obras potentes, la soberanía política, además de ser moralmente fuerte y de adaptarse á las diversas condiciones de los pueblos, en su estructura dinámica debe resultar tal que pueda ser consistente y duradera. Edificásteis un magnífico monumento; mas si en este monumento que es una casa, varían siempre los inquilinos; si en este monumento, que es una escuela, varían siempre los maestros; si en este monumento, que es un magistrado, varían siempre los jueces, ¿qué provecho esperais de la cosa pública? Es poco, señores; si despues de haber creado el monumento, con vuestras manos lo derribais, lo haceis de otra manera y no lo tornais á levantar, sino para nuevamente derribarlo y componerlo, ¿podreis decirme cuál y cuánta para la nacion deberá ser la vergüenza y el daño? ¿Cosa bien distinta de la resurreccion social! Mudar de continuo equivale á seguir sin cesar en el alfabeto de la ciencia y estar en el primer ingreso de la vida: vale tanto como ser siempre niños. Mejor lo dijo así Tertuliano: «¡Mudar de continuo es perennemente morir!»

Paréceme que á muerte social condena el mundo la filosofía escéptica, cuando instituye su gobierno. Decreta realmente: «El gobierno debe ser sólo el mandatario de la nacion, y por consecuencia temporal, revocable y juzgado por todos sus actos en el tribunal permanente inamovible de sus electores (1).» Pase la inspeccion, que no niego aquí; pero ¿qué cosa es un gobierno revocable por todos, segun el beneplácito del pueblo elector? Nombré á la muerte social: ¿debo yo retirar este nombre?

Contemplemos, señores, lo que pasa en un gran país vecino.

Mirando la Francia en el presente siglo, no marchó plenamente á gusto de la filosofía escéptica, ni fué tan democrática como pedía. Sin embargo fué su pueblo el más democrático de los de la Europa; la filosofía escéptica tuvo no poco que alegrarse de la Francia, donde el derecho divino que había quedado era una frase política, y no una realidad. Ahora bien: ¿qué sucedió en Francia? ¿Qué fué de aquel pueblo y de aquel gobierno?

Los Franceses de cuarenta y cinco años á cincuenta hasta nosotros, fueron llamados á fin de asistir y tomar parte con ardor en cuatro revoluciones: la revolucion de julio de 1830, la de febrero de 1848, el

(1) A. Franchi: lugar citado.

Golpe de Estado del dos diciembre de 1851, y la revolucion del 4 setiembre de 1870. Han visto diez cambios de gobierno: en 1830 Luis Felipe sustituye á Carlos X; en febrero de 1848 el Gobierno provisional de los Once sustituye á Luis Felipe; en mayo del mismo año es sustituido el Gobierno provisional por la Comision ejecutiva; inmediatamente despues toma el general Cavaignac el puesto de la Comision; en diciembre el príncipe Luis Napoleon toma el puesto de Cavaignac; en 1851 el príncipe Napoleon es elegido presidente por diez años; en 1852 es promulgado el Imperio; en 1870 el Gobierno de la Defensa nacional toma el puesto del Imperio; en febrero de 1871 Adolfo Thiers toma el puesto del Gobierno de la Defensa, y en setiembre Thiers es elegido presidente de la república por la nacional Asamblea. Así, en el trascurso de la cuarta parte de un siglo, los Franceses han obedecido cuatro Constituciones: la *Carta* de 1814, la *Carta* de 1830, la *Constitucion* de 1848 y la *Constitucion* de 1852: ahora se despepitan aún para tener un gobierno firme, siendo impotentes para elegir uno.

Hé aquí el gobierno, que es «simple mandatario de la nacion»; el gobierno, en su virtud, «temporal, revocable» todos los dias por la voluntad de sus electores: la soberanía política, entregada enteramente á merced de los continuos trastornos nos parece vituperable. ¿Es popular grandeza? ¿Es felicidad y bella renovacion del mundo? ¡Oh Francia, agitada siempre, subvertida, nave sin timon en alta tempestad! ¡Oh Francia! ¡Antes primera gloria del cristianismo, y terror de sus enemigos! Al ver los laureles deshojados sobre tus banderas lloro y gimiendo digo: Abandonaste á Dios en la política, y Dios se apartó de tí: masticas los amargos frutos de la filosofia escéptica.

¿Es que yo proscibo la intervencion del pueblo en el régimen político? ¿Es que repruebo el plebiscito? ¿Hasta tal punto soy ignorante? ¿Acaso no admite la ley el plebiscito en los gobiernos fuertes ó monárquicos? ¿Abomino yo todo lo que huele á mundo moderno? ¿Me hago anacoreta ó misántropo y huyo? ¿Cuál es mi consejo? Si hay precision de reforma. ¿quién la dará con la fuga? ¿Reformaremos en una nueva Tebaida el siglo XIX?

¡Qué turbion de improprios! Más que deseo de retenerme, hay en los hombres contrarios ánsia de arrojarme. Dejad que respire.

¿De qué reniego yo? ¿De la entrada del pueblo en el gobierno?

Señores, repruebo tal entrada, si alejais en ella de algun modo la intervencion de Dios. Anulado Dios, colocada en el pueblo la única fuente del poder, veo suprimida la base de los gobiernos: la soberanía deja de ser apta para verdaderas y profundas reformas, cuando dá en el puño de los soberbios, produciendo el desorden, precursor de la muer-

te social. Ved si con esta vision en la mente y delante de los ojos tengo yo motivo para condenar.

¿Reniego del plebiscito, el cual es admitido áun por los gobiernos fuertes y monárquicos? Lo repruebo siempre que por él resulta el aniquilamiento social de Dios y la omnipotencia de la plebe. Por lo demás ¿ereen al mundo tan ignorante de la historia, los que tanto se jactan del plebiscito y lo juzgan la última invencion para restablecer la sociedad civil? Ellos no son inventores del plebiscito: los Romanos antiguamente lo usaban. *Plebiscita* fueron llamadas las leyes hechas en los comicios reunidos por tribus: *plebeio magistratu rogante*, como dice la definicion de Festo. En un principio los plebiscitos obligaban sólo á los plebeyos; mas, desde el año 306 de Roma, todos los ciudadanos fueron sometidos á los plebiscitos de la ley *Horatia*, cuya prescripcion fué renovada despues por la ley *Pubilia* y *Hortensia* (1). Empero, señores, consideradlo: en los Romanos los plebiscitos deliberaban relativamente á los tratados de paz, á los privilegios que debian recibir los ciudadanos, á los honores del triunfo negados por el Senado á los capitanes, y á las dispensas de las leyes (2). ¿De qué modo lo entienden ahora los políticos de la democracia? Lo consideran válido medio de social restablecimiento cuando se trata de cosa fundamental, como, verbigracia, el cambio de gobierno.

¿Están en lo firme? ¿Es de aguardar el gran bien que nos decantan ampliando de tal manera el poder del plebiscito?

En la Asamblea francesa el dia 4 de abril de 1870 el diputado Grevy exclamaba con vibrantes acentos: «¿Qué cosa es el plebiscito? Es el ciudadano tomado aisladamente, sin discusion, sin deliberacion, sin derecho de modificar las propuestas que se le hacen, pudiendo sólo resolver las cuestiones á él sometidas con un sí ó un no; de modo que lleva una contestacion pasiva despues de los hechos ya consumados, puesto entre el abismo y la ratificacion.» Al siguiente dia, en el propio salon legislativo, Julio Simon, liberal y progresista de pura sangre, decia tambien: «Declaro altamente que el plebiscito, que presume consultar al pueblo, no le consulta, ni le da el medio de expresar su opinion; que, léjos de ser un homenaje, es una injuria á la soberanía nacional; y que, en lugar de ser un elemento de estabilidad para la sociedad civil, es para ella un elemento de inestabilidad. Esta forma de consulta falsea todas las ideas, corrompe el mismo poder y lo trasforma en instrumento necesario de despotismo.»

¡Oh milagro del plebiscito! En el dia 8 de mayo de 1870, casi ocho

(1) *Hortensius legem tulit, ut plebiscita omnes Quirites tenerent.* A. Gellio, XV, 27.

(2) Livio, XXX, 10, XXX, 63.

millones de franceses responden sí á Napoleon III, queriéndolo Emperador. Es un desmesurado consentimiento público que asombra. Emilio de Girardin, loco de alegría, escribe: «Todo lo grande y que parece audaz, sale bien al heredero de Napoleon I: la Dinastía nacional está finalmente asegurada.» ¿De veras? Apenas pasan tres meses, y llega el 4 de setiembre: la miserable *Dinastía nacional* es para siempre abatida por el pueblo.

En breves palabras. ¿Es acaso cierto que proscribo cuanto sabe á mundo moderno? ¿Me hago anacoreta y misántropo, huyendo?

Apruebo, señores, cuanto en el mundo moderno es óptimo, hermoso, santo y laudable: quisiera yo tener alma grande y manos poderosas á fin de aumentar el bien por mi parte. Os ruego que me creais. Al propio tiempo abomino lo que hay ruin en el mundo moderno, lo que hijo es de la filosofía escéptica, lo que á merced está de la revolucion incrédula y de la matanza. ¿Os placen á vosotros, hombres incrédulos, estas partes modernas del escepticismo y de la revolucion? Conservadlas: gozas de los *mandatarios vuestros* del pueblo, de vuestros plebiscitos, de vuestras soberanías que vacilan y cambian: os dejo yo la inestabilidad y los poderes vituperados, lavándome las manos.

Con todo, no penseis que huya yo, si me niego á vosotros y á vuestras obras: llamadme, si quereis, anacoreta; pero no soy misántropo. ¿No me veis? ¿Cuál es mi desierto? Aun cuando estuviera, hermanos, en el desierto: ¿no escuchais de sus lugares apartados levantarse la voz del quejumbroso y del penitente? Sí. ¿De quién es esta palabra que hace un llamamiento á vuestra conciencia, que os razona en nombre de Dios, que os busca, que amorosamente os avisa de vuestros errores, que desmiente los falsos sistemas de la ciencia que os arrastran, que á la luz de los hechos os muestra las malas vorágines que os engullen que deplora vuestra muerte social y eterna, cuando vosotros, engañados y sin vista, sonreís por el renacimiento? Sí: ¿De quién es la palabra esta que, amonestándoos en la correccion, procura sacaros de tempestuoso pié-lago de nuestro siglo á la orilla abandonada de la verdad? ¿No es acaso la voz del pobre sacerdote de Cristo, el cual os prueba no tanto por fé, cuanto con razones y lágrimas, que sólo en Dios está el eje de la vida comun, y que únicamente por Jesucristo puede venir la restauracion social?

Vox vox, praetereaque nihil, dicen los incrédulos con mal gesto. Ha concluido la edad de los precursores del desierto; no ha de volver el Cordero que quita los pecados del mundo. El siglo no se fija en tí, predicador católico; y tú, gritando y del siglo retirándote, pierdes el tiempo.



No lo creo, hermanos.

El Abate Etienne, digno sucesor de san Vicente de Paul, recibió un día el bello regalo de un libro que le mandara desde París un italiano: el título de la obra era: *Historia del pensamiento*, donde, en el campo histórico, de la marcha de los acontecimientos se desprendía la índole, la majestad y el color del pensamiento moderno. Concepto admirable y solemne, que de tal modo rehacía la frase de Bossuet: «Los acontecimientos marchan y chocan, siendo su caudillo la Providencia.» Etienne dedicábase á la lectura del volumen, meditaba y concedía su aprobacion.

Trascurridos algunos años, yendo á viajar por Italia, el Abate francés hallaba en Milan á Tulio Dandolo, cortés donante de la *Historia del pensamiento*: dábale gracias de viva voz por el libro, casi comentándolo; él, simpático, elocuente, vivaz y agudo, no anciano aún, sino robu to, mantenía con Dandolo un profundo coloquio, diciéndole: «La revolucion ha pulverizado los antiguos sistemas de las tradiciones vulgares, y ejercido sobre los pueblos la accion de un ácido derramado en un líquido mineral: el polvo que veis caer velozmente, somos nosotros, sobre los cuales obra la accion de la afinidad de combinaciones muy extrañas: son falsos profetas los que nos declaran condenados á las agitaciones perpétuamente infecundas; el mundo saldrá de las conturbaciones que lo amargan, purificado: compadeceremos á las víctimas de la catástrofe; pero bendeciremos la reconstitucion de la sociedad.»

El Abate Etienne, estrechando más de cerca su plática con Tulio Dandolo, á quien consideraba severo historiador ideal y ciudadano activo, exclamó: «Admiro, por lo tanto, y me placen mucho las ideas que abri llantan vuestra *Historia del pensamiento*: en época, como la nuestra, dedicada á los placeres, á la ambicion, y á los bienes materiales, os ensalzo por saber armonizar la elucubracion del pensamiento con la práctica de la virtud, puesto que aun en medio de las conmociones políticas no os pusísteis á descansar: así deben conducirse algunos ingenios bastante expertos é iluminados para comprender que no tanto son llamados á combatir, como á secundar la victoria.»

Aquí la palabra del Abate hacíase más grave y casi tiernamente débil; á su mente acudían recuerdos amargos; como tenía los ojos atormentados por espectáculos horribles, siguió así: «Generosos conozco, que cayeron en la impotencia por haberse mezclado con furia en las luchas sociales, siendo así que hubieran debido conservarse dignamente aparte, y no levantar en la plaza la voz, sino cuando por cansancio universal hubiera sido escuchada y aplaudida. Los hombres que se juzgan capaces de favorecer con su pensamiento una justa causa, semejan-

tes al tercer Horacio, no malgasten las personales fuerzas en la pugna incipiente; conserven, por el contrario su virgen gallardía para cuando el polvo de la revolucion llamará á la predestinada agregacion que se madura en el tiempo presente.

Os expliqué mi desierto y mi obra. No desciendo á la plaza, en la cual estais vosotros: no admito los medios más estrepitosos que teneis en la lucha, sino que amaestrando con Cristo y pidiendo á Dios, procuro aparte secundar la victoria. Es la actitud de la Iglesia: las naciones se afrontan y se baten, alzándose las unas y decayendo las otras; mas ella permanece. Es la actitud de Pio IX en el Vaticano: la Europa que tiene mal reprimida en su seno á la revolucion, abátese á sus pies, á guisa de un volcan humea y cae. El, que de la revolucion quédase aparte tranquilamente, obra y sigue. Así por nosotros, creyentes, se cumple la verdadera historia del pensamiento cristiano.

Queda, señores, resuelta la segunda parte del problema.

¿Queremos nosotros encarecer por el lado político, como nos aconseja la filosofía escéptica, la nueva reforma de la sociedad civil? No; yo, político, la rechazo, porque se me descubre de varias maneras hipócrita y ruínosa. En el poder que nos han propuesto como simple y necesaria delegacion del pueblo, está la vituperacion de la soberanía.

Nuestros encomios aún y admiracion á la filosofía escéptica.

Dada á ocuparse con actividad en los símbolos religiosos y en el poder público activamente, ¿no tendrá razon para procurar con igual solería el buen orden de los ciudadanos? Su gran pasion y el anhelo que los consume hasta el delirio de los amantes, es mejorar las condiciones de las clases de los ciudadanos y hacerlas felices; ¿podríais vosotros acaso intimarles, diciendo: Baste la religion y el gobierno, no pensando en nada más? ¡Mentecatos! De vosotros se rie; os deja plantados con vuestras prohibiciones y con vuestras chanzas, arrojándose con su cuerpo en el mundo moral. Hállola yo maravillosa: el trabajo que bulle en su ánimo no se disminuye: abrázalo todo y lo transforma: es algo semejante á la *Comedia* de Dante, que abarca cielo y tierra, no excluyendo el *infierno*, por el que principia.

Ahora que la filosofía escéptica ha caido tan bajo y es mas asequible, tomémosla en los brazos; vayamos con ella inquiriendo como piadosos médicos las heridas de la humanidad á fin de curarlas.

¿Lo sabeis? Toda la gran desdicha de las clases de los ciudadanos que hoy deploramos se reduce á esto: los bienes de fortuna están mal distribuidos; los unos son ricos y los otros pobres. De la indigencia que pesa sobre el vulgo brotan infinitos males: la suciedad, la ignorancia,

el delito y la vileza. Preciso es por consiguiente que cese la maldita miseria: los unos poco más ó ménos posean lo mismo que los otros, y hágase la distribucion de los bienes en lo posible. El pueblo tiene derecho á ello.

La filosofía escéptica tiene tal clamor en la boca, siendo preciso decir que esta vez habla propiamente con hiel y cólera. Oigámosla y espantémonos. «¿Quién osaría desconocer la necesidad de las reformas sociales? Niéguenla los infelices aquellos que juzguen perpétuo é indeclinable el reino de la fuerza y de la iniquidad sobre la tierra; tenemos nosotros fé en la dilatacion continúa indefinida del bien y del derecho... ¿Es socialismo esto? Nosotros tenemos entonces el deber y el honor de confesarlo; somos socialistas (1).»

Dejamos para otro sitio, de nuestra parte cuarta, que trata de los problemas económicos, entrar en el asunto extensamente: aquí, para ser más breves, levántese á responder el ciudadano á las rabias y á las amenazas. Su contestacion exprésase con la siguiente repulsa. La sociedad civil, propuesta como una templada y jurídica distribucion de bienes, es la negacion de la misma sociedad.

¿En qué derechos se apoya la comunidad humana? En los derechos naturales ante todo: los derechos positivos vienen despues. Dios la formó de tal manera que lo de creacion y de origen debiese constituir su fundamento, así como preceder á las leyes del mundo artificial y político. Por consecuencia, relativamente á la sociedad civil, preciso es comenzar por la naturaleza.

Ahora bien: ¿qué raíz tiene la desigualdad que vemos en el mundo por lo que hace á la propiedad y á los bienes de los ciudadanos? ¿Es de ley natural ó no? Si ella es viciosa, debiendo ser reformada, ¿de qué modo y por quién deberá ser acometida la reforma? Observemos.

Uno de los ciudadanos es agudo, previsor é ingenioso; sale fuera en la sociedad, trabaja y consigue grandes ganancias: otro ciudadano es necio, perezoso y de obtuso entendimiento: á su vez se mezcla en la sociedad; pero los avances no son para él. Del mismo modo hay un ciudadano, que, si bien de mediano ingenio, tiene una voluntad eficacísima: sóbrio, trabajador, paciente, aferra por el pelo la fortuna tan voladora y se hace riquísimo: más allá existe otro el cual no puedo decir á dónde llega su ingenio; pero es de índole perezosa: no sabe dar un salto ó no quiere; está firme é inmoble, como una *Mole Adriana*: nació, segun cantaría el Venosino, para consumir el trigo, *fruges consumere*. ¡Todo ménos lograr fortuna! Si la tuviese amplísima, la perdería.

(1) A. Frauchi; lugar citado.

Omito, como es manifiesto, las coyunturas en que las riquezas ó los tesoros, por mero accidente, ó, segun vosotros decís, por casualidad, llueven sobre la cabeza del ciudadano y lo inundan, por lo cual sin mérito propio viene á ser un gran señor. Empero hablando en general, la consecucion de las propiedades y de los bienes está relacionada con las dotes del hombre. Existe una desigualdad de inteligencia, una desigualdad de voluntad y una desigualdad de fuerzas corporales: de aquí nacen las varias desigualdades sociales de la posesion de los bienes, del poder y de la gloria. No tiene Clodio el valor de Julio César: ¿casc podría triunfar lo mismo que él? Ortensio no tiene la fuerza oratoria de Ciceron: ¿podría por ventura dominar con su palabra lo mismo que él? En muchas cosas Antonio no vale como Octavio: sucumbe, y el otro levántase para ser dueño del mundo. Así comparo, señores, los famosos con los famosos: ¿qué sería si me pusiese á formar parangones yo entre los ínfimos de la plebe y de la clase media con los sumos?

Esto sentado, os invito á que habléis. ¿Proviene ó no de la naturaleza las dotes humanas de que hablamos? Ciertamente sí, porque se manifiestan con el carácter de personales. Pues bien; si las diversas cualidades personales incluyen la obra de la naturaleza, las muchas desigualdades sociales que producen se han de considerar igualmente naturales, constituyendo un derecho natural. Es conclusion solidísima que no se puede recusar. Ahora bien. ¿Qué desean, pues, y qué pretenden los filósofos escépticos? Protestan que son socialistas: quieren suprimir los frutos excedentes que de las personales eminencias emanan. Empero si tales eminencias existen naturalmente, ¿no son tambien sus frutos cosa natural? ¡Oh! ¡Apelan al derecho de la naturaleza para destruir en la sociedad civil la naturaleza!

¡Cuán errados van y cuán dementes son! Para continuar siendo socialistas y pedir una mejor distribucion de bienes, necesario es que ante todo establezcan la igualdad de las dotes personales, de que los hombres se hallan provistos: es necesario que á lo ménos nos demuestren que tienen todos los poetas el mismo ingenio de un Ariosto; todos los economistas la misma ciencia de un Colbert; todos los ministros de Estado la propia pericia de un Ximenez; todos los novelistas la misma vena de Cervantes; todos los matemáticos la misma penetracion de un Newton; todos los obreros la misma invencion de un Fulton; todos los impresores el mismo talento de un Bodoni; todos los navegantes la propia habilidad de un Vespucci; todos los historiadores la misma erudicion de un Muratori, y citad vosotros los restantes. Manejad, filósofos escépticos, mucho alrededor vuestro rasero; manejadlo sobre los intelectos, sobre los corazones, sobre la voluntad, sobre la carne

viva de vuestros hermanos: igualad y equiparad; cortad hasta las alas de la fortuna, con el fin de que no coloque á los unos sobre los cielos y de que no abisme á los otros: entonces, bajo aquellos golpes y aquellos cortes terribles, colmados los valles y rebajados los montes, despuntará el muy ansiado reino del socialismo: el socialismo, que sólo es en sustancia el trompetero del comunismo y su disfraz, se convertirá en una pura realidad. Los bienes y las fortunas de los ciudadanos serán en perfecta medida distribuidos.

Indicar esto que es un sueño en el cerebro de la utopia social; que ofende y anula los derechos de la naturaleza, ¿no es lo mismo que imaginar dividida en sus bases la humana sociedad? ¡Gloriosa reforma, utilísima sobre todo encarecimiento! A fin de mejorar al ciudadano, le mata.

Imaginé realmente alguna vez una sociedad socialista, y la sangre se me heló en el corazon, como al aspecto de la sepultura. Dije yo en mí interior: ó el socialismo cree fundarse interiormente en la identidad personal de los hombres, ó exteriormente se arraiga en otros principios procediendo con otras leyes. En uno y otro caso me da náuseas, acabando conmigo.

Si se constituye interiormente, hé aquí que nos hace sumos á todos, ó á todos mediocres ó á todos ínfimos. ¿Dónde se halla entonces el ímpetu de la emulacion que calienta los humanos pechos, elevándolos á la grandeza? ¿Dónde se halla en los unos la magnánima generosidad? ¿Dónde se halla en los otros el dulce y venerable sentimiento de la gratitud? El claro oscuro que hace resultar lo bello de la pintura queda extinguido: en este inmenso cuadro humano, compuesto por el socialismo, no hay sombra que aumentar deba en su contraste con la luz; no hay tampoco penumbra que con sus tintas lo hermosee. Todo es prosáico y todo viene á ser fastidioso. ¡Y se llaman los sabios ordenadores de la sociedad! Mas si somos sin excepcion eminentes, ¿quién servirá á tales eminentes? Si todos medianos, ¿quién cantará nuestra grandeza? Si todos ínfimos, ¿quién no levantará el talon para hollarnos? Raza de gusanos é insectos, que os gloriais de haber robado con Prometeo el fuego á las estrellas, ¡dejad de infestar á la tierra!

O bien el socialismo se arraiga externamente, no curándose de la identidad personal de los hombres: ¿procede con leyes que inmediatamente no emanan de la naturaleza? Ante todo desmientese á sí mismo, renegando de su natural filiacion. Además, ¿en qué consisten sus leyes artificiosas? Hé aquí por un momento igualados los bienes é igualadas las propiedades. Mas la posesion de los bienes no persevera igual en todos: conservan los unos y los otros aumentan el capital: ¿y entonces? ¿Le quitareis al que aumenta el capital con sus sudores? ¿Qué justicia!

¿Y cómo proveereis á los consumidores? Suponed que devoran por pasion nefanda: ¿no les dareis cuanto consumen? Permanecen pobres y falla la igualdad. ¿Sacareis del erario público cuanto se requiera con el fin de hacerlos siempre poseedores? ¡Injusticia y obscenidad! Derramaríais entonces el dinero á fin de alentar á los díscolos, de alimentar á las mujeres ruines y de mantener la infamia. ¿Y para esto yo, ciudadano honesto, deberé contribuir con mi pequeña porción de dinero y deberé pagar la contribucion, privando á mi familia de lo suyo? ¡La contribucion de la infamia! ¡Miserables reformadores del mundo! Vuestro socialismo es una nave que hace agua por todas partes, yendo á pique. Por cuanto en vosotros no existe el sentimiento de la grandeza humana, de inexorable modo se os escapa la habilidad de conservar en pié un solo dia la fundacion celebradísima.

La filosofia escéptica que se ha metido entre las clases de los ciudadanos y ser quiere socialista, echa veneno de su faz y llamas contra mí. Me interroga: ¿es que no descubres tú el ordenamiento vergonzoso de la sociedad? ¿No ves la precisión de la reforma? Los unos cometen muchos excesos en el gozo y en el poder; los otros se mueren llenos de penuria. El ejemplo me citaste de los Romanos: ¿no te parecen merecedores de correccion los Crasos y los Lúculos, que nadan en la abundancia; que se afeminan y que se transforman casi en bestias? ¿No considerarás dignos de compasion y de auxilio á tantos infelices del vulgo de Roma, que mueren de fatiga y de hambre? Vete: porque tienes un corazon de piedra en el pecho.

¡Oh, no! No tengo una piedra yo aquí dentro, sino un amor inmenso que hierve y llora. Tambien yo me inclino á la compasion fraternal; tambien yo creo que deben repararse las desdichas y subvenirse las necesidades. ¿Acaso, señores, he negado yo la necesidad de la reforma? Aborrezco la reforma socialistas, porque, anunciándome la paz, me da la guerra; mas ¿no existe por ventura otra manera de regenerar el mundo? Al corazon tierno unimos la inteligencia, poniendo á todo el hombre ordenado entre sí para socorrer al hombre, y estudiamos el tenor de la curacion.

No puede tocarse por ley la propiedad, ni violentamente mudar el reparto de los bienes entre los ciudadanos, por cuanto tales bienes, considerados generalmente, nacen por un espontáneo movimiento de la naturaleza con su derecho natural de ser. Contra la obra de la naturaleza las leyes positivas se rompen: los que intentan dominarla y hacerla ir á su gusto cometen un solemne delito, por el cual, en castigo solemne resulta el órden público perturbado, la vida bastardeada y fuera de quicio la humanidad.

Empero para influir entre los ciudadanos que abusan de los bienes adquiridos hay modos indirectos, entre los cuales principalísima es la acción moral y religiosa.

¿Deseais ver á los poseedores no apretando el dinero para sí, no siendo avaros ni déspotas? ¿Deseais que, circulando el oro y despertándose la caridad pública, se remedien las angustias de los indigentes, y cese la esclavitud de los opresos? Haced lo que ha hecho el cristianismo: reformad el pueblo grado por grado, mediante la educación y las costumbres honradas; inculcadle los eternos principios de la verdad, de la belleza y de la santidad: redimidlo no por ley, sino por amor. Aun la malhadada secta de la *Internacional*, que hoy procura rehacerse, comprendió este teorema de sabiduría práctica, escribiendo á la cabeza de sus nuevos estatutos: «Las sociedades humanas no se transforman bruscamente; el progreso se realiza paso á paso.» ¿Cómo realmente quitó el cristianismo la servidumbre? De ningún modo promulgando políticamente la emancipación de los esclavos y haciendo una revolución, sino inclinando los amos á la clemencia y predicando á todos la humana fraternidad. ¿Cómo fundó las antiguas monarquías y las antiguas repúblicas, que duraban siglos? Fundó las unas enseñando el respeto á la autoridad; fundó las otras inspirando y fortaleciendo en el pueblo las buenas costumbres. Ciertamente la transformación cristiana fué lenta, mas la sociedad humana no fué, como lo es hoy, atada violentamente al carro de tal progreso, que camina un día ó dos con mucho estrépito y con mucho estrago, para encontrarse al borde del precipicio en el día tercero.

Por consecuencia el óptimo medio de realizar la reforma en los varios órdenes de ciudadanos es este.

Los diarios de Italia y del extranjero entretuviéronse mucho en los pasados meses, y charlaron con placer de un señor ruso muy extravagante y desmesuradamente rico. Recuerdo bien al hombre que se hizo vecino nuestro, llegado de Rusia, por haber venido entonces á Lugano: confieso que, ignoro por cuál extrañeza, siento de él esta vez como sintió la prensa. Me parece que no yerro. Nuestro señor reúne catorce millones de renta: en París, en Niza, en Viena y en otras partes tiene posesiones magníficas: el castillo de Trévano, donde vive actualmente, le cuesta cinco millones; sólo las condecoraciones que ha conseguido representan un capital de ochocientos mil francos; podría adornarse con ellas, no sólo el pecho, sino las piernas y los brazos; ¡sería un héroe de salón sofocado por sus conquistadas insignias! Los muebles de su palacio suizo valen setecientos mil francos; los obreros llegados de París para tapizar su palacio recibieron dos francos por hora; sus

cosas de plata y de oro, de gusto exquisito, valen ochocientos cincuenta mil francos. Es poco. Nuestro ruso, que tiene un séquito de familiares y criados, gusta muchísimo de cantores y cantatrices. Ellos, ellas y sesenta profesores de los más distinguidos, cada día, en hora fija, en el jardín de su castillo ejecutan piezas musicales, esté ó no su señor. Cuando está presente oye á guisa de un desmemoriado: abre los ojos de tal modo que parece hablar á los habitantes de la luna; si no está, de los músicos son oyentes los árboles, las flores y las aguas, porque nadie en el mundo, sin excluir sus domésticos, puede penetrar en el recinto armonioso. Las plantas y los pájaros juzgarán si los cantantes gorjean con mucha gracia. Añado que, por costumbre, cambia cada dos años todas las personas de su servicio; con frecuencia muda también de amigos, que no son pocos. Os describí al Barón Von Derwiess.

Ahora bien; si os atreveis, acudid á las leyes civiles, y haced que tal ricacho desembolse á lo ménos el sobrante de sus tesoros; ¿no advertís que cometeis una horrible violencia? Mas, señores míos; si, cuando era niño, la madre del hombre aquél le hubiera enseñado que Dios está en el cielo; que el rico es casi el tesorero de la Providencia; que los pobres tienen derecho á su caridad; que la presente vida es una prueba, así como la virtud un deber, y que deberá rendir cuenta de sus obras al eterno Juez; si, cuando era un jóven que iba creciendo, su padre más que sumergirlo en el lujo, le hubiese llevado á la iglesia para que oyesse al sacerdote; y al tugurio de los miserables para consolarles; si los gobiernos, más que cubrirlo de condecoraciones áureas y cintas, le hubieran hecho instruir oportunamente en las escuelas públicas con el catecismo cristiano, llamándole despues á formar parte de las beneficencias comunes; si en fin, la sociedad rusa, donde lo educaron, fuese más cristiana y más evangélica, y no lo hubieran envenenado las auras de la vida social por él hechas; no ¿por el amor de Dios! aquel hombre no hubiera venido á ser con sus riquezas tan deshonesto, estrambótico y bárbaro: fácilmente hubiera imitado á los generosos aquellos que no faltan en la sociedad de los bautizados; quizás Rusia hubiera hecho brillar en él los ejemplos de los Príncipes Torlonia de Roma, munificentísimos ciudadanos y queridos filántropos; hubiera repetido el espectáculo piadoso que los genoveses ofrecimos á Europa con nuestros Duques de Galiera, donantes al patrio municipio de monumentos regios, y grandes socorredores de los pobres. El primer redentor de las clases obreras y miserables es el cristianismo.

¿Odián el cristianismo los filósofos escépticos? ¿Lo combaten? ¿Derraman sudores ardientes para exterminarlo del siglo? Pues bien; promo-

viendo las leyes socialistas para sofocar la vena de la educación cristiana y católica, tienden, no á la liberación, ni á la reforma, sino á la destrucción del mundo moral. No veo en ellos yo á los «reordenadores» sino á los salvajes.

El problema, como en el primero y en el segundo miembro, queda resuelto en el tercero: tomad nota, señores.

Creiendo insufrible permanecer cerrada, cuando todo vivamente se mezcla y se junta, la filosofía escéptica desde sus libros y desde sus cátedras saltó derechamente al pueblo: como no podía ménos de suceder, no le pareció bien el pueblo según está hoy colocado, porque á su juicio degeneró durante los siglos cristianos; empezó á detestarlo por su religión, por sus gobiernos y por el orden de los ciudadanos: en su virtud con toda la fuerza de sus pulmones se puso á pedir reforma con estrépito.

Reforma religiosa: la religión no es más que la espontánea y natural forma del sentir del pueblo: más que fé sobrenatural se necesita racionalismo.

Reforma política: el poder público está sólo en la simple y necesaria delegación del pueblo: más que sistema de autoridad, se necesita democracia.

Reforma social: la sociedad civil no pide fuertemente sino la templada distribución jurídica de los bienes en el pueblo: lejos de jerarquía cívica, se requiere socialismo.

Así la presente carrera dentro de la sociedad, á que se dispuso la filosofía escéptica, es toda un cántico de batalla.

Mas dada la señal, los combatientes surgieron donde se daba el asalto. La Iglesia católica, suprema guardiana del orden público, se dirigió al creyente, al político y al ciudadano, preguntando á cada uno separadamente: ¿Qué me decís de la reforma social que os propone á vosotros el socialismo? Era excitar los magnánimos á la defensa, y la defensa vino.

Recordad los tres grandiosos sonidos del mentís.

En la religión, que nos proponían como espontánea y natural forma del sentir del pueblo, está la falsificación de la verdad.

En el poder, que nos proponían como simple y necesaria delegación del pueblo, está la vituperación de la soberanía.

En la sociedad civil, que nos proponían como templada y jurídica distribución de bienes en el pueblo, está la negación de la misma sociedad.

Hé aquí por qué todos respondieron de una manera franca y victoriosa: á vosotros, filósofos escépticos, que nos quitais la divina religión,

que nos pervertís los gobiernos y que nos corrompeis á los ciudadanos, os aconsejamos que prescindáis de vuestra visita: volved á los bancos de la escuela. Os cubristeis perorando por el bien del pueblo; mas el pueblo, á fin de vivir con angustia menor, os rechaza.

Tal es mi voto último, señores.

Por caridad que no simule más amor al pueblo la filosofía escéptica; por caridad que no estudie más reformas políticas; por caridad que no se preocupe la cruel de la sociedad: es ya demasiado grande el mal que hace, restringida solamente á los bancos de su escuela, en el órden especulativo; echa los cerebros á perder y atormenta también á los espíritus, difundiendo en ellos las dudas amargas y las doctrinas desconsoladoras de la nada; en torno de su cátedra tiene ya demasiadas víctimas de niños y de jóvenes, á cuya inocente alma hace traicion, saturándolas de rencores y ódios que braman. Déjenos estar. Estar deje al incauto pueblo, que camina con alegre atrevimiento á los rayos del sol.

¡Oh! ¿Por qué razon es impelida por el grito, que atronaba las orejas de Atila?

Refiere una vieja tradicion italiana que, cuando este devastador bárbaro descendió con sus infantes y sus caballos á nuestra patria, una voz le seguía diciéndole así en sus espaldas: «Adelante; adelante.» Corría él: tenía en el puño la tea, é incendiaba los campos: en la otra mano el acero, que vibraba para desgarrar los pulsos de los vencidos. ¿Es por ventura la secuaz del Bárbaro esta filosofía escéptica? ¿Es que se ha de realizar un nuevo y terrible castigo de la tierra? Deténgase y oiga: ha cambiado la hora del mundo presente: la gran voz que levántase de Italia y Europa no le hiere las espaldas; pero le grita delante de su cara: Atrás.

Atrás, dice el creyente: no tienes derecho á infamar la religion. Atrás, dice el político; no tienes derecho á derribar los gobiernos. Atrás, repite el ciudadano; no tienes derecho al asesinato de la sociedad.

Señores, el grito que á vosotros mando es el propio grito, que el conde de Mirabeau (¡demasiado tarde!) levantaba desde la tribuna de la nacional Asamblea con estas palabras suyas memorables: «Promulguemos ante todas las naciones y todos los siglos que Dios es tan necesario como la libertad; sobre la cumbre de todas las provincias plantemos la señal augusta de la Cruz, á fin de que no nos imputen el delito de haber despreciado el postrer refugio del órden público (1).»

(1) Mirabeau, en una de sus *Arengas* publicadas en Milan en 1802.

CONFERENCIA XI.

SI LA FILOSOFÍA HA RESUELTO SABIAMENTE

LA CUESTION DE LA LIBERTAD RELIGIOSA.

Templémonos, sin querer extremar las cosas: está bien que alguna vez consideremos nosotros la filosofía, no con traje de loca é incrédula, sino con el de grave y seria. A lo ménos considerémosla hoy así.

La filosofía, de que me propongo hablar, si no es la amante apasionada de los clérigos, ni habita en mi casa, no quiere de ningún modo manifestarse indigna de nuestra meditación. Es la filosofía forense, y hojea gruesos tomos de jurisconsultos; es la filosofía cortesana, y se agita en la corte al lado de los reyes, estando además en los salones de los presidentes republicanos; es la filosofía diplomática, y viaja de país en país con los políticos, dilucidando las cuestiones internacionales. Esta filosofía, mientras fatigase de modo extraordinario, se fija en una cuestión altísima y tiene tiempo para ocuparse mucho en ella. No es que su cuestión, semejante á la de los filósofos escépticos, que ya escarnecemos, encierre un sistema metafísico, ó contenga la reforma completa de la sociedad civil. Esto no: es con todo su estudio presente de germen filosófico; en cuanto á la reforma social se puede reputar su más extenso y necesario apéndice. Señores, la cuestión que tiene la filosofía legal, cortesana y diplomática entre manos, es la de la libertad religiosa; la complacencia que la filosofía saborea es excelente y viva, por gloriarse de haberla resuelto finalmente.

¿Cómo resolvió la cuestión de la libertad religiosa? ¿Acaso declarando excelentes los derechos de la Iglesia católica? Esta sería parcialidad tan abierta y palmaria que á su juicio no se podría excusar de la injusticia. ¿Por ventura pasando al extremo de toda religiosa denegacion? Ya

os he dicho que la filosofía sacada por mí á relucir no es revolucionaria, ni tampoco incrédula. ¿Tal vez empleando la fuerza, cortando con la espada los nudos más apretados de la dificultad? ¡Empero si esta cara filosofía respira las auras del siglo XIX, jactándose de ser amorosa y liberal!

¿Cómo ventilan por lo tanto, filosóficamente, señores, la cuestion de la libertad religiosa?

Quien no viviera entre los contemporáneos, no lo acertaría despues de intentarlo mil veces: es resuelta en virtud de cosa muy ténue; con un soplo.

Casi sin excepcion, los doctos de nombre ilustre pronunciaron dichos ó aforismos, que recogió el mundo, recordándolos siempre la posteridad. De aquí la celebridad (buena ó mala) de sus sentencias. De Aristóteles se menciona esta: «¡Oh amigos, ya no hay amigos!» De Cornelio Tácito: «Corromper y ser corrupto, se llama el siglo.» De Benigno Bossuet: «El hombre se agita y Dios lo conduce.» De Fenelon: «Los incrédulos con su decantada independencia van á la servidumbre; los católicos con su dependencia van á la libertad.» De Leonardo de Vinci: «No imiteis á los imitadores.» De Bacon de Verulamio: «La ficcion es una especie de pudor intelectual.» De Talleyrand: «Dios nos dió la palabra con el fin de cubrir los pensamientos.» De Blas Pascal: «Los incrédulos son los más crédulos.» De Beaumarchais: «¡Oh cuán necios son los hombres de ingenio!» De Volfango Goethe: «Si es imposible, cabe hacer esto.» De Victor Alfieri: «Cada idea nueva es la reproduccion de cien ideas viejas.» De Leopardi: «El mundo es una liga de bribones.»

Aun cuando me incline yo á las sentencias referidas, exceptuando apenas tres ó cuatro, encuentro otra que muy bien figura con todas las demás y las vence; tal sentencia ó solemne palabra es proferida por la filosofía legal, cortesana y diplomática, al resolver como lo ha hecho la cuestion de la libertad religiosa. Dijo, por lo tanto: «Libertad igual para todos los cultos.»

¿No admirais, señores, á una conmigo?

Empero tal frase, para construir la cual tan ahincadamente trabajó la filosofía moderna, ¿resuelve con juicio vigoroso y con rectitud la litis ardiente? ¿O la frase sigue siendo frase, sin que dé origen á los acontecimientos? Si esto no es posible, encadenándose la teoría y la práctica, ¿de qué clase deben ser los acontecimientos?

Hice yo interrogaciones, que conducen á una interrogacion final ó suprema; es el problema que planteo y me dispongo á resolver: ¿Ha sabiamente resuelto la filosofía la cuestion de la libertad religiosa?

En nombre de la lógica, de la justicia y de la prosperidad de los ciu-

dadanos respondo que no: con estas tres voces que llenan el mundo, desenmascaro la celeberrima solucion.

La cual, mirada en sus principios racionales, parte de un absurdo y carece de lógica.

Mirada en sus aplicaciones legales, conduce á una mentira y es injusta.

Mirada en sus afectos sociales, prepara un triste porvenir, siendo espantable.

¡Libertad igual para todos los cultos religiosos!

Tratando con la filosofía, que halló esta palabra magnífica, debemos filosóficamente conducirnos; si la lucha es necesaria, nos toca combatir con armas iguales; en su virtud, si el asalto es racional, racional debe ser por nuestra parte la obra de rechazarle.

Consideremos, por consiguiente, la libertad religiosa en su teoría metafísica.

Aquí es preciso inmediatamente descartar una duda que nace fácilmente: ¿es declarada la libertad religiosa de derecho natural, ó de solo derecho positivo humano? Si fuese de solo derecho positivo humano, las cuestiones surgirían á millares, por cuanto en tal coyuntura el principio de la libertad religiosa está sometido á muchas modificaciones, pudiendo dilatarse ó restringirse: puede variar de continuo, segun varían de continuo, dilatándose unas veces y restringiéndose otras, las condiciones políticas de la nacion, en que los diversos símbolos religiosos existen. De modo que la libertad religiosa, ceñida forzosamente al derecho positivo, carece de virtud y eleccion para elevarse á un absoluto principio, si bien existe como ley constitucional en el mismo enlace de las constituciones ó de las *cartas* políticas. Mas no se ocupa ni trabaja en esto la filosofía: procediendo de mayor altura, no mirando desde luego las condiciones peculiares de los Estados. anuncia con forma general la libertad religiosa para todos los cultos: la trasforma, por tanto, en un principio absoluto, fundando tal principio en el propio derecho de la naturaleza. Tal es su obra.

Pues bien; la libertad religiosa, considerada en los principios sentados por la filosofía, parte de un error monstruoso y carece de lógica.

Realmente: ¿qué significa la palabra que dice: «libertad igual para todos los cultos?» Significa que, si todos deben gozar de libertad igual, deben tener todos asimismo derechos iguales á poseerla. Ahora bien; el derecho á la libertad en los cultos religiosos brota de la posesion de la verdad; quien es veraz, es libre: por esto afirmar que todos tienen

iguales derechos á ser libres, vale tanto como sostener que todos poseen igual patrimonio de verdades.

Mas, señores; ¿es cierto que igual patrimonio de verdades poseen todos los cultos religiosos?

Hallo yo que los cultos, además de ser en gran número extrañísimos é impíos, son entre sí opuestos de un modo radical. El sabeísmo adora el sol y los astros; el fetiquismo, por el contrario, quiere adorar los fenómenos inmediatos y volantes, que hieren la imaginacion y los ojos; creen los «politeístas» en innumerables dioses y les prestan un culto sensible; los «teístas,» por el contrario, reconocen y adoran un solo Dios, jactándose de servirlo en espíritu y en verdad; los Hebreos no admiten á Cristo Dios, admitido por las comunidades cristianas. Los cultos religiosos reniegan unos de otros. Ahora bien; con bella sabiduría escribió Ciceron: «La verdad no puede jamás absolutamente hallarse al propio tiempo en sistemas recíprocamente opuestos (1).»

Si no se halla la verdad en los cultos religiosos, los cuales por regla general pugnan entre sí, desmintiéndose; si por otra parte la verdad es en ellos el único título para poder gozar de la libertad, ¿á qué se reduce el moderno principio filosófico de la «libertad igual para todos los cultos? A esto: se reduce á promulgar en religion la libertad del error.

¡La libertad del error! ¿Existe cosa más frenética y más condenable? ¿Muestra ser lógica la filosofía que abiertamente la proclama?

¡Paciencia tolerar el error cuando no se puede vencer honestamente! Empero, ¿no adviertes que has perdido el bien del intelecto declarándolo libre por derecho de naturaleza, y convirtiéndolo en una teoría metafísica? ¿No te humilla esto y envilece? Interrogad á los pensadores más profundos, y responderán unánimes que carece de títulos el error, así como que no tiene derechos para salir fuera y campar. Más aún; no tiene derechos para disputar á la verdad la primacía; el error es una negacion, y la negacion no puede ocupar el sitio de la realidad. ¿Cómo, procediendo de otra manera, se trastorna el orden de las cosas y la naturaleza pierde su hermosura!

¡La libertad del error! Si la filosofía en religion otorga espléndidamente igual libertad á quien admite á Dios y á quien lo niega, á quien enaltece á Cristo y á quien blasfema contra Él, ¿por qué más allá del orden religioso no declara libérrimas todas las escuelas del Estado, libérrimas todas las sectas políticas, y libérrimas todas las acciones de los ciudadanos? La cuestion de la libertad, confinada en la teoría abs-

(1) Ciceron, *Tuscul. Quaest.*

tracta, debe incluir á todos los hombres y no favorecer sólo á los creyentes; ¿por qué, señores, mientras el musulman puede vituperar el Evangelio, no podrá el republicano censurar y escarnecer el gobierno real libremente? ¿Por qué mientras el secuaz de Manete puede divulgar que la fuente del mal está en Dios, no podrá el traficante sostener que se debe á la propiedad el nombre de robo? Declarando la filosofía igualmente libres todos los cultos, ¿intentó acaso poner estos enteramente fuera de la sociedad civil? Entonces debería exclamar: no se da más culto religioso sobre la tierra. Mas no entendió esto la filosofía; por el contrario, declarándoles libres, los admitió tan adentro en la sociedad, que no quiso fueran estorbadas las manifestaciones de su creencia y de sus actos. Pregunto yo, pues: ¿Por qué los unos socialmente libérrimos y los otros no? ¿Es justicia? ¿Es lógica?

La racional repugnancia se hace tanto más incisiva y hórrida, cuanto más ahondamos en el argumento.

Al admitir que todos los cultos son por natural derecho igualmente libres, y por consecuencia todos igualmente verdaderos, la filosofía sentó el principio igualmente de que todos pueden del mismo modo encaminarnos á la salvacion eterna; porque, señores, ¿cuál es el fin del culto religioso? El culto no es un tratado diplomático, que á estrechar tienda los vínculos políticos de dos países; no es un pacto de comercio, que á secundar tienda la buena fortuna de los comerciantes; no es una *empresa teatral*, como la denominan, que se proponga la ganancia de los unos y la diversion de los otros; con todo esto oprimimos la tierra con nuestros pies, y el culto religioso elévanos á las serenas regiones del cielo. El culto, por lo tanto, es la union sobrenatural del hombre con Dios.

Esto sentado, ¡qué contrasentido! ¡Qué nudo de pestilentes errores! Aun cuando la filosofía suponga verdaderos todos los cultos religiosos, estos hormigean en mentiras y abominaciones, de lo que ya dimos una muestra. Ahora bien; ¿nos darán las mentiras y las abominaciones ala con que ascender al mundo sobrenatural y celeste? ¿Cómo se va, mis amigos, á Dios? La Biblia, tan poética en el estilo, como verídica en el concepto, nos quiere con las cándidas plumas de la paloma para subir á los átrios sempiternos del Señor; mas dejemos la Biblia: el universal consentimiento de las gentes dice, y nuestra razon lo aprueba, que se llega sólo á Dios mediante la justicia de la inocencia y de la verdad. Escribió Voltaire: «La historia nos demuestra que en la celebracion de los misterios de la Grecia, tanto en Eleusis como en Tebas, en la Samotracia y en todas las demás islas, se cantaba el himno de Orfeo:—Caminad por la senda de la justicia; contemplad al único Señor

del universo: el *Demiurgo* (1). Y Rousseau, eco haciéndose del género humano, dijo: «Adora, mi sabio amigo, el ente supremo, que es además el ente perfecto y eterno; desprecia los fantasmas de una razón orgullosa, que se apoya en vanas apariencias y huye como una sombra delante de la verdad inmutable... El ser necesario y eterno da un fin á la justicia, un eje á la virtud y un premio en esta breve vida empleada en complacerle (2).» ¡Oís? Preciso es caminar por la senda de la justicia. De Dios es la justicia y la virtud; sólo por estas cosas, que hacen merecer á la vida presente un premio eternal, le podemos complacer. Así lo piensan los pueblos; Voltaire y Rousseau nos rinden el consiguiente testimonio.

Servíos ahora sin distincion de los cultos religiosos: adorad con el negro africano los fetiches; decid con el maniqueo que Dios es el principio de la bondad y el principio del mal; negad con los talmudistas á Cristo y reos de las revelaciones evangélicas; con el Alcorán entregaos á las ignominias de la carne; aceptad todas las contradicciones y todas las negaciones que rebosan en las innúmeras sectas de los protestantes: ¿os haceis así dignos de Dios? ¿Os sonríe la seguridad de que, partiendo de cualquier culto en direccion á El, debéis ser bien recibidos? ¿Se recorren así religiosamente los senderos de la justicia, de la inocencia y de la verdad? ¡Qué alas castísimas de paloma! ¡Qué bello modo de alzarse dentro de una nube de flores y de incienso, á los átrios sempiternos del Señor! ¡Oh lógica! ¿Dónde estás?

En otra cosa se debe pensar.

La filosofía ocupadísima y como enagenada, al disponer la libertad para todos los cultos, se olvida del culto verdadero; no se detiene, pues, á considerar que, además de mil mentidos ó torpes, únicamente un culto verdadero existir debe sobre la tierra.

¿No argumento, señores, con justicia?

Al ver lo falso multiplicado y difundido por el orbe, no pienso ya que cuanto en el mundo existe sea falso, mentido é hipócrita; mas deduzco que, si lo falso existe, debe asimismo existir lo verdadero. Porque ¿qué cosa es el error? Es la falsificación de la verdad, por lo cual si la verdad no existiese tampoco existiría el error. La verdad existe primeramente, por ser original, y el error despues, por ser un abuso de aquélla. Con tal racionio condenaba Pedro Bayle á los que, con el pretexto de que hubo falsos milagros, no quieren prestar fé á cuantos son ver-

(1) Voltaire. *Œuvres*, tom. XXXVII, p. 86, edicion de Kehl, publicada por Beaumarchais.

(2) J. Rousseau. *Julie, ou la Nouvelle-Héloïse*.

daderos, y decía: «Es un delirio la conducta de los tales (1).» El cínico de Ferney pensaba de la propia manera: ¿Hubo falsos portentos? Por consecuencia infiero yo que hubo milagros verdaderos, como la falsificación de una moneda evidentemente acredita que tal moneda circuló (2). Hé aquí la manera mia de pensar, por lo que mi argumentacion es la siguiente: ¿Hay entre los pueblos cultos falsos? Existir debe por consecuencia el culto verdadero.

Empero, ¿cuál es el verdadero culto, que de tan oprobiosa manera se sustrae á las miradas de la filosofía? ¿Qué señales características lleva á fin de que pueda desde luego presentar su fisonomía?

Limitémonos solamente á dos señales por las que no falta la verdad en el culto legítimo, esto es, divino.

Ante todo el culto verdadero es el culto necesariamente uno. El doctor Meyer advierte: «Así como existe un Dios solamente, no existe ni puede haber sino un solo sistema de verdad» (3). En efecto; así como el error se quebranta, y se hace multiforme, la verdad, que tiende á lo contrario, permanece una. De manera que donde se halla el uno hállase la verdad, y donde son muchos está lo falso. Por esto exclama Beauford: «O una religion ó ninguna religion (4).» Jorge Sand, rindiendo igualmente homenaje á la verdad religiosa, decía estas palabras: «La humanidad sentirá de continuo en sus religiosas instituciones como en sus instituciones civiles la precision irresistible de la unidad. La sociedad necesita un culto; un solo é indivisible culto (5).»

Está bien; el culto uno, y por consecuencia el culto verdadero, entre los innumerables cultos falsos, existe seguramente: es el culto fundado por Jesucristo al crear la Iglesia católica, el cual promulga para enseñanza: «Un solo Dios, un solo bantismo, una sola fé, un solo rebaño y un solo pastor.»

Despues otra señal característica del verdadero culto es ser continuo é inmutable, mientras extiéndese á todos los lugares y á todos los siglos. La verdad, que es una, y que jamás cambia, debe ser universal, á fin de que á todas las almas inteligentes distribuya el pan de la vida eterna.

El privilegio tiene de estas solemnes dotes el culto católico. Mientras

(1) P. Bayle, *Pensées div.*, tom. II.

(2) Voltaire, *Œuvres*, tom. XXXV, p. 253, edic. cit.

(3) V. Meyer: *Krit. Kranz.*

(4) Véase á Bide Starck: *Entretiens philosophiques sur les différentes communions chrétiennes*, Paris 1821.

(5) Jorge Sand, *Lélia*, tom. II.

los demás cultos pecan de restringidos, abraza toda la tierra y todos los tiempos: mientras los unos se trasforman y se deshacen, permanece solo él. Otra vez me refiero á Voltaire. ¿Acaso no habla en alguna parte como el más elocuente católico? Escribe: «Nuestros crueles enemigos, hebreos, paganos, herejes, incrédulos, no cesan de levantar contra nosotros sus voces discordantes: divididos entre sí en sus sistemas fabulosos, parecen reunidos sólo contra nuestra verdad sencilla y augusta. Estos ciegos, que luchan entre sí á tientas, van todos armados contra nosotros, que pacíficamente caminamos por la vía de la verdadera luz. Ellos desconocen todas nuestras fuerzas. Ocupamos todos los ángulos de la tierra; nosotros existíamos antes de que todas las sectas apareciesen; somos los mismos que ya éramos en los tiempos de nuestros padres; ofrecemos á Dios votos ingenuos en medio de la inocencia y de la paz. Nuestra religion vió nacer y morir millares de cultos fantásticos; los de Zoroastro, de Osiris, de Salmoxi, de Orfeo, de Numa, de Odin y de muchísimos otros. Permanecemos allá inmutables entre los sectarios de Brama y de Mahoma. El culto de Tiro y de Cartago cayó con sus potentes ciudades: el judaismo y el sabeismo se arrastran por el polvo. Nos llaman impíos, y nosotros les respondemos adorando á Dios con piedad.... Las quimeras y las opiniones pasan como sueños de dolientes; pero la verdad permanece. La religion florece hace cuatro mil años, y las sectas principiaron ayer. Véome yo constreñido á creer y admirar (1).»

Os lo descubrí: entre los hombres está el culto verdadero: es el culto uno, universal é inmutable. Yo, sacerdote de Cristo; yo, hijo de la Iglesia, digo con alegría trépida: «El culto verdadero es el mío.»

¿Mas cómo explicar y cómo se puede sufrir que la filosofía, al propio tiempo que tanto estudia los símbolos religiosos, no dé ningun indicio sensible de advertir que, si existen cultos innumerables en la sociedad civil, uno solo, entre los demás mentidos, es divino y veraz? Ella sigue gritando ardentemente: «libertad igual para todos los cultos;» mas, si uno es verdadero y los demás son falsos, ¿no debería inducir el buen discurso de la mente á resolver que donde la verdad se asienta, abundar debería el favor, y de ningun modo donde domina la mentira?

Todos los rectos estimadores de las cosas, exaltan sobre la corrupta plebe á los hombres preclaros y magnánimos. Caton entre los Romanos vale más que mil del vulgo; vosotros, tratando con desdén á los discoloros y á los degradados de la inmensa turba, celebráis al austero Cen-

(1) Voltaire, *Œuvres*, tom. XLI, pág. 34;—XLV, pág. 211;—LXII, pág. 256;—LXXIX, pág. 130. Edic. cit.

sor. Aristides y Focion, en materia de probidad, dominan entre los griegos; vosotros dais en la historia distinguido y honorable lugar á los dos justos aquéllos del paganismo; vosotros, al lado de los *Treinta*, que condenan á Sócrates á la cicuta, quereis fabricar un templo á Sócrates.

¿Por qué la filosofía, á que toca el juicio racional de las cosas humanas, no separa en la multitud de los cultos el verdadero de los falsos? ¿Por qué agrega el uno á los otros? ¿Por qué trata igualmente de manera generosa los falsos y el verdadero? No pido (aunque debería) que arranque los falsos cultos y los ponga en dispersion: sólo por existir el único culto verdadero, pregunto si debe gozar del propio beneficio, ó no ser exaltado sobre la muchedumbre.

¿No lo enalteceis? ¿Lo igualais en todo á la muchedumbre criminal de los cultos? Si es así, ¿cómo distinguís vosotros el mérito del demérito, lo honrado de lo torpe? Si otorgais igual libertad universalmente á todos los cultos, al verdadero y á los falsos, ¿en que se diferencia la verdad del error? Tienen títulos iguales y derechos iguales, reconociéndose igual imperio en todos; tanto responde á la naturaleza el virtuoso creyente que adora sábiamente á Dios y confiesa la verdad, como el sectario supersticioso y grosero, que sustituye á Dios con la materia, sacrificando á la mentira: son igualmente libres é igualmente han de ser respetados.

¿Hay en esto juicio? ¿Hay vigor filosófico?

Examiné la cuestion propuesta en su primer aspecto. El grito dado por la filosofía que concede á todos los cultos libertad igual, no es digno de la verdadera ciencia: se opone á los principios metafísicos y morales; parte del absurdo de que se identifique la verdad con el error; carece de lógica en absoluto.

¿Libertad igual para todos los cultos religiosos!

Después que has meditado mucho esta sentencia admirable, y después de haberla iluminado debidamente en el encuentro de los principios racionales, preciso es que tú procures ponerla en práctica.

Tal es el oficio segundo de la filosofía: ella, que á fuerza de pensamiento y estudio logró fecundarse idealmente para un parto tan importante, no queriendo ceñirse á las puras abstracciones, se dirige á los políticos y á los legisladores, diciendo: He meditado mucho, y he hallado cosa que ser debe instalada en vuestros dominios: todos los símbolos religiosos deben conseguir la misma libertad: vosotros por

consiguiente, poniendo en práctica el teorema, declarad igualmente libres todas las religiones de la tierra.

Escuchan los políticos y los legisladores: nada resueltos á mostrarse descorteses con la filosofía, aceptan el teorema y lo ponen en obra. Así marchan nuestros tiempos; dónde más, dónde menos, va la política declarando furiosamente que todos los cultos religiosos son libres de la propia manera.

Ahora bien, ¿qué sucede? ¿Esta libertad resulta verdaderamente igual para todos los cultos?

Os decía, señores, que la nueva solución de la cuestión sobre la libertad religiosa, considerada en sus aplicaciones legales, conduce á una mentira y es injusta.

Mirad en su íntimo espíritu, como en sus actos externos, la famosa aplicación.

Apenas corrió el anuncio de la libre igualdad, los cultos multiformes, quiero decir, los cultos falsos, ansiosos de difundirse y avidísimos de dominar, se adelantaron. Esto les consentía el derecho, é hicieron bien usando de él. Empero al adelantarse, y al reunir prosélitos, tropezaron con un obstáculo y un enemigo. El enemigo no es ya la ley del Estado: hallaron en su lugar el contradictor en la vieja fé de Cristo, que fué madre de todas las gentes de la Europa y encarnada en la Iglesia católica; cuya fé se declara la única verdadera, oponiéndose á la multiplicidad de los cultos. Aquí encendiése la lucha; los multiformes cultos, con el furor de los apóstatas, cayeron sobre la Iglesia, y en tal lucha, como advirtió Voltaire, conjuraron juntos como buenos amigos, dándose un fuerte apretón de manos. La Iglesia, por otra parte, acometida y opresa, se mueve, se agita y se defiende; con la voz de sus doctores desmiente la herejía; con la autoridad de sus pastores la condena, y con el celo de sus hijos apártala de sí. Os lo he dicho: es una lucha.

La lucha sostenida en tal campo no haría inclinar aún absolutamente la balanza á uno de los lados: la injusticia, que se ha presentado en medio, no hubiese aún comparecido de absoluta manera. Empero no se permitió la lucha en tal campo y de tal manera circunscrita, porque señores, ¿qué hacen los políticos?

Los políticos protegen su obra. Han bebido de la boca de la filosofía el maleficio de la libertad igual para todos los cultos. Ahora bien; ven los cultos en guerra, y los ven en guerra contra uno solo: no basta; oyen á éste uno combatir á todos los demás reputándolos falsos; en su virtud lo consideran enemigo propio, que no aprueba cuanto hacen; se conjuran con los cultos también ellos, como si fuesen buenos amigos, peleando contra la Iglesia católica y reprimiéndola.

La lucha moral viene á ser combate de veras; es, señores, una pugna material, donde á la Iglesia se niega en realidad lo que se concede á los demás. La libertad se convierte para ella en un acento mentido: ¡Allí hay una injusticia!

Las sectas religiosas podrán enseñar á su gusto y les mantendrán la libertad de la doctrina: relativamente á la Iglesia, los políticos escucharán con mucha atención, y la Iglesia será no solamente amonestada, sino reprimida. Las sectas religiosas conseguirán del Estado estipendios abundantes; la Iglesia quedará sometida al despojo: aquéllas tendrán el derecho de poseer; mas ésta no. Las sectas religiosas podrán gozar de representaciones públicas; la Iglesia será encerrada en el templo. ¡Ah! La Iglesia católica habla y obra de modo que más procura complacer á Dios que á los hombres; es la declaración de la verdad, y la verdad, como Tertuliano lo dijo ya en los albores del cristianismo, produce ódio: *veritas odium parit*. Por consiguiente tápesele la boca; sea atada y proscrita. Las aplicaciones de la libertad religiosa, relativamente á la Iglesia, son de tal índole: ¡es mentido el acento de la libertad, é injustos son los hechos para ella!

Pensarán algunos que yo describo guerras é injusticias allí donde no existen, de arte que, al presentar á la Iglesia oprimida, cuando se oyen tantos gritos de libertad religiosa, seré considerado un soñador.

Os llamo, señores, á la contemplación del mundo contemporáneo.

Actualmente ningún culto es perseguido en la sociedad civil, entre los diversos y los muchísimos existentes, á excepción de uno: ¿Es acaso perseguido el culto de Mahoma? No; puesto que descansa en paz bajo la sombra de su vieja Egira. ¿Es acaso perseguido el culto de los Judíos? No; sino que por el contrario se le otorgan siempre más precisas y nuevas libertades. ¿Es acaso perseguido el culto de los anglicanos? No; por cuanto en los tres reinos es considerado, viajando con igual respeto sobre los buques de Albion, y teniendo libertad también para meterse en casa de los extranjeros. Semejantemente ¿es perseguido el culto de los calvinistas? No. ¿Es perseguido el culto de los luteranos? No.

Empero uno de los cultos es el perseguido, el que sufre y el proscrito. ¿Cuál es este culto? ¿Cuál es el culto, actualmente único, al que se liga el principio de la persecución del mundo?

En el culto católico.

Mirad Alemania. Los Obispos maltratados con ira, constreñidos muchos á sufrir un proceso legal, y relegados algunos á la cárcel: seminarios cerrados; bienes eclesiásticos arrebatados; los sacerdotes sometidos al ojeo de los esbirros. Hacía muchos años que allí se toleraba; pero ahora no se ha querido sufrir el culto católico. Algun brioso ingenio

político intentó afirmar que había el culto católico sufrido una moles-tísima innovación, con el dogma del Papa infalible; mas no bien se vió que en el culto el Papa infalible no cambiaba nada, ni pedía que se le-vantase un nuevo altar, como tambien que fuera del culto aquel dogma no cambiaba de ningun modo las relaciones morales y diplomáticas, fué necesario prescindir de la frase demasiado aguda y se calló. ¡Sin embargo el culto católico debía sufrir suerte aún peor! No apareciendo entonces la novedad en el culto de la Iglesia romana, fué preciso intro-ducirla en la legislacion nacional. Fueron modificadas las leyes, y las leyes tocaron, por decirlo así, á rebato contra el culto católico. Hé aquí por qué, llenos de alegría, dijeron los políticos: «Vosotros, católicos, sois rebeldes á la ley. ¡Méenos mal! Vosotros, políticos, haceis leyes que reniegan de nosotros: ¿podemos encontrarnos de acuerdo? Antes de que tales leyes existieran, éramos nosotros amigos. ¿A qué fin crear las enemistades?

Es la aplicacion moderna de la libertad religiosa: Libres, libérrimas todas las sectas; pero la Iglesia católica esclava.

¡Por qué mencioné yo Alemania? Me dicen: no entra en el número de las naciones, que defienden la teoría de la libertad religiosa.

¿Es posible? La teoría de la libertad religiosa es una invencion ela-borada como vimos por la filosofia. Ahora bien: ¿no es Alemania la tier-ra de los filósofos y de los pensadores? No es la metrópoli de aquella filosofia, que á Dios nombra é indica que junta las manos á fin de ado-rarle, imperando entretanto en las cosas del cielo y de la tierra; es la misma creadora de Dios, que distribuye los cetros á los príncipes y la grandeza á los pueblos, más que los Papas en otro tiempo daban ver-daderamente el cetro á los monarcas y las constituciones políticas á las gentes. ¡Enemiga Alemania de la teoría de la libertad religiosa! Yo pienso, por el contrario, señores, que relativamente á tal teoría es un modelo de cumplimiento: la nueva libertad religiosa hace dominar allí á las sectas, y á la Iglesia católica subyuga. Pues bien; allí está la so-lemne pensadora, la filosófica Alemania.

¿No quereis de todas maneras el ejemplo de Alemania? Dirigíos, seño-res á la Suiza.

Tierra de libertad ardiente, tierra republicana es la Suiza: pequeñi-ta; pero plantada en el corazón de la Europa, y reconocida en el Congre-so de Viena como region *neutral*, se abre á guisa de santuario civil respetado por sus hijos y por los extranjeros que la visitan. Allí va el desterrado: encuentra tolerancia y seguridad, porque la patria del filó-sofo Juan Jacobo siente compasion por los desterrados, y es hospitala-ria para los prófugos: allí va el apóstata, pareciendo que los brazos de

Calvino se levantan de sus cenizas solitarias á fin de abrazarle: allí va el demagogo, que protegen los vencedores del Sonderbund, cruzando sus lanzas y oyéndole sentado en congreso gritar contra los gobiernos y los príncipes. Si; tienen todos en la Suiza refugio pacífico, y todos encuentran allí su santuario, menos el sometido á la creencia romana. ¡El culto católico es voz de maldición! ¡Qué importa que lo admita el pacto federal? ¡Qué importa que los Cantones políticos puedan en materia de religion regirse como les plazca? La Suiza, señores, ha vociferado en demasía y ha repetido demasiado la célebre palabra «libertad religiosa para todos;» precisamente porque conoce bien la nueva libertad religiosa, á la Iglesia de Jesucristo no sufre. Hoy mismo, mientras hablo, el radicalismo helvético está furioso; todo en armas y en facciones, como si se juntase para repeler el asalto del mundo que prorumpe. ¿Cuál es su enemigo que prevalece? El catolicismo. Arranca por ello en Ginebra al catolicismo las iglesias, colocando dentro á los que habian desertado de nuestra fé; proscribida á los Obispos católicos, y oprime á los que obedecen al Papa: á nuestros sacerdotes que protestan contra el insulto, da la prisión en vez del presbiterio. *Christianos ad leones!* El grito de la Roma pagana se levanta de la libérrima Suiza, corriendo del lago Lemán hasta los piés del San Gottardo, y del Gran San Bernardo. Es la práctica de la libertad religiosa: las sectas dominando y la Iglesia encadenada. Hé aquí la igualdad de cultos.

Tengo delante Alemania y Suiza; es completamente inútil seguir las pruebas y dar la vuelta del mundo. La filosofía y la política, obligadas por los hechos á confesar la persecucion de los católicos, dicen que tienen motivo para ella, y que debe ser perseguido el culto católico por cuanto no tolera los otros cultos. A la verdad, ¡no afirmamos nosotros, nosotros mismos, que la Iglesia proscribida las sectas? Ahora bien; ¿qué os parece? ¡Condenar á las sectas! Es un delito tal que no merece ser perdonado. Es si verdad que las sectas proscriben á la Iglesia condenándola á muerte; aunque con la propia y con la lengua de sus dueños políticos enaltezcan la libertad de cultos, las pobres hacen su oficio (mentir, mentir), sin advertirlo. Sólo que la Iglesia reprobando, los demás cultos, sostiene con acento imperioso, prolongado, inmutable, que «fuera de la Iglesia no hay salvacion.» ¡Qué indiscrecion, señores! ¡Qué acento bárbaro en las orejas del siglo XIX, que quiere la libertad en todo y por todo, pensando además en salvarse sin fé en Dios ó en Cristo, sin obras y sin méritos! ¡Qué indiscrecion, repito! «Fuera de la Iglesia no hay salvacion.» ¿Es intolerantísima, por lo tanto, esta Iglesia católica? La consecuencia viene por sí misma.

Viene por fin clara tal consecuencia, sin equívocos, ni oropeles; no sólo de Alemania y Suiza, la podemos recoger de la Italia manifiestamente.

En los discursos que hace muchos años os dirijo, no acostumbé valerme, señores, de periódicos; no me gustó alegar en mi favor los buenos ni los malos, porque me pareció su autoridad demasiado pasajera, y porque no quise convertir el púlpito en palestra política.

Perdonadme, si al presente á mí propio me desdigo.

Da vueltas estos dias por la Italia el programa de un nuevo periódico titulado *L'Epoca* (1), el cual, siendo como es muy grande y desmesurado, puede en materia de periodismo poner la patria nuestra en parangon con los potentes paises de Inglaterra y de los Estados americanos, que para periódicos tienen sábanas de papel impreso. ¿Lo sabeis? La redaccion del inmenso periódico italiano corre á cargo de los moderados; de aquel partido político que se vanagloria de huir de los excesos (atengámonos á nuestro asunto): entre tales moderados, y por consiguiente moderadores de *L'Epoca*, brillan los nombres de Senadores y de Diputados, así como en su compañía los nombres de caballeros, de profesores y de abogados: en suma todo lo más alto de Italia.

Ahora bien; ¿qué leemos en el programa?

Advertid que son Senadores y Diputados, que juraron el Estatuto, el cual declara: «La religion católica, apostólica, romana es la única religion del Estado. Los demás cultos, ahora existentes, son tolerados.» Pues bien: los tales, despues del juramento, se limpian la boca, gritan y estampan: «No son tolerados los intolerantes; el catolicismo, que no ha tolerado nunca, no espere ser tolerado á su vez.» Tal suena su programa: en su virtud *L'Epoca*, que piensa expresar el sentimiento nacional, principia exclamando: «Será todo aprobado, aclamado y tolerado en Italia, ménos el catolicismo.»

¿No lo dije, señores? ¿No lo decanté? La filosofia legal, cortesana y diplomática, estrecha en primer lugar en sus redes á los Senadores y á los Diputados; mas hace incontinenti con ellos tristísima prueba. La nueva solucion filosófica dada en el debate sobre la libertad religiosa, choca en sus propios términos: por medio de la ley anuncia libertad igual á todos los cultos religiosos. Impelida entretanto á la práctica, conduce á un embuste, siendo pura injusticia.

Bien que aferrado el hecho en su nula significacion, á mí corresponde ir más allá con el discurso y poner mejor de realce la injusticia de que me quejo: tal es actualmente mi deuda que acepto.

(1) Esto en junio de 1874.

¡No espere ser tolerado el catolicismo!

Vosotros, por consiguiente, que os resolvisteis á publicar vuestro propósito, dirigios á la filosofía, y decidle de abierto modo en su faz: ¡Oh filosofía! ¿No ves que tú eres una nécia, porque pusiste en tortura tu cerebro y penaste para ultimar un arreglo en la lid árdua de los cultos religiosos? ¿Por qué tratas con los políticos y los legisladores, persuadiéndoles de que deben insertar en los códigos la fea palabra de la igualdad relativamente á la libertad religiosa? No engañemos más tiempo á los pueblos, profiriendo nuestra sentencia francamente: «La libertad religiosa será garantida á todos los cultos sin excepci6n; pero no al religioso.»

¡No espere el catolicismo ser tolerado!

Señores Senadores, y señores Diputados, que nos quitais la esperanza de tolerarnos, desde que considerais á los católicos intolerantes; sed corteses y decidme de qué modo ponemos de realce la intolerancia que os hiere. A la hora en que nos hallamos y en que vosotros escribis, la Iglesia vése constreñida á condenar el error con la fuerza espiritual de su palabra. El anatema eclesiástico es solo una voz. ¿Tanta incomodidad os produce, señores, una voz? Vociférase tanto en el periodismo, así como en las Cámaras y en los Senados de la Europa, que para conservar esta palabra del siglo XIX deberemos pronto fabricar bibliotecas en todo pequeño país, grandes como los palacios de cristal de las *Exposiciones universales*, para llenarlas. Si actualmente hay cosa barata y que fácilmente se logra es la palabra. De tal palabra que se desprende de todas las lenguas del mundo, no se preocupa ningun hombre entre vosotros, ni se perturba, ni se amedrenta. ¡Y no se grita tampoco contra la intolerancia! ¿Cómo es que sólo algunas palabras que profiere la Iglesia os dan calofríos? ¿Cómo es que la Iglesia, que habla menos que todos y condena mucho menos de lo que condenan á su vez los periódicos y los Parlamentos, es por vosotros juzgada insufrible y despreciable? ¿Es esto justo, señores míos?

¡Bien te reconozco, por lo demás, oh voz de Dios! Desciendes á la tierra con el peso de la eternidad; tú, por medio de la Iglesia, hablas el lenguaje del eterno Juez; tú, veracísima, pronuncias el juicio contra el error; tú, santa, proscribes la impiedad; tú en su virtud compenetras el espíritu, agitas la conciencia de los reos, rompes el sueño de los poderosos, y desmientes la falsa sabiduría del siglo. Una palabra creó el mundo, y una palabra trastorna el mundo corrupto condenándole.

¡No espere el catolicismo ser tolerado!

Admito ahora el pleno vigor de la palabra eclesiástica: esta palabra significa una doctrina, y quiere ser tomada en consideracion. Pues

bien; observada la doctrina de la Iglesia aun en sus condenaciones ¿por dónde viene á ser tan intolerante que no logra el consentimiento humano? Los católicos decimos: *Fuera de la Iglesia no hay salvacion*: diciendo esto afirmamos ciertamente una intolerancia, no tolerando doctrinalmente las sectas religiosas; mas es una intolerancia tal que ser debe consentida por todos.

Es consentida por la naturaleza. Cuantas cosas existen son regidas por leyes, y la ley, por existir, es una verdadera necesidad: quiere decir que no tolera ser defraudada de aquella ley suya, siendo intolerante. Empero, si vosotros intentais no cumplir aquella ley y poneis manos á la obra, esta no saldrá bien: donde salga fuera, será falsificada, porque, contradiciendo á la ley, contradecirá el orden y la perfeccion. Procurad hacer una pintura fuera de la ley de proporción; os nace bajo el pincel una cosa deforme ó monstruosa. Procurad construir una torre fuera de la ley de gravitación: la torre viene al suelo, y teneis vosotros un cúmulo de ruinas. ¿Y por qué? Porque, siendo la observancia de la ley precisamente para cada ente una necesidad, garantiza su existencia y por su propio carácter es intolerante. Bien: la ley que garantiza la vida de la Iglesia, es tambien la intolerancia: la Iglesia es verdad, y la verdad no se mezcla con el error. Si la mezclais, la verdad muere. El cuadro de la Iglesia se oscurece y se trasforma en una monstruosidad. La torre católica viene abajo, y teneis un cúmulo de ruinas.

Es consentida por el Evangelio. Enseña Cristo: «Quien á una conmigo no recoge, desparrama; quien no me sigue, camina en tinieblas.» Esto equivale á enseñar: «Fuera de la Iglesia no hay salvacion.» Reduciendo tal sentencia Vicente Gioberti á fórmula filosófica, escribe que vale tanto como lo siguiente: «El acto no puede brotar sin la potencia, y el individuo no puede vivir sin el género y la especie.» Explica su pensamiento así: «El cristiano no puede vivir mejor fuera de la Iglesia que las gotas de rocío y las hojas desprendidas del árbol. Como la Iglesia, es el género humano puesto en práctica é individuado en su principio; quien se aparta de la Iglesia, se aleja del género humano. Como consiste la vida del individuo en su comunicacion con el género y la especie, separado el hombre de la Iglesia está muerto y no vivo (1).» ¡Está muerto? Vednos pues, evangélicamente, con la confirmacion de un amigo vuestro en la intolerancia.

Es consentida por nuestros adversarios, tengan ó no traje religioso. ¿Qué cosa dice el «teísta,» el cual se ciñe á la religion natural? Dice: «Fuera de la religion natural no hay salvacion.» Pasamos á los hombres

(1) V. Gioberti. *Della riforma cattolica*, párr. XLVII.

civiles y políticos. ¿Qué cosa dicen los fervientes é intrépidos liberales, que por medio de la libertad quieren destruir la sociedad vieja y establecer el jóven mundo? Dicen: «No existe salvacion fuera de la libertad.» Y vosotros, carísimos moderados, que procurais con ahinco hacer ir los locos á remolque, y que, aun cuando quereis correr, al correr temeis romperos la cabeza; ¿qué cosa decís? Decís: «Fuera del «moderantismo» no hay salvacion.» Confesemos, por consiguiente, nuestro pecado. Somos algo intolerantes: si la intolerancia es el pan cotidiano de los hombres, ¿por qué donde tanto conviene negarla luego á la Iglesia?

«No espere el catolicismo ser tolerado.»

Mas ¿es propiamente verdad que la Iglesia no tolera de ningun modo? Distingamos entre la intolerancia doctrinal, ó metafísica, y la intolerancia práctica. Por lo que hace á la doctrina, la Iglesia, siempre que halla el error, lo reprueba, lo arroja y no le concede ciudadanía; siendo no solamente «una de las verdades» sino la columna de la verdad, «columna veritatis,» segun la frase apostólica (1) no puede de ningun modo admitirla en su compañía, para no profanar la casa de Cristo que debe conservarse siempre integérrima é inmaculada. En su virtud, corta y raja los símbolos protestantes, las comuniones heréticas ó cismáticas donde anidado está el error, no consintiendo que se aproximen á su jerarquía. Empero, en el órden civil ó político, tolera las comuniones heréticas ó cismáticas y las sectas protestantes. Las tolera más ó ménos, segun la varia situacion de los Estados y de los pueblos. «El gobierno humano, escribe Santo Tomás, emana del gobierno divino y debe imitarle. Ahora bien; Dios, aunque omnipotente é infinitamente bueno, permite que en el universo se haga el mal, que hubiera podido impedir, y lo permite de modo, que impidiéndolo no se quiten mayores bienes, ni se provoquen mayores males. Por consecuencia, de igual modo en el gobierno humano los gobernantes toleran justamente algun mal, temerosos de poner un impedimento al bien y causar un mal aún más grave (2).» Deduce Santo Tomás esta enseñanza de San Agustin y de todos los teólogos católicos, estando en las costumbres de la Iglesia, donde tan adelante se va en materia de tolerancia política ó civil, que á veces dejar libre á cada hombre para profesar la religion que juzga mejor, se reputa no solamente lícito, sino necesario. ¡Ved, por lo tanto, si es intolerante la Iglesia en el órden práctico! ¿Acaso en la mis-

(1) San Pablo 1.ª á Timoteo, cap. III, v. 13.

(2) El clarísimo P. Perrone dice de la tolerancia política ó civil: *Dantur non nulla rerum adiuncta, in quibus ea no modo licita, sed etiam necessaria est.*—Theol. tom. IV.

ma Roma no fné siempre tolerado el culto de los Judios? ¿Acaso la Santa Sede no permitió en Francia formalmente el juramento de fidelidad á tal Estatuto, como el del 1830, en que la libertad de los cultos era elevada á principio constitucional? ¿Dónde, pues, está realmente, dónde se halla la Iglesia intolerante?

¡Qué no espere el catolicismo ser tolerado!

Ya estamos. Mas ¿por qué nuestros detractores de tal manera se exceden, y de tal modo se ciegan no viendo que se hacen ellos mismos intolerables? Dicen: «No se toleran los intolerantes, y el catolicismo que jamás ha tolerado á nadie, nunca espere ser tolerado á su vez.» ¿Por qué, proscribiendo la intolerancia con fuerza tan grande, se arrojan entre tanto á la intolerancia? ¿Por qué realizan en sí con furor lo que detestan en nosotros? Los estrechamos nosotros así: el catolicismo para no tolerar, ha hecho bien, ó ha hecho mal. Si ha hecho bien, ¿por qué lo quereis castigar á consecuencia de su intolerancia? Si ha hecho mal, ¿por qué lo quereis imitar en su intolerancia? Amigos, amigos míos, nunca olvidéis vuestra increpacion: «No se toleran los intolerantes.»

Fijaos en la enorme diferencia que va del catolicismo á vosotros.

El catolismo no toleró el culto de los paganos, salvándonos de las torpezas de los misterios de Diana, de Juno, de Venus y de Saturno. No toleró el culto de los bárbaros, de los feroces invasores de la Edad Media, salvándonos de las tiranías morales de Manete, de Abdalla y de Odin. No toleró el culto del Profeta árabe, salvándonos de los vergonzosos harems, de los enhiestos turbantes y de las famosas sevicias de la Media Luna. No toleró el culto de los gnósticos, salvándonos de las sociedades súcias, de los arcanos tenebrosos y de las baladas de los «Hermanos del amor libre.» No toleró el culto de los Griegos, salvándonos de la desolacion que amenazaba la vida de las bellas artes. No toleró el culto de Lutero, Calvino y Enrique; si á una con la Iglesia no hubiese tolerado el universo aquel culto, no hubiera quedado aún quebrantada la unidad religiosa de la Europa. No toleró el culto de la Diosa Razon: á tolerarlo, el hombre hubiera visto lo que nunca se vió: dominadora de los intelectos y de los corazones hubiera sido la *Prostituta*. ¡Tanto ha hecho el catolicismo con su célebre intolerancia!

Vosotros, los cuáles más aún que el catolicismo, quereis ser intolerantes, ¿qué nos dais como fruto de vuestra intolerancia? ¿De qué horrores, de qué tiranías y de qué maldades nos librais? Manteniendo las suciedades de todos los cultos, nos librais de un culto únicamente; nos librais de la Iglesia católica, vencedora del paganismo, de la barbárie septentrional, del mahometismo, de las prostitutas antiguas y de las

nuevas. ¿Acaso por esto, mientras castigais sangrientamente la intolerancia de la Iglesia, levantaiis el tribunal de la intolerancia? ¡Ah! Os conocemos, caros amigos, que no nos tolerais á los católicos: vemos perfectamente bien por qué nos proscribís y nos pisoteais. No son nuestros errores, ni son vuestras audacias, los que revuelven el mundo contra nosotros: son nuestros dogmas divinos y vuestras verdades. No son de ningun modo vuestros vicios los que nos atraen la intolerancia del presente siglo, sino vuestras virtudes y nuestros beneficios que abundantemente proporcionamos á todos. Jesucristo era puro cuando no fué tolerado por Jerusalem, y fué crucificado: si la Iglesia, ménos feliz que El no tiene sin cesar y en todos los tiempos á los ojos del mundo esta divinal apariéncia, su honor es siempre padecer por la causa misma que hizo morir á su Maestro y Señor.

Ved de nuevo, despiadados amigos, la enorme diferencia que hay entre vosotros y la Iglesia católica.

Segun os he demostrado actualmente, la Iglesia católica encuéntrase reducida al simple uso de las armas espirituales; su intolerancia se reduce á una condenacion verbal y á la publicacion de un decreto. ¿Qué haceis vosotros por el contrario?

Vosotros sois los héroes de la fuerza brutal. Enviais á los esbirros para que sigan vuestras pisadas; nos arrastrais á vuestra presencia y nos haceis sufrir vuestras condenaciones: conociendo la impotencia de vuestra palabra, os entregais al hecho á fin de que la supla y la explique. Mientras esto sucede, y somos materialmente vencidos, ¿quién humilla su espíritu y besa la mano de los fuertes? ¡Oh espectáculo! Pudo la soberbia humana indignarse de contemplar á Enrique V caido á los pies de Gregorio VII; mas no pudo ver á los dos Píos, el VI y el VII, besar la mano de los emperadores, como lo hacia Voltaire con Catalina y con Federico de Prusia: no espere ver humillado el catolicismo y temblando por la persecucion, Pío IX la representa en aquel acto, tan bien descrito por san Agustin: *Leo victus est saeviendo; Agnus vicit patiendo*. El leon, persiguiendo, cae; en el dolor triunfa el cordero.

Esto baste, señores; por la segunda vez mi demostracion está realizada. La solucion que la filosofía procura dar á la lite de la libertad religiosa falla de modo siempre peor, segun se prosigue considerando: apenas se ve, llevado á su propia ejecucion, resulta que mientras nos grita libertad igual para todos los cultos, viene á ser una pura mentira, y consume en daño de la Iglesia una solemne injusticia.

¡Libertad igual para todos los cultos religiosos!

La filosofía que con mucha fatiga encontró la teoría especiosa, y con corazon trépido la recomendó afanosamente á los políticos que la pu-

sieran en práctica, ignoro si pasando más allá en la vida real práctica, se ha parado á ponderar los efectos que debian resultar de tal promulgacion de libertad religiosa.

Yo creo, en honor de la mencionado filosofia, que se olvidó este último trabajo; empero haya ó no mirado lo interior de la vida práctica, es deber nuestro meditarla: es cosa importantísima inquirir los frutos de las teorías filosóficas y de sus resultados políticos, puesto que viéndose favorecido ó perjudicado al pueblo nos resolvemos á juzgar si son aquéllas excelentes ó ruines. El éxito nos da la explicacion de la obra.

¿De qué nos amonesta la nueva solucion que presentan en el debate sobre la libertad religiosa, considerado finalmente tan bajo, es decir, en el corazon de la sociedad civil? ¿Es buena ó mala? ¿Es útil ó ruinosa? Tal solucion, así como en sus principios racionales es absurda y carece de lógica, siendo tambien mentida é injusta en sus aplicaciones legales, si se examina en sus propios efectos sociales, prepara un porvenir triste y espantable.

No exageramos: somos positivos y sérios. ¿Qué sentimiento, señores, se viene á imprimir en el pueblo, pregonando públicamente que á todos los cultos religiosos se debe la misma libertad? Este; que si todos los cultos merecen por la ley la misma libertad, todos deben ser igualmente buenos para la conciencia del hombre. Semejante principio incluye otro que sigue necesariamente, y es la indiferencia en materia de religion. ¿Por qué amamos tanto á la patria? Porque la patria es una. ¿Por qué amamos tanto al padre y á la madre? Porque no tenemos sino un padre, y porque es tambien única nuestra madre. Si suponeis una multitud de padres, todos igualmente buenos, mi corazon no palpitará en adelante tan ardentemente sólo por aquel padre mío, y sólo por aquella muy amada mujer, mi madre. Igualmente si en vez de una me dais cien patrias, vendré á ser, señores, indiferente para lo que se denomina patria. Otro tanto ó cosa peor sucede con la religion. ¿Hay ciento ó mil religiones en el mundo, en las cuales puedo igualmente acomodarme bien? Vosotros no conoceis la naturaleza humana, ni conoceis mi corazon, si entonces me pedís el fervor religioso: ¿no veis que tratándose de las religiones no tengo verdadero amor á ninguna, y que paso á ser fácilmente delante de ellas duro ó lánguido? La religion tiene un vínculo sobrenatural: pues bien; procurad tocar en mí, si podeis, la tecla de lo sobrenatural divino. El pulso de mi alma no late por el cielo, porque muerto estoy para las cosas del empíreo.

Hé aquí por qué, una vez dado y difundido el grito de la libertad y de la igualdad de todos los cultos, invade la indiferencia religiosa el

presente siglo: estamos llenos de difuntos ó moribundos del espíritu. Platon, considerando el gran bien que produce la religion en el pueblo, quería solemnemente prohibido á cada uno tener templos privados, y ordenaba que todos al hacer sacrificios, debian ofrecerlos en los templos públicos (1). ¡Ah! Si la religion es un modelo incitador de la virtud, entre nosotros, que no nos cuidamos de la religion, ¿dónde está este modelo potente? Ni dentro de las casas particulares, ni dentro de los templos públicos nos sentimos impulsados á ofrecer sacrificios: ¿á qué pues, hemos venido á parar? ¿Dónde se encuentra nuestra vida? El sofista ginebrino tiene esta profunda observacion: «La indiferencia filosófica es igual á la tranquilidad del Estado bajo el yugo del despotismo: es más destructora que la misma guerra (2).» Bien dicho: la indiferencia filosófica es precisamente la indiferencia religiosa: es la tranquilidad de la muerte: es más terrible que la guerra. Es mi pensamiento, y mi palabra: estamos llenos de muertos del espíritu.

¿A dónde nos dirigimos, señores, si ya llegamos á tal extremo?

Triste porvenir se nos prepara, y yo me lleno de espanto.

La libertad y la igualdad de cultos engendra la indiferencia en la religion. Ahora bien: la indiferencia religiosa produce la incredulidad pública:

El protestante De Gasparin escribe lógicamente: «Fácilmente se dice y fácilmente se hace; pero de la doctrina que admite todas las religiones á la que las niega todas, la caída será rápida é inevitable: la indiferencia mística en materia de religion conducirá siempre á la incredulidad; el principio pagano producirá siempre el paganismo práctico (3).» Ved cómo nos volvemos paganos; vednos incrédulos ante el cristianismo. ¡A dónde vamos, señores? Me dice Ciceron: «Quitada la piedad religiosa hácia los dioses, se quita la propia sociedad (4).» Es cierto que los Romanos, despues que se extinguió su piedad religiosa, cayeron socialmente. ¡A dónde fueron aquellos Rostros y aquellas tribunas, desde las cuales se dictaba la ley á todo el universo? Dejó la religion de tener allí asiento, y para siempre cayeron. ¡A dónde fueron aquellas cohortes armadas, y aquellas águilas á que se ligaba la victoria sobre todas las gentes que se oponian al génio de Roma? La religion dejó de seguir las en sus vuelos y en sus combates, por lo cual desaparecieron ellas para

(1) Platon, *De las leyes*, lib. 10.

(2) J. Rousseau en Bergier: *Le Déisme réfuté par lui même*, Carta IV, párr. 1.

(3) A. De Gasparin en el periodico protestante, *Les Archives du Christianisme*; janvier, 1852.

(4) *Haud scio, an pietate adversus deos sublata, societas etiam humani generis tollatur.* Ciceron, *De natura deorum*, lib. II.

siempre. El poder de Roma incrédula pasó á los enemigos de Roma, los cuales creían en Dios. ¿Intentan hacernos este hermoso regalo primeramente los filósofos, y despues los incrédulos arrastrándonos á la incredulidad? ¡Oh miseria humana! Hubo un momento en el cual todo se renovó sobre la faz del mundo; los pueblos, los gobiernos, los templos y los dioses. Entonces las naciones heróicas y bárbaras se encontraron al pie de la cruz; las unas, en su respiracion última, y las otras en su hora primera de la vida humana y social; todas paraban atentamente el oido á la voz del nuevo Maestro, que espiraba víctima de sus enemigos. ¿Qué habia dicho este nuevo Maestro divino, para excitar de tal manera la rabia de la enemistad? Habia dicho: «El que no está conmigo está contra mí; el que tiene fé se salvará; quien no tiene mi fé quedará condenado.» Pues bien: los filósofos y los políticos, al arrebatarnos la fé como lo hacen, ¿trabajan con este propósito de atraernos la condenacion de Cristo? Aimé Martin dice á guisa de un inspirado: «Los que trabajan para destruir la religion en el Occidente donde se ilumina, son como los verdugos de Cristo: no saben lo que hacen. Si abandona la religion el Occidente, el Occidente morirá; si pasa la religion al Oriente, vivirá el Oriente: nosotros tomaremos su lugar y el nuestro él; volveremos á caer en las tinieblas, y se levantará en la luz. El amor de Dios y de los hombres es de ahora en adelante el gran pacto social del género humano (1).

¡Ah, crueles filósofos y crueles políticos! Vosotros todos los días me habláis de nuestras grandezas presentes y de nuestras grandezas futuras; procuráis levantar mi alma en el éxtasis de la felicidad. Empero, ¿qué saco yo si miro sin embriaguez ni poesía los hechos reales que vosotros mismos, filósofos y políticos, creáis á mi alrededor? La fé de Jesucristo huye de la sociedad civil; pierden la fé viva el literato, el idiota, el traficante, el obrero, el padre, el hijo, el esposo, la mujer; vosotros, filósofos y políticos, podeis perfectamente enaltecer hasta las nubes vuestra invencion de la igualdad de cultos; mas vosotros sois los primeros en demostrarme que vais, por decirlo así, derechos en la fé de Cristo. ¡Oh miseria humana! Privados de Cristo y privados de su fé, ¿á qué nos conducen nuestras grandezas presentes y nuestras grandezas futuras? Cedo la palabra al elocuentísimo monseñor Dupanloup, Obispo de Orleans: «El siglo XIX camina a su fin agitado, rendido, estéril de incontrastable modo enfermo. Muy temerario sería el que osase afirmar que concluirá en la gloria y no en los abismos (2).»

(1) Aimé Martin: *L'educazione delle madri di famiglia*, lib. III, cap. 10.

(2) Monseñor Dupanloup. *Carta referente al Concilio*.

Hemos resuelto el más fácil, y tal vez al mismo tiempo, el más formidable de los problemas.

Aquella especie de filosofía que, algo semejante al escepticismo reformador, no es habitante solitaria de la region de la idea, y lejos de confinarse en los libros se afana por salir fuera, mirar el rostro de la sociedad y apeteer su dominio; aquella filosofía, en una palabra, que ciertamente no frecuentaría la casa de los sacerdotes, pero que no quiere hacerse ver marchando en la plaza con los bribones, yendo de costumbre por las vías forenses cortesanas y diplomáticas que le placen, consiguió finalmente resolverlo con una sola palabra, escribiendo: «Libertad igual para todos los cultos.»

Nosotros nos pusimos á examinar la sentencia tan celebrada, y la solucion de la cuestion nos pareció que conducía á lo contrario de las promesas egregias y de la expectacion magnífica existente. ¿No lo recordais, señores? Tal solucion, considerada en sus principios racionales, parte de un absurdo, porque identifica la verdad con el error y carece de lógica; considerada en sus aplicaciones legales, conduce á una mentira, porque oprime entre tanto á la Iglesia y es injusta; considerada en sus efectos sociales, prepara un triste porvenir porque hace incrédulo al pueblo y espanta.

Olvidemos ahora, amigos míos, cuáles suelen ser en tal necesidad los confederados de la filosofía; olvidemos especialmente á los políticos, que le vuelven tambien las espaldas; ciñámonos solamente á mirarla, y digámosle á nombre del pueblo: ¡Oh cara, que has venido á hablarnos de religion, contradiciendo á la Iglesia católica que nos enseña diversamente! ¡Oh cara, que nos encontraste tan buenos, tan dispuestos y tan dóciles á escucharte! La semilla que tú esparciste en el campo, y que ya produce las malas plantas entre los pies, ábrenos los ojos y desengañanos. Hé aquí que contigo nosotros perdemos el cielo, no bastándonos la tierra, porque se necesita el paraiso.

Al general Bertrand, que no sabía comprender la divinidad de Cristo, exclamaba Bonaparte: «He cometido una gran culpa haciéndote general mio.»

Igualmente á la filosofía, que no comprende la divinidad de la Iglesia católica, exclama el pueblo: «Cometí una gran culpa, eligiéndote maestra mia. Retírate. Yo vuelvo á la Iglesia.»

CONFERENCIA XII.

SI LA FILOSOFÍA INCREÐULA SE RIE CON MOTIVO

DE LA FÉ CRISTIANA.

Los retóricos se despepitan bellamente mucho para conferirme el arte de la palabra; no dejan de sacar reglas sobre la estructura del discurso, al que conviene no falte parte alguna de las prescritas: á fin de animar lo que se dice y conseguir que aparezca con el tono debido, me llenan el cerebro de las figuras que debo aprender. Yo, por ejemplo, con la metáfora finjo, con la hipotiposis pinto, con la hipérbole agrando los objetos, con el apóstrofe hablo áun á cosas lejanas, á las flores del prado ó á las columnas del templo: hasta con la personificación visto de hombre ó mujer lo que no tiene sexo, ni persona; verbigracia, la idea, la imágen, el vicio y la virtud.

Caros retóricos: teneis cien razones sobre las que yo aduzco; pero sois personas raras, pedantes y pasadas, por cuanto no lograis enseñarme el verdadero poder del razonar. ¿Sabeis cómo propiamente se hilvana el discurso, cómo se anima y se hace punzante, mayormente tratándose de acusaciones y asaltos? Levantad de vuestra inmoble silla la mirada, y ved la boca de la filosofía incrédula.

Ella que recibió de nosotros, en varias conferencias, no pocas reprecensiones, no hermosas, ni buenas, se ha puesto finalmente, sin consideración, á murmurar de nuestras cosas: nuevo Demóstenes, compuso su Filípica, y nuevo Marco Tulio, discurrió su acerba catilinaria: ¿qué hace? ¿Da prueba de profundo raciocinio en los argumentos? No se cura muchísimo de aquél, y no es por otra parte, fruto de su huerto. ¿Aplastarnos procura con los hechos? Los hechos, mil veces invocados por ella, se revuelven luego en su daño. ¿Envalentónase pues de veras

con las figuras retóricas? Sí; mas, ¿sabeis vosotros cuál es su predilección de las figuras retóricas, es decir, la que á sí atrae todas las demás y las devora?

La filosofía incrédula, echándose contra los católicos, ríe.

Observan los médicos que la risa es una convulsion, ó un temblor del diafragma: no importa. Observan otros, frenólogos ó psicólogos, que la risa está cerca de la locura, viniendo á ser una especie de locura pasajera: no importa. Observan tambien otros que frecuentemente los hombres pueden reir y ser infelicísimos. Escribe Jacobo Leopardi en el *Diálogo relativo al Irlandés*, que «la desesperacion tiene una sonrisa en la boca.» ¿Ni áun esto importa? Empero si no importa para los filósofos incrédulos, que tienen la manía de reir ó soltar la carejada, importa mucho para nosotros: nosotros los estimamos, porque rien así desesperados.

Debían abatir nuestras demostraciones: debían probarnos que la filosofía, separada de la divina revelacion, contiene sin duda el único supremo criterio de la verdad: debían probarnos que el cumplimiento de los deberes se debe dejar sólo para las fuerzas del hombre: debían convencernos de que una filosofía católica, digna de la razon y de la conciencia humana, no es posible: debían sostener que la Iglesia, condenando algunos sistemas filosóficos de nuestros dias, es reprobada por la lógica. ¿Lo hacen? Los filósofos incrédulos rien. Si nuestros retóricos quieren aprender cómo y dónde se puede construir bien un discurso, saben con quién deben ir á la escuela: vayan con los desesperados y los maniáticos.

Mas en sustancia, ¿qué provoca la risa de los filósofos incrédulos?

Dicen: vosotros, hombres de lo sobrenatural, empleais á vuestra vez la razon y la filosofía, de que haceis ostencion, hablando de métodos de problemas. Sólo que, tomando lo que destilan vuestras pruebas racionales, se ve claramente que del problema pasais al teorema, y al dogma desde la duda, de modo que, mediante la razon humana, quereis nuevamente conducir el mundo á la fé divina. Ahora bien: vuestra fé, que idolatráis, es la que detestamos nosotros: vosotros haceis consistir la vida en creer, y creer para nosotros es un gallardo estímulo para reir.

¿No dije, señores, ya, que son desesperados y locos? Si realmente la fé nuestra es aconsejada por la razon; si somos llevados á Cristo y á la Iglesia por la filosofía, ¿deberemos impugnarnos á nosotros mismos y gritar: No; ni Cristo, ni tampoco Iglesia católica, ni fé divina, sino ateísmo é incredulidad? ¿No sería esto renegar de la propia filosofía y de la propia razon del hombre? ¡Qué demencia!

Para persuadiros, quiero resolver el problema: ¿Se ríe justamente de nuestra fé la filosofía incrédula?

La fé cristiana nos suministra tres cosas:

Primeramente, nos da la verdadera ciencia de la vida.

En segundo lugar, nos da el ejercicio más eficaz de la virtud.

En tercer lugar, nos da el triunfo moral en la desventura.

Señores; no tomar en cuenta estos tres sublimes dones, ó despreciar el corazón del generoso del que brotan, acredita un intelecto no sano. La boca que ríe es la del loco y del desesperado.

Sobre todas las teorías y sobre todas las doctrinas se levanta la ciencia de la vida. Y consiste la verdadera ciencia de la vida en comprender é inquirir qué cosa estamos destinados nosotros á practicar en este mundo. Puedes ser filósofo, botánico, zoólogo, jurista, literato, legislador, político, astrónomo, matemático de ilustre nombre; mas si te falta la verdadera ciencia de la vida, eres ignorante y mísero, allí cabalmente donde más importa no serlo.

Veamos ahora un poco: somos ciudadanos del mundo; mas el mundo para nosotros, criaturas racionales, ¿es una ciudad permanente? Recorro á mi fé, la cual enséñame con las palabras del Evangelio: «Pues aquí no tenemos ciudad ya, sino que vamos en busca de otra futura (1):» para esta fuimos criados, y en ella todas nuestras ánsias quedarán satisfechas.

¡Eh! Tal es la lección del catecismo, que saben los muchachos, las mujeres...

Lo saben también los hombres insignes que á los muchachos y á las mujeres dominan: lo saben del mismo modo el párvulo, la mujercilla y la gente del vulgo, como lo saben los Bossuet, los Malebranche, los Fenelon y los Lacordaire; si tal doctrina se ha difundido grandemente, dad gracias al Evangelio y á la Iglesia, que comunicaron á todos la verdadera ciencia de la vida: ¿os lamentaríais acaso de tan grande beneficio, ó lo escarneceríais?

¡Es la primera lección del catecismo! Precisamente; mas ¿acaso por esta razón os parece despreciable?

Os quiero satisfacer. Interrogo á quien no es sacerdote, y digo: La vida eterna, en la cual me instruye la fé católica, ¿es ó no la verdadera ciencia de la vida?

Responde Plutarco, (¡un gentil, como veis!): «Este mundo es un templo muy santo y dignísimo de Dios, en el cual es introducido el hombre

(1) *San Pablo á los Hebreos*, cap. XIII, 14.

en el día de su nacimiento; no para considerar estatuas esculpidas por mano mortal, que no tienen movimiento, sino las sensibles formadas por la mente de Dios, para representarnos las inteligibles, como escribió Platon, que llevan en sí mismas naturalmente grabado el principio de la vida y del movimiento, es decir, el sol, la luna, las estrellas, los ríos que siempre arrojan agua nueva, y la tierra que suministra los alimentos á las plantas y á los animales. Asimismo debemos creer que nuestra vida es una profesion, una entrada en la religion perfectísima (1).»

Es de advertir que tal pagano, hombre juicioso y de saber, consigna tales palabras allí donde diserta sobre la tranquilidad del ánimo; de modo que, para conseguir la paz, y ser bien dirigido é iluminado, encuentra oportuno sólo alzarse con la mente á Dios, y tender á un mundo más allá del presente, arrojándose en brazos de la perfectísima religion. «La religion perfectísima» es el cristianismo. El niño, pues, y la mujer amaestrados por el sacerdote, dicen lo propio que Plutarco: la fé de la ciudad futura nos da la verdadera ciencia de la vida.

Atravieso diez y ocho siglos (¡qué salto!); desde Plutarco voy á un pequeño cristiano de los presentes días: es un cristiano tal que no debe asustar mucho á los incrédulos. Máximo D'Azeglio en sus *Recuerdos* tiene este pasaje elocuente: «Desde que principiaron los siglos, cada generacion interrógase á sí propia del modo siguiente: ¡De dónde vengo? ¡Qué hago? ¡A dónde voy? La razon humana, no habiéndose sabido resolver hasta el presente á decir lo que debió realmente, á saber, no lo sé, ha encontrado, segun los tiempos, centenares de respuestas, una más hermosa que otra, y supongo que seguirá encontrándolas mientras Dios la deje ser usufructuaria del planeta éste. Empero si uno puede guardarse de la metafísica, nadie puede quitar de su alrededor la vida práctica y real con todas sus inevitables necesidades. Para conducir al hombre entre éstas, sin colocar su razon en las torturas metafísicas, puede proveer y provee, con efecto, la fé. Responde resueltamente á las tres preguntas y da el camino que debe seguir quien ansia ser con ella consecuente (2).»

Mucho trabajo le hubiera costado á uno de los nuestros decirlo mejor. Aquí se confiesa el tormento y la perenne ansia del hombre para comprender sus destinos; aquí se declara por añadidura que la pobre ciencia humana, separada de la revelacion divina, se confunde, procura dar una respuesta y no lo consigue; aquí, sin embargo, para sacar-

(1) Plutarco. *Opisculos morales. De la tranquilidad del ánimo.*

(2) Máximo D'Azeglio: *I miei ricordi*, cap. VII.

nos de todo peligro y de toda duda, se alude á la fé. La fé, de que razona Máximo D'Azeglio, es la del Evangelio y del sacerdote. Por consecuencia nuestro pequeño catecismo, con su ciudad futura, nos abre la verdadera ciencia de la vida.

Esto sentado, me dirijo yo á los filósofos incrédulos. ¿Rien tales filósofos?

Me place que, para escarnecer la fé de la Iglesia, se rían de Plutarco y D'Azeglio; que se rían, en breves palabras, de todas las inteligencias eminentes del género humano. ¿No es la risa de los locos y de los desesperados?

Ahondemos en el asunto.

Nosotros entendemos al hombre creado para la felicidad; convencen de ello las mismas facultades humanas, todas las que tienden á la felicidad y suspiran por ella con aquel impulso prepotente, con que nos hierva la propia vida en el pecho; creemos por lo tanto que, para ser felices de veras, el estado de un mundo futuro, más bello que el actual, debe hallarse como término de nuestras fatigas cotidianas y de nuestras horas terrenas. En virtud de tales dos principios, hé aquí, señores, lo que nosotros hacemos: vivimos por Dios sobre la tierra; en tanto hacemos cosas nuestras las ocupaciones de la tierra, sus bienes, sus alegrías y todo lo que le toca, en cuanto nos pueden servir para la realizacion de las promesas celestiales; no apegamos á ellas el corazón, reputándonos más grandes y magníficos que tales bajas cosas. Pasajeros en el mundo, ¿por qué deberíamos cambiar esta vida con la meta perenne, y las criaturas enfermas con el Creador divino? Dejados andar; no nos encadeneis, no nos detengais. El puerto último que nos recoja lo tenemos en el paraíso.

¿Rien los filósofos incrédulos? ¡Miserables! Cual nosotros admiten que creado es el hombre para ser feliz; tienen, por lo tanto, el primer principio de la vida, y es el nuestro; mas ¿por qué, renegando del segundo principio, es decir, burlándose de un mundo venidero y feliz, no cesan de buscar la dicha, queriéndola y presumiéndola á todo trance? ¡Ah! ¡Invocan la felicidad de la tierra! ¿No son engañados y necios? ¿No trabajan para ser desesperados?

Un poco de paragon, señores.

Amamos el hombre, y lo amamos como al alma nuestra; nosotros, cristianos, descubrimos que brilla en él la imágen original de Dios, por lo que le tendemos los brazos al cuello con ardiente afecto y humilde reverencia, casi pareciéndonos abrazar á Dios en nuestro hermano dulce. Mas, despues de estrechar contra el pecho el padre, la madre, las hermanas, los hijos y los amigos, les decimos: ¡Oh, amados! ¡Cuán suave

cosa es querernos el uno al otro en la dileccion de Cristo! Con todo, ¿no lo sentís? A pesar de querernos recíprocamente no nos hallamos bastante felices. Tú, padre, me dejas; tú, hermana, te alejas de mí; tú, amigo, no puedes vivir sin cesar á mi lado; tú, hijo, quedas, si continuas en el mundo; mas es imposible para mí mucho tiempo permanecer contigo. ¿No descubres que yo envejezco y que me arrastra el tiempo? Además, aunque pudiéramos estar todos unidos y para siempre, derramando el corazon en los corazones, ¡oh amados míos! ¿no sentís que aún tenemos el corazon vacío, y que no lo colmamos nosotros mismos? Nuestro corazon quiere lo que se halla más allá del mundo, lo perenne, lo inmenso y lo bienaventurado; pero nosotros, ¡cuán pequeños somos y trabajados! ¡Cuán incapaces de abrirnos uno á otro en el alma la fuente del gozo! ¡Dios! ¡Dios! Tal es nuestro suspiro. ¡Ah! Tendremos la felicidad con nosotros, siendo sempiterna, cuando en Dios estemos elevados y reunidos; cuando nuestro corazon se juzgue feliz con su corazon, inflamado con su llama, grande por su grandeza y coronado con su diadema.

¿Rien los filósofos incrédulos? Preguntadles si rien cuando ven alejarse de su lado los parientes y los amigos; cuando á sus ojos rápidamente se abre la tumba devoradora. Extinguido en su espíritu el amor de Dios, pusieron el corazón en una criatura terrena furiosamente amada: era hermosa con todas las gracias, y con todas las flores que tiene la primavera de la vida, brillando con el fulgor de las estrellas y del sol: adorable cosa parecía, y adoráronla como frenéticos. Bastó el trascurso de pocos días; afeóla una enfermedad hórrida y la desfloró; dejó de ser la primavera y el sol; el lienzo fúnebre la cubrió, no viéndosela nunca más. Entonces los dolientes se arrancaron los cabellos, é impotentes para quitar al sepulcro la víctima, pensaron en el veneno y en el puñal. ¡Oh incrédulos! ¿Estais contentos de vuestro amor terrenal?

Vayamos adelante. Amamos la patria: teniendo en la frente nosotros el sagrado carácter de bautizados, no podemos dejar de amarla, porque la religion no impide los afectos de la naturaleza. Más a ún; por aquella doblemente la queremos: nacimos en ella, nos acariciaron sus auras y embalsamáronnos sus perfumes; aprendimos por ella á conocer al celeste Padre, á servirle y confesarle, siendo engendrados en su seno á la vida del cuerpo, como á la del espíritu. Aunque pequeña sea nuestra patria, no dejamos por esto de amarla, y decimos con Séneca: no amamos á la patria por ser grande, sino por ser nuestra (1). Nuestra es

(1) *Nemo patriam diligit quia magna, sed quia sua.*—Séneca.

la patria, porque, aun cuando pequeña, cosas grandísimas nos proporciona; con la adopción de hijos de Dios obtenemos de ella el bien de la fraternidad de los hombres. ¡Venturoso el que sabe servir bien, y á precio de sus fatigas ó de sus dolores sabe hacer beneficios á la patria! Quien puede decir: «Yo muero, y vence la patria,» es un afortunado; un raro magnánimo. Por tal razón Tello, Epaminondas y Ana de Montmorency, que peleando por la patria cayeron victoriosos, se reputaron gloriosísimos entre los capitanes. Con todo, aún cuando el amor patrio nos enardezca y nos avalore para obrar, no es bastante para la total y verdadera dicha: nosotros pedimos una patria donde las cosas conocidas y aprendidas se realicen; pedimos una patria absolutamente justa, segura y perpétua, moralmente tan excelsa cuanto excelso es nuestro espíritu, de manera que, habiéndonos abierto los ojos á la sonrisa de la belleza y á la luz de la virtud, no nos pueda convertir la virtud y la belleza en amarguísimo desengaño. A tanto realmente no llega la patria terrena. Entonces nosotros, desde la región que nos vió nacer, entre los que nos acogieron niños para educarnos, y entre los compañeros de nuestras glorias, elevamos á las alturas la mirada, é invocamos para el reposo último de Dios el ingreso en la celestial ciudadanía. La patria terrena nos sirve de vestíbulo para la inmortal.

¿Rien los filósofos incrédulos? Mas respondan si quedan satisfechos colocando el fin del hombre en la terrena patria. La patria ceñida de murallas, es un pequeño compendio de bienes sensibles; ¿no se siente dominado por el desfallecimiento su corazón entre tales pocos bienes y dentro de aquellas murallas? ¿O tendrían, por el contrario, un corazón, que materialmente se ciñe, sin pasarlos, á los baluartes de los ciudadanos? Solos entre todos, los incrédulos serian aplastados. Fuera de que no pocas veces la patria es injusta y ofende á sus mejores hijos. Acordaos de Aristides: el hombre integérrimo es desterrado por el pueblo. Acordaos del grito de Scipion: «Ingrata patria, no poseerás mis huesos.» No pocas veces la patria es misérrima, y devorada por el infortunio, muriendo. ¿Quién puede por lo que hace á la patria juzgarse feliz, si desaparece de las cosas vivientes, dejando de ser ó existir? Si Amilcar, Asdrúbal, Anibal y los demás héroes del Africa antigua hubiesen puesto en la patria el fin del hombre, ¿cómo hubieran provisto á su propia felicidad! ¿Qué prueba de discreción hubieran dado á sus contemporáneos, los cuales vieron á Cartago incendiada! Señores; con el pensamiento trasladada á Camilo, Coriolano, Fabricio y Cincinato, en los tiempos de Roma degenerada á la edad de Totila y de Genserico: arde Roma entre los tizones de los bárbaros, y se anega entre la sangre del pueblo. ¿Qué hubieran dicho Cincinato, Fabricio, Coriolano y Camilo, á vista de la

patria moribunda? ¿Acaso que constituye la patria el fin del hombre? ¿Acaso que la humana felicidad se reduce á ella? Por las desventuras patrias se desconsuelan y lloran los héroes: ¿no derramarán una lágrima los filósofos incrédulos? ¡Oh cielo! ¡Oh cielo! donde los bárbaros no queman, ni devastan, mansion eterna de beatitud, ¿harás sonreír á estos buscadores extraños de felicidad en la patria terrena?

Finalmente, señores, nosotros los cristianos, aunque tenemos los ojos dirigidos á la eternidad, no despreciamos las cosas de la tierra: no nos conducimos como los viejos herejes misántropos, que juzgaban deshonesto sólo tocar la tierra con un pie: nosotros, si la Providencia nos quiere privilegiados con honor exquisito, le damos gracias, y admitimos el poder ó el oro si viene á ser el fruto de nuestra industria; mas, retenida la posesion de los bienes, hacemos de ellos un uso laudable, dirigiéndolos á la gloria de Dios y á la salvacion del alma nuestra. Con el poder sostenemos á los débiles, y venimos á constituir el baston de los vacilantes; con la riqueza vestimos á los desnudos, damos pan al hambriento, y construimos un hospicio para los que van de un punto á otro; con el saber, establecemos escuelas y amaestramos á los idiotas. Cuando viene la hora de la alegría, confortamos áun nosotros la carne cansada y el espíritu fatigado; pero procurando que al deleite presida la templanza. ¿Acaso deberíamos engolfar alma y cuerpo, procediendo con locura en la abundancia y en las caricias del siglo? No, no; porque cuantos derrochan los bienes mundanos se hacen míseros y no felices: nosotros preferimos que los bienes sensibles nos sirvan para merecer los invisibles.

¿Rien los filósofos incrédulos? Ahora quiero yo conducirlos enteramente á donde desean ir: no ya sólo entre los brazos de la persona amada, ni sólo entre los entusiasmos de la patria: traslademos á estos testarudos incrédulos, que presumen ser dichosos en el mundo, á gozar sin obstáculos del mundo: yo los hago potentísimos, los meto á nadar en el oro, los embriago con sumos honores, y los declaro reyes de la tierra. ¿Y qué? ¿Han cogido ya con sus manos la cabellera ondeante de la felicidad? ¿Siéntanse ya en su templo?

Vuelvo, señores, á Roma con el pensamiento, y para encontrar á mis infelicitísimos incrédulos, me introduzco en el palacio de los Césares.

Es el Monte Palatino. Aquí, donde surgían las modestas casas de los ciudadanos en los tiempos de la república; aquí, donde habitaban Ciceron, Hortensio y la madre de los Gracos, aquí se levantó el palacio de los emperadores con su mole soberbia, habiendo reunido tantos esplendores que llamáronle *Palacio de oro*; cuanto existió más espléndido en el imperio romano majestuoso; cuanto hay más fantástico en los

sueños del Oriente; cuanto existe más muelle, más encantador y más voluptuoso en los sonidos de Orfeo, en los colores de Apeles y en los metros de Anacreonte, todo fué adunado en el inmenso palacio real. ¡Cuáles fueron sus constructores? Oiganse sus nombres: Octaviano, Tiberio, Calígula y Neron.

Sube, hombre, sube al monte portentoso; ven á fin de admirar el áureo palacio, relativamente al que pareció un tugurio el orbe; arquee las cejas, delante del altísimo monumento, que fuera testimonio del poder de los Césares y de la fortuna de los Augustos; mira y atentamente observa... De aquí emanaba la orden suprema que ponía en movimiento á todos los hombres; de aquí expedían las águilas de los ejércitos para que subyugaran las estirpes rebeldes del Rhin, del Vístula y del Danubio; de aquí por orden del César las flotas velejaban, recorriendo los mares hasta las Columnas de Hércules; de aquí partían los edictos sangrientos para cazar á los cristianos y abatir la cruz. ¿Y qué? ¿Te retraes y detienes tus pasos sin decir palabra?... Desapareció el palacio; desaparecieron los Césares y desapareció la majestad imperial. Hé aquí un cúmulo de ruinas sembradas por el tiempo sobre una colina desierta y solitaria: hé aquí crecer sobre tales ruinas el cardo silvestre; hé aquí trepar la yedra, enlazarse la espina y arrastrarse inmundísima la serpiente, hiriendo el aire con su lengua de tres puntas.

Tal es el Monte Palatino, y tal es el palacio de los Césares. Ahora bien; ¡qué te dice tu corazón? ¿Tienes tú necesidad de los relatos de la historia, ni de las reflexiones de la filosofía, para comprender qué cosa es la vida del hombre, la sucesion de las edades y el destino del mundo? Más que todos los volúmenes del humano ingenio te lo enseña la desnudez y la soledad del monte. ¿Oyes tú el canto de un buho? Mira el feo pájaro; instalado está sobre una columna imperial. Si sabes comprender el sonido de sus notas, aquel buho te dice las palabras estas: Mortal, que tienes sin cesar la existencia suspendida entre un sorriso y una lágrima, aprende lo que valen tus dolores y tus alegrías. Vienes sobre este monte á buscar la majestad del poder humano, y hallas el polvo. El poderoso que aquí domina es solamente uno: «El tiempo.»

¡Bendita sea, Dios mio, la fé que destilaste tú en mi corazón! Provisto de sus alas, vuelo yo sobre el palacio de los Césares, pongo bajo mis pies la víbora que serpentea en los sitios inmundos y el buho que canta entre las ruinas: dejo á mis espaldas los guerreros que combaten y se destruyen, los potentes que fundan reinos y no los conservan, los literatos que amaestran sin entenderse, y los extraviados que buscan la felicidad en la nada, cosechando afanes: levántome á las grandezas celestiales, únicas que se ajustan á la capacidad de mi espíritu y lo

contentan. ¿Soy mentecato yo? ¿Ríe la filosofía incrédula por causa de mi fé? Empero la fé cristiana me proporciona la verdadera ciencia de la vida, y habilítame para descubrir mi fin último, como, señores, lo he demostrado. La risa de los filósofos incrédulos es la risa de los locos y de los desesperados.

Conocido el fin del hombre, y hallada la ciencia que sobre todas importa, yo, señores, estoy encaminado bien. Sin embargo, otra cosa necesito, á fin de que pueda correr en derechura y expeditamente por mi camino: es preciso que obtenga suficiente fuerza para elevarme á la meta sublime: de otra manera, veré muy bien mi destino y la misión; pero permaneceré distante y bajo, sin poder llegar á él. Es la fé, como dije ya, el ala que debe conducirme; mas ¿dónde hallaré yo el vigor para emplear aquellas nobles alas y sostener el vuelo?

La segunda cosa, que viene á ser necesaria para mí, es el vigor y la excelencia del alma, es decir, la virtud.

¡Nécios los que aseguran que basta la fé para la salvacion de los hombres, aunque acompañada no vaya de preclaras obras! En precio demasiado vil sería estimado el galardón. ¿Qué cosa es la fé sin obras? Es la inercia, el ocio, la nulidad. Ahora bien; ¿quisiérais ser coronados ociosos y nulos, sin prueba ni certámen? ¿Dais vosotros el premio á los gladiadores ó atletas, que lejos de los combates, sin arrostrar el peligro, siguen viendo pacíficamente las pruebas de otros, y gozando la fiesta del espectáculo? ¿Qué cosa es la fé sin obras? Es avergonzar á la virtud, haciendo que libremente vaya en compañía del mal, del pecado y de la torpeza, procurando armonizar juntos una fé santa y una vida deshonesta. Ahora bien; ¿mandaríais vosotros á la patria divina los magnánimos y los probos, lo mismo que los injustos y los felones? ¿Quedará el reino de Dios trasformado en un nido de palomas y en un cubil de serpientes? ¿Tal concepto teneis de la beatitud eterna? Martín Lutero, cuando para la humana salvacion declaraba «suficiente la fé sin obras,» tenía en los talones, con los cuales huía precipitadamente del convento, la inteligencia, el buen juicio y el pudor.

Deben, pues, resplandecer mis virtudes para salvarme.

Aquí la fé cristiana se me presenta benigna, generosa y fuerte. No juzgando suficiente iluminarme con el Evangelio relativamente á las obligaciones y á los modos de la santidad, conociendo hace mucho tiempo bien la flaqueza humana, para la que más que los preceptos enjutos sirven los consuelos reales y los ejemplos, me conduce al culto católico; con la oracion, con los ritos religiosos, con los sacramentos, con la comunicacion de los dones que hay en la comunión de los elec-

tos, encamíname á la virtud, abriendo en mí la fuente de la gracia de Dios. Avalorado así, podré ser habitante del mundo é hijo del tiempo, sin que me sometan el mundo y el tiempo á la ley del pecado; seré, señores, vuestro compañero y trabajaré á vuestro lado; pero en mí vereis simultáneamente las ansias encendidas de un trabajo mayor, á que me dedico. Al gran fin, para el cual fui criado, iré preparándome con las humanas y las sobrehumanas virtudes.

¿Rien los filósofos incrédulos?

Supongamos que no escarnezean verdaderamente la virtud en general, á fin de no tenerlos que reputar faltos de juicio y sucios; mas ¿les parecen cosas de bobalicones, de las cuales no se puede aguardar fruto, los ritos religiosos por mí recordados, las oraciones, la externa adoracion y los sacramentos? ¿Descubren que brotan del culto católico, más que la virtud, el envilecimiento y la insania?

No quiero ser ascético, ni quiero citar Santos Padres á los incrédulos: ¿cómo podría gustar el sabor de las cosas celestiales quien se alimenta sólo con las bellotas de la tierra? Tratando con semejantes profanos, me visto también yo de profano.

¿Tienen los filósofos incrédulos á la oracion por cosa inútil para la virtud!

Pregunta Víctor Hugo, aquel volcan de cerebro romántico. «¿Qué significa rogar á Dios?» En su imaginacion ve como traslucir dos infinitos: uno inferior dentro de nosotros; y otro, fuera de nosotros, superior. El inferior es el alma y el superior Dios. Esto sentado, responde: «Poner en contacto con el pensamiento el infinito inferior con el superior, se llama orar.» Y añade: «No debemos quitar nada á la mente del hombre; suprimir es malo... El pensamiento, la meditacion y la plegaria son grandes irradiaciones misteriosas, y tenemos obligacion de respetarlas. ¿Dónde se dirigen estos majestuosos rayos del alma? Hacia la sombra, es decir, hácia la luz (1).»

Aquí hay algo que sale de lo comun y que á lo ménos es grande. El profeta de la democracia francesa, revelador del porvenir, admite dos mundos; el del hombre y el de Dios; reconoce que nos da la oracion el pasaje para ir de un mundo á otro, porque pasa de la sombra á la luz, queriendo que no se suprima, sino que se respete. ¿Y vosotros, filósofos incrédulos, os reis de la oracion? ¿Quereis por lo tanto la sombra y no la luz? ¿Quereis renunciar á lo grande y á lo magnífico, destruyendo el comercio de los espíritus? ¿Os haceis solitarios así en vuestro mundo? ¡Cuán mezquinos sois!

(1) V. Hugo, *Los Miserables*, libro séptimo, cap. V.

Otro novelista, pero italiano y no loco, escribe: «La oracion nació del primer suspiro, de la primera alegría, del primer dolor del corazon humano; ó, por mejor decir, el hombre, colocado como está entre una fuerza inmensa por una parte, y una inmensa debilidad por otra, nació sólo para orar. Su principal mision en este mundo es rendir gracias y suplicar al Rey de la naturaleza, Padre amoroso de todos los séres. Todo lo demás bajo sus miradas, ó despues de él perece ó se muda; pero aquel grito de gloria, de adoracion y de amor que eleva el hombre á su Creador, pasando sobre la tierra, no muere, subiendo y resonando de edad en edad hasta el trono de Dios, siendo casi un eco de voz celestial (1).»

Hé aquí lo que hace la Iglesia encaminándonos á la oracion. Conduce al hombre á inclinar la frente al amoroso Padre que está en los cielos, é invocarle con suspiros y con llantos; pasa su voz la órbita de la tierra, y al Padre llega; el Padre se pone con el hijo en comunicacion, haciéndole participante de las divinas gracias y remediando sus necesidades. En la oracion se inflama nuevamente la fé, la esperanza y la caridad del hombre; de la oracion se levanta más libre de terrenales afectos, más casto, más apreciable, más humilde y más consolado. Viene á ser fuerte por la omnipotencia de Dios. A tal pacto se realiza el contacto de los dos mundos; el visible y el invisible. Yo, pobre criatura, que me retempla en Dios, sin juntarme nunca con los escarnecedores de la oracion, no me burlo, ni río, sino que doy gracias, gozo y bendigo.

Los filósofos incrédulos, aún ántes de ir á la Iglesia para ver los prodigios de la oracion católica, se fastidian: sienten rotos sus tímpanos por el sonido de las campanas. ¿No es un maleficio esto? ¿Para qué sirven las campanas? Sirven para enviar en el tiempo la voz de la eternidad. Sirven para traer á la memoria del hombre, que no de solo pan se vive sobre la tierra, sino principalmente con el alimento celestial, ó sea la verdad; sirven, por consiguiente, para conducirle al templo, á fin de que se postre delante del supremo dador de las luces.

¿Qué hacen las campanas, voces que anuncian de antemano la trompeta del juicio? Desalientan, y, sin embargo, animan, por que tornan el hombre á sí mismo.

Volfrango Goethe hace así exclamar al doctor Fausto, cuando escucha el tañido de la campana que anuncia la fiesta de Pascua: ¿Para qué venís á buscarme, suaves notas angélicas, en mis dolorosas tinieblas? Hacedos oír donde hay hombres menos endurecidos que yo. Muy bien comprendo vuestro mensaje; mas me falta la fé, y el milagro es el hijo

(1) Aquiles Mauri.

predilecto de la fé. No me atrevo á levantar mi mente hasta las sedes de donde me viene la nueva propicia. Con todo, acostumbrado en mis tiernos años á estos sonidos, me siento reconciliar á la vida. En otro tiempo, en el reposo austero del domingo, descendia á mí el beso del divino amor. De la plena armonía de las campanas brotaban ignoro qué incógnitos presentimientos, y gozaba en la oracion un vivo deleite. Un fervor incomprensible y santo me hacia entrar en ganas de salir fuera, espaciándome por las selvas y los prados; allí, derramando lágrimas abundantísimas, me sentía entrar en un mundo nuevo. Cánticos parecidos anunciaban los alegres juegos de la juventud, y los festivos pasatiempos de la primavera; ahora tales recuerdos, avivando en mí el sentimiento de la mocedad, me remueven del último paso irreparable. ¡Oh! ¡Volved á resonar, himnos suaves y benditos! Hé aquí que corren mis lágrimas y que la tierra me posee de nuevo (1).»

No tienen, empero, el pie todavía en el umbral del santuario, y los filósofos incrédulos ven dominando la cruz. Ante la cruz los creyentes se descubren, y hacen genuflexiones. No parece sino que los filósofos al verla se desmayan. ¿A qué fin las genuflexiones y los saludos? ¿Qué significa la cruz? Es un pedazo de madera. ¿Cómo en los espíritus puede venir á ser fecunda en virtud? Esto preguntan y se ríen.

La Mennais, en sus buenos dias, se dirigía con sabia increpacion á Rousseau, diciéndole: «Ríe, filósofo, en buen hora, si te place; ríete de nuestras genuflexiones y de nuestros actos; mas despues de la risa no te desplazca contestar á lo siguiente: ¿Qué hubiera ocurrido al género humano á no caer de rodillas ante la cruz (2)?»

¡Un pedazo de madera la cruz! Empero aquel pedazo de madera es un venerable símbolo. ¿Qué cosa es, filósofos, la bandera de una nacion? Un pedazo de tela que unen á la parte superior del asta. Con todo, tal tela es respetable y elocuente; recuerda la gloria de los padres, é inspira las proezas de los hijos, combatiendo á su sombra los jóvenes con intrepidez. Destrozadla: ¿no anulais acaso la vida de la patria? Pues bien; símbolo del mundo redimido es la cruz. Dios la levantó encima del Calvario, creciendo y dilatándose á su sombra las gentes modernas: inspira el sacrificio moral, inspira el amor, inspira el respeto, é inspira el heroísmo de las almas; abatirla, equivale á rehacer el mundo pagano.

¡La cruz un pedazo de madera! ¡Sí! Mas esta madera trasmite la vida á los príncipes y á los pueblos.

(1) V. Goethe, *Fausto*, parte primera.

(2) F. La Mennais: *Essai sur l'indiff.*, v. I.

Rodolfo I, de Habsburgo, jefe primero de la casa imperial de Austria, elegido emperador, se dirige á la poblacion de Aquisgran, á fin de hacerse coronar en la célebre catedral de Santa María. Ahora bien: mientras, de rodillas delante del altar, espera que le ciñan la corona imperial, los príncipes del imperio nieganse á jurar, por cuanto el monarca suyo no tiene cetro en la mano. ¡Ah! ¿Quereis el cetro? exclama Rodolfo. Con acto nobilísimo se levanta, toma de la sagrada mesa el Crucifijo, lo besa con piedad filial, y grita en alta voz: «He aquí el cetro mio.» Los príncipes del imperio se postran enternecidos, besan á su vez el crucifijo, y juran obediencia al nuevo Emperador (1).

¡La cruz un pedazo de madera! Si; mas esta madera hace invencible la espada y produce coronas á los héroes.

El príncipe Eugenio en 1717, cuando á punto está de abandonar á Viena y capitanear el ejército de Hungría, entra para recibir las órdenes de Carlos VI. El Emperador le otorga poderes amplísimos, le abraza y le dice: «Os recomiendo que sigais fiel á las órdenes del Generalísimo.» ¿Quién es el Generalísimo? El príncipe no lo entiende; mas Carlos VI le presenta una cruz y añade: «Hé aquí el Generalísimo, bajo cuyas órdenes debéis combatir á los enemigos del nombre cristiano.» Eugenio se inclina, y promete observar aquella fé, también suya. Dirigiéndose á los campos de batalla, exponer hace la cruz en su capilla privada, y cada combate suyo es una victoria (2).

¡Un pedazo de madera la cruz! Por esto, evitando penetrar su significacion íntima, haciendo lo posible para no ver las santas virtudes que produce ó engendra, ni recordar las memorias históricas con que se ilustra, la maltratan. Hace poco tiempo arrojáronla en Roma del Coliseo. Mas un hombre entraba en él, poniéndose á contemplar las victorias de la Cruz: aquel hombre, ahora difunto, aunque libre pensador, y adversario acérrimo del cristianismo, sentía como arrancar de su corazon un cántico y una queja: cual si quisiera con el látigo de su palabra echar del Coliseo á los próximos aborrecedores de la cruz, exclamaba: «Hombres groseros, que pensais que las piedras son piedras únicamente, y que no sentís circular en ellas el jugo y la vida, cristianos ó no, reverenciad y besad la señal que traen. Esta señal de la pasion es la señal del triunfo del alma: hay aquí algo grande y eterno... Yo besé muy de corazon la cruz de madera erigida en medio del Coliseo. ¡Cómo debió abrazarla trépida la jóven de fé cristiana, cuando apareció en aquel recinto entre los leones y los leopardos! ¡Hoy

(1) Baronio, *Anales*, año 1273, núm. 8.

(2) Véase a César de Saluzzo en sus *Souvenirs militaires des Etats Sardes*.

mismo esta cruz, diariamente más solitaria, ¿no es el único asilo del alma religiosa? El altar ha perdido sus hombres, y la humanidad lo abandona para siempre; mas decidme, por merced, si lo sabeis: ¿se ha elevado otro altar?» (1).

Entremos en la iglesia. Nosotros, señores, que, hallándonos fuera, hemos recibido ya la invitación de la plegaria, la cual es el acto primero del culto; nosotros, que llevamos en la mirada la vista de la madera de la cruz, como en las orejas subsiste aún el retintín de las campanas, ¡qué nuevo espectáculo somos llamados á presenciar! Es la hora de la fiesta eclesiástica, y al sonido de las campanas se agrega el estruendo del órgano.

¡El órgano! Los filósofos incrédulos ríen.

Preciso es confesar con franqueza que el fragor de su risa y de sus sarcasmos es menos armonioso, menos elegante que los rumores del órgano, relativamente al cual escribió Chateaubriand que «el cristianismo fué su inventor.» Esto es exacto, como lo es igualmente que de tal invención artística suya el cristianismo se debe gloriarse de manera extraordinaria. El órgano es tal vez el instrumento armónico más maravilloso que conocemos, como también la más completa y perfecta significación del culto religioso en el arte, considerado como forma de culto. Es admirable que el órgano, más allá de las atribuciones, que, por decirlo así, ejercita entre las augustas ceremonias del templo, preséntase asimismo en el orden de la música propiamente dicha, revestido de un verdadero primado, ya como creador de la armonía, ya como padre de la orquesta y de los instrumentos de teclado, ya como el que dió lugar á peculiares formas de estilo, ya en fin á causa de su dominio universal sobre el progreso y las transformaciones del arte.

¡Y ríen los filósofos incrédulos!

No se reía un sabio escritor cuando brotaban de su pluma los pensamientos siguientes: «Mientras el órgano compendia en sí las tradiciones eclesiásticas y litúrgicas, á que se liga estrechamente su historia, es por otra parte, el eje alrededor del cual se desarrollan los períodos, y se realizan las revoluciones del arte musical. Sacerdotal por su destino, arquitectónico por su forma, obra maestra del humano espíritu por su estructura, participa en cierto modo de aquellos grandes caracteres que comunica la religión á cuanto toca: la antigüedad, la perpetuidad, la universalidad, la unidad, la autoridad. Unidad, decimos; mas al mismo tiempo el órgano es uno, vario y múltiple; es contemporáneamente voz y orquesta: instrumento monumental, representa cuanto inmutable

(1) G. Michelet.

hay en las formas del canto litúrgico, y contiene aquel arte que se desarrolla exteriormente; por él es modificado y á su vez modifica el arte. Sin embargo nunca cesa de ser la voz del templo, al que se incorpora, privilegio que no supo disputarle ningun otro instrumento ni orquesta, por poderosos que fueran. Es por tanto el vehículo intermedio entre el templo y la ciudad; es el vínculo entre el canto llano y la música. Puesto entre las dos inspiraciones participa de ambas; endulza lo que tiene la primera demasiado austero, é imprime á la segunda cierta gravedad y la refrena para que no se extravíe. Es un compendio del arte entero, de las tradiciones antiguas y de los progresos presentes; en su virtud por unánime voto es investido de una especie de magistratura y es llamado el rey de los instrumentos (1).»

Mas estamos ahora en el interior del templo; nuestra defensa del órgano no ha terminado aún, cuando ya los mofadores con nuevas bufonadas y con nuevas burlas nos llaman á otra parte. Están en el templo los católicos, que se confiesan con el sacerdote y comulgan recibiendo á Jesucristo. ¿Son posibles tales insanias? Los filósofos incrédulos se mueren de risa.

Señores, el sacramento de la confesion auricular fué instituido por Dios Salvador. El dijo á los sacerdotes: «Aun en el cielo quedarán perdonados los pecados de aquellos, á los cuales los perdoneis.» «Diversamente los pecados no remitidos por vosotros, ni aun en el cielo serán perdonados. En esto os lego yo mi autoridad.» ¡Y rien como si fuese una invencion! ¡Empero el inventor es Dios, es Jesús: ¡qué quereis hacer! Tan alto está el inventor de la Confesion, que no llegan á El las risas de los incrédulos.

El sacramento de la confesion está fundado asimismo en la naturaleza. Tú, que tienes el vicio en el corazon, sientes la necesidad de manifestarlo: el secreto conservado mucho tiempo te mata. ¡Oh! Cuando se franquea el corazon llagado en el seno de un amigo fiel que te socorre y no te hace traicion, el bálsamo de la vida entra nuevamente. Así pensaba Séneca, escribiendo: «¿Sabeis por qué ocultamos nuestros vicios? Porque nos hallamos sumergidos en ellos; nosotros empezaremos solamente á librarnos de los mismos, cuando los confesemos (2).» Ahora bien; ¿quieres reirte de tal renovacion de tu alma y de tu conciencia? Mas ¿quién elige ser verdugo de sí propio?

Requiere además el sacramento de la confesion la necesidad moral, por aquel orden de providencia en que debe correr bien ajustada la cor-

(1) El Prof. De Ortigue.

(2) Séneca, *Epístolas*, lib. III.

responsabilidad de los actos entre los hombres y Dios. Pecaste, y fué Dios el ofendido; pecando, mereciste castigo: Él, ofendido, te prescribe la penitencia. Hé aquí que te domina el dolor de los pecados; y Dios por medio del sacerdote asegurándote su perdón, librándote también de la pena eterna, en el sacramento te reduce á cosa tenuísima la pena temporal que resta, de modo que te levantas de allí puro, aligerado al mismo tiempo, y restituído á las caricias de Dios. ¿Te place de todas maneras reír?

No reía Lutero cuando, ya protestante, se veía sin embargo constreñido á confesar: «Yo hubiera sido vencido y estrangulado por el demonio, á no haber sido sostenido por la Confesion (1).» No reía Raynal cuando escribía estas palabras: «La práctica de la Confesion secreta es infinitamente útil. Ella sola ocupa el puesto de las leyes penales y procura la pureza de las costumbres (2).» No reía Marmontel cuando afirmaba: «¡Qué saludable preservativo para las costumbres de la adolescencia el uso de ir todos los meses á confesarse! (3)»

¿Ríes? ¿Tomas de los filósofos incrédulos el escarnio y la befa? Mas cuando se te presenta uno y te restituye los bienes que te había quitado; cuando otro, hablando de tí, muda de sistema, y repara los agravios que hizo á tu nombre, tú, amigo mío, ¿ríes aún? Con todo aquí oye á Juan Jacobo Rousseau: «La Confesion es gran instrumento de justicia y de caridad: sus obras son restituciones de bienes robados, reparaciones de fama, amistades renovadas, y limosnas que se procuran á fin de aliviar á los míseros (4).»

Empero lo había olvidado, señores: los filósofos incrédulos se burlan porque los hijos de la Iglesia comulgan recibiendo á Jesucristo, manducando sus carnes, y bebiendo su sangre en el sacramento.

¿Qué quereis! Serán trasformistas: admitirán que la mona se puede transformar en hombre. Serán materialistas: admitirán que el fósforo se puede convertir en pensamiento humano. Serán panteistas: admitirán que la piedra, el abeto, el cocodrilo pueden formar parte de Dios, en la sustancia divina compenetrándose. Mas no que Jesucristo Dios, con un prodigio de su poder, pueda de un modo sacramental aunque verdadero, cambiar el pan en su carne y el vino en su sangre; esto no lo admiten, porque sería una cruel contradicción. Por lo tanto ríen.

¡Paciencia! Empero mientras vosotros, filósofos, os haceis trasfor-

(1) Lutero, *Predigt von der heimlichen Reichte*, Obr. t. [XX].

(2) Raynal, *Obras*, tomo III.

(3) Marmontel, *Mémoires d'un pere*, etc.

(4) J. Rousseau, *Emilio*, lib. IV.

mistas puros y buenos, tengo derecho á pedirlos en nombre de la igualdad que áun á mí me dejéis ser trasformista. Todavía entre vosotros y yo hay la siguiente diferencia no insignificante: Vosotros queréis ser trasformistas, por no sé cuál virtud de la naturaleza, que con sus leyes os contradice, al paso que trasformista soy yo por la virtud de aquel sér, que reconozco padre de la misma naturaleza, hallándolo potentísimo y sapientísimo, adorado como Dios en todos los siglos por todo el género humano. Existe otra diferencia no menos notable; vosotros, trasformando á vuestro modo los minerales, los vegetales y las bestias, ensuciais al hombre, y escarneceis las nociones más elementales de la dignidad: abris fieramente la vía á las suciedades y á los vicios; al paso que yo, admitiendo la trasustanciacion de la Eucaristía, á Cristo Dios que se distribuye al hombre, y al hombre que se deifica en Cristo por el sacramento, ensalzo la naturaleza humana, sublimo de manera divina nuestra especie, realizo la union maravillosa del amor, y hago el himeneo de la tierra con el cielo, donde todo es grandeza, todo hermosura y flor castísima de virtud.

¿Reís? Aunque, por imposible, fuese un sueño divino el nuestro, ¿no debería ser celebrado este sueño que os hace sublimes, que os hace bellos, que os hace grandes y castos? Dadme la musa, porque quiero cantar. Mas ¿por qué hablo de sueño, Jesús mío? Tú te acercas, y te siento yo; tú vienes, y estoy como en el paraíso. ¡Oh, filósofos incrédulos! ¿Os reís, pues, por la exaltacion real de mi espíritu? ¿Os reís de la virtud?

Oid á Voltaire. En un ímpetu de verdad asume mi lenguaje y mi canto, diciéndoos así: «La religion católica dice á los hombres: Creed que bajo estas apariencias de un pan, que ya no existe, hay un Dios, que os doy. ¿Se manchará con delitos vuestro corazón?... Era ciertamente imposible imaginar un misterio que retuviera más fuertemente á los hombres en la virtud... La creencia de un Dios presente de modo real en la Eucaristía uniéndose al hombre, llena de gran temor religioso al hombre mismo (1).»

Voltaire admira y canta: los hombres logran verdaderamente á Cristo, lo reciben en sacramento, se despojan de sus vicios y se adornan con las virtudes. ¿Y vosotros, filósofos, reís siempre?

En mi juventud amé al escritor alegre aquél, que se llama Lamartine. Su pluma tan flexible, pronta siempre á decir con valentía cuanto le correspondiera, lo agradable y lo sério, lo benévolo y lo satírico; aquella fantasía suya inagotable, rica de mil colores, ligera como el

(1) Voltaire; *uvres, Henriade*, chant. 10, tom. XVII y LI.

aura del monte y llena de perfumes como el jardín; aquel corazón suyo siempre abierto y siempre amoroso, del que brotaban aguas de abundante y límpida vena; aquel admirable ingenio suyo, tan capaz de dirigir las imprecaciones de Tácito contra los señores prepotentes de la ciudad, como de tejer los idilios y las églogas de Virgilio para celebrar en el bosque la sencillez de los pastores; en suma, aquellas dotes del gran poeta y gran prosista me halagaban y atraían, amándole mucho. Amaba yo aquellas dulces *armonías* suyas; aquellos *himnos* suyos encendidos en el sol; aquellas *historias* suyas; aquellos *dramas* suyos; aquellas *novelas* suyas, porque allí hallaba al hombre potentemente; no eran sólo coronas de flores y guirnaldas, sino que había debajo una cabeza, digna de ser coronada.

Sin embargo, cuando de la vida literaria de Lamartine poníame á ver su vida moral, sentía mi corazón oprimido: encontraba un espíritu incierto y versátil. Cuando en el apéndice á su novela *La Graciela* le oía exclamar á los veintiun años, *estoy cansado*, hallándose realmente cansado el jovencito, porque había ido al galope de placer en placer, de vanidad en vanidad, aumentaba en mí la opresión, debiendo derramar algunas lágrimas sobre aquellas flores y sobre aquellas guirnaldas. Lo veía todo disperso en él, que se llenaba de vicios y deudas: todo disperso, menos su palabra, «instrumento inagotable (como escribe Sainte-Beuve), que no acababa nunca de tocar, mientras conservaba vida, como si fuese una flauta encantada (1).» ¡Oh! ¿Por qué con aquella flauta encantada elevar himnos al sol y hacer la epopeya del mundo, cuando tú, Alfonso, te metes en un agujero, y te deshaces sobre dos palmos de tierra? Sal; mira de veras el fulgurante sol: las flores que no se marchitan y las guirnaldas que no se deshojan.

Había tenido una madre con algún tinte de sentimiento bebido en Rousseau y en Bernardino de Saint Pierre: por lo demás, tan creyente, como suave y tierna (las madres, quiérase ó no, siempre forman el ánimo del hijo), habiendo ingerido, no sólo la fantasía, sino el elemento religioso en el corazón de Alfonso; cuando el hijo, naturalmente atrevido, corría entre las vanidades de la tierra, la vieja arrepentida recurría al altar de Cristo y rogaba.

Alfonso, Alfonso, ¿no escuchas los gemidos de tu madre? ¿No escuchas cómo te llama en el altar de Cristo?

Si la madre crea el ánimo del hijo, el hijo, hecho religioso una vez, no reniega de sí: disipa con los soplos de la fé reavivada la sombra de la culpa, que viene á oscurecer la hermosura virginal de la

(1) Sainte-Beuve, *Causeries de Lundi*. 1, 23.

conciencia. Oyó Alfonso el llamamiento de su madre al altar de Cristo, diciéndose á sí propio: «¿Por qué me detengo?» Ya en una de sus mejores poesías tenia este verso hermoso: «¡Oh Dios, Señor de mi cuna, haz que seas asimismo el Dios de mi sepulcro! (1).» Pues bien; antes de que llegue la hora de la tumba, antes de que la débil mujer desaparezca del siglo, sube al altar, uniéndose nuevamente á ella: no va solo, sino acompañado por otra querida mujer, su esposa, haciendo que por los tres corazones amantes se levante á Cristo sacramentado una férvida «trilogía.» Lo verá Paris, y sabrálo Francia, extraordinariamente amando él esta pública confesion de su fé. Es anualmente observado en la semana de Pascua Alfonso Lamartine, juntamente con su poca familia, viéndose cómo se dirige á la iglesia en el momento en que mayor concurso hay de pueblo; se dispone con oraciones, acérese á la sagrada mesa y recibe el pan de los ángeles.

Amo ahora yo más que al prosista elegante y al poeta natural al cristiano, que se sustrae á las bajezas del mundo, fortificando su mente y su corazon en el sacramento de Cristo. ¡Cómo se hermosea su alma! ¡Cómo trasciende! El cantor del sol y de las estrellas se trasforma en el cantor del catolicismo, así como en el poeta de Dios y de la virtud: acércome yo á su boca, y le robo el siguiente cántico, que, si David viviera entre nosotros, debería unir á su arpa inspirada: «Si; aun cuando el altar destruido, abandonado por la multitud, caiga sobre mí, ¡oh Iglesia que amo, donde todo lo he recibido y donde todo lo aprendí! abrazaré tu columna última, bien que deba quedar aplastado bajo tus sagradas ruinas (2).»

Llegó para el Francés la hora extrema; mas no se quebrantaron su elocuencia ni su musa en la piedra sepulcral; si no se oyen ya entre su pueblo, sobreviven aún en los libros, diciendo á los incrédulos que avergonzarse del bautismo es una necedad, porque viene de Dios y de la religion la primera inspiracion del humano espíritu.

¿Rien los filósofos incrédulos?

Si nosotros con la oracion, con los ritos religiosos, y con los sacramentos nos purgamos de los vicios, sustituyéndolos con la virtud, ¿qué hacen ellos con sus vilipendios religiosos?

(1) *¡O Dieu de mon berceau, sois le Dieu de ma tombe!*

(2) *Où quand l'autel brisé que la foule abandonne
S'écroulerait sur moi, temple que je chéris,
Temple où j'ai tout reçu, temple où j'ai tout appris,
J'embrasserais encore la dernière colonne
Dusse-je être écrasé sous tes sacrés débris!*

Mirad su frente: su burla contra la religion estampa en ella un sello que no se borra. Gian Gaspero Lavater, habiéndose parado para mirar fijamente la cara de Mirabeau, sin conocerle poco ni mucho, le dijo: «Señor; es usted uno que tiene todos los vicios, y que nada hizo para domeñarlos.»

He concluido: la fé cristiana nos da el ejercicio más eficaz de la virtud; quien se ríe de nosotros y se ríe de la fé nuestra, es el espíritu del loco y del desesperado.

Imaginad un ejército con tres grandes divisiones de hombres, donde la estructura del uno enlázase á la del otro, siendo la union incontrastable por la firmeza de los vínculos que tienen: tal es el proceso de mi discurso.

Ante todo importa conocer el fin del hombre; tal es la verdadera ciencia de la vida. Despues preciso es conseguir la fuerza necesaria y el vigor moral, con que nos hagamos idóneos para nuestro fin; aquí el ejercicio de la virtud es indispensable.

Por último, logradas las virtudes, preciso es que vengan sometidas á la prueba y que nos ensayen: aquí entra la necesidad de la desventura.

No lo pongais en duda, señores: la desventura es una necesidad del hombre, sobre todo si el hombre es bautizado y católico. Fácilmente formamos relativamente á nosotros un juicio demasiado benigno; pensamos que ya hemos ido muy adelante en la perfeccion, siendo plenamente señores de nuestros actos y en la virtud superiores. Hacemos este juicio durante la paz: somos, pues, los héroes de la paz, y pretendemos ser grandes vencedores sin las asperezas del combate. ¡Oh! ¡Cuán fácil es la victoria entonces! ¡Sí! Suena la hora del infortunio, y llega el asalto, encontrándonos envueltos en guerra; somos impelidos donde á nuestras almas gritan en el cielo, como la patria opresa grita tambien á sus defensores: «Vencer ó morir.» ¿Y entonces? Entonces se ve propiamente si nuestros pechos estaban provistos de virtud varonil, ó si sólo teníamos de la misma la máscara y el simulacro; entonces para no morir de veras, sino para vencer, las máscaras se rompen, las virtudes débiles se fortalecen, y las virtudes que faltan se consiguen. El oro se purga en el fuego, y el temple del creyente se afina en la tribulacion.

Per multas tribulationes oportet nos intrare in regnum Dei (1). ¿Ois? No de otra manera sino por medio de la tribulacion podemos entrar en el

(1) Hechos de los Apóstoles, cap. XIV, v. 21.

reino inmortal. Bacon de Verulamio, casi comentando el texto evangélico, emitió esta sentencia gravísima: «Las prosperidades eran la bendición del antiguo Testamento; por el contrario, la bendición del nuevo Testamento son las adversidades (1).»

¡Dulces hermanos míos! Las adversidades que vienen y os molestan, son para mí un aviso de que vosotros figurais entre los benditos: una bendición es la malignidad de vuestros enemigos, una bendición la pérdida de los bienes que sufristeis, una bendición la salud no robusta, y una bendición en suma el dolor. Puestos á recorrer los días de las adversidades, seguís atentos, notais el engaño, no presumís demasiado de vuestras fuerzas, sentís la querida necesidad de Dios, os apartais de la tierra dándoos á Él, con las fuerzas divinas y humanas os preparais á combatir mejor la pugna del tiempo y de la eternidad. Los Hebreos tenían necesidad de prosperidades, porque, hallándose aún distantes de Cristo, no debían quedar desanimados; mas nosotros, hombres de la era nueva, que poseemos á Cristo, y vivimos de su vida, sentimos la necesidad de sufrir el hierro y en el fuego para testificar el heroísmo de la Cruz y la grandeza cristiana.

Hablo de la desventura, y los filósofos incrédulos rien.

¡La desventura! exclaman. ¿Es que los cristianos, oprimidos por los dolores, no se ponen furiosos y no aparecen débiles? ¿Es que los cristianos, lo mismo que los profanos y los incrédulos, no imprecán en la desgracia, no maldicen, no pierden las fibras del alma y no insultan á Dios? ¡Qué bella ganancia! A la desdicha se añade la culpa.

No riáis, filósofos, y admirad. Concedo hay cristianos que al encontrarse con el dolor se exceden, poniéndose furiosos ó llegando á ser abyectos; mas ¿de qué clase son tales cristianos? Cristianos que viven á la sombra del reino de Cristo y no dentro de su reino; cristianos enfermos ó débiles en demasía, en los cuales la única cosa bella y sublime es el nombre de bautizados que llevan. Por lo demás, para los enfermos y débiles que caen, hé aquí muchos cristianos, verdaderamente tales, que triunfan en el dolor. ¡Oh! ¿Deberé abrir los anales de la primitiva Iglesia, y exponeros las proezas de los mártires? ¿Deberé contaros el número de las cruces, medirós la grandeza de las cuchillas, daros el peso de los caballetes, haceros relucir las hojas de las espadas, dejaros escuchar el rugido de los leones, representaros el lago de sangre, entre cuyos suplicios los valientes secuaces del Nazareno, sin rabia, sin blasfemia y sin terror, eran divididos, macerados, destruidos y deshechos?

(1) Bacon. *Sermones Fideles*.

Me ciño á indicaciones personales, ménos formidables y ménos distantes.

San Luis, esclavo de los sarracenos en tierra extranjera, y Cristóbal Colon encadenado, ¿no os demuestran cómo el cristiano sufre magnánimamente y se fortalece mucho en la virtud? El caballero Bayardo, que besa el pomo de su espada, donde se halla esculpida la cruz, exponiéndose despues con valor al conflicto; Camoens en el hospital de Lisboa, y Tasso en el hospital de Santa Ana, como más tarde Pellico en las prisiones austriacas, todos amargados y rendidos, pero suplicando á Dios, religiosos, y por esto sostenida su alma, sin prorrumper en escandecencias, ni tampoco imprecár á Dios, ¿qué os enseñan? ¿De qué os amaestra Luis XVI en el patíbulo, donde dobla humildemente la cabeza y adora los decretos celestiales? ¿De qué la invicta Antonieta, encarcelada por los rebeldes, víctima de la demagogia francesa; pero siempre tranquila y siempre serena? ¿Acaso no dicen estos cristianos: Somos los vencedores del infortunio, y nos hacemos superiores por la virtud al siglo corrupto?

¿Y qué os dice Andrés Hofer? El tirolés, intrépido y enjuto hijo de los Alpes, despues de reunir un grupo de jóvenes, intrépidos y enjutos como él, exclama dirigiéndose á sus compañeros: «El enemigo está en frente: oremos y corramos.» Corre á defender la patria contra los soldados de Napoleon I y los dispersa, obrando prodigios de valor, siendo un pequeño y más immaculado Arminio, en pequeña desastrosa tierra. La oracion aumenta la osadía en los combatientes. Cuando, batida el Austria en Wagram, vuelven los franceses; cuando los del Tirol sucumben y cae Hofer en manos de sus enemigos, su espíritu no se abate, ni se envilece su corazon, por auxiliarle los consuelos religiosos. Algunos de sus compañeros de armas, desde las verjas del castillo donde están presos, le saludan tristemente cuando lo ven arrastrado al suplicio. Mas él se dirige á ellos con una sonrisa gritando: «Esta es mi última marcha. Valor, amigos. ¡A tus pabellones, Israel!» Cuando llega despues al espacio del bastion y es inminente la hora del golpe fatal, besa varias veces el Crucifijo que tiene en sus manos, y da él mismo á los soldados la voz de fuego. Así fusilado muere, y Dios es su palabra última, que aún subsiste resonando en el aire.

No hablo de otros, porque la multitud de los ejemplos me lo impide, apartando de mi vista la vision del fuego y de la sangre. Empero ya que me ceñí á hechos personales, vislumbro, dentro de un órden de cosas más excelso, un personaje para mí amado y venerable.

Hoy señores, con celo de sacerdate y caridad fraternal, os pedí limos-

na para el augusto pobre, nuestro Santo Padre Pío IX (1). Pues bien; ¿no os demuestra Pío IX el dolor domeñado? ¿No os demuestra en el dolor la virtud sublimada?

Hubo y se vieron reyes que, perdida la corona, quedando sin poder ni vasallos, moralmente se desfiguraron; anubiose su frente, perdida su autoridad primera; cayeron en el envilecimiento.

¡Cómo por el contrario se presenta Pío IX siempre igual, siempre con frente alta y siempre digno! Es el retrato del Redentor sobre la cruz: colocado sobre la cruz, y desnudo de su túnica inconsútil, es levantado á fin de que lo vea mejor el universo. Sabe que sufre con Dios: sabe y ve que bajo las faldas del Calvario yerra en tumulto la humana generacion; pero lo hace para levantarse sin saberlo del estado en que se halla, y venir á El finalmente. ¿Debería reputarse deprimido? ¿Prestarse gimiendo y envilecido? ¡Oh mundo! La cima del Calvario te aguarda: á ella serás conducido y glorificado. *Omnia traham ad meipsum.*

Hubo y se vieron facciones políticas, que padeciendo tribulaciones, y faltas de sectarios, obraron cruelmente contra los desertores: existe la secta, que ocultamente manda el puñal para dar muerte al apóstata.

No faltaron desertores al Papa entre los creyentes; esfuerzos de nuevas comunidades cristianas separadas de Roma hiciéronse lejos; mas si la voz de Pío IX se alza fuertemente para proscribir el frenesí; si como juez condena el error, escucha éste aún el acento del padre que llama al ovil al extraviado. El padre que siempre ama, distingue la culpa de la persona. ¡Oh crueles que abandonais al padre carísimo! El, muy diferente de la secta que odia, no os envia el puñal, sino un suspiro y una lágrima.

Hubo y se vieron grandes infelices, célebres hombres infortunados, que despues de la desdicha suprema, quedaron solos. Primeramente abundaban los amigos y los aduladores: despues olvido, silencio y desierto. Pompeyo huye sólo é insidiado. Belisario, sin compañía tampoco, olvidado en su desdicha, es mendigo; pocos compañeros de armas, despues del inmenso cortejo, siguen á Napoleon á Santa Elena.

Decidme, señores, si los amigos abundan ménos, y ménos siguen á Pío IX en la desgracia que en los triunfos. ¿No descubris los Juanes, las Marías, las Susanas y las Magdalenas, que se estrechan á los pies del Cristo del Señor? Ha quedado sólo la corona de espinas; pera aquella corona hace llorar. ¿Qué digo! Un encendido amor, en aumento siempre,

(1) Y los oyentes la dieron con mano generosa, siendo limosna no indigna de las desventuras del Papa.

se manifiesta en todo el mundo católico, hácia el Anciano aquél. Vienen los distantes, y los presentes los reciben: mezclados los corazones, hijos todos de la misma fé, hacen al Padre una visita amorosa: en sus votos y en sus santos entusiasmos unen el Vaticano á la tumba de los Apóstoles. ¡Es la tumba más alta! Ninguno hubiera imaginado tanto fuego de amistad crecida; el jóven católico, sospechando por el abandono, gritaba con el poeta: «Combatiré, pelearé yo solo; haz, cielo, que sea fuego la sangre mia para los pechos católicos.» ¡Engañado! El rey de la desventura reina en el corazon de las muchedumbres.

El problema está resuelto.

La filosofía incrédula, cambiando con nosotros el oficio de la refutación por el de la irrisión, se puso á reir. Ahogar quiso en la risa la fé cristiana.

Mas, señores, la fé católica, debidamente cultivada, es fecunda en tres grandes cosas: nos da la verdadera ciencia de la vida, nos da el ejercicio más eficaz de la virtud, y nos da el triunfo moral en la desventura. ¿Os parecen dignos de risa y de sátira estos dones? ¿Quién rie, pues, señores? ¿Qué consejo dirigiremos nosotros á los escarnecedores de nuestra fé?

Alejandro Verri escribió estas graves palabras: «Yo no entro en el santuario: hablo como ciudadano, y digo que la religion patria es una importantísima parte de la civil constitucion; escarnecerla ó burlarse de ella con la pluma ó con las obras, es acto de maldad civil. He visto de cerca á los filósofos de París y su tono me hartó fácilmente (1).»

Otros dos hombres de nuestra edad que conocimos y escuchamos, nos sirven aún mejor de útil enseñanza. José Giusti, no descreído da ningun modo, ni tampoco incrédulo, escribió sin embargo sátiras y burlas relativamente á las cosas de la religion. Ahora bien; amonestábale Manzoni, escribiéndole: «Las victorias negativas del siglo pasado (la risa de Voltaire) no duraron, porque sólo eran aparentes (2). Giusti se amansaba, y preseindía un poco de la sátira, diciendo sériamente á los que se burlan de la religion: «Reformaos, hermanos... Me da pena ver, en este hielo universal del corazon, la pluma de los caníbales evangelizar en las novelas y en los periódicos. No cambieis, hermanos, las aguas de vuestros riachuelos con las del Jordan; en ellas es preciso entrar con los pies desnudos, no pudiéndose patinar en ellas, por cuanto el agua que mana de la fuente de la verdad no se hiela nunca. La red de San Pedro... simboliza aquel amoroso acecho, aquella dulce violencia,

(1) Alejandro Verri: *Lettera a suo fratello*, 19 mayo 1792.

(2) Alejandro Manzoni á *Jose Giusti*, Milan 8 noviembre 1843.

con la que un lábio sencillo y veraz circunda y atrae las almas á sí desde el gran océano del error. ¡Teneis vosotros este lábio? ¿Sabeis vosotros echar este anzuelo?—No quisiera ir á pique áun yo en este mar (1).»

No nos pongamos á destruir la red de San Pedro; rindámonos á su anzuelo amoroso, con el cual coge las almas de los hombres. Nos sustraeremos así al naufragio social y eterno.

(1) José Giusti. *Aquelli che versegano la religione.*

CONFERENCIA XIII.

SI FALTA MÁS LA FE Ó LA RAZON.

Quien va detrás de los filósofos incrédulos, observando sus costumbres y recogiendo sus enseñanzas, conoce sin dificultad que aborrecen el catolicismo y toda la divina revelacion, porque tienen un odio supremo á la fé. Quieren razonar; precisamente á la incredulidad se dan para tener el intelecto libre y discurrir como les acomode relativamente á los objetos de las cosas. Ahora bien; admitir la fé como lo hacen los católicos y los cristianos sin excepcion, equivale para ellos á meterse en la cárcel y someter la mente á una especie de nudo corredizo. Más fácilmente supondrian en geometría la cuadratura del círculo, y en geografía la aproximacion de los antípodas, que declararían buena la conjuncion de las dos cosas estas: fé y razonamiento.

Nosotros (y en el presente año más de una vez) hemos combatido extensamente tal opinion necia; hemos demostrado con certidumbre que no excluye la fé divina el razonamiento humano, ni el razonamiento la fé. Más aún: por muchos rayos de luz que repercutieron fuera, pudimos poner de realce la precisa y amada amistad entre uno y otra. Fué comentar aquel dicho de Santo Tomás: *Credere est cogitare*. Fué repetir la sentencia del francés d'Argens: «Un verdadero Nazareno es un filósofo perfecto (1).» Sólo que, llegados finalmente aquí, cuando afirmábamos que lo dicho no era bastante, tendíamos á un discurso más resuelto é integro.

Es poco, señores, que la fé nuestra estreche alianza hermosa con la razon del hombre: lo que resulta maravilloso, y lo que resulta diver-

(1) M. D'Argens. *Lettres juives*, carta CXLII.

tido, es que los filósofos incrédulos, cuanto más procuran con ahinco no creer, y cuanto más guerra mueven á la fé para poder razonar del todo libremente, tanto más van á dar en la fé, y tanto más creen, razonando ménos. Fenelon, cuando ya pululaban los incrédulos noveles, advertía el hecho extraño y exclamaba: «Aún falta sobre la tierra más razon que religion. Pocos hombres pueden seguir su razon hasta el fin; hé aquí la fuente de tantos errores y de tantos males (1).» ¡Palabra reveladora, llena de argucia profundísima! Los incrédulos tienen misterios más enormes y tienen dogmas más robustos que los nuestros: ellos que se despepitan por razonar, son puerilmente crédulos.

Hoy empero, de un modo diverso de la última conferencia, se nos ofrece coyuntura para dar su merecido á los incrédulos. Resuelta negativamente la cuestion de si la filosofía incrédula se rie con fundamento de la fé cristiana, vemos que á nosotros corresponden las burlas y las risas. Contra la risa loca está la risa sabia. Nos reimos, pues, de los incrédulos estos que se dan por filósofos eminentes, siendo puramente niños que van creciendo: nos reimos de sus misterios enormes, de sus dogmas robustos, de sus devocioneillas sucias y de sus adoraciones nefandas. ¿No es acaso laudable, y cosa que aprueban todos los hombres de bien, reir á la faz de los que menosprecian la verdad?

En su virtud, para proceder con orden y concretar el trabajo, proponemos este nuevo problema: En los tiempos presentes, en los cuales domina la incredulidad, ¿hay más falta de fé ó de razon?

Confieso que la abundancia de la materia me oprime. Asegura Heráclito que los «hombres, cuando velan, tienen un mundo comun; pero que cuando duermen cada uno de ellos se dirige á un mundo suyo particular (2).» Ahora bien; los incrédulos son los hombres furiosamente durmientes por dormir en verdad; viajan de un modo raro en sus cien mundos particulares. ¿Cómo podré yo aferrarlos? ¿Cómo conducirlos á un método y constituir una categoría?

Tomémoslos todos en una legion, sea cual fuere su color ó su índole, bastando que sean incrédulos; en cuatro mundos distintos veámosles caminar: naturaleza, hombre, historia y civilizacion. Creen demasiado en todo y razonan poquísimo.

En la naturaleza cambian el ente con los fenómenos: son los *Judíos errantes* de la cosmología.

En el hombre confunden las propiedades personales: son los *Don Quijotes* de la ciencia humana.

(1) Fénelon. *Lettres sur la Religion*.

(2) Plutarco. *Opusc. De la supersticion*.

En la historia pervierten la espontaneidad: son los *Macbeth* de la hermenéutica social.

En la civilización asesinan los elementos de la vida: son los *Mefistófeles* de las naciones.

¡La naturaleza! Es el primer suspiro de los incrédulos; el agua lustra! de su bautismo, el espíritu de su vida y el lastre de sus glorias. Oid cómo nos apuran con la naturaleza suya. Todo lo bello, todo lo bueno y todo lo fuerte es grande y de natural derivación: de la naturaleza sacamos nuestros principios, nuestras leyes y nuestros derechos: es nuestra nodriza, nuestra profesora y nuestro rey. En su virtud, nos separamos de los creyentes en una ley sobrenatural y divina: condenamos á los cristianos, y proscribimos especialmente á los católicos: los consideramos enemigos, por ser los enemigos de la naturaleza. La comprimen y la subyugan, bajando á su cuello desde las alturas, y nosotros arrojamos á los dominadores soberbios.

No me opongo á decir que tiene una elocuencia insuperable el elogio que acabamos de oír. Empero, ¿qué cosa es, señores, la naturaleza?

Para los incrédulos es el vínculo de todas las existencias: agua, tierra, fuego, aire, luz, organismo y vidas, por las cuales se forma el universo: es el cambio de los oficios que las existencias se prestan unas á otras, como es asimismo la cosa que las fatiga: es la realidad de las leyes que las rigen y la maravilla del orden que sigue. En pocas palabras: es lo que vemos y lo que no vemos; pero que entretanto existe.

Admitimos, si os parece bien, esta definición inmensa. Decidme qué os parece á vosotros los incrédulos. Negando el orden sobrenatural y divino, ¿aparecen razonadores? ¿Dejan verdaderamente de creer?

Para mí son crédulos hasta el delirio. Creen en un complejo universal de cosas, sin admitir un poder supremo que las haya creado; creen en la realización del universo, sin admitir una primera voluntad que lo decretase. Es como quien, al ver el templo de Agripa, dijese: Este redondo edificio, que es un monumento romano, se formó por sí propio; no hubo aquí una idea que lo imaginase, ni hubo tampoco manos que lo construyesen. Es como si uno entrando en la vasta ciudad de Londres, afirmara: Estas calles, estos palacios y estas torres se levantaron para sombrear el Támesis sin maestros de obras y sin arquitectos. Más aún, señores míos. Si el universo es un templo desmesurado de luz, encendiéndose la luz sin una primera chispa que la crease; si hay una corona de estrellas, brotando de las tinieblas, ordenaron por sí mismas la diadema cósmica; si existe un contexto de leyes estupendo, las leyes pudieron existir sin el legislador; sí, como canta Pínda-

ro: «el universo es una lira, por sí la lira se construyó y suena sin que haya precisión de músico.»

¡Cuánta fé! Creer todo esto es dar prueba de un intelecto muy dócil y de una voluntad femenina. ¡Cuánta fé y cuán poco razonamiento!

Dicen que la naturaleza es nuestra madre y nuestra profesora. ¿Es posible que os forme tan pequeños y que os enseñe tan poco? Me place oponer á los incrédulos hombres por ellos conocidos. Son pocos que se apartan de los muchos, y jefes que se alejan un instante de su grey: la represion es terrible. Expresó Voltaire un concepto solemne allí donde gritó contra los ateos: «Vuestra naturaleza es una frase y una significacion vana; no existe punto de naturaleza; en el universo todo es arte, y el arte anuncia un obrero. Observad solamente un insecto; en él descubrireis un arte infinito que no es posible imitar á la industria humana (1).» De igual forma escribe Diderot: «¿Acaso la inteligencia de un ente primitivo no se me demuestra mejor en la naturaleza por sus mismas obras, que en un filósofo la facultad de pensar por sus libros (2)?» Y D'Alembert: «Las leyes generales de la naturaleza prueban mejor que un insecto la existencia de Dios; leyes simples que brotan de la misma forma, con la cual el ente supremo selló el mundo (3).» ¿A qué se reduce por lo tanto la naturaleza? Os lo declara un naturalista célebre. «La naturaleza es el sistema de las leyes por el Creador establecidas para la existencia de las cosas y la sucesion de los séres. La naturaleza no es una cosa, por cuanto esta cosa sería todo. La naturaleza no es tampoco un sér, por cuanto este sér sería Dios. Sin embargo la naturaleza se puede considerar una potencia viva, inmensa, que todo lo abraza y que todo lo anima; que subordinada á la del Ser primero, no ha empezado á obrar sino por su orden, y que aún actualmente obra sólo por su concurso y por su consentimiento. La naturaleza es un artífice incesantemente activo, que emplearlo sabe todo; que trabajando sobre el propio modelo siempre con la misma materia, lejos de agotarla, hácela inagotable; nunca se aleja de las leyes que se le han prescrito; no altera de ningun modo los designios que se le han trazado; en suma en todas sus obras lleva de continuo el sello de Dios (4).»

¡Ah! La naturaleza es del Creador; la naturaleza es un efecto divino; y los incrédulos, ne gando á Dios, cambian el ente con los fenómenos.

(1) Voltaire, *Œuvres*; edic. de Kehl, tomo XLVI, págs. 62 y 230.

(2) Diderot, *Pensées Philosophiques*, n. 20.

(3) D'Alembert, *Encyclopédie*, art. *Démonstration*.

(4) Buffon, *Histoire naturelle*, tom. I. *Première vue de la Nature*.

¿Green por lo tanto que hay efecto sin causa? ¿Qué se da obra sin artificio? Creen demasiado y razonan poco. Son niños.

«Es preciso no atizar el fuego con la espada,» dejó dicho Aristóteles. Yo fui el hombre incauto, señores, que, habiendo acometido á los incrédulos donde tienen tan válido fundamento para sus doctrinas, los hiero por añadidura con la irrisión. En su virtud resulta el reproche perjudicialísimo para mí: vuelven á la carga y me cubren con tal nube de argumentos que me debería juzgar enterrado.

De cualquier modo que vaya la cosa, yo vivo, y me quedan aún tantos alientos en las cañas del gznate, que os puedo contar una cosa sobre todo encarecimiento sabrosa y gaya.

¿No habeis oido hablar nunca del *Judio errante*?

Es una fábula; pero celebre, y con algo más es historia. Los escritores que la cuentan, presupuesto aquel nombre en general, disienten por lo que hace al nombre especial; unos llaman al Judio errante «Cátafilo,» como lo hace Mateo Paris; otros «Asuero,» como Pablo d'Eizen; probablemente tiene razon Libavio, que lo denomina «Buttadaeus;» porque, ¿cuál es el carácter constitutivo de hombre tan extravagante? Refieren unánimes que paga el Judio errante su crimen de haber bárbaramente lanzado á Jesús del Pretorio; en su virtud le dijo el Salvador: «Yo me voy; pero tú caminarás hasta mi venida.» Verdaderamente aquel miserable Judio. trota sin cesar. No viene Jesús por segunda vez; él camina, camina, yendo por el Oriente y por el Occidente. Camina, yendo por el Egipto, por la Grecia, por Roma, por Alemania, por la España, por la Francia y por la Inglaterra: camina. No tiene lugar firme: «Buttadaeus» es arrojado por Cristo, y va errante perpétuamente.

Señores; aunque corroborados por todos sus argumentos, los incrédulos que se arrojan sobre nosotros se ven constreñidos con honor poco á repetir semejante farsa. Ellos arrojan á Dios de la naturaleza, como lanzaba el judío aquel á Jesús del Pretorio; y Dios, desapareciendo de sus ojos, les grita: «Me voy; pero vosotros caminareis de continuo en la creacion hasta que yo vuelva.» Hé aquí á los Judíos errantes de la cosmología.

Seguidos por la divina revelacion y por la razon humana, que declaran á Dios autor supremo de la naturaleza, los incrédulos para defenderse dan su primer paso altísimo: oír no queriendo hablar de Dios, se acogen á la materia eterna.

¡Bravísimos! ¿Creeis en la materia eterna? Empero para que eternamente existiera necesitábase alguno que *ab eterno* la produjese. De la nada nada se hace; ¿declarais vosotros aquí dogma lo contrario y me



decís que de la nada brota el todo? Poseéis mucha más fé que yo. Hé aquí la creencia mía: Si la materia existe, aún cuando se quiera eterna, eternamente debe su productor existir. Benito Spinoza estableció esta verdad incontrastable: «Existe algo; existe por consecuencia desde toda la eternidad un ente necesario.» Es el propio principio de que servíase Samuel Clarke para poner de realce la realidad de Dios. Fuera de que, notadlo bien, no basta existir para crear el universo, siendo indispensable ordenar: ¿de dónde sacáis este ordenamiento, que encierra precisamente la creación de las cosas? ¿De la materia eterna? Afirmaba Pedro Bayle: «Los Socinianos negaron la creación: ¿qué les aprovechó hacerlo? Miserablemente cayeron en un abismo, abriendo para sí otro abismo. Fué preciso que reconociesen la existencia independientemente de la materia, y que al propio tiempo la sometieran á la autoridad de una sustancia, que por otra parte abunda en defectos é imperfecciones; esto es evidentemente absurdo, y pugna con el conocido axioma: lo que no depende de nadie por existir eternamente, debe ser infinito en todas sus perfecciones (1).» Ahora bien: ¿es perfecta la materia eterna, tosca desde su principio é inorgánica? ¿Es infinita en todas sus perfecciones?

Ved las enormidades que arrojan y que á su vez engullen los incrédulos. ¡Cuánta candidez! ¡Cuán mansos son! ¡Cómo se rinde su intelecto con facilidad! Sus dogmas son dislates contra la lógica. Realmente creen demasiado y razonan poco.

Faltándoles el apoyo de la materia eterna, escapan: los Judíos errantes de la cosmología se refugian en la reunión de los átomos, y profieren una palabra horrible: *azar*. A su juicio, aquí y allá infinitos átomos volaron por el vacío; halláronse los unos con los otros y se unieron: en su virtud salió por azar la *miriada* de los mundos.

Fué, pues, un matrimonio y una fecundidad así «por azar.» ¡Bravísimos! ¿Creeis asimismo ésta? ¡Os deleita el sueño de Demócrito? ¡Oh soñadores! En tal hipótesis decidme cómo y dónde los átomos infinitos, transformados en polvo y errantes, pudieron existir y agitarse por el vacío. ¿Quién los puso en él? ¿Quién los creó? Es una incógnita: es vuestra fé completamente ciega y horrible. Es necesario suponerlos ingenuamente sin ver cómo nacen. Además, admitidos los átomos, ¿os arrojaís en brazos del *azar* á fin de haceros creadores del universo? ¿Es que los átomos, desde que el mundo es mundo, han producido alguna vez por sí propios en el estudio de un artista «por azar» una Venus ó un Hércules? ¿Han producido en la mente del poeta un cármén ó una poesía lí-

(1) Bayle. *Dictionnaire hist. et crit.*, art. *Epicure*.

rica? ¿Han producido en el salon legislativo un solo artículo de estatuto? ¿Se oyó nunca decir que los átomos, aglomerados juntos, hayan por azar formado un cuerpo semejante al cuerpo humano? ¡Crédulos! Todo es medio y fin en mi cuerpo; es todo elasticidad, garruchas, fuerza movable, máquina hidráulica, equilibrio de líquidos y laboratorio de química. El, pues, obtuvo semejante orden por una inteligencia, y tal inteligencia, verdaderamente suma, excluye con desden el *azar*. Desde Ciceron hasta Voltaire se han reido á carcajadas de la casualidad, palabra vacía de sentido, que debe por ventura su origen á la ignorancia profunda, en que gemía el mundo, cuando dió nombre vago á un efecto, cuya causa era para él ignota (1).

¿Forma por lo tanto el dogma de los incrédulos lo que promueve la risa de los escritores, siendo ironía y necedad? ¿Es su creencia y su razonamiento? ¡Hombres de buena pasta!

La reunion de los átomos no puede subsistir, pues; el «azar» se desvanece, y los incrédulos escapan. Judíos errantes de la cosmología, se marchan á otro sitio.

Han encontrado el dogma inquebrantable y el razonamiento invictos es el movimiento. Hé aquí y por qué se realizó el universo; el movimiento es la manifestacion de las grandes fuerzas de la naturaleza: el movimiento agitó la materia, de nuevo avivándola; unió el movimiento á los átomos sacando la vida.

Excelentemente, amigos: ¿creeis tambien esto? ¿Creeis en el movimiento sin reconocer un primer motor? Vais delante de mí por lo que hace á la fé superabundante: cuanto más creeis, tanto más sois para mí filósofos tan desmesurados, que me cuesta mucho hallar otros iguales. ¡Me hablais del movimiento! Empero es preciso que sepa de dónde emana el movimiento: es la materia inerte por sí; tiene sin duda el carácter de pasiva, y no lo produce si en ella no es producido primitivamente. Fuera de que, el movimiento da el empuje y mueve; mas en el universo, además del movimiento existe la simetría, el conceso, la luz de una inmensa sabiduría: ¿cuál es el autor de tales cosas? ¿Por qué os empeñais en tenerme sin cesar á oscuras? ¡Ah! Yo, cristiano y católico, declaro á Dios hacedor, dándome así cuenta de todas las cosas creadas, y explicándome con ellas el movimiento. Escribe Buffon: «La fuerza de impulsión fué comunicada indudablemente á los astros en general por la mano de Dios, cuando dió movimiento al universo (2);» y Laplace, áun cuando no estampa nunca el nombre de Dios en sus

(1) Voltaire. Carta á *Mañama de St-Julien*, 1766.

(2) Buffon, *Histoire naturelle*, tom. X, edic. de De Lacépède.

libros, asevera con términos equivalentes: «¡Debemos considerar seguro que una Causa primitiva dirigió los movimientos de los planetas (1).»

¡Desgraciados! Os fatigais por razonar, y vuestros razonamientos no se sostienen: vuestros razonamientos caen destruidos, porque creéis demasiado. Sois locamente crédulos.

Se desvaneció el recurso del movimiento, y los Judíos errantes de la cosmología precipitadamente huyen. ¿A dónde van?

Dejadlos huir. Van á sacar el mundo niño del seno del agua, la cual es una madre poderosa. Si les preguntais quién produjo el agua esta, no contestan; tienen la fé de los bobos. Dejadlos ir. Más que del agua van á sacar el mundo primitivo del fuego, á su vez un engendrador eficazísimo; mas si les preguntais quién encendió aquel fuego, continúan mudos, demostrando una creencia ciega. Dejadles marchar. Hacen nacer el mundo por generacion espontánea, lo cual es hacer surgir sin germen el arbusto y la rosa, ó sin ovario el pollito y el pájaro: creencia estúpida y necia.

Puesto que nuestro discurso se refiere á la creacion de las cosas, preguntaré yo á los incrédulos: ¿De qué hombres nacieron los que poblaron primeramente la tierra?

Nueva fé de simples, señores, nueva falta de raciocinio, y nuevas fugas.

Representad la Francia en vuestra mente á mitad del siglo XVIII. Es la época de los filósofos: las ciencias, á excepcion de la historia, son allí todas difundidas con gran lujo; allí son tratadas las matemáticas, la geometría, el álgebra, la astronomía, la física, la lógica, la metafísica, la ética y otras semejantes. Sólo que los filósofos franceses aman poco el cristianismo, y poco la divina revelacion, detestando sobre todo á la Iglesia: son «espíritus fuertes» y proceden segun razon, aun por obsequio de fé. ¿Escasea, pues, en ellos la fé? ¿Lo creeríais vosotros? ¿No hay en ellos sino puro y riguroso razonamiento? Está bien: ¿qué piensan los grandes filósofos relativamente á los primeros habitantes del mundo?

En medio de aquel grandioso ejército filosófico llegó César Beccaria, célebre italiano, recibiendo los apretones de manos de los unos, los queridos abrazos de los otros, la confianza y admiracion de todos: Beccaria trataba como hermanos á Morellet, D'Alembert y Diderot; cenaba en la mesa del baron de Holbach; frecuentaba los salones de las literatas parisienses; recogía de todas partes los nuevos progresos de

(1) Laplace, *Exposition du systeme du monde*.

la ciencia, siendo por todos elevado á los cielos. Ahora bien: con frecuencia escribía él á la marquesa carísima, su mujer, en Milan, y le dió entre otras esta noticia con estilo festivo: «Aquí se vuelve á renovar y se confirma nuevamente la noticia de los Patagones, gigantes de nueve ó diez piés. Aquí está el capitán de una nave, que ha traído vestidos y armas de aquellos primogénitos de nuestra especie. M. D'Alembert no lo pone siquiera en duda (1).»

Me place lo de «no lo pone siquiera en duda el señor D'Alembert» y de sus magníficos compañeros: esto demuestra su firmísima fé. Nuestro Beccaria, que poco conocía en verdad aquella gente, y se tragaba con gusto las novedades filosóficas, indica que lo cree de algun modo igualmente. Empero, ¿qué cosa creían en sustancia los filósofos franceses? Creían, contrariamente á la Biblia, que había venido el hombre al mundo en un estado salvaje: no querían de ningun modo admitir á Dios creador del inocente Adán, y autor del primitivo jardín de las delicias. ¡Todo lo contrario! En los principios de los tiempos admitían selvas, osos, leones, y gigantes de nueve ó diez piés: á los Patagones con sus desmesuradas ferocidades.

¡Qué fé tan gorda, señores míos, y qué razonamiento tan enfermizo!

¿No lo recordais? Los filósofos, que maltratan los Libros santos y que se burlan de Dios, no han cambiado de costumbre: firmes de continuo en no creer lo que sabemos por divina revelacion, creen en las necesidades de su cerebro; primeramente querían que gigantes de nueve á diez piés fueran los primogénitos de nuestra especie: ahora, por el contrario, quieren que los primogénitos de nuestra especie sean pigmeos, es decir, criaturillas de un palmo de altura ó poco más. Vogts Büchner, Lombroso, Morlot os atestiguan que nuestros primeros padre, eran necesariamente «hombrecillos.»

¡Cuánta fé, señores míos, en quien no descubre á Dios en la naturaleza y en el universo! Unas veces se las ha con los gigantes, creyendo en su existencia con fé inconcusa: otras veces se las ha con los pigmeos, y les presta asentimiento supino. ¿No es locura esto? Huyan de la creacion los filósofos del siglo XVIII, y huyan tras ellos los filósofos incrédulos del siglo XIX. ¡Arrójalos Dios!

Aun otra cosa preguntemos á los incrédulos. ¿Tuvieron ó no religion los primeros que habitaron el mundo? Nosotros, hijos de aquellos primogénitos, ¿debemos por nuestra parte ó no profesar alguna religion? Dios, creando al hombre, le impone incontinenti el deber de una religion sobrenatural y divina: hé aquí la creencia de nosotros

(1) Véase á Casar Cautú: *Saggio sul Beccaria e sul diritto penale.*

los cristianos. ¡Qué decís, señores filósofos, acerca del particular?

Vuelvo á César Beccaria. Estando en aquella ruidosa sociedad filosófica, compañero «de los hombres más grandes de la tierra,» como los llama, aprende que tenemos nosotros necesidad solamente de una religion natural: la fé sobrenatural y divina es cosa fuera de lugar é impostura. Por tales gritos tiene asordadas las orejas; en su virtud, oíd lo que asimismo escribe á su esposa queridísima en Milan: «Se asegura tambien que hay en Arabia un filósofo árabe, que predica públicamente la religion puramente natural, y que tiene un gran partido en su favor (1).»

¡Ah! Los filósofos del Sena, para burlarse de la fé del cristianismo y de la Iglesia, van á pescar áun al pais de Arabia un filósofo árabe, que predica la religion puramente natural, reforzándose con habladuría tan necia: ¡arrodíllanse al Dios de la pura naturaleza, creyendo en él! Con tal que proscriba el Dios de la naturaleza al Dios del Evangelio y de los católicos, están contentísimos.

¡Cuánta fé, señores, y cuánto raciocinio infantil!

¿Quereis conocer en efecto hasta qué punto tienen una fé fácil? Interrogad á los presentes incrédulos, y acudid á nuestros adoradores de la materia: Maury, Bertelot, Taine, Tuttle, Czolbe, Moleschott, Stirner, Strauss y otros muchos: quieren la naturaleza; pero en la naturaleza no quieren á Dios, á quien se glorían de mandar más allá de las fronteras del universo. Así los incrédulos creen furiosamente de todas maneras: creen en el Dios de la naturaleza, y creen asimismo en la naturaleza que no tiene Dios.

¡Dios mio, Dios mio! ¡Cuán simples y cuán frenéticos! Con tal que vos, Dios real y vivo, no os asomeis con religiosas y conmovedoras imágenes para molestar sus pensamientos, se persuaden de que respiran. Ni os toleran en la naturaleza, por no teneros en el alma. ¡Cuánto más feliz soy yo, hijo vuestro, á quien formásteis con el Evangelio! Os hallo en la naturaleza, os hallo en la divina revelacion y os hallo en la Iglesia, mientras os sientoy os llevo en el corazon. ¡Dios mio, Dios mio! ¿Qué hareis de tales hombres necios?

¡Castigo terrible! Exclamaba Jesus, dirigiéndose al Judío que le lanzaba del Pretorio: «Yo me voy; mas tú caminarás hasta mi venida.» Igualmente Dios protesta contra los incrédulos que de la creacion lo echan, y dice gritando: «Me retiro de vosotros, y no me dejaré ver en la creacion; mas vosotros caminareis de error en error hasta que yo vuelva.»

(1) César Cantú. Lugar citado.

Los infelices hombres recurrieron á la naturaleza, y colocaron en la creacion su trono, juzgando que debería servir para ellos de palacio real, cuando por el contrario están condenados al destierro. ¡Cuánto sería mejor que, desde allí perpétuamente desterrados, imitaran la franqueza del viejo Aristipo, el cual, más avisado que lo fuera Epicuro, reconocia que á ser venia inútil para su propio sistema el estudio de la naturaleza, y la despreciaba (1)! Resuélvanse á igual abandono y á igual desprecio: es demasiado doloroso encontrar un mentís allí donde se aguardan las pruebas.

El primer aspecto en que nos pusimos á desarrollar el problema resulta favorable á nosotros: existe hoy más falta de razon que de fé. Relativamente á la naturaleza, los incrédulos, por superabundancia de credulidad, cambian el ente con los fenómenos: son los Judíos errantes de la cosmología.

¡El hombre! Del seno desmesurado de la naturaleza, de donde para los incrédulos brotan, como de única fuente, los principios y las leyes, los derechos y las obligaciones, brota el hombre igualmente. Más aún; ¿de qué modo podrían realizarse sobre la tierra espléndidamente aquellas cosas soberanas, si no se adunaran en un gran centro moral y vivo, como es el hombre? ¿Debo yo con todo mostraros á qué viene á parar el hombre en la teoría de la incredulidad?

Subsistió famoso el anillo del rey Pirro, en cuya piedra (un pedacito de ágata) se veía expresado y pintado Apolo con su cítara en la mano en medio de las nueve musas. Aquel Apolo con la cítara, y las musas, que lo rodeaban estaban esculpidas en el anillo, no por magisterio de arte, sino de su nativa virtud, por obra sencillísima de naturaleza: historieta graciosa, que andaba por la Macedonia y la Grecia, despepitándose la gente para oirla (2).»

El hombre de los incrédulos, hijo también inmediato y sencillísimo de la naturaleza, es un anillo admirando, compuesto de luz y de tinieblas, de agua y fuego, de cielo y de tierra; anillo en suma del universo, mas preparado de tal manera que, así como en el universo se ven entre sí distintos todos los séres, las estrellas, los montes, las flores, las aguas y las llamas, en él aparecen distintas las operaciones internas y las externas; distintos los pensamientos y los afectos; distintos igualmente los ojos, la boca, los piés y las manos. No hay magisterio

(1) Sexto Empírico. *Adversus mathematicos*, lib. VII.

(2) Plinio, I, 37, cap. I.

de arte divino en él. Solamente la naturaleza es pintora, ingeniero, obrera y artífice.

Vosotros principiáis á no creer: con aquella risita en los lábios, con que me oísteis hablar de la materia eterna, del movimiento sin motor, ó de la casualidad fabricadora del mundo, y de nuestros primeros abuelos enanos ó colosos, os colocais ahora delante del hombre éste que nos decantan, como formado por sí mismo, sin operacion de Dios. Empero yo, señores, os grito: ¿No quereis creer? Sois más escasos de fé que los incrédulos, los cuales sobre su cabeza os juran que los hechos pasaron segun digo.

Aquí para daros prueba de su mucha fé y del poco valor de su razonar, tomemos al hombre como nos lo representan, marcado por la naturaleza y distinto: Está en el hombre el alma y el cuerpo: ¿qué hacen de las dos grandes y esenciales propiedades estas? Las confunden.

No basta, en efecto, que nos sea dado el hombre distinto en sus partes constitutivas: distinto en las ideas y en los pensamientos, como tiene boca, ojos y piés separados: lo que sobresale sobre todo es ver que haya espíritu y materia en el hombre, los cuales tienen correspondencia entre sí. Pues bien; facilísimamente los incrédulos caen en la confusion. Boucher de Perthes, el afortunado descubridor del cráneo humano fósil de Abbeville, en un libro suyo reciente donde discurre sobre la formacion de los séres, tiene la enseñanz a más superlativa que nunca se oyó relativamente al espíritu y á la materia. El universo para él, y el hombre particularmente, «se compone de la materia y del espíritu, sin los cuales nada existe, ni existir puede: no produce la materia el espíritu nada más que produzca el espíritu la materia; pero ella por el espíritu es modificada y recibe de él la forma por un tiempo dado; despues torna siempre á su naturaleza. La forma es el medio del alma para comunicar con la materia, como es el instrumento de ésta para obrar sobre aquélla (1).»

Prescindamos de la extraña metempsícosis que idolatra el «paleontólogo» francés: hé aquí promulgada la universalidad de los espíritus; hé aquí el enlace pasajero, sí, pero que de continuo se puede renovar, del espíritu con la materia. La cual como ahora tiene forma y ahora no, teniéndola cuando se une al espíritu, y perdiéndola cuando del espíritu se aleja, es preciso admitir que donde quiera vemos en el mundo un cuerpo, áun cuando sea un tronco ó una piedra, sabemos que allí existe tambien un espíritu: he aquí por qué hay dos sustancias en cada molécula: existe la sustancia de la materia, y la de la forma, ó el espí-

(1) Boucher de Perthes, *Rien ne naít, rien ne meurt; la forme seule est périssable.*

ritu, lo cual «es cosa peor (escribe un filósofo) que profesar un absurdo (1).» El hombre en sus propiedades personales es confuso de un modo inexorable.

Ni se piense que tal es la opinion de un hombre solo, cuando por el contrario Boucher tiene fama de jefe y de fundador de secta, hallándose en su teoría empírica avalorado y protegido por los más altos filósofos racionalistas. ¿Y quién ignora la doctrina ideal de Jorge Hegel? ¿No recordais su célebre identificacion de los contradictorios? Escriber: «La materia es cosa distinta del espíritu; el espíritu es cosa distinta de la materia...» Está bien; cuantos tienen un poco de seso en la cabeza apresúranse á inferir: luego el espíritu y la materia son cosa diversa. Empero no: Hegel, presumiendo definir la identidad del alma y del cuerpo, dice: «La materia es cosa distinta del espíritu; el espíritu es cosa distinta de la materia; luego siendo ambos otra cosa, son la misma cosa (2).» El jefe de la filosofía trascendente de Alemania ha precedido al jefe de la filosofía empírica de la Francia: el enlace del espíritu y de la materia es predicado por las escuelas y entre el pueblo.

¿Green buenamente los incrédulos en este hombre, que identifica los contradictorios, dándonos el enlace de su alma con su carne? Tiene más fe que yo. Denomina el Petrarca la propia alma con el nombre de «consorte» suya. En la canción de la «Nobleza,» había cantado ya Dante que el alma «se desposa» con el cuerpo. ¿Arrebatan los incrédulos á su misma esposa el ser peculiar? No poetas, sino prosistas macizos funden juntos marido y mujer, ó sea cuerpo y alma: ¿piensan con esto exaltarse á sí propios? Tienen más fe que yo; más fe que el Petrarca y Alighieri. ¿De qué sirve que me muestren en la figura humana la nariz distinta de la boca, la boca y la nariz distintas de los ojos, y así sucesivamente, si cuando se trata de los dos primeros elementos constitutivos del hombre, el espíritu y la materia, mezclan el uno con el otro, compenetrándolos? Su hombre es también efecto de la naturaleza, y en él no interviene Dios. Está bien que no entre Dios en tal embrollo; pero si la naturaleza, quitado Dios, hace precisamente como ellos afirman, es la cosa más pésima: supone una fe muy basta y un razonamiento muy estólido.

La confusion de las propiedades resalta más y se hace más estupenda cuando sale del campo general y se sirve de punto de apoyo para ir á los detalles particulares. Entonces cuando examínase la confusion

(1) Enrique dal Pozzo, «La dinamica molecolare secondo Fusinieri y Reinchenbach.» Prolegómenos.

(2) J. Hegel. *Lógica subjetiva.*

parte por parte, ¿se podría contener, ignoro si decir la cólera ó la risa?

Aun Don Quijote, en el plan general de la obra, es sabroso y atractivo, por cuanto en su imaginacion muestra confundidos los tiempos pomposos y originales de la Caballería. Empero si observais á Don Quijote en sus actos parciales y en sus empresas de caballero fanático y altivo, cuando cambia una cosa por otra, trasforma un plato en yelmo, un aldeano en suntuoso paje, una campesina que no conoce ni vió nunca en su predilecta ó en el ídolo de su amor, como cambia los molinos de viento en gigantes con los cuales lucha, los presidiarios en héroes, ó en victimas de la libertad, por lo cual espolea su caballo á fin de librarlos de la condena, excitado quien lee por el equívoco perenne, conducido en medio de la sapientísima parodia, de tal manera siente inundada la vena del ridículo, que rebosa el alma. ¿Por qué razon nombré yo la ira? Es preciso reír: la confusion de las ideas y de los objetos, á cuyo espectáculo asisti, no quiere iracundos, sino personas de humor alegre y loco.

Los incrédulos, considerados separadamente por lo que hace al hombre, tienen iguales cambios y confusiones de cosas, é iguales proezas de caballeros. Reputémosles materialistas, como lo son necesariamente la mayoría de los incrédulos: entretiénense unos de modo especial en el cuerpo y le prestan las propiedades del alma; otros se fijan en esta señaladamente, y le atribuyen las propiedades del cuerpo. Renuevan el equívoco y es incesante: se sustraen á la realidad, y en su virtud fabrican la ironía, creyendo entretanto en sus empresas propias, como el héroe de Cervantes creia en las suyas. Son los Don Quijotes de la ciencia humana.

Ateneos aquí, señores, á los fervorosos incrédulos que hacen el cuerpo del hombre tema de peregrinos estudios. Aun cuando el cuerpo sea un «organismo» nobilísimo y perfecto, no sospechábais ni remotamente que le corresponda el pensamiento: siendo materia y contexto de órganos, no quereis sacar de aquí la producción del pensamiento, donde puede sólo existir por reverberacion funcion y ejercicio, pero no creacion de actos libres é inteligentes. Dais el pensamiento al alma. ¡Engañados! Los incrédulos, que son la flor del materialismo, hacen derivar el alma humana del cuerpo, y dicen que el pensamiento es un movimiento de la materia.

¿Crean en tal génesis del pensamiento? ¿Crean que brota el pensamiento del cuerpo que se mueve, como del agua hirviente brota el vapor? Tienen más fe que yo. Decia Hobbes, que fué tan *sensista*: «El movimiento no puede producir en los cuerpos sino otro movimiento, y es

éste su natural efecto (1).» ¿Mas de qué temple y valor será semejante movimiento? Será conforme con su origen: así como el vapor que brota del agua hirviente es una física fuerza, física fuerza debe ser el movimiento, que se produce en el cuerpo por razón del cuerpo solo y no de otra guisa. Ahora bien; ¿convertireis el pensamiento en cosa física y material? ¿Creeis en este deshonor de nuestra especie? ¿Tan poco sentís en vuestro razonamiento el orgullo humano? Por consiguiente, nosotros sin excepcion somos materia; la ideología se resuelve en mecánica: tanto el que anuncia un teorema, como el que arrastra un carro, toca la cima de la grandeza, por obedecer la única é idéntica fuerza material que nos rige. ¿Estais contentos?

Nuestro cerebro está impregnado de átomos: éstos dan vueltas, se adelgazan, se volatilizan, hacen algo abstracto, que surge de la baja region de la materia, por lo cual el alma es producida.

Recientes sábios, despues de atentas observaciones, han descubierto que el grillo en tanto estrepitosamente grita, en cuanto mueve y bate sus antenas aladas, lo cual sucede tambien cuando el ala derecha choca con la izquierda, saliendo de aquel choque un sonido armónico y agudísimo que se difunde por el aire: en su virtud, más que por la boca, en la cual el cuchillo anatómico no ve órganos adecuados[para el sonido ó los gritos, canta haciendo mover sus alas. Esto se diga del grillo macho, y no de la hembra, cuyas alas son flojas y se caen. Hé aquí que el cerebro humano (¡macho potentísimo!) no en virtud del alma que contiene y que no nació de él, sino con sus átomos móviles y potentísimos, reproduce mejor el especioso fenómeno: los átomos batan, por decirlo así, las alas, chocando las derechas con las izquierdas, entonando el cántico de la inteligencia y del amor. ¡Oh incrédulos de almas simplísimas como palomas! Os admiro por vuestra fe.

Mas en el cerebro hay fósforo: el enlace y el otro movimiento de los átomos luminosos. Ahora bien: el fósforo es luz que de nadie se recibe, naciendo por sí: esta luz produce ó engendra el pensamiento.

Entonces la luciérgana, fosfórica tambien por virtud propia y que ilumina la oscuridad de nuestras noches del estío, es decididamente la reina de los séres pensantes. ¡Ved cómo luce y cómo brilla! ¡Qué oscilante llama bella! ¡Qué ráfagas de pensamiento y qué inteligencia! La luciérnaga es más que Newton, más que Galileo, y más que Cusano!... ¡Oh fe! ¡Oh fe! Y dicen que proserita estás del mundo ahora. ¡No es una mentira? Resides palpable en la cabeza de mis caros incrédulos.

Así es: Civinini, periodista, escritor y uno de nuestros oradores po-

(1) Hobbes. *Leviatan*, cap. I.

líticos ya en el Parlamento nacional, se obstina en el fósforo. Un día escribió: «Séanos lícito seguir el fósforo que alimenta nuestro pensamiento desde sus orígenes en el seno de la tierra, hasta la cerilla con la cual encendemos el cigarro, y que tal vez contiene una parte del cerebro de César y de Carlomagno (1).» Por consecuencia el fósforo, no sólo engendra el pensamiento, sino que de continuo lo alimenta: nuestro pensamiento que está en el fósforo primero se desliza en el seno de la tierra, gira entre las cavernas y las piedras; habiendo entrado después en el cerebro, permaneciendo allí para dar vida á los periodistas, á los escritores, á los oradores políticos y á quien no sé, sale por fin y se mete en la cerilla, de la que sale elegante y oloroso humo en la boca de los fumadores. ¿Creeis todo esto? ¡El fósforo «que contiene quizá los granillos del cerebro de César y de Carlomagno,» conteniendo más frecuentemente los granillos del cerebro de los rústicos, de los díscolos y de los necios; los pedacitos del cráneo de los Nembrot, de los Midas, de los Sardanápalos, de los Tersites, y de los Clodios, que abundan sobre los héroes!... ¿Por qué no creer asimismo en esto? ¡Oh! ¿No veis el cerebro de Civinini precisamente en el fósforo que estalla y humea? ¡Fe! ¡Fe! ¡Y me dicen que proscrita estás del mundo ahora! ¿No es una mentira? Tú resides palpable en la cabeza de mis caros incrédulos.

Por lo demás, suponed el movimiento de los átomos tan veloz como queráis: refinad el fósforo cuanto os plazca; resulta constantemente lo mismo. Del agua que hierve sólo sale agua ondeante y soluble: así con los átomos en movimiento y fosfóricos, los cuales constituyen una cosa material, solamente podreis enriquecer el cerebro con efectos materiales. Mi pensamiento es mucho más gallardo que vuestro movimiento; es mucho más lúcido y sublime que vuestro fósforo: es una potencia, una luz que llueve en mí de muy diversa y más alta region que la materia. ¡Muy diferente de las cavernas y de las rocas de la tierra! Sale de Dios. Yo digo con Juan Locke, aún cuando *sensista* igualmente. «El movimiento no podrá nunca producir el pensamiento: Es imposible que saque la materia de su seno el sentimiento, la percepción, el conocimiento, aunque se divida en mil pequeñísimas partes. Tanto está sobre las fuerzas del movimiento y de la materia producir la inteligencia, como está sobre la nada producir la materia (2).»

No hay remedio. Los hombres de buen sentido pueden deducir prácticamente la verdad, y los filósofos pueden argumentar por razones: empuñanse mucho en no mudar de opinion... y creen que la materia

(1) Véase el diario «Il Diritto.» núm. 341, 13 diciembre 1864.

(2) J. Locke: *Essai sur l'entendement humain*, lib. IV, cap. 10.

piensa. ¿No se os renuevan bajo vuestra mirada las fantasías confusas y los equívocos de Don Quijote? ¿No os hacen reír? El cuerpo, en lugar de someterse al espíritu, lo domina y toma su puesto, engendrándolo: las moléculas y los sentidos son la fuente de las ideas; las sensaciones se transforman en pensamientos, dando el alma inteligente y operativa: el plato se transforma en el yelmo, el aldeano viene á ser el paje, y aquella villana aún desconocida y no educada, la Dulcinea del Toboso; digo que la materia se transforma en el ídolo del corazón y en la diosa que roba la adoración de los humildes amantes. ¡Incrédulos! ¡Incrédulos! Parodias ambulantes y vivas de los antiguos caballeros del Occidente: sois dignísimos de novela. ¡Lástima que no tenga infundido el estro del escritor español! Empero yo no os canto, sino que os juzgo. Creeis demasiado, y á la verdad razonais demasiado poco.

Dirijámonos á otra clase de incrédulos, los cuales más que ascender al alma desde el cuerpo, de éste bajan á ella. Los considero de continuo pertenecientes á la escuela materialista. Estos de modo grosero proceden y son como un apéndice de los primeros. No se curan de mostrarnos cómo y dónde se forma el alma; no se ponen como aquéllos á querer probar que el pensamiento es una sensación transformada. ¡Estas son indagaciones excesivamente metafísicas y penosos trabajos! Los suponen y van á lo positivo. Ahora bien; ellos en sus estudios, descendiendo del alma al cuerpo, descubren que el alma del mismo proviene y encarnada en él, al refluir como lo hace sobre el «organismo» corpóreo, queda sometida á las leyes de éste, participando sustancialmente de sus mismas condiciones. En la propia fé son lógicos: si todo en el hombre es materia, todo igualmente con impulso material ha de ser disciplinado.

Volvemos con nueva confirmación á la abundancia de la fé que tienen los incrédulos; mas es una desgracia que por creer demasiado no se salvan de razonar demasiado poco. Refiramos someramente dos dislates suyos capitalísimos:

El primero se reduce á lo siguiente: si el alma participa sustancialmente de las condiciones del cuerpo, lo que al uno sustenta debe igualmente sustentar á la otra: por consecuencia la comida material que al cuerpo alimenta, debe asimismo alimentar al alma directamente. Es consecuencia que brota rectamente del principio sentado: pero que resulta grosera, tosca, y aún un poco indecente. ¿Creeis acaso que los incrédulos se avergüenzan de ella? De ningún modo: tienen el valor de su fe, siendo hermoso escuchar á Santiago Moleschot donde afirma que «observaciones numerosas y experimentos innumerables acreditan que el hombre debe en parte el rango privilegiado que ocupa relativamente

á las bestias, á la facultad que tiene de alimentarse unas veces con solos vegetales y otras sólo con carne (1).»

¿En qué consiste, señores, el puesto privilegiado que ocupa el hombre relativamente á los brutos? Consiste, como es claro, en la razon: por lo tanto, conservar y acrecer la razon depende de la facultad que todos tenemos de alimentarnos unas veces con solos vegetales y otras solo con carne: por consecuencia el vegetal, en quien nunca pensásteis, llévanos la razon, ó bien aumentala ó la disminuye, segun se usa: lo mismo la carne, por nosotros engullida, de buey, de cordero ó de pollo, se identifica con la razon: nos da las ideas, los pensamientos, los afectos y las magníficas concepciones del espíritu: nos da ó nos quita la luz, la grandeza moral, la dicha, la fama y la gloria.

¡Cuán ignorantes fuisteis no entendiendo estas verdades prácticas! ¡Nunca pensásteis, que mientras comeis los vegetales ó probais aves de pluma, meteis acaso en el alma las *Historias* de Tucídides, el *Cancionero* del Petrarca, la *Jerusalen* del Tasso, ó las *Categorías* de Kant? ¿No habeis pensado que mientras os sentais á la humilde mesa de los Pitagóricos, ó tragais volátiles y cuadrúpedos con la ostentacion de los Lúculos, porque podeis elegir los alimentos, encarnais por ventura el poder extraordinario del alma, por el cual resplandecieron los legisladores de las naciones, los Ciro, los Justinianos y los Napoleones? ¡Reis!

¡La comida del cuerpo que libremente se escoge, ensalza la razon y hácela grande!

Empero, ¿acaso realmente nos subliman así sobre todos los séres de la tierra? ¿No es, por el contrario, equipararnos á las bestias? Porque ¿quién es tan indocto que ignora es comun á muchos animales la facultad de alimentarse cual el hombre, unas veces con solos vegetales y otras sólo con carne? El perro y el gato, compañeros del hombre, ¿no viven frecuentemente con los alimentos por él elegidos? ¿Hay algun estudiante de fisiología, el cual no aprenda que la fibrina, el gluten, la albumina, la «caseina,» la grasa y otros semejantes se unen á los vegetales y á los animales, tanto para el hombre, como para las bestias que comen de todo lo mismo que él? Las monas viven con huevos y fruta: una vez domesticadas por el hombre, se nutren con toda clase de alimentos. ¿Dónde, pues, con la decantada facultad de escoger los alimentos, está el puesto privilegiado del hombre? ¡Ah! El alma humana queda reducida á la condicion del cuerpo: cuerpo y alma, es decir, todo el hombre se reduce á la condicion de los brutos.

(1) S. Moleschott. *Circolazione della vita*, v. 2.

¿Green los incrédulos en el hombre bruto? ¡Qué dogma tan pesado y fuerte! Aplasta la inteligencia, y aplasta el corazón, anulando la vida de la humanidad. ¡Fe más robusta que las rocas! Es la que tienen los incrédulos: creen demasiado y razonan poco.

El dislate segundo es que, participando el alma sustancialmente de las condiciones del cuerpo, se disuelve acompañándose con aquél. Sigue la destrucción del alma humana. A la verdad, aunque la materia, disolviéndose, no se pierda, ni se aniquile, se distribuye y se divide, aglomerándose aquí y allá á otra materia. Ahora bien; desaparece el sentimiento de la individualidad y la entidad personal; si el alma, como lo reconocen todos, es la sede de tal sentimiento de nuestra personalidad, ella, al disolverse como materia, concluye y hace disipar al hombre. Sus partes pequeñísimas correrán á fortificar un árbol, á meterse en los lomos de un caballo, á florecer en las melenas de un león, ó en los cabellos de una mujer; mas en aquella pérdida de partículas no existirá seguramente Jenofonte ya, ni Pericles, ni Alejandro, ni Anibal, ni Germánico, ni Constantino: en breves palabras: dejará de existir allí el hombre neto y determinado, que antes vivía con sus miembros peculiares.

Cae, destruida el alma, el principio de la inmortalidad.

¿Green los incrédulos en estos horrores, y en tales desolaciones? No quiero defender nuevamente el dogma de la inmortalidad humana: es un trabajo hecho ya, ó mejor realizado nuevamente y concluido. Exclamamos aquí solamente. ¿Piensan los incrédulos que muere el alma? Empero, además del íntimo grito de la naturaleza, ¿no escuchan cómo se levanta en los siglos la voz de los sabios y aún de los incrédulos que los desmienten?

Pitágoras y Empédocles, con toda la Escuela Itálica, confiesan que las almas nuestras, después de la separación del cuerpo, deben sobrevivir al cuerpo y ser inmortales (1). Sócrates, muriendo, muéstrase alegre, y á sus amigos anima, porque piensa no ser deshecho, sino cambiar de sitio. Platon está íntimamente convencido de que el alma, desprendiéndose de los sentidos, se hará participante de una situación simple y única, recibiendo en herencia la felicidad, la sabiduría y la gracia (2). Ciceron, perseguido de cerca por los soldados de Antonio, hace parar la litera que ocupa; y con el hierro del sicario en la garganta, recomienda moribundo su alma á la misericordia del sumo Ser. Escribe Séneca: «¿Y por qué deberá perecer el alma nuestra? Nosotros

(1) Véase á Sexto Empírico, lib. IX. *Adv. Phystc.*—Diógenes. *Vitae philos.*, lib. VIII

(2) Platon. *Epinom.*

estamos comprendidos en el Uno. y este Uno es Dios. Nosotros somos sus asociados y somos sus miembros (1).» Leibnitz prueba que si por la razon natural se demuestra la inmortalidad del alma, el más fuerte y el más fácil argumento del hecho éste se saca del conocimiento que tenemos de un Dios sapientísimo, potentísimo, y justísimo moderador del universo (2). Rousseau escribió estas palabras: «Amigo, yo creo en Dios, y Dios no sería justo, si mi alma no fuese inmortal (3).» «No, no querido Moulton: Jesús, no conocido por este siglo, indigno de conocerlo; Jesús que quiso morir á fin de hacer un pueblo ilustre y virtuoso, el Gran Jesús no murió enteramente sobre la cruz; yo, que soy un hombrecillo malo, lleno de debilidades, siento en lo íntimo del corazón la disolucion próxima de mi cuerpo, como también la certidumbre de sobrevivir después de la muerte (4).» Bernardino de Saint Pierre, en su enfermedad última, teniendo á la orilla del lecho á su esposa y á sus amados hijos, con la frente serena, les dice con dulzura inefable: «¿A qué fin llorar? Consolaos; lo que os ama, vivirá en mí siempre. Nuestra separacion es sólo pasajera: ¡no la hagais tan dolorosa! Yo siento que abandono la tierra; pero no la vida.»

¡Fatiga perdida! ¡Voces dispersas en el desierto! Los incrédulos no se arrepienten. ¿Creen por tanto que todo el hombre muere? ¿Quieren unidamente al cuerpo echar el alma en la fosa? ¿Que se contenten! Una horrible falsificacion de ideas los hace necios, y el fanático héroe de Cervantes revive por todos sus lados en ellos. Temen la grandeza y la inmortalidad del alma, segun es predicada por el cristianismo: parecen que los creyentes somos sus enemigos: se ponen furiosos y dicen gritando que se tomen las armas: combaten; pero combaten molinos de viento, y no regios gigantes salidos á la palestra. A fin de sustraer el hombre á las manos de Dios y á la educacion de los sacerdotes, lo componen á su gusto; así como prestan al cuerpo las dotes del alma, prestan á ésta las de aquél; ¿y en qué consiste el gran resultado que obtienen? No sacan de la prision á las víctimas de la libertad, sino á presidiarios; libran del freno saludable de la conciencia las pasiones vituperables; libran el orgullo, la ambicion, la audacia innata en el hombre protervo y siempre desmesurada en él, que intenta rebelarse contra el cielo y no obedecer; libran del presidio al culpable para combatir abiertamente al virtuoso. La causa del inmenso delirio es que

(1) Séneca. Epíst. XCII.

(2) G. Leibnitz. *Epíst. ad Gerh. Wollh. Molanum.*

(3) Rousseau. Carta á M. Vernes.

(4) Rousseau. Carta á M. Moulton.

ellos, repudiada la ley divina, creen demasiado y razonan poco.

El nuevo aspecto en que el problema fué desarrollado por nosotros, es risueño como el anterior; más falta en el día la razón que la fe. Por lo que hace á la consideración del hombre, aparecen los incrédulos tan ampulosos al creer, como en el razonar pobres y enjutos, mezclando y confundiendo las propiedades de nuestro personal compuesto: son los Don Quijotes de la ciencia humana (1).

Acuden hoy á mi memoria, como en otra ocasión, los recuerdos de Venecia.

Venecia, la ciudad flotante sobre el mar, el grupo de ciento veinte isletas juntas entre sí por más de cuatrocientos puentes en piedra viva, llena de torres, cúpulas y palacios, mansión de las artes graciosas y roca de guerra inexpugnable, hasta el punto de que da multiplicadas inmensamente las maravillas de las vetustas Ciclades que fueron al fondo del mar Adriático; Venecia, refugio de los italianos en el tiempo de las invasiones de los bárbaros, que nació adulta, sin haber corrido el riesgo de la infancia social, «fabricada por los dioses, más que por los hombres,» como cantaba Sannazzaro con musa gentilica; Venecia (lo cual es propio de las ilustres metrópolis), te arrebató también, porque á las cosas grandes é históricas añade las medianas y las mínimas; á las escenas patrias las domésticas, siendo dignísima de estudio en las vicisitudes de sus dux y de su pueblo, como en las privadas de sus familias.

Entro en una familia véneta. No en la edad de las trasmigraciones de los bárbaros, ni en la edad de la fuga y de la liberación de los italianos; la edad en que me asomo yo á Venecia es la edad moderna y civilizadísima en que vivimos.

Natalina dice á Mauricio, su esposo, mientras tiñen sus mejillas un poco de cólera: «¿Qué demasías son estas? ¿Por qué me aturdes la cabeza por cosa tan leve? Déjame en paz. Tengo el pequeño Gaspar en que pensar, y tengo las tareas de la casa... Vete, vete.»

«¿Hablas tú de demasías? ¿Me las echas en cara? replica Mauricio, dejando ver un aire bestial en el rostro. «¡No eres tú la extravagante, la necia, y la mentecata, puesto que consumes por la mañana el tiempo en devociones ó plegarias, y al mediodía te santiguas y en las vísperas rezas el Angelus y por la noche dices las oraciones por los muertos? ¿Acaso quise yo tener por esposa un andrajo de cofradía?»

(1) La presente conferencia fué cortada por en medio en el acto de pronunciarse: su tercera y cuarta parte tienen su desenvolvimiento en la conferencia que sigue.

«¡Paciencia!» añade Natalina serenándose. «Tú ves, Mauricio, si consumo yo el día en oraciones. ¿Quién arregla la ropa blanca? ¿Quién dispone tus trajes y los de tu hijo? Mas tú quieres que de mis oraciones me aparte para llevar á mi boca otras preces de tu gusto, que para mí son blasfemias, y para que tome otra religion y otra fe.»

«¡Extravagancias! ¡extravagancias! sigue diciendo Mauricio, como si nada hubiera escuchado. ¡Luego hablar el lenguaje de los doctos, creer cual los doctos creen, para las santurronas como tú es no tener juicio?»

«Hé aquí, replicó Natalina, que me hablas de doctos; ¿qué sé yo, pobre ignorante de los doctos? Para mí en religion los doctos son los pastores de la Iglesia. Tú me ponderas la naturaleza: la trasformas en una omnipotente cosa, en una madre de todos los hombres, y en un dios. Tú mismo te jactas de ser el poeta, el profeta y el evangelista de la naturaleza. ¿Qué es la naturaleza que desconozco? ¿Acaso me casé yo contigo bajos los auspicios, y delante del ara de tan extraña divinidad? Mas si no logro entender tal naturaleza tuya, entiendo á Dios, á Jesucristo y á la Iglesia. Es Dios el creador del hombre; Cristo es su redentor; la Iglesia es la maestra de nuestras almas. Yo no veo á Dios; mas lo siento en la conciencia. Tú me dices que debo sentir asimismo la naturaleza. No te lo negaré; mas te advierto inmediatamente que no puedo sentir la naturaleza en mí de otra manera, sino porque la produjo Dios. En cuanto á Cristo se me hace dulcemente sensible en los misterios cristianos; la Iglesia me abraza, y me compenetra. ¿Quién me lavó en la fuente bautismal, quién me amaestró siendo niña, quién me dirigió adulta, y quién cura todavía mis dolencias espirituales? ¿La naturaleza ó Dios? ¿Piensas tú acaso que si no tuviese yo el consuelo de los sacramentos y de la oracion, si del cielo no sacase la resignacion en los males de la vida, podría serte tan fiel, estar tan contenta de nuestra casa, hallarme tan dedicada al trabajo y al recogimiento? Hazme incrédula: pierdo la paz como la perdiste ya tú: me rebelo contra tí escapándome á la calle.»

Habla la mujer así, mezclando con la dulzura de la palabra la fuerza del alma. Mauricio, su consorte bestial, sigue como no advirtiéndole nada: está convulso y ruge.

Después de algun silencio, prosigue Natalina: «Dime, bien mío; qué tamente una sospecha de la cabeza. Nueve años corren desde que nos unimos en matrimonio; ocho trascurrieron sin haber entrado tú á darme semejantes molestias. ¿Por qué hace algunos meses me hablas de filosofia, de naturaleza, de humanidad? ¿Por qué ansías que apostate de nuestra fe antigua? ¡Oh! ¿No fuimos felices hasta hoy?... ¡No protegió Dios tus sudores de traficante?»

«¡Mujer vacía de mollera!» dice gritando Mauricio, que volvió entonces en sí, dispuesto á seguir la conversacion. «Los tudescos oprimían nuestra patria, y ejecutores de las barbáries tudescas eran los curas; hablar libremente costaba el presidio. Empero ahora es libre Venecia: ahora, en la era de la libertad italiana, todos hemos arrojado la mordaza. No más dogmas de Papas y de sacerdotes. Libres son los padres y los hijos. Sábelo: nuestro Gaspar es libre: á suceder no volverá que lo engatuses con las creencias católicas.»

«Hé oído una infamia, dice Natalina; y la profirió el alma que más quiere mi alma: la mitad de mí misma. ¡Ejecutores los curas de las barbáries tudescas! Por esta razon á los tudescos tan dulcemente veían con predileccion y veneraban: ¿no es verdad? Por esto los confesores y los predicadores recomendaban á los de Venecia la castidad, la modestia, la fraternidad de Cristo, la paciencia, la fortaleza del ánimo, la esperanza, el sacrificio y el amor. Ejecutores así del Evangelio, ¿eran acaso los ejecutores de la voluntad del sable? Mas ¡desgraciado! ¿honras tú así la reconquistada libertad ahora que la enalteces? ¿Es que la patria libre exige que se considere Dios á la naturaleza, como tambien que se maldiga de Cristo y de la Iglesia? ¿No descubres que darnos la libertad á este pacto es hacer gemir á todos, y especialmente á nosotras las mujeres por el tiempo pasado, haciéndonos desear el dominio del extranjero? La patria es insultada y la libertad vendida: sí; es una pésima infamia.»

Al esculpir estas últimas frases manifiesta una pena inefable y deja escapar ayes. Empero, cobrando bríos, sin dejar de gemir dice gritando: «Cruel, que me asordas, hablando de libertad, y que tiranizas mi alma. A una conmigo, ¿será Gaspar arrancado á la fe divina? ¡Dios! ¿Acaso has aborrecido á nuestro buen Dios para siempre? No, no; áun cuando noté que tenías poca religion, nunca te ví ser incrédulo. ¿No lo recuerdas?»

«No, no sé nada, responde bruscamente Mauricio.»

«Estábamos de paseo, dijo Natalina, en los alrededores de Mestre, llegada la feria de San Miguel: soplaban auras suaves y resplandecientes, deleitando ver aquel día. Nuestro Gaspar, loco por verse en amplia campiña, saltaba entre hierbas y flores. De pronto, á lo largo de la vía, se nos acerca un viejo blanco y andrajoso, pidiéndonos limosna! Nosotros, distraidos ó impasibles, no atendíamos sus palabras, prosiguiendo adelante. El pobre viejo se puso de rodillas en tierra, y exclamó sollozando: *En el nombre de Dios, socorredme*. Agitados por aquel grito y por aquel nombre, ví cómo enternecíanse tus ojos: llevaste la mano á tu bolsillo, retrocediste, y consolaste al desventurado. Yo

muy alegre, dije para mis adentros. *Mi Mauricio tiene buen corazón, puesto que socorre á los pobres y á Dios ama.* ¡Cuán mudado estás! Hablar-te ahora de Dios equivale á desgarrarte con las uñas el corazón. Un feo diablo tienes encima. Tú, Mauricio, estás conjurado con los enemigos de Dios y de la Iglesia, formando parte de la maldita secta.»

Al oír el nombre de secta Mauricio no se contiene: brama de cólera, y se pone furioso, prorumpiendo en las siguientes palabras con grandes bufidos. «Tú lo has dicho, fastidiosa mujer, y lo verás.»

Al día siguiente de la disputa, Natalina, que volvió temprano de la iglesia, metiéndose en su casa, lo ve todo en desorden: contempla rotos y esparcidos por el pavimento los objetos de su piedad, como también despedazadas las sagradas imágenes y destrozado un Crucifijo. Mauricio entre aquellas cosas destruidas está como un salvaje vencedor en medio de los estragos del enemigo. A Gaspar llama y le dice: «Toma y quema; es tiempo de purificar mi casa.» Dirigiéndose á Natalina, gritando añade: «Tú, que te niegas á blasfemar como yo blasfemo, aléjate de mí. Mujer, maldición mia, te declaro libre; sabe que ya es insufrible tu faz para mí.»

Ha llegado abril de 1862: entre las innumerables góndolas que ondean en las lagunas de Venecia, una sale velozmente del Canal Grande y corre derechamente delante de las demás con poquísimos pasajeros: una mujer y un niño. De semblante señoril ella, está en la flor de los años, teniendo escasamente treinta; pero decaída, perdido el color y con traje modestísimo: es bellissimo su niño con dos ojos en la frente que parecen perlas azules chispeantes y relucientes, aunque de cuándo en cuándo se velan, por cuanto el cielo del niño está nublado. Se vislumbra que, si la una es madre el otro es hijo, y que á consecuencia del dolor materno, se interrumpe la natural sonrisa en el infante. El gondolero hace preguntas é interrogaciones ansioso de charlar; mas la mujer es muda y el niño no atiende. La mujer tiene fija la mirada en Venecia de la cual aléjase, pareciendo que dice: «Allí estaría mi paraíso, si el paraíso no se hubiese transformado para mí en infierno. Cuando á su pequeñito se vuelve, no es para hablar: es más bien para estar segura de que lleva consigo parte de su pasado paraíso; si el pequeñito, mirado por su madre, llora, ella saca un pañuelito, enjugando sus hermosísimos ojos. La góndola voga y voga, llegando á la mar alta: en la inmensidad de las aguas diríase que desaparece del mundo y que concluye aquella solitaria comitiva. ¡Desolador espectáculo!

En la extremidad oriental de las lagunas, distante de Venecia unas diez y seis millas, se abre el puerto de Chioggia. Allí al anochecer llega la góndola; allí bajan la mujer y el niño. Dando la vuelta sobre

En la playa de Brondolo, donde aquel país riente jùntase á la tierra, estudian el paso precipitamente los dos silenciosos peregrinos. Despues de andar poco, encuentran una casita, rodeada por un poco de tierra con la choza ó el tugurio de los campesinos. Es la mansion veraniega de Natalina. Sería, como lo fué de continuo, un goce para la mujer y el niño mirar de nuevo aquella casa; pero entonces sienten un dolor que parte su corazon; ni la dulce verdura los alegra, ni el perro que ladra de gozo les hace salir de su estado. El espíritu atormentado no saborea los goces de la vida.

En aquella misma noche, antes de acostarse, Natalina toma papel y escribe.

»Caro Mauricio:

»Me lo mandaste, y á todo trance lo quisiste; hete librado ya de mi horrible faz. Libre como estás de mí ahora, á lo ménos piensa en el tormento que has echado sobre mi alma. Me declaraste libre. ¡Qué ironía! No estoy, ni estaré libre de tí, como no estás libre de mí: nuestros vínculos durarán eternamente: te amaré siempre, obedeciéndote sin cesar. Mas si no estoy libre de tí, tampoco me hallo libre de Dios: debo creer en El, amarle y servirle, como lo haré. ¡Mandarme despues de nueve años de matrimonio que no crea en Dios! ¡Romper nuestra dulce armonía! ¡Impelerme á blasfemar y á decir palabras horribles! Mira con qué cadenas insoportables me oprimes. ¡Qué no crea en Dios, autor de mis dias! ¡Qué no crea en el Evangelio, ni en la Iglesia mía! Creer por consecuencia en la nada; creer en principios ignotos; creer en lo que mi conciencia proscribe; creer que yo católica erré de continuo; creer que yo, buscando la virtud, y siguiéndola, hice mal... Tú, Mauricio, me aniquilas con tales creencias tuyas; me arruinas y me haces caer en el abismo. ¿No has caido en él igualmente? Antes no gritabas, ní te ponías furioso, ni me oprimías. Ahora bien; ¿no es una demencia y un frenesí creer que la opresion es más hermosa que la libertad; creer que la blasfemia vale más que la oracion; creer que la vida rabiota y corrupta debe anteponerse á la vida honrada? Y tú, has dejado de creer en tu esposa que tanto te ama, para creer en su lugar... Déjame que te lo diga: el primer atado eres tú: eres un siervo. Tu ídolo de la naturaleza cayó en la tiranía de la conjuracion. ¡Ah! Volvamos á nuestra vida de antes: á ello te conjura Gaspar que aquí está, llorando y gimiendo conmigo: á ello te conjura tu espantada y llorosa.

NATALINA.»

Pasados ocho dias, Mauricio, recorriendo las playas del Brenta, llega tambien á Brondolo, y desde allí á su casita de campo. Al verlo la mu-

jer se sobrecoge, y se queda más blanca que una camisa que sale de la colada. Con todo mirándolo fijamente, ni vislumbra en él su rabia, ni la línea de cólera encendida que le quemaba las mejillas; cobra bríos y le pregunta: «¿Me has venido á traer el consuelo?»

«Vengo, responde secamente, á llevarme á Gaspar.»

«¡Al hijo! ¡Arrebatarme también al hijo! dice gritando Natalina. Me arrebataste la alegría, el orden y la tranquilidad: ¿no te basta? ¡Arrebatarme igualmente al hijo! ¡Sustraerlo á la fé de su madre! Ahogar en su boca los nombres de Cristo y de la Virgen, á los cuales encomiéndose por la mañana con tantísima dulzura! ¿Es que no tienes ya nada humano? ¿Es que no tienes corazón, ni alma?»

«¡Alma! dice Mauricio. El alma es lo que sentimos, y queremos: ahora yo siento y quiero así.»

«Lo esperaba, añade la mujer con gemido prolongado. Negado Dios, debías renegar del alma. De todas maneras, si el alma es lo que sentimos, ¿no escuchas en tí la voz del deber, ni el amor inmutable á la virtud? ¿No vislumbras el deseo vivísimo de la eternidad?»

«¡La eternidad del alma! dice balbuceando Mauricio con cierta dificultad, dura tanto como la vida del cuerpo. Sentimos como sienten las bestias: después de haber sentido algun tiempo, duermen.»

«¡Pobrísimas de mí! exclama la mujer mesándose los cabellos. ¡Esposa misérrima! ¡Misérrima madre! ¿Me violentas para que crea esto también? ¿Debo creer que vivo la vida del perro y la vida del lobo? ¿Debo creer que, sintiendo en mi alma las aspiraciones de la eternidad, soy únicamente una loca? ¡Ah! ¿Quién, pues, plantó en el alma las aspiraciones estas, si la vida futura se debía desvanecer como un sueño?»

Con el ímpetu de una mujer magnánima, como realmente ocurre á los magnánimos cuando la hora de la desesperación aproximase, aferra Natalina por el brazo al hombre lunático, lo conduce al balcón que abre, y le dice altamente: «¡Vé allí abajo el cementerio! Allí descansan las cenizas de tu vieja madre, que perdimos en el primer otoño posterior á nuestro enlace. ¡Cuán excelente era! ¡Con cuánto amor nos embriagaba! ¿Se ha extinguido por lo tanto el alma de tu madre? ¿Se ha desvanecido en la nada, en saliendo del cuerpo, aquella alma que tengo siempre yo en los ojos y en el corazón, tan pia, tan amable y tan veneranda? ¿Lo piensas tú, Mauricio? ¿Entonces por qué anualmente, al llegar el aniversario de su santa muerte, tú en mi compañía, llevando al hijo junto á tí, te dirigías allá, pidiendo el eterno descanso de la difunta ante su sepulcro y á la sombra de los cipreses? ¿Ora el perro por ventura? ¿Ora el lobo y el caballo? ¿O fingiste, siendo hipócrita, en la oración de los muertos? Mira que las almas de los difuntos se alzan re-

prochando tu impiedad presente. Mira que así te dice desde la gloria el alma de tu madre: Yo vivo, yo vivo; estabas vivo á la gracia tambien tú, y has muerto ahora. Vuelve á la fe; no me obligues á condenarte.»

Cinco meses despues, en el magnífico templo de los Descalzos en Venecia, estaban dando gracias á Dios por un solemne beneficio alcanzado, tres personas carísimas: esposo, mujer é hijo. El esposo habia diestramente salido del seno de la *Jóven Italia*: más que ciegameute creer en los jefes de la sociedad política, en que se habia enredado, habia querido creer, como lo hizo durante algunos años, en su consorte; creyendo en su esposa dulcísima otra vez, sentía creer en la verdad, en su alma y en la virtud. Por esto, recobrada la armonía doméstica, rogaban las tres almas pías con un solo labio y lloraban con suave ternura. Eran Mauricio, Natalina y Gaspar. Al salir Mauricio de la iglesia, besando el niño y estrechando la mano de su amada mujer, decia: «Experimento ahora cuán natural y santa cosa es creer en Dios, y confesar la inmortalidad del alma humana. ¡Mas cuán duro es el credo de los incrédulos!»

Señores, á la conferencia pronunciada por mí no he podido dar confirmacion más espléndida que la que proporciona la familia veneciana descrita.

Planteado el problema de si hoy existe más falta de fe ó de razon, nosotros relativamente á la naturaleza y al hombre resolvimos que al lado de la fe falta la razon de una manera extrañísima. Los incrédulos que tanto rumor meten en nuestro siglo, tienen esto de propio; que por querer razonar libremente rechazan la fé divina; entre tanto dan en creencias más terribles que no profesaban antes, y caen en dogmas más formidables. El yugo con que oprime la incredulidad no es ciertamente ligero como el de Cristo: es tan férreo y pesado que destroza.

Os proporcionó Mauricio el ejemplo.

Relativamente á la naturaleza, Mauricio, más claramente que el Judío errante de la fábula, os declara que hacer de la naturaleza un Dios es una teoría monstruosa. Los incrédulos en esto creen demasiado y razonan poco.

Relativamente al hombre y á sus propiedades personales, Mauricio, más aún que el Don Quijote de la novela, os asegura que hacer del hombre un amasijo de materia y sin eterno porvenir es una desolacion. En esto igualmente los incrédulos razonan poco y creen demasiado.

¡Feliz el que sabe creer conforme á las leyes de Dios! En tal creencia está el triunfo de la religion. Creed, jóvenes, para los cuales se abre ante vosotros la vida y se dispone la tentacion de la nada: creed religiosamente; porque vosotros de todas maneras no vivireis sin creer.

Creed en Dios, en el Evangelio y en la Iglesia, porque, no rindiéndoos á tales dogmas, creereis como creen los hombres turbulentos y estúpidos, aún en los delirios de la supersticion y en las insolencias de la ferocidad.

Examinando Voltaire los varios sistemas filosóficos, acabó diciendo, que «insensatísimo es el sistema, que prefiere la razon á la necesidad de creer (1).»

(1) Voltaire: *Œuvres*, edicion de Kehl, tomo LVI, pág. 221.

CONFERENCIA XIV.

SI EN MATERIA DE HISTORIA Y DE CIVILIZACION

CREEN MÁS LOS CREYENTES Ó LOS INCRÉDULOS.

El ingenioso La Harpe, en su *Curso de literatura*, escribió esta frase ardida: «El oficio de los filósofos es destruir la razon con los racionios.»

Al nombre de filósofos agregamos, señores, por añadidura la denominacion de incrédulos, á los que varios se deslizan fácilmente: lo que parece virulento y audaz en el escritor francés, resulta llano, fácil y naturalísimo. Ciertamente los filósofos incrédulos, poniendo en tortura su cerebro con capciosos racionios, destruyen la razon.

Observemos un orden doble de cosas, la naturaleza y el hombre, en el cual los llamamos por último á que hagan sus pruebas: ¿os enseñan algo fuera de lo que digo?

Quieren la naturaleza por sí, y de ella descartan á Dios; pero, quitado el dogma de Dios creador y conservador de los séres, no saben explicar la naturaleza. Pobres Judíos errantes de la cosmología, dan vueltas de teoría en teoría, de sistema en sistema, no discurrendo ninguna cosa que se pueda sostener, y siempre quedando así en la oscuridad. Tienen una superabundancia y un exceso de fé que los degrada, creyendo en las locuras: por lo que hace al razonamiento sólido son muchachos ó mujeres.

Exaltan igualmente al hombre y estrepitosamente lo colocan en el cielo; mas aquel cielo, donde van á extender la cabeza, no contiene á la divinidad. Más bien no existe Dios en sitio alguno para los filósofos incrédulos. Ahora bien: sin Dios arquitecto y dispensador de la vida, el hombre resulta una oscuridad tremenda, siendo fácilmente una confusion y un embrollo. Nuevos don Quijotes de la ciencia humana, los filóso-

sofos del sofisma y de la negacion entremezclan nuestras propiedades personales, á cada instante cambiando el alma con el cuerpo y el cuerpo con el alma: róbannos nuestros títulos más augustos, y reniegan de la inmortalidad, equiparándonos á los brutos y además á los troncos. Hechizados son por un exceso de fe; creen en el absurdo, en la necedad y en la vileza; por lo que hace al válido razonamiento podríais enviarlos al Limbo, como Machiavelli envió á Soderini para que reposase.

La Harpe, que azotó á los Enciclopedistas del siglo pasado, habló pues exactamente: «El oficio de los filósofos es destruir la razon con los raciocinios.»

Bien que, señores, ¿por qué me paro á medio camino?

Recordareis que habiendo suscitado el problema de si hoy falta más la fe ó la razon, en cuatro temas determinados abrimos campo vastísimo á la demostracion: la naturaleza, el hombre, la historia y la civilizacion. De los cuatro temas pudimos desenvolver los primeros dos, pareciéndonos quedó manifiesto á todos que los incrédulos relativamente á la naturaleza y al hombre creen demasiado y razonan poco. Ahora es preciso tratar de los dos segundos; ¿qué otra materia no se nos ofrece para la irrision y la risa? ¿Es verdad que los incrédulos creen asimismo demasiado y razonan poco relativamente á la historia y á la civilización? ¿Si ó no?

Renuevo mi propuesta y apresúrome á probarla.

En la historia pervierten la espontaneidad: son los Macbeth de la hermenéutica social.

En la civilizacion asesinan los elementos de la vida: son los Mefistófeles de las naciones.

Me place con mentis tan grande poner el sello á mi tratado de los problemas filosóficos. En la razon principié á fin de llegar á la religion: habiendo llegado ya, destruyendo los muros construidos por los incrédulos, hago fiesta y rio. Me rio de la vanidad y de las miserables jactancias de la ciencia terrena; rio sintiendo la victoria de mi fe; rio por ser mi fe verdad, siendo la verdad sostenida, asegurada y triunfante del error, el primer gozo del alma humana. Es mia la sentencia de Miguel Montaigne: «Estos quieren ser vapuleados á su costa y no pueden sufrir que se combata la razon con la razon misma. Destruyamos esta idea, primer fundamento de la tiranía del espíritu maligno (1).» Quitada la tiranía de los malos, surge la libertad de los espíritus electos.

(1) M. Montaigne, *Essais*, lib. 11, cap. XII.

¡La historia! Despues que la naturaleza, á guisa de Cibeles universal, ha engendrado los séres, y el hombre á su cabeza; despues que, venido el hombre á la tierra presente, usa de su razon y de su voluntad, principia el curso aquél de acontecimientos públicos y sociales que se denomina historia. Se dijo que la historia es «el drama de los pueblos.» Exactísimo, si á la ejecucion de los hechos se mira; mas si se considera el ímpetu original de los hechos y su carácter moral, la historia más que simple drama, es una filosofía. Es más bien una inmensa revelacion. En efecto, así como la biografía bien conducida y sabia manifiéstanos al individuo humano impelido por las causas internas á señalarse en las obras sensibles, la historia filosófica explica las acciones de los pueblos por la virtud interna que las produce y las aviva.

Escuelas distintas, contrarias entre sí, surgen á este propósito disputándose la palma de la verdadera explicacion histórica; mas tales escuelas, segregando las extravagantes y los menudos detalles, se pueden con justicia reducir á dos.

Existe la escuela bíblica y cristiana. Enseñanos que los pueblos deben cumplir una mision sobrenatural, y que aún ignorándolo, la realizan siempre, bajo la corteza de los hechos sociales: es su cometido llegar finalmente á la manifestación de la soberanía de Dios, segun aquel dicho de los volúmenes santos: *Disponam populos, et nationes mihi erunt subditae* (1). Así pasan por vicisitudes innúmeras, ora siendo excelentes y ora ruines, ya creyentes, ya recalcitrantes á la ley religiosa: empero mientras se desfogan segun su propio albedrío, trabajan para el cumplimiento de los designios de Dios.

La otra escuela, que se agita mucho y á la precedente impugna, es la escuela del ateísmo tanto metafísico como vulgar. ¡Qué planes divinos entre las naciones? ¡Es que los pueblos serán nuevamente los siervos de un Señor invisible que no conocen? La tierra es un campo, donde trabaja el pueblo como el individuo: aquí nace, siembra, recoge y reina: es el poseedor del campo: ¿deberá fatigarse y consumirse por cuenta de otros? ¡Fuera los propietarios divinos! El derecho natural devora la mision sobrenatural.

¿Dánnos, señores, pruebas de inteligentes los incrédulos, haciéndose alumnos de la escuela del ateísmo, y huyendo de la escuela cristiana? ¿Dánnos pruebas de hábiles despreciadores? No, no; pecan siempre del mismo mal: creen demasiado y razonan poco.

Green demasiado en el poder de la tierra. Júzganla tan rica y feraz que puede con sus productos labrar la ventura de los pueblos. Mas,

(1) Sabiduría, cap. VIII, v. 14.

¿por qué los pueblos, aun en la hipótesis de que recorran una tierra enteramente de su propiedad, no hallan en ella el necesario contento? ¿Por qué razon se inquietan aquí de continuo, se indignan y lloran? Si está la tierra destinada á ser el paraíso del pueblo, ¿por qué razon el pueblo va y viene á muchedumbres desordenadas sobre su faz á guisa de un viajero? ¿Cómo pueden decir los pueblos que ya vivieron y dejaron de ser: Nosotros conseguimos del mundo la felicidad?

Creen demasiado los incrédulos en el poder de la tierra.

Es tan grande para ellos, tan vasta y desmesurada que la mirada divina (en el supuesto de que Dios existe), no la puede de ningún modo abrazar. ¿Cómo puede regir quien no puede siquiera ver? Así dicen.

Oigan las increpaciones de los antiguos paganos. Sócrates, príncipe de los filósofos griegos, exclama: «Dios lo ve todo con una sola mirada. Lo sabe y lo entiende todo. Está en todas partes y tiene cuidado sin excepcion de aquéllo á que da vida. ¡Oh qué buen hombre tú eres, Aristodemo! Tu espíritu, durante todo el tiempo que permanece unido á tu cuerpo, es gobernado por Él á su gusto enteramente. Es preciso creer además que la sabiduría de Aquél que lo ve y lo conoce todo gobierna éste gran todo enteramente á su placer. ¿Cómo! Pudiendo tu vista llegar á la distancia de varios estadios, ¿no podrá verlo y comprenderlo todo el ojo de Dios? Tu pensamiento puede á la vez ocuparse en los acontecimientos, de los cuales eres ocular testigo, así como en los asuntos distantes del Egipto ó de Sicilia; ¿y no se podrá ocupar el espíritu de Dios en todo el universo junto? Semejantes cosas se repiten en Jenofonte allí donde tiene un coloquio con Eutidemo (1).»

Oigan otra increpacion. Es de un filósofo reciente, uno de los padres de la enciclopedia francesa. Escribe Diderot: «Los hombres han desterrado á la Divinidad de enmedio de ellos. ¡Insensatos! Destruid estos recintos, que restringen vuestras ideas; dejad paso á Dios. Si tuviese yo un hijo que educar, multiplicaría en torno de El los argumentos y todas las señales que indican la presencia de Dios. Si un personaje viniese á mi casa, le acostumbraría yo á decir: Nosotros éramos cuatro; Dios, mi amigo, mi abuelo y yo (2).»

¡Qué cosa enseñó! Nosotros los creyentes suponemos á Dios con el ojo dirigido á nosotros, velando sobre los acontecimientos humanos y conduciéndolos segun sus designios: ¿no es esto quitar á los pueblos la libertad?

No; no es quitarla: una cosa se realiza, sin que se impida la otra.

(1) Jenofonte, *Los Memorables de Sócrates*.

(2) Diderot, *Pensées philosophiques*, número 26.

Sirvámonos de un parangon vulgar. Dios se conduce de algun modo con los pueblos, como el alma se conduce con el cuerpo: mientras lo rige, y lo emplea para sus recónditos y nobles fines, ¿permanece acaso el cuerpo esclavo? ¿No goza todavía de plena libertad para explicar el fenómeno de la vida física? Ver, vigilar y conducir á un término, aun hablando en general, no es forzar ni extinguir. Montaigne tenia razon para escribir: «Prevé Dios todas las cosas que deben suceder, de la misma manera que Él las vé. Preciso es por tanto que ocurran así. A lo cual responden nuestros catedráticos que ver que ocurre alguna cosa, cual lo hacemos nosotros y Dios máximamente (porque teniéndolo todo presente, lo ve más bien que preverlo) no es forzarla á que suceda. Más bien vemos porque las cosas ocurren, que ocurren las cosas porque las vemos. El acontecimiento hace la ciencia, y no la ciencia el acontecimiento (1).» Así Dios se vale de nuestra misma libertad á fin de hacernos reconocer y realizar su infinita soberanía.

Purgados de la sospecha de opresores, hay que volver á los incrédulos donde nos esperan con la superabundancia de su fe.

El creer demasiado suprime el razonamiento. A fin de que una y otra afirmacion, aquí como en otras partes, se haga evidente, alcémonos para inquirir qué género de inteligencia y qué clase de guía, evitando á Dios, ponen los incrédulos á presidir los acontecimientos humanos. ¡Ay de mí! Resúmen la historia de la filosofía en un dogma feroz.

La poesía trágica no tiene acaso composicion más ardida y más terrible que Macbeth: es un trabajo que sólo se compara con las *Euménides* del gran Esquilo. Ideándolo Shakspeare, ¿obedeció á una fuerza indomable que lo subyugaba, ó quiso expresar sencillamente la potencia del destino? Creemos esto último; con todo lo ideó y lo compuso, cual si estuviera él propio invadido. Su Macbeth es un personaje dramático compelido por todas partes, y arrastrado por preponderancias fatales. Las negras magas le han gritado: «Vendrá tiempo, en que serás hecho rey.» A tal profecía, lleno de ambicion su espíritu, pierde la templanza y la rectitud: como ébrio, cuando delira, quiere y no quiere; pero al fin se consume el delito. ¡Qué crimen! El mejor de los reyes, el viejo y venerable Duncano que lo habia colmado de beneficios, es asesinado mientras duerme. Así Macbeth viene á ser rey.

Un asesinato más horrendo han cometido los incrédulos en el campo de la historia. Subidos en virtud del Evangelio á tanta grandeza terrenal, colmados de grandes beneficios del cristianismo, embriagáronse

(1) M. D. Montaigne. *Essais*, lib. II, cap. XXIX. *De la vertu*.

y perdieron las síndéresis: la voz de la ambición (pésima maga), murmuró en las orejas del hombre: «Tú serás rey;» y lo quisieron ser con un delito. ¡Más que dar muerte al viejo y venerable Duncano! Del curso de los acontecimientos humanos quitaron á Dios.

Mas si en la prepotencia de la pasión los incrédulos quedaron impedidos al crimen, ¿qué inteligencia y qué caudillo saludaron para norma suprema de la sociedad? ¿Qué Dios sustituyeron al Dios verdadero? Necias y crueles interpretaciones sobre la marcha histórica los fascinaron: la prepotencia moral engendró en ellos una especie de prepotencia mental: se fingieron variamente un ídolo; más ciego, insensato y horrible, que presidiera el gobierno del mundo. Señores; nuestros incrédulos, considerados en la historia, creen demasiado y razonan poco, porque con la doctrina del fatalismo ó de la necesidad pervierten la espontaneidad de aquélla: son los Macbeth de la hermenéutica social.

Nos colocamos en un sendero ya recorrido por nosotros en otra circunstancia; mas si los incrédulos vuelven á él con frecuencia y tornan á hollarlo, ¿por qué nos abstendríamos de seguirles? Esta vez no nos debemos preocupar tanto de los gritos, como solazarnos con sus necesidades y tenerles mucha lástima.

Otros con Pompanazio y Vanini hacen sus pruebas en la ciencia de la historia, formándose un magistral criterio de los hechos humanos, mediante las influencias celestiales. Este inmenso universo, del cual somos una mínima parte, por todos sus poros y por todas sus portezuelas hace llover sobre nuestra cabeza ignoro qué hálitos ó espíritus invisibles, pero penetrantes, que nos hacen ir más ó ménos á su gusto: fuerzas ocultas y horrendas hay en el seno de la naturaleza, las cuales soplan en medio de nosotros, envolviéndonos é impregnándonos por todos lados. Voces misteriosas se desprenden de aquí ó de allá, y misteriosas relaciones se enlazan por todas partes: así la tierra trata con el cielo.

¿De veras? ¿Creís que penetran tanto las influencias celestiales, terrestres, invisibles y misteriosas? Para daros razón de cómo las cosas suceden, y para reducir la historia á método científico, ¿volveis á las groseras supersticiones astrológicas? ¿Es que las magas, las lamias, los hechiceros y los gitanos vendrán á ser nuevamente ciudadanos del siglo XIX? ¿Por qué habeis maldecido entonces tanto de las creencias de los siglos anteriores? Fabricantes inspidos y cansados de la historia filosófica, veis cuánto os cuesta haber excluido del mundo la providencia divina. Os arrojaís en brazos del elemento fatal. A vuestros infantes recién nacidos, más que las palabras del bautizante, haremos sonar el horóscopo en torno de su cuna: así como placen á muchos ya los

mediums, los *lúcidos* y las sonámbulas, para vuestras potentes consultoras asignaremos las magas. ¿Por qué no decirlo nuevamente? Creéis, hermanos, demasiadamente, y razonais poco.

Otros incrédulos enseñan con Bodino y con Montesquieu que se informa el hombre por el clima. Como del individuo resulta el pueblo, viene á ser el clima el regulador primero de la sociedad civil. ¿A qué perderse por tanto, en ociosas indagaciones sobre las diversas cualidades de las razas y sobre la formacion de las naciones? Estudiad la irresistible influencia del clima sobre la naturaleza humana: estudiad el éter, el calórico, el agua, los dos mundos, el vegetativo y el animal, puestos en contacto con el mundo moral; y lo aclarareis todo: aclarareis la historia de los Egipcios, de los Griegos y de los Romanos, así como la de las gentes modernas.

Me recitan cosas tan sublimes que yo, peor que los antiguos paganos, adorar debería el sol y la tierra. Empero, ¿es realmente tal su creencia histórica? ¿Verdaderamente dan el clima por eje de la historia? El oxígeno que sube de la planta, el cloruro que sopla del suelo, el éter que bebemos por la boca ó por otra parte del cuerpo, según tienen buena ó mala cualidad, y según abundan ó escasean más, ¿producen los diversos caracteres personales, los diversos temples, y las diversas empresas de los pueblos? ¿Viene de aquí la locuacidad de los Atenien-ses, la taciturnidad de los Espartanos, el valor de los Latinos, la vivacidad francesa, la nebulosidad de los británicos y el carácter abstruso de los Tudescos? ¿Viene de aquí la dominacion inglesa en el mar y hasta el nuevo imperio germánico? Entonces, ¿por qué cayó la Grecia, y pasó el valor de los Romanos? ¿Acaso mudó en Grecia y en Roma el calórico, la luz, el mundo vegetativo y animal? ¿Mudó en nuestra Europa el clima? ¿Mejoró en unas partes empeorando en otras, por lo cual algunos de sus pueblos se abaten y prevalecen otros? ¿No reconocen como moderadora de la historia ninguna otra más íntima y excelsa razón? ¡Pobres adoradores del éter, del calórico, del oxígeno y del cloruro! ¡Cuán docilmente renegais vosotros mismos para dar el primado civil á la fuerza física! Demasiado creéis, hermanos, y razonais poco.

Entre los incrédulos algunos edifican con Herder la filosofía de la historia. Goffredo Herder ha dicho: «El hombre es un satélite de la tierra;» mas él, asegurando esto, no se restringe al clima, ni se ciñe solamente á lo de fuera: «espáciase más adentro y más arriba.» Es el hombre para él «un agente progresivo, porque nuestro globo progresa.» Hay en el globo muchas creaciones, unas inferiores y superiores las otras; el hombre está encima de ellas por ser el anillo que une el orden visible con el invisible.

¿Tienen fé los incrédulos en este satélite de la tierra? ¿En este hombre anillo, que junta en sí lo visible con lo invisible? Empero digannos por favor, como, con tal vision fantástica, explican la naturaleza y la marcha de los hechos humanos. ¿Dónde está nuestra historia social, que la historia es en gérmen de los principios y de los dogmas? ¿Acaso nuestras ideas y nuestros principios brotan dentro de nosotros, como el pez en el agua y la yerba en el prado? ¿De qué manera se podrá reducir la historia á unidad, para constituir con ella una ciencia? ¿No advertís que para la unidad histórica y científica se necesita un sumo «unificador,» del cual todo originalmente emane, y al que todo por último retorne? Ahora bien; ¿cual será este «unificador» sino Dios? Predicad que el hombre sólo es un satélite de la tierra; llámadle un anillo entre lo visible y lo invisible: errais por este lado en la oscuridad y por el otro en el vacío, permaneciendo de continuo en lo necesario. ¡Qué locura! Demasiada fe, hermanos, y demasiado poco razonamiento.

Otros incrédulos, para tener la explicacion histórica, se conforman con la opinion de Machiavelli, el cual, de opiniones algo fatalistas, y prácticamente astuto, trasportaba fuera de la razon de las muchedumbres populares el origen de la sociedad, á una especie de milagro «ultraterreno» atribuyéndola y al hecho de una venturosa pródiga hipocresía.

¿Se recomiendan á tal predominio de fuerzas ruines? ¿Se arrodillan al dios del mal, besan los pies de los atormentadores de los hombres para podernos decir que á tal pacto fueron ordenadas las sociedades? ¿Pretenden los incrédulos sacar el hilo científico de la historia de tal mezcla de tiranía y de abyeccion que causa horror? Marchaos con vuestro fatal milagro sobrenatural y con vuestra impostura feliz, que conduce á la humana familia. Creéis, hermanos, en demasía, y razonais poco.

Otros como Tomás Hobbes promulgan la teoría de la fuerza armada, con la cual nos dan la historia bella y descifrada. El hombre nace naturalmente soldado: viste uniforme militar, empuña espada y gobierna el mundo.

Decidnos, nobles autores de la historia filosófica, decidnos ingenuamente si para establecer las grandes eras sociales, y constituir las naciones, han contribuido más los conquistadores ó los legisladores, los guerreros ó los filósofos. Decidnos si el Lacio debe más á Rómulo ó á Numa; si la Grecia debe más á Alejandro ó á Aristóteles; si la Edad Media debe más á Atila ó á Justiniano. Empero prosigamos; no se hable más con honor tanto de ciencia y de legislacion, cerrándose la escuela; hagámonos todos soldados: se necesitan banderas, trompetas y tormentos bélicos. Explicaremos debidamente así la historia de los antepasa-

dos, y realizaremos la beatitud de nuestra especie. Creéis, hermanos, en demasía, y os cuidáis poco de razonar.

¿No lo aseguré ya? Lanzado Dios del sitio histórico, dándose algunos á marcar arbitrariamente la marcha de los pueblos, queda pervertida la espontaneidad de la historia: un dominador oscuro, oblicuo y diverso, siempre áspero y cruel, sustituye á la divina Providencia para tomar el gobierno de los espíritus y las redes de los Estados. Los acontecimientos humanos se cierran en el círculo de lo fatal, ó á lo ménos de lo necesario: ya no existe el punto de vista de lo sobrenatural y de lo infinito en este círculo hórrido, cesando también la respiración del alma; el mismo cielo, aun cuando se nombra, pierde sus luces sempiternas y sus puras alegrías, viniendo á ser ciego y pesado, cayendo encima del hombre como la losa de un sepulcro. Los incrédulos son los Macbeth de la hermenéutica social.

No nos hagamos ilusiones, queridos: la cosa está en esto.

Las doctrinas de la presente sociedad en la que ya tan poco adórase á Dios, y poquísimos se ama universalmente, se resienten de su marcha, tomando más ó ménos este color de plomo de que me lamento. El fatalismo envuelve las inteligencias.

La bibliografía es el espejo más exacto de la situación moral de los espíritus. Pues bien: inquirid los libros que hoy se imprimen, y sacad la sustancia suya. Hallareis no pocos impelidos á tan nefanda pendiente. ¿No inclina, por ejemplo, á tal principio la obra de Alfonso De Candolle, sobre las ciencias y los sabios, en la cual el autor hace una especie de geográfica distribución de los hombres célebres, según la que la vida científica de la Europa está circunscrita en un triángulo, donde media Italia forma el vértice, y una línea que une la Suecia y la Escocia determina la base? ¿No indican sus tablas estadísticas sobre la fecundidad científica de un millón de habitantes en diversos Estados, un orden predispuesto y firme, mostrando una inmolación al elemento de lo necesario (1)? ¿No inclina también á tal principio la obra de Francis Galton, el cual se ha puesto á probar que la ley «darwiniana» de la *elección* impera sobre la historia intelectual, como sobre la historia física de los pueblos, por lo que aun á los nacimientos de los hombres ilustres aplica las leyes generales de la herencia (2)? ¿No inclina igualmente á tal principio el profesor Pablo Mantegazza, porque, trabajando sobre coyunturas fortuitas, se pone á indagar las leyes «genéticas», y consigna que los nacimientos de los grandes hombres se acumulan en un pe-

(1) De Candolle. *Histoire des Sciences et des Savants, depuis deux siècles.*

(2) Fr. Galton. *Hereditary genius an inquiry into its laws and consequence.*

rfo, que principia en octubre terminando en enero (1)? No califico enteramente de error tales indagaciones y conclusiones; digo que tienen una pendiente desagradable, á saber, la de la necesidad dominante ó del fatalismo.

Ved á José Ferrari. Es un filósofo que se desvanece por sus ideas abstractas; va por las nubes, pareciendo que teme contaminarse al contacto de la tierra: sin embargo él, que se burla de la Providencia divina, no teniendo en Dios fe, cuando desciende á la tierra y discurre de las cosas humanas, se encierra tan por completo en lo mecánico y en el reinado de lo inexorable, que viene á ser esclavo de la fatalidad. Hace poco publicó un libro, fruto de abstrusas indagaciones históricas, en el cual, recogiendo sus lecciones dadas con estipendio gubernativo á un auditorio, escasísimo, segun su queja, prueba como dos y dos son cuatro, que la vida política de cada generacion dura treinta y un años con tres meses: para él todo gobierno, siendo necesariamente conservador, cae á los treinta años: los siglos célebres por las ciencias ó las artes no duran tampoco sino treinta y un años y un cuarto, á despecho de su fastuosa denominacion que triplica su duracion; así cada período histórico se desarrolla en cuatro generaciones, esto es, en ciento veinte y cinco años con intervalos de otros ciento veinte y cinco, despues de los cuales viene de seguro una *explosion*; luego, trascurridos ciento veinte y cinco años, una *reaccion*. Para fijar el de la nueva era de nuestros días principia en la Francia regicida del siglo pasado. En su virtud, ved cómo aún estamos distantes de los ciento veinte y cinco años, que suceden al 1789; mas este curso de años se cumplirá puntualmente: el número indicado por él es fijo y fatal, naciendo de las leyes generales de la vida de los pueblos; vednos por consecuencia en plena cábala en el siglo XIX (2).

¡Oh crueles incrédulos! Rompen el dogma de la Providencia divina porque (dicen), constriñe la Providencia el hombre á sus fines, no dejando ser libres á las naciones; al dogma de Dios substituyen así el dogma terrible del destino. Ahora bien; ¿deja el destino á los pueblos la libertad? Los antiguos Romanos admitían el destino ó el hado; pero lo consideraban sometido á Dios, convirtiéndolo en un ente de segundo órden que se hallaba entre Dios y los hombres, no quedando así extinguida la humana libertad. El hado, en efecto, en cuanto de Dios procedía, no resultaba íntegro, obteniendo solamente su objeto propio cuando los hombres obraban segun él. De aquí las frases *accipere se omen, prodigia*

(1) P. Mantegazza. *Le nascite per mesi degli uomini illustri*.

(2) G. Ferrari: *Teoria dei periodi politici*.

auscipere, accipere augurium (1): lo cual demuestra que aquel hado era mitigado y no absoluto, como los mitólogos y los poetas griegos lo habían discurrido. ¡Qué hacen por el contrario los modernos incrédulos? QUITAN á Dios: como primer dominador del hombre y de la historia civil, ponen con palabras más ó ménos claras, el hado ó el destino, destruyendo así la libertad de los individuos, como en general la de los pueblos.

Son los Macbeth de la hermenéutica social.

¡Insensatos! ¡Bárbaros! ¡Acaso el hombre, á quien aclamais libérrimo, lejos de ser libre, nace siervo? ¡Es el consuelo y la grandeza moral que nos dáis al fin de nuestros estudios? Nos negásteis á Dios, como si nos robase la libertad; y nos hicisteis caer con vuestra férrea necesidad en la servidumbre. Dadnos á Dios, crueles, dadnos á Dios. La naturaleza humana se rebela, gritando con la lengua ardiente de Jaque-lot: «Dios creó el Universo para su gloria; por tal razon creó al hombre libre, á fin de que fuera capaz de glorificar á Dios y lo reconociera en sus obras. Un sér inteligente, siendo la obra de Dios más perfecta, carecería de algo para su propia perfeccion y algo faltaría para la misma perfeccion del Universo, si no pudiera elegir el bien, como puede elegir el mal, y si no estuviera dotado de libertad.»

Uno de los más elocuentes pasajes de Shakspeare en la tragedia de Macbeth, es el simulacro del puñal que se destaca en la pared tenebrosa y da vueltas ante los ojos del matador; siente caer en su alma la sangre de su víctima, se hiela, erízanse sus cabellos y ninguno de sus miembros está firme.

El puñal con que los incrédulos dieron muerte al dogma de Dios, fué asimismo el pretexto de la ofendida libertad. Ahora bien; este puñal aparece de nuevo á los ojos de los incrédulos, da vueltas delante de ellos, los desanima, los condena, y casi les dice: «No Dios, sino vosotros sois los tiranos de los pueblos.»

¡Oh necio de mí! Había principiado riendo; estaba dispuesto para la diversion y la fiesta. Pues contemplad qué diversion y qué fiesta es la mía! El puñal, la sombra del muerto, y los verdugos desalentados porque les reprochan su delito. No se hable, pues, más de alegría, porque aun los enemigos, desesperados de su salvacion, hacen llorar. Mejor es que me resigne á la irritacion.

El presente aspecto, en que agitamos el problema, no ménos que los anteriores ventilados antes, nos dan el pleito ganado: creen los incrédulos en demasía y razonan demasiado poco. Relativamente al curso

(1) Plinio, XXVIII, 2, v. 4.—Livio, 1, 7; 20; XLIII, 13, n. 6.

de los acontecimientos humanos, quitando la guía de Dios, mientras no saben explicarla, todo lo fuerzan y lo contristan. No mudo, señores, mi proposición, sino que la confirmo: los incrédulos en la historia pervierten la espontaneidad: son los Macbeth de la hermenéutica social.

¡La civilización! Miserable sería el filósofo que la juzgase nacida casualmente y sin preparación. Tres cosas concurren á engendrarla. Primeramente y de lejos asómase la naturaleza, que la reunión es de los séres y el hervidero de la vida física; viene más de cerca en segundo lugar el hombre, criatura racional y libre, declarado príncipe de la tierra; en tercer lugar (y esto es trabajo del presente día), saca á relucir la historia, la cual es la explicación de las fuerzas humanas dentro de la condición social. Ahora bien; por el movimiento de tales tres actos, y aplicando estas tres partes, germina la civilización. En su virtud, la civilización es cosa muy diferente de una flor que brota en inculto sitio estéril, más que en un jardín: ¡cuántas fatigas, cuántos peligros y cuántas vigiliass cuesta! ¡Con cuántas lágrimas, mezcladas con las alegrías fugitivas, se fecunda su seno!

Es más difícil, señores, esta otra cuestión. ¿Es la civilización sólo hechura del hombre, ó entran otros igualmente á crearla?

Los principios por nosotros sentados os dan prontísimo la contestación: la naturaleza existe por Dios, el hombre por Dios y la historia en sus altos fines moderada es Dios: por consiguiente, no puedo, sin Dios, concebir la civilización. Concedamos lugar amplísimo al arte humano, que halla los modos de la existencia, creando las costumbres, y disponiendo la estructura de los gobiernos y de las ciudadanías; si no inventa los primitivos elementos de la vida, sino que los recibe, originalmente se reconoce producto de un ordenamiento divino, por lo cual con Alighieri diremos «que el arte es casi nieto de Dios.»

Advierto la ira de los incrédulos y siento sus repulsas. ¿Y bien? Suprimamos la disputa sobre los orígenes, pasando á otra que sigue, muy debatida. Tomemos la civilización como un simple hecho: ¿puede, sin Dios, conservarse, ir en aumento y crecer? ¿Qué nos demuestra la experiencia? ¿Existe Dios ó no en la civilización de la tierra?

«Agradabilísimo, escribió el Stagirita, es ver una cosa dentro de otra (1).» Se logra el placer de la imitación. Nosotros, creyentes en Dios, hacedor y padre de los hombres, experimentamos tal placer, consiguiéndolo variable é infinito, por decirlo así. La civilización es luz; en

(1) Aristóteles, *Poética*, 2.

el hombre en cuya mente irradia el saber, iluminando á los ciegos y amaestrando á los idiotas, vislumbramos un sello de Dios, el cual creó la luz, y separó la noche del día, con lo cual cesó el caos turbadísimo. La civilizacion es belleza; en el hombre que al mundo hermosea con el toque de sus manos é inventa las artes graciosas, descubrimos una repeticion de Dios, en el cual consisten los tipos de lo bello, brillando el sol y las estrellas por la sonrisa de su faz. La civilizacion es amor; en el hombre que férvidamente ama, enardeciendo con sus llamas á todos los séres, saludamos el corazon de Dios, tan ardiente y de bondad tan inmensa que para comunicarse á sí propio se derramó, digámoslo así, por el espacio con la maravilla del jóven universo. La civilizacion es igualmente potencia y virtud; cuando vemos que domina el hombre la materia bruta; que embota el furor de los elementos llevándolos domados á sus pies; cuando vemos que se sobrepone á su propia enfermedad combatiendo las pasiones nécias y purgando la tierra de mónstruos tan horribles, nosotros sentimos que prorrumpe del alma este grito gozoso: El Creador espéjase y casi se multiplica en el hombre, su dulce eriatura; el original está en el cielo; su copia parlante y viva está en el curso de los siglos.

¡Son sueños los nuestros! ¡Son fábulas, señores míos! Segun los incrédulos, la civilizacion subsiste por sí, no necesitando un modelo celestial, ni una intervencion divina. Si la civilizacion es una flor y el mundo la pradera donde despunta, bastan las aguas del humano espíritu para nutrirla, y bastan los céfiros del mundo para acariciarla.

Demasiado creen murmurando así, y razonan poco.

Hay cosa peor, porque ¿sabeis á qué condiciones impulsan el proceso de la civilizacion por efecto de su credulidad y de su lógica desgraciada? Debo revelároslo aunque me horroriza la cosa.

Dejé las praderas herbosas del doctor Fausto; dejé los campos que velaban las sombras de la noche, por las cuales el alma llénase de una secreta reverencia é ignoro de qué piadosos presentimientos. Ahora ha entrado de nuevo en su estudio, siguiéndole un perro grande, de mucho pelo, que descubrió en medio del campo. No bien penetra en el gabinete, aquel perro grita y da grandes ladridos. ¡Le llamo perro! El doctor Fausto se vuelve, viendo aquel perro trasfigurado en un hombre. Es un hombre elegantísimo y da gusto verlo: es elegante como un jóven hermoso; lleva chupa de óscarlata con listas de oro, capa de rígida seda, pluma de gallo en su sombrero, y un espadon afilado pendiente de su izquierda: aparece así, haciendo sus inclinaciones y saludos. «¿Quién eres tú?» pregunta Fausto lleno de terror. «¿Eres hombre vivo ó larva.» El responde: «Soy el espíritu que continuamente niega. Me impele»

un odio eterno al mundo, é hice ya no poco para destrnirlo: empero no he sabido hacer propiamente gran daño á esta condenada raza de los hombres y de los animales. Empero llegará un dia favorable en el cual la reduciré á pedazcs.—Eres por consecuencia, exclama Fausto, de raza internal.—Lo soy.»

Volfango Goethe, en el más caprichoso de todos los dramas modernos, al lado del doctor Fausto pone á Mefistófeles, el diablo. Sin embargo, entre mil extrañezas y superfluidades nos significa una cosa muy grave, á saber, el hombre cogido en las redes y llevado como vil muchacho por el génio del mal,

Teniendo á su lado al espíritu seductor, abandona Fausto su casa y va dando vueltas por el mundo.

Van en Leipsig á la cantina de Auerbach, codeándose con hombres panzudos y bebedores, haciendo iniquidades vergonzosas; meten la nariz en la cocina de una maga; pasean por jardines y ciudades como lo suelen hacer los necios desafiando y entonando canciones lascivas; se acercan á las puertas de las casas, contaminando la inocencia de las jóvenes, penetran en un palacio real, donde se tratan con agitadores y ruines consejeros; visitan los laboratorios, donde repiten sus ridiculeces é indecencias; dan vueltas aquí y allá entre las personas cada vez de manera peor; una procesion de insanos espíritus, gracias, furias, esfinges y sirenas los siguen por todas partes; la podredumbre derraman en todos los sitios que atraviesan.

Omitimos el bajo lenguaje del literato tudesco, y trasladamos nuestros personajes del drama á los órdenes de lo real. Hablo de los incrédulos. Creen poder conseguir que prospere la tierra sin Dios, y con detrimento de la religion: pues bien; así como el espíritu del mal impele á Fausto, arrastran del mismo modo los hombres á la desolacion. Relativamente á la civilizacion asesinan los elementos de la vida: son los Mefistófeles de las naciones.

Entran en las casas particulares: van allí donde meciendo está la madre á su hijo, y le dicen: ¿Quieres que tu pequeño infante crezca, llegando á ser un hombre que dé alegría? Corrige la educacion vieja; prescindé del nombre de Dios; no menciones á los santos ni á la Virgen, y no familiarices al niño con la oracion, para no convertirlo en un fraile anticipadamente: amaéstralo por el contrario y agítalo con los potentes nombres de patria, de nacion, de progreso y de libertad.

¿Creen que la sabia y magnánima educacion se forma de veras así? Tienen más fe que yo. Bello es el nombre de patria; pero la patria terrena sin el dogma de la patria celestial, ¿no empequeñece acaso el alma funestamente, viniendo á ser una cárcel? Bello es el progreso y

bella la libertad; pero ¿hay acaso progreso sin virtud, ó cabe la libertad sin la idea del deber? Ahora bien; ¿no se nos ofrece ante todo la religión para la escuela del deber y de la virtud? Creen por consiguiente demasiado y razonan poco, porque, queriendo extinguir la religión desde un principio, apagan en el corazón del niño el culto de la patria, del progreso y de la libertad.

Vuelven los incrédulos á las casas particulares; adversarios como son de la vida casera y sosegada, se insinúan del siguiente modo en los oídos de los jóvenes: «¿Por qué seguís pegados á la falda materna? ¿Por qué no sabéis dar un paso más allá de las huellas de aquel decrepito vuestro padre? Romped el yugo que os degrada, y salid fuera. ¿Quereis ser ciudadanos vigorosos y grandes? Haced que independiente sea el alma vuestra de todos y adiestraos en el mando. Servísteis bastante; avergonzaos.

¿Piensan con tal provocación convertir á los jóvenes en grandes y fuertes ciudadanos? Tienen más fe que yo. El mundo, plaza ó no, vive de respeto recíproco y de vínculo amoroso; más ellos, cuando los jóvenes lo necesitan, más les excitan á que desprecien el primero de los respetos, é infrinjan el primero de los vínculos amorosos, cuales son los que unen á los hijos con sus padres. Una vez dispada la vida casera, disípase la vida de la sociedad. ¡Quiéren con la independencia moral de todos hacer ciudadanos vigorosos y grandes, disponiendo los ciudadanos para que sepan mandar! Empero, quitada la obediencia, ¿puede subsistir el ciudadano? ¿Comprendeis un pueblo, en el cual no se conozca la virtud de la obediencia? ¿Puede ser hábil para mandar el que no sabe obedecer? Creen demasiado y razonan poco.

Observemos otra vez á los incrédulos dentro de la familia. Los esposos que se dan la mano en el altar de Dios, son objeto para los tales de irrisión cruel. ¡El sacerdote que bendice el matrimonio y lo registra en los libros de la parroquia! ¡No basta el alcalde para que tome acta? La esposa es consagrada, á fin de que se conserve como una monja. ¡Oh! Sería mejor abrir un poco la puerta de la casa é introducir en ella las dulzuras de los amigos.

Negando la bendición á los matrimonios y reduciéndolos á simple contrato civil, ¿piensan los incrédulos aumentar la dignidad de la mujer y la santidad de los esposos? Tienen más fe que yo. El matrimonio, si el espíritu no interviene y no lo guía, es un asunto de sentidos y de carne únicamente: ahora el espíritu sale de tan bajas envolturas, sube á región más serena y pide la bendición de Dios. Del mismo modo, ¿se debe creer que consiguen las dulzuras cordiales abriendo la puerta de la casa á las amistades del mundo, á los admiradores y á los pisa-

verdes? Tienen más fe que yo. ¡No saben los celos, las sospechas, los rencores y las iras infernales que los galanteadores y las mujeres débiles causan á las familias? Creen demasiado, y razonan poco.

Tales son los incrédulos: dando vueltas de la madre al hijo, del hijo al padre, del esposo á la mujer y de la mujer al galanteador, asesinan los elementos de la vida: son los Mefistófeles de las naciones.

Empero sigámosles en carrera más vehemente.

Van á la redaccion del periodista, y dicen: Hierro y fuego: combatid á los sacerdotes, declarad moribunda la existencia de Dios é inclinad al proceder de los incrédulos la opinion pública con la prensa diaria. Van á los gabinetes de los ministros de Estado, y dicen: Debeis principiar las reformas políticas por las negaciones religiosas: preseedid del *Credo*, aceptad la libertad de conciencia y libremente contribuireis al nuevo gobierno del pueblo. Van á las asambleas legislativas, y dicen: Valor, señores Diputados: votad por último el *Delenda Carthago*: abajo el Papado y abajo la Iglesia: el mundo civil obra por sí, habiendo concluido la edad de los tutores. Van á las reuniones nocturnas, y dicen: Fuertemente ordenémonos en sectas y en facciones: aun dominan los tiranos del mundo: destruyamos nosotros á los déspotas, y ocupemos el dominio de las cosas.

Hierro y fuego han gritado los frenéticos, ¿qué otra cosa puede haber sobre la tierra sino hierro y fuego con periodistas que palpan ó decantan la incredulidad, con ministros de Estado que aceptan ó proponen las negaciones religiosas, con diputados políticos que las ponen en práctica, y con sociedades secretas que van forzando los espíritus y subvirtiendo el Estado? Asesinan los incrédulos en la civilizacion los elementos de la vida: son los Mefistófeles de las naciones.

¡Oh! ¡De qué razonamiento tan cruel están dotados estos frenéticos! Cambian el mal con el bien, y el bien con el mal, haciéndolo así por creer groseramente.

Creen que para conseguir que florezca la civilizacion basta el movimiento industrial y mecánico. ¿Cuál es en su virtud su discurso perenne encendido? «Las empresas de ferrocarriles, la cuestion del metro, la economía del combustible, las asociaciones protectoras del tráfico, las construcciones navales, la libertad de los seguros marítimos, las nuevas líneas del comercio universal, el canal de Suez, el istmo del Panamá, las grandes asociaciones de capitales.» y decid vosotros lo demás. Apreciadísimas son todas estas cosas y muy útiles, ¿quién lo niega? Empero ¿no sería bueno promover en los presentes un poco más de buena fe, que es el alma de los contratos, un poco más de justicia que es la vida de los individuos y de los pueblos, un poco más de predominio

moral sobre el interés y el dinero, un poco más de libertad del espíritu sobre la materia? ¿No se curan de tales prerogativas, que levantan el hombre más allá del mismo movimiento industrial y mecánico? ¿O piensan cuidarse de ellas declamando entretanto contra la religión, como actores poseídos? ¿Quieren que la virtud emane de la materia, como se saca de la crisálida la seda y el carbon fósil del monte? Razonan con verdadera crueldad; creen groseramente.

Piensan que para producir en la gente las buenas costumbres, y para establecer el orden de los deberes, bastan las modernas literaturas y la ciencia. Por lo tanto, ¿qué se puede temer si en las escuelas se rasga el catecismo católico? Haced literatos á los hombres, con lo cual los tendreis moralmente discretos y honrados. ¡Cuánta fe! ¡Fiar las buenas costumbres á la literatura cuando más domina la incredulidad! Un vivo inculto levanta el látigo contra estos credulones plebeyos y contra estos razonadores estúpidos, azotándolos con toda razon. Pregunta: «¿Qué es la literatura en el tiempo en que vivimos? ¿Acaso no es verdad que debe la fama que aún posee á nuestras costumbres tradicionales, y á nuestro culto de recuerdos? La literatura perdió su corona. Este cetro poseído solamente antes por las almas poéticas, vino á ser hace algun tiempo un diploma que cayó en el dominio público, desdeñado por todos los hombres de inteligencia poderosa, y usufructuado por algunos caballeros de industria, los cuales procuran hacer creer en la superioridad de su ingenio por la consideracion de que no son buenos para nada... Empero, ¿no es tiempo de que no seamos engañados más por estos séres cómicos? Nos hablan de patria, de familia, de trabajo, y de propiedad. Ahora bien; reconocemos en esta suprema villanía á la moderna literatura. A fuerza de manejar la corrupcion, concluyó por corromper á los literatos. Mostradme, si podeis, conciencias más venales, espíritus más indiferentes, y almas más corruptas que en la casta de los literatos. ¿Cuántos conoceis que hayan conservado incólume la virtud? ¿Quiénes son los que introdujeron, de treinta años á esta parte, la relajacion de las costumbres, el desprecio del trabajo, el disgusto del deber, y el ultraje á la familia? Son los literatos. ¿Quién recibió dinero con más impudencia de la caja de los fondos secretos? ¿Quién sedujo más á las mujeres, bastardeó á la juventud, y excitó la nacion á toda clase de disoluciones? ¿Quién dió el espectáculo de las apostasias más desvergonzadas? ¿Quién abandonó más villanamente á los príncipes, despues de haber mendigado sus favores? ¿Quién se reúne más solícitamente todos los dias para la «contrarrevolucion?» Los literatos, siempre los literatos. ¿Qué les importa la santidad de la religión? ¿Qué les importa la gravedad de la historia? ¿Qué les importa la severidad de la

moral? Ellos, como hijos sin reputacion, pasan de la legitimidad á la usurpacion, de la monarquía á la república, de la política al socialismo, y del ateísmo á la religion. Todo para ellos va bien, con tal que obtengan renombre y dinero. ¡Qué sed de distincion! ¡Qué furor de gozar! ¡Qué hipocresía sobre todo! ¡Elegidlos, ciudadanos, elegidlos para que os representen! Aduladores del pueblo, aduladores de la clase media, aduladores de los reyes, ensalzadores de todos los poderes, siempre prontos á encontrarse donde se come, lo que piden á nombre de la patria, del trabajo, de la familia y de la propiedad, es oro, lujo, voluptuosidad, honores y mujeres (1).» La casta de los literatos da vueltas en pos del oro, del lujo, de la voluptuosidad, de los honores y de las mujeres; su peculiar estandarte es la hipocresía; ¿y señalan los incrédulos á los literatos como si fueran los príncipes de la pública moralidad? Razonan con verdadera crueldad, y creen groseramente.

Green que la futura paz del mundo, la paz que idolatran en su cerebro perturbado, y de la cual se hacen profetas, se obtendrá firmemente sólo por medio de la razon, á despecho de la Iglesia y sin el concurso de los sacerdotes. Empero si nosotros, á fin de juzgar creíble la profecía, les pedimos una prueba de semejante paz futura, ¿cómo, señores, nos contentan? ¿Os la promete acaso el mundo, que debe gozarla felizmente? Miro á los políticos: ¿cómo discordan entre sí! ¿Cómo recíprocamente palidecen por la envidia y se atacan! No pasa esto sólo entre los políticos de nacion diversa, sino entre aquellos que encierra una sola pared y un sepulcro únicamente. Miro á los filósofos y á los escritores. Guizot y Thiers, historiadores positivos, ¿qué piensan de las historias de Michelet y de Lamartine? ¿Qué piensa Cousin de La Mennais? ¿Qué piensa Ponsard de Victor Hugo? ¿Qué juicio forma Saint Beuve de Janin? ¿Qué opina Scribe de Alejandro Dumas? Estas señores no se hacen mutuamente cumplimientos, sino que se miran de mala manera y se combaten. Miro aquellos hombres que asumen el carácter de sociales. Enfantin, Bazard y Rodriguez vibran los puños, disputándose la forma testamentaria de Saint Simon, el *neocristianismo*. Entre tanto Fourier con sus hombres y con otros «sansimonistas,» se declaran *anticristianos*. Pecquer no quiere religiones, sino la *república de Dios*. Los «semicomunistas» defienden la confesion de Robespierre. Cabet y los Icarianos oscurecen por sus incrédulos extravagancias á Fourier y á los «falansterianos,» Villegardelle se presenta hostil á éstos. Leroux y los humanitarios hacen secta aparte. Luis Blanc, copiando en parte á Babeuf, constituye otro fragmento de sectarios; el mismo Blanc, cuando

(1) Proudhon: *Ideas revolucionaires, Systeme des contradiccions economicas*, tomo II.

en 1818 se sienta en los escaños del Luxemburgo, hace que acompañen á Cabet á la frontera como si fuese un loco. ¡Qué amistad! ¡Qué dulces apretones de manos! ¡Qué magnífica prueba de la futura paz del mundo! ¿Es que los incrédulos esperan la paz de la incredulidad propia y de la universal? Razonan con verdadera crueldad y creen groseramente.

Goethe, habiéndose hecho copista del libro de Job, bosquejó en sustancia un desaffo entre Satanás y Dios. Empero así como en aquel sublimísimo de los volúmenes de la Biblia, Satanás, conseguida la permission de lo alto, procura con malas artes tentar la fé del Idumeo, no consiguiéndolo, por lo cual obtienen gloria el Señor y su siervo humilde; en la tragedia del aleman, Satanás, logrado el permiso para tentar á Fausto, lo hechiza, lo postra y hace estragos en él, por lo cual finalmente se jacta de haber salido del reto con victoria.

Si el doctor Fausto representa al hombre contemporáneo, y si el Satanás de Goethe retrata el espíritu del siglo XIX, tiemblo por mi patria y por mis tiempos. Sigue ahora la gran lucha del hombre civilizado con el demonio. ¿Qué se dirá de nosotros cuando haya terminado la prueba? ¿A dónde vamos nosotros, hijos tan pomposos del progreso y de la cultura?

La fantasía pintoresca de un jóven se apoderó del pensamiento este y compuso con él una vision dramática. Elevó así la descripcion del mundo moderno á las alturas del estilo elegiaco.

El jóven bien educado, cuya relacion referimos, entró una noche en una tertulia señorial, en la cual se presentaba de cuándo en cuándo, y donde se había difundido la voz de su poético trabajo. Ahora bien; presentarse allí y ver fijas en él las miradas y los ánimos de los circunstantes, fué una misma cosa, preguntándole todos: «Ha traído usted sus comentarios de Goethe?»

«No los he traído, aún cuando ya los terminé. ¿A qué fin los hubiera leído aquí? No constituyen ustedes de ningun modo academia.»

«Sentimos gran comezon de leerlos... Aun conversando, deseábamos vivamente aprender. ¿Cuál es (sírvasse decirlo) su interpretacion de aquella estupenda tragedia de Goethe?»

«Si debo decirloslo, señores, para mí el doctor Fausto, que da nombre á la tragedia, es sólo uno de aquellos jóvenes de la época presente, despues que han terminado los estudios, los cuales saben algo de todo: un poco de filosofia, un poco de geografia, un poco de jurisprudencia, un poco de medicina y un poco de botánica; pero que, poseyendo apenas el alfabeto de la ciencia y sin principios estables, van á saltos, prontos á romperse la cabeza donde los lleve la pasion ó la coyuntura; por otra parte, Mefistófeles es nuestro siglo, el cual, confiando sólo en sí, lleno

de soberbia y muy caprichoso, tira del vestido al joven haciéndole pronto salir de su cauce. Contra Mefistófeles está el cristianismo y está la Iglesia, la cual dice: El joven es mío. Empero Mefistófeles, ó el siglo XIX, responde á la Iglesia católica: Yerras; te mostraré en realidad que el joven moderno me pertenece. Es un desafío, el más soberbio de todos, en el cual el siglo triunfa á despecho de la Iglesia. Hé aquí mi comentario referente al drama de Goethe.»

«¡Oh, qué interpretación tan enfermiza! ¡Nuestro siglo es el diablo!»

«No afirmo que lo sea, añadió el joven bien educado; afirmo que lo es nuestro siglo en la mente de Goethe. ¡Oh! teneis de continuo en las manos la tragedia del Fausto, que llamais estupenda, ¿y no procurais explicar su sentido? Quitad la interpretación que yo he dado, y quitad todo símbolo pertinente á los tiempos actuales: entonces la tragedia del Fausto viene á ser necia, y Goethe es un hombre nebuloso de la Edad Media.»

«Si es así, respondió murmurando una señora tragándose un poco de amarga saliva, si es así, espero lo que deba sucedernos á nosotros, pobres vivos, al concluir el siglo XIX. Vamos ciertamente mal en brazos del demonio. Esto me recuerda el *Dies irae... Solvet saeculum in favilla.*»

«Está usted en lo cierto, contesto el joven. Podría usted terminar así la estrofa: *Solvet saeculum in favilla, teste David cum Sibylla.* Lo cual sea dicho sin profanar las frases sagradas. Para Goethe, los dos testigos son Mefistófeles y Fausto.»

«Empero adelante; ¿os hiera los nervios que se hable del diablo? Dejemos al demonio, tomando á los endiablados, lo cual es lo mismo: dejemos á Mefistófeles y atengámonos á Fausto, que bebe todo su veneno. Señores y señoras mías; Goethe expone un desafío, un desafío moderno, un desafío del genio del mal con el genio del bien, sobre lo cual no hay duda. Ahora bien: en su sentir, en el desafío sale vencedor el genio del mal y prevalecen los incrédulos sobre la Iglesia. ¿No escuchais sus himnos triunfales?»

«Imaginé yo esta victoria del mal que me viene indicada por Goethe de un modo abierto; me lancé pronto en medio del siglo XX, y desde allí retrocedí para mirar: del siglo XIX ya consumido, recogí el rumor que lo llenó; recogí los sonidos de sus grandezas y de sus últimas desdichas; ante aquellos prójimos nuestros futuros, puse á los incrédulos para que cantaran la Iliada de la Iglesia abatida, y de la sociedad civil deshecha.»

«Cántenos usted, nuevo Homero, cántenos las desdichas de nuestra Troya incendiada.» Esto pidieron todos en aquel salón alegre.

«¿Debo por consecuencia complacerles? exclamó el joven levantán-

dose é irguiéndose; sé de memoria mi poema. Les voy, por tanto, á complacer.»

«Los incrédulos despues de luchar con los creyentes, y desbaratarlos, se juntan en un gran convite, y circundados por los hombres del siglo XX, incrédulos también, dicen: Finalmente la victoria es nuestra: nosotros nos dispusimos á dar una prueba de hecho para nuestras teorías de devastacion social, y la prueba fué terriblemente dada.

«Hemos probado que los hijos educados sin el debido respeto á sus padres, forman la cruz de la familia; salidos fuera de su casa, caen primero en los lazos de los agitadores, y forman despues la cruz de la sociedad.»

Hemos probado que educar la mujer á fin de que sólo sea buena para el piano, para el baile, para leer novelas, para adornar su cabeza, para perfumar su persona y para sonreír á sus adoradores, equivale á extinguir la fortaleza y el honor del sexo femenino: siendo la consecuencia que, faltando la mujer, faltaron las buenas costumbres.

Hemos probado que impeler á la plebe para celebrar el domingo yendo sólo en los coches del ferrocarril, presenciando las representaciones teatrales, haciendo ir furiosamente sus hijos á los ejercicios gimnásticos, alejando así de la Iglesia hombres y mujeres, viejos y jóvenes, fué destruir aquel resto de creencias públicas que seguía siendo una defensa contra el ateísmo y la impiedad.

Hemos probado que la sed del oro y la concupiscencia del placer era en sustancia el fin del nuevo y brioso progreso; hemos probado además que cuando la sociedad loquea en poder de los dos mónstruos, el oro y el placer, no puede subsistir; sórdida, agitada, sin fibra, sin virginidad é impotente, se pierde.

Hemos probado que el inmenso periodismo generalmente sin freno ni pudor, dado para iluminar las mentes y dirigir los pasos de las muchedumbres civiles, sume por el contrario en las tinieblas y desvia: las generaciones de los periodistas gritan y no razonan; vociferan y no crean.

Hemos probado que, apartándose del Evangelio, la ciencia moderna es hipocresía, la libertad una máscara de tiranía, y la caridad de los filántropos envidia.

Hemos probado que las sectas corrompen los ánimos y preparan la ruina de los Estados.

Hemos probado que los solemnes llamamientos hechos al trabajo, á la redencion de la plebe y á la nivelacion de todos los derechos de los ciudadanos, eran otros tantos llamamientos dirigidos á la rebelion y á la anarquía.

Hemos probado que los gobiernos contruidos sobre la móvil arena del vulgo, al viento impetuoso de la pública opinion, sin que los eternos principios le sirviesen de piedra de fundamento, viven una vida de riesgo contínuo, de fatiga enorme y de infalible decadencia.

Hemos probado que no se quiere á Dios á fin de restablecer los ídolos, ni á la Iglesia á fin de renovar las castas,

Hemos probado que cuantos templos se cierran, tantas orgías se abren; que cuantos conventos y monasterios se vacían otros tantos edificios de locos y otras tantas cárceles se llenan.

Hemos probado la potencia mortal de las exageraciones: hemos probado que el materialismo mata la razon, el liberalismo la libertad, el socialismo la sociedad, el comunismo la comunidad, y el hombre, señor absoluto del mundo, la humanidad.»

Terminada esta terrífica cantinela, el jóven sin tomar aliento, se dirige á la tertulia y dice: «Os he explicado la tragedia de Goethe advertid que es tragedia y que se cierra con la catástrofe. El siglo XIX va por consiguiente á morir como una Troya incendiada; me llamásteis un nuevo Homero, y está bien. Os he cantado una estrepitosa *Iliada*. Empero vosotros, almas electas, los contados que os salvásteis del incendio contemporáneo, haced que á Homero suceda Virgilio, á fin de cantar la nueva fundacion de Roma.»

El último aspecto, en que nos pusimos á dilucidar el problema, no se diferencia de sus otros lados, y nos da lo mismo siempre. Más que la fe, falta hoy la razon. Los incrédulos, que protestan quieren hacernos felices con su escuela, poco realmente razonan y creen demasiado; despues de concluido su trabajo, gloriándose de su propia fuerza, se desmienten á sí mismos. Relativamente á la civilizacion, asesinan los elementos de la vida: son los Mefistófeles de las naciones.

Es una magnífica sentencia de Portalis: «La fe se ciñe á ocupar el puesto que ha dejado vacío la razon, y que la imaginacion llenaría peor.»

Yo, arengando contra los incrédulos, os dí en dos conferencias la demostracion de tal verdad.

En la primera conferencia vimos esto.

Carecen de razon en las cuestiones de la naturaleza: el puesto aquél dejado vacío por la razon, es ocupado por la fe: por creer demasiado cambian el ente con los fenómenos.

No tienen razon en las disputas filosóficas relativamente al hombre; aquel puesto dejado vacío por la razon es ocupado pronto por la fe: por creer demasiado cambian entre si torcidamente las propiedades personales.

En la segunda conferencia vimos esto además:

Carecen de razon en la ciencia de las indagaciones históricas; el puesto vacío por la razon es ocupado tambien por la fe: por creer demasiado pervienten la espontaneidad en la historia.

Carecen de razon en el trabajo de la civilizacion, donde asimismo el puesto que va dejando vacío la razon es ocupado de nuevo por la fe: por creer demasiado asesinan los elementos de la vida.

Hé aquí, por lo tanto, señores, la fe triunfante: refiérome á la fe plena, íntegra, absoluta, tan dócil, tan obediente y tan fervorosa que se une á la imaginacion más adornada, viniendo á ser una misma cosa con ella. Imaginar para los incrédulos es lo mismo inmediatamente que creer, así como creer equivale á imprimir en el alma el ímpetu y el incendio, producido por la imaginacion. ¿Por qué me hablan de no creer? Se cree por el contrario, en demasía: abunda la fe y no la razon. Nuestro problema queda ventilado así. Casi me transporto con el pensamiento á lo más hondo de los tiempos de la Edad Media, paseando con aquellos vetustos creyentes, que iban procesionalmente por la Europa, divididos en compañías de gritadores y flagelantes, encontrando que reviven hoy, y grito en su virtud á los presentes: ¡Oh espíritus ocupados por la fe! ¡Templaos, y tened piedad de vosotros mismos! No os mateis.

Sin embargo, los incrédulos nos acusan á los cristianos de que creemos en demasía; protestan y juran que si de Cristo y del catolicismo se apartan, depende de que la Iglesia quiere gobernarlos á todos por la fe, quedando impedida en ellos así la virtud del razonamiento. Está bien: ellos para no creer y despues para razonar se dan á la sin razon más enorme y á la credulidad más grosera. ¡Oh incrédulos! ¡Cuánto más formidables son vuestros dogmas que los nuestros! ¡Cuánto más abstractos que los nuestros son vuestros misterios! ¡Cuánto más que la nuestra es ciega é ilimitada vuestra adoracion! Creeis en las burlas, creeis en las contradicciones y creeis en los mónstruos físicos é ideales: adorais en sustancia la nada. El dicho de Fenelon queda comprobado siempre, aun cuando el mundo furiosamente niega: «Falta en la tierra más razon que religion.»

Empero si hoy he demostrado que abunda la fe, ¿qué clase de prueba ha sido la mia? Existe la fe, sí, en nuestro siglo, y existe muchísima fe. Empero, ¿cuál estimacion merece la fe de los incrédulos?

D'Alembert aduce de otro autor una solemne afirmacion, y dice: «La incredulidad es una especie de fe completamente propia de la mayor parte de los ímpios (1).»

(1) D'Alembert. *De l'abus de la critique en matière de religion.*

Es verdad: no creyendo los incrédulos en Dios, creen en sí mismos. Ahora bien: este creer en sí detrás de la negación divina, es decir, después de haber repudiado la realidad primordial y suprema, es subvertir el orden universal de las cosas, es bastardear la naturaleza, y es desmentir al hombre mismo: en su virtud los incrédulos, negando á Dios, creen en sí mismos, no según prescribe la razón, sino según dicta la pasión. Hé aquí por qué la fe de la incredulidad es en los incrédulos una impiedad.

¡La fe incrédula es la fe impía! ¿No os enfureceis, señores?

No es que se abstenga el hombre de creer. Escribe Ausonio Franchi: «Desterrado aun lo sobrenatural divino, queda siempre lo «superinteligible» humano, á saber el campo de lo ignoto, cuya exploración no tiene fin; campo donde la razón buscará siempre un Ideal, un Dios (1).» ¡Lo conocéis? Principios recónditos, misterios y arcanos en el campo de lo ignoto persisten siempre: no pudiéndose conocer por nosotros tales arcanos claramente, porque corresponden al orden «superinteligible» y la razón á ellos no llega, se nos presentan como un objeto de fe: recordad que pasa esto «aun desterrado lo sobrenatural divino,» que proscribir no pueden los que razonan bien. Es preciso por lo tanto creer; es preciso para todos los hombres, creyentes ó incrédulos, absolutamente creer; es la fe, además de un precepto divino, una ley de la naturaleza. Empero, señores, creer sin una superior guía en cosas que por encima están de la razón, es ir á tientas y correr locamente, por lo cual nuestra disputa presente se compendia toda en esto: no pudiéndose evitar la fe, ¿será mejor que prevalezca una fe necia, ó una fe racional? ¿Es mejor que se rijan los hombres con la fe de los incrédulos, ó con la fe de nosotros los creyentes cristianos?

Queridos hermanos vendidos por la incredulidad; amadisimos míos, que sois tan propensos á creer, y que creéis demasiado: rendíos á la fe de Jesucristo. Esta es la fe que nos salva: esta fe, mientras nos circunda en el tiempo de una honrosa aureola, nos abre la vía de la existencia futura. ¡Cuánta beatitud! Decía Máximo de Azeglio á una dama genovesa, modelo de fe católica: «Dichosa usted, que tiene la felicidad de creer (2).» Y probaba que rebosaba en su corazón una vena de afecto amargo. Semejante palabra era ya proferida de su cuenta propia por otro personaje más notablemente insigne: proferíala el hombre que, según la bella expresión de Lacordaire, logró el privilegio de te-

(1) A. Franchi. *Saggi di critica e polemica*. Parte primera. *Risposta ad una corrispondenza*.

(2) Pertenece la dama á la noble familia Durazzo.

ner «movimientos sinceros;» nos referimos á Juan Jacobo Rousseau.

En los libros de Bernardino de Saint Pierre se ha conservado el pasaje siguiente, que arroja brillante luz en quien sufre por incrédulo las melancolías y las agitaciones del corazón:

«Estaba yo de viaje con mi amigo por Suiza... Llegados á la orilla del río, atravesamos el lago con mucha gente que conducía la devoción al monte Valeriano. Juan Jacobo me guió entonces hácia un eremitorio, donde le constaba que nos darían hospitalidad. El frailecito que nos abrió nos condujo á la capilla, en la cual recitábanse las letanías de la Providencia, que son bellísimas. Entramos precisamente cuando se pronunciaban las frases: «¡PROVIDENCIA QUE TIENES CUIDADO DE LOS IMPERIOS! ¡PROVIDENCIA QUE TIENES CUIDADO DE LOS VIAJEROS! Estas palabras tan sencillas y conmovedoras hicieron impresion en el alma nuestra; despues de haber orado un poco, Juan Jacobo me dijo con ternura: *Ahora experimento yo lo que está escrito en el Evangelio.—DONDE DOS Ó TRES SE HALLAN CONGREGADOS EN MI NOMBRE, ALLÍ ME HALLO YO EN MEDIO DE ELLOS.—Hay aquí un sentimiento de paz y de dicha que penetra el espíritu.* Yo, piadosamente sonriendo, exclamé: *Si Fenelon viviese, sería católico.*» Entonces él, como arrebatado y fuera de sí, con lágrimas en los ojos, respondió: *¡Oh! Si Fenelon viviese, procuraría ser su lacayo á fin de llegar á ser su camarero.* Desde allí nos introdujeron en el refectorio, donde sólo nos sentamos á fin de asistir á la lectura, en la que puso Juan Jacobo una gran atención. Versaba sobre la injusticia de las lamentaciones del hombre. Terminada la lectura, Juan Jacobo me dijo con voz profundamente conmovida. *¡Ah! ¡Cuán felices son los que creen! (1).»*

¡La felicidad de la fé! Es el grito del alma humana: es el cántico de victoria en los adoradores de la cruz, cual es el sollozo de los miserables renegados.

En su virtud, reformaos, incrédulos, si os deleita la felicidad del creer; sólo teneis que mudar la direccion de vuestra fe. Dejad la fe del hombre, abrazando la de Dios.

Creed en Dios, la entidad máxima: el todo ó la nada. Empero vemos no es la nada; nosotros mismos somos algo, aunque nos levantemos renegándolo: si es el todo, no le demos un origen ciego; hagámosle acertadamente salir de allí, donde se halla la eterna fuente inteligente y operante del sér. Creamos por consecuencia en Dios creador del universo y del hombre. Creamos en la divina revelación conservada incólume en el pueblo, fiel á Dios y difundida como riachuelos entre todos los

(1) Bernardino de Saint Pierre. *Studi della natura.*

antiguos pueblos. Creamos en Jesucristo, verdadero Dios descendido en nuestra carne, libertador de las almas humanas de la servidumbre de la culpa, fundador de la Iglesia cristiana.

«Yo, escribe Francisco Guizot en su testamento, sirviéndome del libre exámen para lo cual me autorizó la religion en que nació, examiné cayendo en la duda. Creí que tenía el espíritu suficiente fuerza para resolver los problemas pertenecientes al universo y al hombre; creí que la voluntad humana tenía fuerza suficiente para regular la vida del hombre segun su ley y su fin moral.

Empero despues de haber mucho tiempo vivido, obrado y pensado, quedé y estoy convencido de que ni el universo, ni el hombre pueden ser explicados y regulados naturalmente por sí mismos, por la sola virtud de las constantes leyes que presiden y de las voluntades humanas que obran.

Ahora tengo yo una fe profunda en que Dios, creador del universo y del hombre, los rija y conserve, ó los modifique mediante leyes generales, que nosotros llamamos naturales, y mediante actos especiales que llamamos sobrenaturales, es decir, por su perfecta y libre sabiduría, así como por su poder infinito, que nosotros podemos fácilmente reconocer en sus efectos y en su esencia...

Creo en Dios; lo adoro sin intentar comprenderle. Lo veo presente y en sus obras, no sólo en el régimen permanente del universo y en la vida íntima de las almas, sino en el estado de la sociedad humana, sobre todo en el antiguo y en el nuevo Testamento, monumentos de la revelacion y de la accion divina que se nos manifestaron con la redencion y el sacrificio de Nuestro Señor Jesucristo, para la salud del género humano.

Inclínome ante los misterios de la Biblia y del Evangelio, elevándome sobre los debates y las soluciones científicas, con las que intentaron explicarlas los hombres.»

Tales son los últimos acentos de Guizot, y tal su voluntad última: ¡desventurado fué todavía porque, habiendo salido de las dudas primitivas, quedó embarazado en su fe de protestante! Mas tú, hombre, que tan enemigo eres de pararte en medio del camino; tú, que vista la luz, quieres devorar su curso entero, rompe por todas partes el nudo y elévate magnánimo al vuelo de la verdad. Con el ilustre diplomático inglés, cuya reciente conversion á la Iglesia llenó el mundo de maravilla, con el Marqués de Ripon, que se sustrajo al propio tiempo á la masonería y al protestantismo, exclama: «Soy cristiano y católico.»

INDICE DEL TOMO TERCERO

PARTE TERCERA

PROBLEMAS FILOSÓFICOS.

CONFERENCIA PRIMERA.

Si puede la filosofía estar contenta del siglo XIX.

Asunto: «La filosofía no puede estar contenta del siglo XIX; porque, considerado en sus pasiones sociales, no la quiere de ningún modo; considerado en sus tendencias filosóficas, la embrolla; considerado en sus negaciones religiosas, hácela retroceder.»

«El siglo XIX, considerado en sus pasiones sociales, no quiere de ningún modo la filosofía.»—Una primera necesidad de la filosofía.—Cicerón.—Dante.—Paganini.—Guillermo Herschell.—Galileo Galilei.—Un hombre prodigio de facundia y el vocablo *filosofía*.—Los grandes momentos históricos de la filosofía traen los grandes monumentos filosóficos.—Calderón y el Autor de los *problemas*.—El siglo XIX y sus monumentos filosóficos.—El gasómetro.—La fábrica de las máquinas de vapor.—El gabinete fotográfico.—Los ejercicios de la gimnástica.—La *Bolsa*.—La prensa.—Contradicciones.

«El siglo XIX, considerado en sus tendencias filosóficas, embrolla la filosofía.»—Nada se mueve al acaso y por descuido.—El método y las ciencias.—Una observación por lo que hace al método filosófico.—Las escuelas filosóficas del siglo XIX.—Nada más magnífico y nada más verdadero, dicen los filósofos de nuestros tiempos, que lo que dijeron los filósofos de las edades pasadas.—¿Es progreso?—Los filósofos del siglo XIX, ocupados en una visita.—El filósofo *idealista*.—El filósofo *psicologista*.—El filósofo *panteísta*.—El filósofo *sensista*.—El filósofo *empírico*.—El filósofo *ecléctico*.—El filósofo *escéptico*.—¡Qué desórden!—Los golpes en la plaza.—El 1800 y la reforma filosófica.—Del *idealismo* de nuevo en el *materialismo*.—Filósofos baratos.—Una visita nuestra en Vicenza y el filósofo en el hospital.

«El siglo XIX, considerado en sus negaciones religiosas, hace retroceder á la filosofía.»—Ciencia y *finalidad*.—¿Cuál es el fin de la filosofía?—Dios y la filosofía del siglo XIX.—Un engaño; el oficio del teólogo y del filósofo.—Una cosa sin cabeza.—Dogma y filosofía.—Los amores del Autor y sus ideales peregrinaciones.—Un pensamiento de Roberto Belarmino.—Esclava y reina.

(Desde la página 7 hasta la página 41).

CONFERENCIA SEGUNDA.

Si la filosofía es la única ó suprema maestra de la cual se deba aprender la verdad.

Asunto: «La filosofía no puede ser la única ó suprema maestra de la cual se deba aprender la verdad, porque en su lenguaje es oscura; no puede, por consecuencia, transmitir la verdad de una manera pronta y clara.—En sus medios de indagación fácilmente vacila y disputa; no puede, pues, transmi-

»tir en todas partes la verdad de un modo cierto.—En su historia está llena de contradicciones y de horribles sucesos: no puede, pues, transmitir la verdad de un modo acreditado ó estimable.»

«La filosofía no puede ser la única ó suprema maestra de la cual se deba aprender la verdad, porque en su lenguaje es oscura: no puede, por consecuencia, transmitir la verdad de una manera pronta y clara.»—Hambre y sed en el orden espiritual.—Una sublime hipótesis de Lessing.—Un error grosero de Proudhon.—Ventura y una bella página de su «Curso de filosofía cristiana.»—Vicente Gioberti, que al pueblo habla desde un balcón de un palacio, y Vicente Gioberti, que habla *filosóficamente* al pueblo —¿Entiende nada el pueblo?—Platon, Ciceron, Eneccio, Wolfio, Leibnitz, Locke, Hobbes, Reid, Stewart, D'Alembert, De Gerando, Cousin, Doney, Damiron, Kant, Romagnosi, Tedeschi, Galluppi, Rosmini, Gioberti nuevamente, y sus definiciones de la filosofía.—Puntapiés y puñetazos.—El novicio de las ciencias racionales.—Los sistemas de Descartes, de Leibnitz, de Gassendi, de Bonnet, de Malebranche; y las parábolas de Jesucristo.—Luz y tinieblas.—Platon.—Marco Tulio.—Varron y las muchedumbres incapaces de filosofar.

«La filosofía no puede ser la única ó suprema maestra de la cual aprenderse deba la verdad, porque en sus medios de indagacion fácilmente vacila y disputa: no puede, pues, transmitir en todas partes la verdad de un modo cierto.»—Un grito repetido.—Una opinion de La Mennais irreformable.—De la lengua á la cabeza.—Un primer medio para inquirir la verdad.—Intelecto y razonamiento.—De las ideas innatas.—Debate y confusion.—Críticos poco felices.—De la «verdad subjetiva» y de la «verdad objetiva.»—Befas crueles y ruínas de salvajes.—La colina de Fiesole y los dos jóvenes estudiantes Tulio y Gustavo.—El mundo moral y la idea.—Una observacion histórica.

«La filosofía no puede ser la única ó suprema maestra de la que se deba aprender la verdad, porque en su historia está llena de contradicciones y de horribles sucesos: no puede, pues, transmitir la verdad de un modo acreditado ó estimable.»—Una nueva necesidad, y una nueva condicion para satisfacerla.—De la revelacion divina es toda la verdad; de los filósofos muchas contradicciones.—Pruebas históricas.—La historia de la filosofía y Dios.—La historia de la filosofía y el hombre.—Una bolsa y un verdugo.—Como los antiguos, así los modernos filósofos.—El dios de Damiron.—El dios de Gérusez.—El dios de Quinet.—El dios de Hegel.—El dios de Fichte.—El dios de Schleiermacher.—El dios de Boutraeck.—El dios de Drobisch.—El dios de Renan.—El dios de Comte.—El dios de Proudhon.—El mundo segun el sistema de Tyndall y de Draper.—La *nebulosa* que pare el *cosmos*.—El hombre de Michelet.—El fósforo del amoniaco y los *déficit* de los municipios.—Una nueva confirmacion del razonamiento.—Dos hechos constantemente observados en la historia de la filosofía.—No progreso, sino parada.—Solucion del enigma.—Dos que impicaron hace poco; Juan Jacobo Rousseau y Teodoro Jouffroy, que á los filósofos combaten.—Dos luces y una verdad.—Platon y los jóvenes.—Os esperamos mañana.

(Desde la página 42 hasta la página 81).

CONFERENCIA TERCERA.

Si el cumplimiento de los deberes se ha de dejar sólo á las fuerzas humanas.

Asunto: «El cumplimiento de los deberes no se debe dejar sólo á las fuerzas humanas, porque por lo que hace á Dios, mal cumple sus deberes»

»religiosos y le concede poco. Sólo la religion de Cristo le puede dar el »debido cumplimiento.—Por lo que hace á sí, mal cumple sus deberes »personales, porque concede demasiado á sí propio. Solamente la religion »de Cristo le puede dar la debida templanza.—Por lo que hace al prójimo, mal cumple sus deberes sociales, porque otorga caprichosamente á »sus semejantes lo mucho ó lo poco con daño comun. Sólo la religion de »Cristo le puede dar la debida distribucion de fuerzas.»

«El cumplimiento de los deberes no se debe dejar sólo á las fuerzas humanas, porque, por lo que hace á Dios, mal cumple sus deberes religiosos y le concede poco. Sólo la religion de Cristo le puede dar el debido cumplimiento.»—Ateos y escépticos presentados en mal hora.—Nobles palabras de Maret.—Religion natural.—Realidad y no tintura en la adoracion de Dios.—Culto y obras.—Los eclécticos, los deistas, los racionalistas y Dios.—Caprichos é impiedad.—Racionabilidad y belleza del culto católico.—El filósofo Saint Evremont.—El inglés Clarke.—El *Mortimero* de Schiller.

«El cumplimiento de los deberes no se debe dejar sólo á las fuerzas humanas, porque el hombre, por lo que hace á sí, mal cumple sus deberes personales, porque concede demasiado á sí propio. Solamente la religion de Cristo le puede dar la debida templanza.»—El hombre despues de Dios.—Moral perfeccion y dónde nace.—Sacudimientos, vibraciones y saltos.—Una ficcion.—Del sentido de lo concupiscible.—Vanos frenos.—Séneca, la torre del Cabo Corso, la obra *De Consolatione* y los haces de ortigas.—De la presuncion.—Una defuicion fácil y una pequeña raíz de bien.—Si sólo interviene la razon humana, con poco bien hay mucho mal.—Con Dios la humildad, y sin Dios el orgullo.—Tristes consecuencias.—Ocasion próxima de pecado.—Temeridad.—Suicidio.—La Francia del siglo pasado y la *Declaracion de los derechos* del hombre.—Jorge Cabanis y una botellita de veneno.—Espiritus débiles.—No pistola, ni tósigo, ni puñal, sino Jesucristo.

«El cumplimiento de los deberes no se debe dejar sólo á las fuerzas humanas, porque el hombre, por lo que hace al prójimo, mal cumple sus deberes sociales, porque otorga caprichosamente á sus semejantes lo mucho ó lo poco con daño comun.—Sólo la Religion de Cristo le puede dar la debida distribucion de fuerzas.»—Deberes de justicia y deberes de caridad.—Martín Lutero, el borracho y el galope del caballo.—La simpatía.—La atrocidad, el odio y las antipatías.—Un latigazo de Eugenio Sué al filosofismo.—Otros tiranos y otras deidades.—La prodigalidad.—La avaricia.—La adulacion.—La maledicencia.—Venecia en el siglo XVI.—Pedro Aretino.—Un reproche y una respuesta.—Los hospitales.—La morada de las penitentas.—Los asilos infantiles.—La casa de los pobres.—La liberacion de los esclavos.—La conversion de los infieles.—Los frailes hospitalarios y los perros escudriñadores.—El sueño de Manuel Kant y el despertamiento del autor.

(Desde la página 82 hasta la página 117).

CONFERENCIA CUARTA.

Si hay una filosofía católica digna de la razon y de la conciencia humana.

Asunto: «Hay una filosofía católica digna de la razon y de la conciencia humana, porque la filosofía católica en primer lugar, no nació de la ignorancia y de la barbarie: fué, por el contrario, un verdadero parto científico:—En segundo lugar no se hizo con pedazos y centones, sin orden metafísico: fué por el contrario, un verdadero trabajo racional:—En ter-

»cer lugar, no se desvaneció en rabias y recriminaciones, produciendo por el contrario, verdaderas hermosas producciones sociales.»

«Hay una filosofía católica digna de la razón y de la conciencia humana, porque la filosofía católica no nació de la ignorancia y de la barbarie; fué, por el contrario, un verdadero parto científico.»—Un mundo que nace de las agonías de un mundo que muere.—Los crepúsculos del nacimiento de la filosofía católica.—Tertuliano.—Orígenes.—Justino.—Severino Boezio.—Atanasio.—Jerónimo.—Ambrosio.—Agustín.—Pablo Orosio.—Clemente de Alejandria.—Leon Magno.—Juan Crisóstomo y los dos Basilio.—La aurora despues de los crepúsculos.—Dos sacudidas y despues el parto.—Alberto Magno.—Santo Tomás.—Rogerio Bacon.—San Buenaventura.—Un periodo de decaimiento y un cisne.—El *Paraíso* de Dante Alighieri.—Un poco de sermon á los acusadores de barbarie.—El telégrafo eléctrico y la filosofía católica.

«Hay una filosofía católica digna de la razón y de la conciencia humana, porque no se hizo con pedazos y centones, sin orden metafísico; fué, por el contrario, un verdadero trabajo racional.»—La adulta despues de niña.—La materia y el sujeto de la filosofía católica.—Dos espléndidos testimonios.—Los criterios de la filosofía católica.—¿Son racionales?—Se quita un desaliento.—Hermoso parentesco.—El sistema de la filosofía católica.—Eclecticismo templado y no escepticismo.—Cousin.—El método de la filosofía católica.—Fué *inquisitivo*, pero lógico; demostrativo, pero apremiante.—¿Cuál es el mejor de los dos métodos?—¿Merece la filosofía católica ser acusada si con preferencia se inclinó al método demostrativo?—Los vocablos de la filosofía católica.—No pobreza, sino riqueza.—Una observacion.—Un diálogo.—Los *Cursos elementales*.—Una invitacion.

«Existe una fe católica digna de la razón y de la conciencia humana, porque no se desvaneció en rabias y recriminaciones, produciendo, por el contrario, verdaderas producciones sociales.»—Despues del nacimiento y de la juventud las memorias.—¿Qué cosa hizo Julio César?—¿Qué cosa Carlomagno?—¿Qué cosa recuerdan los tiempos caballerescos y de las Cruzadas?—Tres bienes sociales que produjo la filosofía católica imperando al mismo tiempo con la Iglesia entre los pueblos: «la armonía de la razón y la fé; la armonía de la ciencia con la humanidad, y la armonía de la obediencia civil con la autoridad política.»—Se exponen separadamente.—De la primera armonía.—Facilidad y delicia de la conciliacion entre la razón y la fe.—La sociedad de los padres comparada con la sociedad de los hijos.—Manía de temerarios.—Angustias y desesperacion de Teodoro Jouffroy.—Alegrias y esperanzas del Escritor.—De la segunda armonía.—Cosa nunca vista.—Aristóteles.—Plutarco.—Epicteto.—Los doctos partiendo el pan con los hambrientos.—Admiracion y no risa.—Juan Manzolini y Ana Morandi.—De la tercera armonía.—La sociedad civil antes del protestantismo.—Palabras de Saint Simon.—Las estaciones de la Iglesia.—El muerto que habla.—La doctrina del *porvenir* de Jorge Hegel.—Las iluminaciones internas de Swedenburg.—El sonambulismo de Mesmer.—La frenología de Gall.—El panteísmo de Cousin.—La circulacion de la vida de Moleschott.—El naturalismo de Renan.—El positivismo de Comte.—Cremonino que arroja los lentes de Galilei.

(Desde la página 118 hasta la página 149).

CONFERENCIA QUINTA.

Si los sistemas filosóficos condenados por la Iglesia deben condenarse aun racionalmente.

Asunto: «Se consideran tres de los más famosos sistemas en nuestro siglo: el sistema del positivismo de Comte; el sistema del sentimiento puro

»de Jacobi; el sistema del sentido popular de La Mennais, estableciéndose
 »que los sistemas filosóficos condenados por la Iglesia, deben condenarse
 »aun racionalmente, porque ante todo el hecho, establecido como punto
 »cardinal de la filosofía, tiene las condenaciones de la razón humana, por
 »cuanto nos pierde la vida de la ciencia y el sentido de la justicia.—En
 »segundo lugar, el sentimiento colocado para sostener el edificio filosófico,
 »tiene las condenaciones de la humana razón, porque nos pierde su buena
 »luz demostrativa, la pureza y la sublime mirada de la eternidad.—Por úl-
 »timo el pueblo, ó el sentido comun escogido como primer criterio de la
 »verdad, tiene las condenaciones de la razón humana, por cuanto nos pier-
 »de el hilo de la lógica y la oportunidad de la grandeza social.»

«Los sistemas filosóficos condenados por la Iglesia deben condenarse aun
 »racionalmente, porque el hecho, establecido como punto cardinal de la
 »filosofía, tiene la condenación de la razón humana, por cuanto nos pierde
 »la vida de la ciencia y el sentido de la justicia.»—Cosas viejas.—Fisio-
 »nomía y bosquejo biográfico de Augusto Comte.—Un absurdo.—La ciencia
 »y la filosofía maltratadas.—Newton y la ley de la universal gravita-
 »ción.—Vauban y la doctrina de las fortificaciones militares.—No todo es
 »materia.—David Hume y el materialismo desenmascarado.—Retrosos in-
 »tellectual y confusión.—El catedrático Salvador Tommasi y el imperio del
 »hecho.—El sordo-mudo de la ciencia.—De dónde nace el conocimiento de
 »causa ó de fuerza.—La opinión de Comte es la destrucción de la idea de
 »causa.—Un ataque de Saisse á los positivistas.—Francisco Bacon y la filo-
 »sofía de los hechos.—Un poco más de biografía de Augusto Comte.—El
 »amigo de Saint Simon.—El sacerdote que al sacerdote combate.—Willem
 »y Littré, que explican el Gran Sér, la Santa Virgen y los ángeles custo-
 »dios; la oración de Comte.—El sentido de la justicia repudiado por el he-
 »cho.—Del hecho predominante y del hecho deprimido.—Barbarie.—Mira-
 »beau.—Robespierre.—Jesucristo y Jerusalem.—Mahoma.—Italia y la in-
 »sion extranjera.—Alarico.—Ataulfo.—Atila.—Genserico.—Teodorico.—
 »Ricimero.—Agilulfo.—Tudescos, Franceses y Españoles.—El positivismo
 »en los órdenes de la sociedad civil.—¡Horrible maestro y horrible filoso-
 »fia!—José Toscanelli y las estaciones de los carabineros reales.

«Los sistemas filosóficos condenados por la Iglesia deben condenarse aun
 »racionalmente, porque, en segundo lugar, el sentimiento, colocado para
 »sostener el edificio filosófico, tiene las condenaciones de la humana razón
 »ya que nos pierde su buena luz demostrativa, la pureza y la sublime
 »mirada de la eternidad.»—¿Viejo con traje de joven, ó joven de veras?—
 »El doctor Jacobi.—El mal semblante.—Una reserva.—Del conocer el prin-
 »cipio de filosofar.—La teoría de Jacobi y el hombre reducido á un vegetal.
 »—El sentimentalismo compendiado en el individuo.—Absurdos.—Las tres
 »condiciones necesarias en todo sistema de filosofía, y los caracteres del
 »sentimentalismo.—Exclusion y mezcla.—Un nuevo ataque al sentimentalis-
 »mo.—Dos potencias y dos leyes.—Rousseau y el movimiento del corazón.—
 »El sentimentalismo es la filosofía de los hombres selváticos y melancólicos.
 »—Lord Byron y la soledad.—El sentimentalismo es la filosofía de las mu-
 »jeres apasionadas.—El sentimentalismo es la filosofía de los dramáticos y
 »de los novelistas.—El sentimentalismo es la filosofía de los hombres can-
 »sados.—Insufrible sacrilegio.—Margarita, el doctor Fausto y Dios.

«Los sistemas filosóficos condenados por la Iglesia deben condenarse
 »aun racionalmente, porque por último el pueblo, ó el sentido comun
 »escogido como primer criterio de la verdad, tiene las condenaciones de la
 »razón humana, ya que nos pierde el hilo de la lógica y la oportunidad
 »de la grandeza social.»—Ornamento y realidad.—El sistema filosófico
 »de La Mennais y las excomuniones de la Iglesia.—La lógica en mantillas.—
 »Los principios generales y el sentido comun sofocados.—El politeísmo.—

Una caprichosa institución de tribunales docentes en la China, en la América, en el África y en la Europa.—La Mennais que desaparece entre las nubes.—La pérdida de la prosperidad social.—Pueblos y gobiernos.—Sócrates y la Grecia.—Fabio Máximo y Roma.—Luis XIV y los Estados Generales.—Pedro el Grande y la Rusia.—Una granizada de hierro y la serenidad de los cielos.—Una hermosa hoguera veneciana.

(Desde la página 150 hasta la página 179).

CONFERENCIA SEXTA.

Si el pensamiento humano debe juzgarse de todo punto libre.

Asunto: «El pensamiento no debe juzgarse de todo punto libre, porque, »observada primeramente la libertad del pensamiento en su esencia metafísica, resulta imposible en rigor de términos: viene á ser un juguete »desdichado para los niños.—Observada despues en sus desarrollos sensibles, es condenable en rigor de términos: resulta para los hombres de »juicio un mónstruo que da la muerte.»

«El pensamiento no debe juzgarse de todo punto libre, porque, observada »vada primeramente la libertad del pensamiento en su esencia metafísica, »resulta imposible en rigor de términos: viene á ser un juguete desdichado »para los niños.»—Una definición.—Qué cosa es el pensamiento en el hombre.—Dos cosas que dificultan la plena libertad del pensamiento, el límite y la dependencia.—Un poco de vena humorística.—La libertad del hombre.—El mundo grande y el mundo pequeño.—Dios perfectamente libre.—Volvamos á la tierra.—Adan, primer libre pensador.—Menecrates y sanidad de intelecto.—Un augurio fraternal.

«El pensamiento no debe juzgarse de todo punto libre; porque, observada »en sus desarrollos sensibles la libertad del pensamiento, es condenable en »rigor de términos: resulta para los hombres de juicio un monstruo que da »la muerte.»—Efervescencia y dilatación.—El pintor Lucas Cambiaso, el rey Felipe II y el niño que ríe y llora.—La libertad del pensamiento considerada en las aplicaciones del intelecto.—No existe ciencia sin ley.—Una objecion que nada concluye.—José Ferrari, su obra la *Filosofía de la revolucion* y sus errores.—La libertad de pensamiento considerada en las aplicaciones de la fantasía.—La Galería de los Oficios y el palacio Pitti de Florencia y los salones del Vaticano.—Una sátira de La Bruyère.—La libertad de pensamiento considerada en las aplicaciones de la conciencia.—Orígen del bien.—La moral independiente.—Feas aplicaciones.—Pisistrato.—Sexto.—Seyano.—Petronio.—Luciano.—Juliano.—Arbogaste.—Teodosio.—Teodora.—Blasio Forgae.—Lutero.—Enrique VIII.—Cromwel y Carlos I.—Robespierre.—Cariota Corday.—Pavia en el siglo X, el rey Lotario y Willa.—Una tempestad que se levanta de campo reducido.—El censo del 1 enero 1872 publicado en Tarin.—Tiranía y no libertad de los libres pensadores.—Si no anatema, cuando ménos lágrimas.—Un aviso y un ruego.—Alejandro Manzoni.—¡Venid, ingenios!

(Desde la página 186 hasta la página 204).

CONFERENCIA SÉPTIMA.

Si es bueno educar en la mujer á la libre pensadora.

Asunto: «En la mujer no es bueno educar á la libre pensadora, porque »hácela rebelde ante la ley de la naturaleza; ante la redencion de Cristo

»hácela apóstata; y ante la historia de nuestra patria hácela degenerada.»

«En la mujer no es bueno educar á la libre pensadora, por cuanto la libertad del pensamiento hácela rebelde ante la ley de la naturaleza.»—Educacion femenina.—Gracia y carácter afectuoso.—Un grito de Platon.—La voz de la naturaleza, y la voz de la libertad del pensamiento, puestas á hablar en la pedagogia de la mujer.—La voz de la naturaleza, la jóven y Dios.—La voz de la libertad del pensamiento, la jóven y el ateismo.—La voz de la naturaleza, la jóven y la sumision.—La voz de la libertad del pensamiento, la jóven y la igualdad.—La voz de la naturaleza, la jóven y el pudor.—La voz de la libertad del pensamiento, la jóven y la procacidad.—La voz de la libertad del pensamiento, la jóven y la casa.—La voz de la libertad del pensamiento, la jóven y la plaza.—La mujer y las obras maestras del arte.—Madama Bernier y la ciencia de la mujer.

«En la mujer no es bueno educar á la libre pensadora, porque ante la redencion de Cristo hácela apóstata.»—El cristianismo y la mujer.—Nuevas comparaciones.—La mujer y los matrimonios cristianos.—Torcuato Tasso, panegirista del matrimonio.—La libertad del pensamiento y la profanacion de las bodas.—Matrimonio indisoluble y matrimonio libre.—Lenguaje brutal.—Marcos Girardin.—Fango.—La mujer y la maternidad segun el Evangelio.—Madres bienhechoras.—La libertad del pensamiento y la maternidad.—Derecho de divorciarse.—Imposibilidad de educacion.—Los hijos.—Ary Scheffer y su cuadro.—Una nueva gloria de la redencion.—Francisco Frediani y su cancion sobre la virginidad.—¿A dónde van las vírgenes con la libertad del pensamiento?—Palabras á un difunto.—El apostolado social de la mujer mediante el cristianismo.—Elena, Constanca, Severa, Augusta y Valeria.—Flaccilla y su hija Constantina, Leoncia, Teodolinda, Brunequilla y Berta.—Pulqueria.—Irene.—Teodosia.—Clotilde.—Rigonta.—Cunegonda.—Matilde.—Las mujeres sociales educadas por los libres pensadores.—Théroigne de Mericourt.—*Las petroleras*.—Una excelente alabanza entre mil blasfemias.

«En la mujer no es bueno educar á la libre pensadora, porque ante la historia de nuestra patria hácela degenerada.»—La mujer y la patria.—La mujer italiana segun las ideas cristianas.—La mujer italiana segun la libertad del pensamiento.—¿Quién tiene razon?—Una decision histórica.—Las mujeres bienhechoras.—Las mujeres literatas.—Las mujeres científicas.—Las mujeres heroínas de la castidad.—Piccarda Donati.—Maria Pédena.—Lucrecia Mazzanti.—Blanca de la Porta.—Las mujeres patriotas.—Rosa Salimbeni.—Marzia Bronchia.—Cinzica de los Sismondi.—Bona de Valtellina.—Las mujeres de Viterbo del 1503.—Un grito en nombre de la patria.

(Desde la página 205 hasta la página 235).

CONFERENCIA OCTAVA.

Si en la Italia católica y papal estuvo el pensamiento oprimido.

Asunto: «En la Italia católica y papal el pensamiento no estuvo oprimido, porque en la Italia no encontró dificultades el pensamiento estético, siendo señor de sí en el desarrollo de la belleza literaria y artística.—No encontró dificultades el pensamiento científico, siendo señor de sí en el descubrimiento de la verdad filosófica y física.—No encontró dificultades por parte de la Iglesia el pensamiento político, que fué dejado señor de sí en el ejercicio de la libertad legal y civil.»

«En la Italia católica y papal el pensamiento no estuvo oprimido, porque no encontró dificultades el pensamiento estético, siendo señor de sí

»en el desarrollo de la belleza literaria y artística.»—Lo bello escala de la verdad.—Los pueblos meridionales.—La Iglesia y la Italia.—¡Muertos ó vivos?—Guido de las Columnas.—Guido Guinicelli.—Guido Ghisilieri.—Guittone de Arezzo.—Brunetto Latini.—Guido Cavalcanti.—Mateo Spinelli.—Ricordano Malespini y Pedro Crescenzi.—Dante.—Francisco Petrarca.—Juan Boccaccio.—Angel Poliziano.—Ludovico Ariosto.—Torcuato Tasso.—Pedro Bembo.—Anibal Caro.—Nicolás Machiavelli.—¿Es noche?—Una calumnia refutada.—Las bellas artes.—Las mordeduras y los «apaga luces» de la *Curia Romana*.—Arquitectos.—Escultores.—Pintores.—Roma academia de artistas.—Los ébrios de la libertad avergonzados.

«En la Italia católica y papal el pensamiento no estuvo oprimido, porque no encontró dificultades en ella el pensamiento científico, siendo señor de sí en el descubrimiento de la verdad filosófica y física.»—Del átrio al templo.—¿Es posible descubrir la verdad bajo el gobierno de la Iglesia?—Órdenes ideales y órdenes sensibles del pensamiento científico.—Una *trinidad* de filósofos.—San Anselmo de Aosta.—Santo Tomás de Aquino.—San Buenaventura de Bagnorea.—Una desgracia que cae sobre la cabeza de los libres pensadores.—Giordano Bruno.—Tomás Campanella.—Lucillo Vanini.—Ferrante Pallavicino.—Bernardino Ochino.—Pablo Sarpi.—Vayamos á lo seguro.—Pedro Pomponazio.—Marsilio Ficino.—Pico de la Mirandola.—Bernardo Telesio.—De nuevo Tomás Campanella.—Jerónimo Cardano.—Qué cosa condenó la Iglesia en Giordano Bruno y en Pablo Sarpi.—Juan Bautista Vico.—Invencciones y descubrimientos.—Flavio Gioia y la brújula.—Francisco Barocci y los grados de longitud y de latitud.—Camiño Delminio y el uso del alfabeto marino.—Viviani, Castelli, Fossombroni y la hidrodinámica.»—Cárlos Borgo y el telégrafo.—Nicolás Tartaglia y el cuadrante.—Marchi y la arquitectura militar.—Marcos Carburí y el papel incombustible.—Francisco Lana y la barca volante.—Guido Aretino y la escala musical.—Francisco Nigelli y el timbal «omnicorde.»—Bartolomé Cristofori y el piano.—Pace de Fabriano y el papel de lino.—Benedicto de Siena y la imprenta.—Conte y el «taquítipo.»—Celestino Galli y el «potenógrafo.»—Garelló y el agua fuerte.—Ser Borghesano y la lanzadera para la seda.—Guillermo Zelandino, Jacobo Dondi y el reloj para las torres.—Miramí y el reloj que lleva su nombre.—Salvino de los Armati y los cristales convexos.—Évangelista Torricelli y el peso del aire.—Vesalio, Falloppio y Eustaquio, y la ciencia de la fisiología animal.—Luis Galvani y la teoría de la electricidad.—Alejandro Volta y su pila.—Vallisneri y el origen de las fuentes.—Lazzaro Spallanzani ó la reproducción de la cabeza en los caracoles.—Bellingeri y los nervios del tejido humano.—Más ¿y Galileo y Galilei?—Una acusación y una válida defensa.—Pero, ¿y la tortura?—La utopía de un escritor genovés, y una *ofensa corporal no advertida*.—Cristóbal Colon, la América y la Iglesia.

«En la Italia católica y papal el pensamiento no estuvo oprimido, porque no encontró en ella dificultades el pensamiento político, que fué dejado señor de sí en el ejercicio de la libertad legal y civil.»—Después del literato, el artista y el sabio, el pensamiento humano crea el hombre político.—La Iglesia, y la libertad legal y civil del pensamiento italiano.—La organización de los Municipios.—Glorias más bellas.—La libertad civil.—La época del Quinientos.—Nuestro panegírico patrio y religioso, compuesto por Fernando Gregorovius.—Un arcano explicado.—Cristo y Satanás.—La Masonería y la Iglesia.—Por qué se falsifica la historia.—Un Conde piemontés y el Senado del Reino.—Los Titanes de la fábula y los rayos de Júpiter.

(Desde la página 236 hasta la página 266).

CONFERENCIA NOVENA.

Si se puede aceptar el nuevo materialismo.

Asunto: «El nuevo materialismo no se puede aceptar, por ser una necesidad para el docto, una tiranía para el legislador, y una impiedad para el cristiano.»

«El nuevo materialismo no se puede aceptar, por ser una necesidad para el docto.»—El juez primero de las cosas en el mundo.—¿Qué es el nuevo materialismo?—Un dilema.—Propiedades necesarias de la materia.—¿Pueden convenir al alma?—Necedades.—Schiff.—Nuevas suposiciones y necedades nuevas.—Nadie puede dar lo que no tiene.—Nada se forma sin preparacion.—La produccion siempre inferior al que produce.—Las colinitas de la Brianza.—Un diálogo entre un sacerdote y dos materialistas.—Después de los engaños y de las sutilezas, necedades siempre nuevas.—¿Tienen los hombres más extensa mole de miembros y tienen mayor dosis de alma?—Los buenos hombres desmentidos por la fisiología.—El cráneo de Rafael, de Voltaire, de Napoleon y de Foscolo.—¿Riamos aún un poco.—Una opinion de Luis Büchner, y el alma que cada veinte ó treinta dias pierde su individualidad.—Mentiras.—Ticiano y los dos cuadros de *San Pedro Mártir* y de la *Ultima Cena*.—Montesquieu y su obra *El Espíritu de las Leyes*.—El publicista De Thou y los primeros ochenta libros de su *Historia*.—Gioberti y su *Primado moral y civil de los italianos*.—El Vizconde de Chateaubriand y su *Vida del Abate Rancé*.—¡Los necios! ¡Los ridículos!

«El nuevo materialismo no se puede aceptar, por ser una tiranía para el legislador.»—No amor, sino rayos.—La justicia fundamental de la legislacion y la libertad personal, condicion indispensable por la ley.—Una imposibilidad creada por el materialismo.—Abajo el Código.—Abajo el hombre psicológico.—Abajo los tribunales y las penas.—¿Qué viene á ser la sociedad civil?—Estorbos siempre nuevos.—Imposibilidad de promover el bien.—¿Qué cosa es el bien y la virtud para el materialismo.—Pericles.—Aristóteles.—Lentulo.—La fibrilla meritória.—¡Deshonesta tiranía!—El verdadero Papá Martín.

«El nuevo materialismo no se puede aceptar, por ser una impiedad para el cristiano.»—Fecundidad del cristiano.—Una concordancia con el docto y con el legislador.—Las aspiraciones al infinito muertas.—Destruccion de Dios.—Cristo un impostor.—¿Cómo consolar al que muere?—Baumgärtner y el fin último del hombre.—Los materialistas más impíos que los filósofos árabes y que los panteístas.—El amoniaco y la humana disolucion.—Una retractacion de Ausonio Franchi.

(Desde la página 267 hasta la página 298).

CONFERENCIA DÉCIMA.

Si se debe admitir la propuesta de una reforma social filosófica.

Asunto: «Sentada la noción del sistema filosófico de Ausonio Franchi, el cual quiere que la religion sea puramente una forma natural del sentir del pueblo, el poder una delegacion necesaria del pueblo, la sociedad casi una igual distribucion de los bienes entre el pueblo, se demuestra que la propuesta de una reforma social filosófica no se debe admitir, porque en la religion, que nos proponen como simple y natural forma del sentir

»del pueblo, está la falsificación de la verdad; en el poder, que nos proponen como simple y necesaria delegación del pueblo, está la vituperación de la soberanía; en la sociedad civil, que nos proponen como simple y jurídica distribución de bienes entre el pueblo, está la negación de la misma comunidad.»

«La propuesta de una reforma social no se debe admitir, porque en la religión que nos proponen como simple y natural forma del sentir del pueblo, está la falsificación de la verdad.»—Extraña petición de la filosofía escéptica.—Una ilusión tan necesaria, como absurda.—Cuatro principales instintos de los pueblos: imaginación, sensibilidad, preocupación de lo futuro y reflexión que abstrae; cuatro formas de religión que tales instintos engendraron: el *emanatismo*, el *politeísmo*, la *adivinación*, el *panteísmo* y el *deísmo*.—¿Cómo condenarlos en la hipótesis de los adversarios? Chispazos de historia.—Los Indios.—Los Peruanos.—Los creyentes de Odin.—Los Galos.—Los del Canadá.—Los Virginiianos.—Los Mejicanos.—Los Griegos.—Los Latinos.—¡Admirable descubrimiento!—Una acusación que lejos de hacer daño á nuestra tesis, la confirma.—Qué es religión.—Dios destruido por la filosofía escéptica.—Una turba de hombres que hasta hoy se dijeron doctos y ahora se deberán decir ignorantes.—Los actos religiosos destruidos por la filosofía escéptica.—El *infinito* de nuestros adversarios impotente.—La nueva religión del pueblo.—Maximiliano Robespierre y las saturnales de la revolución.—José Smith y Brigham Young, y la secta de los Mormones.—Lutzelberger, Marx, Stirner, Ruge y el culto de la materia.—Infantín y la emancipación de la carne.—Irritaciones y alegrías.—El sacerdocio en la filosofía escéptica.—Una comparación.—La libertad de la infamia.—Las piedras del sepulcro, el vacío y la podredumbre.

«La propuesta de una reforma social no se debe admitir, porque, en el poder que nos proponen como simple y necesaria delegación del pueblo, está la vituperación de la soberanía.»—El primer elemento de la majestad de los Estados.—La naturaleza del poder público que la filosofía escéptica quiere.—Utopías.—Paternidad de la soberanía.—¿Queremos el derecho divino?—Fuente del poder.—La paternidad de la soberanía destruida.—No exclusión, sino conformidad del método gubernativo con las necesidades del pueblo.—El estandarte de la república escéptica é increíble.—Montesquieu, la virtud en las monarquías y el honor en las repúblicas.—El terreno se hunde.—Consistencia y duración en su composición dinámica de la soberanía.—Mudar es morir.—La muerte social aportada por la filosofía escéptica.—Las cuatro últimas revoluciones de la Francia y los diez cambios de su gobierno.—Un turbión de impropiedades.—El plebiscito sin Dios.—Un poco de historia del plebiscito.—El plebiscito; los diputados Grevy y Julio Simon en la Asamblea francesa del 4 abril de 1870.—Los milagros del plebiscito.—La voz del desierto.—El libro *la Historia del pensamiento* y un diálogo del Abate Etienne con Tulio Dandolo.—La actitud de Pío IX en el Vaticano.

«La propuesta de una reforma social no se debe admitir, porque en la sociedad civil que nos proponen como simple y jurídica distribución de bienes entre el pueblo, está la negación de la misma comunidad.»—La gran desdicha de las clases de los ciudadanos de los presentes tiempos según la filosofía escéptica.—El socialismo renegado y proscrito por el derecho natural y por el derecho positivo.—El corazón unido á la inteligencia.—La acción moral y religiosa excelente medio de reforma en los varios órdenes de los ciudadanos.—Un señor ruso muy extravagante desmesuradamente rico, el príncipe Torlonia de Roma y el Duque de Galliera de Génova.—Salvajes y no nuevamente ordenadores.—Un voto del Autor, y un grito de Mirabeau en la tribuna de la nacional Asamblea.

(Desde la página 299 hasta la 331).

CONFERENCIA UNDÉCIMA.

Si la filosofía ha resuelto sabiamente la cuestión de la libertad religiosa.

Asunto: «La filosofía no ha resuelto la cuestión de la libertad religiosa, porque, mirada tal solución en sus principios racionales, parte de un absurdo y carece de lógica; mirada en sus aplicaciones legales, conduce á una mentira y es injusta; mirada en sus efectos sociales, prepara un triste porvenir siendo espantable.»

«La filosofía no ha sabiamente resuelto la cuestión de la libertad religiosa, porque mirada tal solución en sus principios racionales, parte de un absurdo y carece de lógica.»—La libertad religiosa considerada en su teoría metafísica.—La libertad del error.—Hórridos contrasentidos.—¿Cómo vasa á Dios?—Voltaire y Rousseau más lógicos que los secuaces de la libertad religiosa.—Dos señales propias del culto legítimo; la unidad y la inmutabilidad.—Favor, ced la verdad y destruid la mentira.—Caton entre los Romanos.—Aristides y Focion entre los Griegos.—Sócrates y los Treinta que lo condenan.

«La filosofía no ha sabiamente resuelto la cuestión de la libertad religiosa, porque mirada tal solución en sus aplicaciones legales, conduce á una mentira y es injusta.»—Lucha desigual.—Los muchos conjurados contra los pocos.—¿Qué protegen los políticos?—La libertad trasformada en mentira.—Historia contemporánea.—Alemania.—Suiza.—El programa de *La Epoca*, nuevo periódico italiano.—Un poco de sermón á los señores Senadores y á los señores Diputados.—La voz de Dios.—Una intolerancia consentida por la naturaleza, por el Evangelio y por nuestros mismos adversarios.—De la intolerancia metafísica y de la intolerancia práctica.—Cuál de las dos intolerancias tolera la Iglesia.—Los tolerantes intolerantes.—Una comparación.—El leon y el cordero.

«La filosofía no ha sabiamente resuelto la cuestión de la libertad religiosa, porque, mirada la solución en sus efectos sociales, prepara un triste porvenir, siendo espantable.»—Sentimiento que se imprime en el pueblo mediante la teoría de la libertad de cultos.—La indiferencia religiosa.—Los muertos y los moribundos del siglo XIX.—Pública incredulidad.—El protestante De Gasparin y el paganismo práctico.—Filósofos y políticos crédulos.—El general Bertrand y Napoleon I.

(Desde la página 332 hasta la página 354).

CONFERENCIA DUODÉCIMA.

Si la filosofía incrédula se rie con motivo de la fe cristiana.

Asunto: «La filosofía incrédula rie néciamente de la fe cristiana, porque la fe cristiana nos suministra tres cosas: primeramente nos da la verdadera ciencia de la vida; en segundo lugar nos da el ejercicio más eficaz de la virtud; en tercer lugar nos da el triunfo moral en la desventura.»

«La filosofía incrédula rie néciamente de la fe cristiana, porque la fe cristiana nos da la verdadera ciencia de la vida.»—Una lección del catecismo que saben los muchachos y las mujeres, sabiéndola también los hombres insignes.—Plutarco.—Maximo D'Azeglio.—Las aspiraciones al mundo de allá.—Un poco de parangon entre los filósofos incrédulos y los creyentes.—El amor de Dios y el amor de la criatura.—La patria inmortal y la patria terrena.—La templanza en el goce de los bienes terrenos, y

el desenfreno en las humanas alegrías.—El Monte Palatino y el palacio de los Césares.—Entre una sonrisa y una lágrima.

«La filosofía incrédula ríe neciamente de la fé cristiana, porque nos da »el ejercicio más eficaz de la virtud.»—La fe sin las obras.—Las humanas y las sobrehumanas virtudes inspiradas por la fe.—La oracion, la adoracion externa y los sacramentos escarnecidos por los incrédulos.—¿Tienen razon?—La oracion y Victor Hugo y Aquiles Mauri.—Las campanas y Volfango Goethe.—La cruz y La Mennais.—Un pedazo de madera que abate el paganismo, que trasmite la vida á los príncipes como á los pueblos, que hace invencible la espada, y que produce las coronas de los héroes.—Michelet y la cruz del Coliseo.—El órgano, y el profesor De Orti- gne.—La Confesion fundada en la naturaleza del hombre y en el orden de la Providencia.—Lutero y la Confesion.—Raynal y la Confesion.— Juan Jacobo Rousseau y la Confesion.—Trasformistas sensatos y tras- formistas insensatos.—La Comunión y Voltaire.—Un amor mio infantil; y Alfouso Lamartine que á Cristo sacramentado canta una férvida «trio- logía.»

«La filosofía incrédula ríe neciamente de la fe cristiana, porque la fe »cristiana nos da el triunfo moral en la desventura.»—Una necesidad del hombre.—La fortuna de las desdichas.—Cristianos débiles y cristianos fuertes.—San Luis.—Cristóbal Colon.—El caballero Bayardo.—Camoens.—El Tasso.—Silvio Pellico.—Luis XVI.—Antonietta.—Andrés Hofer.— Pío IX.—Una útil enseñanza á nuestros filósofos incrédulos por Alejan- dro Verri y José Giusti.

(Desde la página 355 hasta la página 380).

CONFERENCIA DÉCIMA TERCERA.

Si falta más la fe ó la razon.

Asunto: «En los incrédulos hay más falta de razon que de fe, porque »creen demasiado en todo y razonan poco: en la naturaleza cambian el ente »con los fenómenos: son los Judíos errantes de la cosmología; en el hom- »bre confunden las propiedades personales: son los don Quijotes de la »ciencia humana.»

«Hay más falta de razon en los incrédulos que de fe, porque creen de- »masiado en todo, y razonan poco: en la naturaleza cambian el ente con »los fenómenos: son los Judíos errantes de la cosmología.—El primer sus- piro de los incrédulos.—La naturaleza segun los incrédulos.—Crédulos hasta el delirio.—¡Cuán poco razonamiento!—Los pocos que se apartan de los muchos, y que les amonestan.—Voltaire.—D'Alembert.—Buffon.—Una fabula en extremo sabrosa y alegre.—El *Judío errante*.—Los incrédulos.—*Judíos errantes* de la cosmología.—La materia eterna.—La reunion de los átomos y el *azar*.—El movimiento.—El agua.—El fuego.—La ge- neracion espontánea.—Los filósofos franceses del siglo XVIII.—César Beccaria.—Los Patagones gigantes de nueve pies ó diez y el filósofo Ara- be, que predica la religion natural.—¡Cuán necios y cuán frenéticos!

«En los incrédulos hay más falta de razon que de fe, porque creen de- »masiado en todo, y razonan poco: en el hombre confunden las propieda- »des personales: son los don Quijotes de la ciencia humana.»—El anillo del rey Pirro.—Alma y cuerpo del hombre confundidos juntos en los incrédulos.—Una enseñanza superlativa sobre el espíritu y sobre la materia de Boucher de Perthes.—Los discípulos del gran maestro.—¡Cuánta fé!—Los don Quijotes resucitados.—El pensamiento movimiento de la materia.—Las moléculas y los sentidos fuente de las ideas.—La mariposa.—El gri-

lo que canta con las alas —Nuevos desatinos.—El vegetal que á nosotros trae la razon.—¿Es verdadera sublimidad!—De la destruccion del cuerpo la destruccion del alma.—Horrores y desolaciones.— Pitágoras y Empedocles, Sócrates y Platon, Ciceron y Leibnitz que tiran de las orejas á los incrédulos.—Fatiga perdida.

Un recuerdo de Venecia: Natalina y Mauricio, ó una viva copia del *Ju-dío errante* y del *Don Quijote*.

(Desde la página 381 hasta la página 408).

CONFERENCIA DÉCIMA CUARTA.

Si en materia de historia y de civilizacion creen más los creyentes ó los incrédulos.

Asunto: «En materia de historia y de civilizacion, más que los creyentes »creen demasiado los incrédulos y razonan poco, porque, en la historia »pervierten la espontaneidad: son los Macbeth de la hermenéutica social: »en la civilizacion asesinan los elementos de la vida: son los Mefistófeles de las naciones.»

«En materia de historia, mucho más que los creyentes creen demasiado »los incrédulos y razonan poco, porque en la historia pervierten la espon- »taneidad: son los Macbeth de la hermenéutica social.»—Qué es la histo- ria.—De dos escuelas relativamente á la filosofia de la historia.—La escuela bíblica.—La escuela atea.—Los incrédulos discípulos de la escuela del ateismo, creen demasiado y razonan poco.—El poder de la tierra.—Dos increpaciones.—Mas supuesta la divina Providencia, ¿dónde está la liber- tad humana?—El *Macbeth*.—Los nuevos asesinos de la historia.—Los influ- jos celestes.—El clima.—El dios del mal.—La fuerza armada.—¡Pobre es- pontaneidad de la historia!—El fatalismo del siglo XIX.—La obra de Al- fonso de Candolle sobre las ciencias y los sábios.—La obra de Francisco Galton sobre la ley «darwiniana.»—El profesor Pablo Mantegazza.—José Ferrari.—El trozo más elocuente de Shakspeare en la tragedia de *Macbeth*, y el puñal que á los incrédulos mata.

«En materia de civilizacion, mucho más que los creyentes, creen dema- »siado los incrédulos y razonan poco, porque en la civilizacion asesinan »los elementos de la vida: son los Mefistófeles de las naciones.»—El naci- miento de la civilizacion.—Sin Dios no existe civilizacion.—Los incrédulos se burlan.—¿Quiénes son los irracionales?—El doctor *Fausto* y *Mefis- tófeles*.—Asesinato.—La madre y el niño.—La madre y el jóven.—Los esposos y el sacerdote.—La redaccion del periodista.—El gabinete del mi- nistro de Estado.—La asamblea legislativa.—Las reuniones nocturnas.—Las letras sin moralidad.—Proudhon que levanta el látigo contra las ple- bes crédulas.—La paz sin la Iglesia.—Los políticos que se estoquean.— Los filósofos y los literatos en lucha.—Los hombres sociales á puñetazos.— Una vision dramática sacada del *Fausto* de Goethe.

El triunfo de la fe.—Hay dos especies de fe, la de los creyentes y la de los impíos.—Un llamamiento fraternal.—Bernardino de Saint Pierre, sobre el monte Valeriano y la felicidad de la fé.—El testamento de Francisco Guizot.—El Marqués de Ripon, ó el grito que debería salir del moderno incrédulo.

(Desde la página 409 hasta la página 429).

ALGUNAS ERRATAS.

- Pág. 11. Línea 35. Donde dice *Se le presenta á un monumento*, léase *se le presenta un monumento*.
- Pág. 18. Línea 2. Donde dice *cendedamos*, léase *concedamos*.
- Pág. 20. Línea 10. Donde dice *neciamentente*, léase *neciamente*.
- Pág. 63. Línea 15. Donde dice *estio de fuegos*, léase *estío de fuego*.
- Pág. 101. Línea 13. Donde dice *por el contrario*; léase *por el contrario*.
- Pág. 101. Línea 17. Donde dice *cuanta parte de humana grandeza constituyen*, léase *cuánta parte de humana grandeza constituyen!*
- Pág. 105. Línea 3. Donde dice *malidecencia*, léase *maledicencia*.
- Pág. 122. Línea 3. Donde dice *más de cerca*, léase *más cerca*.
- Pág. 123. Línea 32. Donde dice *sobre lo demás*, léase *sobre los demás*.
- Pág. 137. Línea 37. Donde dice *de el reflexion*, léase *de la reflexión*.
- Pág. 140. Línea 31. Donde dice *si no ensucia*, léase *si no ensucian*.
- Pág. 160. Línea 20. Donde dice *de hiena, asesinan*, léase *de hiena y asesinan*.
- Pág. 178. Línea 1. Donde dice *spoyaron*, léase *apoyaron*.
- Pág. 201. Línea 16. Donde dice *en los des*, léase *en los dos*.
- Pág. 216. Línea 6. Donde dice *enemigo*, léase *enemiga*.
- Pág. 216. Línea 9. Donde dice *enemigo*, léase *enemiga*.
- Pág. 217. Línea 2. Donde dice *fervorosa*, léase *fervorosas*.
- Pág. 231. Línea 25. Donde dice *pensaderas*, léase *pensadoras*.
- Pág. 238. Línea 21. Donde dice *pensaderez*, léase *pensadores*.
- Pág. 243. Línea 22. Donde dice *Machlavelli*, léase *Machiavelli*.
- Pág. 300. Línea 3. Donde dice *de al*, léase *de la*.
- Pág. 302. Línea 28. Donde dice *ssi*, léase *así*.
- Pág. 306. Línea 7. Donde dice *del órden*, léase *al órden*.
- Pág. 315. Línea 22. Donde dice *ofrecéa*, léase *ofrecen*.
- Pág. 321. Línea 4. Donde dice *Napaleon*, léase *Napoleon*.
- Pág. 321. Línea 17. Donde dice *gozas*, léase *gozad*.
- Pág. 323. Línea 12. Donde dice *volcan humea*, léase *volcan que humea*.
- Pág. 323. Línea 12. Donde dice *El, que*, léase *El que*.
- Pág. 348. Línea 20. Donde dice *catolismo*, léase *catolicismo*.
- Pág. 429. Línea 7. Donde dice *devastacion*, léase *devastacion*.



ALGUNAS DE LAS OBRAS PUBLICADAS

POR

DON JOSÉ MARÍA CARULLA.

	<u>REALES.</u>
La Divina Comedia de Dante Alighieri.	30
Biografía de don Pedro de la Hoz.	8
Idilios y cantos místicos. Obra escrita en versos catalanes por D. Jacinto Verdaguer, presbítero.	4
La mujer rica. Comedia en tres actos y en verso.	8
El Génesis en versos castellanos.	10
Urgente necesidad de una Cruzada para la liberación del Sumo Pontífice.	8
Album de escritores españoles enviado al Santo Padre Pío IX.	10
Roma en el centenario de San Pedro. Obra con grabados.	70
La paternidad cristiana. Obra del P. Matignon.	8



LA CIVILIZACION

REVISTA CATÓLICA

AÑO DÉCIMO SEXTO.

LA CIVILIZACION sale los segundos y los cuartos sábados del mes, en cuadernos de noventa y seis páginas cada uno, á las que se agregan las cuatro de las cubiertas. Resultan al año cuatro tomos de 576 páginas cada uno.

En Madrid y en provincias vale seis reales al mes. El doble en Filipinas, en Ultramar y en el extranjero. Para suscribirse á ella, ó adquirir alguna de las obras referidas, hay que dirigirse á don José María Carulla, que vive ahora en la calle de Ferraz, número 54, bajo, izquierda, Madrid.

COPIA ROMANA!

NUMERO 10

108

EL SIGLO XIX

EL SIGLO XIX

TO 10 EL

MADRID

389

D-1
2272